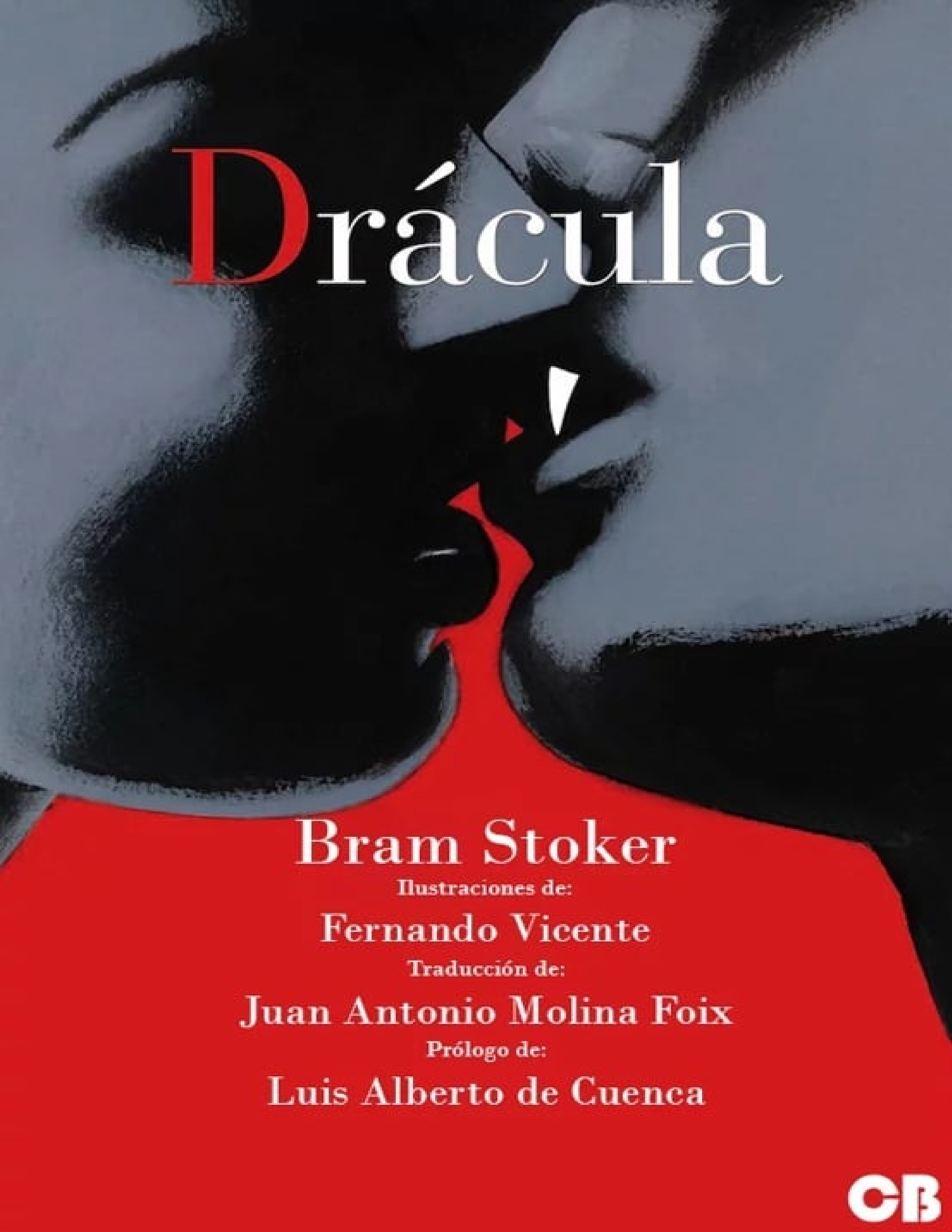

Drácula
Bram Stoker
Ilustraciones de:
Fernando Vicente
Traducción de:
Juan Antonio Molina Foix
Prólogo de:
Luis Alberto de Cuenca
CB

DRÁCULA

Considerada por Oscar Wilde la novela fantástica más importante de la literatura, Drácula, la obra maestra de Bram Stoker, ha sido llevada al cine continuamente desde 1922, pero jamás había tenido fortuna con los ilustradores. No había un dibujante canónico de Drácula, no existía una edición ilustrada clásica de este gran libro de terror que todavía hoy conmociona a miles de lectores en todo el mundo. Fernando Vicente ha decidido llenar ese vacío y, asumiendo el reto de poner cara al rey de los vampiros, ha realizado la versión más ambiciosa de todas las existentes hasta el momento. Basándose en la excepcional traducción de Juan Antonio Molina Foix, interpreta los sentimientos del monstruo y de sus cazadores y sigue paso a paso la trepidante aventura del relato, descubriendo la pasión amorosa que esconden sus páginas, el poderoso atractivo que emana del mal, los inquietantes paisajes por los que discurre la acción y la terrorífica aura que impregna su lectura.

Jonathan Harker, un joven agente inmobiliario, viaja a Transilvania para concluir unos trabajos en el castillo del conde Drácula. Harker se convierte en el prisionero del conde y va descubriendo, poco a poco, la naturaleza de su captor y su terrible propósito de viajar a Londres para extender su poder y crear otros seres de su misma especie. Jonathan consigue huir del castillo y, una vez en Inglaterra, con ayuda de su esposa Mina, los doctores Seward y Van Helsing, y los valerosos Quincey P. Morris y Arthur Holmwood inicia una persecución para acabar con la existencia del sangriento vampiro.

Título Original: *Dracula*
Traductor: Molina Foix, Juan Antonio

Colección: Reino de Cordelia, 41
ISBN: 9788415973362
Generado con: QualityEbook v0.84
Generado por: JuanDeLezo, 15/01/2017

DRÁCULA

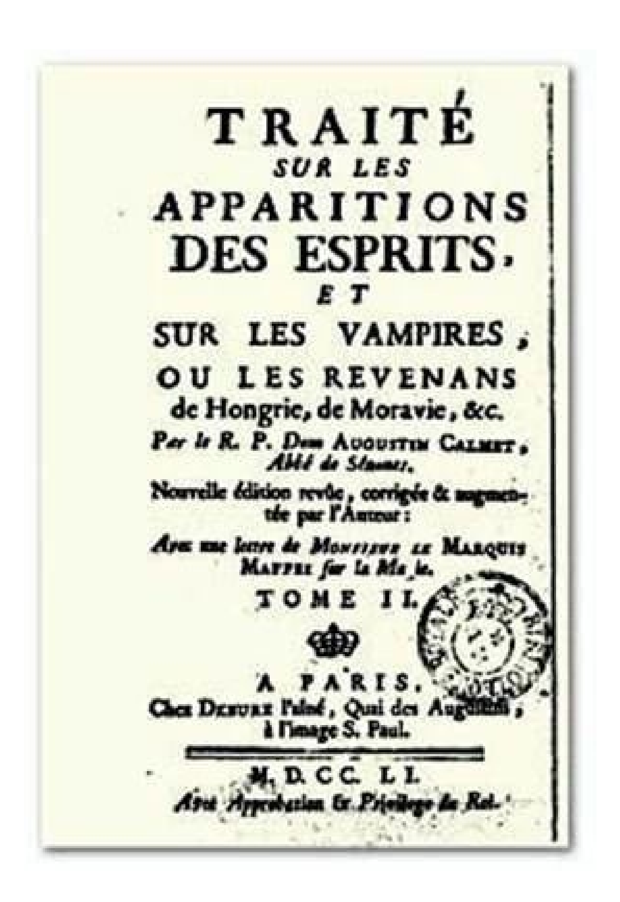
Ilustraciones: Fernando Vicente
Traducción: Molina Foix
Prólogo: Luis Alberto de Cuenca



Prólogo

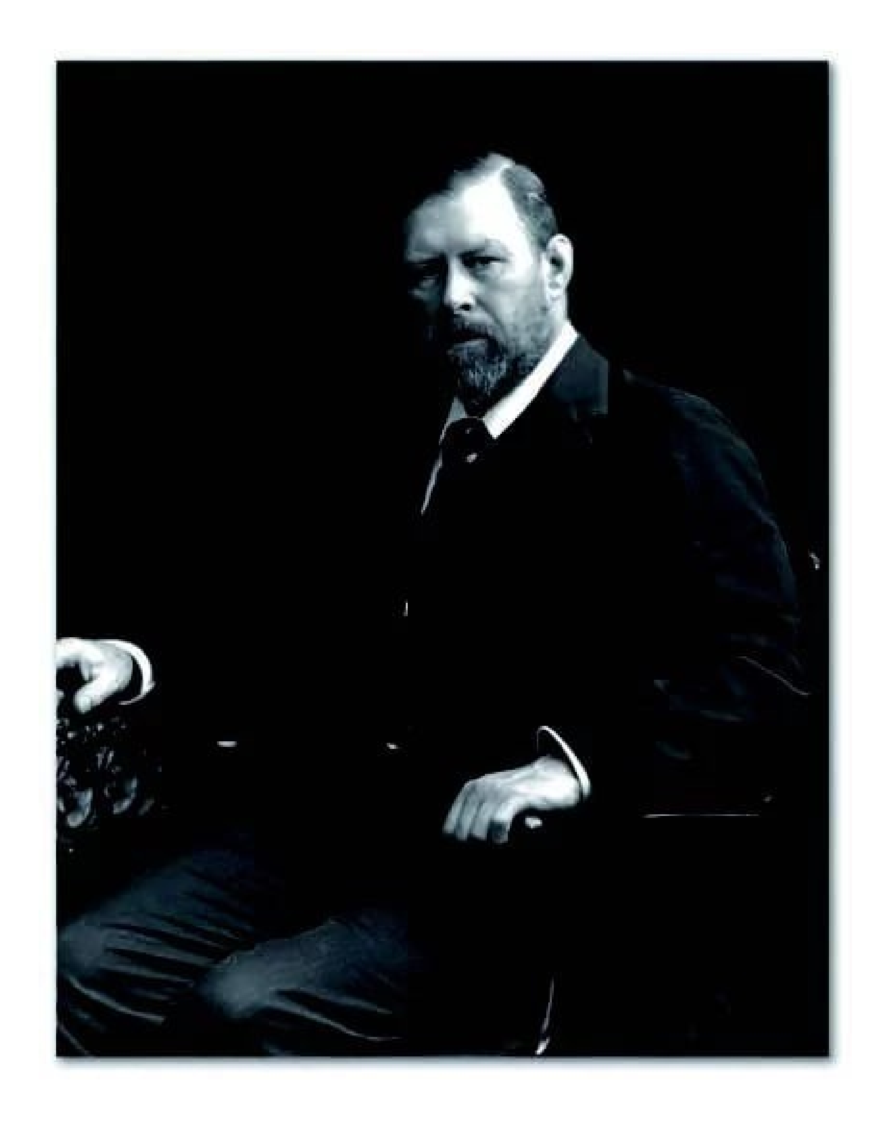
Por Luis Alberto de Cuenca

La culpa la tuvo el marisco. El autor de *Drácula* aseguraba a su único hijo, Irving Noel Thornley Stoker (1879-1961), que la idea de crear al rey de los vampiros le surgió tras cenar un indigesto centollo. Sin menospreciar la influencia de la gastronomía en la vida y en la literatura, lo cierto es que por aquella época el vampirismo ya contaba con notables precedentes. La obra fundamental continúa siendo, sin duda, el *Traité sur les apparitions des esprits, et sur les vampires, ou les revenans de Hongrie, de Moravie…*, del R. P. Dom Augustin Calmet (manejamos la "Nouvelle édition revue, corrigée et augmentée par l'Auteur", dos volúmenes, París, 1751), del que tengo un ejemplar impoluto que me regaló Luis Bardón hace treinta y cinco años. El poeta Lorenzo Martín del Burgo lo tradujo a un impecable castellano en los años ochenta del siglo pasado y la editorial Reino de Cordelia publicó —no menos impecablemente— la versión de Martín del Burgo en 2009, ocupándome yo de prologarla.



TRAITÉ
SUR LES
APPARITIONS
DES ESPRITS,
ET
SUR LES VAMPIRES,
OU LES REVENANS
de Hongrie, de Moravie, &c.
Par le R. P. Dom Augustin Calmet,
Abbé de Senones.
Nouvelle édition revûe, corrigée & augmentée par l'Auteur:
Avec une lettre de Monsieur le Marquis Maffei sur la Magie.
TOME II.
A PARIS,
Chez Debure l'aîné, Quai des Augustins,
à l'Image S. Paul.
M.DCC.LI.
Avec Approbation & Privilège du Roi.

De los ejemplos de vampirismo aducidos por Dom Calmet a la leyenda del conde *Drácula* hay solo un paso. Y el arte que ha sabido dar ese paso con más capacidad evocadora es la literatura, aunque es verdad que el cine no le ha ido a la zaga. Recordemos que, antes de este Drácula, del irlandés Abraham (Bram) Stoker (Clontarf, área residencial al norte de Dublín, 1847 — Londres, 1912), espléndidamente traducido al español por Juan Antonio Molina Foix e inmejorablemente ilustrado por Fernando Vicente, se habían publicado otras obras que hablaban de vampiros, como *La novia de Corinto* de Johann Wolfgang von Goethe, *Manuscrito encontrado en Zaragoza* de Jan Potocki, *Vampirismo* de Ernst Theodor Amadeus Hoffmann (presente también en el catálogo de Reino de Cordelia en traducción de Álvaro de Cuenca), *El vampiro* de John William Polidori, *Berenice* de Edgar Allan Poe, *El Viyi* de Nicolái Gógol, *La muerta enamorada* de Théophile Gautier (publicada en nuestra lengua por Rey Lear) o *Carmilla* de Sheridan Le Fanu (para la que escribí un prólogo en la edición de Alianza).



Leí hace milenios, en una entrevista que le hacían a Fidel Castro, cómo el barbudo dictador confesaba haber pasado un miedo espantoso, paralizante, leyendo *Drácula*. Y es que Stoker logra crear en su célebre novela un clima de terror tan invencible que hasta autócratas tan poco asustadizos como el cubano se rinden ante la pericia del narrador. Y lo logra mezclando elementos del más puro romanticismo gótico, anclado en los mitos de siempre (ese castillo onírico del monstruo colgado entre riscos inaccesibles, el aullido de los lobos, el horror atávico de los lugareños ante su diabólico señor feudal) con otros de un ochocentismo pragmático y cientificista casi verniano (esos médicos al tanto de los últimos avances en la parcela de las transfusiones sanguíneas, personajes chapados a la última en materia de ciencias aplicadas, mujeres imbuidas de un espíritu igualitario) y con un sentido del humor devastador, muy siglo XX, que está anunciando el humor corrosivo y sin barreras del mismísimo Kafka. Stoker no solo fue uno de los primeros defensores de la poesía de Walt Whitman, al que

llegaría a conocer en Estados Unidos, sino que mantuvo una estrecha amistad con Mark Twain, con quien intercambió ideas y bromas.

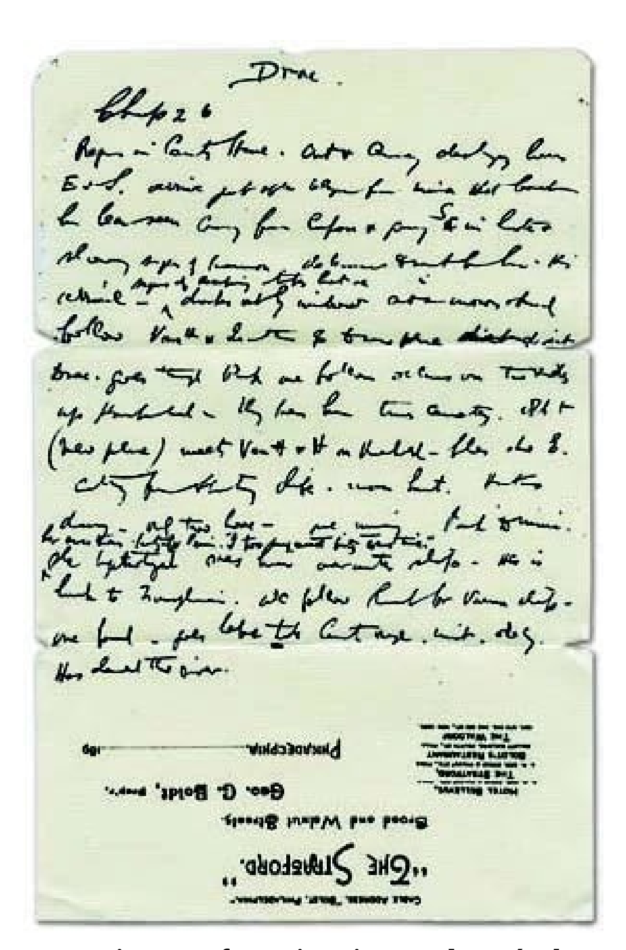


Sir Henry Irving

caracterizado de Fausto.

Fragmentos de diarios, cartas y recortes de periódicos son las piezas estructurales utilizadas por Stoker para desarrollar la acción del libro hasta su trepidante final. El resultado deslumbra. Drácula es mucho más que una estupenda novela de género y que la plasmación definitiva del mito del vampiro en un texto literario. *Drácula* es un clásico de la literatura inglesa y una de las quince o veinte novelas mejor construidas de la letras universales. No en vano su autor empleó siete años en preparar la que, sin duda, es su obra maestra. Siete años en los que tuvo que robar tiempo al histriónico actor Sir Henry Irving, jefe-vampiro de Stoker, que lo absorbería hasta sus últimos días y que pudo haber sido la mejor inspiración para crear al monstruo literario. El primer documento existente sobre el proceso creativo de *Drácula* es un apunte en una nota de un

hotel de Filadelfia, fechado en 1890. Bram no escatimó esfuerzos en documentarse para la redacción de la novela: llevó un dietario de la acción para evitar imprecisiones cronológicas en su desarrollo a través de las cartas, diarios y telegramas que van articulando la narración. Visitó Whitby, el lugar donde atracaría en Inglaterra el carguero Deméter con el ataúd del vampiro, y tomó numerosos apuntes para perfilar a los personajes principales, que presentan en su caracterización individual una precisión psicológica admirable. Hasta el último borrador, escrito a máquina, estuvo pensando en el título, y aunque parecía decidido a que fuera *El no muerto (The Un-Dead)*, alguien decidió en el instante final, antes de que la obra comenzase a imprimirse, titularla con el nombre del conde vampiro.

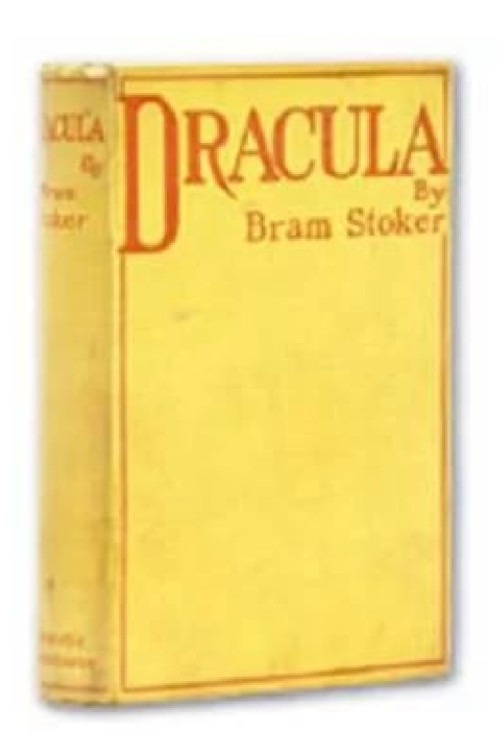

Drac.
Chap 26

"The Stratford."
Broad and Walnut Streets.
Geo. G. Boldt, Propr.
Philadelphia, ...189

La primera referencia existente de *Drácula*.

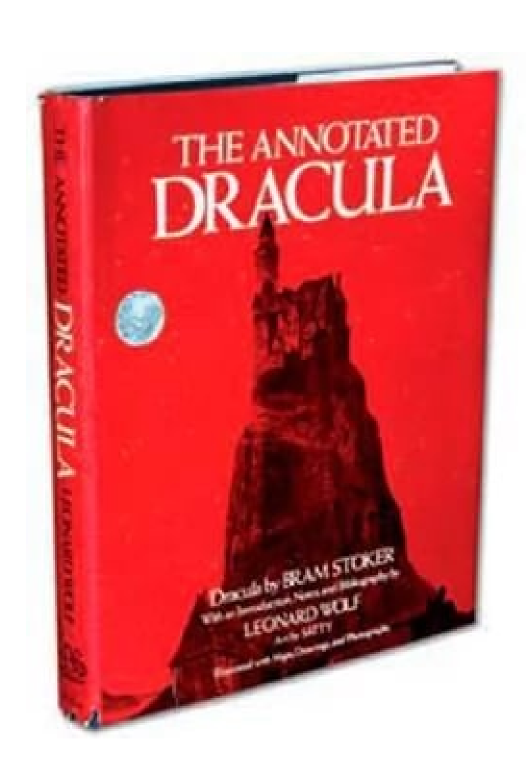
Yo ya sabía desde siempre quién era *Drácula*, pero el *Drácula* por excelencia, o sea, el de Stoker, me asustó por primera vez en las páginas de una edición de bolsillo que compré en la Cuesta de Moyano a finales de los sesenta

(Barcelona, Dima Ediciones, diciembre de 1968, versión española de José Luis Guarner). Poco después, compré otro *Drácula*, esta vez en tapa dura, traducido al español por Fernando Trías y prologado por mi querido y admirado maestro Pedro Gimferrer (Barcelona, Táber, 1969). Regalé entonces, de manera insensata y temeraria, mi *Drácula* de bolsillo a un amigo de la UNED, y han pasado muchos años hasta que he encontrado un segundo ejemplar en una librería de lance. Lo utilicé cuando escribí *Necesidad del mito* (Barcelona, Planeta, 1976, y Murcia, Nausícaä, 2008), al hablar del vampiro y del cazavampiros Abraham Van Helsing como adversarios arquetípicos, transcribiendo algunos párrafos de aquella traducción que acabo de restituir a mi biblioteca hace unos años.



La edición original de la novela de Stoker data de 1897 (Westminster, Archibald Constable and Company). Se la conoce como *The Yellow Book*, o sea, como *El libro amarillo* por excelencia y por antonomasia, pues la encuadernación editorial —la estoy viendo en el ejemplar que se guarda en mi biblioteca, perteneciente otrora a la de Vincent Starrett, el autor de la novela *The Private Life of Sherlock Holmes*, en la que se basó la película homónima de Billy Wilder— se confeccionó en tela sajona de color amarillo con letras rojas en cubierta, contracubierta y lomo, DRACULA / By / Bram Stoker, como ríos de sangre tipográfica. Ha sido reproducida facsimilarmente en *The Annotated Dracula* (Nueva York, Potter, 1975), al cuidado de Leonard Wolf, con

ilustraciones de Wilfred Sätty. En castellano, habrá ya más de diez traducciones de *Drácula* hasta el día de hoy. La primera fue publicada en 1935 dentro de la serie rotulada "La Novela Aventura" [*sic*] y en formato pulp, sin nombre de traductor y presumiblemente incompleta, con cubierta del ilustrador mexicano Juan Pablo Bocquet e ilustraciones interiores de Femenía (quizá Ángel Femenía, un ilustrador de la era *déco*). En 1962 salió la de Barcelona, Saturno —también sin nombre de traductor—. Junto a la citada de Trías, recuerdo con agrado la versión de Flora Casas, en la preciosa colección "Tus Libros" de Anaya; la de Carlos José Costas, publicada por Fórum, dentro de su "Biblioteca de Terror"; la de Francisco Torres Oliver, maestro de traductores, que apareció primero en Bruguera y fue reimpresa más tarde por distintas editoriales, entre ellas por el Círculo de Lectores; la soberbia y sapientísima traducción de Juan Antonio Molina Foix (Cátedra, colección "Letras Universales"), con un sinfín de notas eruditas a pie de página, que es la que se reproduce aquí, y la excelente versión de Óscar Palmer publicada en la colección "Gótica" de Valdemar.



Los papeles de Stoker



On 24 Oct 1885 the Russian schooner "Dmitry" about 120 tons was driven off Whitby about 2. PM. wind North East. Force 8. (Fresh Gale) Strong sea on coast [Cargo silver sand - from mouth of Danube] ...
The following is extract from Log Book of the Coast Guard Station.

Personajes. Se conservan múltiples notas en las que, capítulo a capítulo, se consigna la entrada y salida en la acción narrativa de los protagonistas de la novela.

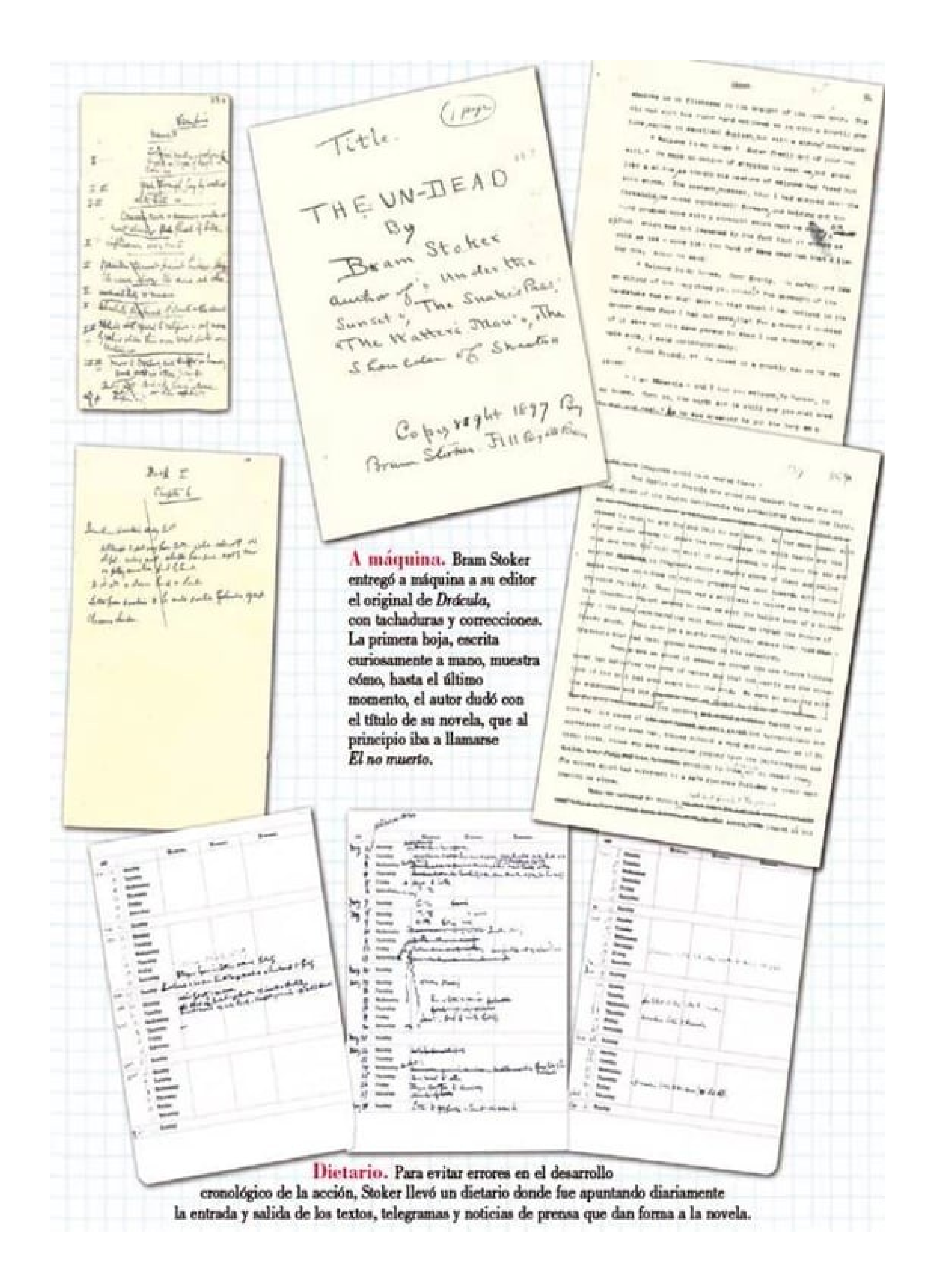
On Her Majesty's Service.

Detail of Wrecks at Whitby

24th Oct. 1885

At 10 P.M. observed vessel apparently in distress & making for harbour called out L.S.A. Company wind S.E. force 8 & strong sea on coast followed the vessel along coast where most likely to strand. The life boat at same time was launched but drove ashore & became of no further use. The vessel stranded at about 2.0 pm. Got communication with 1st rocket & landed 4 of the crew by whip & buoy fearing the mast would go whip snatch block getting out of order. Sent off hawser & landed safe the remaining 2 of crew being 6 all told. During this service observed a Russian schooner making for harbour & likely to drive back of South Pier called out the Pier L.S.A. Company & both companys watched her progress on each side of harbour the "Russian" got in but became a wreck during the night crew landed safe by their own resources. The 1st L.S.A. Company were out 8 hours & the 2nd L.S.A. Company 4 hours on these services. 125 fms of rocket line & 9 fms of hawser was expended on the 1st service having cut the hawser with hawser cutter when the 2nd vessel was observed in distress.
Names of Ships
Mary & Agnes British
Dmitry Russian

El viaje del Deméter. Stoker viajó hasta Whitby, para documentarse sobre las características de los barcos procedentes de Centroeuropa, antes de escribir la escalofriante singladura del Deméter.

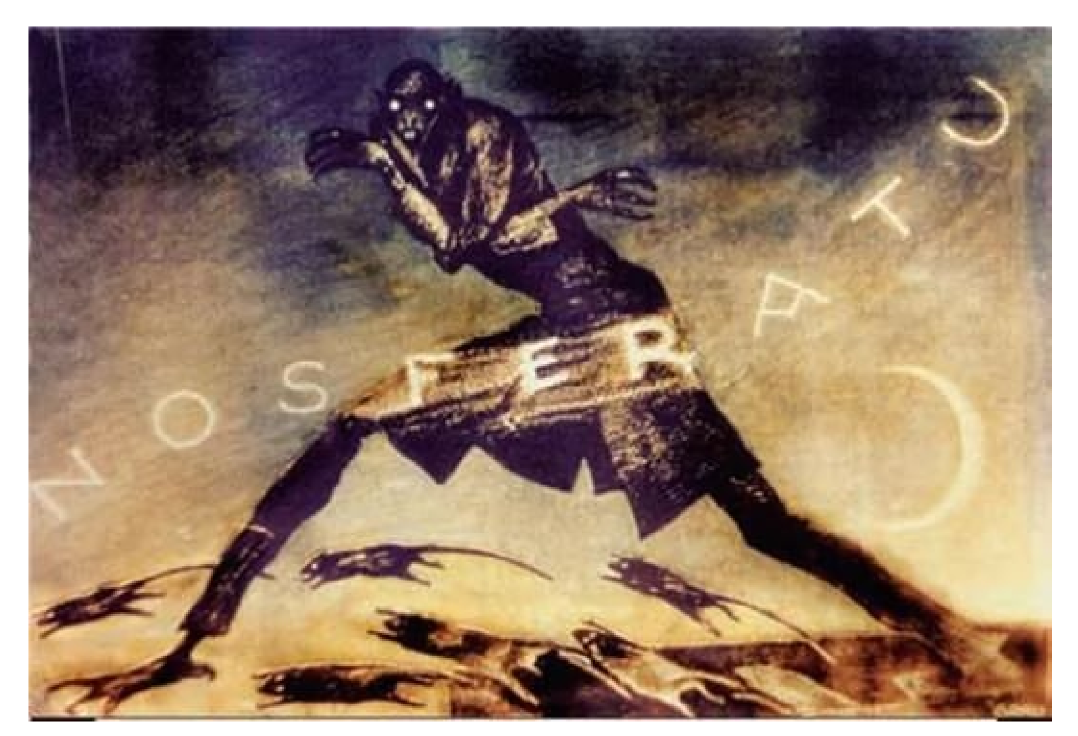


A máquina. Bram Stoker entregó a máquina a su editor el original de *Drácula*, con tachaduras y correcciones. La primera hoja, escrita curiosamente a mano, muestra cómo, hasta el último momento, el autor dudó con el título de su novela, que al principio iba a llamarse *El no muerto*.

Dietario. Para evitar errores en el desarrollo cronológico de la acción, Stoker llevó un dietario donde fue apuntando diariamente la entrada y salida de los textos, telegramas y noticias de prensa que dan forma a la novela.



Edición de Drácula en español fechada en 1935, junto a las de Dima, Táber, Bruguera y Anaya.



Cartel de Albin Grau para el Nosferatu de Murnau.

Desde *Nosferatu* (1922), el prodigioso film de Friedrich Wilhelm Murnau que, siendo una versión fiel de la novela de Stoker, cambió el título original para no tener que pagar derechos a la viuda del escritor irlandés, hasta las películas de vampiros de la productora británica Hammer Films y los mediocres y pretenciosos *Nosferatu* de Werner Herzog y *Bram Stoker's Dracula* de Francis Ford Coppola, la historia de Drácula ha sido trasladada a la pantalla en numerosas ocasiones (en nuestro país por ese gran actor que es Jacinto Molina, más conocido como Paul Naschy, que nos dejó para siempre en otoño de 2009). Pero acaso nunca ha sido contada en imágenes con tanto encanto como por Tod Browning, el extraordinario realizador norteamericano, en su *Dracula* de 1931,

con el no menos singular actor húngaro Bela Lugosi (1882-1956) en el papel del vampiro.

El *Dracula* de Browning y de Bela Lugosi sigue con cierta fidelidad la novela de Stoker, pero a través de la pieza teatral homónima de Hamilton Deane y John L. Balderston, lo que explica el marcado carácter escénico de la película. Lugosi ya había triunfado como Drácula en el teatro. Ahora le tocaba al cine su turno. Si el vampiro de Murnau era la repulsiva y animalesca criatura que describiera Stoker, el de Tod Browning es un personaje aristocrático, sugestivo y cortés, que se mueve en la noche elegante de Londres como pez en el agua. Los seres humanos, y especialmente las chicas guapas, son para el vampiro imprescindible fuente alimentaria, pues de ellos extrae la sangre, el fluido vital que necesita para subsistir. De cualquier forma, el conde Drácula se las arregla para que esa necesidad no haga disminuir, sino todo lo contrario, el poder de su *sex-appeal*, que es considerable.



Publicidad promocional del *Nosferatu* (1922) de Murnau, junto a los carteles de las versiones de *Drácula* dirigidas por Tod Browning en 1931 y Terence Fisher en 1958.

El éxito del filme fue gigantesco, casi apocalíptico. La gente identificó enseguida a Drácula con Lugosi, negándose a partir de entonces a imaginar otro vampiro que no tuviese las facciones del actor húngaro. Solo otro actor, en este caso británico, gozaría de un fervor popular comparable con el que suscitara Lugosi: me refiero a Christopher Lee (Londres, 1922), espléndido también como Drácula en varias películas de Hammer Films, entre ellas *Dracula* (1958) y

Dracula, Prince of Darkness (1965), dirigidas ambas por Terence Fisher.

Así como el cine se ha ocupado generosamente del conde transilvano, el mundo de la ilustración no ha mostrado tanto interés por el personaje. Al margen de la espléndida versión de Ana Juan sobre el viaje fantasmagórico del Deméter y de las versiones en cómic —entre ellas la admirable de Fernando Fernández, realizada al óleo—, existen algunas interesantes aproximaciones de ilustradores como Sätty, Luis Scafati, Jae Lee o el mexicano Eko de la Garza, por citar solo algunos nombres, pero ninguna, en mi opinión, resulta tan atractiva como esta que ahora presentamos del gran Fernando Vicente, uno de nuestros ilustradores más literarios, que ha ocupado más de un año de su vida en estudiar gráficamente la obra maestra de Stoker y en realizar unas imágenes tan sustanciosas y arrebatadoras, al menos, como las del cinematógrafo.

No cabía esperar mejor compañía para el inolvidable texto de Stoker. Si no lo han hecho todavía —lo que me produciría una profunda sensación de envidia—, lean ustedes la novela *Drácula*, de Abraham Stoker, olvídense de los vampiros célebres del cine y atrévanse a ponerle rostro con ayuda de Fernando Vicente al vampiro de sus pesadillas. Dios quiera que lo consigan, porque será señal de que el terror no ha terminado agarrotando su imaginación o entumeciendo su fantasía, como le pasó al mismísimo Fidel Castro.

LUIS ALBERTO DE CUENCA
Instituto de Lenguas y Culturas del Mediterráneo y Oriente Próximo
(CCHS, CSIC)

Drácula

Bram Stoker



A mi querido amigo
Hommy-Beg[1]

La ordenación de estos documentos se pondrá de manifiesto al leerlos. Se ha eliminado todo lo superfluo, para poder presentar verosímilmente una historia

que está prácticamente en desacuerdo con las creencias de nuestros días. No existe referencia alguna a cosas del pasado en las que la memoria pueda equivocarse, pues todos los documentos elegidos son rigurosamente contemporáneos, y expresan los puntos de vista de quienes los redactaron, limitados al campo de sus conocimientos respectivos.



Capítulo I



DIARIO DE JONATHAN HARKER
(Taquigrafiado)

BISTRIŢA, 3 DE MAYO

Salí de Múnich el día primero de mayo, a las 8:35 de la tarde, y llegué a Viena a primeras horas de la mañana siguiente; teníamos que haber llegado a las 6:46 pero el tren llevaba una hora de retraso. Buda-Pest parece un lugar maravilloso, a juzgar por lo que pude vislumbrar desde el tren y en el corto paseo que me di por sus calles. No me atreví a alejarme de la estación, ya que habíamos llegado con retraso y nos pondríamos en marcha de nuevo con la menor demora posible respecto al horario previsto. La impresión que tuve es que salíamos de Occidente y entrábamos en Oriente. Tras cruzar el más occidental de

sus magníficos puentes sobre el Danubio, que aquí alcanza una profundidad y una anchura considerables, nos adentramos en una región en la que todavía perduran las tradiciones de la dominación turca.

Salimos de Buda-Pest al poco tiempo y llegamos a Klausenburg[2] después de anochecer. Allí pasé la noche en el Hotel Royal. Para comer, o más bien cenar, tomé pollo sazonado con pimentón; estaba muy bueno pero me dio mucha sed. (*Mem.*: conseguir receta para Mina). Le pregunté al camarero, y me dijo que se llamaba *paprika hendl*, y que, como era plato nacional, podría pedirlo en cualquier lugar de los Cárpatos. Mis escasos conocimientos de alemán me resultaron muy útiles en esta ocasión; realmente no sé cómo habría podido desenvolverme sin ellos.

Durante mi estancia en Londres dispuse de algún tiempo libre para visitar el Museo Británico, en cuya biblioteca consulté los libros y mapas relacionados con Transilvania. Se me ocurrió que algún conocimiento previo del país me sería de utilidad para tratar con un noble del lugar. Pude darme cuenta de que la región que él mencionaba se encuentra en el extremo oriental del país, en la frontera de tres estados: Transilvania, Moldavia y Bucovina, en medio de los Cárpatos, una de las zonas más salvajes y menos conocidas de Europa. Mas no fui capaz de hallar en ningún atlas o libro la localización exacta del Castillo de Drácula, pues no existen mapas de este país comparables a los de nuestro Servicio Oficial de Cartografía. Pero descubrí que Bistria[3], la ciudad mencionada por Drácula para cambiar de posta, es un lugar bastante conocido. Consignaré aquí algunas notas, ya que pueden refrescarme la memoria cuando le cuente mi viaje a Mina.

La población de Transilvania la forman cuatro nacionalidades diferentes: en el sur, los sajones y, mezclados con ellos, los valacos, que descienden de los dacios; al oeste, los magiares; y en el este y el norte los *szekler*. Yo voy al encuentro de estos últimos, que pretenden ser descendientes de Atila y los hunos. Es posible, pues cuando los magiares conquistaron el país en el siglo XI los hunos ya estaban allí establecidos. He leído que en la herradura de los Cárpatos se han juntado todas las supersticiones del mundo, como si se tratase del centro de una especie de torbellino de la imaginación. De ser así, mi estancia aquí puede resultar muy interesante. (*Mem.*: debo preguntarle al Conde sobre todo esto).

Aunque la cama era bastante cómoda, no dormí bien: tuve toda clase de sueños extraños. Puede que tuviera algo que ver un perro que estuvo aullando toda la noche bajo mi ventana. O tal vez fuera la páprika, pues tuve que beberme toda el agua de la garrafa, y aún así estaba sediento. Hacia el amanecer me quedé

dormido y me despertaron unos golpes insistentes en la puerta, por lo que sospecho que debí de quedarme profundamente dormido. Para desayunar tomé más páprika, y una especie de gachas de harina de maíz que aquí llaman *mamaliga*, y berenjenas rellenas con picadillo de carne, plato muy exquisito que llaman *impletata* (*Mem.*: pedir también receta). Tuve que desayunar con prisas, pues el tren partía un poco antes de las ocho, o más bien debería haberlo hecho, pues, tras llegar apresuradamente a la estación a las 7:30, tuve que permanecer sentado en el vagón más de una hora antes de que arrancara. Tengo la impresión de que cuanto más al Este vamos, menos puntuales son los trenes. ¿Cómo serán en China?

Durante todo el día cruzamos a marcha lenta una comarca repleta de hermosos y variados paisajes. A veces divisábamos pequeñas aldeas o castillos en la cima de escarpadas colinas, como los que pueden verse en los viejos misales. Otras veces seguíamos el curso de ríos y arroyos que, a juzgar por los grandes parapetos de piedra a uno y otro lado, parecían estar expuestos a grandes crecidas. Hace falta mucha agua, y fuertes corrientes, para que un río sin turbulencias rebase sus márgenes más elevados. En todas las estaciones había grupos de gente, a veces multitudes, con todo tipo de atavíos. Algunos iban vestidos como los campesinos de nuestro país, o como los que vi al atravesar Francia y Alemania, con chaquetas cortas, sombreros redondos y pantalones de confección casera. Pero otros eran muy pintorescos. Las mujeres parecían guapas, si no te aproximabas a ellas, pero muy desgarbadas de cintura. Todas llevaban mangas completamente blancas de uno u otro tipo, y la mayoría, grandes cinturones con múltiples cintas que ondeaban como los tutús de una bailarina de *ballet*, aunque, por supuesto, con enaguas debajo. Los tipos más raros que vimos fueron los eslovacos, que son más bárbaros que el resto, con sus grandes sombreros de vaquero, sus pantalones holgados de un blanco sucio, sus camisas blancas de lino y sus cinturones de cuero enormes, de casi un pie de ancho, tachonados con clavos de latón. Calzaban botas altas, con los pantalones metidos por dentro, y llevaban largas melenas y gruesos bigotes negros. Son muy pintorescos, pero no parecen agradables. Sobre un escenario los tomarían inmediatamente por una pandilla de bandoleros orientales. Sin embargo, me han dicho que son bastante inofensivos y que más bien carecen de agresividad.

Era ya casi de noche cuando llegamos a Bistriţa, que es una ciudad muy antigua con un pasado interesante. Situada prácticamente en la frontera —puesto que el Collado Borgo conduce a Bucovina—, ha tenido una existencia muy agitada, que ciertamente ha dejado sus huellas. Hace cincuenta años tuvo lugar

una serie de incendios devastadores que causaron terribles estragos en cinco ocasiones diferentes. A comienzos del siglo diecisiete padeció un asedio de tres semanas, en el que perdieron la vida trece mil personas, sin contar las víctimas causadas por el hambre y las enfermedades.

El conde Drácula me había indicado que fuese al Hotel Golden Krone, que resultó ser muy antiguo, con gran satisfacción por mi parte, pues, como es natural, tenía intención de conocer lo mejor posible las costumbres del país. Evidentemente me esperaban porque, al acercarme a la puerta, salió a recibirme una mujer mayor, de semblante alegre, vestida con el típico atuendo de campesina: saya blanca con un largo delantal doble, por delante y por detrás, de paño de colores, tal vez demasiado ajustado para ser recatado. Cuando me acerqué, inclinó la cabeza y me dijo:

—¿Es usted el *Herr* inglés?

—Sí —dije—. Soy Jonathan Harker.

Sonrió y le dio un recado a un hombre mayor en mangas de camisa, que la había seguido hasta la puerta. Este se fue, pero regresó inmediatamente con una carta, que decía así:

AMIGO MÍO:

Bienvenido a los Cárpatos. Le espero con impaciencia. Duerma bien esta noche. Mañana a las tres saldrá la diligencia para Bucovina; en ella hay una plaza reservada para usted. En el Collado Borgo le esperará mi carruaje que lo traerá hasta mí. Espero que haya tenido un feliz viaje desde Londres y que disfrute durante su estancia en mi hermoso país.

Su amigo,

DRÁCULA

4 DE MAYO

Me enteré de que mi posadero había recibido una carta del Conde, en la que le indicaba que me reservara la mejor plaza de la diligencia. Mas cuando le pedí una información más detallada, me pareció algo reticente y fingió no entender mi alemán. No podía ser cierto, ya que hasta ese momento me había comprendido perfectamente; al menos, contestaba a mis preguntas como si así fuera. Él y su esposa, la anciana señora que me había recibido, se miraron asustados. El hombre masculló que le habían enviado el dinero por correo, y que

eso era todo cuanto sabía. Cuando le pregunté si conocía al conde Drácula, y si podía decirme algo de su castillo, tanto él como su esposa se santiguaron y, tras asegurarme que nada sabían, se negaron a añadir una sola palabra más. Estaba tan próxima la hora de partida de la diligencia que no dispuse de tiempo para interrogar a nadie más. Pero todo resultaba sumamente misterioso y nada alentador.

Poco antes de que me marchara, subió la patrona a mi habitación y, presa del histerismo, me dijo:

—¿Tiene usted que ir allí realmente? ¿De verdad tiene que ir, joven *Herr*?

Estaba tan excitada que parecía haber olvidado el poco alemán que sabía, y lo mezclaba con alguna otra lengua completamente desconocida para mí. Solo fui capaz de entenderla haciéndole multitud de preguntas. Cuando le dije que debía partir inmediatamente para ocuparme de un asunto de la mayor importancia, me volvió a preguntar:

—¿Sabe usted qué día es hoy?

Le contesté que era el cuatro de mayo. Ella negó con la cabeza y dijo otra vez:

—¡Oh, sí, claro! ¡Ya lo sé! Pero ¿sabe qué día es?

Al decirle que no la comprendía, prosiguió:

—¡Es la víspera de San Jorge! ¿No sabe usted que esta noche, cuando den las doce, todos los seres malignos de este mundo se harán visibles y ejercerán todo su poder? ¿Sabe usted a dónde va, y a lo que va?

Parecía tan angustiada que intenté tranquilizarla, aunque sin resultado. Por fin, arrodillándose, me imploró que no me fuese; que al menos esperase un día o dos antes de partir. Aunque toda la escena parecía sumamente ridícula, yo no me sentía tranquilo. No obstante, tenía un asunto que resolver, y no podía consentir que nada lo estropeara. Por lo tanto, intenté que se incorporara, y le dije, lo más gravemente que pude, que se lo agradecía, pero que mi deber era imperioso y por tanto debía marcharme. Se levantó entonces, se secó las lágrimas, y quitándose del cuello un crucifijo, me lo ofreció. Yo no sabía qué hacer ya que, como miembro de la Iglesia anglicana, me han enseñado a considerar tales cosas como idólatras hasta cierto punto. Y, sin embargo, me parecía una descortesía rechazar el ofrecimiento de una mujer de edad, tan bien intencionada y en semejante estado de ánimo. Supongo que vio la duda reflejada en mi rostro, porque poniéndome el rosario alrededor del cuello, me dijo:

—Hágalo por su madre.

Y salió de la habitación.

Escribo esta parte del diario mientras espero la diligencia que, como de costumbre, llega con retraso. Aún llevo el crucifijo alrededor del cuello. Puede que sea a causa de los temores de la anciana, o de las múltiples tradiciones espectrales de este lugar, o del propio crucifijo, pero no me siento ni mucho menos tan sereno como de costumbre. Si este diario llegara a Mina antes que yo, que al menos le sirva de despedida. ¡Ahí llega la diligencia!

5 DE MAYO. EL CASTILLO

Se han disipado ya las primeras luces de la madrugada y el sol está muy alto sobre el distante horizonte, que parece mellado, no sé si a causa de los árboles o las colinas, ya que está tan lejos que las cosas, grandes o pequeñas, se confunden. No tengo sueño, y dado que mañana nadie va a llamarme hasta que me despierte, escribiré hasta que me entre sueño. Como debo anotar muchas cosas extrañas, para que el que las lea no crea que antes de salir de Bistriţa cené demasiado, describiré en qué consistió exactamente mi cena. Tomé lo que aquí llaman "filete de salteador": trozos de tocino, cebolla y carne de vaca, sazonados con pimentón, y asados al fuego ensartados en varillas, ¡al estilo sencillo de la carne para gato que se vende en las calles de Londres! El vino fue un Medias Dorado, que produce un raro picor en la lengua que, sin embargo, no resulta desagradable. Solo tomé un par de vasos, y nada más.

Cuando subí a la diligencia el cochero todavía no había ocupado su puesto en el pescante, estaba charlando con mi patrona. Evidentemente hablaban de mí, porque de vez en cuando me miraban, y algunas de las personas que estaban sentadas junto a la puerta de la posada en un banco —que ellos llaman con un nombre que significa "el que lleva la palabra"— se acercaban a escuchar y luego me miraban, casi todos con lástima. Pude oír unas cuantas palabras repetidas con frecuencia, palabras extrañas, ya que estaban representadas varias nacionalidades en el grupo. De modo que saqué discretamente de la cartera mi diccionario políglota y las busqué. Confieso que no eran nada alentadoras, pues entre otras estaban *Ordog* (Satán), *pokol* (infierno), *stregoica* (bruja), *vrolok* y *vlkoslak* (ambas significan lo mismo: una especie de hombre-lobo o vampiro, solo que una es eslovaca y la otra serbia). (*Mem.*: debo preguntar al Conde acerca de estas supersticiones).

Cuando nos pusimos en marcha, la multitud reunida a la puerta de la posada,

que había crecido considerablemente, se santiguó y me señaló con dos dedos. Con cierta dificultad logré pedirle a uno de mis compañeros de viaje que me contara lo que querían decir. Al principio no quiso contestarme, pero al enterarse de que yo era inglés, me explicó que se trataba de un hechizo o protección contra el mal de ojo. No resultaba muy agradable para mí, dado que en aquel momento partía hacia un lugar desconocido para reunirme con un hombre al que nunca había visto. Pero todos parecían tan bondadosos, tan afligidos y tan comprensivos, que no pude por menos de sentirme conmovido. Nunca olvidaré el último vislumbre que tuve de la posada, con su multitud de figuras pintorescas santiguándose bajo la amplia arcada de la entrada, sobre un fondo de abundante follaje formado por adelfas y naranjos plantados en cubas verdes agrupadas en el centro del patio. Entonces, nuestro cochero, cuyos amplios calzones de lino cubrían toda la parte delantera del pescante —que ellos llaman *gotza*—, hizo restallar su gran látigo sobre los cuatro caballos pequeños, enganchados por parejas, y nos pusimos en camino.

Pronto perdí de vista y olvidé los miedos espectrales ante la belleza del paisaje por el que discurríamos. No obstante, de haber conocido el idioma, o los idiomas, que hablaban mis compañeros de viaje, posiblemente no me habría resultado tan fácil librarme de ellos. Ante nosotros se extendía una tierra verde y en pendiente, poblada de selvas y bosques, con escarpados cerros coronados por grupos de árboles o alguna granja, cuyo hastial blanco miraba hacia la carretera. Había por todas partes una cantidad desconcertante de frutales en flor: manzanos, ciruelos, perales, cerezos, y según pasábamos pude comprobar que la hierba verde que crecía bajo los árboles estaba salpicada de pétalos caídos. La carretera discurría por entre esas verdes colinas de lo que aquí llaman *Mittel Land*[4], perdiéndose al doblar una curva cubierta de hierba, cuando no la ocultaban las copas dispersas de algún bosque de pinos, que de cuando en cuando descendía por las laderas como una lengua de fuego. A pesar de que el camino era accidentado, parecíamos volar con una prisa febril. Entonces yo no entendía el por qué de tanta prisa, pero era evidente que el cochero estaba empeñado en llegar a Borgo Prund sin pérdida de tiempo. Me dijeron que durante el verano esta ruta es excelente, pero que todavía no la habían reparado tras las últimas nevadas del invierno. En ese sentido, es diferente a la mayoría de carreteras de los Cárpatos, pues existe una vieja tradición según la cual no hay que conservarlas en demasiado buen estado. Antaño los hospodares[5] tenían el mayor cuidado de no repararlas, por miedo a que los turcos creyeran que se estaban preparando para introducir tropas extranjeras, y de esta manera acelerar

una guerra que siempre estaba a punto de estallar.

Más allá de las voluminosas colinas verdes de la *Mittel Land* se elevaban enormes laderas boscosas que llegaban hasta las alturas más escarpadas de los propios Cárpatos. Se erguían imponentes, a derecha e izquierda de nosotros, y el sol de la tarde, que caía de lleno sobre ellas, hacía resaltar toda una bella gama de espléndidos colores: azul oscuro y púrpura en la oscuridad de las cumbres, verde y marrón donde se mezclaban las rocas con la hierba. Venía a continuación una interminable perspectiva de rocas dentadas y riscos puntiagudos, que se perdían en la lejanía, donde se alzaban grandiosas las cimas nevadas. Aquí y allá aparecían enormes hendiduras en las montañas, por las que, al ponerse el sol, veíamos de cuando en cuando el destello blanco de alguna cascada. Al contornear el pie de una colina, uno de mis compañeros me tocó el brazo, señalándome el altivo pico cubierto de nieve de una montaña que, mientras serpenteábamos por aquel sinuoso camino, pareció surgir de pronto delante de nosotros.

—¡Mire! ¡El Isten-Szék! ¡El trono de Dios!

Y se santiguó fervorosamente.

Mientras proseguíamos nuestro interminable camino, y el sol se hundía cada vez más a nuestras espaldas, empezaron a envolvernos las sombras vespertinas. Este efecto se acentuaba todavía más por el hecho de que el ocaso se demoraba en la cumbre nevada de la montaña, que parecía brillar con un suave y frío tono rosado. De vez en cuando nos cruzábamos con checos y eslovacos, todos ellos con atuendos pintorescos. Y observé que en ellos estaba muy extendido el bocio. Al borde del camino había numerosas cruces, y cada vez que pasábamos delante de alguna, mis compañeros de viaje se santiguaban. De cuando en cuando veíamos algún campesino o campesina arrodillados ante una capilla, y ni siquiera se volvían al pasar nosotros, sino que, absortos en su devoción, parecían no tener ojos ni oídos para el mundo exterior. Había muchas cosas que eran nuevas para mí: por ejemplo, los almiares en los árboles, o los grupos de abedules rezumantes diseminados aquí y allá, sus troncos blancos brillando como la plata entre el suave verdor de las hojas. De vez en cuando nos cruzábamos con un *leiter-wagen*, típica carreta de campesino, de espinazo largo y sinuoso como una serpiente, calculado para adaptarse a las irregularidades del camino. En ellas siempre iba sentado un grupo numeroso de campesinos de regreso al hogar, cubiertos con pieles de cordero, blancas las de los checos, y de colores las de los eslovacos, llevando estos últimos, a modo de lanza, largos bastones con un hacha en el extremo. Al caer la tarde, comenzó a hacer mucho

frío y el avance del crepúsculo pareció sumir en una especie de oscura nebulosidad la penumbra de los árboles —robles, hayas y pinos—, aunque, a medida que ascendíamos hacia el Collado, en los profundos valles que discurrían entre las estribaciones de las colinas, los oscuros abetos destacaban sobre un fondo de nieve recién caída. A veces, cuando la carretera cruzaba los pinares, que en la oscuridad parecían cerrarse sobre nosotros, las grandes masas grisáceas que cubrían los árboles producían un efecto particularmente extraño y solemne, que avivaba los pensamientos y lúgubres fantasías surgidos al atardecer, cuando la puesta de sol ponía de relieve las fantasmales formas de las nubes que, en los Cárpatos, parecen serpentear incesantemente entre los valles. En ocasiones las colinas eran tan escarpadas que, pese a la prisa del cochero, los caballos tenían que ir al paso. Me hubiera gustado bajarme de la diligencia y subirlas a pie, como hacemos en mi país, pero el cochero no quiso ni oír hablar de eso.



—No, no —dijo—. Por aquí no debe caminar; los perros son demasiado feroces —y luego añadió lo que para él debía ser evidentemente una broma macabra, ya que se volvió para captar la sonrisa aprobadora de los demás—. Ya tendrá usted bastantes problemas esta noche antes de acostarse.

Solo se detuvo una vez momentáneamente para encender los faroles.

Al hacerse de noche, los pasajeros parecieron ponerse algo nerviosos y siguieron hablando con él, uno tras otro, como instándole a que apresurara el paso. El cochero fustigó despiadadamente a los caballos con su largo látigo, y con frenéticos gritos de aliento los urgió a hacer mayores esfuerzos. Entonces, en medio de la oscuridad, creí distinguir delante de nosotros una especie de claridad grisácea, como si hubiera una hendidura en las colinas. El nerviosismo de los pasajeros aumentó. La diligencia rodaba alocadamente sobre sus grandes ballestas de cuero, y se balanceaba de un lado a otro como un barco sacudido por una mar agitada. Tuve que sujetarme. El camino fue allanándose, y parecía que voláramos. Luego, las montañas fueron acercándose a nosotros por ambos lados, pareciendo que nos amenazaban. Estábamos entrando en el Collado Borgo. Uno tras otro, varios pasajeros me ofrecieron regalos, insistiendo con tal vehemencia que no pude negarme. Eran sin duda extraños y muy variados, pero todos ellos me fueron entregados con ingenuidad y buena fe, con palabras amables, hasta con bendiciones, y con esa extraña mezcla de gestos temerosos que había visto a la entrada del hotel de Bistriţa: la señal de la cruz y la protección contra el mal de ojo. Luego, mientras seguíamos avanzando a toda marcha, el cochero se inclinó hacia adelante y los pasajeros, estirando el cuello, se asomaron a uno y otro lado del coche para escrutar con impaciencia la oscuridad. Era evidente que estaba sucediendo algo emocionante o esperaban que sucediese. Y aunque pregunté a cada uno de los pasajeros, ninguno me dio la más mínima explicación. Ese estado de nerviosismo continuó durante un buen rato, hasta que finalmente apareció ante nosotros el Collado, que se abría por el Este. Nubes amenazadoras se desplazaban sobre nuestras cabezas, y en el aire había una sensación densa y opresiva de tormenta. Parecía que hubiera dos atmósferas distintas en cada vertiente de la cadena montañosa, y que nosotros nos dispusiéramos a entrar en la tormentosa. Inmediatamente me puse a buscar con la mirada el vehículo que me conduciría hasta el Conde. De un momento a otro, esperaba divisar entre la negrura el brillo de unos faroles. Pero todo estaba oscuro. La única luz que percibíamos la proyectaban los rayos parpadeantes de nuestros faroles, y sobre ella se elevaba, en forma de nube blanca, el vaho producido por nuestros extenuados caballos. Eso nos permitía distinguir el camino arenoso que se extendía ante nosotros en toda su blancura, mas en él no había señales de ningún otro vehículo. Con un suspiro de alivio, que parecía una burla a mi decepción, los pasajeros retrocedieron. Cuando reflexionaba sobre lo que me convendría hacer, el cochero, consultando su reloj, dijo a los demás

viajeros algo que apenas pude oír, ya que lo hizo discretamente y en voz baja. Creo que dijo: "Una hora antes de lo previsto". Luego, volviéndose hacia mí, dijo en un alemán todavía peor que el mío:

—Aquí no hay ningún carruaje. Después de todo, no le espera nadie, *Herr*. Tendrá que venirse a Bucovina y regresar mañana o pasado; mejor pasado mañana.

Mientras hablaba, los caballos comenzaron a relinchar, a resoplar y a corcovear furiosamente, de modo que el cochero tuvo que sujetarlos. A continuación, mientras los campesinos gritaban a coro santiguándose, llegó una calesa tirada por cuatro caballos, nos adelantó y se acercó a la diligencia. A la luz de nuestros faroles, cuyos rayos caían sobre los caballos, pude observar que se trataba de unos animales espléndidos, negros como el carbón. Los guiaba un hombre de elevada estatura, con una larga barba de color castaño y un gran sombrero negro que le ocultaba el rostro. Cuando se volvió hacia nosotros, solo pude ver el destello de un par de ojos muy brillantes, que a la luz del farol me parecieron rojos.

—Esta noche ha llegado pronto, amigo —le dijo al cochero.

—El *Herr* inglés tenía prisa —respondió el cochero tartamudeando.

A lo que el recién llegado replicó:

—Por eso, supongo, pretendía usted que continuara hasta Bucovina. No puede engañarme, amigo. Sé demasiado, y mis caballos son veloces.

Aunque sonreía al hablar, a la luz de nuestros faroles la expresión de su boca era dura, con labios muy rojos y dientes afilados, tan blancos como el marfil. Uno de mis compañeros susurró a otro el verso de *Leonora*, de Bürger:

Denn die Todten reiten schnell
(Porque los muertos viajan deprisa)

El cochero recién llegado le oyó, evidentemente, ya que alzó la mirada con una sonrisa resplandeciente. El pasajero volvió el rostro, al tiempo que extendió dos dedos y se santiguó.

—Deme el equipaje del *Herr* —dijo el conductor de la calesa.

Le dieron mis bolsas con excesiva prontitud y él las metió en la calesa. A continuación descendí de la diligencia, y el conductor de la calesa, que se encontraba a su costado, me ayudó a subir, asiéndome del brazo con una mano que me pareció de acero. La fuerza de aquel hombre debía ser prodigiosa. Sin

pronunciar palabra, tiró de las riendas, los caballos dieron media vuelta y nos adentramos rápidamente en las tinieblas del Collado. Al mirar hacia atrás, vi de nuevo el vaho que despedían los caballos de la diligencia a la luz de los faroles, sobre la que se recortaban las siluetas de mis antiguos compañeros de viaje, santiguándose. Luego, el cochero hizo restallar su látigo y dio voces a sus caballos, que prosiguieron su camino a Bucovina.

Cuando les vi desaparecer entre la oscuridad, sentí un escalofrío inesperado y me invadió una sensación de soledad. Mas el cochero me echó una capa sobre los hombros y me puso una manta en las rodillas, diciéndome en excelente alemán:

—La noche es fría, *mein Herr,* y mi amo el Conde me ha ordenado que cuide de usted. Bajo el asiento hay un frasco de *slivovitz* [aguardiente de ciruelas del país], por si lo necesita.

Aunque no lo probé, era un alivio saber que estaba allí, de todos modos. Me sentía algo raro, y bastante asustado. Creo, que de haber tenido cualquier otra alternativa, la hubiera adoptado, en lugar de proseguir aquel viaje nocturno rumbo a lo desconocido. El carruaje avanzaba en línea recta a muy buen paso. De pronto giró bruscamente y tomó otro camino igualmente recto. Tuve la impresión de que pasábamos una y otra vez por el mismo sitio, de modo que me fijé en algunos salientes para tomarlos como referencia, y comprobé que así era. Me habría gustado preguntarle al cochero qué significaba todo aquello. Mas la verdad es que me dio miedo, pues pensé que, en la situación en que me hallaba, de nada hubieran servido mis protestas si él tenía la intención de demorarse. Más tarde, no obstante, sentí curiosidad por saber cuánto tiempo había pasado, y encendí una cerilla, al resplandor de cuya llama consulté mi reloj. Faltaban unos minutos para la medianoche. Eso me produjo una especie de conmoción, pues supongo que mis recientes experiencias me hicieron recordar la superstición generalizada acerca de la medianoche. Quedé a la expectativa, presa de una malsana sensación de incertidumbre.

Entonces empezó a ladrar un perro en alguna granja lejana carretera abajo. Era un gemido prolongado, angustioso, como de terror. Le contestó otro perro, y luego otro y otro más, hasta que, llevados por el viento, que en aquellos momentos soplaba suavemente por el Collado, comenzó una serie de aullidos frenéticos, que parecían proceder de todos los ámbitos del país, hasta donde la imaginación podía captarlos a través de la penumbra de la noche. Al primer aullido los caballos se encabritaron, mas el cochero los tranquilizó, hablándoles con dulzura, aunque temblaban y sudaban como si huyeran a causa de algún

susto inesperado. Después, a lo lejos, procedentes de las montañas de uno y otro lado, se oyeron unos aullidos más agudos —de lobos— que nos afectaron por igual a los caballos y a mí, pues yo estuve a punto de saltar de la calesa y echar a correr, mientras que ellos volvieron a encabritarse y a corcovear con tal furia, que el cochero tuvo que emplear todas sus fuerzas para evitar que se desbocaran. Unos minutos más tarde, no obstante, mis oídos acabaron por acostumbrarse a aquel sonido, y los caballos se tranquilizaron tanto, que el cochero pudo descender y acercarse a ellos. Los acarició y apaciguó, susurrándoles algo en las orejas, como he oído decir que hacen los domadores de caballos. El efecto fue extraordinario: con las caricias se volvieron otra vez dóciles, aunque seguían temblando. El cochero tomó asiento de nuevo y sacudiendo las riendas reemprendió la marcha a gran velocidad. Esta vez, al llegar al otro lado del Collado, tomó de pronto un camino estrecho que torcía bruscamente a la derecha.



Pronto nos vimos rodeados de árboles, que en algunos lugares formaban una especie de bóveda por encima de nosotros, como si atravesáramos un túnel. Y una vez más, grandes y escarpados peñascos nos vigilaban a ambos lados amenazadores. Aunque estábamos a cubierto, podíamos oír el viento que se

estaba levantando, que gemía y silbaba entre las rocas, y veíamos quebrarse a nuestro paso las ramas de los árboles. El frío fue haciéndose cada vez más intenso, y empezó a caer una nieve fina, en forma de polvo, que no tardó en cubrirlo todo con un manto blanco. El intenso viento seguía trayéndonos los ladridos de los perros, que iban debilitándose a medida que avanzábamos. Los aullidos de los lobos cada vez parecían más cercanos, como si nos estuviesen rodeando por todas partes. Yo estaba cada vez más asustado, y los caballos compartían mi miedo. El cochero, sin embargo, no estaba preocupado en lo más mínimo. Seguía mirando a derecha e izquierda, aunque yo no podía ver nada en medio de aquella oscuridad.

De pronto, atisbé a lo lejos, a nuestra izquierda, una vacilante llama azul casi imperceptible. El cochero la vio al mismo tiempo que yo, pues detuvo de inmediato los caballos y, saltando a tierra, desapareció en la oscuridad. Yo no sabía qué hacer, y menos aún con los lobos aullando cada vez más cerca. Pero mientras me lo pensaba, de repente reapareció el cochero, tomó asiento y, sin decir palabra, reanudamos la marcha. Puede que me quedara dormido y soñara aquel incidente, pues creo que se repitió una y otra vez en mi sueño, y ahora lo recuerdo como una especie de pesadilla espantosa. En una ocasión, la llama me pareció tan próxima a la carretera, que aun en la oscuridad que nos rodeaba pude observar los movimientos del cochero. Se dirigió rápidamente al lugar de donde surgía la llama —tan débil que apenas iluminaba a su alrededor— y recogiendo unas cuantas piedras formó con ellas una especie de dibujo. Entonces se produjo un extraño efecto óptico: al interponerse el cochero entre la llama y yo, no la tapó, sino que yo pude seguir contemplando su espectral parpadeo. Eso me sobresaltó, mas como el efecto fue pasajero, me dije que mis ojos me engañaban de tanto forzarlos en la oscuridad. Después dejaron de verse las llamas azules durante un buen rato, y continuamos viajando velozmente en la oscuridad, mientras los lobos aullaban en torno nuestro, como si nos siguieran en círculo.

Finalmente, el cochero volvió a detenerse y se alejó más que otras veces. Durante su ausencia, los caballos se pusieron a temblar más que nunca, y a resoplar y relinchar, presos del pánico. No podía comprender la causa, ya que habían cesado los aullidos de los lobos. Mas entonces, entre unas nubes negras, apareció la luna por detrás de la cresta dentada de un peñasco poblado de pinos que sobresalía amenazadoramente. Y a su luz pude ver que estábamos rodeados de lobos, de miembros largos y vigorosos y cuerpo peludo, que nos mostraban

sus blancos colmillos y sus colgantes lenguas rojas. En medio de aquel lúgubre silencio, resultaban cien veces más terribles que cuando aullaban. Por mi parte, sentí que el miedo me paralizaba. Solo cuando un hombre se enfrenta cara a cara con tales horrores puede comprender su verdadera importancia.

Los lobos se pusieron a aullar de nuevo todos a una, como si la luna hubiese ejercido sobre ellos algún raro influjo. Los caballos brincaron y se encabritaron, mirando a su alrededor con ojos desorbitados que inspiraban lástima. Mas el terrorífico cerco viviente los rodeaba por todas partes y se vieron forzados a permanecer en su interior. Grité al cochero que regresara, pues supuse que nuestra única oportunidad consistía en tratar de romper el cerco, ayudándole a acercarse. Chillé y golpeé el costado de la calesa, con la esperanza de que el ruido asustara a los lobos que había por aquel lado, lo que daría ocasión al cochero de llegar hasta el coche. Ignoro cómo lo consiguió, pero el caso es que le oí alzar la voz en tono imperioso, y al mirar en la dirección de la que provenía el sonido, le vi de pie en medio del camino, agitando los brazos como si apartara algún obstáculo intangible: los lobos retrocedieron más y más. En ese mismo momento, un nubarrón ocultó la luna y de nuevo quedamos sumidos en la más completa oscuridad.

Cuando mis ojos se acostumbraron a ella, el cochero estaba subiendo al pescante, y los lobos habían desaparecido. Todo era tan extraño y misterioso que me embargó un miedo espantoso, y no me atreví a hablar ni a moverme. El viaje se me hacía interminable en medio de aquella oscuridad casi absoluta, pues las nubes al desplazarse ocultaban la luna. Seguimos ascendiendo, aunque con ocasionales tramos de rápido descenso. De pronto me di cuenta de que el cochero estaba deteniendo los caballos en el patio de un inmenso castillo en ruinas, de cuyos altos ventanales ennegrecidos no salía ni un solo rayo de luz, y cuyas derruidas almenas recortaban sus serradas siluetas contra el cielo iluminado por la luna.

Capítulo II



DIARIO DE JONATHAN HARKER
(Continuación)

5 DE MAYO

Debí quedarme dormido, porque si hubiese estado completamente despierto, sin duda me habría dado cuenta de que nos acercábamos a tan extraordinario lugar. Con aquella oscuridad el patio parecía de un tamaño considerable. Mas como de él partían varios pasadizos oscuros, cubiertos por bóvedas de cañón, quizás me pareciese más grande de lo que realmente era. Todavía no he podido

verlo a la luz del día.



Cuando la calesa se detuvo, el cochero bajó de un salto y me tendió la mano

para ayudarme a descender. De nuevo pude reparar en su fuerza prodigiosa. Su mano realmente parecía un torno de acero que, de haberlo querido, hubiera podido aplastar la mía. Luego sacó mis cosas y las colocó en el suelo a mi lado, frente a una enorme puerta antigua, tachonada de grandes clavos de hierro, que estaba encajada en un marco saliente de piedra maciza. Incluso con aquella luz escasa, pude observar que la piedra estaba completamente cincelada, aunque las tallas estaban muy desgastadas por el paso del tiempo y la acción de la intemperie. Entre tanto, el cochero subió de nuevo al pescante y tiró de las riendas; los caballos se pusieron en marcha y el coche desapareció bajo una de aquellas oscuras aberturas.

Permanecí en silencio donde estaba, sin saber qué hacer. No se veía timbre ni aldaba, y no parecía probable que mi voz pudiera atravesar aquellos muros amenazadores ni aquellos ventanales oscuros. Estuve esperando un tiempo que se me antojó interminable, invadido por toda clase de dudas y temores. ¿A qué clase de sitio había llegado, y con qué clase de gente iba a encontrarme? ¿En qué siniestra aventura me había embarcado? ¿Acaso era aquel un incidente corriente en la vida de un pasante de abogado a quien habían enviado a explicar a un extranjero cómo adquirir una propiedad en Londres? ¡Pasante de abogado! A Mina no le gustaría esa palabra. Abogado sería más exacto, ya que un poco antes de marcharme de Londres tuve noticias de que mi examen había sido un éxito. ¡Ahora soy un abogado con todas las de la ley! Comencé a frotarme los ojos y a pellizcarme para comprobar si estaba despierto. Todo aquello me parecía una pesadilla horrorosa. Esperaba despertar de repente y encontrarme en casa, con las primeras luces del amanecer pugnando por entrar a través de las ventanas, como me ha ocurrido tantas veces por la mañana después de una jornada de excesivo trabajo. Sin embargo, mi cuerpo respondía a la prueba de los pellizcos y mis ojos no podían equivocarse. Estaba efectivamente despierto, en medio de los Cárpatos. Lo único que podía hacer era tener paciencia y esperar a que se hiciera de día.

Nada más llegar a esa conclusión, oí al otro lado de la enorme puerta unos pesados pasos que se acercaban, y a través de las rendijas en la madera vi el resplandor de una luz que se aproximaba. Luego hubo un ruido de cadenas y de gruesos cerrojos al ser descorridos. Una llave giró en la cerradura con el peculiar sonido chirriante que produce un prolongado desuso, y la enorme puerta se abrió.

Ante mí apareció un anciano de elevada estatura, pulcramente afeitado a excepción de un gran bigote cano, y vestido completamente de negro, sin una

sola nota de color. En su mano sostenía una lámpara antigua de plata, en la que ardía una llama sin ningún tipo de tubo o globo de cristal que la protegiera, la cual proyectaba largas sombras temblorosas al parpadear impulsada por la corriente que entraba por la puerta. El anciano me indicó que entrase con un gesto cortés de su mano derecha, diciendo en excelente inglés, aunque con un extraño acento:

—¡Bienvenido a mi casa! ¡Entre libremente y por su propia voluntad!

No hizo el menor ademán de salir a mi encuentro, sino que permaneció allí inmóvil cual estatua, como si su gesto de bienvenida le hubiese dejado petrificado. No obstante, en cuanto traspasé el umbral, se adelantó impulsivamente hacia mí y, tendiéndome la mano, apretó la mía con tal fuerza que me hizo estremecer de dolor, sensación que no disminuyó por el hecho de que estuviera tan fría como el hielo y más bien pareciera la mano de un muerto.

—Bienvenido a mi casa —repitió—. Entre libremente. Pase sin temor. ¡Y deje en ella un poco de la felicidad que trae consigo!

La fuerza de su apretón de manos era tan semejante a la del cochero, cuya cara no había visto, que por un momento pensé si no estaría hablando con la misma persona. Para asegurarme, le pregunté:

—¿El conde Drácula?

Inclinó la cabeza cortésmente en señal de asentimiento y respondió:

—Sí, yo soy Drácula. Le doy la bienvenida a mi casa, Mr. Harker. Entre; el aire de la noche es frío y seguramente tendrá usted necesidad de comer algo y descansar.

Mientras hablaba, puso la lámpara en una repisa de la pared, cogió mi equipaje, y antes de que yo pudiera anticiparme, lo metió. Protesté, mas él insistió:

—Nada de eso, caballero; es usted mi huésped. Es tarde y la servidumbre no está disponible. Permítame que me ocupe personalmente de su comodidad.

Insistió en llevar mis cosas. Atravesamos el corredor, después subimos por una espléndida escalera de caracol, y a continuación recorrimos otro largo pasadizo, en cuyo piso de piedra nuestros pasos resonaron con fuerza. Al llegar al final, el Conde abrió de par en par una pesada puerta y me alegró ver una habitación bien iluminada, en la que había una mesa dispuesta para cenar y un imponente hogar en el que ardía y chisporroteaba un magnífico fuego de troncos.

El Conde se detuvo, depositó mis bolsas en el suelo y cerró la puerta. Luego cruzó la estancia y abrió otra puerta que conducía a una pequeña sala octogonal,

iluminada por una sola lámpara, y aparentemente sin ventanas de ninguna clase. La atravesó y abrió otra puerta, indicándome por señas que entrase. ¡Qué grata visión! Se trataba de una amplia alcoba bien iluminada y caldeada por otro fuego de leña que emitía un fragor hueco por su amplio tiro. El propio Conde llevó dentro mi equipaje y se retiró, diciéndome antes de cerrar la puerta:

—Después de tan largo viaje, necesitará descansar y asearse un poco. Espero que encuentre todo cuanto necesite. Cuando esté dispuesto, pase a la otra estancia, donde encontrará su cena preparada.

La luz, el calor y la cortés acogida del Conde disiparon al parecer todas mis dudas y temores. Al recobrar mi estado normal de ánimo, descubrí que estaba medio muerto de hambre. De modo que me aseé apresuradamente y volví a la otra estancia.

Allí encontré la cena servida. Mi anfitrión, que estaba de pie a un lado de la enorme chimenea, apoyado contra el marco de piedra, señaló la mesa con un gesto amable, diciendo:

—Tome asiento, se lo ruego, y cene cuanto quiera. Confío en que sabrá disculparme por no acompañarlo, pero ya he cenado a media tarde y no suelo tomar nada a estas horas.

Le entregué la carta sellada que Mr. Hawkins me había confiado. La abrió y la leyó con expresión seria. Luego, con una encantadora sonrisa, me la ofreció para que la leyese. Uno de los párrafos, al menos, me llenó de satisfacción.

"Lamento mucho que un ataque de gota, dolencia que padezco constantemente, me impida viajar durante algún tiempo. No obstante, me complace poder enviarle en mi lugar a una persona competente, en quien tengo depositada toda mi confianza. Es un joven lleno de energía y talento, y conoce a fondo su oficio. Es discreto y reservado, y ha crecido a mi servicio. Durante su estancia en el castillo estará a su entera disposición siempre que lo desee, y seguirá en todo sus instrucciones".

El Conde se adelantó, destapó una fuente, y acto seguido me abalancé sobre un suculento pollo asado. Esa fue mi cena, además de un poco de queso, ensalada y una botella de Tokai añejo, del que tomé dos vasos. Mientras comía, el Conde me hizo muchas preguntas sobre mi viaje, y yo le conté, una tras otra, todas mis experiencias.

Cuando concluí mi relato, había terminado ya de cenar y, a instancias de mi

anfitrión, acerqué una silla a la lumbre y me empecé a fumar un cigarro que me ofreció, excusándose al mismo tiempo por no fumar él también. Entonces tuve oportunidad de observarle, descubriendo una fisonomía de rasgos muy acusados.

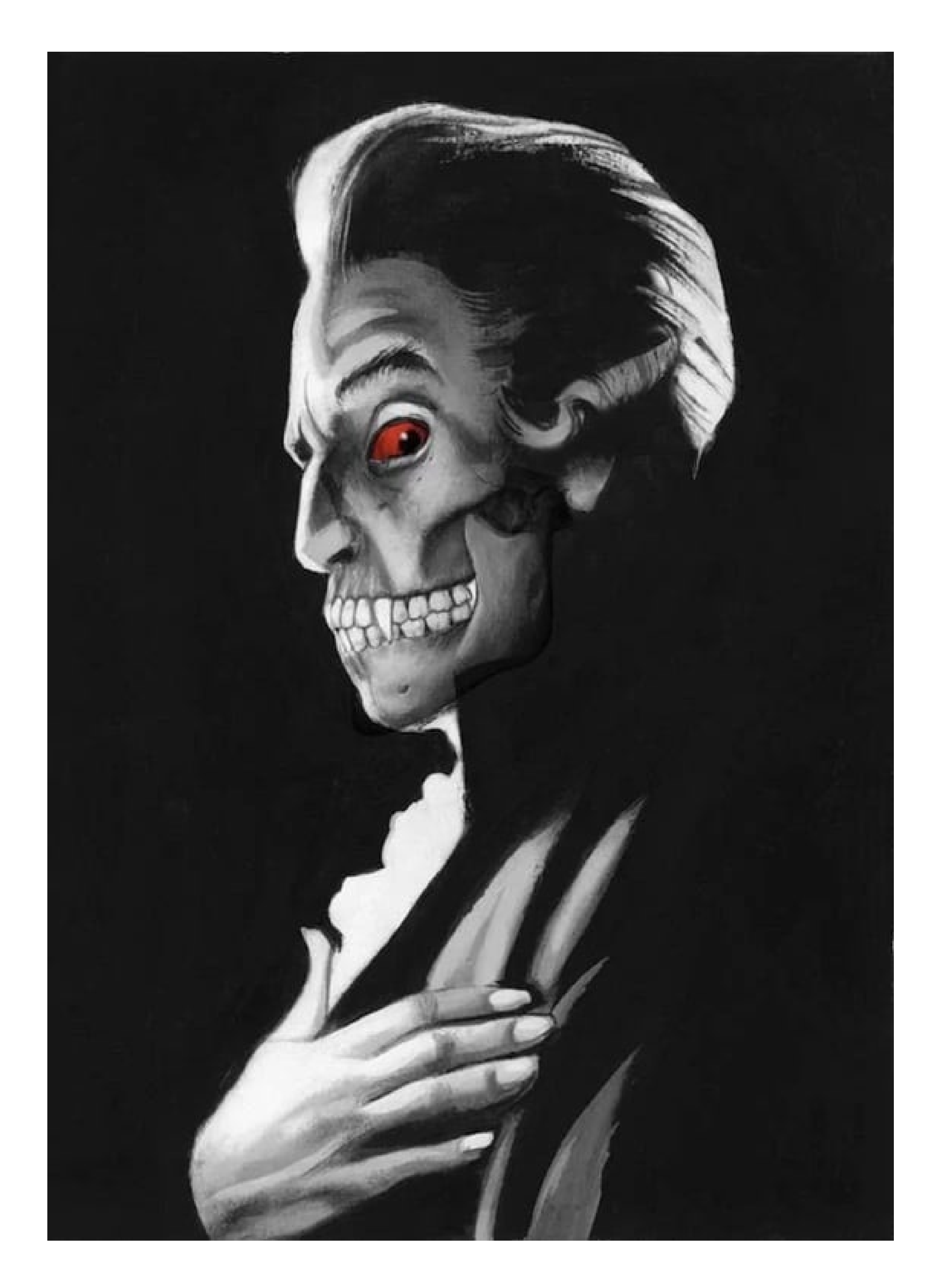
Su rostro era marcadamente aguileño, de nariz delgada con el puente muy alto y las aletas arqueadas de una forma muy peculiar; la frente era alta y abombada y los cabellos, escasos en las sienes, eran abundantes en el resto de la cabeza. Sus cejas, muy pobladas, casi se unían por encima de la nariz y eran tan espesas que parecían rizarse por su misma abundancia. La boca, a juzgar por lo que se podía ver bajo el grueso bigote, era firme y más bien cruel, y sus dientes, particularmente blancos y afilados, sobresalían de los labios, cuya notable rubicundez denotaba una vitalidad asombrosa para un hombre de su edad. Por lo demás, sus orejas eran pálidas y extremadamente puntiagudas; el mentón era ancho y fuerte, y las mejillas firmes, aunque hundidas. La impresión general que daba era de una palidez extraordinaria.

Hasta entonces solo me había fijado en el dorso de sus manos, apoyadas sobre las rodillas, y a la luz de la lumbre me habían parecido blancas y finas. Pero al verlas más de cerca pude comprobar que eran bastas, anchas, con dedos cortos y gruesos. Y por extraño que pueda parecer, había vello en el centro de las palmas. Las uñas eran largas y finas, y estaban afiladas. Al inclinarse el Conde hacia mí y rozarme sus manos, no pude reprimir un escalofrío. Tal vez fuese la fetidez de su aliento, pero lo cierto es que me invadió una horrible sensación de náusea, que no pude disimular, por mucho que lo intenté. El Conde se dio cuenta evidentemente y retrocedió. Y con una especie de sonrisa tétrica, que me permitió ver todavía mejor sus prominentes dientes, se sentó de nuevo en el lugar que ocupaba junto a la chimenea. Permanecimos en silencio durante un buen rato, y al mirar hacia la ventana pude observar las primeras luces pálidas del alba. Una extraña quietud parecía inundarlo todo, aunque, escuchando con atención, pude oír el aullido de numerosos lobos allá abajo en el valle. Los ojos del Conde centellearon al decirme:

—Escuche… ¡Son las criaturas de la noche! ¡Qué musicalidad!

Y al ver en mi rostro, supongo, una expresión de extrañeza, añadió:

—¡Ah, caballero, ustedes los habitantes de las ciudades no pueden compartir los sentimientos de un cazador!



Luego se levantó y dijo:

—Debe sentirse cansado. Su habitación está dispuesta; mañana podrá dormir cuanto desee. Yo tengo que ausentarme hasta la tarde. Así que duerma bien y

¡que tenga felices sueños!

Y con una cortés inclinación de cabeza, él mismo me abrió la puerta de la sala octogonal, y entré en mi dormitorio…

Estoy sumido en un mar de confusiones. Dudo; tengo miedo; pienso en toda clase de cosas extrañas que ni a mí mismo me atrevo a confesar. ¡Que Dios me guarde, aunque solo sea por mis seres queridos!

7 DE MAYO

Otra vez es de día, pero he descansado y disfrutado las últimas veinticuatro horas. Dormí hasta muy tarde y me desperté espontáneamente. Una vez vestido, fui a la habitación en donde habíamos cenado la víspera: encontré servido un desayuno frío y café caliente en una cafetera colocada junto a la lumbre. Sobre la mesa había una nota que decía:

"Debo ausentarme durante algún tiempo. No me espere. D."

De modo que me puse manos a la obra y disfruté de un desayuno abundante. Cuando hube terminado, busqué una campanilla para avisar a los criados de que retiraran el servicio; mas no pude encontrar ninguna. Desde luego existen en esta casa deficiencias muy extrañas, teniendo en cuenta los extraordinarios indicios de riqueza que me rodean. La cubertería es de oro, y tan admirablemente labrada que debe de tener un valor incalculable. La tapicería de sillas y sofás, las colgaduras de mi cama y los cortinajes están confeccionados con las telas más caras y preciosas, y debieron ser muy costosas en su momento, ya que, a pesar de tener varios siglos de antigüedad, se conservan en excelente estado. He visto cosas parecidas en Hampton Court, pero estaban gastadas, raídas y apolilladas. Sin embargo, en ninguna de las habitaciones hay espejos. Ni siquiera en mi tocador, por lo que he tenido que utilizar el diminuto espejo de mano que llevo en la bolsa para poder afeitarme o peinarme. Todavía no he visto criados por ninguna parte, ni he oído ruido alguno en los alrededores del castillo a excepción del aullido de los lobos.

Cuando hube terminado de comer —no sé si llamarlo desayuno o cena, ya que era entre las cinco o las seis cuando me senté a la mesa— busqué algo para leer, ya que no quería recorrer el castillo sin antes haberle pedido permiso al Conde. No había absolutamente nada en la habitación: ni libros, ni periódicos, ni siquiera utensilios para escribir. De modo que abrí otra de las puertas y encontré una especie de biblioteca. Traté de abrir la puerta del lado opuesto, pero estaba

cerrada con llave.

En la biblioteca encontré, para gran alegría mía, un gran número de libros en inglés, varias estanterías llenas, y tomos encuadernados de revistas y periódicos. En el centro de la habitación había una mesa cubierta de revistas y periódicos ingleses, aunque ninguno de fecha muy reciente. Los libros trataban de los más diversos temas: historia, geografía, política, economía, botánica, geología, derecho, y todos ellos se referían a Inglaterra y a la vida, educación y costumbres inglesas. Había incluso libros de consulta como el *Directorio de Londres*, los libros *Rojo* y *Azul*, el *Almanaque* de Whitaker, los *Escalafones del Ejército y de la Armada*, y el *Directorio Legal*, que por alguna razón especial me alegró ver.

Mientras examinaba los libros, se abrió la puerta y entró el Conde. Me saludó cordialmente y expresó su esperanza de que hubiese descansado bien durante la noche. Luego prosiguió:

—Me alegra que haya encontrado la forma de entrar aquí, pues estoy seguro de que hay muchas cosas que le interesarán. Estos amigos —y acarició alguno de los volúmenes— han sido fieles compañeros míos, y durante estos últimos años, desde que se me ocurrió la idea de irme a vivir a Londres, me han proporcionado muchas, muchísimas horas de placer. Gracias a ellos he llegado a conocer su extraordinario país; y conocerlo es amarlo. Ansío recorrer las concurridas calles de su inmenso Londres, participar del torbellino y las prisas de sus gentes, compartir sus vidas, sus cambios, sus muertes, y todo lo que le hace ser tal cual es. Mas, ¡ay de mí!, hasta ahora solo he podido aprender su lengua a través de los libros. Amigo mío, confío en que usted me enseñe a hablar.

—Pero, conde, ¡si usted conoce y habla perfectamente el inglés! —le dije, mientras él se inclinaba solemnemente.

—Gracias, amigo mío, por su lisonjera estimación, pero me temo que todavía me queda mucho camino por recorrer. Cierto es que conozco la gramática y el vocabulario, mas no sé hablar todavía.

—Ya lo creo —dije— que habla usted perfectamente.

—No es así —respondió—. Sé muy bien que si me trasladara a Londres, al oírme hablar nadie dejaría de notar que soy extranjero. Eso no me basta. Aquí soy noble: un boyardo[6]. El vulgo me conoce, soy su señor. Pero un extranjero en tierra extraña no es nadie; la gente no le conoce, y nadie se interesa por quien no conoce. Me contentaría con ser como los demás, de manera que nadie se parase al verme, ni dejase de hablar al oírme, para decir: "¡Bah, es un extranjero!". Hace tanto tiempo que soy señor, que quiero seguir siéndolo, o al

menos que nadie sea señor mío. Usted ha venido a mi casa no solo como agente de mi amigo Peter Hawkins, de Exeter, para ponerme al corriente sobre mi nueva propiedad en Londres. Confío en que se quede aquí algún tiempo conmigo, de modo que pueda yo aprender el acento inglés conversando con usted. Y espero que usted me indique si cometo algún error al hablar, por pequeño que sea. Siento que hoy haya tenido que estar ausente tanto tiempo. Pero sé que sabrá disculpar a quien, como yo, lleva entre manos tantos asuntos importantes.

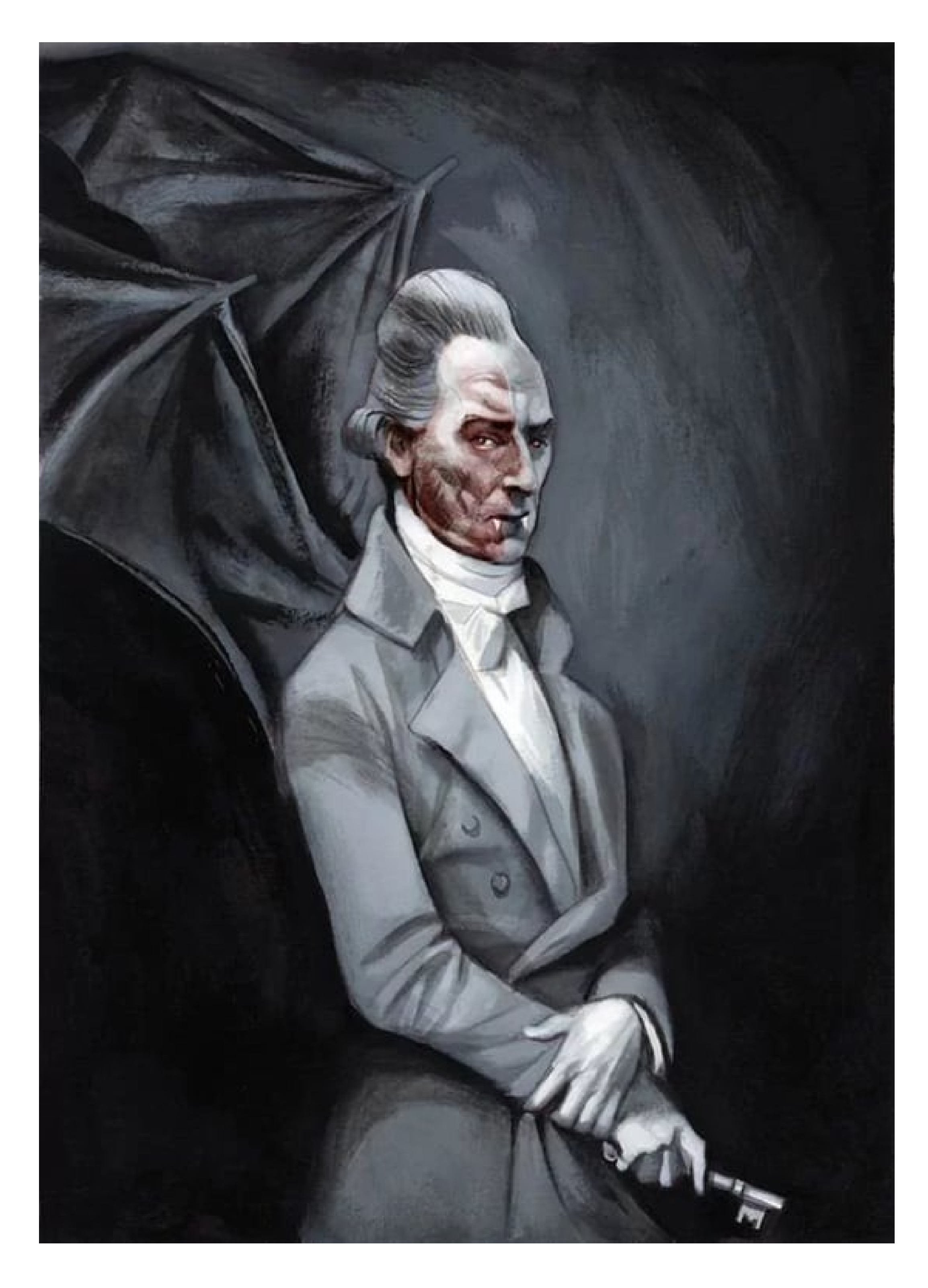
Le aseguré que, naturalmente, estaba dispuesto a disculparle, y le pregunté si podía entrar en aquella habitación cuando lo deseara.

—Desde luego —y añadió:

—Puede ir usted a cualquier parte del castillo que desee, excepto a las estancias cerradas con llave, en las que naturalmente no querrá usted entrar. Hay motivos para que las cosas sean como son, y si usted las viera como yo las veo y supiera todo lo que yo sé, es posible que las comprendiera mejor.

Le dije que estaba seguro de ello, y él prosiguió:

—Estamos en Transilvania. Y Transilvania no es Inglaterra. Nuestros usos y costumbres no son los de ustedes, y habrá muchas cosas que le parecerán extrañas. Y teniendo en cuenta lo que me ha contado acerca de las incidencias de su viaje, ya puede usted figurarse lo extrañas que pueden ser las cosas aquí.



Eso dio pie a una larga conversación. Y como era evidente que el Conde deseaba hablar, aunque solo fuese por el mero placer de hablar, le hice muchas preguntas sobre algunas cosas que ya me habían ocurrido o que habían llegado a

mi conocimiento. A veces se desviaba del tema, o cambiaba de conversación fingiendo no entender. Pero en general contestó a cuanto le pregunté con la mayor franqueza. Con el paso del tiempo, me volví más atrevido y le pregunté por algunas de las cosas extrañas que habían sucedido la noche anterior, como por ejemplo, por qué el cochero desapareció en los lugares donde habíamos visto llamas azules. ¿Era cierto realmente que indicaban el sitio donde había oro escondido? Me explicó entonces que, según una creencia popular, en determinada noche —precisamente la noche pasada, en la que se supone que todos los malos espíritus campan por sus respetos— se ve una llama azul en todos aquellos lugares en donde hay un tesoro escondido.

—Seguramente —prosiguió el Conde— en la región que atravesaron ustedes la otra noche debe de haber algún tesoro escondido, ya que durante siglos ha sido campo de batalla de valacos, sajones y turcos. Realmente es difícil encontrar un solo palmo de terreno en toda esta región que no haya sido abonado con sangre humana, bien sea de patriotas o de invasores. En los viejos tiempos hubo épocas de agitación en que llegaban hordas de austríacos y húngaros, y los patriotas les salían al encuentro… hombres y mujeres, ancianos y niños también… y les esperaban encaramados en lo alto de los desfiladeros, desde donde podían sembrar su destrucción provocando avalanchas artificialmente. Y si los invasores triunfaban, era poco lo que encontraban, ya que todo lo que tenían lo habían puesto a buen recaudo bajo tierra.

—Sin embargo —argüí— ¿cómo es posible que hayan permanecido tanto tiempo sin ser descubiertos, cuando existen señales inequívocas de su situación, si alguien se toma la molestia de mirar?

El Conde sonrió, y al retraer los labios sobre las encías, puso al descubierto unos caninos anormalmente largos y afilados.

—¡Porque los campesinos —respondió— son en el fondo unos cobardes y unos necios! Esas llamas solo aparecen una noche al año. Y en esa noche, no hay un solo hombre en todo el país que, si puede evitarlo, se atreva a salir de casa. Mas aunque saliera, mi querido señor, no sabría qué hacer. Pues ni siquiera el campesino del que usted me contó que había señalado el lugar de cada llama podría encontrar sus propias indicaciones a la luz del día. Y me atrevería a jurar que usted tampoco sería capaz de volver a encontrarlas.

—Estoy de acuerdo —dije—. Tan cierto es eso como que un muerto sabría dónde buscarlo tanto como yo.

Luego derivamos hacia otros temas de conversación.

—Venga —dijo por fin—, hábleme de Londres y de la casa que me ha conseguido.

Después de disculparme por mi negligencia, entré en mi habitación a coger los documentos que tenía en mi bolsa. Mientras los ordenaba oí un ruido de loza y plata en la habitación contigua, y al regresar observé que habían recogido la mesa y encendido la lámpara, porque ya casi era de noche. En el despacho o biblioteca también habían encendido las luces, y encontré al Conde tumbado en un sofá, leyendo nada menos que una Guía inglesa de Bradshaw. Al entrar yo, retiró de la mesa los libros y periódicos y nos pusimos a examinar juntos los planos, las escrituras y toda clase de cuentas. Se interesaba por todo y me hizo infinidad de preguntas sobre el lugar en que estaba situada la casa, y sobre sus alrededores. Era evidente que había estudiado de antemano cuanta información había podido recoger sobre el vecindario, ya que al final resultó que sabía mucho más que yo. Cuando se lo hice notar, me respondió:

—Pues sí, amigo mío. ¿Acaso no era necesario que lo hiciera? Cuando llegue estaré solo, y mi amigo Harker Jonathan… ¡oh, perdóneme!, he caído en la costumbre de mi país de anteponer el patronímico… mi amigo Jonathan Harker no estará a mi lado para corregirme y ayudarme. Estará en Exeter, a muchas millas de distancia, ocupándose probablemente de documentos jurídicos con mi otro amigo Peter Hawkins. ¿No es así?

Examinamos a fondo el asunto de la compra de una propiedad en Purfleet. Tras exponerle los detalles y escribirle una carta a Mr. Hawkins dando cuenta de ellos, el Conde firmó los documentos necesarios y me preguntó cómo había encontrado un lugar tan apropiado. Le leí las notas que había tomado en su momento, y que transcribo a continuación:

"Siguiendo una carretera secundaria, he encontrado en Purfleet un lugar que parece reunir todos los requisitos necesarios. Un cartel bastante deteriorado anuncia que la propiedad está en venta. Está rodeada por un muro alto, antiguo, de mampostería, que no ha sido reparado desde hace muchos años. Las puertas, que estaban cerradas, son de gruesa madera de roble y hierro, y están completamente oxidadas.

»La finca se llama Carfax, sin duda una corrupción del antiguo Quatre Face, dado que la casa tiene cuatro fachadas, orientadas a los cuatro puntos cardinales. Tiene en total unos veinte acres de terreno, completamente cercado por el sólido muro de piedra ya mencionado. Tiene tantos árboles que en algunos lugares es umbrío, y hay también un estanque o pequeño lago, profundo y oscuro,

alimentado desde luego por algunos manantiales, ya que sus aguas son transparentes y fluyen con un caudal bastante considerable. La casa es muy grande y yo diría que de época medieval, pues una parte es de piedra de enorme grosor, con escasas ventanas, muy altas y provistas de pesadas rejas de hierro. Parece que formó parte de un torreón, y está próxima a una vieja capilla o iglesia, en la que no pude entrar, ya que no tenía la llave de la puerta que la comunica con la casa. Pero he tomado fotografías con mi Kodak desde diversos ángulos. La casa fue construida más tarde, pero bastante desordenadamente, y solo puedo intentar adivinar la extensión que ocupa, que debe de ser muy grande. En los alrededores hay muy pocas casas, una de ellas muy grande, de construcción reciente, convertida en manicomio privado. Sin embargo, no es visible desde los jardines".

Cuando hube terminado de leer, el Conde dijo:

—Me encanta que la casa sea antigua y grande. Yo pertenezco a una antigua familia, y si tuviera que vivir en una casa nueva me moriría. Una casa no puede hacerse habitable en un día. Y después de todo, cuán pocos días hacen falta para completar un siglo. También me alegra que tenga una antigua capilla. A nosotros los nobles de Transilvania no nos agrada la idea de que nuestros huesos puedan descansar mezclados con los de los muertos corrientes. Yo no busco bullicio y diversiones, ni la resplandeciente voluptuosidad de un día de mucho sol y aguas centelleantes que tanto gusta a los jóvenes y a la gente alegre. Ya no soy joven. Mi corazón, tras fatigosos años de luto por sus muertos, ya no está acostumbrado al júbilo. Además, los muros de mi castillo se han desmoronado, las sombras lo invaden todo, y el viento helado sopla entre las arruinadas almenas y batientes. Adoro la sombra y la oscuridad, y estaría a solas con mis pensamientos siempre que pudiera.

De alguna manera sus palabras parecían estar en desacuerdo con su aspecto. O acaso fuera que sus facciones daban a su sonrisa una cierta expresión maligna y saturnina.

Al poco se excusó por tener que dejarme, pidiéndome que reuniera todos los documentos. Estuvo ausente un rato, y mientras yo me puse a hojear algunos de los libros que tenía a mano. Uno de ellos era un atlas, que naturalmente encontré abierto por la página de Inglaterra, como si ese mapa hubiera sido consultado muy a menudo. Al examinarlo, descubrí que determinados lugares estaban marcados con pequeños círculos. Y observando con más detenimiento, me di

cuenta de que uno de los círculos estaba situado cerca de Londres, al este, señalando evidentemente el emplazamiento de su nueva propiedad. Los otros dos círculos estaban en Exeter y en Whitby, en la costa de Yorkshire.

Cuando regresó el Conde había pasado casi una hora.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Sigue todavía con los libros? ¡Estupendo! Aunque no debe trabajar todo el tiempo. Venga, acaban de avisarme de que su cena está lista.

Me tomó del brazo y pasamos a la habitación contigua, donde encontré dispuesta en la mesa una excelente cena. Una vez más el Conde se excusó, ya que había cenado mientras estuvo ausente. Pero se sentó, como la noche anterior, y estuvimos charlando mientras yo comía. Después de la cena fumé, como la noche pasada, y el Conde permaneció a mi lado durante varias horas, hablando por los codos y haciéndome preguntas sobre todos los temas imaginables. Desde luego me di cuenta de que se estaba haciendo muy tarde, pero no dije nada porque me sentía obligado a complacer en todo a mi anfitrión. No tenía sueño, ya que me había repuesto completamente después del largo descanso del día anterior. No obstante, no pude dejar de sentir ese escalofrío que le embarga a uno ante la proximidad del alba, parecido en cierto modo al que suele experimentarse cuando cambia la marea. Se dice que, por lo general, los moribundos exhalan su último suspiro al despuntar el alba o cuando cambia la marea. Cualquiera que, estando cansado, y atado por así decirlo a su puesto, haya experimentado ese cambio de atmósfera, podrá sin duda creerme.

De pronto oímos el canto de un gallo, surgiendo con sobrenatural estridencia por entre la límpida brisa matutina. El conde Drácula se levantó de golpe y dijo:

—¡Vaya, otra vez ha amanecido! ¡Qué descuidado soy por tenerle en vela hasta tan tarde! Cuando me hable de mi nuevo y amado país, Inglaterra, debe procurar que sus comentarios no sean tan interesantes, a fin de que no me olvide de que el tiempo vuela.

Y tras inclinarse cortésmente, se marchó.

Al llegar a mi habitación, descorrí las cortinas, pero había poco que observar. Mi ventana daba al patio y lo único que podía ver era el cálido resplandor gris del cielo, que se aclaraba por momentos. Así que volví a correr las cortinas y me puse a escribir estas notas.

8 DE MAYO

Al empezar a escribir este diario, temí ponerme demasiado difuso. Ahora me

alegro de haber entrado en detalles desde el principio, porque hay algo tan extraño en este lugar, y en todo lo que hay dentro, que no puedo evitar sentirme inquieto. Me gustaría estar a salvo lejos de aquí, o no haber venido nunca. Puede que me esté afectando esta extraña vida nocturna. Aunque ¡ojalá sea eso todo! Si al menos tuviera a alguien con quien hablar. Pero no tengo a nadie. Solo está el Conde y él… Me temo que en este lugar soy el único ser vivo. Déjenme ser prosaico, tanto como puedan serlo los hechos. Eso me ayudará a soportarlos, y evitará que se me desmande la imaginación. Si lo hace estoy perdido. Déjenme decir enseguida cuál es mi situación… o cuál creo yo que es.

Me acosté, pero solo pude dormir unas horas. Y al comprender que no volvería a conciliar el sueño, me levanté. Colgué de la ventana el espejo de mano y me dispuse a afeitarme. De pronto sentí una mano sobre mi hombro, y oí la voz del Conde que me decía: "Buenos días". Me sobresalté, sorprendido por no haberle visto entrar, ya que el espejo reflejaba toda la habitación a mis espaldas. Con el susto, me corté superficialmente, aunque de momento no lo noté. Después de devolver el saludo al Conde, miré otra vez al espejo para averiguar por qué no le había visto. Esta vez no podía equivocarme, pues sabía que el hombre estaba a mi lado y podía verle por encima del hombro. ¡Mas no se reflejaba en el espejo! Podía ver toda la habitación que tenía detrás. Mas no había ni rastro de ningún ser humano, a excepción de mí. Aquel hecho sorprendente, que venía a culminar tantas cosas extrañas, acrecentó esa vaga sensación de malestar que siento siempre que el Conde está cerca de mí. En aquel momento me di cuenta de que el corte sangraba un poco, y que la sangre me corría por la barbilla. Dejé la navaja y me volví para buscar un poco de esparadrapo. Cuando el Conde me vio la cara, sus ojos brillaron con una especie de diabólico furor y súbitamente me agarró por el cuello. Me aparté y su mano rozó la cadena que llevo con un crucifijo colgando. Aquello provocó en él un cambio repentino, pero su furor se disipó tan súbitamente que a duras penas pude creer que realmente se hubiera producido.

—Tenga cuidado —me dijo—. Tenga cuidado de no cortarse. En este país es más peligroso de lo que se imagina.

Luego cogió el espejo y prosiguió:

—Este es el maldito objeto causante del daño. Nefanda baratija de la vanidad humana. ¡Fuera de aquí!

Y abriendo de un tirón la pesada ventana con su terrible mano, arrojó el espejo, que se hizo añicos al estrellarse contra las losas del patio. Luego se retiró sin pronunciar palabra. Es un fastidio, porque ahora no sé cómo voy a afeitarme,

a menos que me sirva de la tapa de mi reloj o del fondo de la bacía, que por suerte es de metal.

Cuando entré en el comedor, el desayuno ya estaba servido. Mas no pude encontrar al Conde en ninguna parte. Por lo tanto, desayuné solo. Es extraño que todavía no le haya visto comer ni beber. ¡Qué hombre tan raro debe de ser! Después de desayunar, exploré un poco el castillo. Salí a las escaleras y encontré una habitación orientada hacia el mediodía. La vista era magnífica, y desde donde yo me encontraba tuve ocasión de contemplarla a mis anchas. El castillo se erige en el borde mismo de un tremendo precipicio. Si arrojara una piedra desde la ventana, ¡caería libremente más de mil pies sin chocar con nada! Hasta donde alcanza la vista se extiende un mar de verdes copas de árboles, cortado a trechos por profundas grietas, en forma de simas. De vez en cuando, se divisan las hebras de plata de los riachuelos que serpentean en las gargantas profundas atravesando los bosques.

Mas no me siento con ánimo para describir esas bellezas, porque después de contemplar un rato el paisaje proseguí mi exploración y solo hallé puertas y más puertas por doquier, todas cerradas con llave y cerrojo. A excepción de las ventanas que se abren en los muros del castillo, no existe una sola salida asequible.

¡El castillo es una auténtica prisión y yo soy su prisionero!

Capítulo III



DIARIO DE JONATHAN HARKER
(Continuación)

Cuando comprendí que estaba prisionero me invadió una especie de locura febril. Subí y bajé las escaleras apresuradamente, intentando abrir todas las puertas y asomándome a todas las ventanas que encontré. Mas al cabo de un rato, la sensación de impotencia se sobrepuso a cualquier otro sentimiento. Al recordarlo ahora, al cabo de unas horas, creo que debí volverme loco, ya que me comporté en buena medida como una rata atrapada en una ratonera. Sin

embargo, en cuanto me convencí de mi impotencia, me senté tranquilamente —con una tranquilidad como jamás he sentido en toda mi vida— y me puse a pensar sobre lo que me convenía hacer. Aún sigo pensándolo, pero todavía no he llegado a ninguna conclusión definitiva. De una cosa estoy seguro: de nada serviría decirle al Conde lo que pienso. Él sabe mejor que nadie que estoy prisionero. Y puesto que él lo ha querido así, y sin duda debe de tener sus razones, aunque le confiara mis inquietudes lo único que conseguiría sería que me engañara. A mi juicio, el único plan factible consiste en guardar en secreto mi descubrimiento y mis temores, y mantener los ojos bien abiertos. Sé que, o bien me están engañando mis propios temores, o realmente estoy en un gran aprieto. Si se trata de esto último, necesito, necesitaré, toda mi inteligencia para superarlo.

Apenas había llegado a esa conclusión cuando oí cerrarse la gran puerta de abajo, y comprendí que el Conde había regresado. No vino enseguida a la biblioteca, por lo que entré sigilosamente en mi habitación y lo encontré haciéndome la cama. Me resultó extraño, pero no hizo sino confirmar lo que había pensado desde un principio: que no había ningún criado en el castillo. Y cuando, un poco más tarde, le vi a través de un resquicio en los goznes de la puerta poniendo la mesa en el comedor, estuve seguro de ello. Si él se ocupa personalmente de esas tareas domésticas, es porque seguramente no hay nadie más para hacerlas. Eso me asustó, pues si no hay nadie más en el castillo, tuvo que ser el propio conde quien conducía el coche que me trajo hasta aquí. La idea es horrible. Porque si es así, ¿qué significa que pudiera controlar a los lobos como lo hizo, con solo levantar la mano en silencio? ¿Por qué toda la gente de Bistriţa y de la diligencia tenía tanto miedo por lo que pudiera ocurrirme? ¿Por qué me dieron un crucifijo, ajos, rosas silvestres y ramos de serbal de cazadores? ¡Bendita sea aquella buena mujer que me colgó el crucifijo del cuello! Me consuela y reconforta cada vez que lo toco. Es extraño que un objeto que me han enseñado a considerar como algo reprobable e idolátrico pueda servirme de ayuda en momentos de soledad e inquietud. ¿Acaso hay algo en la esencia misma del crucifijo, o es solo un medio, una ayuda tangible para rememorar sentimientos de comprensión y consuelo? Algún día, si es posible, tendré que examinar este asunto para tomar una decisión al respecto. Mientras tanto debo averiguar todo lo que pueda sobre el conde Drácula, pues eso puede ayudarme a comprenderle. Esta noche puede que hable de sí mismo, si consigo llevar la conversación por esos derroteros. No obstante, debo tener mucho cuidado de no despertar sus sospechas.

MEDIANOCHE

He tenido una larga conversación con el Conde. Le hice unas cuantas preguntas sobre la historia de Transilvania, y el tema le animó de manera asombrosa. Al referirse a hechos y personajes, y especialmente a batallas, hablaba como si hubiese estado presente en todas ellas. Más tarde lo explicó diciendo que para un boyardo el orgullo de su familia y de su apellido constituye un orgullo personal, que su honor es el suyo propio, y que su destino es su propio destino. Siempre que se refería a su linaje decía "nosotros" y utilizaba el plural como los reyes. Quisiera poder reproducir con exactitud todo lo que me contó, ya que me resultó de lo más fascinante. Parecía resumir toda la historia del país. A medida que hablaba se iba entusiasmando, y paseaba por la habitación estirándose su enorme bigote blanco y asiendo todo cuanto metía mano como si quisiera triturarlo con su descomunal fuerza. Intentaré transcribir lo mejor posible una parte de lo que me dijo, ya que relata, a su manera, la historia de su estirpe:

—Nosotros, los *szekler*[7] tenemos derecho a sentirnos orgullosos, ya que por nuestras venas corre la sangre de muchas razas valerosas que se batieron como leones por defender su soberanía. Aquí, entre esta vorágine de razas europeas, la tribu de los *ugrios* trajo de Islandia el espíritu belicoso que les inculcó Thor y Odín, y que sus *berserker* desplegaron con tal ferocidad en las costas de Europa, sí, pero también de Asia y de África, que sus habitantes creyeron que habían llegado los mismísimos hombres-lobo. Al llegar aquí se encontraron con los hunos, cuya furia guerrera había arrasado la tierra como una hoguera viviente, de tal modo que sus agonizantes víctimas creyeron que por sus venas corría la sangre de aquellas brujas de antaño que, expulsadas de Escitia, se habían apareado con los demonios del desierto. ¡Qué estúpidos! ¿Qué demonio o qué bruja fue nunca tan importante como Atila, cuya sangre corre por estas venas? —y levantó los brazos—. ¿Es sorprendente acaso que fuéramos una raza de conquistadores, que fuéramos orgullosos, que cuando los magiares, los lombardos, los ávaros, los búlgaros o los turcos se lanzaron por millares sobre nuestras fronteras, les rechazáramos? ¿Es sorprendente que cuando Arpád y sus legiones asolaron la patria húngara, nos encontraran esperándoles en la frontera, y que allí concluyera la *honfoglalas*[8]? ¿Y que cuando la oleada húngara se extendió hacia el Este, los victoriosos magiares recurrieran a sus parientes los *szekler*, y durante siglos nos confiaran la vigilancia de la frontera con Turquía? Sí, y más todavía: el deber permanente de la vigilancia fronteriza, porque, como

dicen los turcos, "el agua duerme y el enemigo vela". ¿Quién, entre las Cuatro Naciones[9], recibió con mayor alegría que nosotros la "espada sangrienta" o acudió con mayor presteza al llamamiento guerrero del rey y se puso bajo su estandarte? Y cuando quedó lavada esa gran afrenta de mi patria, la vergüenza de Cossova[10], y las banderas de los magiares y los valacos sucumbieron ante la Media Luna, ¿quién, sino uno de mi propia estirpe, fue el que cruzó el Danubio como vaivoda y venció al Turco en su propio terreno[11]? ¡Por supuesto que fue un Drácula! ¡Maldito sea su propio e indigno hermano[12], que vendió a su pueblo a los turcos, trayéndonos la vergüenza y la esclavitud! ¿Acaso no fue aquel mismo Drácula, en efecto, quien legó su ardor patriótico a otro de sus descendientes, el cual, en época posterior, cruzó repetidamente el gran río con sus tropas para invadir Turquía[13], volviendo una y otra vez pese a ser rechazado, porque sabía que, aunque regresara solo del ensangrentado campo de batalla donde habían sucumbido los suyos, al fin triunfaría? Se ha dicho que solo pensaba en sí mismo. ¡Bah! ¿De qué sirven los campesinos sin un jefe? ¿En qué acaba una guerra sin un cerebro y un corazón que la dirijan? Y una vez más, cuando tras la batalla de Mohács[14] nos sacudimos el yugo húngaro, nosotros los Drácula estuvimos entre sus jefes, pues nuestro espíritu no soporta la falta de libertad. ¡Ah, mi joven caballero!, los *szekler* —y los Drácula siempre fueron su sangre, su cerebro y su espada— pueden vanagloriarse de un historial que los Habsburgo y los Romanoff, pese a haberse multiplicado como hongos, jamás podrán igualar. Mas el tiempo de guerrear ya ha pasado. La sangre es demasiado preciosa en estos tiempos de paz deshonrosa, y las glorias de las grandes razas no son ya más que un cuento para alegrar la sobremesa.

Para entonces ya casi había amanecido y nos acostamos. (*Mem.*: Este diario se parece terriblemente al comienzo de *Las mil y una noches…* o a la aparición del fantasma del padre de Hamlet, ya que siempre se interrumpe con el canto del gallo.)

12 DE MAYO

Permítanme comenzar por exponer los hechos, escuetos y en toda su crudeza, comprobados en libros y en datos de los que no cabe dudar. No debo confundirlos con experiencias que se basan en mis propias observaciones o en el recuerdo que tengo de ellas. Anoche, cuando el Conde vino de su habitación, empezó a hacerme preguntas sobre cuestiones legales y acerca del modo de abordar ciertos asuntos. Yo había pasado el día aburrido entre libros y, más que nada por mantener la mente ocupada, repasé algunos temas de los que me había

examinado en el Lincoln's Inn. Como en las preguntas del Conde había un cierto método, trataré de transcribirlas por orden. Es posible que en algún momento puedan serme útiles de una manera u otra.

Primero me preguntó si en Inglaterra se podía tener dos o más abogados. Yo le contesté que podía tener una docena si lo deseaba, pero que no era sensato contratar a más de un abogado para una misma transacción, ya que solo podía actuar uno cada vez, y un cambio iría seguramente en contra de sus propios intereses. Pareció entenderlo perfectamente y a continuación me preguntó si existía alguna dificultad de orden práctico en tener un abogado que se ocupase, digamos, de las operaciones bancarias, y otro para que atendiera los envíos por barco, en caso de remitir estos a una población alejada de donde vive el primero. Le pedí que se explicara con mayor claridad, para no arriesgarme a inducirle a error.

—Se lo aclararé —dijo—. Nuestro común amigo, Mr. Peter Hawkins, que vive lejos de Londres, a la sombra de la preciosa catedral de Exeter, compra en mi nombre, gracias a su amable colaboración, mi casa de Londres. ¡Perfecto! Ahora permítame decirle francamente, para que no le resulte extraño que haya recurrido a los servicios de alguien que vive tan lejos de Londres en lugar de un residente en la capital, que mi intención fue que no atendiera ningún interés particular salvo el mío propio. Un residente en Londres posiblemente buscara su provecho personal o el de algún amigo. Por ese motivo fui a buscar un agente inmobiliario tan lejos: para que se dedicara tan solo a defender mis intereses. Ahora bien, suponga que yo, que tengo numerosos negocios, desee mandar mis mercancías, digamos, a Newcastle, o a Durham, o a Harwich, o a Dover. ¿Acaso no podría resultarme más cómodo consignarlas a alguien que estuviera instalado en uno u otro puerto?

Yo le respondí que, efectivamente, le sería todo más fácil. Pero que los abogados teníamos un sistema de colaboración de unos con otros, de tal forma que la gestión de cualquier asunto local podía ser encargada a alguien de la propia localidad siguiendo las instrucciones de cualquier otro. De ese modo, el cliente solo tiene que ponerse en manos de un hombre para ver realizados sus deseos sin mayores complicaciones.

—Pero —me contestó— yo podría ocuparme personalmente de dar las instrucciones, ¿no es así?

—Naturalmente —le repliqué—. Es lo que hacen frecuentemente los hombres de negocios cuando desean que nadie se entere de sus asuntos.

—Perfecto —dijo.

Y luego me preguntó sobre cómo hacer los envíos y la mejor forma de llevarlos a cabo, y sobre las dificultades que pueden surgir, aunque es posible evitar tomando las debidas precauciones. Le expliqué todas esas cosas lo mejor que pude, y me dio la impresión de que seguramente sería un abogado estupendo, ya que había sido capaz de pensar en todos los detalles y de preverlo todo. Sus conocimientos y su perspicacia eran sorprendentes en un hombre que nunca estuvo en este país, y que evidentemente no se había metido demasiado en negocios. Cuando se sintió totalmente informado respecto a todas las cuestiones que me había planteado, después de que yo las confirmara lo mejor que pude en los libros que tenía a mano, se levantó repentinamente y me dijo:

—Después de su primera carta, ¿ha vuelto a escribir a nuestro amigo Mr. Peter Hawkins o a cualquier otro?

No sin cierta amargura, le contesté que no, que todavía no había tenido ocasión de enviar cartas a nadie.

—Entonces, escriba ahora, mi joven amigo —dijo, apoyando su pesada mano sobre mi hombro—. Escriba a nuestro amigo y a quien quiera. Y dígale, si le parece, que se quedará conmigo durante un mes más.

—¿Desea usted que me quede aquí tanto tiempo? —le pregunté, estremeciéndome ante la sola idea.

—Eso es lo que deseo, y no admitiré negativas. Cuando su patrón, o jefe, o como usted quiera llamarle, se comprometió a mandarme a alguien en su nombre, quedó bien entendido que yo dispondría de él a mi entera conveniencia. Yo no he escatimado nada, ¿no es así?

¿Qué podía hacer yo sino dar mi aprobación? Era en beneficio de Mr. Hawkins, no mío, y tenía que pensar en él, no en mí. Además, mientras el conde Drácula hablaba, había un no sé qué en su mirada y en su actitud que me hizo recordar que me encontraba prisionero, y que, quisieralo yo o no, no me quedaba otra opción. Al ver mi aceptación y la preocupación de mi rostro, el Conde comprendió que había vencido y que me tenía bajo su dominio, e inmediatamente comenzó a utilizar sus poderes sobre mí, aunque con su habitual tono afable e irresistible:

—Debo rogarle, mi competente y joven amigo, que no hable en sus cartas más que de negocios. Sin duda a sus amigos les agradará saber que se encuentra bien y que espera ansiosamente volver a casa junto a ellos. ¿No es cierto?

Mientras hablaba, me dio tres hojas de papel y tres sobres. Se trataba del más fino papel de carta extranjero. Y al mirarlo, y luego observar la discreta sonrisa

del Conde, con sus afilados colmillos asomando por encima de su rojo labio inferior, comprendí, tan bien como si me lo hubiera dicho, que debía tener mucho cuidado con lo que escribiera, ya que podría leerlo. Así que de momento decidí enviar solamente notas formales y escribir en secreto a Mr. Hawkins y a Mina, pues a ella podía hacerlo en taquigrafía, lo que desconcertaría al Conde si viera la carta. Cuando terminé de escribir las dos cartas, me senté tranquilamente a leer un libro mientras el Conde redactaba varias notas, consultando de vez en cuando algunos libros que había en su mesa. Luego cogió las dos mías, las puso con las suyas y guardó los útiles de escribir. Nada más cerrarse la puerta tras él, me incliné y miré las cartas, que estaban boca abajo sobre la mesa. No sentí ningún escrúpulo al hacerlo, ya que en tales circunstancias creí que debía protegerme por cualquier medio.

Una de las cartas iba dirigida a Samuel F. Billington, The Crescent n° 7, Whitby. Otra a *Herr* Leutner, Varna. La tercera era para Coutts & Co., Londres, y la cuarta para *Herren* Klopstock & Billreuth, banqueros de Buda-Pest. La segunda y la cuarta estaban abiertas. Estaba a punto de leerlas cuando vi moverse el tirador de la puerta. Me arrellané de nuevo en mi asiento, con el tiempo justo para reponer las cartas donde estaban y volver a tomar mi libro, antes de que el Conde entrara en la habitación con otra carta en la mano. Cogió las cartas de la mesa y las selló con cuidado. Luego, volviéndose hacia mi, dijo:

—Espero que me disculpe, pero esta noche tengo mucho trabajo. Supongo que hallará aquí todo cuanto necesite.

Al llegar a la puerta se volvió y, tras una breve pausa, añadió:

—Permítame que le dé un consejo, mi joven y querido amigo… o mejor dicho, permítame que le haga una seria advertencia: si abandona estas habitaciones no podrá dormir en ninguna otra parte del castillo. Es muy antiguo y está cargado de recuerdos. No olvide que los que duermen imprudentemente suelen tener pesadillas. ¡Queda advertido! Si en algún momento le vence el sueño, o piensa que lo va a hacer, vuelva inmediatamente a su cámara o a estas habitaciones, pues aquí podrá descansar sin peligro. Pero si no tiene cuidado en cuanto a eso, entonces…

Terminó la frase de una forma espantosa, ya que hizo un gesto con las manos como si se las lavara. Lo entendí perfectamente. Solo tenía una duda: ¿era posible que un sueño, no importa cuál, fuese más terrible que la horrorosa y antinatural malla de penumbra y misterio que parecía cerrarse a mi alrededor?

MÁS TARDE

Confirmo las últimas palabras escritas, y ahora no me cabe la menor duda al respecto. No tengo por qué temer si duermo en cualquier parte donde no esté él. He puesto el crucifijo en la cabecera de mi cama y ahí se quedará: espero que así no tendré más sueños mientras descanso.

Cuando se marchó, me fui a mi habitación. Al cabo de un rato, como no oía ningún ruido, salí al corredor y subí por la escalera de piedra hasta un lugar desde donde podía mirar hacia el Sur. Aunque inaccesible para mí, aquel vasto panorama me produjo una cierta sensación de libertad, en comparación con la estrechez y oscuridad del patio. Al mirarlo, tuve la impresión de estar efectivamente prisionero y sentí la necesidad de respirar una bocanada de aire fresco, aunque fuera de noche. Estoy empezando a notar que me afecta pasar la mayor parte de la noche en vela. Me está destrozando los nervios. Me asusto de mi propia sombra y me asaltan toda clase de pensamientos, a cual más horrible. ¡Bien sabe Dios cuán fundados son mis temores en este lugar maldito! Contemplé el magnífico panorama, bañado por la suave luz amarillenta de la luna como si fuera casi de día. Bajo aquella suave claridad, las lejanas colinas se fundían con la aterciopelada negrura de las sombras de los valles y gargantas. Aquella simple belleza me reconfortaba. Cada bocanada de aire me proporcionaba paz y sosiego. Al asomarme por la ventana me llamó la atención algo que se movía en la planta de abajo, un poco a mi izquierda, donde imagino, por la disposición de las habitaciones, deben dar las ventanas del aposento del Conde. La ventana en la que me encontraba era alta y profunda, con parteluz de piedra, y a pesar de estar desgastada por las inclemencias del tiempo, se conservaba todavía intacta, aunque hacía tiempo que le faltaba el marco. Retrocedí un poco al amparo de la sillería y miré hacia fuera con cuidado.

Lo que vi fue la cabeza del Conde saliendo de la ventana. No le vi el rostro, pero lo reconocí por su cuello y los movimientos de su espalda y sus brazos. En cualquier caso, no podían engañarme sus manos, que tantas ocasiones había tenido de examinar. Al principio la cosa me interesó y me divirtió un poco, ya que es asombroso lo poco que se precisa para interesar y divertir a un prisionero. Pero mis sentimientos se trocaron en repugnancia y terror cuando vi que el Conde salía lentamente por la ventana y empezaba a reptar, *cabeza abajo*, por el muro del castillo hacia aquel espantoso abismo, con la capa extendida en torno suyo como unas grandes alas. Al principio no podía dar crédito a mis ojos. Pensé que sería un efecto óptico del claro de luna, algún extraño juego de luces y sombras. Mas seguí mirando y comprendí que no podía tratarse de una ilusión.

Vi cómo los dedos de sus manos y de sus pies se aferraban a los cantos de las piedras, desprovistos ya de mortero por el paso del tiempo, utilizando así los salientes y desigualdades para descender a velocidad considerable, igual que un lagarto se desliza a lo largo de un muro.

¿Qué clase de hombre es este, o qué clase de criatura con apariencia de hombre? Siento que el pavor de este lugar me abruma. Tengo miedo… un miedo espantoso… y no veo posibilidad alguna de escape. Estoy rodeado de terrores en los que no me atrevo a pensar…



15 DE MAYO

He visto otra vez al Conde saliendo como un lagarto. Descendió en diagonal un centenar de pies, hacia la izquierda, y luego desapareció en algún hueco o

ventana. Cuando metió la cabeza, me asomé tratando de ver algo más. Pero fue inútil. La distancia era tan grande que no permitía un ángulo de visión adecuado. Sabía que había abandonado el castillo, y pensé que podía aprovechar la ocasión para explorar un poco más de lo que hasta entonces me había atrevido a hacer. Regresé a mi habitación y, cogiendo una lámpara intenté abrir todas las puertas. Estaban cerradas con llave, como me había figurado, y las cerraduras eran relativamente nuevas. Pero bajé la escalera de piedra hasta el vestíbulo por donde entré la primera vez. Comprobé que podía descorrer los cerrojos con bastante facilidad y soltar las enormes cadenas. ¡Mas la puerta estaba cerrada con llave, y esta había desaparecido! Debía estar en la habitación del Conde. Tendré que vigilar si deja su puerta abierta, de modo que pueda cogerla y huir. Seguí registrando minuciosamente las diversas escaleras y corredores, y traté de abrir las puertas que daban a ellos. Uno o dos aposentos pequeños próximos al vestíbulo estaban abiertos, pero no había nada en ellos que pudiera interesarme a excepción de unos muebles antiguos, cubiertos por el polvo de años y apolillados. Sin embargo, finalmente encontré una puerta en lo alto de una escalera, que aunque parecía cerrada, cedió un poco al empujarla. Empujé con más fuerza y comprobé que en realidad no estaba cerrada, sino que la resistencia se debía al hecho de que los goznes habían cedido un poco y la pesada puerta descansaba en el suelo. Era esa una ocasión que tal vez no volviera a presentarse, de modo que seguí empujando y tras muchos esfuerzos la forcé y pude entrar. Me encontraba en un ala del castillo situada más a la derecha de las habitaciones que ya conocía y una planta más abajo. Desde donde estaba pude observar que aquella serie de habitaciones ocupaban la parte sur del castillo, y que las ventanas de la última estaban orientadas a poniente y a mediodía. En esa parte, igual que en la anterior, había un precipicio enorme. El castillo estaba construido en la esquina de una roca enorme, de modo que resultaba completamente inexpugnable por tres de sus lados, donde se abrían grandes ventanales que no podían alcanzar ni la honda, ni el arco ni la culebrina, y por consiguiente garantizaban una iluminación natural y unas seguridades imposibles de encontrar en una posición a defender. Al Oeste se divisaba un extenso valle, y a lo lejos asomaban, uno tras otro, los picos de grandes cadenas de montañas melladas, formadas por escarpadas rocas salpicadas de serbales y espinos, cuyas raíces se agarraban a las resquebrajaduras, grietas y hendeduras de la piedra. Aquella era sin duda la parte del castillo que había sido habitada en el pasado, ya que los muebles ofrecían mayor comodidad que los que hasta entonces había visto. No había cortinas en las ventanas y la luz amarillenta de la luna entraba a raudales

por los cristales romboidales, permitiendo incluso distinguir los colores, al tiempo que mitigaba el abundante polvo que lo cubría todo y en cierta medida disimulaba los estragos del tiempo y de la polilla. Mi lámpara era de poca utilidad con aquel luminoso claro de luna, pero me alegré de tenerla, porque reinaba en el lugar una espantosa soledad que me helaba el corazón y me hacía temblar. No obstante, aquello era preferible a permanecer solo en las habitaciones que había llegado a odiar por la presencia del Conde y, después de intentar dominar mis nervios, comprobé que me invadía un dulce sosiego. Aquí estoy —sentado ante una mesita de roble, donde antaño posiblemente se sentara alguna bella dama a escribir, tras mucho pensar y ruborizarse, una torpe carta de amor— anotando taquigráficamente en mi diario todo lo ocurrido desde que lo cerré por última vez. ¡Esta nueva técnica sí representa un verdadero avance del siglo diecinueve! Y no obstante, a menos que mis sentidos me engañen, los siglos pasados tuvieron, y siguen teniendo, sus propios poderes que el mero "modernismo" no puede suprimir.

MÁS TARDE: 16 DE MAYO, POR LA MAÑANA

Que Dios conserve mi cordura, pues es lo único que me queda. Seguridad y garantía de seguridad son cosas que pertenecen al pasado. Mientras viva aquí, solo puedo esperar una cosa: no volverme loco, si es que aún no lo estoy. Si todavía estoy cuerdo, resulta exasperante imaginar que de todas las abominaciones que acechan en este odioso lugar, el Conde es lo que menos me asusta. Solo él puede proporcionarme seguridad, aunque únicamente mientras sirva a sus propósitos. ¡Dios mío, ten misericordia de mí! Haz que conserve la calma, ya que si la perdiera no me quedaría sino la locura. Empiezan a aclararse ciertas cosas que me han desconcertado. Hasta ahora no había captado del todo qué quiso significar Shakespeare cuando le hizo decir a Hamlet:

¡Mis libretas! ¡Rápido, mis libretas!
Es conveniente que lo anote…

porque ahora que me siento como si tuviera la mente desquiciada, o como si hubiera recibido una conmoción que pudiera acabar por arruinarla, vuelvo a mi diario en busca de sosiego. La costumbre de anotarlo todo minuciosamente creo que me ayudará a serenarme.

La misteriosa advertencia del Conde me asustó en su momento. Pero ahora,

cuando pienso en ella, me asusta todavía más, porque en lo sucesivo ejercerá un tremendo ascendiente sobre mí. ¡No debo poner en tela de juicio nada de lo que él pueda decir!

Después de haber escrito en mi diario y haberme guardado oportunamente en el bolsillo el cuaderno y la pluma, me entró sueño. Recordaba la advertencia del Conde, pero me complacía desobedecerla. Me embargaba el sueño y con él la obstinación que suele acompañarle. La suave luz de la luna me apaciguó y el vasto panorama del exterior me produjo una reconfortante sensación de libertad. Decidí no volver a aquellas deprimentes habitaciones que tanto me obsesionaban y quedarme a dormir allí, donde las damas de antaño se habían sentado, cantado y pasado su vida agradablemente, mientras sus bondadosos corazones se entristecían por la ausencia de sus hombres, enzarzados en guerras implacables. Acerqué un sofá grande hasta una esquina, desde donde podía contemplar, acostado, una hermosa vista del Este y el Sur. Y sin pensar en el polvo ni preocuparme por él, me instalé para dormir.

Supongo que debí quedarme dormido. Eso espero; pero me temo que todo lo que sucedió a continuación fue asombrosamente real… tan real que ahora, sentado aquí a plena luz del sol matutino, no puedo creer en modo alguno que todo fuera un sueño.

No estaba solo. La habitación seguía igual, nada había cambiado en ella desde que entré. Gracias a la brillante claridad de la luna, podía ver mis propias huellas en el suelo, donde mis pisadas habían alterado la enorme acumulación de polvo. Frente a mí, bañadas por la luz de la luna, había tres mujeres jóvenes, que a juzgar por su vestimenta y sus modales parecían damas. Al verlas creí estar soñando, ya que, aunque tenían la luna a sus espaldas, no proyectaban ninguna sombra en el suelo. Se aproximaron a mí y, tras examinarme durante un rato, se pusieron a cuchichear entre ellas. Dos de ellas eran morenas, tenían larga nariz aguileña como el Conde, y grandes y penetrantes ojos oscuros, que parecían casi rojos en contraste con la palidez amarillenta de la luna. La otra era de tez clara, extremadamente clara, con abundante y ondulado pelo rubio y ojos como pálidos zafiros. Por alguna razón su rostro me pareció familiar, como si lo hubiera visto en alguna pesadilla, aunque en aquel momento no pude recordar dónde ni bajo qué circunstancias.



Las tres tenían los dientes blancos y relucientes, que brillaban como perlas sobre el rubí de sus labios voluptuosos. Había algo en ellas que me inquietaba, haciéndome sentir al mismo tiempo anhelante y mortalmente asustado. Sentía en

mi corazón un perverso y ardiente deseo de que me besaran con aquellos labios rojos. No debería anotar esto, ya que podría apenar a Mina si algún día lo leyera. Pero es la pura verdad. Cuchichearon de nuevo y luego se echaron a reír las tres, con una risa argentina y musical, aunque en tal tono de dureza que no parecía brotar de unos labios tan dulces. Era como el intolerable y dulce tintineo de unas copas de cristal pulsadas por una mano hábil. La rubia movió la cabeza con coquetería, incitada por las otras dos. Una de ellas dijo:

—¡Adelante! Ve tú primero y nosotras te seguiremos. Tienes derecho a ser la que empiece.

La otra añadió:

—Es joven y fuerte. Podrá besarnos a las tres.

Yo las miraba, inmóvil y con los párpados entornados, presa de una angustia deleitosamente expectante. La rubia se adelantó y se inclinó sobre mí tanto que podía notar su agitada respiración. En cierto sentido su aliento era dulce, tan dulce como la miel, y producía en mis nervios el mismo estremecimiento que su voz. Pero bajo aquella dulzura notaba una amarga repugnancia, como la que produce el olor de la sangre.

Me daba miedo alzar los párpados, pero podía ver perfectamente a través de las pestañas. La rubia se arrodilló y se inclinó más sobre mí, regodeándose claramente. Mostraba una deliberada voluptuosidad, que resultaba excitante y a la vez repulsiva, mientras doblaba el cuello y se relamía como un animal, hasta que pude ver, a la luz de la luna, la reluciente humedad de sus labios escarlata y de su lengua roja, que asomaba entre sus blancos y afilados dientes. Bajó todavía más la cabeza, hasta que sus labios descendieron por debajo de mi boca y de mi barbilla, pareciendo que iban a abalanzarse sobre mi garganta. Entonces se detuvo y pude oír la impaciente agitación de su lengua al lamerse los dientes y labios, notando sobre mi cuello su aliento cálido. Sentí un estremecimiento en la piel, como si una mano se acercara poco a poco para hacerme cosquillas. Pude notar en la piel hipersensible de mi cuello la suave y trémula caricia de unos labios y el duro contacto de dos dientes afilados. Al prolongarse esta sensación, cerré los ojos en una especie de éxtasis lánguido y esperé… esperé con el corazón palpitante.

Mas en aquel preciso momento, con la rapidez del rayo, me embargó otra sensación. Tuve conciencia de la presencia del Conde y del arrebato de cólera que le dominaba. Abrí los ojos involuntariamente y vi que su férrea mano asía el delicado cuello de la mujer rubia, y con su hercúlea fuerza la hacía retroceder. Los ojos azules de la joven mudaron de expresión por la ira, sus blancos dientes

rechinaron de rabia y sus pálidas mejillas enrojecieron de indignación. Pero ¡y el Conde! Jamás hubiese imaginado tanta ira y furor, ni siquiera en los demonios del Averno. Sus ojos realmente echaban chispas. El rojo fulgor que despedían era espeluznante, como si en ellos ardieran las llamas del infierno. Su rostro mostraba una palidez cadavérica, y sus rasgos estaban tensos cual alambres estirados. Sus pobladas cejas, que se juntaban encima de la nariz, parecían una barra combada de metal al rojo vivo. Con un furioso movimiento de su brazo, arrojó a la mujer lejos de sí y después hizo señas con la mano a las demás para que retrocedieran, con el mismo gesto imperioso que le había visto emplear con los lobos. Con una voz, que aunque baja y casi susurrante, pareció cortar el aire y resonar luego por toda la habitación, exclamó:

—¿Cómo os atrevéis a tocarle ninguna de vosotras? ¿Cómo os atrevéis a ponerle los ojos encima cuando os lo tengo prohibido? ¡Atrás os digo! ¡Este hombre me pertenece! Cuidado con meteros con él, o tendréis que véroslas conmigo.

La rubia se revolvió para contestarle, con una risa de obscena coquetería.

—Tú nunca amaste. ¡Nunca amas!



Las otras mujeres se unieron a ella, y en la habitación resonaron unas risas tan destempladas, tristes e inexpresivas, que estuve a punto de desmayarme al oírlas, tan demoníacas parecían. Luego el Conde se volvió y, mirándome a la

cara con atención, dijo en un suave susurro:

—Sí, yo también soy capaz de amar. Vosotras mismas pudisteis comprobarlo en el pasado. ¿No es cierto? Ahora bien, os prometo que cuando haya terminado con él, podréis besarlo cuanto os plazca. ¡Ahora marchaos! ¡Dejadnos! Tengo que despertarlo, pues hay trabajo que hacer.

—¿No tendremos nada esta noche? —dijo una de ellas, conteniendo la risa, mientras señalaba la bolsa que el Conde había arrojado al suelo, y que se movía como si dentro hubiera un ser vivo. Por toda respuesta el Conde asintió con la cabeza. Una de las mujeres se abalanzó sobre el saco y lo abrió. Si mis oídos no me engañaron, lo que oí fue un jadeo y un débil gemido, como de un niño medio asfixiado. Las mujeres rodearon la bolsa, al tiempo que yo me sentí horrorizado. Mas cuando miré habían desaparecido, y con ellas el espantoso saco. No había ninguna puerta cerca, y no podían haber pasado a mi lado sin que lo hubiese notado. Al parecer, debieron fundirse simplemente con los rayos de la luna, pasando a través de la ventana, porque, por un momento, pude ver sus siluetas difusas y sombrías en el exterior, antes de que se desvanecieran completamente.

Entonces me venció el miedo y quedé sumido en la inconsciencia.



Capítulo IV

DIARIO DE JONATHAN HARKER
(Continuación)

Me desperté en mi cama. Si no lo he soñado, el Conde debió traerme aquí. Intenté aclarar lo ocurrido, mas no pude llegar a ninguna conclusión definitiva. Sin duda había algunas evidencias, tales como que mi ropa estaba doblada y guardada de forma distinta a como suelo hacerlo; mi reloj estaba parado y yo tenía la costumbre de darle cuerda sistemáticamente antes de acostarme; y otros muchos detalles parecidos. Pero eso no prueba nada, ya que podía tratarse únicamente de que mi mente no había funcionado como de costumbre y que, por una u otra causa, mis nervios se habían desquiciado. Debo esperar a tener pruebas. De una cosa me alegro: si fue el Conde quien me trajo aquí y me desvistió, debió darse prisa al hacerlo, pues mis bolsillos están intactos. Estoy seguro de que este diario hubiera sido para él un misterio que no habría tolerado. Se lo hubiera llevado o lo hubiese destruido. Cuando contemplo ahora esta habitación, que antes me suscitaba tanto temor, se me antoja una especie de santuario, pues nada puede haber más espantoso que esas horribles mujeres que esperaban —que *esperan*— chuparme la sangre.

18 DE MAYO

He bajado a echarle otra ojeada a esa habitación a la luz del día, pues *tengo* que saber la verdad. Cuando llegué a lo alto de la escalera, encontré la puerta cerrada. La habían encajado tan contundentemente en la jamba que parte de la

madera se había astillado. Observé que el cerrojo no estaba corrido, pero que habían cerrado la puerta por dentro. Me temo que no fue un sueño, y que debo actuar de acuerdo con esta suposición.

19 DE MAYO

Sin duda estoy atrapado. Anoche me pidió el Conde, de la manera más afable, que escribiera tres cartas: una, informando que ya casi había terminado mi trabajo y que emprenderé el regreso a casa dentro de unos días; otra, anunciando que salía al día siguiente por la mañana; y la tercera, comunicando que me había marchado del castillo y que me encontraba ya en Bistriţa. De buena gana me habría opuesto, pero me pareció que según estaban las cosas hubiera sido una locura enfrentarme abiertamente con el Conde, ya que estoy completamente en su poder, y negarme hubiera significado despertar sus sospechas y provocar su ira. De sobras sabe que yo sé demasiado, y que no debo seguir viviendo, pues representaría un peligro para él. Mi única posibilidad consiste en prolongar la situación actual. Puede que ocurra algo que me brinde la ocasión de escapar. Vi en sus ojos un destello de esa ira que puso de manifiesto cuando arrojó de su lado a la mujer rubia. Me explicó que los correos eran escasos y poco seguros, y que escribiendo ahora tranquilizaría a mis amigos. Y me aseguró con tal vehemencia que me devolvería las últimas cartas, las cuales quedarían retenidas en Bistriţa todo el tiempo necesario por si el azar diera lugar a una prolongación de mi estancia aquí, que oponerse a él hubiera supuesto provocar nuevas sospechas. Por consiguiente fingí estar de acuerdo con sus puntos de vista y le pregunté qué fechas debía poner en las cartas. El Conde hizo un rápido cálculo mental y luego dijo:

—La primera debe ir fechada el 12 de junio, la segunda el 19 y la tercera el 29 del mismo mes.

Ahora ya sé el tiempo que me queda de vida. ¡Que Dios me ayude!

28 DE MAYO

Existe una posibilidad de escapar, o cuando menos de enviar un recado a casa. Ha llegado al castillo un grupo de cíngaros, y están acampados en el patio. Los cíngaros son gitanos; he tomado algunos apuntes sobre ellos en mi cuaderno. Son típicos de esta región, aunque están emparentados con los gitanos corrientes de todo el mundo. Hay miles en Hungría y Transilvania, y prácticamente viven fuera de la ley. Por regla general se vinculan a algún noble o

boyardo y adoptan su apellido. Son temerarios y no tienen religión, aunque son muy supersticiosos, y solo hablan la lengua romaní en sus distintas modalidades.

Escribiré algunas cartas a los míos y trataré de que ellos las lleven al correo. Ya he hablado con ellos desde mi ventana para darme a conocer. Se quitaron los sombreros y me rindieron homenaje, haciendo muchos gestos que, no obstante, me resultaron tan incomprensibles como su lenguaje hablado…

Ya he terminado de escribir las cartas. La de Mina está en taquigrafía y a Mr. Hawkins únicamente le pido que se ponga en contacto con ella. A ella le he explicado mi situación, pero sin mencionar los horrores que solo yo barrunto. Si le abriese mi corazón, la sobresaltaría y la asustaría mortalmente. Aun suponiendo que las cartas no les lleguen, por lo menos el Conde no se enterará todavía de mi secreto, ni del alcance de mis conocimientos…

Les he dado las cartas, arrojándolas entre los barrotes de mi ventana, junto con una moneda de oro, y les he pedido por señas que las echen al correo. El hombre que las recogió, las apretó contra su pecho e inclinó la cabeza, metiéndolas luego en su gorra. ¿Qué más podía hacer yo? Regresé al despacho sigilosamente y me puse a leer. Como el Conde no ha vuelto, he estado escribiendo…

Ha llegado el Conde. Se sentó a mi lado y, al tiempo que abría dos cartas, me dijo en el tono más zalamero que pudo:

—Me las han entregado los cíngaros, y aunque ignoro de dónde proceden, como es natural me haré cargo de ellas. ¡Veamos! —seguro que ya la había examinado con anterioridad—. Una es de usted y está dirigida a mi amigo Peter Hawkins. La otra —en aquel momento, al abrir el sobre, divisó los extraños signos y su rostro adoptó una expresión sombría, al tiempo que le brillaron los ojos malévolamente— ¡la otra es una infamia, un ultraje a la amistad y a la hospitalidad! No está firmada, de modo que no debe interesarnos.

Y a continuación acercó tranquilamente la carta y el sobre a la llama de la lámpara hasta que se consumieron. Luego prosiguió:

—La carta a Mr. Hawkins… la enviaré, naturalmente, ya que es de usted. Sus cartas son para mí sagradas. ¿Podrá disculparme, amigo mío, por haber roto el sello sin darme cuenta? ¿Le importaría volverla a meter en el sobre?

Me tendió la carta, y con una cortés inclinación de cabeza, me entregó un sobre en blanco. No me quedaba más remedio que volver a escribir la dirección y devolvérsela en silencio. Al salir de la habitación, oí que cerraba con llave suavemente. Un minuto después fui hasta la puerta y probé a abrirla, pero estaba

cerrada.

Cuando, una o dos horas después, entró el Conde en la habitación sin hacer ruido, yo me desperté, pues me había quedado dormido en el sofá. Se mostró muy atento y muy animado, y al darse cuenta de que yo había estado durmiendo, me dijo:

—¿De modo que está cansado, amigo mío? Váyase a la cama. Es donde mejor se descansa. Esta noche no puedo tener el placer de charlar con usted, porque tengo mucho trabajo. Por favor, váyase a dormir.

Pasé a mi habitación y me acosté. Y aunque parezca extraño, me dormí pero no soñé. La desesperación también tiene sus momentos de alivio.

31 DE MAYO

Cuando desperté esta mañana se me ocurrió coger de mi bolsa unos sobres y papel, y guardármelos en el bolsillo a fin de poder escribir en caso de que se me presentara una ocasión. Pero una nueva sorpresa me aguardaba, ¡un nuevo sobresalto!

Había desaparecido hasta la última hoja de papel, y con ellas todas mis notas, mis datos sobre trenes y viajes, mi carta de crédito, en fin todo aquello que podía serme útil en cuanto lograra salir del castillo. Me senté a reflexionar durante un rato y se me ocurrió una idea: fui a registrar mi maleta y el armario donde había guardado la ropa.

El traje que llevaba puesto cuando llegué había desaparecido, y también mi abrigo y mi manta de viaje. No encontré ni rastro de ellos por ninguna parte. Parecía otra infame estrategia del Conde…

17 DE JUNIO

Esta mañana, mientras cavilaba sentado al borde de la cama, oí en el exterior un restallar de látigos y un patear y piafar de cascos de caballos en el sendero de piedra que hay detrás del patio. Corrí hacia la ventana loco de alegría y vi que entraban en el patio dos grandes carretas, cada una tirada por ocho robustos caballos, y a la cabeza de cada tronco un eslovaco ataviado con el típico sombrero de ala ancha, enorme cinturón claveteado, zamarra sucia y botas altas. Llevaban también en la mano largos bastones. Corrí hacia la puerta, con la intención de bajar y tratar de alcanzarles en la entrada principal, ya que pensé que seguramente entrarían por allí. Mas un nuevo sobresalto me aguardaba: mi puerta estaba cerrada por fuera.

Entonces corrí a la ventana y me puse a gritarles. Miraron para arriba estúpidamente y me señalaron con el dedo. Mas en ese momento apareció el *hetmán*[15] de los cíngaros, y al verlos señalar hacia mi ventana, dijo algo que les hizo reír. A partir de aquel momento ningún esfuerzo por mi parte, ni ningún grito lastimero o súplica angustiosa, les hizo volver la cabeza y mirarme. Se alejaron resueltamente. Las carretas llevaban grandes cajones cuadrados con asas de gruesa cuerda, que estaban evidentemente vacíos a juzgar por la facilidad con que los manejaban los eslovacos, y por lo que resonaban al moverlos bruscamente. Una vez descargados y apilados en una esquina del patio, los cíngaros dieron algo de dinero a los eslovacos, quienes, después de escupir en él para que les diera suerte, se pusieron de nuevo al frente de sus respectivos caballos. Poco después oí desvanecerse en la lejanía el restallar de sus látigos.

24 DE JUNIO, ANTES DEL AMANECER

Anoche el Conde se retiró temprano y se encerró en su habitación. En cuanto hice acopio de valor, subí corriendo la escalera de caracol y me asomé a la ventana orientada al mediodía, con la intención de vigilar al Conde, ya que tengo la impresión de que algo está pasando. Los cíngaros están acampados en algún lugar del castillo, haciendo algún trabajo. Lo sé, porque de vez en cuando oigo en la lejanía un ruido apagado, como de picos y palas. Sea lo que fuere, debe de tratarse de alguna infamia cruel.

Llevaba apostado algo menos de media hora, cuando vi que algo salía de la ventana del Conde. Retrocedí, sin dejar de vigilar con cautela, y vi emerger todo su cuerpo. Sufrí un nuevo sobresalto al descubrir que llevaba puesto el traje que yo había utilizado en mi viaje al castillo, y cargaba sobre sus espaldas el terrible saco que había visto llevarse a las mujeres. No cabía la menor duda de qué era lo que buscaba, ¡y encima llevaba mi ropa! Se trataba de otra estratagema perversa por su parte: hacer que la gente le confundiera conmigo, demostrando a la vez que fui yo quien echó las cartas al correo en las ciudades o aldeas, con lo que cualquier maldad que él pudiera cometer me la atribuirían a mí.

Me da rabia pensar que esto pueda continuar así, mientras yo estoy encerrado aquí, como un auténtico prisionero, sin contar siquiera con la protección de la ley, que es derecho y consuelo de los criminales.

Había decidido aguardar el regreso del Conde y durante bastante tiempo permanecí obstinadamente sentado junto a la ventana. Al cabo de un rato empecé a reparar en unas extrañas partículas que flotaban en los rayos de la luna. Parecían diminutas motas de polvo, que se arremolinaban y se agrupaban

formando una especie de nube. Al observarlas sentí una sensación de alivio y una especie de quietud se apoderó de mí. Me recliné en el alféizar en una postura más cómoda, para poder gozar más plenamente de aquel etéreo brincar.

Algo me sobresaltó: un débil, lastimero aullido de perros, allá a lo lejos en el fondo del valle, fuera del alcance de mi vista. El sonido sonaba cada vez más fuerte en mis oídos, al mismo tiempo que las motas de polvo adoptaban nuevas formas en consonancia con él, mientras seguían brincando a la luz de la luna. Sentí que en lo más profundo de mi ser pugnaban por despertar mis adormecidos instintos. Es más, era mi propia alma la que luchaba, y mis sentidos apenas despiertos se esforzaban por responder a aquella llamada. ¡Me estaban hipnotizando! Las motas de polvo danzaban cada vez más deprisa y los rayos de la luna parecían temblar al pasar junto a mí y perderse en la penumbra. Siguieron agrupándose cada vez más hasta adoptar en apariencia unas vagas formas fantasmales. Entonces me incorporé de un salto, completamente despierto y en plena posesión de mis facultades, y escapé de aquel lugar a gritos. Las formas ilusorias, que se iban materializando poco a poco en los rayos de luna, correspondían a las tres espectrales mujeres que me estaban predestinadas. Huí, y cuando llegué a mi habitación me sentí más seguro, pues allí no entraban los rayos de luna y la lámpara brillaba intensamente.

Al cabo de un par de horas oí moverse algo en la habitación del Conde, como un agudo gemido rápidamente sofocado, y a continuación se hizo el silencio, un profundo y atroz silencio que me produjo escalofríos. Con el corazón palpitante, traté de abrir la puerta. Pero estaba encerrado en mi prisión y no podía hacer nada. Simplemente me senté y me puse a llorar.

Estando sentado oí un ruido fuera en el patio… el grito angustiado de una mujer. Me precipité a la ventana, la levanté y atisbé entre los barrotes. Había, en efecto, una mujer con el pelo alborotado, con las manos sobre el pecho, como si estuviera agotada después de una larga carrera. Estaba apoyada en una esquina de la verja. Al ver mi rostro en la ventana se echó para delante, gritando con una voz cargada de amenazas:

—¡Monstruo! ¡Devuélveme a mi hijo!

Cayó de rodillas y, alzando las manos, gritó las mismas palabras en un tono que me oprimió el corazón. Luego, se mesó los cabellos y se golpeó el pecho, entregándose a todas las violencias propias de la emoción más desorbitada. Finalmente, se abalanzó sobre la puerta, y aunque no podía verla, oí cómo la golpeaba con las manos desnudas.

En algún lugar elevado, por encima de mi cabeza, probablemente en la torre,

oí la voz del Conde llamando a alguien en una especie de áspero susurro metálico. A lo lejos, los aullidos de los lobos parecieron responder a su llamada. Apenas unos minutos después, una manada de estos animales se coló en el patio por la amplia entrada, como las aguas de un embalse al ser liberadas.

La mujer dejó de gritar y al poco cesó el aullido de los lobos. Poco después, salieron en tropel uno a uno, relamiéndose los hocicos.

No podía compadecerme de aquella mujer, ya que sabiendo lo que le había sucedido a su niño, pensé que estaba mejor muerta.

¿Qué haré ahora? ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo escapar de esta espantosa noche de sumisión, abatimiento y temor?



25 DE JUNIO, POR LA MAÑANA

Nadie puede saber lo agradable y deseable que puede ser la mañana para la vista y el corazón, hasta haber padecido una noche de terror. Cuando esta

mañana el sol estuvo tan alto que alcanzaba el extremo de la verja que hay frente a mi ventana, me pareció como si la paloma del arca se hubiera posado en aquel lugar. Mis temores se disiparon como una prenda vaporosa que se disolviera con el calor. Debo tomar algún tipo de medidas mientras la luz del día me infunda valor. Anoche enviaron al correo una de las cartas con fecha posterior a la verdadera, la primera de la serie fatal destinada a borrar de la superficie de la tierra cualquier rastro de mi existencia.

No debo pensar más en ello. ¡Solo actuar!

Siempre ha sido por la noche cuando he sido importunado o amenazado, o de una forma u otra me he sentido en peligro o asustado. Todavía no he visto al Conde a la luz del día. ¿Acaso duerme cuando los demás velan y está despierto mientras ellos duermen? ¡Si al menos pudiera entrar en su habitación! Pero no hay forma de hacerlo. La puerta está siempre cerrada, no tengo modo de entrar.

Sí, existe un medio, si se tiene el valor de ponerlo en práctica. ¿Por qué no va a poder entrar otra persona por donde él sale? Yo mismo le he visto reptar desde su ventana. ¿Por qué no le imito y entro por su ventana? Existe un riesgo muy grave, pero más grave es todavía mi apuro. Me arriesgaré. Lo peor que me puede ocurrir es la muerte. Pero un hombre no es una res en un matadero. Puede que todavía esté abierto para mí el temido Más Allá. ¡Que Dios me ayude en esta tarea! ¡Adiós, Mina, si fracaso! ¡Adiós, mi fiel amigo y segundo padre! ¡Adiós a todos, y sobre todo a Mina!

EL MISMO DÍA, MÁS TARDE

Lo he intentado y, con la ayuda de Dios, he vuelto ileso a esta habitación. Debo anotar todos los detalles por su orden. Mientras me quedaba valor, fui a la ventana del ala sur y salí inmediatamente a la estrecha cornisa de piedra que rodea el edificio por ese lado. Las piedras eran enormes y estaban toscamente talladas, y el mortero que las unía había desaparecido por efecto del tiempo. Me quité los zapatos y me aventuré a salir de aquella manera tan peligrosa. Miré hacia abajo unos instantes, para asegurarme de que no me afectaría la visión repentina del atroz abismo, pero después mantuve los ojos apartados de él. Sabía perfectamente en qué dirección quedaba la ventana del Conde, y a qué distancia, y me dirigí hacia allí lo mejor que pude, teniendo en cuenta los medios de que disponía. No sentí vértigo —supongo que estaba demasiado excitado— y en un tiempo que me pareció ridículamente corto me hallé frente al antepecho, tratando de levantar la hoja corrediza. Me sentía muy inquieto, no obstante, cuando me incliné e introduje los pies en la ventana. Luego busqué al Conde con la mirada

y, con gran sorpresa y alegría, hice un descubrimiento. ¡La habitación estaba vacía! Apenas estaba amueblada con algún que otro objeto, que parecía no haber sido usado jamás. El mobiliario era más o menos del mismo estilo que el de las habitaciones del ala sur, y estaba cubierto de polvo. Busqué la llave, pero no estaba en la cerradura, ni pude encontrarla por ninguna parte. Lo único que encontré fue un enorme montón de oro en un rincón… oro de todas clases: monedas romanas, inglesas, austríacas, húngaras, griegas y turcas, cubiertas por una capa de polvo, como si llevaran mucho tiempo en el suelo. Enseguida advertí que ninguna de ellas tenía menos de trescientos años. También había cadenas y adornos, alguno con piedras preciosas, mas todos ellos antiguos y oxidados.

En un rincón de la habitación había una pesada puerta. Traté de abrirla, pues dado que no pude encontrar la llave de la habitación ni la de la puerta de fuera, que era el principal objetivo de mi búsqueda, debía seguir inspeccionando, o todos mis esfuerzos habrían sido vanos. Estaba abierta y, a través de un pasadizo de piedra, conducía a una escalera de caracol muy empinada. Descendí por ella con muchas precauciones y casi a oscuras, ya que solo estaba iluminada por unos tragaluces practicados en la gruesa mampostería. Al final había un pasadizo, oscuro como un túnel, del que salía un olor letal y nauseabundo, como de tierra vieja recién removida. A medida que avanzaba por él, el hedor fue haciéndose cada vez más asfixiante e intenso. Finalmente tiré de una pesada puerta que estaba entornada y me encontré en una vieja capilla en ruinas, que evidentemente había servido de cementerio. El techo se había derrumbado y había dos escalinatas que conducían a las criptas, pero el suelo había sido excavado recientemente y la tierra la habían colocado en grandes cajones de madera, evidentemente los que habían traído los eslovacos. No había nadie, de modo que busqué otra salida, mas no hallé ninguna. Luego examiné el suelo palmo a palmo, para no dejar pasar ninguna posibilidad. Bajé incluso a las criptas, en las que había una débil penumbra, aunque al hacerlo se me sobrecogió el alma. Entré en las dos primeras, pero solo vi fragmentos de viejos féretros y montones de polvo. En la tercera, no obstante, hice otro descubrimiento.

¡En uno de los enormes cajones, de los cincuenta que había en total, sobre un montón de tierra recién excavada, yacía el Conde! No sabría decir si estaba muerto o dormido: tenía los ojos abiertos y como petrificados, aunque sin la vidriosidad de la muerte; las mejillas conservaban la tibieza de la vida, a pesar de su extrema palidez, y sus labios estaban tan rojos como siempre. Pero no

había el menor indicio de movimiento: ni pulso, ni respiración, ni latidos de corazón. Me incliné sobre él y traté de descubrir algún síntoma de vida, aunque en vano. No podía llevar mucho tiempo allí tendido, pues el olor a tierra habría desaparecido al cabo de unas horas. Al lado del cajón estaba su tapa, con varios orificios repartidos por su superficie. Me dije que tal vez tuviese las llaves con él, pero al ir a registrarle vi que sus ojos sin vida, aunque estaban apagados y no se daban cuenta de mi presencia, tenían tal expresión de odio, que huí de aquel lugar y salí de la habitación del Conde por la ventana, volviendo a trepar por el muro del castillo. Cuando volví a mi aposento, me eché en la cama jadeante y traté de pensar…

29 DE JUNIO

Mi última carta lleva fecha de hoy y el Conde se ha ocupado de que parezca auténtica, ya que una vez más le vi abandonando el castillo por la ventana, llevando puesta mi ropa. Mientras descendía por el muro como un lagarto, deseé tener una escopeta o alguna otra arma mortífera con la que pudiera destruirle. Pero me temo que ningún arma fabricada por la mano del hombre tendría efecto sobre él. No me atreví a esperar su regreso, porque temía encontrarme con aquellas horripilantes hermanas. Volví a la biblioteca y estuve leyendo hasta quedarme dormido.

Me despertó el Conde para decirme, mientras me miraba con la expresión más torva que se puede uno imaginar:

—Amigo mío, mañana tendremos que separamos. Usted regresará a su bella Inglaterra y yo proseguiré con cierto trabajo, que puede acabar de tal suerte que quizás no volvamos a vernos nunca más. La carta a su casa ya ha sido expedida. Mañana ya no estaré aquí, pero todo estará dispuesto para su partida. Por la mañana vendrán los cíngaros, que tienen que hacer aquí unos trabajos, y también algunos eslovacos. Cuando se hayan ido, mi coche vendrá a recogerle y lo llevará al Collado Borgo, donde tomará la diligencia de Bucovina a Bistriţa. De todos modos, espero volverle a ver en el castillo de Drácula.

Como desconfiaba de él, decidí poner a prueba su sinceridad. ¡Sinceridad! Parece una profanación relacionar esta palabra con semejante monstruo. De modo que le pregunté sin rodeos:

—¿Por qué no puedo irme esta misma noche?

—Porque, querido señor, mi cochero y mis caballos han salido a cumplir una misión.

—No me importaría irme andando. Quisiera marcharme inmediatamente.

Sonrió. Pero su sonrisa era tan suave, tan afable y a la vez tan diabólica, que comprendí que tal afabilidad ocultaba alguna estratagema.

—¿Y qué hará con su equipaje?

—Eso no me preocupa. Puedo mandar a recogerlo en cualquier otro momento.

El Conde se puso de pie y, con un cumplido tan amable que tuve que frotarme los ojos de lo sincero que parecía, me dijo:

—Ustedes los ingleses tienen un dicho con el que me siento plenamente identificado, porque expresa a la perfección el espíritu por el que nos regimos los boyardos: "Da la bienvenida al huésped que llega y despide al que se va". Venga conmigo, mi apreciado y joven amigo. No debe permanecer ni una sola hora más en mi casa en contra de su voluntad, aunque su marcha me apene tanto como su repentino deseo de irse. ¡Vamos!

Cogió una lámpara y me precedió con majestuosa gravedad escaleras abajo y a lo largo del vestíbulo. De repente se detuvo.

—¡Escuche!

Una manada de lobos aullaba muy cerca. Parecía como si los aullidos aumentaran al levantar él la mano, igual que la música de una gran orquesta sigue los movimientos de la batuta del director. Tras una breve pausa, el Conde prosiguió, con idéntica solemnidad, hasta la puerta, descorrió los pesados cerrojos y tiró de ella para abrirla.

Con profundo asombro vi que no estaba cerrada con llave. Miré a mi alrededor con recelo, pero no pude ver ningún tipo de llave.

A medida que la puerta se abría, los aullidos de los lobos en el exterior se intensificaron y se hicieron cada vez más furibundos. Dando saltos y mordiscos, trataban de introducir por la abertura de la puerta sus rojas quijadas y las embotadas garras de sus pezuñas. Entonces comprendí que en aquel momento sería inútil luchar contra el Conde. Con semejantes aliados a su disposición, nada podía hacer yo. Mas la puerta siguió abriéndose lentamente y solo el cuerpo del Conde tapaba el boquete. De pronto se me ocurrió que tal vez había llegado mi hora y esa era la muerte que me estaba destinada. Iba a ser entregado a los lobos, y por mi propia instigación. La idea, por lo que tenía de diabólica perversidad, era digna del Conde. Por fin, como última posibilidad, exclamé:

—¡Cierre la puerta! ¡Esperaré a mañana!

Y me cubrí el rostro con las manos para ocultar las lágrimas de mi amarga

decepción. Con un solo ademán de su poderoso brazo, el Conde cerró la puerta de un empujón y los grandes cerrojos rechinaron al volverlos a correr, retumbando por todo el vestíbulo.

Regresamos en silencio a la biblioteca y un par de minutos después me fui a mi habitación. Lo último que vi hacer al conde Drácula fue enviarme un beso con la mano. Había en su mirada un brillo rojo de triunfo y su sonrisa habría enorgullecido al propio Judas en el mismísimo infierno.

Cuando estaba en mi habitación a punto de acostarme, me pareció oír un cuchicheo detrás de mi puerta. Me acerqué sigilosamente y escuché. A menos que mis oídos me engañaran, era la voz del Conde que decía:

—¡Atrás! ¡Atrás! ¡Marchaos por donde habéis venido! Todavía no ha llegado vuestra hora. Esperad. Tened paciencia. ¡Mañana por la noche, será vuestro mañana por la noche!

Hubo un débil y dulce murmullo de risas. Loco de ira, abrí la puerta de golpe y vi a las tres horribles mujeres relamiéndose los labios. Nada más verme lanzaron al unísono una espantosa carcajada y huyeron.

Regresé a mi habitación y me hinqué de rodillas. ¿Tan próximo está mi fin, entonces? ¡Mañana! ¡Mañana! ¡Señor, ayúdame a mí y a los míos!

30 DE JUNIO

Estas pueden ser las últimas palabras que escribo en mi diario. Dormí hasta poco antes de amanecer y al despertarme volví a caer de rodillas, ya que he decidido que si llega la Muerte, me encuentre preparado.

Al fin noté en el aire ese cambio sutil que anuncia la llegada de la mañana. Luego oí el grato canto del gallo y tuve el presentimiento de que me encontraba a salvo. Abrí la puerta de mi habitación con el corazón rebosante de contento y bajé corriendo a la sala. Había observado que la puerta no estaba cerrada con llave y pensé que se me presentaba una ocasión de escapar. Con manos temblorosas por la impaciencia, solté las cadenas y descorrí los enormes cerrojos.

Pero la puerta ni siquiera se movió. La desesperación se apoderó de mí. Tiré y tiré de la puerta, y la sacudí hasta hacerla golpetear contra el marco, a pesar de su solidez. Comprendí que estaba echado el cerrojo. El Conde la había cerrado después de marcharme.

Me entraron entonces unos deseos locos de conseguir la llave a cualquier precio y decidí inmediatamente trepar de nuevo por el muro y llegar hasta la

habitación del Conde. Quizás me matase, pero en aquellos momentos la muerte se me antojaba la opción más apropiada entre tantas desgracias. Sin vacilar, corrí hacia la ventana del ala este y bajé gateando por el muro, como la vez anterior, hasta la habitación del Conde. Estaba vacía, pero eso ya me lo esperaba. No vi la llave por ninguna parte, aunque el montón de oro seguía allí. Crucé la puerta de la esquina, bajé por la escalera de caracol y recorrí el oscuro pasadizo hasta la vieja capilla. Demasiado sabía ya dónde encontrar al monstruo que buscaba.

El enorme cajón estaba en el mismo lugar, cerca de la pared, pero tenía la tapa puesta, aunque no asegurada, sino con los clavos listos para ser introducidos hasta el fondo a golpes de martillo. Sabía que tendría que registrar el cuerpo para encontrar la llave, de modo que levanté la tapa y la volví a colocar contra la pared. Entonces vi algo que me llenó de horror. Allí estaba el Conde, pero por su aspecto diríase que bastante rejuvenecido, ya que tanto su bigote como sus cabellos blancos se habían tornado de un gris acerado; tenía las mejillas más llenas y bajo su blanca tez parecía aflorar una coloración sonrosada; la boca la tenía más roja que nunca, ya que por las comisuras de los labios le chorreaban gotas de sangre fresca hasta la barbilla y el cuello. Incluso sus ojos hundidos e inflamados parecían incrustados en su rostro abotargado, ya que se le habían hinchado los párpados y las bolsas de debajo. Parecía como si aquella horrible criatura estuviera sencillamente atiborrada de sangre: yacía como una inmunda sanguijuela, extenuada por el atracón. Al inclinarme sobre él para tocarlo, sentí un estremecimiento y todos mis sentidos se sublevaron ante su contacto. Pero tenía que registrarlo, o estaba perdido. La próxima noche mi propio cuerpo podría servir igualmente de banquete a aquel horrendo trío. Tanteé todo su cuerpo, pero no pude hallar ni rastro de la llave. Luego me detuve y observé al Conde con más detenimiento. En su abotargado rostro había una sonrisa burlona, que casi me hizo enloquecer. Aquel era el ser al que yo estaba ayudando a trasladarse a Londres, donde quizás saciaría su sed de sangre durante los siglos Venideros entre sus muchos millones de habitantes, y crearía un nuevo círculo cada vez más amplio de medio demonios que se cebarían en los desvalidos. Me volví loco solo de pensarlo. Me embargaba un deseo atroz de librar al mundo de semejante monstruo. Como no tenía ningún arma letal a mano, cogí una pala que los operarios habían utilizado para llenar los cajones y, alzándola bien alto, la descargué con el filo hacia abajo sobre aquel odioso semblante. Mas al hacerlo, el Conde volvió la cabeza y sus ojos se clavaron en mí con toda la furia venenosa de un basilisco. Su visión casi me paralizó y la pala se me torció y solo le rocé el rostro, produciéndole un corte profundo en la frente. La pala se me

cayó de las manos al otro lado del cajón y al recogerla, el filo de la hoja se enganchó en el borde de la tapa, que volvió a caer, ocultando de mi vista a aquella espantosa cosa. Lo último que vi fue su rostro abotargado, manchado de sangre, que me miraba fijamente con una malévola sonrisa que parecía venir de las profundidades del infierno.

Estuve pensando y pensando sobre qué debía hacer, pero parecía que el cerebro fuera a estallarme y quedé a la expectativa, sintiendo que mi desesperación aumentaba. Mientras esperaba, oí a lo lejos unas alegres voces que se acercaban canturreando una canción gitana y, al mismo tiempo, el traqueteo de unas pesadas ruedas y un restallar de látigos. Estaban llegando los cíngaros y los eslovacos de los que me había hablado el Conde. Después de echar una última ojeada en torno mío y al cajón que contenía aquel repugnante cuerpo, huí de allí y volví a la habitación del Conde, decidido a salir corriendo en cuanto la puerta se abriera. Aguzando extremadamente el oído, escuché el chirrido de una llave en la enorme cerradura de abajo y el retroceso de la pesada puerta al abrirse. Debía de haber algún otro medio de entrar, o alguien tenía la llave de una de las puertas cerradas. Entonces me llegó el sonido de muchos pasos por algún pasadizo, que se desvanecían produciendo un eco metálico. Di media vuelta y bajé otra vez corriendo a la cripta, donde esperaba encontrar una nueva entrada. Mas en aquel momento, tal vez a causa de una violenta ráfaga de viento, la puerta de acceso a la escalera de caracol se cerró de golpe, levantando el polvo de los dinteles. Cuando me precipité a abrirla, descubrí que estaba completamente atascada. Otra vez estaba preso y las redes del infortunio se iban cerrando cada vez más sobre mí.

Mientras escribo esto, oigo en el corredor de abajo el ruido de muchos pasos y el estrépito de objetos pesados al ser depositados sobre el suelo, sin duda los cajones, con su cargamento de tierra. Se oyen martillazos: están clavando el cajón. Vuelvo a oír los pesados pasos por la sala, seguidos de otros más ligeros.

Alguien está cerrando la puerta y las cadenas rechinan al volver a ponerlas. La llave chirría en la cerradura; puedo oír cómo la sacan. Luego abren otra puerta y la cierran; oigo el crujido de la cerradura al girar y del cerrojo al correrlo.

Oigo abajo, en el patio y en el sendero rocoso, un traqueteo de ruedas pesadas, un restallar de látigos y el coro de cíngaros que se alejan.

Estoy solo en el castillo con esas atroces mujeres. ¡Bah! Mina también es mujer y nada tiene en común con ellas. ¡Son demonios del Averno!

No me quedaré a solas con ellas. Intentaré reptar por el muro del castillo y

llegar mucho más lejos que la otra vez. Me llevaré unas monedas de oro, por si más adelante me hicieran falta. Quizás encuentre una forma de salir de este horrible lugar.

¡Y cuando lo consiga no pararé hasta llegar a casa! ¡Cogeré el tren más rápido y más directo! ¡Me alejaré de este maldito lugar, de esta maldita tierra, donde el Diablo y sus criaturas todavía conviven con los humanos!

Aunque el precipicio es alto y escarpado, al menos es preferible la misericordia de Dios que la de estos monstruos. Allá abajo un hombre puede descansar… como tal. ¡Adiós a todos! ¡Mina!

Capítulo V



CARTA DE MISS MINA MURRAY A MISS LUCY WESTENRA

9 DE MAYO

Queridísima Lucy:

Perdona mi tardanza en escribirte, pero realmente he estado agobiada de trabajo. La vida de una maestra auxiliar es a veces penosa. Estoy impaciente por

reunirme contigo, y además junto a la orilla del mar, donde podremos charlar libremente y hacer proyectos. He estado trabajando mucho últimamente, porque quiero mantener el mismo ritmo de estudio que Jonathan y he estado practicando taquigrafía asiduamente. Cuando nos casemos podré serle útil a Jonathan, y si consigo aprender bien a estenografiar, podré tomar nota de todo lo que me dicte y se lo pasaré a máquina, ya que también estoy practicando mucho la mecanografía. A veces nos escribimos en taquigrafía, y él lleva un diario taquigráfico de sus viajes por el extranjero. Cuando esté contigo, llevaré igualmente un diario. No me estoy refiriendo a uno de esos diarios de dos páginas por semana, con el domingo apretujado en una esquina, sino a un diario en el que pueda escribir siempre que me apetezca. Supongo que no resultará demasiado interesante para los demás, pero no es esa mi intención. Puede que se lo enseñe a Jonathan algún día si hay algo en él que merezca la pena compartirlo, pero en realidad será un cuaderno para ejercitarme en la escritura. Intentaré hacer lo que he visto hacer a las mujeres periodistas: hacer entrevistas, describir lo que he visto y tratar de recordar conversaciones oídas. Me han dicho que, con un poco de práctica, se puede recordar todo lo que ha ocurrido, o lo que se ha oído a lo largo del día. Ya veremos. Te pondré al corriente de todos mis pequeños proyectos cuando nos veamos. Acabo de recibir unas pocas y apresuradas líneas de Jonathan desde Transilvania. Se encuentra bien y estará de regreso dentro de una semana aproximadamente. Estoy impaciente por recibir noticias suyas. Debe ser muy agradable visitar países extranjeros. Me pregunto si algún día viajaremos juntos… quiero decir Jonathan y yo. Están dando las diez. Adiós.

Te quiere,

MINA

[P.S.] Cuando me escribas, cuéntame todas las novedades. No me has contado nada desde hace mucho. He oído rumores… sobre todo de un joven alto, apuesto y de pelo rizado???

CARTA DE MISS LUCY WESTENRA A MISS MINA MURRAY

CHATHAM STREET, n 17

MIÉRCOLES

QUERIDÍSIMA MINA:

Debo decirte que me tachas *muy* injustamente de escribirte poco. Te he escrito *dos veces* desde que nos separamos y la última que he recibido tuya es solo la *segunda*. Además, no tengo nada que contarte. Nada que pueda interesarte realmente.

Ahora mismo la ciudad está muy agradable, y salimos mucho a visitar galerías de arte y a pasear y cabalgar por el parque. En cuanto al joven alto del pelo rizado, supongo que se trata del que estuvo conmigo en el último concierto. Evidentemente, alguien ha estado contando chismes… El joven en cuestión es Mr. Holmwood. Viene con frecuencia a visitarnos, y se lleva muy bien con mamá; tienen muchas cosas en común de que hablar. Hace algún tiempo conocimos a un hombre que se diría *hecho a tu medida*, si no estuvieras ya prometida a Jonathan. Es un excelente *partido*; apuesto, rico y de buena familia. Es médico, y verdaderamente inteligente. ¡Imagínate! Solo tiene veintinueve años y dirige un inmenso manicomio. Me lo presentó Mr. Holmwood. A raíz de eso nos hizo una visita, y sigue viniendo a menudo. Pienso que es uno de los hombres más resueltos de cuantos conozco, aunque también el más sereno. Parece absolutamente imperturbable. Puedo imaginar la maravillosa influencia que debe de ejercer sobre sus pacientes. Tiene la curiosa costumbre de mirar directamente a los ojos, como si quisiera leer el pensamiento del oponente. A mí ha intentado leérmelo muchas veces, pero me jacto de que en mí ha encontrado un hueso duro de roer. Yo misma lo he comprobado mirándome al espejo. ¿Has intentado alguna vez leer en tu propio rostro? *Yo sí*, y puedo asegurarte que no es un mal ejercicio, aunque resulta más difícil de lo que podrías suponer si nunca lo has intentado. Me dice que represento para él un curioso caso psicológico digno de estudio y humildemente creo que lleva razón. Como sabes, no me interesa la ropa lo suficiente como para estar al tanto de las últimas novedades. La moda es un tostón. Esto es argot de nuevo, pero qué más da. Arthur lo dice a diario. Bueno, eso es todo. Mina, tú y yo nos hemos contado nuestros secretos desde que éramos *niñas*; hemos dormido y comido juntas, y también juntas hemos reído y llorado. Y ahora que he tomado la palabra, me gustaría contarte más. ¡Ay, Mina! ¿No lo adivinas? Le amo. Me ruborizo mientras lo escribo, ya que, aunque *creo* que él también me ama, todavía no me lo ha dicho con palabras.

Pero yo le amo, Mina, ¡le amo! ¡Ya está! Escribirlo me sienta bien. Ojalá estuviéramos juntas, querida, sentadas delante del fuego en bata, como solíamos. Entonces intentaría explicarte lo que siento. No sé cómo me atrevo a escribir esto, ni siquiera a ti. Temo hacer un alto, porque seguramente rompería la carta, y no quiero hacerlo, porque *deseo tanto* contártelo todo. Mándame noticias tuyas *inmediatamente*, y dime qué piensas Mina, tengo que dejarlo. Buenas noches. Acuérdate de mí en tus oraciones, Mina, y reza por mi felicidad.

LUCY

P.S. No hace falta que te diga que esto es un secreto. Buenas noches otra vez.

L.

CARTA DE MISS LUCY WESTENRA A MISS MINA MURRAY

24 DE MAYO

QUERIDÍSIMA MINA:

¡Gracias, gracias de nuevo por tu cariñosa carta! ¡Qué agradable fue poder contártelo todo sabiendo que me comprenderías!

Querida, llueve sobre mojado. Cuánta razón tienen los viejos refranes. Aquí me tienes: voy a cumplir veinte años en septiembre y hasta ahora nadie me había pedido en matrimonio, al menos no con las palabras de rigor; y sin embargo hoy me lo han pedido tres. ¡Figúrate! ¡TRES proposiciones en un solo día! ¡Verdad que es desmesurado! Compadezco, de verdad compadezco sinceramente a dos de esos pobres tipos. ¡Oh, Mina!, soy tan feliz que no puedo aguantarme. ¡Tres proposiciones de matrimonio! Pero, por lo que más quieras, no se lo cuentes a nuestras amigas, no sea que imaginen toda clase de ideas extravagantes y vayan a sentirse ofendidas y desairadas si el primer día de su vuelta a casa no reciben al menos seis declaraciones. ¡Algunas son tan vanidosas! Tú y yo, querida Mina, que estamos prometidas y pronto vamos a sentar cabeza como sensatas mujeres casadas, podemos prescindir de la vanidad.

Bien, voy a hablarte de los tres pretendientes, pero debes guardarme el secreto, querida, y no decírselo a *nadie*, excepto a Jonathan, por supuesto. A él si debes contárselo, porque si estuviera en tu lugar, yo también se lo contaría a Arthur naturalmente. Una mujer debe contárselo todo a su marido, ¿no crees, querida?, debo ser leal con él. Los hombres desean que las mujeres, sobre todo sus esposas, sean tan leales como ellos. Aunque las mujeres, me temo, no sean siempre tan leales como debieran. Pues bien, querida, el pretendiente número uno vino poco antes del almuerzo. Ya te he hablado de él, el doctor John Seward, el director del manicomio, un hombre de mandíbula cuadrada y frente despejada. Aunque parecía muy tranquilo, sin embargo estaba nervioso. Evidentemente había ensayado lo que iba a decirme hasta en los más pequeños detalles, y se acordaba de todo. Pero poco faltó para que se sentara encima de su chistera, lo que generalmente no suelen hacer los hombres cuando están serenos. Y luego, para aparentar encontrarse a gusto, se puso a jugar con una lanceta de tal forma que casi me hizo gritar. Me habló muy sinceramente, Mina. Me dijo que me amaba, pese a lo poco que me conocía, y que su vida sería maravillosa conmigo a su lado para ayudarle y darle ánimos. Iba a decirme lo desdichado que sería si yo le rechazara. Pero cuando me vio llorar, dijo que era un bruto y que no pretendía aumentar mis preocupaciones actuales. Luego se interrumpió y me preguntó si con el tiempo podría llegar a amarle. Y cuando yo negué con la cabeza, le temblaron las manos y a continuación me preguntó, tras vacilar un poco, si yo amaba ya a otro. Lo expuso con mucha delicadeza, diciendo que no quería arrancarme una confidencia, sino únicamente saberlo, ya que si el corazón de una mujer está libre, un hombre todavía puede abrigar esperanzas. Entonces, Mina, pensé que era mi obligación decirle que había otro hombre. Solo le dije eso. Entonces él se levantó y, con expresión muy enérgica y seria, me tomó las dos manos entre las suyas y me dijo que esperaba que fuese muy feliz, añadiendo que si alguna vez necesitaba un amigo, contara con él. ¡Oh, querida Mina!, no puedo contener las lágrimas; debes perdonar que la carta esté llena de borrones. Que alguien te pida en matrimonio es muy bonito y todo lo que tú quieras. Pero te aseguro que no es nada agradable ver marcharse a un pobre chico, que sabes que te ama sinceramente, con el corazón destrozado, sabiendo que, a pesar de cuanto él diga en aquel momento, vas a desaparecer de su vida para siempre. Querida, ahora debo terminar; me siento tan desgraciada, aunque esté tan contenta.

POR LA TARDE

ARTHUR ACABA DE IRSE y me siento más animada que cuando dejé de escribir, de modo que voy a seguir contándote lo ocurrido en el día. Pues bien, querida, el pretendiente número dos vino después de comer. Es un chico muy simpático, un americano de Texas, y parece tan joven y tierno que parece casi imposible que haya estado en tantos sitios y haya tenido tantas aventuras. Comprendo a la pobre Desdémona cuando derramaron en su oído tan peligroso torrente de palabras, aunque fuese un negro. Supongo que nosotras las mujeres somos tan cobardes que pensamos que un hombre puede librarnos de nuestros miedos si nos casamos con él. Ahora sé lo que haría si yo fuese hombre y quisiera que una mujer me amase. No, no lo sé, pues mientras Mr. Morris nos cuenta todas sus aventuras, Arthur jamás nos contó ninguna, y sin embargo… Querida, creo que voy demasiado deprisa. Cuando llegó Mr. Quincey P. Morris, me encontró sola. Da la impresión de que los hombres encuentran siempre solas a las mujeres. Pero no es así, porque Arthur lo ha *intentado* en dos ocasiones y para conseguirlo he tenido que ayudarle; no me avergüenza confesarlo ahora. Ante todo debo decirte que Mr. Morris no siempre habla en argot —es decir, no lo hace cuando habla con desconocidos o en su presencia, ya que es muy educado y sus modales son exquisitos— sino que, al darse cuenta de que me divierte oírle hablar en argot americano, siempre que estoy yo presente y no hay nadie que pueda escandalizarse, me dice cosas muy divertidas. Me temo, querida, que se las inventa, ya que encajan perfectamente con lo que tiene que decir en cada momento. Pero eso es propio del argot. No sé si seré capaz de hablar en argot; ni sé si a Arthur le gusta, porque nunca le he oído utilizarlo todavía. Bueno, Mr. Morris se sentó a mi lado y, aunque parecía de lo más feliz y contento, sin embargo le noté bastante nervioso. Tomó mi mano entre las suyas y me dijo con extrema dulzura:

—Miss Lucy, sé que no soy digno de atarle los cordones de sus zapatitos, pero creo que si espera hasta encontrar al hombre que lo sea, cuando desista tendrá que unirse a las siete jóvenes de las lámparas. ¿No le gustaría recorrer el largo camino junto a mí, uncidos al mismo yugo y con arneses dobles?

La verdad, parecía tan contento y de tan buen humor, que rechazarle no me resultó ni la mitad de difícil que al pobre doctor Seward. De modo que le dije lo más alegremente que pude, que no entendía nada de yugos, y que de ningún modo sentía necesidad de uncirme todavía. Entonces él me dijo que había hablado con ligereza y que esperaba que le perdonase el error que había cometido al hacer eso, en un momento tan grave y trascendental para él.

Realmente se puso tan serio al decirlo, que no pude evitar ponerme yo también un poco seria —Mina, sé que vas a pensar que soy una coqueta odiosa—, aunque no dejaba de sentirme halagada de que fuese el segundo pretendiente en un mismo día. Y entonces, querida, antes de que yo dijese nada, empezó a verter un verdadero torrente de galanterías, depositando a mis pies su alma y su corazón. Parecía tan serio, que nunca más volveré a pensar que un hombre, porque a veces sea divertido, tenga que estar siempre alegre y no sea capaz de ponerse serio. Supongo que debió ver algo en mi rostro que le refrenó, porque de repente se detuvo y dijo con una especie de ardor varonil que podría haberme hecho amarle si yo hubiese estado libre:

—Lucy, sé que es usted una chica sincera. No estaría hablándole como lo hago ahora si no creyera que posee usted una entereza y una indomabilidad hasta lo más profundo de su alma. Dígame sinceramente, como si fuésemos buenos amigos, si ama usted a otro. Si es así, no volveré a importunarla lo más mínimo, aunque, si me lo permite, seré un amigo muy fiel.

Querida Mina, ¿por qué son tan nobles los hombres, cuando nosotras las mujeres somos tan poco dignas de ellos? Como ves, yo no hacía más que reírme de ese generoso y leal caballero. Me eché a llorar —me temo, querida, que vas a encontrar esta carta muy sensiblera en más de un sentido— y me sentí verdaderamente muy mal. ¿Por qué no dejan a una chica que se case con tres hombres, o con todos los que quiera, evitándole así ese problema? Pero eso es una herejía que no debo decir. Me alegra confesar que, aunque lloré, fui capaz de mirar a los ojos al valeroso Mr. Morris y decirle sin rodeos:

—Sí, amo a alguien, aunque él todavía no me ha dicho que me ama.

Hice bien en hablarle con tanta franqueza, ya que se le iluminó el rostro, me tendió sus manos, tomó las mías —creo que fui yo quien las metió entre las suyas— y dijo en tono cordial:

—Es usted una chica valerosa. Es preferible llegar demasiado tarde para conquistar su corazón que llegar a tiempo para lograr el de cualquier otra. No llore, querida. Si es por mí, no tema: soy un hueso duro de roer, podré soportarlo. Pero si ese otro individuo no sabe todavía dónde está su felicidad, será mejor que la busque pronto o tendrá que vérselas conmigo. Chiquilla, su sinceridad y su arrojo le han procurado un amigo, lo cual es más raro que un enamorado. Mi querida Lucy, voy a tener que recorrer muy solo el largo camino hasta el Otro Mundo. ¿No quiere darme un beso? Su recuerdo iluminará de vez en cuando mi oscuridad. Usted sabe que puede hacerlo, si quiere, ya que ese otro individuo —debe ser un buen tipo, querida, y buen mozo, porque si no, usted no le querría—

no se le ha declarado todavía.

Aquello, Mina, me convenció plenamente, porque *fue* muy valeroso y amable por su parte, y también noble, hablar así de un rival sintiéndose tan desgraciado, ¿no te parece? De modo que me incliné sobre él y le besé. Él se levantó, con mis manos todavía entre las suyas, y mirándome al rostro —me temo que estaba bastante ruborizada—, me dijo:

—Chiquilla, tengo cogida su mano y además me ha besado; si eso no sella nuestra amistad, nada podrá hacerlo. Gracias por su encantadora sinceridad para conmigo. Adiós.

Me apretó la mano y, cogiendo el sombrero, salió directamente de la habitación sin mirar hacia atrás, sin una lágrima, ni un temblor, ni una vacilación. Al recordarlo lloro como una niña. ¡Oh!, ¿por qué tiene que ser tan desgraciado un hombre como él, cuando hay montones de chicas que besarían el suelo que pisa? Yo también lo haría, si estuviese libre… solo que no quiero estarlo. Querida, todo esto me ha trastornado mucho y ahora me siento incapaz de seguir hablando de mi felicidad, después de habértelo contado todo. Así que no quiero hablarte del pretendiente número tres hasta recuperar de nuevo mi alegría.

Te quiere siempre,

LUCY

P.S. En cuanto al pretendiente número tres… no hace falta que te hable de él, ¿verdad? Además, fue todo tan confuso; me pareció que solo habían transcurrido unos instantes desde su entrada en la habitación hasta que me estrechó entre sus brazos y me besó. Soy muy, pero que muy feliz, y no sé que he hecho para merecerlo. De ahora en adelante únicamente trataré de mostrar mi gratitud al Cielo por haberme enviado semejante amante, semejante marido y semejante amigo.

Adiós.

DIARIO DEL DR. SEWARD
(registrado en fonógrafo)

25 DE ABRIL

Hoy, mengua en mi apetito. No puedo comer, ni descansar, así que vuelvo a mi diario. Después del desaire de ayer, siento una especie de vacío interior; nada me parece lo suficientemente importante como para que merezca la pena hacerlo… Como sabía que el único remedio para esta especie de obsesión era el trabajo, bajé a ver a mis pacientes. Elegí uno, cuyo caso me parece muy interesante. Tiene unas ideas tan extrañas, y es tan distinto del loco corriente, que he decidido hacer todo lo posible para tratar de comprender lo que pasa por su mente. Hoy me pareció que me aproximaba más que nunca al trasfondo de su enigma.

Le interrogué más a fondo que de costumbre, con vistas a comprender mejor las circunstancias de su alucinación. Al obrar así he sido un poco cruel, ahora me doy cuenta. Fue como si deseara que se ciñera a su locura… cosa que suelo evitar con mis pacientes, tanto como evitaría la boca del infierno. (*Mem.*: ¿bajo qué circunstancias *no* evitaría el pozo del infierno?) *Omnia Romæ venalia sunt*[16] ¡El infierno tiene su precio! *Verb. sap.*[17] Si esos instintos ocultan algo, más adelante valdrá la pena averiguar qué es *exactamente*, de modo que será mejor empezar ya, por tanto…

R. M. Renfield, *ætat* 59. Temperamento sanguíneo; gran fuerza física; patológicamente excitable; períodos de abatimiento que concluyen con alguna idea fija que no acabo de entender. Me imagino que el propio temperamento sanguíneo y los efectos de la perturbación conducen finalmente a la ofuscación mental. Es un hombre posiblemente peligroso, probablemente peligroso al carecer de egoísmo. En los egoístas, la cautela es un escudo que los protege tanto de sus enemigos como de ellos mismos. Lo que pienso a este respecto es lo siguiente: cuando todo el interés está centrado en el yo, la fuerza centrípeta está equilibrada con la centrífuga; cuando se trata de un deber, un motivo, etc., la fuerza centrífuga es la que predomina y solo un accidente, o una serie de ellos, puede equilibrarla.

CARTA DE QUINCEY P. MORRIS AL HONORABLE ARTHUR HOLMWOOD

25 *DE MAYO*

MI QUERIDO ART:

Nos hemos contado historias, sentados en las praderas, junto al fuego de campamento. Nos hemos aliviado mutuamente de nuestras heridas después de un intento de desembarco en las Marquesas. Y hemos bebido a nuestra salud a orillas del Titicaca. Todavía me quedan nuevas historias que contar, más heridas que curar y otros brindis que efectuar. ¿Podría ser mañana por la noche en mi fuego de campamento? No dudo en pedírtelo porque sé que cierta dama está comprometida para cenar y que tú estás libre. Solo habrá otra persona más, nuestro viejo camarada del *Corea*, John Seward. Está aquí también y ambos queremos mezclar nuestras lágrimas con una copa de vino y brindar de todo corazón a la salud del hombre más dichoso del ancho mundo, que ha conquistado el corazón más noble que Dios haya creado y el más digno de ser conquistado. Te prometemos un cordial recibimiento, una cariñosa felicitación y un brindis tan leal como tu propia mano derecha. Los dos juramos llevarte a casa si te excedes bebiendo a la salud de cierto par de ojos. ¡Ven!

Tu amigo de siempre,

QUINCEY P. MORRIS



Charges to pay
s. d.
RECEIVED

POST OFFICE
TELEGRAM

No.
OFFICE STAMP

Prefix. Time handed in. Office of Origin and Service Instructions. Words.

m 19

From

26 May

To

Count me in every time.

I bear messages which

will make both your ears tingle.

Art

TELEGRAMA DE ARTHUR HOLMWOOD A QUINCEY P. MORRIS

26 DE MAYO

Contad siempre conmigo. Llevo recados que harán que te zumben los oídos.

ART.

Capítulo VI



DIARIO DE MINA MURRAY

WHITBY, 24 DE JULIO

Lucy fue a recibirme a la estación, más encantadora y bonita que nunca, y nos acercamos a la casa del Crescent en donde se alojan su madre y ella. Es un lugar precioso. Un riachuelo, el Esk, discurre por un profundo valle que va ensanchándose a medida que se aproxima al puerto. Lo cruza un gran viaducto, sostenido por altos pilares, a través de los cuales el paisaje parece estar más lejos de lo que realmente está. El valle es de un verde bellísimo y de laderas tan

escarpadas que, cuando se está en lo más alto de cualquiera de ellas, solo se ve lo que hay al otro lado, a menos que se esté lo bastante cerca del borde para poder mirar hacia abajo. Las casas de la villa antigua —la parte más alejada de donde nosotros estamos instalados— tienen todas el tejado rojo y en cualquier caso parecen encaramadas unas sobre otras, como las que pueden verse en los grabados de Núremberg. Justo encima del pueblo se encuentran las ruinas de la abadía de Whitby, que fue saqueada por los daneses y en donde se sitúa una parte de *Marmion*, cuando la chica es emparedada en el muro. Son unas ruinas de lo más grandioso, inmensas, y llenas de bellos y románticos rincones; según una leyenda, en una de sus ventanas aparece una dama de blanco. Entre las ruinas y el pueblo hay otra iglesia, la parroquial, a la que rodea un vasto cementerio completamente lleno de tumbas. En mi opinión, este es el lugar más bonito de Whitby, ya que está situado justo encima del pueblo y desde allí se domina el puerto y la bahía, desde la que se adentra en el mar el promontorio llamado Kettleness. El cementerio está en una ladera que desciende tan abruptamente sobre el puerto que sus bordes se han desmoronado en parte, destruyéndose algunas tumbas. Algunas lápidas desprendidas han llegado hasta el sendero arenoso que pasa por debajo. Cruzan el camposanto unos paseos, con bancos a los lados, en donde a lo largo del día la gente viene a sentarse para contemplar la magnífica vista y disfrutar de la brisa. Pienso ir allí con bastante frecuencia, a sentarme y trabajar. Realmente, ahora mismo estoy escribiendo, con el cuaderno sobre las rodillas, mientras escucho la conversación de tres ancianos que están sentados a mi lado. Parece que no tienen otra cosa que hacer en todo el día que venir aquí a sentarse y hablar.

Tengo el puerto a mis pies y a lo lejos un largo muro de granito se interna en el mar, acabando en una curva, en medio de la cual hay un faro. Un grueso dique lo circunda por el exterior. En el lado más próximo, el dique forma un recodo curvado a la inversa y en su extremo hay otro faro. Entre ambos malecones existe una estrecha abertura que comunica con el puerto, que en ese punto se ensancha de pronto.

Es bonito cuando la marea está alta. Pero en la bajamar pierde profundidad y solamente queda la corriente del Esk, que discurre entre bancos de arena y alguna roca aislada. Fuera del puerto, del lado más próximo, se eleva un alto arrecife, como de una media milla, cuyo escarpado borde se recorta por detrás del faro meridional, en cuyo extremo hay una boya con una campana que se balancea con el mal tiempo y lanza al viento su lúgubre tañido. Según una leyenda local, cuando desaparece un barco se oyen campanas mar adentro.

Tengo que preguntárselo al anciano que viene hacia aquí…

Es un vejete bastante divertido. Debe de tener muchísimos años, pues su cara es nudosa y retorcida como la corteza de un árbol. Dice que tiene casi cien años y que ya estaba enrolado en la flota pesquera que faenaba en Groenlandia cuando se libró la batalla de Waterloo. Es una persona muy escéptica, me temo, porque al preguntarle sobre las campanas que se oyen mar adentro y sobre la dama blanca de la abadía, me contestó bruscamente:

—Yo no me preocuparía por eso, señorita. Son cosas pasadas. Ojo, yo no digo que nunca existieran, solo digo que en mis tiempos ya no ocurrían. Todo eso está muy bien para visitantes, excursionistas y gente así, pero no para una linda damita como usted. Puede que se lo crean los que vienen de York y de Leeds a hartarse de arenque ahumado, a beber té y en busca de gangas de azabache. Me pregunto quién se molestará en contarles esas mentiras… ni siquiera los periódicos, que están llenos de tonterías.

Pensé que sería la persona idónea para contarme cosas interesantes, de modo que le pregunté si le importaría hablarme de la pesca de la ballena en los viejos tiempos. Cuando se disponía a comenzar su relato, dieron las seis, después de lo cual se levantó con dificultades y dijo:

—Tengo que volver a casa, señorita. A mi nieta no le gusta esperar cuando está a punto el té, ya que me lleva su tiempo andar cojeando entre las tumbas, pues hay muchas. Además, según el reloj, va siendo hora de llenar la panza[18].

Se marchó cojeando y le vi bajar la escalinata lo más rápido que pudo. La escalinata constituye una de las características más sobresalientes de este lugar. Conduce desde el pueblo a la iglesia y sus centenares de escalones —no sé cuántos exactamente— concluyen en una ligera curva. Su pendiente es tan suave que un caballo fácilmente podría subir o bajar por ella. Antaño debía de llegar, creo, hasta la abadía. Yo también tengo que irme a casa. Lucy se ha ido de visita con su madre, pero como era meramente de cumplido, yo no he ido con ellas. Seguramente ya habrán regresado.

1 DE AGOSTO

He subido aquí con Lucy hace aproximadamente una hora y hemos tenido una charla de lo más interesante con mi anciano amigo y otros dos compañeros suyos que todas las tardes vienen a reunirse con él. Evidentemente, de los tres a él es a quien mejor cuadra lo de Mr. Oráculos, y pienso que en sus buenos tiempos debió de ser una persona enormemente autoritaria. No admite otra razón

que la suya y contradice a todo el mundo. Si no puede persuadirlos los intimida y luego toma su silencio como una aprobación de sus puntos de vista. Lucy estaba preciosa con su vestido blanco de algodón; desde que está aquí tiene muy buen color. Me di cuenta de que, en cuanto nos sentamos, los ancianos no perdieron tiempo en subir a sentarse a su lado. Es tan afable con las personas mayores. Creo que todos se quedaron prendados de ella nada más verla. Sucumbió incluso mi viejo amigo que no la contradijo en nada, por lo que me tocó a mí ración doble. Le saqué a relucir el asunto de las leyendas y enseguida se lanzó a una especie de sermón. Trataré de recordarlo todo para ponerlo por escrito:

—Todo eso no son más que solemnes tonterías, eso es lo que son y nada más. Esas maldiciones, espectros, apariciones, espíritus y trasgos no sirven más que para hacer llorar a los niños y a las mujeres chifladas. ¡No son más que burbujas de aire! Eso y todos los fantasmas, presagios y advertencias son solo invención de los curas, los malévolos pedantes y los embaucadores del ferrocarril para asustar y asquear a los chavales e inducir a la gente a hacer lo que de otro modo no haría. Me pongo furioso solo de pensar en ellos. Porque son ellos los que, no contentos con publicar mentiras en los periódicos y predicarlas desde los púlpitos, las graban en las lápidas. Mire a su alrededor, por donde usted quiera: todas esas losas ladeadas, que asoman orgullosas la cabeza todo lo que pueden, se han derrumbado simplemente bajo el peso de las mentiras que en ellas han escrito. En todas pone "Aquí yace el cuerpo de…" o "Consagrada a la memoria de…", y sin embargo casi la mitad están vacías y a nadie le importa un rábano sus recuerdos, mucho menos que las consideren consagradas. ¡Mentiras, todo son mentiras y nada más que mentiras de un tipo u otro! ¡Dios mío!, menudo cirio se va a armar el Día del Juicio, cuando salgan tambaleantes, envueltos en sus mortajas, salpicándose unos a otros y arrastrando sus lápidas para demostrar lo buenos que fueron, algunos tan temblorosos y nerviosos y con las manos tan arrugadas y resbaladizas de haber estado en el mar, que ni siquiera podrán sujetarlas.

Por el aire de suficiencia del viejo y la forma en que miraba a su alrededor buscando la aprobación de sus amigotes, comprendí que se estaba "dando pisto"; de modo que intervine para animarle a proseguir:

—¡Mr. Swales, no lo dirá en serio! No pretenderá que lo que pone en todas esas tumbas es totalmente falso, ¿verdad?

—¡No son más que cháchara! Puede que haya alguna que diga la verdad, salvo cuando dan a entender que la gente era mejor de lo que realmente fue. Porque hay quien se cree todo lo que le cuentan. Pero todo es mentira. Por

ejemplo, usted llega aquí y como es forastera ve este camposanto —asentí con la cabeza porque me pareció preferible, pues aunque no entendía del todo su dialecto supuse que se refería al cementerio— y se imagina que todas esas tumbas cubren a gentes que reposan en paz como Dios manda, ¿no es así? —asentí de nuevo—. Ahí es donde empiezan las mentiras. Pues hay montones de tumbas que están más vacías que la petaca del viejo Dun los viernes por la noche —le dio un codazo a uno de sus compinches y todos se echaron a reír—. ¡Por Dios!, ¿acaso podía ser de otra manera?

Fui hasta allí y leí:

"Edward Spencelagh, patrón de barco, asesinado por los piratas frente a las costas de Andrés, abril de 1854, *æt*. 30".

Cuando regresé, Mr. Swales prosiguió:

—Me pregunto quién lo traería a casa para enterrarlo aquí. ¡Asesinado frente a las costas de Andrés! ¿Cree usted que su cuerpo está ahí debajo? Pues bien, podría nombrarle a una docena cuyos huesos reposan en los mares de Groenlandia allá arriba —y señaló hacia el Norte— o donde los hayan arrastrado las corrientes marinas. Mire las losas que hay a su alrededor. Puede usted leer, con sus jóvenes ojos, las mentiras que hay en ellas grabadas. Este es Braithwaite Lowrey, conocí a su padre, que naufragó en el *Lively* frente a las costas de Groenlandia en los años veinte. Este otro es Andrew Woodhouse, ahogado en los mismos mares en 1777. Aquel es John Paxton, que se ahogó un año más tarde frente al cabo Farewell. El de más allá es el viejo John Rawlings, cuyo abuelo navegó conmigo, ahogado en el golfo de Finlandia en los años cincuenta. ¿Cree usted que todos esos tendrán que venir corriendo a Whitby cuando suene la trompeta? Yo tengo mis dudas. Le aseguro que cuando lleguen aquí habrá tantos empujones y codazos que parecerá una pelea sobre el hielo de las de antaño, que nos ocupaban desde el amanecer al ocaso y tratábamos de restañar nuestras heridas a la luz de la aurora boreal.

Evidentemente, se trataba de alguna chanza local, porque el viejo soltó una risotada y sus amigotes le corearon con sumo placer.

—No creo —dije— que esté usted en lo cierto, porque parte del supuesto de que toda esa pobre gente, o sus espíritus, tendrán que cargar con sus lápidas el Día del Juicio. ¿Cree usted que será realmente necesario?

—Pues claro, ¿para qué son si no las lápidas? ¡Contésteme a eso, señorita!

—Para dar gusto a sus familiares, supongo.

—¡Supone usted que para dar gusto a sus familiares! —dijo esto con sumo desdén—. ¿Qué gusto puede darle a sus familiares saber que lo escrito en las tumbas es mentira y que todo el pueblo lo sabe?

Señaló una lápida que había a nuestros pies, a modo de losa, sobre la que descansaba nuestro banco próximo al borde del acantilado.

—Lea lo que hay escrito en esa lápida —dijo.

Desde donde yo estaba sentada veía las letras al revés, pero Lucy, que estaba en el lado contrario, se inclinó y leyó:

—"A la venerada memoria de George Canon, muerto, con la esperanza de una gloriosa resurrección, el 29 de julio de 1873, al caerse del promontorio de Kettleness. Su afligida madre erige esta tumba a su hijo bien amado. Él era hijo único y ella viuda". ¡Realmente, Mr. Swales, no veo qué pueda haber de gracioso en todo esto! —hizo este comentario muy seria y en tono algo severo.

—¡Que no ve nada gracioso! ¡Ja, ja! Eso es porque no sabe que la afligida madre era una arpía que odiaba al muchacho porque era lisiado —un cojo corriente y vulgar— y que él a su vez la odiaba tanto que se suicidó para que no pudiese cobrar el seguro de vida que ella misma le había hecho. Se saltó la tapa de los sesos con un mosquete que tenían para espantar a los cuervos. Esta vez no sirvió para espantarlos, sino que los atrajo sobre sí y también a moscas. Así fue como se cayó del acantilado. Y en cuanto a sus esperanzas en una gloriosa resurrección, yo mismo le he oído decir que esperaba ir al infierno, ya que, como su madre era tan piadosa, estaba seguro de que iría al cielo y él no quería pudrirse en compañía de ella. Ahora dígame si esta piedra —la golpeó con su bastón mientras hablaba— no es en cualquier caso una sarta de mentiras. ¡Pues no se va a reír ni nada san Gabriel cuando Geordie llegue jadeante, con la lápida cargada sobre la chepa, y le pida que la acepte como prueba!

No sabía qué decir, pero Lucy cambió de conversación diciendo, mientras se levantaba:

—¡Oh! ¿Por qué nos ha contado todo eso? Es mi banco favorito y no quiero dejarlo. Ahora resulta que tengo que seguir sentándome sobre la tumba de un suicida.

—No tiene nada que temer, bonita, y puede que al pobre Geordie le alegre que una muchacha tan elegante se siente en su regazo. No tiene usted nada que temer. Hace más de veinte años que vengo a sentarme cerca de aquí y nunca me ha pasado nada. ¡No se preocupe demasiado por lo que haya o deje de haber debajo de usted! Tiempo habrá de asustarse cuando vea que se han llevado todas

las lápidas y que el cementerio está tan raso como un campo de rastrojos. Ya es la hora, tengo que marcharme. ¡Estoy a su disposición, señoritas!

Y se fue cojeando. Lucy y yo nos quedamos sentadas un rato más. La vista que teníamos frente a nosotras era tan hermosa que nos cogimos de la mano y Lucy me contó otra vez lo de Arthur y su próxima boda. Eso me ha desanimado un poco porque no tengo noticias de Jonathan desde hace un mes.

El MISMO DÍA

He subido aquí sola, porque me siento muy triste. No había ninguna carta para mí. Espero que no le haya ocurrido nada a Jonathan. Acaban de dar las nueve. Veo las luces dispersas por todo el pueblo, unas veces en filas a lo largo de las calles, otras veces aisladas. Siguen el curso del Esk y se desvanecen en la curva del valle. A mi izquierda el panorama queda cortado por la negra silueta del tejado de una casa antigua próxima a la abadía. Las ovejas y los corderos balan a lo lejos en los prados que tengo a mis espaldas y oigo el estrépito de las pezuñas de un asno en el camino pavimentado de abajo. En el malecón la banda toca a buen ritmo un vals disonante y más allá, en el muelle, el Ejército de Salvación celebra una reunión en una calleja lateral. Ninguna de las dos bandas puede oír a la otra, pero desde aquí arriba yo oigo y veo a ambas. Me pregunto dónde estará Jonathan y si estará pensando en mí. ¡Ojalá estuviera aquí!

DIARIO DEL DR. SEWARD

5 DE JUNIO

El caso de Renfield se hace cada vez más interesante a medida que voy comprendiendo mejor al hombre. Tiene muy desarrollados ciertos rasgos de su carácter: el egoísmo, la discreción y la determinación. Ojalá pudiera averiguar el propósito de esta última. Parece tener trazado un plan propio, pero todavía no sé cuál. La cualidad que le redime es su amor por los animales, aunque realmente muestra cambios tan extraños que a veces imagino que se trata únicamente de una crueldad anormal. Sus preferencias en cuanto a animales son de lo más raro. Ahora su afición favorita consiste en atrapar moscas. En estos momentos tiene tantas que yo mismo he tenido que amonestarle. Con gran asombro por mi parte, no se enfureció como yo esperaba, sino que se tomó el asunto muy seriamente.

Meditó unos momentos y luego me dijo:

—¿Me concede tres días? En ese tiempo me desharé de ellas.

Desde luego le dije que sí. Tengo que vigilarlo.

18 DE JUNIO

Ahora se interesa por las arañas y guarda en una caja varios ejemplares de gran tamaño. Las alimenta con las moscas, por lo que el número de estas últimas ha disminuido sensiblemente, aunque ha utilizado la mitad de su comida para atraer más a su habitación.



1 DE JULIO

Sus arañas empiezan a ser tan molestas como sus moscas y hoy le he dicho que tiene que deshacerse de ellas. Al ver que se ponía tan triste, le dije que, en

todo caso, debía desprenderse de algunas. Consintió de buen grado y le he dado el mismo plazo que antes para que reduzca su número. Mientras estaba con él me dio mucho asco, pues una horrible moscarda, atiborrada de carroña, entró zumbando en la habitación y él la atrapó, la sostuvo extasiado durante unos momentos entre el pulgar y el índice y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que iba a hacer, se la metió en la boca y se la comió. Le reñí por ello pero él manifestó tranquilamente que estaba muy buena y que era muy nutritiva; que estaba llena de vida y que le transmitía a él su vitalidad. Eso me ha dado una idea, o por lo menos un esbozo. Tengo que observar cómo se deshace de sus arañas. Evidentemente le preocupa algún problema muy serio, ya que guarda un cuaderno pequeño en el que siempre está anotando cosas. Hay páginas enteras llenas de cifras, generalmente números simples sumados en grupos y a continuación los totales sumados de nuevo en columnas, como si estuviera "ajustando" alguna cuenta, como dicen los contables.

8 DE JULIO

Hay cierto método en su locura, y la idea rudimentaria que se me ocurrió va tomando cuerpo poco a poco. Pronto madurará y entonces, ¡ay, cerebración inconsciente!, tendrás que condescender con tu hermano consciente. Evité a mi amigo durante unos cuantos días, a fin de poder advertir si se producía algún cambio en él. Todo sigue como antes, salvo que se ha deshecho de algunos de sus animales favoritos y ha conseguido otro. Se las ha arreglado para atrapar un gorrión y ya lo tiene parcialmente domesticado. El método de domesticación es sencillo, pues ya han disminuido las arañas. No obstante, las que quedan están bien alimentadas, ya que sigue atrapando moscas a las que atrae con su propia comida.

19 DE JULIO

Vamos progresando. Mi amigo tiene ya toda una colonia de gorriones, y sus moscas y arañas han sido eliminadas casi por completo. Cuando entré, vino corriendo hacia mí, diciéndome que quería pedirme un gran favor —un favor muy, muy grande—. Y mientras hablaba me hizo zalamerías como si fuera un perro. Le pregunté de qué se trataba y me contestó con una especie de éxtasis en su voz y en su porte:

—Un gatito, un simpático gatito, meloso y travieso, con el que pueda jugar y al que pueda enseñar y dar de comer… ¡dar de comer!

Esta petición no me cogió desprevenido, pues había observado su preferencia por animales cada vez más grandes y más vivaces y no me importaba que su linda familia de gorriones domesticados fuera a desaparecer de la misma forma que las moscas y las arañas. Así que le dije que me lo pensaría, preguntándole además si no preferiría tener un gato en lugar de un gatito. Su impaciencia al contestar le traicionó:

—¡Oh, sí que me gustaría tener un gato! Le pedí únicamente un gatito por temor a que me negara un gato. Nadie me negaría un gatito, ¿no es cierto?

Negué con la cabeza y añadí que de momento me temía que no fuera posible, pero que me lo pensaría. Puso cara larga y en sus ojos pude leer una advertencia de peligro, ya que súbitamente surgió en ellos una feroz mirada de reojo que implicaba asesinato. Este hombre es un maníaco homicida en potencia. Pondré a prueba su obsesión actual y veré cómo reacciona; así sabré más sobre él.

10 DE LA NOCHE

He vuelto a visitarlo y le he encontrado sentado en un rincón, meditando. En cuanto entré, se arrojó a mis pies, implorándome, de rodillas, que le dejara tener un gato; que su salvación dependía de ello. No obstante me mantuve firme y le dije que no podía ser, tras lo cual se fue, sin decir palabra, a sentarse al rincón donde le encontré y empezó a morderse los dedos. Mañana temprano le volveré a ver.

20 DE JULIO

Fui a visitar a Renfield muy temprano, antes de que el guardián hiciera su ronda. Le encontré levantado, tarareando una cancioncilla. Estaba extendiendo por la ventana el azúcar que había ido guardando, con lo que evidentemente empezaba de nuevo a atrapar moscas, haciéndolo de buena gana y alegremente. Eché una mirada en torno a mí y, al no ver a sus pájaros, le pregunté dónde estaban. Me contestó, sin volverse, que habían emprendido el vuelo. En el suelo de la habitación había algunas plumas y en su almohada una gota de sangre. No le dije nada, pero fui a pedirle al guardián que me avisara si durante el día observaba algo extraño en él.

11 DE LA MAÑANA

El guardián me acaba de comunicar que Renfield ha estado muy enfermo y ha vomitado un montón de plumas.

—Creo, doctor —dijo—, que se ha comido a sus pájaros y además ¡se los ha comido crudos!, extraño en él.

11 DE LA NOCHE

Esta noche suministré a Renfield un fuerte narcótico, suficiente para hacerle dormir, y me llevé su cuaderno para echarle una ojeada. La idea que últimamente me ha estado dando vueltas en la cabeza se ha concretado, confirmando mi teoría. Este maníaco homicida es bastante peculiar. Tendré que inventar una nueva clasificación para él: le llamaré maníaco zoófago (come-vidas), ya que su pretensión es engullir cuantas vidas pueda y hace todo lo posible por llevarlo a cabo de forma acumulativa. Dio de comer muchas moscas a una araña y muchas arañas a un pájaro; y después quería un gato para darle de comer muchos pájaros. ¿Cuáles hubieran sido los pasos siguientes? Casi hubiera valido la pena que completara el experimento. Podría haberse hecho, con tal que existiese un motivo suficiente. La gente se burlaba de la vivisección y sin embargo ¡a la vista están hoy los resultados! ¿Por qué no contribuir al avance de la ciencia en su especialidad más difícil y vital: el conocimiento del cerebro humano? Si yo lograra desentrañar el misterio de una mente semejante, si poseyera siquiera la clave de las fantasías de un solo lunático, podría hacer avanzar la rama de mi especialidad hasta tales extremos que, en comparación la fisiología de Burdon-Sanderson o el estudio del cerebro humano de Ferrier se quedarían en nada. ¡Con tal que hubiera un motivo suficiente! No debo pensar demasiado en eso, porque podría caer en la tentación; una razón válida podría inclinar la balanza a mi favor, ya que ¿acaso no poseo yo también, congénitamente, un cerebro excepcional?

Qué bien razona este hombre; los lunáticos siempre lo hacen, dentro de su propio ámbito. Me pregunto en cuántas vidas valorará a un hombre, si es que le concede alguna. Ha concluido certeramente sus cálculos y hoy ha comenzado una nueva cuenta. ¿Cuántos de nosotros no empezamos una nueva cuenta cada día de nuestras vidas?

Por lo que a mí respecta, me parece que fue ayer cuando supuse que mi vida entera se acababa junto con mis nuevas esperanzas, y verdaderamente empezaba otra vez desde cero. Y así será hasta que el Juez Supremo me evalúe y cierre el libro mayor de mi cuenta con un balance a favor o en contra. ¡Ay, Lucy, Lucy!, no puedo enfadarme contigo, ni tampoco con mi amigo, cuya felicidad es la tuya. Solo me queda seguir adelante sin esperanzas y trabajar. ¡Trabajar y trabajar!

Si al menos tuviera un motivo tan convincente como el de mi pobre amigo loco, una buena causa desinteresada que me hiciera trabajar, eso me haría realmente feliz.

DIARIO DE MINA MURRAY

26 DE JULIO

Estoy preocupada y escribir en mi diario me tranquiliza. Es como si yo misma me susurrara algo al oído y al mismo tiempo estuviera escuchándome. Además, los signos taquigráficos tienen algo especial que los diferencia de la escritura corriente. Me preocupan Lucy y Jonathan. No había tenido noticias de Jonathan desde hace tiempo y estaba inquieta. Pero ayer el querido Mr. Hawkins, siempre tan amable, me envió una carta suya. Yo le había escrito preguntándole si había tenido noticias de él, y me ha contestado que acababa de recibir la carta que me adjunta. No son más que unas líneas, escritas en el castillo de Drácula, en las que anuncia que se dispone a regresar a casa. No parecen de Jonathan; no las entiendo y eso me inquieta. Además, Lucy, aunque se encuentra bien, ha vuelto a recaer últimamente en su antiguo hábito de deambular en sueños. Su madre me lo ha contado y hemos decidido que todas las noches cierre yo con llave la puerta de nuestra habitación. A Mrs. Westenra se le ha metido en la cabeza que los sonámbulos siempre suben a los tejados de las casas y deambulan al borde de los acantilados, despertándose de repente y cayendo al vacío, con un grito de desesperación que retumba en todo el lugar. La pobre naturalmente está preocupada por Lucy y me ha contado que su marido, el padre de Lucy, tenía el mismo hábito; que se levantaba por la noche, se vestía y salía a la calle, si alguien no se lo impedía. Lucy va a casarse en otoño y anda ocupándose ya de su ajuar y del arreglo de su nueva casa. La comprendo muy bien, pues yo hago lo mismo; con la diferencia de que Jonathan y yo empezaremos nuestra vida en común de un modo más sencillo y tendremos que arreglárnoslas como podamos. Mr. Holmwood —pues se trata ni más ni menos que del honorable Arthur Holmwood, hijo único de Lord Godalming— vendrá aquí muy pronto, en cuanto pueda abandonar la ciudad, ya que su padre no se encuentra bien; y creo que la pobre Lucy anda contando los días y las horas que faltan para que llegue. Quiere llevarlo al banco del cementerio sobre el acantilado para mostrarle las bellezas de Whitby. Quizás sea esta espera lo que la perturba; se pondrá bien en cuanto él

llegue.

27 DE JULIO

Sin noticias de Jonathan. Estoy empezando a preocuparme seriamente por él, aunque no sé por qué. *Quisiera* que me escribiera aunque solo fueran unas líneas. Lucy padece cada vez más de sonambulismo y sus paseos por la habitación me despiertan todas las noches. Afortunadamente, hace tanto calor que no corre peligro de enfriarse. Sin embargo, esta ansiedad y el estar despertándome continuamente está empezando a afectarme y cada vez estoy más nerviosa y me paso la noche en vela. Gracias a Dios, Lucy sigue encontrándose bien. Han llamado a Mr. Holmwood para que vaya a Ring a ver a su padre, que se encuentra gravemente enfermo. Lucy está desolada por el aplazamiento de la visita de su prometido, aunque eso no le ha afectado a su belleza; se la ve algo más fuerte y sus mejillas están sonrosadas. Ha perdido ese aspecto anémico que tenía. Pido a Dios que todo continúe igual.

3 DE AGOSTO

Ha pasado otra semana sin noticias de Jonathan; ni siquiera las ha recibido Mr. Hawkins, que ha vuelto a escribirme. Espero que no esté enfermo. De ser así, sin duda me habría escrito. Releo su última carta, pero no me acaba de convencer. No parece su estilo y sin embargo es su letra. De eso no cabe la menor duda. Durante las últimas noches Lucy no ha padecido tanto de sonambulismo, aunque observo en ella una extraña concentración que no logro entender; incluso en sueños parece vigilarme. Intenta abrir la puerta del dormitorio, pero, al encontrarla cerrada, recorre la habitación en busca de la llave.

6 DE AGOSTO

Han pasado otros tres días y sigo sin tener noticias de Jonathan. Esta incertidumbre resulta angustiosa. Si al menos supiera dónde escribirle o adónde dirigirme, me sentiría más tranquila. Pero nadie ha tenido noticias de Jonathan desde su última carta. Solo me queda pedirle a Dios que me dé paciencia. Lucy está más irritable que nunca, aunque por lo demás se encuentra bien. La noche pasada fue bastante espantosa y los pescadores dicen que se avecina un temporal. Tengo que fijarme, a ver si aprendo a predecir los cambios del tiempo. Hoy es un día gris y, mientras escribo, el sol está oculto tras espesos nubarrones

por encima del Kettleness. Todo es gris, excepto la hierba verde que parece brotar como esmeraldas entre tanta grisura; grises y terrosas son las rocas; grises son las nubes, teñidas por el sol en sus bordes más lejanos, que penden sobre un mar también gris en el que se despliegan los bancos de arena como si fuesen dedos grises. El mar rompe contra los bajíos y las playas con un estruendo amortiguado por las brumas marinas que el viento empuja tierra adentro. El horizonte se desvanece en una bruma gris. Todo es inmenso; las nubes se amontonan unas sobre otras cual rocas gigantescas y hay un "murmullo" en el mar que suena a presagio funesto. Esparcidas por la playa, se divisan oscuras siluetas, algunas medio envueltas por la niebla, que parecen "hombres como árboles que caminan". Las barcas de pesca se apresuran a regresar y al entrar en puerto se elevan y se hunden alternativamente en el oleaje, inclinándose hacia los imbornales. Aquí llega el anciano Mr. Swales. Viene derecho hacia mí y por la forma de quitarse la gorra comprendo que quiere hablarme…

Me conmueve realmente el cambio que ha experimentado el pobre viejo. Nada más sentarse a mi lado, me dijo muy amablemente:

—Quiero decirle algo, señorita.

Como noté que no se sentía cómodo, tomé su vieja mano arrugada en la mía y le pedí que me hablara con franqueza. Y él, dejando su mano en la mía, prosiguió:

—Temo haberla sobresaltado, querida niña, con todas esas cosas infames que le estuve contando sobre los muertos y similares durante las últimas semanas. Mas no era esa mi intención y quiero que lo recuerde cuando yo ya no esté aquí. A nosotros los viejos, que chocheamos ya y tenemos un pie en la tumba, no nos agrada demasiado pensar en eso, ni queremos aparentar que esas cosas nos asustan. Por eso decidí hablar del asunto con ligereza, para animarme un poco. Pero, por el amor de Dios, señorita, le aseguro que no me da miedo morir, en absoluto. Solo que no quiero morir, si puedo evitarlo. Sé que no tardará en llegarme la hora, pues soy muy viejo y cien años es más de lo que un hombre puede esperar; estoy tan cerca que la Vieja debe estar ya afilando su guadaña. Como verá, no puedo librarme del hábito de lamentarme de ello a cada instante; las mandíbulas se mueven como tienen por costumbre. Cualquier día, muy pronto, el Ángel de la Muerte hará sonar su trompeta para llamarme. Pero ¡no se aflija ni se lamente, querida niña! —dijo, al ver que yo estaba llorando—, si viniera esta misma noche, no desatendería su llamada. Después de todo, la vida no consiste más que en esperar algo distinto de lo que hacemos. Y la muerte es

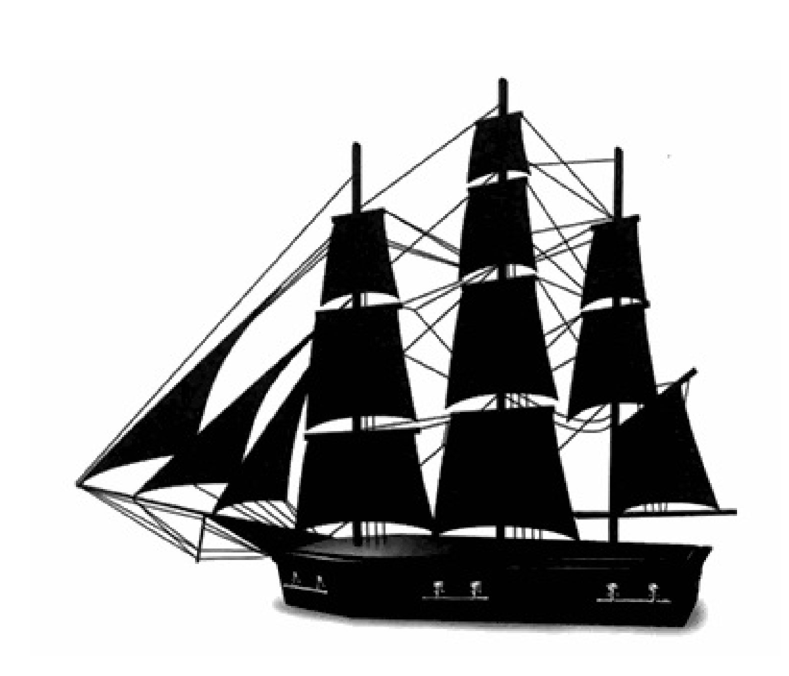
lo único con lo que razonablemente podemos contar. Mas estoy contento, porque ya viene hacia mí y además rápido. Puede que llegue mientras estamos aquí contemplando el paisaje y haciéndonos preguntas. Puede que lo traiga ese viento procedente de alta mar, que lleva consigo desastres y naufragios, grandes congojas y corazones tristes. ¡Mire! ¡Mire! —gritó de pronto—. Hay algo en ese viento y en ese bramido de más allá, que suena, parece, huele y sabe a muerte. Está en el aire; siento que se aproxima. ¡Señor, haz que conteste a su llamada alegremente, cuando esta llegue!

Alzó los brazos devotamente y se quitó la gorra. Movía los labios como si rezara. Tras unos minutos de silencio, se levantó y me estrechó las manos, y no sin antes bendecirme, se despidió y se fue cojeando. Todo aquello me conmovió y me trastornó bastante.

Me alegré al ver pasar al guardacostas, con su catalejo bajo el brazo. Se detuvo a hablar conmigo, como hace siempre, pero sin dejar de mirar todo el tiempo a un extraño barco.

—No lo distingo bien —dijo—. Por su aspecto, diría que es ruso, pero se balancea de una forma muy rara. No sabe qué hacer; parece que ha visto que se avecina una tormenta, pero no se decide a poner proa al Norte, hacia mar abierta, o a entrar en el puerto. ¡Fíjese! Lo gobiernan de una forma bastante extraña; cualquiera diría que nadie se ocupa del timón; cambia de rumbo con cada ráfaga de viento. Sabremos más de él antes de mañana a estas horas.

Capítulo VII



RECORTE DE THE DAILYGRAPH, 8 DE AGOSTO (pegado al Diario de Mina Murray)

DE NUESTRO CORRESPONSAL EN WHITBY

Acabamos de padecer uno de los temporales más formidables y repentinos que se recuerdan, de consecuencias extrañas y singulares. El tiempo había sido algo bochornoso, aunque nada fuera de lo normal para ser el mes de agosto. El sábado por la tarde tuvimos un tiempo espléndido como no se recuerda y ayer se presentó un gran número de veraneantes para visitar el bosque de Mulgrave, la

Bahía de Robin Hood, el Molino de Rig, las poblaciones pesqueras de Runswick y Staithe y otras excursiones por los alrededores de Whitby. Los vapores *Emma* y *Scarborough* recorrieron la costa en ambas direcciones y hubo una cantidad poco corriente de excursiones dentro y fuera de Whitby. El día fue excepcionalmente bueno hasta la caída de la tarde, en que algunos de los chismosos que frecuentan el cementerio del acantilado este, contemplando desde aquel promontorio dominante una vasta extensión de mar al Norte y al Este, llamaron la atención sobre la súbita aparición de cirros en el cielo, hacia el Noroeste. En aquel momento soplaba un viento suave del sudoeste, lo que en el lenguaje barométrico se denomina "n° 2: brisa ligera". El guardacostas de turno informó inmediatamente y un viejo pescador, que desde hace más de medio siglo observa atentamente cualquier indicio de cambio atmosférico desde el acantilado este, predijo enfáticamente la llegada inminente de una tempestad. No obstante, la puesta de sol fue tan hermosa, tan grandiosa con sus masas de nubes de espléndidos colores, que hubo una gran concurrencia de gente en el paseo que bordea el acantilado del viejo cementerio para disfrutar de tanta belleza. Antes de que el sol descendiera por detrás de la negra mole del Kettleness, que destaca nítidamente contra el cielo occidental, una miríada de nubes con todos los colores del ocaso —fuego, púrpura, rosa, verde, violeta y todos los matices del oro— marcó su lento declinar, acompañadas de unos cúmulos no muy grandes pero de una negrura aparentemente absoluta, con toda clase de formas, cuyos contornos se perfilaban cual siluetas colosales. Aquel espectáculo no lo desaprovecharían los pintores y, seguramente, en mayo próximo algunos bocetos del *Preludio a la gran tempestad* adornarán las paredes de la R.A. y del R.I.[19] el próximo mayo. En aquel momento más de un patrón decidió que su *coble* o su *mule*, como ellos llaman a sus diferentes clases de barcas, no saldría del puerto hasta que hubiera amainado el temporal. Por la tarde el viento cesó por completo y a medianoche había calma chicha, ese calor sofocante y ese agobio generalizado que suelen preceder a una tormenta y que tanto afectan a las personas sensibles. Había pocas luces en el mar, pues incluso los vapores de cabotaje, que normalmente se "ciñen" mucho a la costa, mantenían su rumbo mar adentro y solo se veían unos cuantos pesqueros. El único velero a la vista era una goleta extranjera con todas las velas desplegadas, que parecía dirigirse hacia el Oeste. La temeridad o ignorancia de sus oficiales fue tema de numerosos comentarios, mientras se mantuvo a la vista; y desde el puerto se intentó advertirles que arriaran velas ante el peligro que les amenazaba. Antes de que se hiciera completamente de noche pudimos verla con las velas llameando

inútilmente mientras se balanceaba suavemente en el ondulante oleaje,

inmóvil como un barco pintado
sobre un océano pintado.

Poco antes de las diez la quietud del aire se hizo realmente opresiva; el silencio era tan acentuado que podía oírse claramente el balido de una oveja tierra adentro o el ladrido de un perro en la aldea, y la banda del malecón, que interpretaba una animada tonada francesa, parecía una disonancia en medio de la gran armonía del silencio de la naturaleza. Un poco después de la medianoche se oyó un extraño ruido procedente del mar, mientras que arriba, por encima de las nubes, retumbaron débilmente algunos truenos.

Entonces estalló de repente la tempestad. Con una rapidez que en aquellos momentos parecía increíble, e incluso ahora es imposible de comprender, la naturaleza se convulsionó de inmediato, cambiando completamente de aspecto. Las olas arreciaron con furia creciente, cabalgando unas sobre otras, de modo que, en unos pocos minutos, el mar, antes en calma, se convirtió en un monstruo rugiente y voraz. El oleaje, empenachado de blanco, batía con violencia la playa y subía por el declive de los acantilados; o se estrellaba contra el malecón y con su espuma barría las linternas de los faros que se alzan en cada extremo de los malecones del puerto de Whitby. El viento rugía atronadoramente y soplaba con tal fuerza que incluso los hombres más robustos tenían dificultades para mantenerse de pie o para agarrarse obstinadamente a los candeleras de hierro. Fue necesario desalojar de los malecones a la multitud de mirones, para evitar que aumentaran notoriamente las calamidades de la noche. A las dificultades y peligros del momento vinieron a sumarse unas masas de bruma marina arrastradas tierra adentro, nubes blancas y húmedas que pasaban rápidamente, de formas fantasmales y tan malsanas y frías que no hacía falta forzar mucho la imaginación para pensar que eran los espíritus de los ahogados en el mar que tocaban con las manos viscosas de la muerte a sus hermanos vivos; y más de uno se estremeció al pasar, al sentirse envuelto en las volutas de la susodicha bruma. A intervalos se disipaba la niebla y podía verse el mar, hasta cierta distancia, al resplandor de los relámpagos, cada vez más abundantes y rápidos, seguidos de truenos tan repentinos que todo el cielo parecía temblar bajo la sacudida del temporal.

El espectáculo que de ese modo dejaban ver los relámpagos tenía a veces una

grandeza impresionante y un interés absorbente. El mar, encrespado hasta formar montañas, lanzaba hacia el cielo con cada ola masas enormes de espuma blanca, que la tempestad parecía arrebatar y elevar al espacio, formando remolinos. De vez en cuando, alguna barca de pesca con la vela hecha jirones corría enloquecida en busca de refugio con el viento de popa. Otras veces, se veían la alas blancas de alguna ave marina zarandeada por el temporal. En la cima del acantilado este, el nuevo reflector estaba dispuesto para ser utilizado, aunque todavía no lo habían probado. Los empleados encargados de su manejo lo pusieron en funcionamiento y cada vez que cesaba un poco la afluencia de bruma barrían con su haz la superficie del mar. Una o dos veces resultó de gran utilidad, por ejemplo cuando una barca de pesca, con la regala sumergida, irrumpió en el puerto y, orientada por su luz protectora, pudo evitar el peligro de estrellarse contra los rompeolas. Cada vez que una embarcación lograba ponerse a salvo en el puerto, la muchedumbre congregada en tierra prorrumpía en gritos de júbilo, que por un momento parecían abrirse camino a través del vendaval para después perderse apresuradamente con él. Muy pronto el reflector descubrió a cierta distancia una goleta con todas las velas desplegadas, al parecer la misma que había sido avistada a primeras horas de la tarde. En aquellos momentos el viento había rolado hacia el Este y los curiosos que observaban desde el acantilado se estremecieron al darse cuenta del terrible peligro que ahora corría la nave. Entre ella y el puerto se extendía el largo arrecife en el que tantos buenos barcos habían zozobrado de cuando en cuando, y mientras el viento soplara del mismo cuadrante, parecía completamente imposible que lograra embocar el puerto. Faltaba muy poco para la pleamar, pero las olas eran tan altas que, al retirarse, casi podían verse los fondos arenosos. Mientras, la goleta avanzaba con todas las velas desplegadas a tal velocidad que, en palabras de un lobo de mar, "tendría que llegar a alguna parte, aunque fuera al infierno". Entonces surgió otra avalancha de bruma marina, mayor que las anteriores, una masa de niebla húmeda que parecía envolverlo todo como si fuera un sudario gris, dejándonos disponible únicamente el sentido del oído, ya que el rugido del temporal, el estallido de los truenos y el bramido de las enormes olas traspasaban aquella muralla húmeda con más fuerza que antes. El haz luminoso del reflector seguía enfilando la boca del puerto, al otro lado del malecón este, donde se suponía que se produciría la colisión, que todos esperaban conteniendo la respiración. De pronto el viento roló hacia el Nordeste, disipando los restos de la niebla; entonces, *mirabile dictu*[20], la extraña goleta, con el viento de popa y todas las velas desplegadas, pasó entre los dos malecones, saltando de ola en ola

en vertiginosa carrera, hasta ponerse a salvo en el puerto. El reflector no la perdía de vista, cuando un estremecimiento sacudió a todos los que la contemplaban, al ver amarrado a la rueda del timón un cadáver, con la cabeza colgando, que se balanceaba horriblemente de un lado a otro a cada sacudida del barco. Ninguna otra figura humana se veía en cubierta. Un tremendo pavor embargó a todos al darse cuenta de que, como si se tratara de un milagro, la nave había logrado entrar en el puerto ¡sin otras manos que la gobernaran que las de un muerto! No obstante, todo ocurrió más deprisa de lo que se tarda en contar. La goleta no se detuvo, sino que atravesó rápidamente el puerto y arremetió contra un banco de arena y grava, acumuladas por las numerosas mareas y temporales en el rincón sudeste del malecón que sobresale al pie del acantilado este, conocido localmente como malecón de Tate Hill.

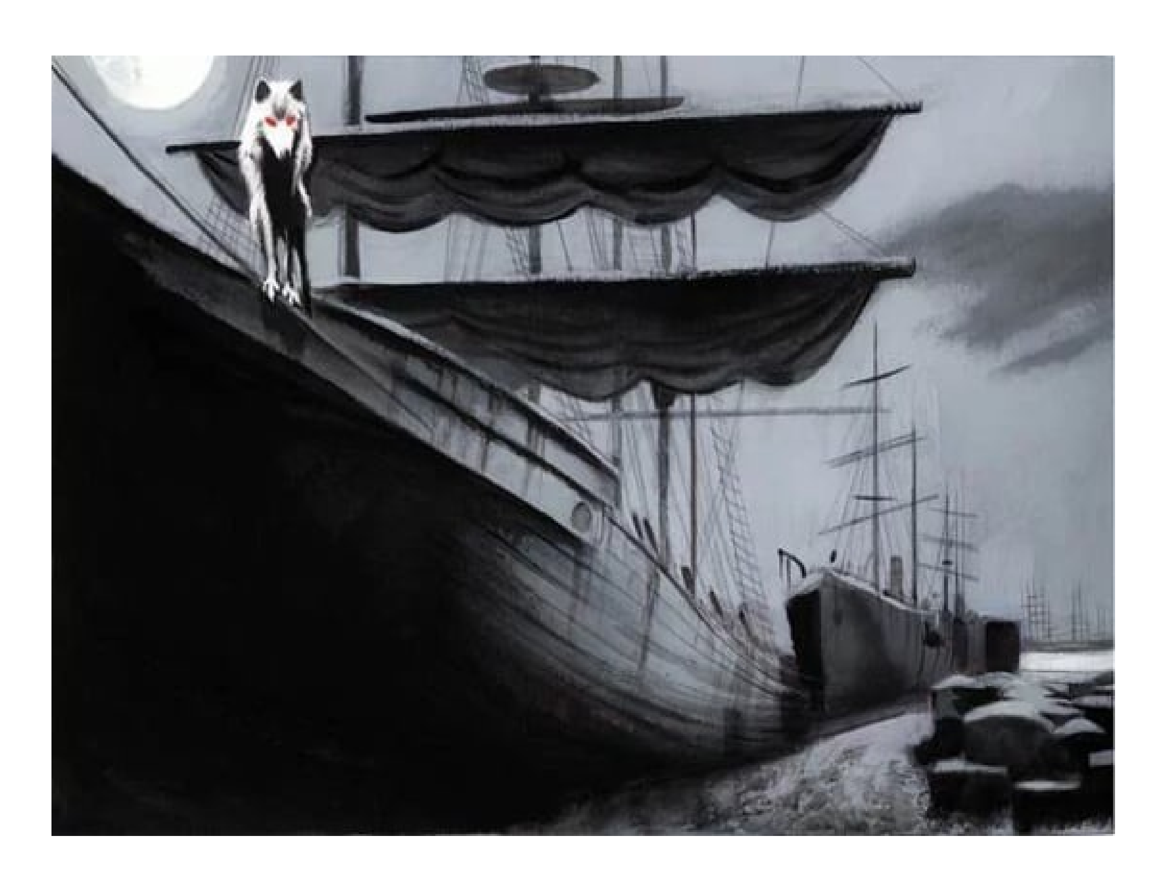
Al llegar el velero al banco de arena, se produjo, como es natural, un choque violento. Se tensó cada palo, maroma o estay, y parte de la superestructura se vino abajo con gran estrépito. Pero lo más extraño de todo fue que, en el mismo instante en que su quilla tocó la arena, un perro enorme surgió en cubierta, como impulsado por el choque, y echó a correr, saltando a la arena desde la proa. Luego enfiló el escarpado acantilado, donde el cementerio está suspendido tan a pico por encima del camino que conduce al malecón este, que algunas de las lápidas —"thruff-steans", como aquí las llaman en el lenguaje vulgar de Whitby — incluso sobresalen en los sitios donde se ha desmoronado el acantilado que las sostenía, y desapareció en la oscuridad, que parecía intensificarse justo más allá del foco del reflector.

Dio la casualidad de que en aquel momento no había nadie en el malecón de Tate Hill, ya que los habitantes de las casas próximas estaban acostados o habían acudido a las alturas que dominan el puerto. De modo que el primero en subir a bordo fue el guardacostas, que estaba de servicio en el lado este del puerto e inmediatamente había bajado corriendo al pequeño muelle. Los hombres que manejaban el reflector, después de batir la boca del puerto sin descubrir nada, enfocaron la luz hacia el barco encallado y la mantuvieron allí fija. El guardacostas corrió a popa y, cuando llegó a la rueda del timón, se inclinó para examinarla, pero retrocedió inmediatamente, como embargado por una súbita emoción. Al parecer, eso excitó aún más la curiosidad de todos y numerosas personas echaron a correr hacia allí. Existe un buen trecho desde el acantilado oeste hasta el malecón de Tate Hill, a través del puente levadizo. Pero este corresponsal es buen corredor y sacó bastante delantera a la multitud. Sin embargo, cuando llegué me encontré con una muchedumbre que se había

reunido ya en el muelle, a la que tanto el guardacostas como la policía impedían subir a bordo. Por cortesía del barquero jefe, y en mi calidad de corresponsal, se me permitió subir a cubierta y fui de los pocos que vieron al marinero muerto, atado efectivamente a la rueda del timón.

No era de extrañar que el guardacostas quedara sorprendido, o incluso aterrado, porque muy pocas veces se tiene la oportunidad de presenciar semejante espectáculo. El hombre estaba sujeto a uno de los radios de la rueda, con las manos atadas, una encima de otra. Entre la mano que estaba debajo y la madera sostenía un crucifijo y el rosario del que este pendía rodeaba a la vez sus muñecas y la rueda, todo ello sujeto con cuerdas. Puede que el desgraciado estuviera sentado en algún momento, pero las sacudidas y los gualdrapazos de las velas habían afectado a la palanca de mando del timón y a la rueda, la cual le había arrastrado de un lado a otro, de suerte que las cuerdas con que estaba atado le habían desgarrado la carne hasta el hueso. Se tomó nota precisa del estado de cosas y un médico que llegó inmediatamente después que yo —el cirujano J. M. Caffyn, que vive en el n° 33 de East Elliot Place— declaró, tras examinar el cadáver, que debía llevar muerto por lo menos dos días. Llevaba en el bolsillo, tapada cuidadosamente con un corcho, una botella que no contenía más que un pequeño rollo de papel, que resultó ser un apéndice del diario de navegación. El guardacostas dijo que el hombre debió de atarse las manos él mismo, apretando los nudos con los dientes. El hecho de que fuese precisamente un guardacostas el primero en subir a bordo puede evitar muchas complicaciones más adelante al Tribunal del Almirantazgo, ya que los guardacostas no pueden reclamar por el salvamento, al que tiene derecho el primer civil que pone el pie en un barco naufragado. No obstante, los expertos en cuestiones legales ya han empezado a darle a la lengua y un joven estudiante de leyes afirma a voz en grito que se han atropellado los derechos del armador, porque su propiedad ha sido confiscada contraviniendo los estatutos de manos muertas, ya que la caña del timón, símbolo, si no prueba, de posesión delegada, la sostenían *las manos de un muerto*. Huelga decir que el piloto muerto ha sido retirado respetuosamente del puesto en el que tan honrosamente ha sabido permanecer vigilante hasta la muerte —con una tenacidad tan noble como la del joven Casabianca— y que lo han trasladado al depósito, en espera de la encuesta.

Ya está amainando el repentino temporal y moderando su violencia. La muchedumbre se retira a sus casas y el cielo comienza a enrojecer sobre las rasas de Yorkshire. En la próxima edición daremos más detalles del barco abandonado que tan milagrosamente logró llegar a puerto en medio del temporal.



WHITBY, 9 DE AGOSTO

Las consecuencias de la inesperada llegada, la noche pasada, del barco abandonado en mitad de la tormenta son casi más sorprendentes que el hecho en sí mismo. Resulta que es una goleta rusa, procedente de Varna, que se llama *Deméter*. Iba casi enteramente en lastre de arena fina, con solo una pequeña carga: varios cajones grandes de madera llenos de mantillo. Dicha carga iba consignada a un abogado de Whitby, Mr. S. F. Billington, que vive en el n° 7 de The Crescent, el cual subió a bordo esta misma mañana para hacerse cargo oficialmente de la mercancía expedida a su nombre. Además, el cónsul ruso, actuando en nombre del fletador, tomó posesión del barco y pagó los derechos de fondeo, etc. Hoy no se habla aquí más que de una extraña coincidencia: los funcionarios de la Cámara de Comercio se han mostrado muy rigurosos en cuanto al cumplimiento de todas las formalidades que exige el reglamento vigente. Como el asunto va a ser olvidado muy pronto, están decididos evidentemente a que no haya ningún motivo de queja posterior. Se ha despertado gran interés en torno al perro que saltó a tierra en cuanto el barco embarrancó y numerosos miembros de la S.P.C.A.[21], de gran arraigo en Whitby, se han ofrecido a ayudar al animal. No obstante, para decepción de todos, no lo han

encontrado; al parecer ha desaparecido por completo de la ciudad. Puede que se asustara y se dirigiera a los marjales, donde todavía se oculta aterrorizado. Hay quienes contemplan con temor dicha posibilidad, por si más tarde se convirtiera él mismo en un peligro, ya que se trata evidentemente de una bestia feroz. Esta mañana temprano fue hallado muerto, en el camino que hay frente al corral de su dueño, un perro grande, mestizo de mastín, que pertenece a un comerciante de carbón que vive cerca del malecón de Tate Hill. Se había enfrentado manifiestamente a un feroz adversario, ya que tenía el pescuezo desgarrado y la panza abierta como por unas garras salvajes.

MÁS TARDE

El inspector de la Cámara de Comercio ha tenido la gentileza de permitirme echar una ojeada al diario de navegación de la *Deméter*, que está actualizado hasta hace tres días, aunque no contiene nada interesante salvo lo relativo a pérdidas humanas. Mayor interés ofrece, en cambio, los papeles encontrados en la botella, que han sido presentados hoy en la encuesta. Jamás me había tropezado con un relato tan extraño como el que se expone en ese rollo. Como no hay motivos para ocultarlo, me han permitido hacer uso de él y, por consiguiente, envío su transcripción, omitiendo solamente los detalles técnicos sobre aspectos náuticos y de sobrecargo. Parece como si el capitán, antes de adentrarse en alta mar, hubiera sido víctima de algún tipo de manía, la cual fue agravándose progresivamente durante la travesía. Por supuesto, mi informe debe tomarse *cum grano*[22], ya que escribo al dictado de un funcionario del consulado ruso, que amablemente me lo tradujo, pues dispongo de poco tiempo.

DIARIO DE NAVEGACIÓN DE LA *DEMÉTER* (Travesía de Varna a Whitby)

ESCRITO EL 18 DE JULIO: Están sucediendo cosas tan extrañas, que de ahora en adelante y hasta que atraquemos voy a anotar todo minuciosamente.

El 6 de julio terminamos el embarque de la carga: arena fina y cajones de tierra. Zarpamos a mediodía. Viento del este, fresco. Tripulación: cinco marineros… dos oficiales, el cocinero y yo (de capitán).

El 11 de julio, al amanecer, entramos en el Bósforo. Oficiales de la aduana turca subieron a bordo. Gratificación. Todo en orden. En marcha a las 16.

El 12 de julio cruzamos los Dardanelos. Más oficiales de aduana y la falúa de la escuadra de guardia. Otra gratificación. Registro minucioso pero rápido por parte de los oficiales. Querían que nos marcháramos pronto. Al alba entramos en el Archipiélago.

El 13 de julio doblamos el cabo Matapán. La tripulación descontenta por algo. Parecían asustados, pero no querían hablar.

El 14 de julio empezó a preocuparme la tripulación. Todos son tipos leales, que ya han navegado conmigo. Mi segundo no logró averiguar qué estaba pasando; solo le dijeron que había *algo* a bordo y se santiguaron. El segundo perdió los nervios con uno de ellos y le golpeó. Me temía una feroz pelea, pero no pasó nada.

El 16 de julio, por la mañana, el segundo me informó de que había desaparecido uno de la tripulación, Petrofsky. Es inexplicable. La noche anterior, a las ocho, se hizo cargo de la guardia de babor. Fue relevado por Abramoff, pero no volvió a su litera. Los hombres estaban más abatidos que nunca. Todos comentaron que se esperaban algo por el estilo, pero lo único que añadieron fue que había *algo* a bordo. El segundo se impacientó mucho con ellos; temo que surjan complicaciones.

Ayer, 17 de julio, uno de los hombres, Olgaren, vino a mi camarote y me confió, atemorizado, que creía que había un desconocido a bordo. Me contó que durante su guardia se había resguardado del temporal detrás de la camareta alta, cuando vio que un hombre alto y delgado, que no se parecía a nadie de la tripulación, subió por la escalera de toldilla, cruzó la cubierta en dirección a proa y desapareció. Le siguió con sigilo, pero al llegar a las amuras no encontró a nadie y todas las escotillas estaban cerradas. Un pavor de tipo supersticioso se apoderó de él y temo que cunda el pánico. Para tranquilizarlo, hoy registraré minuciosamente el barco, de proa a popa.

Más tarde reuní a toda la tripulación y les dije que, puesto que estaban convencidos de que había alguien en el barco, lo registraríamos de proa a popa. El segundo me dijo, visiblemente enfadado, que era una tontería y que, si aceptaba semejantes insensateces, eso desmoralizaría a los hombres, añadiendo que él se encargaría de que no armasen jaleo con ayuda de un espeque. Le dejé a cargo del timón, mientras el resto, uno al lado del otro, comenzó un minucioso registro con linternas; no dejamos ningún rincón por registrar. Como solo había cajones grandes de madera, no quedaban rincones donde pudiera esconderse un

hombre. Cuando terminó el registro los hombres se sintieron más aliviados y volvieron a su tarea con nuevos ánimos. El segundo frunció el entrecejo, pero no dijo nada.

22 DE JULIO

Tiempo tormentoso desde hace tres días. Todos los marineros están ocupados con el velamen; no tienen tiempo de asustarse. Parecen haber olvidado su miedo. El segundo vuelve a estar de buen humor y otra vez reina la concordia entre la tripulación. Elogios a los hombres por trabajar con mal tiempo. Dejamos atrás Gibraltar y cruzamos el Estrecho. Todo va bien.

24 DE JULIO

Parece como si una maldición persiguiera a este barco. Ya hemos sufrido una baja y la noche pasada, al entrar en el Golfo de Vizcaya con tiempo tormentoso, perdimos otro hombre… desapareció. Al igual que el primero, no se le ha vuelto a ver desde que fue relevado de su turno de guardia. Cunde otra vez el pánico entre los hombres; han solicitado que se doble la guardia, ya que tienen miedo de estar solos. El segundo se ha encolerizado. Temo que haya algún problema si él o alguno de los hombres emplean la violencia.



28 DE JULIO

Cuatro días infernales, zarandeados en una especie de *malström* con viento tempestuoso. Nadie pudo dormir. Los hombres están agotados. No sé cómo voy

a montar la guardia, dado que nadie está en condiciones de soportarla. El segundo se ofreció voluntario a gobernar el barco y vigilar, a fin de que los hombres puedan dormir unas cuantas horas. El viento está amainando; la mar sigue muy agitada, pero se nota menos, ya que el barco se ha estabilizado.

29 DE JULIO

Otra tragedia. Esta noche tuvimos guardia de un solo hombre, ya que la tripulación está demasiado cansada para ponerla doble. Cuando esta mañana subió a cubierta el encargado del relevo, no encontró a nadie aparte del timonel. Protestó ruidosamente y subieron todos a cubierta. Registramos a fondo, pero no encontramos a nadie. Ahora estamos sin segundo oficial y con la tripulación aterrada. El segundo y yo hemos decidido ir armados a partir de ahora y esperar acontecimientos.

30 DE JULIO

Ultima noche. Afortunadamente, nos acercamos a Inglaterra. Tiempo excelente; todas las velas desplegadas. Me acosté rendido y dormí profundamente; me despertó el segundo para decirme que los dos hombres de guardia y el timonel habían desaparecido. Solo quedamos a bordo dos marineros, el segundo y yo.

1 DE AGOSTO

Dos días de niebla y sin avistar una sola vela. Esperaba que, al llegar al Canal de la Mancha, podríamos hacer señales a alguien pidiendo ayuda, o al menos conseguiríamos llegar a alguna parte. No pudiendo maniobrar las velas, tenemos que navegar con el viento en popa. No me atrevo a arriarlas, porque luego no podríamos izarlas de nuevo. Al parecer, una terrible fatalidad nos empuja. El segundo está ahora más desmoralizado que los otros dos hombres. Su naturaleza, más robusta, parece haberse vuelto en su contra por dentro. Los marineros parecen haber superado el miedo y trabajan, imperturbables y pacientes, resignados a lo peor. Son rusos; el segundo es rumano.

2 DE AGOSTO, MEDIANOCHE

Hacía escasos minutos que llevaba durmiendo, cuando me despertó un grito, al parecer al otro lado de mi portilla. No se veía nada a causa de la niebla. Subí precipitadamente a cubierta y me topé con el segundo. Me dijo que echó a correr

al oír el grito, pero no encontró ni rastro del hombre que estaba de guardia. Otro más que ha desaparecido. ¡Ayúdanos, Señor! El segundo opina que debemos de haber sobrepasado el estrecho de Dover, ya que en una ocasión en que levantó la niebla vio el Cabo Norte, precisamente cuando oyó el grito. Si así fuese, ahora estaríamos en el Mar del Norte y solo Dios podría guiarnos a través de esta niebla, que parece acompañarnos. Pero, al parecer, Dios nos ha abandonado.

3 DE AGOSTO

A medianoche fui a relevar al hombre que estaba al timón, pero al llegar no lo encontré en su sitio. El viento se había estabilizado y, como lo teníamos de popa, el barco no daba guiñadas. No me atreví a dejar solo el timón, de modo que llamé a gritos al segundo. Unos instantes después acudió precipitadamente a cubierta en ropa interior. Parecía tener los ojos extraviados y despavoridos; y mucho me temo que haya perdido el juicio. Se acercó y, con la boca pegada a mi oreja, como si temiera que pudiese oírle el mismísimo viento, me susurró al oído con voz ronca: "*Eso* está aquí; ahora lo sé. Anoche lo vi durante la guardia; tenía el aspecto de un hombre alto y delgado, terriblemente pálido. Estaba en la proa, mirando a lo lejos. Me acerqué a él sigilosamente y le apuñalé, pero el cuchillo lo atravesó como si allí solo hubiera aire". Y mientras hablaba, sacó un cuchillo y asestó violentas puñaladas al aire. Luego prosiguió: "*Eso* está aquí y lo encontraré. Tal vez esté en la bodega, en uno de esos cajones. Los desatornillaré uno por uno y veré. Usted gobierne el timón". Y, tras dirigirme una mirada de advertencia, se llevó el dedo a los labios y bajó al sollado. Como el viento arreciaba, yo no podía abandonar el timón. Le vi salir de nuevo a cubierta con una caja de herramientas y una linterna, y luego bajar por la escotilla de proa. Está completamente loco, loco de atar; es inútil que trate de detenerlo. No puede causar ningún perjuicio a esos cajones: están facturados como "arcilla" y lo más que puede hacer es algo tan inofensivo como manosearlos. De modo que sigo aquí, empuñando el timón, mientras escribo estas notas. Solo me resta confiar en Dios y esperar a que se disipe la niebla. Entonces, si no puedo dirigirme a ningún puerto a causa de este viento, arriaré velas y enviaré señales de socorro…

Todo está tocando a su fin. Cuando empezaba a confiar en que el segundo se hubiera calmado —ya que le oí golpear contra algo en la bodega y el trabajo le sienta bien— surgió de pronto por la escotilla un alarido sobrecogedor, que me heló la sangre, y apareció él en cubierta como disparado por un cañón, furibundamente enloquecido, con los ojos desorbitados y el rostro convulso de terror. "¡Sálveme! ¡Sálveme!", gritó, dirigiendo luego su mirada hacia el manto

de niebla. Su espanto se convirtió en desesperación y me dijo con voz firme: "Sería mejor que viniese usted también, capitán, antes de que sea demasiado tarde. *Él* está allí. Ahora conozco su secreto. El mar me librará de *él*, ¡no me queda otro remedio!". Antes de que yo pudiera decir nada, o me adelantara para sujetarlo, saltó por la borda y se arrojó deliberadamente al mar. Creo que yo también conozco ahora el secreto. Fue este loco quien se deshizo de los hombres, uno tras otro, y ahora él mismo los ha seguido. ¡Que Dios me asista! ¿Cómo voy a explicar todos estos horrores cuando llegue a puerto? ¡*Cuando* llegue a puerto! ¡Acaso llegaré alguna vez!

4 DE AGOSTO

Continúa esta niebla, que ni siquiera la salida del sol consigue traspasar. Sé que el sol ha salido ya porque soy hombre de mar, no por otra cosa. No me he atrevido a bajar al sollado, ni a dejar solo el timón. De modo que me he quedado aquí toda la noche y *lo* he visto a través de la oscuridad de la noche. Que Dios me perdone, pero el segundo hizo bien en tirarse por la borda. Es preferible morir como un hombre; nadie puede poner reparos a que un marino muera en el mar. Pero yo soy el capitán y no debo abandonar mi barco. No obstante, detendré a ese demonio o monstruo; ataré mis manos a la rueda del timón cuando mis fuerzas comiencen a fallar y, junto con ellas, ataré algo que *él* —o *eso*— no se atreverá a tocar. Luego, tanto si hay viento favorable como si no, salvaré mi alma y mi honor de capitán. Cada vez me siento más débil y pronto será de noche. Si vuelve de nuevo a mirarme a la cara, es posible que no me de tiempo a reaccionar… Si naufragamos, quizás encuentren esta botella y puede que comprendan. Si no… bueno, todos sabrán que he sido fiel a la confianza en mí depositada. Que Dios, la Santísima Virgen y todos los santos ayuden a esta pobre alma ignorante que trata de cumplir con su deber…



POR SUPUESTO, EL VEREDICTO no especificó ni el autor ni las circunstancias del crimen. No se pudo aducir evidencia alguna; y nadie puede decir ahora si el capitán cometió o no los asesinatos. La gente de aquí sostiene

casi unánimemente que el capitán fue sencillamente un héroe y debe dedicársele un funeral público. Se ha dispuesto ya que su cadáver será transportado en un convoy de barcas que remontará el Esk durante un trecho y luego lo traerán de vuelta al malecón de Tate Hill y lo subirán por la escalinata de la abadía, ya que será enterrado en el cementerio del acantilado. Los propietarios de más de cien barcas ya han dado sus nombres para acompañarle hasta su tumba.

No se ha hallado el menor rastro del enorme perro. Es una verdadera lástima, porque dado el estado actual de la opinión pública, creo que la ciudad lo habría adoptado. Mañana asistiremos al funeral y, de ese modo, se pondrá fin a este otro "misterio del mar".

DIARIO DE MINA MURRAY

8 DE AGOSTO

Lucy estuvo muy inquieta toda la noche y yo tampoco pude dormir. La tormenta fue espantosa y los rugidos del viento en el cañón de la chimenea me hicieron estremecer. Cada ráfaga parecía un cañonazo en la lejanía. Aunque parezca extraño, Lucy no se despertó, aunque en dos ocasiones se levantara y se vistiera. Afortunadamente, las dos veces me desperté a tiempo, consiguiendo desvestirla sin despertarla y meterla otra vez en la cama. Es muy extraño este sonambulismo, ya que tan pronto como su voluntad tropieza con algún obstáculo físico, sus intenciones, si es que existen, se esfuman y asume casi exactamente su rutina diaria.

Esta mañana nos levantamos las dos muy temprano y bajamos al puerto a ver si había sucedido algo durante la noche. Había muy poca gente y, aunque el sol brillaba en todo su esplendor y el aire era limpio y fresco, las enormes e inexorables olas, que parecían negras en contraste con la nívea espuma que las coronaba, se agolpaban para entrar por la estrecha boca del puerto… como un fanfarrón abriéndose paso entre una multitud. En cierto modo me alegré de que Jonathan no estuviera anoche en el mar, sino en tierra firme. Aunque ¿quien sabe si está en tierra o en el mar? ¿Dónde estará? ¿Cómo se encontrará? Me empieza a preocupar terriblemente. ¡Ojalá supiera qué hacer y pudiera hacerlo!

10 DE AGOSTO

El funeral del infortunado capitán, que se celebró hoy, fue de lo más conmovedor. Parecían haberse congregado allí todas las barcas del puerto y el féretro fue llevado a hombros por varios capitanes desde el malecón de Tate Hill hasta el cementerio. Lucy se vino conmigo y llegamos a nuestro viejo banco con mucha antelación, mientras la comitiva de barcas remontaba el río hasta el Viaducto y regresaba de nuevo. La vista era maravillosa y pudimos seguir la procesión casi en todo su recorrido. El infortunado capitán fue enterrado en una tumba próxima a nuestro banco, de modo que, llegado el momento, nos pusimos de pie encima de él y lo vimos todo. La pobre Lucy parecía bastante desquiciada. Estuvo inquieta y preocupada todo el tiempo y no puedo menos de pensar que sus sueños nocturnos la están afectando. Hay algo extraño en su actitud, ya que no quiere admitir que haya motivo alguno para su inquietud; o que si lo hay, ella misma lo desconoce. Puede que exista otro motivo adicional: esta mañana han encontrado al pobre Mr. Swales muerto, con el cuello roto, precisamente en nuestro banco. Según el médico, es evidente que debió caerse de espaldas en el banco a causa de algún susto, ya que en su rostro había tal expresión de miedo y horror que los hombres que lo encontraron dijeron que se estremecieron al verlo. ¡Pobre viejo! ¡Tal vez viera a la Muerte con sus propios ojos, ya moribundos!

Lucy es tan afable y sensible que todo le afecta más intensamente que al resto de la gente. Ahora mismo estaba muy preocupada por una insignificancia, a la que yo no presté mucha atención, a pesar de que a mí también me gustan mucho los animales. Uno de los hombres que suben aquí a menudo para ver las barcas llegó seguido por su perro, como de costumbre. Ambos son muy tranquilos: nunca he visto enfadarse al hombre, ni he oído ladrar al perro. Durante el oficio, el perro no quiso acudir junto a su dueño, que estaba en el banco con nosotras, sino que permaneció a unas pocas yardas de distancia, ladrando y aullando. Su dueño le habló con dulzura, luego con dureza y finalmente con enfado. Pero el perro no quiso acercarse ni dejó de ladrar. Parecía furioso, con rabia en los ojos y el pelo erizado como el rabo de un gato en pie de guerra. Al final, se enfureció también el hombre, saltó del banco y le dio un puntapié al perro; luego lo cogió por el pescuezo y, medio a rastras, lo llevó hasta el banco, arrojándole encima de la lápida sobre la que este descansa. En cuanto tocó la piedra, el pobre animal se calló y se puso a temblar. En vez de intentar escapar, se acurrucó a mis pies, tembloroso y acobardado. Parecía tan lastimosamente asustado que traté de consolarle, aunque en vano. A Lucy también le inspiraba compasión el perro, pero no hizo ademán de acariciarle, sino que se limitó a mirarle angustiada. Mucho me temo que tenga una

naturaleza demasiado hipersensible para ir por el mundo sin complicaciones. Estoy segura de que esta noche soñará con todo esto. Toda esa acumulación de cosas —la entrada del barco en el puerto con un muerto gobernando el timón, a cuya rueda iba atado con un rosario; el conmovedor funeral; el perro, tan pronto furioso como aterrado— va a proporcionarle material para sus sueños.

Creo que será mejor para ella encontrarse físicamente cansada a la hora de irse a la cama, de modo que la llevaré a dar un largo paseo por los acantilados hasta la Bahía de Robin Hood. Después de eso, no le quedarán muchas ganas de deambular en sueños.

Capítulo VIII



DIARIO DE MINA MURRAY

EL MISMO DÍA, A LAS ONCE DE LA NOCHE

¡Pero qué cansada estoy! Si no me hubiera impuesto la obligación de llevar puntualmente mi diario, esta noche no lo abriría. Hemos dado un paseo delicioso. Al cabo de un rato, Lucy se puso de buen humor, debido, según creo, a que unas encantadoras vacas se acercaron a olisquearnos en un prado próximo al faro y nos dieron un susto de muerte. Supongo que nos olvidamos de todo, excepto, como es natural, de nuestros miedos particulares. Fue como si

hiciéramos borrón y cuenta nueva y empezáramos desde cero. Tomamos un té excelente en una encantadora y diminuta posada antigua de la Bahía de Robin Hood, con un mirador desde el que se dominan las rocas cubiertas de algas de la costa. Creo que nuestro apetito habría escandalizado a la "mujer nueva". ¡A Dios gracias, los hombres son más tolerantes! Luego regresamos a casa, deteniéndonos a descansar algunas veces —o más bien muchas—, con el corazón encogido por el miedo constante a los toros salvajes. Lucy estaba realmente cansada y ambas nos proponíamos irnos a dormir lo más pronto posible. Pero llegó el joven pastor y Mrs. Westenra le pidió que se quedara a cenar. Tanto Lucy como yo tuvimos que hacer valerosos esfuerzos para no quedarnos dormidas. Por mi parte, confieso que los míos fueron verdaderamente heroicos. Creo que los obispos deberían ponerse de acuerdo algún día para formar una nueva clase de pastores que no se queden a cenar por mucho que se les insista y que sepan darse cuenta de cuándo está cansada una chica. Lucy duerme ahora y su respiración es débil. Sus mejillas tiene mejor color que de costumbre; está preciosa. Si Mr. Holmwood se enamoró de ella solo con verla en el salón de su casa, me pregunto que diría si la pudiese ver esta noche. Algunas escritoras del movimiento de la "mujer nueva" lanzarán un día, sin duda, la idea de que debe permitirse a los hombres y a las mujeres verse mutuamente dormidos antes de declararse o de prometerse. Aunque supongo que en el futuro la "mujer nueva" no condescenderá a aceptar; será ella la que se declare. ¡Y además lo harán muy bien! En cierto modo es un consuelo. Esta noche estoy muy contenta porque la querida Lucy parece estar mejor. Creo sinceramente que ha salido del apuro, y que se acabaron para nosotros las preocupaciones por su sonambulismo. Mi felicidad sería completa si tuviera noticias de Jonathan… ¡Que Dios le bendiga y le proteja!

11 DE AGOSTO, TRES DE LA MADRUGADA

Vuelvo al diario. Como no tengo sueño, puede que escriba. Me encuentro demasiado excitada para dormir, después de haber corrido semejante aventura y haber tenido una experiencia tan angustiosa. Me quedé dormida en cuanto cerré el diario… De pronto, me desperté y me senté en la cama, embargada por una horrible sensación de miedo y una impresión de vacío a mi alrededor. La habitación estaba a oscuras, así que no podía ver la cama de Lucy. Me acerqué sigilosamente y la busqué a tientas. La cama estaba vacía. Encendí un fósforo y comprobé que ella no estaba en la habitación. La puerta estaba cerrada, aunque no con llave, como yo la había dejado. No quería despertar a su madre, que

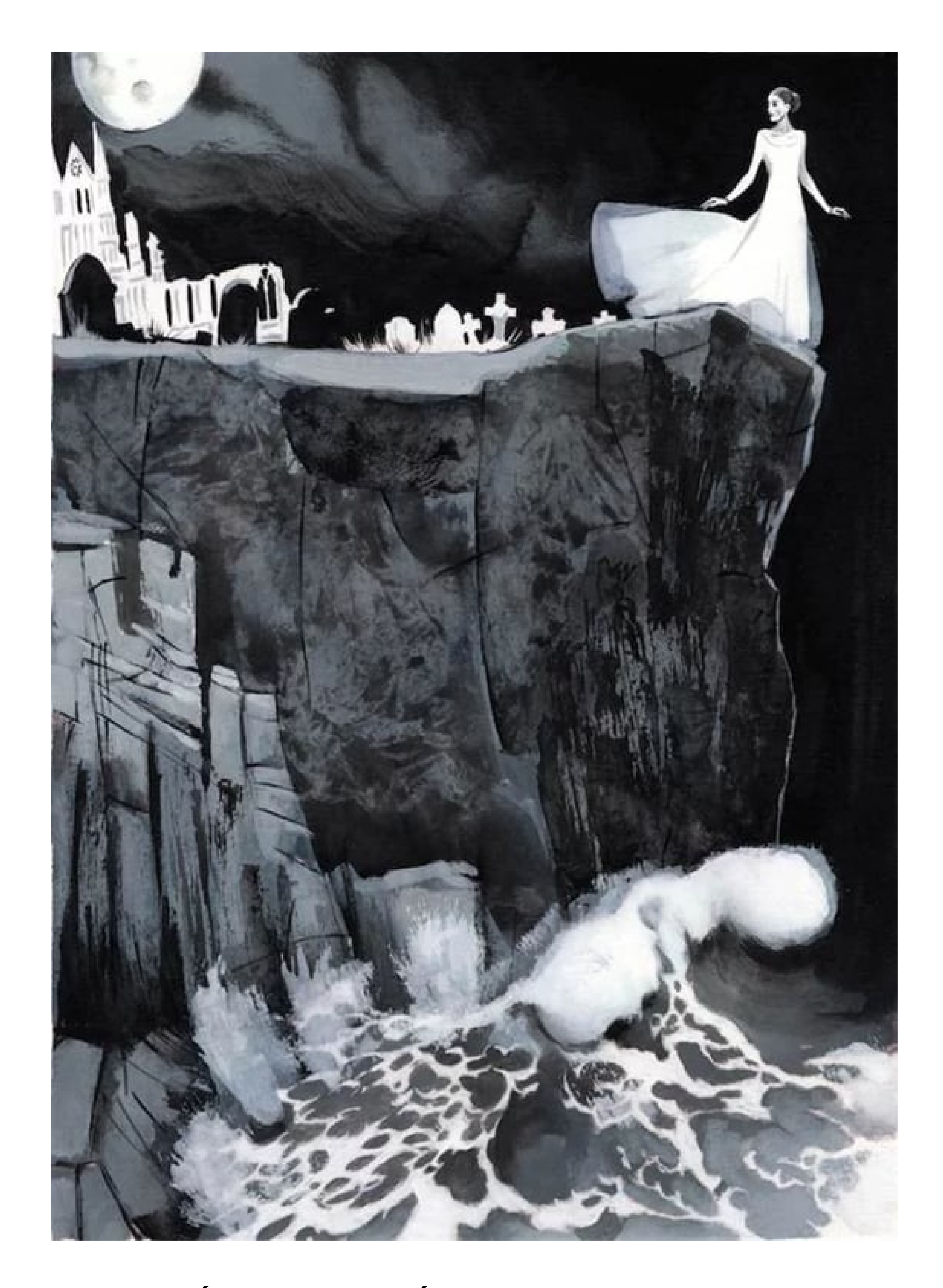
últimamente se encuentra más enferma que de costumbre, de modo que me puse algo de ropa encima y me fui en su busca. Al salir de la habitación se me ocurrió que la ropa que se había puesto podría darme alguna pista acerca de sus intenciones de sonámbula. Si era la bata, querría decir que estaba en casa; si un traje, que había salido. Mas tanto la bata como los trajes estaban en su sitio. "¡Gracias a Dios! —me dije—. Si está en camisón no puede andar muy lejos". Corrí escaleras abajo y miré en la sala de estar. ¡No estaba allí! Luego miré en las restantes habitaciones de la casa que estaban abiertas, con el corazón cada vez más encogido por el miedo. Finalmente llegué al vestíbulo y encontré abierta la puerta de entrada. No es que estuviera abierta de par en par, sino que el pestillo no estaba echado. Como los habitantes de la casa son muy cuidadosos en cerrar la puerta todas las noches, temí que Lucy hubiese salido tal y como estaba. No había tiempo para pensar en lo que podía suceder; un miedo vago, irresistible, oscurecía todos los detalles. Cogí un chal grande y grueso y salí corriendo. El reloj dio la una mientras recorría Crescent, pero no se veía ni un alma. Corrí por la North Terrace, pero no vi ni rastro de la blanca figura que esperaba encontrar. Al llegar al borde del acantilado oeste, encima del malecón, miré al otro lado del muelle, hacia el acantilado este, con la esperanza o el temor —todavía no lo sé bien— de ver a Lucy sentada en nuestro banco favorito. Lucía un hermoso claro de luna, aunque unos nubarrones negros, al desplazarse impulsados por el viento, convertían toda la escena en un efímero diorama de luces y sombras. Durante unos instantes no pude ver nada, pues la sombra de una nube oscurecía la iglesia de Santa María y sus alrededores. Luego, cuando pasó la nube, vi aparecer las ruinas de la abadía; y a medida que avanzaba la estrecha franja de luz, nítida como el corte de una espada, se fueron haciendo visibles la iglesia y el camposanto. Fueran cuales fuesen mis expectativas, no quedé defraudada, porque allí, en nuestro banco favorito, la luz plateada de la luna iluminaba una figura medio recostada, blanca como la nieve. No pude ver más, ya que llegó enseguida una nueva nube y su sombra la oscureció casi de inmediato. Pero tuve la impresión de que, detrás del banco donde resplandecía la figura blanca, había una forma oscura, que se inclinaba sobre ella. No sabría decir si se trataba de un hombre o de una bestia. No esperé a echar otra ojeada, sino que bajé rápidamente la empinada escalera que conduce al malecón y atravesé la lonja hasta llegar al puente, único camino que podía llevarme al acantilado este. El pueblo parecía muerto, pues no se veía ni un alma. Me alegré de que así fuera, porque deseaba que nadie viera a Lucy en aquel estado. El tiempo y la distancia me parecieron interminables. Me temblaban las rodillas y

mi respiración era cada vez más penosa a medida que iba ascendiendo los inacabables escalones que conducían a la abadía. Debí de ir muy deprisa y, sin embargo, tenía la sensación de que me habían puesto plomo en los pies y que todas las articulaciones de mi cuerpo estaban oxidadas. Poco antes de llegar arriba de todo, pude ver el banco y la figura blanca, pues estaba ya lo suficientemente cerca como para distinguirla, aun en medio de aquellas sombras intermitentes. Sin duda había algo, un bulto alargado y oscuro, inclinado sobre la figura blanca medio recostada. Grité asustada: "¡Lucy! ¡Lucy!". Aquella cosa levantó la cabeza y, desde donde yo estaba, pude ver un semblante pálido y unos ojos rojos y relucientes. Como Lucy no contestó, seguí corriendo hacia la entrada del cementerio. Al entrar, la iglesia se interpuso entre el banco y yo, y momentáneamente dejé de verla. Cuando apareció de nuevo, la nube había pasado y la luna brillaba tan esplendorosa que pude verla medio recostada, con la cabeza apoyada en el respaldo del banco. Estaba completamente sola y por ninguna parte se veía rastro alguno de otro ser vivo.

Cuando me incliné sobre ella, pude comprobar que todavía estaba dormida. Tenía los labios entreabiertos pero no respiraba con regularidad, como es habitual en ella, sino que jadeaba anhelosamente como si tratara de llenar sus pulmones en cada aspiración. Al acercarme, levantó la mano en sueños y se subió el cuello del camisón hasta cubrirse la garganta. Al hacerlo se estremeció ligeramente, como si tuviera frío. La cubrí con el chal y le apreté los bordes en torno al cuello, ya que temía que, dado la poca ropa que llevaba, cogiese frío con el relente de la noche. Me daba miedo despertarla de repente, de modo que, a fin de tener las manos libres y poder ayudarla, le sujeté el chal a la garganta con un imperdible. Mas, en mi ansiedad, debí de cometer alguna torpeza y la pellizqué o pinché, pues más tarde, cuando su respiración se hizo más sosegada, se llevó la mano a la garganta y gimió. Una vez arropada convenientemente, le puse mis zapatos y empecé a despertarla poco a poco. Al principio no respondió. No obstante, su sueño fue haciéndose paulatinamente más agitado y de cuando en cuando suspiraba y gemía. Finalmente, pensé que debía llevarla a casa enseguida, ya que, entre otras muchas razones, el tiempo corría muy deprisa; así que la sacudí más enérgicamente, hasta que por fin abrió los ojos y se despertó. No pareció sorprenderse al verme, ya que, como es natural, no se dio cuenta inmediatamente del lugar en que se encontraba. Lucy siempre tiene un buen despertar, e incluso en esa ocasión, en que su cuerpo debía estar tiritando de frío y su mente horrorizada al despertarse medio desnuda en un cementerio, en medio de la noche, no perdió su gracioso encanto. Temblando un poco, se aferró

a mí. Y cuando le dije que regresase inmediatamente a casa conmigo, se levantó sin decir palabra, con la docilidad de un niño. Según caminábamos, la grava me hacía daño en los pies y Lucy notó mis muecas de dolor. Se detuvo e insistió para que volviera a ponerme los zapatos, pero me negué. Sin embargo, al llegar al sendero que parte del cementerio, había un charco que había quedado de la tormenta y me unté los pies de barro, para que, en caso de que nos tropezáramos con alguien, no se notara que iba descalza.

La suerte nos favoreció y llegamos a casa sin tropezarnos con nadie. En una ocasión vimos a un hombre, que no parecía demasiado sobrio, acercándose a nosotras de frente por una calle. Pero nos ocultamos en un portal hasta que desapareció en un estrecho y empinado callejón, o *wynd*, como los llaman en Escocia. El corazón me latía con tal violencia que a veces llegué a pensar que iba a desmayarme. Estaba muy angustiada por Lucy, no solo por su salud, que podía resentirse al haberse expuesto al relente, sino por su reputación, en caso de propagarse lo ocurrido. En cuanto llegamos a casa, nos lavamos los pies y, después de rezar juntas en acción de gracias, la arropé en la cama. Antes de dormirse me pidió —me suplicó, incluso— que no dijera ni una palabra a nadie, ni siquiera a su madre, sobre su aventura de sonámbula. Al principio dudé en prometérselo. Pero luego, pensando en la salud de su madre y en cómo la inquietaría el enterarse de una cosa así, que además podría desvirtuarse —mejor dicho, lo sería irremediablemente— si trascendía, consideré que sería más prudente prometérselo. Espero haber obrado bien. He cerrado la puerta y me he atado la llave a la muñeca, así que es posible que no vuelva a molestarme. Lucy duerme profundamente. El reflejo del amanecer ya empieza a asomar allá lejos en el mar…



El MISMO DÍA, AL MEDIODÍA

Todo va bien. Lucy ha dormido hasta que la desperté y parece que ni siquiera ha cambiado de postura. La aventura de anoche no parece haberla perjudicado.

Al contrario, le ha sentado bien, pues esta mañana parece tener mejor aspecto que en las últimas semanas. Siento que mi torpeza con el imperdible la haya lastimado. Desde luego, podía haber sido algo serio, ya que le he atravesado la piel del cuello. Seguramente le pellizqué un trozo de piel y la traspasé, pues tiene dos puntitos rojos, como alfilerazos, y en el cuello del camisón hay una gota de sangre. Cuando me disculpé y le mostré mi preocupación, ella se echó a reír, haciéndome un mimo, y me dijo que ni siquiera lo había notado. Por suerte, como son tan pequeños, no le quedará ninguna cicatriz.

EL MISMO DÍA, POR LA NOCHE

Hemos pasado un día feliz. El aire era limpio, brillaba el sol y soplaba una brisa fresca. Almorzamos en Mulgrave Woods. Mrs. Westenra fue por carretera y Lucy y yo caminamos por el sendero del acantilado, reuniéndonos con ella en la verja. A pesar de todo, me sentía algo triste, ya que no dejaba de pensar en lo *absolutamente* feliz que habría sido si Jonathan hubiese estado conmigo. Pero ¡qué le vamos a hacer! Debo tener paciencia. Por la tarde dimos un paseo por Casino Terrace, escuchamos buena música de Sporh y Mackenzie y nos acostamos temprano. Lucy parece más tranquila que en los últimos días y enseguida se ha quedado dormida. Cerraré la puerta con llave y me la guardaré, como hice anoche, aunque espero que esta noche no pase nada.

12 DE AGOSTO

Mis esperanzas eran infundadas: Lucy me despertó dos veces durante la noche, intentando salir. A pesar de estar dormida, pareció impacientarse un poco al encontrar la puerta cerrada y volvió a la cama haciendo algunos gestos de protesta. Al amanecer me despertó el gorjeo de los pájaros al otro lado de la ventana. Lucy se despertó también y me alegró ver que tenía aún mejor aspecto que ayer por la mañana. Parecía haber recuperado su antigua jovialidad y se acercó a mí, acurrucándose a mi lado y contándome todo lo referente a Arthur. Yo le expliqué lo inquieta que estaba por Jonathan y ella trató de consolarme. Y en cierto modo lo consiguió, pues, si la comprensión de nuestros amigos no puede alterar los hechos, sí puede al menos ayudar a hacérnoslos más soportables.

13 DE AGOSTO

Otro día apacible. Me acosté con la llave en la muñeca, como ayer. Volví a

despertarme en mitad de la noche y encontré a Lucy sentada en el lecho, adormecida todavía, señalando hacia la ventana. Me levanté en silencio, subí la persiana y miré afuera. La luna brillaba radiante y el débil reflejo de su luz sobre el mar y el cielo —fundidos en el grandioso y misterioso silencio de la noche— era de una belleza indescriptible. Entre la luna y yo revoloteaba un murciélago enorme, que iba y venía describiendo grandes círculos. Una o dos veces se aproximó bastante a mí, pero supongo que al verme se asustó y emprendió el vuelo hacia la abadía, atravesando el puerto. Cuando regresé de la ventana, Lucy se había vuelto a acostar y dormía plácidamente. No volvió a moverse en toda la noche.

14 DE AGOSTO

Hemos pasado el día entero en el acantilado este, leyendo y escribiendo. Lucy parece haberse encariñado con ese lugar tanto como yo y resulta difícil llevársela de allí cuando es hora de regresar a casa para el almuerzo, el té o la cena. Esta tarde hizo un comentario que me extrañó. Regresábamos a casa para cenar y, al llegar a lo alto de la escalinata que parte del malecón oeste, nos detuvimos a contemplar el panorama, como solemos hacer. El sol poniente, ya muy bajo, se estaba ocultando por detrás del Kettleness y parecía bañar el acantilado este y la vieja abadía con su hermoso arrebol. Nos quedamos un rato en silencio y, de pronto, Lucy murmuró como si hablara consigo misma:

—¡Otra vez sus ojos rojos! Son exactamente iguales.

Fue una expresión tan rara, tan poco *oportuna*, que me sobresalté. Me volví ligeramente para poder ver a Lucy sin que pareciera que la observaba y noté que estaba sumida en una especie de ensoñación, con una extraña expresión en el rostro, que no supe descifrar. De modo que no dije nada, pero seguí la dirección de su mirada. Me pareció que miraba fijamente nuestro banco, en el que estaba sentada una enigmática figura. Me asusté un poco, ya que por un momento tuve la impresión de que aquella figura desconocida poseía unos ojos grandes y llameantes. Pero una segunda mirada disipó la ilusión. El rojo resplandor del ocaso iluminaba los ventanales de la iglesia de Santa María, detrás de nuestro banco; pero al descender el sol por el horizonte, se producían tales cambios en la refracción y la reflexión, que parecía como si la luz se moviera. Llamé la atención de Lucy sobre aquel curioso efecto y ella volvió en sí algo sobresaltada, aunque sin perder su expresión triste, debido tal vez a que se acordaba de la terrible noche que había pasado allá arriba. Como nunca hablamos de eso, yo no dije nada y regresamos a casa a cenar. Lucy tenía dolor de cabeza y se acostó

temprano. En cuanto comprobé que dormía, salí a dar una vuelta. Anduve por los acantilados hacia el Oeste, embargada por una dulce melancolía, ya que pensaba en Jonathan. Cuando regresé, la luna estaba tan radiante que, aunque la fachada de nuestra casa estaba en sombras, podía ver perfectamente cualquier objeto. Miré hacia arriba y vi a Lucy asomada a nuestra ventana. Pensé que tal vez estuviera buscándome, de modo que desplegué mi pañuelo y lo agité. Pero ella no se dio cuenta ni hizo ningún movimiento. En aquel preciso momento, la luna apareció por una esquina del edificio y, al iluminar la ventana, pude ver claramente a Lucy, con la cabeza apoyada en el alféizar y los ojos cerrados. Estaba profundamente dormida y a su lado, posado en el alféizar, había una especie de pájaro de considerable tamaño. Temiendo que se resfriara, subí corriendo, mas cuando entré en su habitación, Lucy volvía a su cama, profundamente dormida y respirando con dificultad, llevándose una mano a la garganta como si quisiera protegerse del frío.

En vez de despertarla, la arropé cariñosamente, tomando la precaución de cerrar la puerta y atrancar la ventana.

¡Parece tan encantadora mientras duerme! Pero está más pálida que de costumbre, y su rostro hinchado y ojeroso tiene una expresión que no me gusta. Me temo que algo le atormente. Ojalá pudiese averiguar de qué se trata.

15 DE AGOSTO

Me he levantado más tarde de lo acostumbrado. Lucy parecía desanimada y fatigada, y siguió durmiendo después de que nos llamaran. Durante el desayuno tuvimos una agradable sorpresa. El padre de Arthur se encuentra mejor y quiere que la boda se celebre lo antes posible. Lucy está radiante de felicidad, y su madre contenta y al mismo tiempo triste. Más tarde, me contó el motivo. Le apena perder a su Lucy, pero se alegra de que pronto tendrá a alguien que la proteja. ¡Pobre señora! Me confesó que estaba sentenciada a muerte. No se lo ha contado a Lucy y me hizo prometer que guardaría el secreto. Su médico le ha dicho que morirá en el plazo de unos pocos meses, a lo sumo, ya que su corazón está cada vez más débil. En cualquier momento, incluso ahora, bastaría una impresión repentina para matarla. Hemos hecho bien al ocultarle el incidente espantoso de la otra noche en que Lucy deambuló en sueños.

17 DE AGOSTO

Hace dos días que no toco el diario. No he tenido ánimos para escribir. Una

especie de velo sombrío parece cernirse sobre nuestra felicidad. Sigo sin noticias de Jonathan y Lucy parece cada día más débil, en tanto que su madre tiene las horas contadas. No comprendo por qué se está consumiendo Lucy de esa manera. Come con apetito, duerme bien y está todo el día al aire libre. Sin embargo, sus mejillas pierden color y cada día se debilita y languidece más. Por la noche la oigo jadear como si le faltase el aire y, aunque conservo siempre la llave sujeta a la muñeca, ella se levanta, deambula por la habitación y se sienta al borde de la ventana. Cuando me desperté anoche, la encontré asomada, y aunque traté de despertarla, no pude: se había desmayado. Cuando logré reanimarla, parecía tan débil que no se tenía en pie y lloraba en silencio, a la vez que hacía prolongados y penosos esfuerzos por respirar. Al preguntarle qué hacía en la ventana, sacudió la cabeza y se volvió. Confío en que su malestar no se deba al desgraciado pinchazo con el imperdible. Le he examinado el cuello mientras duerme y las dos pequeñas heridas no parecen haberse curado. Todavía están abiertas, e incluso son más grandes que antes y tienen los bordes ligeramente blanquecinos. A menos que se curen en uno o dos días, insistiré en que las vea un médico.

CARTA DE SAMUEL F. BILLINGTON E HIJO, ABOGADOS DE WHITBY, A MESSRS. CARTER, PATERSON & CO., DE LONDRES

17 *DE AGOSTO*

MUY SEÑORES NUESTROS:

Con la presente les remitimos factura de la mercancía enviada por los Grandes Ferrocarriles del Norte. Deberá ser entregada en Carfax, cerca de Purfleet, en cuanto llegue a la estación de mercancías de King's Cross. En este momento la casa no está habitada, pero con el envío encontrarán las llaves, con sus correspondientes etiquetas.

Tengan la amabilidad de depositar los cajones —cincuenta en total— de que consta el envío en el edificio parcialmente derruido que forma parte de la propiedad y está marcado con una "A" en el gráfico adjunto. Su agente reconocerá fácilmente el lugar, dado que se trata de la antigua capilla de la

mansión. La mercancía sale esta noche en el tren de las 9.30 y llegará a King's Cross mañana a las 4.30 de la tarde. Como nuestro cliente desea que la entrega se lleve a cabo lo antes posible, les agradeceríamos que tuvieran listos los tiros de caballos en King's Cross a la hora citada para trasladar inmediatamente la mercancía a su destino. Con el fin de evitar cualquier demora en el pago, debido a las formalidades de rutina, les adjuntamos un cheque por valor de diez libras (10 £), del que les agradeceríamos enviaran recibo. Si el importe de los gastos fuese inferior a esa cantidad, pueden devolvernos el sobrante; si fuera mayor, le enviaremos inmediatamente otro cheque con la diferencia, en cuanto nos la comuniquen. Al irse, deberán dejar las llaves en el vestíbulo principal de la casa, para que el propietario pueda recogerlas en cuanto abra la puerta de entrada con su duplicado.

Esperando no sobrepasar los límites de la cortesía, les rogamos una vez más la máxima diligencia en este asunto.

Se reiteran de Uds. sus attos. y affmos.,

SAMUEL F. BILLINGTON E HIJO

CARTA DE MESSRS. CARTER, PATERSON & CO., DE LONDRES, A MESSRS. BILLINGTON E HIJO, DE WHITBY

21 *DE AGOSTO*

MUY SEÑORES NUESTROS:

Acusamos recibo de las 10 libras recibidas y les enviamos un cheque por valor de 1 libra, 17 chelines y 9 peniques, que han abonado ustedes de más, conforme se especifica en la factura que se adjunta. La mercancía ha sido entregada siguiendo exactamente sus instrucciones, y hemos dejado las llaves en el vestíbulo principal, dentro de un paquete, como ustedes nos indicaron.

Se reiteran de Uds. sus attos. y affmos.,

p.p. CARTER, PATERSON & CO.

DIARIO DE MINA MURRAY

18 DE AGOSTO

Hoy estoy contenta y escribo sentada en el banco del cementerio. Lucy se encuentra mucho mejor. Anoche durmió bien y no me molestó ni una sola vez. Sus mejillas parecen haber recuperado su color rosado, aunque todavía está bastante pálida y ojerosa. Si estuviera anémica, podría entenderlo, pero no lo está. Tiene muy buen humor y está alegre y llena de vida. Al parecer ha abandonado esa malsana reserva y acaba de recordarme *aquella* noche —¡como si tuviera necesidad de que me lo recordasen!—, y que fue aquí, en este mismo banco, donde la encontré dormida. Mientras me hablaba, golpeaba juguetona la lápida con el tacón.

—¡Aquella noche —dijo— mis pobres piececitos no hicieron demasiado ruido! El pobre Mr. Swales me habría dicho que sería porque no querría despertar a Geordie.

Viendo que estaba de tan buen humor y tan comunicativa, le pregunté si aquella noche soñó algo. Antes de contestarme, apareció en su frente ese encantador mohín de preocupación que tanto le gusta a Arthur —le llamo Arthur, como acostumbra a hacer ella—, cosa que, a decir verdad, no me extraña. Luego prosiguió, medio en sueños, como si tratara de recordar:

—No fue un sueño exactamente; todo parecía real. Sin saber por qué… solo deseaba estar en este lugar… Tenía miedo de algo… no sé de qué. Aunque supongo que estaba dormida, recuerdo haber recorrido varias calles y cruzado el puente. Al pasar por él, saltó un pez y me asomé a mirar. Cuando subía por la escalinata oí aullar a muchos perros… parecía como si todo el pueblo estuviera lleno de perros que aullaran todos a una. Luego, tengo el vago recuerdo de algo alargado y oscuro, con los ojos llameantes, como el que vimos cuando nos detuvimos a contemplar la puesta del sol. Al mismo tiempo, tuve la impresión de que me rodeaba algo muy dulce y a la vez muy amargo. A continuación, me pareció que me sumergía en unas aguas verdes y profundas, y que me zumbaban los oídos, como he oído decir que les ocurre a los que se ahogan. Después, fue como si se desvaneciese todo; me pareció que mi alma había abandonado el cuerpo y flotaba en el aire. Creo recordar que, en un momento determinado, el faro de poniente estaba justo debajo de mí. Luego, experimenté una sensación de angustia, como si me encontrara en medio de un terremoto. Y cuando recobré el

conocimiento, tú estabas zarandeándome. Te vi hacerlo antes de sentirlo.

Al terminar, se echó a reír. Me resultaba algo siniestro, y la escuché conteniendo la respiración. Aquello no me gustaba nada y pensé que sería preferible que se olvidara del asunto; de modo que cambié de conversación y Lucy volvió a ser la misma de antes. Cuando llegamos a casa, la fresca brisa la había fortalecido y sus pálidas mejillas estaban verdaderamente más sonrosadas. Su madre se alegró al verla y pasamos juntas una velada muy agradable.

19 DE AGOSTO

¡Alegría, alegría, alegría! Aunque no completa. Por fin tengo noticias de Jonathan. El pobre ha estado enfermo; por eso no me escribía. Ahora que lo sé, no me asusta pensar en ello o hablarlo. Mr. Hawkins me envió la carta y él también me escribió; es tan amable. Mañana salgo a primera hora para reunirme con Jonathan; si es necesario ayudaré a cuidarle y luego lo traeré a casa. Mr. Hawkins opina que no sería mala idea que nos casáramos allí mismo. He llorado tanto al leer la carta de la bondadosa hermanita, que aún siento su humedad en mi pecho, donde la guardo. Es de Jonathan y debe estar junto a mi corazón, puesto que él está *dentro*. Mi viaje está ya organizado y mi equipaje listo. Solo me llevaré un vestido además del puesto. Lucy se llevará mi baúl a Londres y lo guardará allí hasta que yo le pida que me lo envíe, porque pudiera ser que… No debo seguir escribiendo. Me reservaré el resto para contárselo a Jonathan, mi esposo. La carta que él ha visto y tocado me consolará hasta que estemos otra vez juntos.

CARTA DE SOR AGATHA, DEL HOPSTAL DE SAN JOSÉ Y SANTA MARÍA, DE BUDA-PEST, A MISS WILHELMINA MURRAY

12 DE AGOSTO

MI APRECIADA SEÑORA:

Le escribo por deseo de Mr. Harker, que no se encuentra con fuerzas suficientes para hacerlo personalmente, aunque va mejorando, gracias a Dios, a san José y a la Virgen María. Hace casi seis semanas que nos hicimos cargo de

él, aquejado de unas violentas fiebres cerebrales. Me ruega que le transmita su afecto y le diga que, por este mismo correo, le escribo en su nombre a Mr. Hawkins, de Exeter, comunicándole, con el debido respeto, que lamenta su retraso y que su misión ha sido cumplida. Necesitará todavía unas cuantas semanas de reposo en nuestro sanatorio de las montañas, pero después regresará a Inglaterra. Me ruega también que le diga que no tiene suficiente dinero y que desearía pagar su estancia aquí, para que no les falte ayuda a otros que puedan necesitarla.

Le saluda con toda simpatía y le envía sus bendiciones,

SOR AGATHA

P.S. Aprovecho que mi paciente duerme para abrir esta carta y comunicarle algo más. Me ha hablado mucho de usted y me ha dicho que pronto será su esposa. ¡Mis bendiciones para ambos! Según dice el doctor, Mr. Harker ha sufrido una terrible impresión y en sus delirios desvariaba, hablando de cosas espantosas como lobos, ponzoña, sangre, fantasmas, demonios, y otras que no me atrevo a mencionar. Durante algún tiempo deberá tener usted mucho cuidado para no excitarle con nada parecido; las huellas de una enfermedad como esta no se desvanecen tan fácilmente. Deberíamos haber escrito hace bastante tiempo, pero no sabíamos nada de sus amigos y él no llevaba encima ningún papel que pudiéramos descifrar. Llegó en tren desde Klausenburg y el jefe de estación le contó al vigilante que irrumpió en la taquilla pidiendo a gritos un billete para su país. Al ver por su comportamiento violento que era inglés, le dieron un billete para la estación más lejana a la que llegaba el tren en su recorrido.

Tenga por seguro que está bien atendido. Con su amabilidad y gentileza se ha ganado el afecto de todos. Cada día se encuentra francamente mejor y estoy segura de que dentro de unas cuantas semanas se habrá recuperado del todo. Pero tenga mucho cuidado con él, por su seguridad. Ruego a Dios, a san José y a la Virgen María que les concedan a los dos muchos, muchísimos años de felicidad.

DIARIO DEL DR. SEWARD

19 DE AGOSTO

Ayer noche Renfield experimentó un cambio extraño y repentino. A eso de las ocho empezó a excitarse y a husmear como un perro cuando está de muestra. Al guardián le sorprendió su actitud y, sabiendo mi interés por él, le animó a hablar. Normalmente, Renfield es respetuoso con el guardián e incluso a veces servil. Pero esta noche, según me dijo, se mostró muy arrogante. No consintió en hablar con él. Lo único que dijo fue:

—No quiero hablar con usted. Ahora ya no cuenta para mí; el Amo está muy cerca.

El guardián cree que se trata de una especie de repentina manía religiosa que se ha apoderado de él. Si fuera así, debemos estar atentos a sus accesos, pues un hombre fuerte como él, con manías homicidas y religiosas al mismo tiempo, puede ser peligroso. La combinación es fatal. A las nueve fui a verle. Su actitud conmigo fue similar a la que tuvo con el guardián; en su sublime egocentrismo no parece que establezca diferencias entre el guardián y yo. Parece que se trata de una manía religiosa y que no tardará en creerse Dios. Las diferencias infinitesimales entre un hombre y otro son demasiado mezquinas para un Ser Omnipotente. ¡Cómo se traicionan a sí mismos estos locos! El verdadero Dios vela por que ni un solo gorrión caiga. En cambio, el Dios creado por la vanidad humana no establece diferencias entre un águila y un gorrión. ¡Ah, si los hombres supieran!

Durante media hora o tal vez más la excitación de Renfield se fue agravando paulatinamente. Aunque fingí no observarle, no le perdí de vista ni un momento. De pronto, vi en sus ojos esa expresión taimada que siempre muestran los locos cuando se aferran a una idea, y esos sospechosos movimientos de cabeza y espalda que los guardianes de los manicomios conocen tan bien. Luego se calmó y, con un gesto de resignación, fue a sentarse al borde de la cama, quedándose allí con la mirada extraviada en el vacío. Con el objeto de averiguar si su apatía era real o simulada, traté de hacerle hablar de sus animales favoritos, tema que nunca había dejado de despertar su interés. Al principio no me respondió, pero finalmente dijo, malhumorado:

—¡Al diablo con ellos! Me tienen completamente sin cuidado.

—¿Cómo? —dije yo—. No irá usted a decirme que ya no le interesan las arañas, ¿verdad?

(En este momento su pasatiempo favorito son las arañas y tiene un cuaderno lleno de números de pocas cifras, distribuidos en columnas).

Su contestación fue enigmática:

—Las damas de honor alegran la vista de los que esperan la llegada de la novia. Pero en cuanto esta se acerca, pierden todo su lustre para los ojos que están satisfechos.

No quiso explicarse con mayor claridad, sino que permaneció obstinadamente sentado en el borde de la cama durante todo el tiempo que estuve con él.

Esta noche estoy fatigado y abatido. No puedo dejar de pensar en Lucy y en lo diferentes que podrían haber sido las cosas. Si no me duermo enseguida, recurriré al doral, este Morfeo moderno. ¡C_2HCl_3O-H_2O! Debo tener cuidado de que no me cree hábito. ¡No, esta noche no lo tomaré! He estado pensando en Lucy y no voy a deshonrarla mezclando ambas cosas. Si es preciso, esta noche la pasaré en vela…

Me alegro de haber tomado esa decisión; y más todavía de haberla mantenido. Estaba acostado, dando vueltas en la cama y acababa de oír dar las dos en el reloj —¡las dos, todavía!— cuando subió el vigilante nocturno, enviado de la sala, para avisarme de que Renfield se había escapado. En un momento me vestí e inmediatamente bajé corriendo. Mi paciente es demasiado peligroso para andar por ahí suelto. Esas ideas suyas pueden resultar peligrosas si se tropieza con desconocidos. El guardián me estaba esperando. Dijo que no hacía ni diez minutos que le había visto, aparentemente dormido en su cama, cuando se asomó por la mirilla de la puerta. Al poco le llamó la atención un ruido, como si arrancaran la ventana. Volvió corriendo a la celda de Renfield, a tiempo para ver desaparecer sus pies por la ventana. De inmediato mandó a buscarme. Solo llevaba puesto el camisón y por tanto no podía andar muy lejos. El guardián pensó que sería más práctico ver a dónde se dirigía que perseguirlo, ya que, si abandonaba la ventana, podría perderle de vista mientras salía del edificio por la puerta. Es un hombre de gran corpulencia y no podía pasar a través del hueco de la ventana. Como yo soy delgado, salí con la ayuda del guardián, pasando primero los pies; y como estamos a poca altura del suelo, no me hice daño al caer. El guardián me dijo que el paciente se había ido hacia la izquierda, en línea recta, de modo que corrí todo lo que pude en aquella dirección. Cuando estaba atravesando la arboleda, vi una figura blanca que escalaba el alto muro que separa nuestros jardines de los de la casa deshabitada contigua.

Regresé inmediatamente sin dejar de correr y le dije al vigilante que avisara a tres o cuatro hombres y me siguieran a los terrenos de Carfax, porque nuestro

amigo podía ser peligroso. Cogí una escala, salté al muro y me dejé caer del otro lado. Tuve tiempo de ver la figura de Renfield doblando una esquina de la casa y corrí tras él. Cuando llegué al otro lado de la casa, lo encontré empujando con todas sus fuerzas la vieja puerta de roble zunchado de la capilla. Aparentemente hablaba con alguien; pero no me atreví a acercarme lo suficiente para oír lo que estaba diciendo, por miedo a que se asustara y escapara. ¡Perseguir a un enjambre de abejas no es nada comparado con seguir a un lunático medio desnudo empeñado en escaparse! Sin embargo, unos minutos después me di cuenta de que no se fijaba en nada de lo que ocurría a su alrededor y me aventuré a acercarme más a él, sobre todo porque mis hombres ya habían saltado el muro y le estaban rodeando.

—Aquí estoy —le oí decir— para cumplir Tus órdenes. Amo. Soy Tu esclavo y Tú me recompensarás, porque Te seré fiel. Hace tiempo que Te adoro de lejos. Ahora que estás cerca, espero Tus órdenes y confío en que no me dejes de lado —¿no lo harás, verdad, querido Amo?— cuando repartas Tus favores.

Es un pobre diablo egoísta. Piensa en los panes y los peces incluso cuando cree estar ante la Presencia Auténtica. Sus manías forman una combinación sorprendente. Cuando lo tuvimos rodeado, peleó como un tigre. Tiene una fuerza increíble y más parecía una bestia salvaje que un hombre. Nunca había visto a un lunático presa de semejante furor; y espero no volver a verlo. Es una suerte que nos hayamos dado cuenta a tiempo de su fuerza y del peligro que puede entrañar. Con semejante fuerza y determinación, Dios sabe los desmanes que hubiera podido cometer antes de que lo encerráramos de nuevo. Ni el propio Jack Sheppard[23] podría librarse de la camisa de fuerza que le hemos puesto. Pero además, lo hemos encadenado a la pared de su habitación, que está acolchada. A veces sus gritos son atroces, pero los silencios posteriores son todavía más terribles, porque en cada gesto y en cada movimiento se adivinan sus inclinaciones homicidas.

Por primera vez, acaba de pronunciar unas palabras coherentes:

—Tendré paciencia, Amo. ¡Ya viene… viene… viene!

Dándome por aludido, también yo me fui. Me encontraba demasiado excitado para dormir, pero este diario me ha tranquilizado y me parece que todavía dormiré algo esta noche.

Capítulo IX



CARTA DE MINA MURRAY A LUCY WESTENRA

BUDA-PEST, 24 DE AGOSTO

MI QUERIDA LUCY:

Sé que estarás impaciente por saber todo lo que ha pasado desde que nos despedimos en la estación de Whitby. Pues bien, querida, llegué a Hull sin novedad y allí cogí un barco para Hamburgo, y después un tren hasta Buda-Pest.

No creo poder recordar apenas nada del viaje, salvo que sabía que iba a reunirme con Jonathan y que, como seguramente tendría que cuidarle, lo mejor que podía hacer era dormir todo lo que pudiera… Encontré a mi amado muy delgado y pálido y, aparentemente, muy débil. Sus amados ojos han perdido toda su resolución y ha desaparecido de su rostro esa sobria dignidad de la que te he hablado. Está hecho una ruina y no recuerda nada de cuanto le ha sucedido en todo este tiempo. Por lo menos, eso quiere hacerme creer, y no pienso preguntárselo. Ha recibido una impresión terrible y temo que si tratara de recordarla, podría poner a prueba su pobre cerebro. Sor Agatha, que es una buena persona y una enfermera nata, me ha contado que, cuando estaba fuera de sí, desvariaba y decía cosas espantosas. Le pedí que me dijera de qué cosas se trataba, pero ella se limitó a santiguarse, respondiéndome que jamás hablaría de ello; que los desvaríos de un enfermo están únicamente reservados a Dios, y que si una enfermera llegara a oírlos, a causa de su profesión, debería guardar el secreto. Como es un alma dulce y buena, al día siguiente, viendo lo preocupada que yo estaba, sacó de nuevo a colación el asunto y, después de repetirme que jamás podría mencionar los desvaríos de mi pobre amado, añadió:

—Solo puedo decirle esto, querida: que no se refieren a nada malo que él haya hecho y que usted, que va a convertirse en su esposa, no tiene motivos para preocuparse. No la ha olvidado a usted, ni tampoco lo mucho que le debe. Sus temores se refieren a cosas enormes, terribles, de las que ningún mortal puede ocuparse.

Supongo que la pobre temió que yo pudiera estar celosa de que mi amado se hubiera enamorado de otra. ¡Estar *yo* celosa de Jonathan, qué ocurrencia! Y no obstante, permíteme, querida, que te confiese en voz baja que me estremecí de alegría cuando *supe* que la causa de sus trastornos no fue ninguna otra mujer. En este momento me encuentro sentada a la cabecera de su cama, desde donde puedo ver su rostro mientras duerme. ¡Se está despertando!…

En cuanto se despertó, me pidió su levita, pues quería sacar algo del bolsillo. Se lo dije a sor Agatha y ella me trajo todas sus cosas. Vi que entre ellas estaba su cuaderno de notas y estuve a punto de pedirle a Jonathan que me permitiese echarle una ojeada, pues sabía que podría encontrar alguna pista sobre su enfermedad. Pero supongo que él adivinó mi intención al mirarme a los ojos, pues me pidió que fuera a la ventana, alegando que quería estar un rato a solas. Luego me volvió a llamar y cuando llegué, puso su mano sobre el cuaderno y me dijo seriamente:

—Querida Wilhelmina —entonces comprendí que era extremadamente

sincero conmigo, pues nunca me había llamado así desde que me pidió en matrimonio—, tú conoces mis ideas acerca de la confianza que debe haber entre marido y mujer: no deben tener ningún secreto entre ellos, ni ocultarse nada. He sufrido una gran conmoción, pero cuando trato de recordar, siento que la cabeza me da vueltas y no sé si todo fue real, o solo el sueño de un loco. Ya sabes que he tenido fiebre cerebral y que eso equivale a estar loco. El secreto está entre estas páginas, pero no quiero conocerlo. Quiero empezar de nuevo mi vida a partir de nuestra boda. Pues, mi querida Lucy, hemos decidido casarnos en cuanto hayamos concluido las formalidades. ¿Estás dispuesta, Wilhelmina, a compartir mi ignorancia? Aquí tienes el diario. Cógelo y guárdalo. Léelo si quieres, pero no me lo digas, a menos que algún deber grave me obligue a recordar aquellas horas amargas, aquí consignadas, que viví dormido o despierto, cuerdo o loco.

Y volvió a derrumbarse, agotado. Metí el diario debajo de la almohada y le besé. Le he pedido a sor Agatha que suplique a la Madre Superiora en nuestro nombre que nos permita casarnos esta misma tarde. Espero su respuesta…

Sor Agatha ha venido a decirme que han mandado llamar al capellán de la misión inglesa. Vamos a casarnos dentro de una hora, o más bien en cuanto Jonathan despierte…

Lucy, llegó el momento, pero ya todo pasó. Estoy muy impresionada, aunque me siento muy, muy feliz. Cuando Jonathan se despertó, poco más de una hora después, todo estaba dispuesto. Se sentó en la cama, apoyado en almohadones. Pronunció el "sí, quiero" con firmeza y convicción. Yo, en cambio, apenas podía hablar; estaba tan emocionada que incluso esas palabras parecían dejarme sin respiración. ¡Qué amables han sido las queridas hermanas! Quiera Dios que no las olvide nunca, ni tampoco las graves pero dulces responsabilidades que he contraído. Ahora te hablaré de mi regalo de boda. Cuando el capellán y las monjas me dejaron a solas con mi esposo —¡ay, Lucy!, es la primera vez que he escrito estas palabras: "mi esposo"— saqué el libro de debajo de la almohada, lo envolví en papel blanco, até el paquete con un trozo de cinta de color azul pálido que llevaba alrededor del cuello y sellé el nudo con lacre, utilizando mi alianza como sello. Después lo besé y se lo mostré a mi marido, asegurándole que lo guardaría así, como signo externo y visible, para toda la vida, de nuestra mutua confianza; que nunca lo abriría, a menos que fuera en su interés u obedeciendo algún imperioso deber. Él entonces tomó mi mano entre las suyas —¡ay, Lucy!, fue la primera vez que tomaba la mano de *su esposa*— y me dijo que era lo que más quería en el mundo y que, si fuera preciso, volvería a pasar todo lo que ha

pasado con tal de conseguirla. Seguramente el pobre solo quería decir una parte de ese pasado, pero todavía se muestra incapaz de calcular el tiempo transcurrido y no me extrañaría que al principio confundiera no solo el mes, sino el año.

¿Qué podía decirle yo?, querida. Solo fui capaz de contestarle que era la mujer más feliz del mundo, y que no tenía nada que ofrecerle salvo yo misma, mi vida, mi confianza, y con ello mi amor y mi dedicación a él para el resto de mi vida. Y cuando me besó y me atrajo hacia sí con sus pobres manos exánimes, fue como una promesa solemne entre los dos…

¿Sabes por qué te cuento todo esto, mi querida Lucy? No solo porque me es muy grato contártelo, sino porque tú has sido, y eres, muy querida para mí. Tuve la suerte de ser tu amiga y tu guía desde que saliste del colegio para prepararte a afrontar la vida. Me gustaría que ahora vieras, en esta imagen de esposa feliz, a dónde me ha llevado el deber, para que tu propia vida de casada pueda ser también todo lo feliz que es la mía. Quiera Dios Todopoderoso que tu vida, querida Lucy, sea todo lo que promete ser: un prolongado día de sol, sin viento, sin deberes descuidados, sin desconfianza. No puedo desearte que nunca sufras, porque eso es imposible. Pero espero que seas *siempre* tan feliz como yo lo soy *ahora*. Adiós, querida. Voy a echar esta carta al correo inmediatamente y puede que vuelva a escribirte muy pronto. Ahora no puedo seguir, pues se está despertando Jonathan… ¡Debo atender a mi marido!

Siempre tuya,

MINA HARKER

CARTA DE LUCY WESTENRA A MINA MURRAY

WHITBY, 30 DE AGOSTO

QUERIDÍSIMA MINA:

Te envío millones de besos y todo mi cariño, y ojalá estés pronto en tu propia casa con tu esposo. Me gustaría que pudieseis regresar con tiempo suficiente para pasar unos días con nosotras. Este aire puro restablecerá enseguida a Jonathan, como me ha restablecido a mí. Tengo un apetito voraz, me siento llena

de vida y duermo muy bien.

Te alegrará saber que he dejado ya por completo de deambular en sueños. Creo que desde hace una semana no me he movido de la cama; es decir, por las noches después de acostarme. Arthur dice que estoy engordando. A propósito, me olvidaba decirte que Arthur está aquí. Damos largos paseos a pie o en coche, montamos a caballo, remamos, jugamos al tenis y pescamos juntos. Le quiero más que nunca. Él también *me dice* que me quiere más que antes, aunque lo dudo, pues al principio de nuestras relaciones me dijo que no podría quererme más de lo que entonces me quería. Pero eso son tonterías. Ya ha llegado y me está llamando. Así que nada más de momento. Te quiere,

LUCY

P.S. Mi madre te envía recuerdos. Parece encontrarse mejor, la pobrecita.

P.P.S. Nos casamos el día 28 de septiembre.

DIARIO DEL DR. SEWARD

20 DE AGOSTO

El caso de Renfield se pone cada vez más interesante. Se ha tranquilizado tanto que tiene rachas en que cesa completamente su cólera. Durante la primera semana que siguió a su crisis no dejó de mostrarse violento. Después, una noche, al salir la luna, empezó a calmarse, sin dejar de murmurar para sí mismo: "Ahora puedo esperar… puedo esperar". Cuando el guardián vino a decírmelo, bajé corriendo inmediatamente a echarle un vistazo. Llevaba todavía la camisa de fuerza y permanecía en la celda acolchada, pero había desaparecido de su semblante aquella expresión enfurecida y sus ojos habían recobrado parte de su implorante —casi podría decir "acobardada"— dulzura de antaño. Como su estado actual era bastante satisfactorio, ordené que lo liberaran. Los guardianes dudaron, pero finalmente cumplieron mis deseos sin protestar. Lo extraño fue que el paciente tuviera suficiente humor para darse cuenta de sus recelos, ya que, acercándose a mí, me dijo en un susurro, sin dejar de mirarlos a hurtadillas:

—¡Seguramente creen que voy a hacerle daño! ¡Imagínese, hacerle *yo* daño a *usted*! ¡Imbéciles!

De algún modo, resulta tranquilizador comprobar que la mente de este pobre loco me disocia de los demás. Sin embargo, no logro entender su forma de pensar. ¿Debo entender que considera que tengo algo en común con él y que por tanto debemos, por así decirlo, mantenernos unidos? ¿O es que piensa que va a obtener de mí algún beneficio tan formidable que necesita mi bienestar? Tendré que averiguarlo más adelante. Esta noche no quiere hablar. Ni siquiera le tentó mi ofrecimiento de un gatito o incluso un gato bastante crecido. Se limitó a decir:

—Ya no me interesan los gatos. Ahora tengo otras cosas en qué pensar y puedo esperar… esperar.

Me marché poco después. El guardián me contó luego que estuvo tranquilo hasta poco antes del amanecer, en que empezó a mostrarse inquieto y finalmente violento, hasta que acabó por sumirse en una crisis que le dejó tan exhausto que se desmayó y cayó en una especie de coma.

[…] DURANTE TRES NOCHES sucedió lo mismo: violento durante el día y después tranquilo desde que salió la luna hasta el alba. Me gustaría averiguar el motivo. Da la impresión de que se trata de algún tipo de influencia transitoria que se apodera de él. ¡Si fuese eso cierto! Esta noche vamos a jugar a mentes sanas contra locos. Si la otra noche Renfield se escapó sin nuestro consentimiento, esta noche le ayudaremos nosotros a escapar. Le daremos una oportunidad y tendré a mis hombres preparados para seguirle, en caso de que fuera necesario…

23 DE AGOSTO

"Siempre ocurre lo inesperado". ¡Qué bien conocía la vida Disraeli! Al encontrar la jaula abierta, nuestro pájaro no voló; nuestros astutos planes no sirvieron para nada. De todos modos, hemos comprobado algo: los periodos de calma duran un tiempo razonable. En el futuro podremos mitigar su cautiverio durante unas cuantas horas al día. He ordenado al guardián del turno de noche que, cuando esté tranquilo, se limite a encerrarlo en la celda acolchada hasta una hora antes del amanecer. Al menos su cuerpo podrá disfrutar de esa liberación parcial, aunque su mente no pueda apreciarla. ¡Atención! ¡Otra vez lo inesperado! Me llaman: el paciente se ha escapado otra vez.

MÁS TARDE

Otra aventura nocturna. Renfield esperó astutamente a que el guardián entrara en su celda a inspeccionar. Entonces salió precipitadamente por delante de él y bajó corriendo al corredor. Avisé a los guardianes para que le siguieran. De nuevo entró en los jardines de la casa abandonada y le encontramos en el mismo sitio, empujando la puerta de la vieja capilla. Al verme se puso furioso y, si no llegan a sujetarle los guardianes a tiempo, habría intentado matarme. Mientras le reducíamos sucedió algo raro. De repente redobló sus esfuerzos y a continuación se calmó con igual prontitud. Miré instintivamente a mi alrededor, pero no logré ver nada. Entonces seguí la dirección de su mirada, pero no pude localizar nada en el cielo iluminado por la luna, que sus ojos recorrían, salvo un enorme murciélago, silencioso y espectral, que volaba hacia poniente. Normalmente, los murciélagos dan vueltas y revolotean siempre por el mismo sitio, pero este parecía seguir una trayectoria en línea recta, como si supiera adónde se dirigía o tuviese algún propósito concreto. El paciente fue tranquilizándose paulatinamente y por fin dijo:

—No es preciso que me aten. ¡Iré de buena gana!

Regresamos al manicomio sin ninguna dificultad. Tengo la impresión de que existe algo ominoso en esa calma suya. Nunca olvidaré esta noche…

DIARIO DEL LUCY WESTENRA

HILLINGHAM, 24 DE AGOSTO

Voy a imitar a Mina: escribiré todo lo que me suceda. Así, cuando nos reunamos, podremos mantener largas conversaciones. Ojalá estuviera de nuevo conmigo, pues me siento muy desgraciada. Anoche creo que volví a soñar, como cuando me encontraba en Whitby. Quizás sea el cambio de aires, o el haber vuelto a casa. Es horrible: no consigo acordarme de nada, aunque me embarga un vago temor y me siento débil y agotada. Cuando Arthur vino a almorzar, pareció afligirse mucho al verme, pero yo no tuve ánimos para fingir que estaba alegre. Me pregunto si esta noche podré dormir en la habitación de mi madre. Buscaré cualquier pretexto y lo intentaré.

25 DE AGOSTO

Otra mala noche. A mi madre no pareció agradarle mi propuesta. Ella

tampoco parece encontrarse muy bien y sin duda teme preocuparme. Intenté mantenerme despierta y durante un rato lo conseguí. Pero debí quedarme adormilada, pues el reloj me despertó al dar las doce. Me pareció que algo arañaba en la ventana o aleteaba muy cerca de ella, pero no hice caso y, como no me acuerdo de nada más, supongo que debí quedarme dormida. Más sueños horribles. Ojalá pudiera recordarlos. Esta mañana me siento terriblemente débil. Mi rostro presenta una palidez cadavérica y me duele la garganta. Debe pasarme algo en los pulmones, pues parece que respiro con dificultad. Trataré de animarme cuando venga Arthur, porque si no se pondrá muy triste al verme así.

CARTA DE ARTHUR HOLMWOOD AL DR. SEWARD

HOTEL ALBEMARLE, 31 DE AGOSTO

QUERIDO JACK:

Quiero que me hagas un favor. Lucy está enferma; es decir, no padece ningún mal concreto, pero su aspecto es espantoso y cada día su estado empeora más. Le he preguntado si existe algún motivo. No me atrevo a preguntar a su madre porque, en su actual estado de salud, sería fatal preocupar a la infortunada dama a propósito de su hija. Mrs. Westenra me ha confiado que le queda muy poco tiempo de vida —padece una enfermedad del corazón— aunque Lucy no lo sabe todavía. Estoy seguro de que algo reconcome a mi amada. Casi enloquezco cuando pienso en ella. Me acongoja mirarla. Le dije que te pediría que fueses a verla y aunque al principio puso objeciones —sé por qué, viejo camarada— finalmente consintió. Ya sé, viejo amigo, que te resultará penoso, pero es por *su* bien, y por tanto no debo vacilar en pedírtelo, ni tú debes dudar en intervenir. Tienes que venir a almorzar a nuestra casa de Hillingham, mañana a las dos en punto, para no despertar sospechas en Mrs. Westenra. Después del almuerzo, Lucy se las arreglará para quedarse a solas contigo. Yo llegaré a la hora del té y podremos marcharnos juntos. Estoy muy preocupado y quiero consultar a solas contigo su estado tan pronto como la hayas examinado. ¡No faltes!

ARTHUR



TELEGRAMA DE ARTHUR HOLMWOOD A SEWARD

1 DE SEPTIEMBRE

Me han llamado de casa. Mi padre está peor. Te escribiré. Envíame detalles por correo esta noche a Ring. Telegrafía en caso necesario.

CARTA DEL DR. SEWARD A ARTHUR HOLMWOOD

2 DE SEPTIEMBRE

MI QUERIDO Y VIEJO CAMARADA:

En lo referente a la salud de Miss Westenra, me apresuro a hacerte saber que, en mi opinión, no padece ningún trastorno funcional ni ninguna enfermedad que yo conozca. Pero al mismo tiempo, su aspecto no me gusta nada; ha cambiado lamentablemente desde la última vez que la vi. Por supuesto, debes tener en cuenta que no he tenido ocasión de examinarla como me hubiera gustado. Nuestra misma amistad crea dificultades que ni siquiera la ciencia médica o la costumbre pueden pasar por alto. Será mejor que te cuente exactamente lo que sucedió, para que, en la medida de lo posible, saques tus propias conclusiones. Después te pondré al corriente de lo que he hecho y de lo que me propongo hacer.

Encontré a Miss Westenra aparentemente animada. Su madre estaba presente y enseguida me di cuenta de que estaba tratando por todos los medios de disimular ante ella para evitar que se inquietara. No me cabe la menor duda de que adivina, si es que no lo sabe ya, lo importante que es mostrarse prudente en su presencia. Almorzamos juntos y, como todos nos esforzamos en parecer alegres, logramos, como una especie de recompensa por nuestros esfuerzos, que reinara entre nosotros una sincera alegría. Después, Mrs. Westenra se fue a acostar y Lucy se quedó a solas conmigo. Pasamos a su tocador y, como las sirvientas iban y venían, siguió mostrándose alegre hasta que llegamos allí y nos encerramos. Sin embargo, en cuanto se cerró la puerta, la careta cayó de su rostro y se dejó caer en una butaca, suspirando profundamente y cubriéndose los ojos con la mano. Cuando vi que sus ánimos habían decaído, aproveché enseguida su reacción para hacer un diagnóstico. Ella me dijo muy afablemente:

—No puede usted imaginar cuánto aborrezco hablar de mí misma.

Le recordé que las confidencias a un médico eran sagradas, y que tú estabas

sumamente preocupado por ella. Inmediatamente comprendió lo que yo quería decirle y dirimió el asunto en pocas palabras:

—Dígale a Arthur lo que considere conveniente. ¡No me preocupo por mí, sino por él!

Así que puedo hablarte con toda franqueza.

Inmediatamente me di cuenta de que, por alguna razón, estaba exangüe, aunque no pude descubrir ninguno de los síntomas propios de la anemia. Por casualidad, tuve ocasión de analizar su sangre, ya que al abrir una ventana que estaba encajada cedió el cierre y se cortó ligeramente la mano con un cristal roto. Fue un corte sin importancia, pero me proporcionó una oportunidad evidente de recoger unas cuantas gotas de sangre que luego analicé. El análisis cualitativo presenta un estado normal y muestra, según yo deduzco, una salud vigorosa. Me satisfizo comprobar que no hay necesidad de preocuparse por otros aspectos físicos; y como debe de haber alguna causa, he llegado a la conclusión de que tiene que tratarse de algo mental. Ella se queja de que a veces tiene dificultades para respirar satisfactoriamente y que duerme profunda, letárgicamente, con pesadillas que la aterrorizan, pero de las que no puede recordar nada. Dice que de niña solía deambular en sueños y que cuando estuvo en Whitby le volvió esa costumbre; y que, en cierta ocasión, salió de noche y llegó hasta el acantilado este, donde la encontró Miss Murray. Pero me asegura que últimamente no ha vuelto a hacerlo. Como tengo algunas dudas al respecto, he hecho lo que considero más indicado: he escrito a mi viejo amigo y maestro, el profesor Van Helsing, de Ámsterdam, que sabe más que nadie en el mundo sobre enfermedades desconocidas. Le he pedido que venga y, como me dijiste que te hacías cargo de todo, le he mencionado quién eres y cuáles son tus relaciones con Miss Westenra. Lo he hecho, querido amigo, únicamente por obedecer tus deseos, pues me siento orgulloso y feliz de hacer todo cuanto pueda por ella. Estoy seguro de que Van Helsing, por motivos personales, haría cualquier cosa por mí. De modo que, sea cual fuere la conclusión a la que llegue, debemos acatar sus decisiones. A veces puede parecer arbitrario, pero eso se debe a que sabe mejor que nadie de qué está hablando. Es filósofo y metafísico, y uno de los científicos más avanzados de su tiempo. Creo que tiene una mente completamente abierta a todo. Además, posee unos nervios de acero, un temperamento frío, una indomable resolución, un dominio de sí mismo y una tolerancia que más que virtudes parecen bendiciones, y el corazón más bondadoso y leal que pueda encontrarse. Todas esas cualidades —que

constituyen sus herramientas para la noble tarea que está realizando en favor de la humanidad— funcionan tanto en teoría como en la práctica, pues sus puntos de vista son tan amplios como su comprensión, que lo abarca todo. Te cuento estas cosas para que comprendas por qué tengo tanta confianza en él. Le he pedido que venga enseguida. Mañana veré de nuevo a Miss Westenra. Nos encontraremos en los Almacenes, para no alarmar a su madre con una nueva visita mía tan pronto.

Siempre tuyo,

JOHN SEWARD

CARTA DE ABRAHAM VAN HELSING. M.D., D. PH., D. LIT., ETC. ETC. AL DR. SEWARD

2 DE SEPTIEMBRE[24]

MI APRECIABLE AMIGO:

En cuanto he recibido su carta he salido para allá. Por fortuna puedo partir inmediatamente, sin perjuicio para ninguno de los que han puesto su confianza en mí. De no ser así, lo sentiría por aquellos que han confiado en mí, pues nada habría impedido que acudiera a mi amigo, que me llama en auxilio de aquellos a quien él más estima. Dígale a su amigo que cuando usted se dio tanta prisa en succionar el veneno de la gangrena producida por aquel bisturí que dejó caer nuestro común amigo, demasiado nervioso, hizo más por él, que ahora solicita mi ayuda a través suyo, de lo que podría haber conseguido con su inmensa fortuna. Pero para mí representa un placer todavía mayor, por tratarse de un amigo suyo: si acudo es por usted. Resérveme, pues, una habitación en el Great Eastern Hotel, para estar cerca de la joven dama, y procure que podamos verla a lo más tardar mañana, ya que probablemente tendré que regresar esa misma noche. Pero, en caso necesario, volveré dentro de tres días y me quedaré más tiempo si es preciso. Hasta entonces, adiós, amigo John.

VAN HELSING

CARTA DEL DR. SEWARD AL HONORABLE ARTHUR HOLMWOOD

3 DE SEPTIEMBRE

MI QUERIDO ART:

Van Helsing vino y se ha vuelto a marchar. Juntos fuimos a Hillingham y nos encontramos con que, gracias a la discreción de Lucy, su madre había salido a almorzar, de modo que pudimos estar a solas con ella. Van Helsing hizo un reconocimiento minucioso de la paciente. Cuando él me comunique su diagnóstico, te tendré informado, ya que, como es natural, no estuve todo el tiempo presente. Está muy preocupado, me temo, pero dice que debe reflexionar. Cuando le hablé de nuestra amistad y de lo mucho que confías en mí en este asunto, me dijo:

—Tiene que contarle todo lo que piense. Si quiere, cuéntele también lo que yo pienso, si es que lo adivina. No, no estoy bromeando. No se trata de ninguna broma, sino de un asunto de vida o muerte y tal vez de algo más.

Le pregunté qué quería decir con eso, pues estaba muy serio. Esto ocurrió cuando regresamos a la ciudad, mientras él tomaba una taza de té antes de emprender el regreso a Ámsterdam. No me dio más detalles. No debes enfadarte con él, Art, porque su misma reserva implica que ha puesto en funcionamiento toda su inteligencia en bien de Lucy. Cuando llegue el momento, hablará con toda claridad, puedes estar seguro. De modo que le dije que me limitaría a informarte por escrito de nuestra visita, como si se tratara de un artículo descriptivo para *The Daily Telegraph*. No pareció prestar atención y únicamente comentó que la niebla de Londres no era tan espesa y nociva como solía ser cuando él estudiaba aquí. Espero conseguir su informe mañana mismo, si le da tiempo a hacerlo. De todas formas, me escribirá una carta.

Y ahora pasemos a la visita. Lucy estaba más alegre que el primer día que la vi y ciertamente parecía mejor. Le había desaparecido casi por completo ese aspecto cadavérico que tanto te alarmó y respiraba con normalidad. Estuvo muy amable con el Profesor (como lo está siempre con todo el mundo) y procuró que se sintiera cómodo, aunque me di cuenta de que la pobre hacía arduos esfuerzos. Creo que Van Helsing lo notó también, ya que pude observar, bajo sus espesas

cejas, esa mirada penetrante que desde hace tanto tiempo conozco. Luego se puso a charlar sobre toda clase de cosas —salvo de nosotros y de las enfermedades en general— con tanta cordialidad, que pude observar que la pretendida animación de la pobre Lucy se hacía realidad. Entonces, sin ningún cambio aparente, llevó poco a poco la conversación hacia el objeto de su visita y dijo en tono amable:

—Mi querida y joven señorita, debo este placer tan enorme de venir a visitarla a que es usted muy amada. Eso significa mucho, querida, incluso si estuviese aquí aquel a quien no veo. Me han contado que estaba usted muy abatida y que presentaba una palidez cadavérica. A todos ellos les digo: "¡Bah!" —y tras chasquear los dedos, prosiguió—. Pero usted y yo les demostraremos lo equivocados que están. ¿Qué puede saber él —y me señaló con la misma mirada y ademán con que me señalara una vez en su clase, o más bien después de ella, una ocasión concreta que él nunca deja de recordarme— acerca de las jovencitas? Tiene a sus locos para jugar con ellos y devolverles la felicidad así como restituirlos a sus seres queridos. No es poca cosa, en efecto, pero tiene sus compensaciones cuando logramos devolverles la felicidad. ¡Pero, en cuanto a conocer a las jóvenes! No tiene esposa ni hijas y las jóvenes no suelen hacer confidencias a los jóvenes, sino a los viejos como yo, que tantos pesares han conocido así como sus causas. Por lo tanto, querida amiga, le enviaremos al jardín a que se fume un cigarrillo, mientras usted y yo charlamos un poco de todo.

Me di por aludido y salí a dar un paseo. Al poco rato, el Profesor me llamó desde la ventana. Parecía serio.

—Le he hecho un reconocimiento minucioso —dijo—, pero no he podido encontrar ninguna causa funcional. Estoy de acuerdo con usted en que ha debido perder mucha sangre; aunque de momento ya no pierde más. Pero de ningún modo puede hablarse de anemia. Le he pedido que me envíe a su doncella para hacerle algunas preguntas, pues no quiero arriesgarme a que se me escape algo. Sé muy bien lo que me dirá. Y sin embargo, tiene que haber alguna causa; siempre hay una causa para todo. He de regresar a casa para reflexionar. Debe telegrafiarme todos los días y, si es preciso, volveré de nuevo. Su enfermedad —porque no estar bien del todo es una enfermedad— me interesa, tanto como ella misma. Me encanta esta joven y aunque usted no me lo pidiera ni ella estuviera enferma, volvería solo por verla.

Como te iba diciendo, no quiso decirme nada más, ni siquiera cuando nos quedamos a solas. De modo que ahora, Art, ya sabes tanto como yo. La seguiré

vigilando estrechamente. Espero que tu pobre padre se recupere. Debe de ser terrible para ti, mi viejo y querido camarada, encontrarte en semejante situación, con dos personas enfermas que te son tan queridas. Comprendo tu sentido del deber en relación a tu padre: haces bien en serle fiel. Pero, si es preciso, te escribiré para que vengas inmediatamente junto a Lucy; de modo que no te preocupes demasiado, a menos que recibas noticias mías.

JOHN SEWARD

DIARIO DEL DR. SEWARD

4 DE SEPTIEMBRE

El paciente zoófago sigue acaparando nuestro interés. Solo ha sufrido una crisis: fue ayer a una hora desacostumbrada. Un poco antes de que dieran las doce empezó a mostrarse inquieto. Como el guardián conocía los síntomas, pidió ayuda inmediatamente. Por fortuna los hombres acudieron corriendo y llegaron a tiempo, ya que al dar las doce se puso tan furioso que tuvieron que emplearse a fondo para sujetarlo. No obstante, al cabo de unos cinco minutos empezó a tranquilizarse cada vez más y finalmente se sumió en una especie de depresión que le ha durado hasta ahora. Me dijo el guardián que, durante el paroxismo, sus gritos fueron realmente espantosos. Cuando entré a verle, no tuve un momento libre, ya que debía atender a otros pacientes que sus gritos habían asustado. No me sorprende realmente, ya que a mí también me afectaron, pese a encontrarme a una considerable distancia. En estos momentos, pasada ya la hora de la cena en el manicomio, mi paciente continúa sentado en un rincón, cavilando, con una expresión sombría, taciturna y desolada, que más que mostrar algo directamente parece sugerirlo. Aunque no alcanzo a comprender qué.

MÁS TARDE

Otro cambio en mi paciente. A las cinco en punto le fui a ver, encontrándolo aparentemente tan feliz y contento como solía estar antes. Estaba cazando moscas y comiéndoselas, tras anotar sus capturas haciendo muescas con las uñas en el marco de la puerta, entre las costuras del acolchado. Al verme, vino hacia mí y se disculpó por su mal comportamiento, pidiéndome, en un tono sumiso y

servil, que le permitiera regresar a su habitación y que le devolviera el cuaderno. Creí obrar bien complaciéndolo; así que ahora está en su habitación, con la ventana abierta. Ha esparcido el azúcar de su té por el alféizar de la ventana y está recogiendo una buena cosecha de moscas. Ya no se las come, se limita a meterlas en una caja, como antaño; y ahora empieza a examinar los rincones de su habitación en busca de arañas. Intenté hacerle hablar de lo sucedido en los últimos días, ya que cualquier pista sobre lo que realmente piensa me sería de gran ayuda en mi trabajo. Pero no mordió el anzuelo. Por un momento pareció ponerse muy triste y dijo con voz ausente, como si hablara consigo mismo más que conmigo:

—¡Se acabó! ¡Se acabó! Me ha abandonado. Ahora no puedo esperar nada, a menos que actúe por mi cuenta.

Luego, se volvió de repente hacia mí con aspecto resuelto y me dijo:

—Doctor, ¿por qué no trata de ser bueno conmigo y permite que me den más azúcar? Creo que me haría bien.

—¿Para las moscas? —dije.

—Sí, a las moscas también les gusta y a mí me gustan ellas; por eso me gusta el azúcar.

Y luego hay gente tan ignorante que cree que los locos son incapaces de razonar. Le proporcioné doble ración y se ha quedado tan feliz como el que más. Ojalá pudiera penetrar en su mente.

MEDIANOCHE

Otro cambio. Había ido a visitar a Miss Westenra, a la que encontré mucho mejor, y, al regresar, me había detenido en la entrada del manicomio a contemplar la puesta de sol, cuando de nuevo le oí gritar. Como su habitación está en este lado del edificio, pude oírle mejor que por la mañana. Fue un golpe muy duro para mí dejar de contemplar la soberbia belleza de una puesta de sol sobre Londres, con sus luces chillonas y sus sombras entintadas y todos esos maravillosos tonos que adquieren las nubes y las aguas sucias, y en su lugar descubrir la inexorable austeridad de este edificio de fría piedra, con toda su carga de miseria humana, teniéndolo que soportar todo mi desolado corazón. Llegué a su habitación en el preciso momento en que el sol se ponía y desde su ventana vi cómo se hundía el disco rojo. A medida que el sol descendía en el horizonte, el frenesí de Renfield iba disminuyendo paulatinamente; y cuando desapareció del todo, se escurrió de las manos que lo sujetaban y cayó al suelo

como una masa inerte. Es sorprendente, sin embargo, la capacidad de recuperación intelectual que poseen los lunáticos; ya que a los pocos minutos se había levantado, completamente tranquilizado, y miraba a su alrededor. Hice una seña a los guardianes para que no lo retuviesen, pues estaba ansioso por ver qué haría. Se dirigió sin rodeos a la ventana y de un manotazo quitó los restos de azúcar; después cogió la caja en donde guardaba las moscas, la vació en el exterior y finalmente la tiró por la ventana. A continuación cerró la ventana y, atravesando la habitación, se sentó en la cama. Todo ello me sorprendió tanto que le pregunté:

—¿Es que no piensa volver a guardar moscas?

—No —dijo él—. ¡Me he cansado de toda esa basura!

Desde luego, se trata de un caso verdaderamente interesante. Ojalá pudiera echar una ojeada a su mente o vislumbrar la causa de su repentina cólera. Basta ya. Después de todo puede que encontrara la clave si lograra averiguar por qué hoy se han presentado los paroxismos precisamente al mediodía y a la puesta del sol. ¿No será que el sol ejerce una influencia maligna durante ciertos períodos, que afecta a ciertas naturalezas… como a veces la luna afecta a otras? Ya veremos.

TELEGRAMA DE SEWARD (LONDRES) A VAN HELSING (ÁMSTERDAM)

4 DE SEPTIEMBRE

Hoy paciente mucho mejor.

TELEGRAMA DE SEWARD (LONDRES) A VAN HELSING (ÁMSTERDAM)

5 DE SEPTIEMBRE

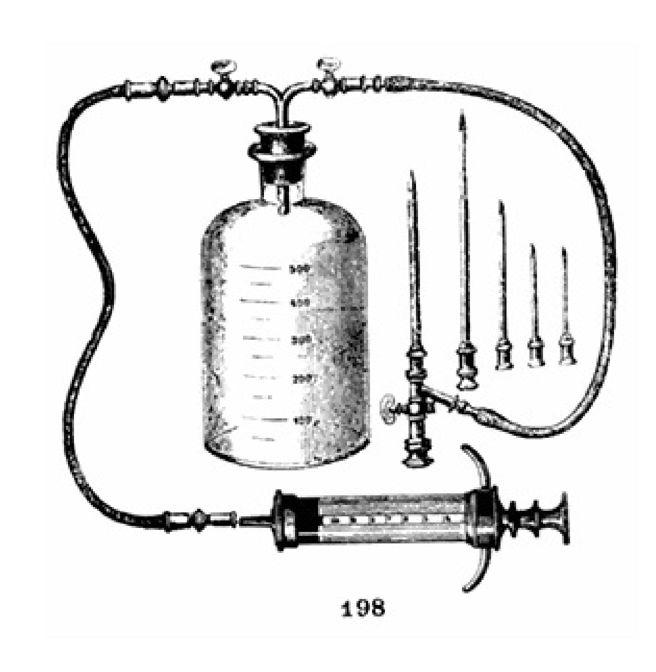
Paciente muy mejorada. Buen apetito. Duerme con normalidad. Animada. Recupera color.

TELEGRAMA DE SEWARD (LONDRES) A VAN HELSING (ÁMSTERDAM)

6 DE SEPTIEMBRE

Terrible empeoramiento. Venga enseguida. Sin perder tiempo. Aplazo envío telegrama a Holmwood hasta verle a usted.

Capítulo X



CARTA DEL DR. SEWARD AL HONORABLE ARTHUR HOLMWOOD

6 DE SEPTIEMBRE

MI QUERIDO ART:

Hoy mis noticias no son tan buenas. Esta mañana Lucy ha empeorado ligeramente. No obstante, algo positivo hemos sacado de todo esto: Mrs. Westenra, como es natural, está cada vez más preocupada por Lucy y me ha

consultado profesionalmente sobre su estado. He aprovechado la ocasión para decirle que mi viejo maestro, el gran especialista Van Helsing, piensa venir a pasar unos días conmigo y que ambos nos ocuparemos del caso conjuntamente. De modo que, a partir de ahora, podemos ir y venir sin alarmarla excesivamente, ya que un nuevo sobresalto podría significar su muerte inmediata y, en el estado de extrema debilidad de Lucy, eso sería fatal para ella. Ciertamente las dificultades nos acosan, amigo mío, pero, con la ayuda de Dios, lograremos vencerlas. Si es preciso, te volveré a escribir. Por tanto, si no tienes noticias mías, ten por seguro que es porque sigo esperando a tener algo que comunicarte. Apresúrate.

JOHN SEWARD

DIARIO DEL DR. SEWARD

7 DE SEPTIEMBRE

Lo primero que me dijo Van Helsing cuando nos encontramos en Liverpool Street fue:

—¿Le ha contado algo a nuestro joven amigo, el prometido de Lucy?

—No —respondí—. Como le dije en el telegrama, esperaba poder hablar antes con usted. Le he escrito una carta diciéndole solamente que usted iba a venir, ya que Mrs. Westenra no se encontraba bien, pero si fuera preciso se lo contaría todo.

—Muy bien, amigo mío —dijo—. ¡Perfectamente! Mejor que no lo sepa todavía; tal vez nunca llegue a saberlo. Ruego que así sea; aunque, si es preciso, lo sabrá todo. Y ahora, mi buen amigo John, permítame que le prevenga de algo. Usted trata con locos. Todos los hombres están locos de una manera u otra y ya que trata con discreción a sus locos, debe hacer otro tanto con los locos de Dios… el resto del mundo. Usted no dice a sus locos lo que hace ni por qué lo hace; no les dice lo que piensa. De modo que es mejor que guarde la información donde pueda reposar… y madurar y dar frutos. Usted y yo nos guardaremos por ahora lo que sabemos aquí y aquí —me tocó el corazón y la frente y luego hizo lo mismo con los suyos—. De momento, tengo algunas ideas. Más tarde se las expondré.

—¿Por qué no ahora? —pregunté—. Quizás sirvan de algo; quizás podamos sacar alguna conclusión.

Hizo una pausa y, mirándome a los ojos, añadió:

—Amigo John, cuando el trigo está crecido, incluso antes de haber madurado, pues la savia de la madre tierra está ya en su interior, y antes de que el sol haya empezado a dorarlo, el labrador arranca la espiga, la estruja entre sus manos callosas, sopla las granzas verdes y dice: "¡Mira! Es un trigo excelente. Tendremos una buena cosecha, a su debido tiempo".

Como no veía la relación, así se lo dije. Por toda respuesta, él extendió la mano, me cogió la oreja y, bromeando, tiró de ella, como solía hacer hace años en sus clases, diciéndome:

—El buen labrador habla así porque en ese momento ya lo sabe; antes no lo sabía. Pero nunca se encontrará usted con un labrador que desentierre el trigo plantado para ver si ha crecido. Eso queda para los niños que juegan a labradores, no para aquellos que cultivan la tierra como único medio de subsistencia. ¿Lo comprende ahora, amigo John? Yo he sembrado mi trigo y la naturaleza debe ocuparse ahora de hacerlo brotar. Si brota, habrá esperanzas. Esperaré hasta que la espiga empiece a crecer.

Al darse cuenta de que evidentemente le había entendido, se detuvo. Luego prosiguió muy seriamente:

—Usted fue siempre un estudiante aplicado y sus estanterías solían estar más llenas de libros que las de los demás. Entonces usted era solo un estudiante; ahora que es un maestro, confío en que no haya abandonado esa buena costumbre. Recuerde, amigo mío, que es mejor saber que tener memoria, y que no se debe confiar demasiado en esta última. Incluso aunque no haya conservado esa buena costumbre, permítame que le diga que el caso de nuestra querida señorita puede resultar —ojo, digo *puede resultar*— tan interesante para nosotros y para otros, que puesto en una balanza frente a todos los restantes inclinaría el astil de su lado, como se suele decir. Tome buena nota de ello. Nada es demasiado pequeño. Le aconsejo que anote incluso sus dudas y sus conjeturas. Más adelante pueden serle de gran utilidad para comprobar lo que había de cierto en sus suposiciones. ¡Aprendemos de los fracasos, no de los éxitos!

Cuando le describí los síntomas de Lucy —los mismos de antes, pero infinitamente más acentuados— pareció preocuparse mucho, aunque no dijo nada. Traía consigo un maletín con mucho instrumental y drogas, "la espantosa

parafernalia de nuestro benéfico gremio", como llamó una vez, en una de sus conferencias, al equipo de un profesional del arte de curar.

Cuando nos hicieron pasar, nos recibió Mrs. Westenra. Estaba alarmada, pero no tanto como yo temía. La naturaleza, que también tiene modales benéficos, ha ordenado que incluso la muerte lleve consigo algún antídoto contra sus propios terrores. En el caso concreto de Mrs. Westenra, en el que cualquier sobresalto puede resultar fatal, todo está ordenado de tal forma que, por una u otra razón, los asuntos que no sean estrictamente personales —incluso el terrible cambio experimentado por su hija, a la que tanto cariño tiene— no parecen afectarla. Es algo similar al modo de proceder de la Madre Naturaleza con un cuerpo extraño: lo envuelve en una especie de tejido imperceptible que le protege de cualquier mal que, en caso contrario, podría dañarle con su contacto. Si se tratase de un egoísmo impuesto, entonces deberíamos pensárnoslo dos veces antes de condenar a nadie por ese defecto, pues pudiera ser que sus motivos tuvieran raíces más profundas de lo que nosotros creemos.

Utilicé mis conocimientos sobre esta fase de la patología mental para establecer una norma: Mrs. Westenra no debería estar presente cuando examináramos a Lucy, ni tampoco debía pensar en su enfermedad más allá de lo estrictamente necesario. Accedió de buena gana, tanto que volví a ver la mano de la naturaleza, en lucha por la supervivencia.

Van Helsing y yo subimos a la habitación de Lucy. Si ayer me sorprendí bastante al verla, cuando la vi hoy quedé horrorizado. Tenía una palidez cadavérica, gredosa; parecía como si el color rojo hubiera desaparecido incluso de sus labios y encías; y los huesos del rostro le sobresalían tanto que llamaban la atención. Era penoso verla u oírla respirar. El rostro de Van Helsing se puso rígido como el mármol y sus cejas casi se juntaron por encima de la nariz. Lucy yacía inmóvil y parecía no tener fuerzas siquiera para hablar. Durante un rato permanecimos en silencio. Luego, Van Helsing me hizo una seña y salimos de la habitación sin hacer apenas ruido. En cuanto cerramos la puerta, enfilamos rápidamente el corredor en dirección a la habitación contigua, que estaba abierta. Entramos apresuradamente y el Profesor cerró la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó—. Esto es espantoso. No hay tiempo que perder. Se morirá por falta de sangre para mantener el adecuado funcionamiento del corazón. Hay que hacer inmediatamente una transfusión de sangre. ¿La suya o la mía?

—Yo soy más joven y más fuerte, Profesor. Tendrá que ser la mía.

—Entonces prepárese enseguida. Traeré mi maletín. Estoy listo.

Mientras bajábamos las escaleras llamaron a la puerta de la calle. Al llegar al vestíbulo, la doncella acababa de abrir y Arthur entraba precipitadamente. Se abalanzó sobre mí y me dijo en voz baja pero apremiante:

—Jack, estoy bastante preocupado. Al leer tu carta, he adivinado lo que querías decirme entre líneas y he sufrido atrozmente. Como mi padre está mejor, he venido corriendo para comprobar por mí mismo cómo sigue Lucy. ¿Es este caballero el doctor Van Helsing? Le estoy muy agradecido, caballero, por haber venido.

Al principio, el Profesor le miró con enfado por habernos interrumpido en semejante momento. Pero enseguida se dio cuenta de su corpulencia y de la fortaleza varonil que parecía emanar de él, y le brillaron los ojos. Sin mediar pausa, le dijo gravemente, mientras le tendía la mano:

—Señor, ha llegado a tiempo. Es usted el prometido de nuestra querida señorita, ¿verdad? La pobre está mal, bastante mal. Hijo mío, no se ponga así —ya que el joven había palidecido súbitamente y se había dejado caer en una butaca a punto de desfallecer—. Va usted a ayudarla. Puede hacer por ella más que nadie en el mundo. Su coraje será su mejor ayuda.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Arthur con la voz ronca—. Dígamelo y lo haré. Mi vida le pertenece; por ella daría hasta la última gota de mi sangre.

El Profesor tiene un acusado sentido del humor y en su respuesta pude percibir un vestigio de ese talante que tan bien conozco.

—Mi joven caballero, no le pido tanto. ¡No es preciso que dé hasta la última gota de su sangre!

—¿Qué debo hacer, pues?

Sus ojos brillaron y las aletas de su nariz temblaron de impaciencia. Van Helsing le dio unas palmadas en el hombro.

—¡Vamos! —dijo—. Es usted un hombre y eso es lo que necesitamos. Usted es más apropiado que yo y que mi amigo John.

Como Arthur parecía desconcertado, el Profesor prosiguió, explicándole amablemente:

—La joven dama está grave, muy grave. Necesita sangre, si no queremos que se muera, y sangre le daremos. Mi amigo John y yo hemos tenido una consulta y estábamos a punto de hacerle lo que llamamos una transfusión de sangre: pasar sangre de las venas de alguien que las tiene llenas a las venas vacías de quien languidece por ella. John iba a darle su sangre, ya que es más joven y más fuerte que yo —en ese momento Arthur me cogió la mano y la

estrechó en silencio—. Pero ahora que usted está aquí, es preferible que sea usted el donante, pues nosotros trabajamos duramente con nuestro cerebro y nuestros nervios no están tan calmados como los suyos ni nuestra sangre es tan vigorosa como la suya.

Arthur se volvió hacia él y le dijo:

—Si usted supiera lo feliz que me sentiría muriendo por ella, tal vez comprendiera…

Se interrumpió, tratando de contener un sollozo.

—¡Estupendo, muchacho! —dijo Van Helsing—. Dentro de poco se alegrará de haber hecho todo cuanto ha podido por la mujer que ama. Ahora venga con nosotros en silencio. Puede usted besarla antes de la transfusión, pero después tendrá que irse; se marchará cuando le haga yo una seña. No diga una palabra de esto a Mrs. Westenra. ¡Ya sabe usted en qué estado se encuentra! No debe sufrir ningún sobresalto, como ocurriría si llegara a enterarse de esto. ¡Vamos!

Subimos todos a la habitación de Lucy. Siguiendo instrucciones del profesor, Arthur se quedó fuera. Lucy volvió la cabeza y nos miró, pero no dijo nada. No dormía, pero se encontraba demasiado débil para realizar el esfuerzo de hablar. Nos habló con la mirada; eso fue todo. Van Helsing sacó algunas cosas de su maletín y las dejó encima de una mesita, fuera del alcance de su vista. A continuación preparó un narcótico y, acercándose a la cama, dijo alegremente:

—Señorita, aquí tiene su medicina. Bébasela toda, como una niña buena. Veamos, yo la ayudaré a incorporarse para que le sea más fácil tomarla. Así.

El esfuerzo de Lucy dio buen resultado. Me asombró lo mucho que tardó en hacerle efecto la droga. Eso probaba, en realidad, lo extremadamente débil que se encontraba. El tiempo pareció eternizarse hasta que el sueño empezó a pesar en sus párpados. No obstante, al final el narcótico comenzó a manifestar su efecto y la joven acabó por dormirse profundamente. Cuando el Profesor quedó convencido, llamó a Arthur para que entrara en la habitación y le ordenó que se quitase la chaqueta. Luego añadió:

—Puede besarla mientras traigo la mesita. Amigo John, ¡ayúdeme!

Mientras Arthur se inclinaba sobre su prometida, ninguno de los dos miramos. Luego, el Profesor se volvió hacia mí y me dijo:

—Es tan joven y fuerte, y de sangre tan pura, que no será necesaria la desfibrinación.

Luego, con prontitud pero metódicamente, Van Helsing realizó la operación.

A medida que avanzaba la transfusión, la vida parecía volver a las mejillas de la pobre Lucy, mientras que el rostro de Arthur, cada vez más pálido, resplandecía de alegría.

Al cabo de un rato empecé a preocuparme, pues la pérdida de sangre estaba afectando a Arthur, a pesar de ser un hombre fuerte. El hecho de que lo que debilitaba a Arthur a ella solo conseguía reanimarla en parte me dio una idea de la terrible prueba que debía de haber sufrido el organismo de Lucy. Pero el Profesor permanecía de pie, reloj en mano, con el rostro inmóvil, mirando alternativamente a la paciente y a Arthur. Podía oír los latidos de mi propio corazón. Poco después dijo en voz baja:

—Estese quieto un momento. Ya es bastante. Atienda a Arthur; yo me ocuparé de ella.

Cuando todo acabó pude darme cuenta de hasta qué punto se había debilitado Arthur. Le vendé la herida y le cogí del brazo para llevármelo fuera, pero entonces Van Helsing habló sin volverse —este hombre parece tener ojos en la nuca—:

—El valeroso enamorado creo que se merece otro beso, y lo tendrá enseguida.

Y como había terminado ya la operación, colocó la almohada bajo la cabeza de la paciente. Al hacerlo, la estrecha cinta de terciopelo negro que Lucy lleva siempre alrededor del cuello, sujeta con un broche antiguo de diamantes regalo de su prometido, se subió un poco, descubriendo una marca roja en la garganta. Arthur no se dio cuenta, pero en cambio oí el profundo silbido que suele hacer Van Helsing al aspirar, una de las formas que tiene de manifestar sus emociones. No se refirió a ello en aquel momento, pero se volvió hacia mí y me dijo:

—Ahora baje a nuestro joven y valiente enamorado al comedor, dele un vaso de oporto y deje que se tumbe un rato. Luego que se vaya a su casa a descansar y que duerma y coma mucho, pues tiene que recuperar lo que acaba de darle a su amada. No debe quedarse aquí. ¡Espere un momento! Supongo, caballero, que estará ansioso por conocer los resultados. Pues bien. Tenga por seguro que la operación ha sido un completo éxito. Esta vez le ha salvado la vida, de modo que puede irse a casa a descansar tranquilo, ya que se hace lo que se puede. Se lo contaré todo cuando esté bien. Todavía le querrá más por todo lo que ha hecho. Hasta pronto.

Cuando Arthur se marchó, regresé a la habitación. Lucy dormía plácidamente, pero su respiración era más acusada; pude ver cómo se movía el

cubrecama cuando su pecho palpitaba. Van Helsing estaba sentado a la cabecera de su cama, mirándola atentamente. La cinta de terciopelo le cubría de nuevo la marca roja. Le pregunté al Profesor en voz baja:

—¿Qué piensa usted de esa marca roja en la garganta?

—¿Qué piensa usted?

—Todavía no la he visto —respondí, soltando la cinta inmediatamente. Exactamente encima de la vena yugular externa había dos incisiones, no muy grandes, pero de un aspecto nada saludable. No parecían infectadas, aunque sus labios estaban blancos y consumidos, como si hubiesen sido triturados. Enseguida se me ocurrió que esta herida, o lo que fuera, podía ser la causa de esa pérdida manifiesta de sangre. Pero deseché la idea inmediatamente, ya que una cosa así no tenía sentido. Toda la cama tendría que haber estado empapada con la sangre que la muchacha sin duda había perdido para haber adquirido esa palidez que tenía antes de la transfusión.

—¿Y bien? —dijo Van Helsing.

—Bueno —respondí—, no sé qué decirle.

El Profesor se levantó.

—Tengo que regresar a Ámsterdam esta misma noche —dijo—. Allí tengo libros y otras cosas que necesito. Tendrá usted que quedarse aquí toda la noche, sin perderla de vista.

—¿Puedo llamar a una enfermera? —pregunté.

—Usted y yo somos las mejores enfermeras. Tendrá que vigilarla toda la noche; compruebe que la alimenten bien y que nada la moleste. No podrá dormir en toda la noche. Más adelante podremos dormir, usted y yo. Volveré lo antes posible. Y entonces podremos empezar.

—¿Empezar? —dije—. ¿A qué demonios se refiere?

—¡Ya lo verá! —respondió, mientras salía corriendo. Poco después regresó y, asomando la cabeza por la puerta, dijo, levantando el dedo en señal de advertencia:

—Recuerde que está a su cargo. Si la abandona y le sucede algo, ¡en adelante no dormirá tranquilo!

DIARIO DEL DR. SEWARD
(Continuación)

8 DE SEPTIEMBRE

Estuve toda la noche velando a Lucy. Al atardecer se disipó el efecto del narcótico y la joven se despertó de forma natural. Parecía una persona distinta a la de antes de la transfusión. Incluso estaba animada y pletórica de vida, aunque todavía mostraba indicios de la tremenda postración que había padecido. Cuando le dije a Mrs. Westenra que el doctor Van Helsing me había pedido que la velara toda la noche, estuvo a punto de rechazar la idea, al observar el renovado vigor y excelente ánimo de su hija. No obstante, me mantuve firme y me dispuse a hacer todos los preparativos para mi larga vigilia. Una vez que la doncella hubo preparado a Lucy para pasar la noche, mientras yo cenaba, entré en su habitación y me senté a la cabecera de su cama. No me puso ninguna objeción; al contrario, me miraba agradecida cada vez que mis ojos se encontraban con los suyos. Al cabo de un buen rato parecía que iba a vencerla el sueño, pero se esforzó por resistir y logró sacudírselo. La acción se repitió varias veces, en cada ocasión con mayores esfuerzos por su parte y pausas más breves, según pasaba el tiempo. Como era evidente que no quería dormirse, abordé el problema inmediatamente.

—¿No quiere dormir?

—No. Tengo miedo.

—¿Miedo a quedarse dormida? ¿Por qué? Es la bendición que todos deseamos.

—No diría usted eso, si estuviera en mi lugar, ¡si el sueño fuese para usted un presagio de horror!

—¡Un presagio de horror! ¿Qué demonios quiere decir?

—¡No lo sé, no lo sé! Eso es precisamente lo más terrible. Toda esta debilidad me viene cuando duermo. La sola idea me horroriza.

—Esta noche, mi querida niña, puede usted dormir tranquila. Estoy yo aquí para velar por usted y le puedo prometer que no le ocurrirá nada.

—¡Tengo confianza en usted!

—Puede tenerla, en efecto —le dije, aprovechando la oportunidad—. Le prometo que la despertaré inmediatamente si observo algún indicio de que tiene pesadillas.

—¿Lo hará? ¿De verdad que lo hará? Qué bueno es usted conmigo. ¡En tal caso me dormiré!

Y casi al mismo tiempo que lo decía, dejó escapar un hondo suspiro de alivio y cayó dormida.

La velé durante toda la noche. No se movió lo más mínimo, sino que durmió sin parar, sumida en un sueño profundo, tranquilo, vivificante y reparador. Mantuvo los labios ligeramente entreabiertos todo el tiempo y su pecho ascendía y descendía con la regularidad de un péndulo. La sonrisa que iluminaba su rostro evidenciaba que ninguna pesadilla venía a turbar la paz de su espíritu.

Por la mañana temprano entró la doncella. Dejé a Lucy a su cuidado y regresé a casa, pues estaba preocupado por un sinfín de cosas. Telegrafié a Van Helsing y a Arthur, contándoles el excelente resultado de la transfusión. Me llevó todo el día ponerme al corriente en mi trabajo. Oscurecía ya cuando pude preguntar por mi paciente zoófago. El informe era bueno: había permanecido muy tranquilo durante todo el día y la noche. Mientras cenaba, llegó un telegrama de Van Helsing desde Ámsterdam sugiriéndome que fuera a Hillingham esa misma noche, ya que podía ser conveniente mi presencia allí. También me comunicaba que salía en el correo de la noche y que se reuniría conmigo a primeras horas de la mañana.

9 DE SEPTIEMBRE

Cuando llegué a Hillingham estaba completamente rendido. No había pegado ojo durante dos noches seguidas y empezaba a sentir ese entumecimiento que caracteriza al agotamiento cerebral. Lucy estaba levantada y de buen humor. Al estrecharnos las manos, me miró severamente a la cara y dijo:

—Esta noche no tiene por qué velarme. Está usted agotado. Yo vuelvo a encontrarme completamente bien; de verdad. Si alguien tiene que velar, seré yo quien le vele a usted.

Como no quería discutir esa cuestión, decidí irme a cenar. Lucy vino conmigo y, estimulado por su encantadora compañía, comí estupendamente y me tomé dos vasos de un oporto más que excelente. Después subimos y Lucy me llevó a una habitación próxima a la suya, en la que ardía un acogedor fuego.

—Debe quedarse aquí —dijo—. Dejaré abierta esta puerta y también la de mi habitación. Puede echarse en el sofá, porque ya sé que no hay forma de persuadir a un médico para que se vaya a la cama mientras haya un paciente a la vista. Si necesito algo, le llamaré y usted podrá venir inmediatamente.

No podía hacer otra cosa más que asentir, pues estaba rendido y no hubiera podido permanecer en vela, aunque lo hubiese intentado. De modo que, tras renovar ella su promesa de llamarme si necesitaba cualquier cosa, me tumbé en el sofá y me olvidé de todo.

DIARIO DEL LUCY WESTENRA

9 DE SEPTIEMBRE

Esta noche me siento muy feliz. He estado tan espantosamente débil que el poder pensar y moverme por la casa es como sentir las caricias del sol, después de una larga temporada de viento de levante y cielo plomizo. Por alguna razón siento a Arthur cerca, muy cerca de mí. Es como si notara su cálida presencia. Supongo que se debe a que la enfermedad y la consiguiente debilidad son egoístas y hacen que volvamos nuestra mirada interior y nuestra compasión hacia nosotros mismos, mientras que la salud y el consiguiente vigor dan rienda suelta al amor, permitiéndole vagar por donde quiera tanto en pensamiento como en sentimiento. ¡Si Arthur pudiera tan solo adivinar mis pensamientos en estos momentos! Cariño, ¡cómo deben zumbarte los oídos mientras duermes, como me zumban a mí despierta! ¡Bendito descanso el de anoche! ¡Qué bien dormí, sabiendo que el bueno del doctor Seward estaba vigilando mi sueño! Esta noche tampoco tendré miedo a dormirme, pues le tengo cerca y podrá acudir en cuanto le llame. Gracias a todos por ser tan buenos conmigo. ¡Gracias a Dios! Buenas noches, Arthur.

DIARIO DEL DR. SEWARD

10 DE SEPTIEMBRE

Sentí la mano del Profesor sobre mi cabeza y al instante me desperté. Es una de las cosas a las que se acostumbra uno en un manicomio.

—¿Cómo está nuestra paciente? —me dijo.

—Bien, cuando la dejé, o más bien cuando ella me dejó a mí —contesté.

—Vamos a verla —dijo.

Y entramos juntos en la habitación de Lucy. La persiana estaba bajada y fui a subirla sin hacer ruido, mientras Van Helsing se aproximaba a la cama, con paso felino.

Mientras subía la persiana y el sol de la mañana inundaba la habitación, oí el

suave silbido del Profesor al aspirar y, conociendo su rareza, un mortal sobresalto me traspasó el corazón. Al acercarme retrocedió y su exclamación de horror *Gott in Himmel*! no necesitó el apoyo de su acongojado rostro. Alzó la mano y señaló con ella la cama. Su rostro de hierro estaba contraído y de un blanco ceniciento. Noté que empezaban a temblarme las rodillas.

Encima de la cama, aparentemente desmayada, yacía la pobre Lucy, más espantosamente blanca y macilenta que nunca. Incluso los labios los tenía blancos y las encías parecían habérsele contraído, dejando más al descubierto los dientes, como a veces se observa en los cadáveres tras una prolongada enfermedad. Van Helsing, irritado, levantó un pie para patear, pero le contuvo su instinto y su experiencia de tantos años y lo volvió a bajar suavemente.

—¡Rápido! —dijo—. Traiga coñac.

Bajé corriendo al comedor y volví con la garrafa. Humedeció con ella aquellos pobres labios blancos y entre los dos le frotamos las palmas de la mano, las muñecas y el corazón. Luego le auscultó el corazón y, tras unos breves momentos de angustiosa tensión, dijo:

—Aún no es demasiado tarde. Late, aunque débilmente. No ha servido para nada todo nuestro trabajo; debemos empezar de nuevo. Como ahora no está aquí el joven Arthur, en esta ocasión tengo que recurrir a usted, amigo John.

Mientras hablaba, rebuscó en su maletín y fue sacando el instrumental para la transfusión. Entre tanto, me quité la chaqueta y me subí la manga de la camisa. Esta vez no era posible administrarle un narcótico, pero tampoco lo necesitaba. De modo que empezamos la transfusión, sin perder ni un momento. Al cabo de un rato —que tampoco me pareció corto, ya que perder sangre, por mucho que uno la dé voluntariamente, produce una sensación terrible—, Van Helsing levantó un dedo en señal de advertencia.

—No se mueva —dijo—. Temo que al recobrar sus fuerzas se despierte y eso sería peligroso, muy peligroso. Pero tomaré precauciones. Le pondré una inyección hipodérmica de morfina.

Con rapidez y destreza, el Profesor procedió a llevar a cabo su propósito. El efecto de la morfina en Lucy fue satisfactorio, ya que su desmayo pareció confundirse con el sueño producido por el narcótico. Con un sentimiento de orgullo personal, comprobé que sus pálidas mejillas y labios iban recobrando un poco de color. Nadie sabe lo que se siente cuando la propia sangre de uno pasa a las venas de la mujer que ama, hasta haberlo experimentado.

El Profesor me observó con atención.

—Es suficiente —dijo.

—¿Ya? —protesté yo—. Le sacó mucha más a Art.

A lo que replicó, sonriéndome con un poco de tristeza:

—Él es su novio, *rufianeé*. Usted tiene trabajo, mucho trabajo: además de ella, debe ocuparse de sus otros pacientes. De momento bastará.

Cuando acabamos con la transfusión, el Profesor atendió a Lucy, mientras yo hacía presión con el dedo sobre mi propia incisión. Mientras esperaba que el Profesor dispusiera de un momento libre para ocuparse de mí, me tumbé ya que me sentía mareado y tenía náuseas. Luego me vendó la herida y me mandó que bajara a tomar un vaso de vino. Cuando abandonaba la habitación, vino en mi busca y medio me susurró:

—Procure no decir nada de todo esto. Si nuestro joven enamorado regresara inesperadamente, como la vez anterior, no le diga ni una sola palabra. Inmediatamente se asustaría y además se pondría celoso. Debemos evitar ambas cosas. ¡Ahora, váyase!

Cuando volví, me miró detenidamente y luego añadió:

—No tiene usted mal aspecto. Vaya a la habitación y tiéndase en un sofá a descansar un rato. Luego tómese un buen desayuno y venga otra vez a verme.

Obedecí sus órdenes, ya que sabía lo justas y sensatas que eran. Había cumplido mi parte y ahora mi obligación era recuperar fuerzas. Me sentía muy débil y en cierto modo la debilidad atenuó en parte mi asombro por lo ocurrido. No obstante, me quedé dormido en el sofá, preguntándome una y otra vez cómo era posible que Lucy hubiera experimentado un retroceso semejante, y cómo había podido perder tanta sangre sin dejar por ninguna parte el menor rastro de ello. Probablemente seguí haciéndome las mismas preguntas en sueños, pues, dormido o despierto, mis pensamientos volvían una y otra vez a las pequeñas incisiones de la garganta de Lucy y al aspecto de desgarro y agotamiento de sus bordes, pese a lo diminutas que eran.

Lucy durmió todo el día y cuando despertó se encontraba bastante bien y con fuerzas, aunque no tanto como el día anterior. Después de examinarla, Van Helsing salió a dar un paseo, dejándome a mí a su cuidado, con órdenes estrictas de no abandonarla ni un solo momento. Le oí preguntar en el vestíbulo la dirección de la oficina de telégrafos más próxima.

Lucy estuvo charlando conmigo francamente y parecía no darse cuenta de lo sucedido. Intenté distraerla e interesarla. Cuando su madre vino a verla, no pareció haber notado ningún cambio. Pero me dijo con gratitud:

—Le debemos mucho, doctor Seward, por todo lo que ha hecho. Pero ahora debe procurar no excederse en su trabajo. Está usted pálido. Necesita una mujer que le cuide y se ocupe un poco de usted; ¡eso es todo!

Mientras su madre hablaba, Lucy se ruborizó, aunque solo momentáneamente, ya que sus pobres venas consumidas no podían soportar mucho tiempo aquel desacostumbrado flujo de sangre a la cabeza. Reaccionó poniéndose excesivamente pálida, al tiempo que volvió hacia mí sus ojos implorantes. Sonreí y asentí, llevándome un dedo a los labios. Ella suspiró y volvió a arrellanarse entre las almohadas.

Dos horas después regresó Van Helsing y al poco me dijo:

—Ahora váyase a casa, coma mucho y beba bastante. Recobre fuerzas. Esta noche me quedaré yo a hacerle compañía a Lucy. Usted y yo tendremos que estudiar solos el caso, no debemos permitir que nadie más lo sepa. Tengo serios motivos. No, no me pregunte por ellos; piense lo que quiera. No tema pensar incluso lo más improbable. Buenas noches.

Dos doncellas se acercaron a mí en el vestíbulo a preguntarme si podían quedarse, las dos o una de ellas, a velar a Miss Lucy. Me rogaron que las dejase y, al decirles yo que era deseo del doctor Van Helsing que fuéramos él o yo los que veláramos a la joven, me pidieron en tono lastimero que intercediese por ellas ante el "caballero extranjero". Su amabilidad me conmovió bastante. Tal vez porque en aquel momento me encontraba débil, o porque expresaba una muestra de afecto y lealtad para con Lucy. Una y otra vez he visto casos similares de bondad femenina. Volví a tiempo para una cena tardía. Luego hice mi ronda: todo marcha bien. Ahora escribo mientras espero a que me entre sueño. No tardará en llegar.

11 DE SEPTIEMBRE

Esta tarde fui a Hillingham. Encontré a Van Helsing de excelente humor y a Lucy mucho mejor. Al poco de llegar yo, trajeron un paquete grande para el Profesor, procedente del extranjero. Lo abrió con mucho requerimiento —simulado, desde luego— y apareció un gran ramo de flores blancas.

—Son para usted, Miss Lucy —dijo.

—¿Para mí? ¡Gracias, doctor Van Helsing!

—Sí, pequeña, son para usted, pero no para que juegue con ellas. Se trata de una medicina —al oír aquello, Lucy puso mala cara—. No ponga esa cara; no son para tomarlas en infusión ni de ninguna otra forma asquerosa; de modo que

no tiene por qué arrugar esa encantadora naricilla, o le advertiré a mi amigo Arthur de lo mucho que va a sufrir al ver lo estropeada que está esa belleza que él tanto ama. ¡Ajajá!, eso está mejor, mi querida señorita, su linda naricilla vuelve a ser lo que siempre fue. Son medicinales, no sabe usted hasta qué punto. Pondré algunas en su ventana y con el resto haré una bonita guirnalda, que deberá colgarse al cuello; de esa forma dormirá bien. ¡Oh, sí!, igual que las flores de loto, hacen olvidar las penas. Huelen como las aguas del Lete, o de la Fuente de la Eterna Juventud que los Conquistadores fueron a buscar a La Florida y encontraron demasiado tarde.

Mientras el Profesor hablaba, Lucy había estado examinando las flores y oliéndolas. Luego las tiró al suelo, diciendo entre disgustada y divertida:

—¡Ay, Profesor! Creo que me está gastando una broma. Estas flores son sencillamente de ajo corriente.

Con gran sorpresa por mi parte, Van Helsing se levantó y, apretando su mandíbula de hierro y frunciendo el ceño, dijo con toda la firmeza de que fue capaz:

—¡Déjese de frivolidades conmigo, señorita! ¡Yo nunca bromeo! Todo cuanto hago tiene un propósito serio. Le advierto que no debe contradecirme. Tenga cuidado, en bien de otros ya que no en el suyo propio.

Luego, viendo que la pobre Lucy lógicamente se había asustado un poco, prosiguió en un tono más amable:

—¡Ay!, querida jovencita, no tenga miedo de mí. Solo lo hago por su bien. Estas flores tan vulgares poseen una virtud que puede serle a usted muy beneficiosa. ¿Lo ve?, yo mismo las colocaré en su habitación y trenzaré la guirnalda que va a ponerse. Pero ¡chito!, no se lo diga a nadie, por muchas preguntas indiscretas que le hagan. Debemos obedecer y el silencio forma parte de esa obediencia. La obediencia es lo que le hará recobrar sus fuerzas y la pondrá bien, para poder caer en los brazos amorosos que la están esperando. Ahora quédese tranquila durante un rato. Venga conmigo, amigo John, y ayúdeme a engalanar el cuarto con estas flores de ajo, que vienen de Haarlem, donde mi amigo Vanderpool cultiva hierbas medicinales todo el año en su invernadero. Tuve que telegrafiarle ayer, en caso contrario no hubieran estado hoy aquí.



Entramos en la habitación de Lucy con las flores. La actuación del Profesor fue extraña, desde luego, y no figura en ninguna de las farmacopeas que conozco. Primero cerró las ventanas y corrió los pestillos; después tomó un

puñado de flores y frotó con ellas todo el marco, como para asegurarse de que cualquier bocanada de aire que pudiera entrar estuviera bien impregnada de olor a ajo. Finalmente frotó el cerco interior de la puerta con el manojo, por arriba, por abajo y por los costados, y lo mismo hizo alrededor de la chimenea. Todo aquello me pareció grotesco, de modo que le dije:

—Profesor, sé que usted siempre tiene un motivo para lo que hace, pero sinceramente esto me deja perplejo. Por suerte no hay aquí ningún escéptico, pues si lo hubiera creería que está usted preparando algún hechizo para ahuyentar a los espíritus malignos.

—¡Pudiera ser! —contestó muy tranquilo, mientras empezaba a trenzar la guirnalda que Lucy debía llevar alrededor del cuello.

Luego aguardamos a que Lucy se aseara antes de ir a la cama, y cuando se acostó, Van Helsing se acercó a ella y personalmente le puso la guirnalda de flores de ajo alrededor del cuello. Las últimas palabras que le dijo fueron:

—Tenga cuidado de no quitársela y, aunque le parezca que la habitación está mal ventilada, no abra esta noche la ventana ni la puerta.

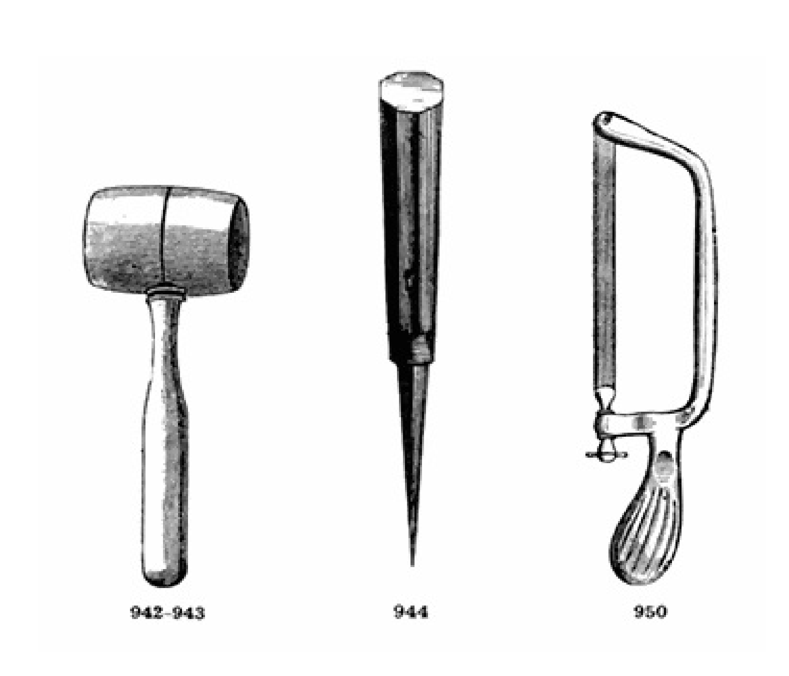
—Se lo prometo —dijo Lucy—. Y ¡gracias mil veces a ambos, por todas las atenciones que han tenido conmigo! ¡Ay, Dios! ¿Qué he hecho yo para que el cielo me depare semejantes amigos?

Mientras nos alejábamos de la casa en mi coche de punto, que nos había estado esperando, Van Helsing me dijo:

—Esta noche podré dormir tranquilo; lo necesito después de dos noches de viaje y entre ellas un día de abundante lectura, y luego muchas preocupaciones el día siguiente, seguidas de una noche en vela, sin pegar ojo. Venga a recogerme mañana temprano y juntos acudiremos a ver a nuestra linda jovencita, que estará mucho más fuerte gracias a mi "conjuro". ¡Ja, ja!

Parecía tan confiado que, recordando que yo también lo había estado dos noches antes con tan funestos resultados, sentí un vago temor. Debió ser la debilidad lo que me hizo dudar en confiar a mi amigo estos temores, pero la sensación era aún mayor, como ocurre con las lágrimas contenidas.

Capítulo XI



DIARIO DEL LUCY WESTENRA

12 DE SEPTIEMBRE

Qué buenos son todos conmigo. Aprecio mucho al bueno del doctor Van Helsing, aunque me pregunto por qué le preocuparán tanto esas flores. Realmente me asusté cuando se puso tan furioso. No obstante, debe tener razón, porque me siento mejor desde que las trajo. No sé por qué, pero no me asusta quedarme sola esta noche, creo que podré dormir sin ningún temor. Ya no prestaré atención a los golpeteos al otro lado de la ventana. ¡Ay, qué lucha más

terrible tuve que sostener últimamente para no quedarme dormida! ¡Qué sufrimiento, sentirme desvelada o tener miedo a dormirme, a causa de los horrores ignotos que el sueño puede depararme! ¡Qué afortunadas son algunas personas, cuya vida no conoce el miedo ni el temor; para quienes dormir es una bendición que llega cada noche y únicamente les proporciona sueños agradables! Pues bien, esta noche espero la llegada del sueño, aquí tumbada, como Ofelia en la función teatral, con "guirnaldas de doncella y flores virginales". Nunca me ha gustado el ajo, pero esta noche me resulta agradable. Su olor es tranquilizante; siento que me está venciendo ya el sueño. Buenas noches a todos.

DIARIO DEL DR. SEWARD

13 DE SEPTIEMBRE

Me pasé por el Berkeley y encontré a Van Helsing preparado, como de costumbre. Nos estaba esperando el coche que habían llamado desde el hotel. El Profesor cogió su maletín, que ahora siempre lleva consigo.

Anotaré todos los detalles minuciosamente. Van Helsing y yo llegamos a Hillingham a las ocho en punto. Hacía una mañana preciosa: el radiante sol y la fresca sensación de principios de otoño parecían completar el ciclo anual de la naturaleza. Las hojas estaban cambiando de color, a cual más hermoso, pero todavía no habían empezado a caer de los árboles. Al entrar nos encontramos con Mrs. Westenra, que salía del cuarto de estar. Siempre es muy madrugadora. Nos acogió cordialmente, diciendo:

—Les alegrará saber que Lucy está mejor. La criaturita todavía duerme. La he observado desde la puerta de su habitación, pero no he entrado para no molestarla.

El Profesor sonrió, evidentemente alborozado. Se frotó las manos y dijo:

—¡Ajajá! Ya sabía yo que mi diagnóstico era acertado. Mi tratamiento está dando resultado.

A lo que Mrs. Westenra contestó:

—No se atribuya usted todo el mérito, doctor. Si Lucy se encuentra bien esta mañana se debe en parte a mí.

—¿Qué quiere decir, señora? —preguntó el Profesor.

—Verá. Anoche me sentí preocupada por la criaturita y entré en su

habitación. Dormía profundamente… tan profundamente que ni siquiera se despertó al entrar yo. Sin embargo, en la habitación había un ambiente muy enrarecido. Por todas partes había montones de esas horribles flores de olor tan fuerte e incluso ella misma llevaba un ramo alrededor del cuello. Temiendo que, en su estado de debilidad, aquel fuerte olor fuera excesivo para ella, retiré todas las flores y abrí un poco la ventana para que entrase algo de aire fresco. Estoy segura de que quedará satisfecho de su estado actual.

Dicho esto, se dirigió a su gabinete, donde normalmente desayuna temprano. Mientras ella hablaba, yo había estado observando al Profesor y pude ver que su rostro se tornaba gris ceniciento. Había logrado dominarse mientras la pobre señora estuvo presente, pues conocía su estado de salud y sabía lo perjudicial que sería para ella cualquier sobresalto. Incluso le sonrió, mientras le abría la puerta para que pasara a su habitación. Pero en cuanto ella desapareció, me arrastró repentina y enérgicamente hacia el comedor y cerró la puerta.

Entonces, por primera vez en mi vida, vi a Van Helsing derrumbarse. Alzó las manos por encima de su cabeza, presa de una especie de muda desesperación, y luego empezó a batir palmas en un gesto de impotencia. Finalmente se dejó caer en una butaca y, llevándose las manos a la cara, se puso a llorar, con estrepitosos sollozos entrecortados que parecían salir del fondo de su corazón. Luego alzó de nuevo los brazos, como si apelase a todo el universo.

—¡Dios mío! —dijo—. ¿Qué hemos hecho? ¿Qué ha hecho esta pobre criatura, para vernos tan duramente acosados? ¿Acaso nos persigue todavía el hado del mundo pagano de antaño, para que ocurran tales cosas y de esa manera? Esta pobre madre, sin saberlo y con las mejores intenciones, obra de tal suerte que pone en peligro el cuerpo y el alma de su hija. Y no podemos decírselo, ni siquiera prevenirla, porque entonces moriría y eso provocaría la muerte de su hija. ¡Dios mío, qué situación más terrible! ¡Todos los poderes diabólicos están en contra nuestra y de qué forma!

De pronto, se levantó de un salto.

—Vamos, vamos —prosiguió el Profesor—. Veremos qué ha ocurrido y actuaremos. Se trate o no del Diablo, o de todos los diablos al mismo tiempo, poco importa; lucharemos contra él de todas formas.

Fue al vestíbulo a recoger su maletín y juntos subimos a la habitación de Lucy.

Una vez más subí la persiana, mientras Van Helsing se dirigía a la cama. Esta vez no se sobresaltó al ver aquella pobre carita con la misma palidez cerúlea y

atroz de antes. Su mirada expresaba una profunda tristeza y una compasión infinita.

—Me lo temía —murmuró, con esa aspiración silbante suya tan significativa.

Sin decir palabra, fue a cerrar la puerta con llave y luego empezó a colocar en la mesita el instrumental para una nueva transfusión de sangre. Hacía bastante tiempo que yo mismo había comprendido que era necesaria, por lo que empecé a quitarme la chaqueta. Pero el Profesor me detuvo con un gesto de admonición.

—¡No! —dijo—. Hoy le toca a usted realizar la transfusión. Yo seré el donante. Usted está todavía muy débil.

Mientras hablaba, se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa. Otra transfusión, con su correspondiente narcótico, y de nuevo volvió el color a sus mejillas cenicientas, y a su pecho la respiración habitual del sueño saludable. Esta vez vigilé yo, mientras Van Helsing se recuperaba y descansaba.

Poco después, el Profesor aprovechó una oportunidad para decirle a Mrs. Westenra que no debía retirar nada de la habitación de Lucy sin consultarle; que las flores tienen propiedades medicinales y que respirar su aroma formaba parte del tratamiento para curarla. Luego volvió a hacerse cargo de la enferma y me dijo que vigilaría esa noche y la siguiente, y que me avisaría cuando me necesitara.

Al cabo de otra hora, Lucy despertó de su sueño, fresca y animada, sin resentirse, al parecer, de su terrible prueba.

¿Qué significa todo esto? Empiezo a preguntarme si el convivir tanto tiempo con locos, no estará empezando a afectar a mi propio cerebro.

DIARIO DEL LUCY WESTENRA

17 DE SEPTIEMBRE

Cuatro días y cuatro noches de tranquilidad. Me siento otra vez tan fuerte que apenas me reconozco. Es como si hubiera tenido una larga pesadilla y acabara de despertar, encontrándome con un sol radiante y sintiendo a mi alrededor el aire fresco de la mañana. Recuerdo vagamente haber pasado interminables y angustiosos momentos de espera y de temor —de una oscuridad en la que ni siquiera sentía el sufrimiento de la esperanza que agudizara más mi

actual congoja— seguidos de prolongados períodos de olvido y de un nuevo resurgir a la vida, como un buzo que saliera a la superficie después de soportar una gran presión en el agua. No obstante, desde que el doctor Van Helsing está conmigo, todos esos malos sueños han desaparecido. Los ruidos que tanto solían asustarme —los golpeteos contra el cristal de las ventanas, las voces lejanas que sentía tan próximas, los sonidos discordantes procedentes de no sé dónde que me ordenaban hacer no sé qué— han cesado por completo. Ahora me acuesto sin ningún temor a quedarme dormida. Ni siquiera hago el menor esfuerzo por mantenerme despierta. He llegado a aficionarme a las flores de ajo y todos los días me llega una caja desde Haarlem. Esta noche se marcha el doctor Van Helsing, ya que tiene que pasar un día en Ámsterdam. Pero me encuentro tan bien que puedo quedarme sola, no es preciso que se quede nadie a velarme. ¡Doy a Dios gracias por mi madre, por mi querido Arthur y por todos nuestros amigos que han sido tan amables! No notaré siquiera la diferencia, pues la noche pasada el doctor Van Helsing se quedó dormido en su butaca casi todo el rato. En dos ocasiones en que me desperté, lo encontré dormido. Pero no tuve miedo de quedarme otra vez dormida, pese a que las ramas de los árboles, o los murciélagos, o no sé qué cosas, golpeaban contra los cristales de la ventana, casi podría decir que con enojo.

THE PALL MALL GAZETTE
UN LOBO SE ESCAPA
PELIGROSA AVENTURA DE NUESTRO CORRESPONSAL
(Entrevista con el guarda del Jardín Zoológico)

18 DE SEPTIEMBRE

Tras muchas peticiones de información y casi tantas negativas, siempre utilizando el nombre de la "Pall Mall Gazette" a modo de talismán, conseguí localizar al guarda de la sección del Jardín Zoológico que incluye el departamento de los lobos. Thomas Bilder vive en una de las casitas rústicas del recinto, detrás del pabellón de los elefantes. Cuando le encontré, acababa de sentarse a tomar el té. Tanto Thomas como su esposa son personas hospitalarias, de edad avanzada y sin hijos. Si la muestra de hospitalidad que me dispensaron es lo normal en ellos, deben de vivir holgadamente. El guarda no consintió en

hablar de lo que llamó "negocios" hasta que terminamos de cenar y todos estuvimos satisfechos. Luego, una vez recogida la mesa, encendió su pipa y me dijo:

—Ahora, señor, puede usted preguntarme lo que quiera. Perdone que me negara a hablar de cuestiones profesionales antes de haber comido. Yo siempre doy de comer a los lobos, chacales y hienas de nuestra sección, antes de hacerles preguntas.

—¿Cómo se las arregla para hacerles preguntas? —inquirí yo, con el propósito de hacerle hablar.

—Golpeándoles en la cabeza con un palo, o rascándoles las orejas, cuando los caballeros con posibles pretenden alardear un poco ante sus chicas. No me importa pegarles con un palo en la cabeza antes de arrojarles la comida. Pero espero a que hayan tomado su postre, por así decirlo, antes de intentar rascarles las orejas. En realidad —añadió filosóficamente—, nosotros tenemos bastante en común con los animales. Viene usted aquí a preguntarme un montón de cosas sobre mi trabajo, y yo, que soy un gruñón, le habría mandado a paseo antes de contestarle a cambio de su soberano. Ni siquiera cuando me preguntó sarcásticamente si no me gustaría antes consultarle al superintendente si podía usted hacerme preguntas. No es por faltarle, pero ¿acaso le dije que se fuera al infierno?

—En efecto.

—Bueno. Cuando usted dijo que iba a denunciarme por usar un lenguaje tan grosero, fue como darme con un palo en la cabeza. Pero la media libra lo arregló todo. No iba a pelearme, así que esperé a haber comido y luego aullé, como hacen los lobos, los leones y los tigres. Pero ahora que mi vieja me ha arreado un cacho de bizcocho y me ha vaciado su pajolera tetera, y que ya he encendido mi pipa, puede rascarme las orejas todo lo que quiera, que no va a sacarme un solo gruñido. Empiece a preguntar. Ya sé que ha venido por lo del lobo que se ha escapado.

—Así es. Quiero que me dé su opinión. Cuénteme exactamente cómo ocurrió. Y cuando conozca los hechos, le pediré que me diga cuál ha sido, a su juicio, la causa de esta huida, y cómo cree usted que acabará todo esto.

—De acuerdo, jefe. La historia es más o menos así: ese lobo, al que nosotros llamamos Bersicker[25], era uno de los tres lobos grises que vinieron de Noruega y que compramos a Jamrach hace cuatro años. Era un lobo bien educado, que nunca nos causó problemas. Me sorprende mucho que quisiera

escapar, más que si se tratara de cualquier otro animal de este lugar. Pero ya ve usted que no puede uno fiarse de los lobos más que de las mujeres.

—¡No le haga caso, señor! —irrumpió la mujer de Tom, soltando una carcajada—. ¡Lleva tanto tiempo cuidando animales, que el condenado se ha convertido también en un viejo lobo! Pero no es mala persona.

—Pues bien, señor, como le decía, ayer, unas dos horas después de echarles la comida, empecé a oír cierto jaleo. Estaba en el pabellón de los monos preparando un lecho de paja para un cachorro de puma que está enfermo, cuando oí gritos y aullidos y fui corriendo a ver qué pasaba. Bersicker estaba como loco intentando arrancar los barrotes, como si quisiera escapar. No había mucha gente aquel día y allí cerca solo se veía un hombre, un tío alto y flaco, con una nariz ganchuda y una barba puntiaguda con unos pocos pelos blancos. Tenía la mirada dura y fría y los ojos rojos, y me cayó mal, porque parecía que era él lo que irritaba a los animales. Llevaba guantes blancos de cabritilla en la mano y me dijo, señalando a los animales:

»—Guarda, estos lobos parecen trastornados por algo.

»—Puede que sea por usted —le dije, pues no me gustaban los aires que se daba. No se enfadó, como yo esperaba, sino que sonrió con insolencia, enseñando una boca llena de afilados dientes blancos.

»—¡Oh!, no, no creo que yo les guste —respondió.

»—¡Oh!, sí, claro que les gusta —dije yo, imitándole—. A la hora del té siempre les gusta uno o dos huesos para limpiarse los dientes y usted tiene un montón.

»Lo raro fue que, cuando los animales nos vieron hablando, se tumbaron en el suelo y, al acercarme a Bersicker, me dejó que le acariciara las orejas como siempre. Entonces vino aquel hombre y ¡que me maten si no metió su mano y acarició también las orejas del viejo lobo!

»—Tenga cuidado —le dije—. Bersicker es rápido.

»—No se preocupe —me dijo—. Estoy acostumbrado a ellos.

»—¿Anda usted metido en este negocio? —le dije, quitándome la gorra, pues un hombre que comercia con lobos y demás es buen amigo de los guardas.

»—No —dijo él—, no estoy en el negocio, pero he domesticado a algunos.

»Y diciendo eso, me saludó con el sombrero, como si fuera un lord, y se largó. El viejo Bersicker se le quedó mirando hasta que se perdió de vista y entonces fue y se tumbó en un rincón y no se movió en toda la tarde. Pero

anoche, en cuanto salió la luna, todos los lobos empezaron a aullar. No había nadie por allí cerca, excepto alguien que evidentemente llamaba a su perro en alguna parte, detrás de los jardines que dan a Park Road. Una o dos veces salí a ver si todo iba bien y así era. Luego pararon los aullidos. Poco antes de las doce me di otra vuelta antes de acostarme, sin resultados. Pero al llegar a la jaula de Bersicker vi que los barrotes estaban rotos y retorcidos y la jaula vacía. Y eso es todo lo que sé.

—¿Alguien más vio algo especial?

—Cuando uno de los jardineros volvía a casa a esa hora de cantar en una coral, vio un enorme perro gris que salía del jardín. Eso es, al menos, lo que dice. Pero yo no le haría mucho caso, porque no le dijo nada a su mujer al llegar a casa y, hasta que no se supo que el lobo se había escapado y que nos habíamos pasado toda la noche buscándolo por el parque, no se acordó de que había visto algo. Para mí que todavía tenía metidos en la cabeza los cánticos de la coral.

—Mr. Bilder, ¿podría explicarme ahora cómo se escapó el lobo?

—Pues verá, señor —dijo en un tono de sospechosa modestia—, creo que sí. Pero no sé si le convencerá mi teoría.

—Seguro que sí. Si un hombre como usted, que conoce por experiencia a los animales, no puede aventurar una buena explicación después de todo, ¿quién va a hacerlo entonces?

—Bien, señor, entonces ahí va mi explicación. Me parece que el lobo se escapó… sencillamente porque quería escaparse.

A juzgar por las ganas con que Thomas y su esposa se rieron del chiste, supuse que ya lo había contado antes y que la supuesta explicación no era más que una patraña. Como no podía competir con el bueno de Thomas en cuanto a bromas, pensé que tenía un medio más seguro de llegarle al corazón.

—Está bien, Mr. Bilder —le dije—. Consideraremos que ya se ha ganado el primer medio soberano y que su pareja está esperando que usted lo reclame, en cuanto me haya contado lo que cree que va a ocurrir.

—Lleva usted razón, señor —dijo enérgicamente—. Espero que me perdone la broma, pero es que aquí la vieja me ha hecho un guiño, como animándome a seguir adelante.

—¡No me digas! —replicó la anciana.

—Mi opinión es que el lobo está escondido en alguna parte. El jardinero, que al principio no se acordaba de haberlo visto, dijo luego que galopaba hacia el

norte más rápido que un caballo. Pero yo no le creo, pues verá usted, señor, los lobos no galopan, como tampoco los perros, no están hechos para eso. Los lobos son tremendos en los libros de cuentos y yo diría que, cuando van en manada persiguiendo a alguien que tiene más miedo que ellos, pueden hacer un ruido de todos los demonios y despedazarlo, sea lo que sea. Pero, que el Señor le bendiga, en la vida real un lobo no es más que una vil criatura, ni la mitad de listo o de valiente que un buen perro, y ni la mitad de un cuarto de peleón. Este no está acostumbrado a pelear ni a buscarse la vida y lo más seguro es que ande asustado y se haya escondido en algún lugar del parque, y estará preguntándose, si es que piensa, de dónde va a sacar su desayuno. O puede que se haya ido a otra zona y esté en alguna carbonera. ¡Válgame Dios!, me figuro el susto que se va a llevar alguna cocinera cuando vea sus ojos verdes brillando en la oscuridad. Si no puede conseguir alimento se verá obligado a buscarlo y es posible que le dé tiempo a encontrar por casualidad alguna carnicería. Pero si no es así, y alguna niñera se va a pasear con un soldado, dejando a su niño en el cochecito… bueno, entonces no me extrañaría que hubiese un niño menos en el censo. Eso es todo.

Le estaba entregando el medio soberano cuando algo golpeó contra el cristal de la ventana y la cara de Mr. Bilder, ya de por sí larga, se alargó más todavía con la sorpresa.

—¡Bendito sea Dios! —dijo—. ¡Pero si es el viejo Bersicker que vuelve por sí mismo!

El guarda fue hasta la puerta y la abrió, proceder que se me antojaba de lo más innecesario. Siempre he pensado que un animal salvaje parece mucho mejor cuando algún obstáculo lo suficientemente resistente nos separa de él. Mi experiencia personal ha reforzado esta idea en lugar de atenuarla.

Después de todo, no hay nada como la costumbre, pues ni Bilder ni su esposa prestaron mayor atención al lobo de la que yo hubiera prestado a un perro. El animal parecía tan pacífico y manso como el antepasado de todos los lobos de los grabados, el antiguo amigo de Caperucita Roja, cuando se disfrazó de abuelita para ganarse su confianza.

La escena presentaba una mezcla indecible de matices cómicos y patéticos. El malvado lobo, que durante medio día había paralizado Londres, haciendo temblar de miedo a todos los niños de la ciudad, estaba allí de vuelta, arrepentido, y era recibido con mimos, como si se tratara de una especie de hijo pródigo vulpino. El viejo Bilder lo examinó de pies a cabeza con la más tierna solicitud y, cuando hubo terminado, dijo:

—¡Vaya!, ya sabía yo que el pobrecillo se iba a meter en algún lío. ¿No se lo había dicho desde el primer momento? Mire, tiene la cabeza llena de cortes y de trocitos de cristal. Seguro que se ha saltado alguna maldita tapia o algo así. Es una vergüenza que permitan que la gente ponga botellas rotas encima de las tapias. Ya ve lo que pasa luego. Ven conmigo, Bersicker.

Se llevó al lobo y lo encerró en una jaula, dejándole un buen trozo de carne que hubiera cumplido, al menos en cantidad, los requisitos elementales del becerro bien cebado. Luego se marchó a informar.

Yo también me fui a redactar la única información exclusiva de la prensa de hoy referente a la extraña fuga del zoo.

DIARIO DEL DR. SEWARD

17 DE SEPTIEMBRE

Después de cenar, me encontraba en mi despacho poniendo al día mis informes, que, debido a la urgencia de otros trabajos y a mis frecuentes visitas a Lucy, lamentablemente estaban bastante atrasados. De pronto, la puerta se abrió violentamente y entró precipitadamente Renfield, con el rostro convulso de ira. Me quedé atónito, ya que es bastante insólito que un paciente entre espontáneamente en el despacho del superintendente. Sin mediar pausa, se abalanzó sobre mí. Llevaba un cuchillo en la mano y, al darme cuenta del peligro, traté de interponer entre nosotros el escritorio. Sin embargo, fue más rápido y más fuerte que yo, y antes de que pudiera recobrar el equilibrio, me atacó, haciéndome un corte bastante profundo en la muñeca izquierda. No obstante, antes de que volviera a atacarme, le golpeé con mi derecha y cayó de espaldas en el suelo cuan largo era. La muñeca me sangraba abundantemente y había formado un charquito en la alfombra. Viendo que mi amigo no tenía intención de atacarme de nuevo, empecé a vendarme la muñeca, sin quitar la vista de encima ni un solo instante a la figura postrada. Cuando irrumpieron los guardianes y prestamos atención a Renfield, vimos que estaba haciendo algo realmente repugnante. Estaba tumbado en el suelo boca abajo, lamiendo como un perro la sangre que había caído de la herida de mi muñeca. Lo redujeron con facilidad y, con gran sorpresa por mi parte, se dejó llevar por los guardianes sin poner resistencia, limitándose a repetir una y otra vez: "¡La sangre es vida! ¡La sangre es vida!".

En estos momentos no puedo permitirme el lujo de perder sangre: últimamente ya he perdido demasiada para mi bienestar físico. Además, la prolongada tensión de la enfermedad de Lucy, con sus horribles fases, también me está afectando. Estoy sobreexcitado y agotado, necesito descansar, únicamente descansar. Por suerte, Van Helsing no me ha llamado. De modo que no renuncio a dormir; no podría resistir esta noche sin dormir.

TELEGRAMA DE VAN HELSING (AMBERES) A SEWARD (CARFAX)
[Enviado a Carfax (Sussex), al no figurar el condado; entregado con retraso a las 22 horas]

17 DE SEPTIEMBRE

No deje de ir esta noche a Hillingham. No hace falta que vigile todo el tiempo. Entre con frecuencia y compruebe que las flores estén en su sitio. Es muy importante. No deje de hacerlo. Me reuniré con usted lo antes posible.

DIARIO DEL DR. SEWARD

18 DE SEPTIEMBRE

Me voy en tren a Londres. La llegada del telegrama de Van Helsing me ha causado una gran turbación. Toda una noche perdida y sé por amarga experiencia lo que puede suceder en una noche. Naturalmente, es posible que todo haya ido bien, pero ¿qué *puede* haber pasado? Seguramente nos persigue alguna horrible maldición, ya que siempre hay algún accidente que desbarata todo lo que intentamos hacer. Me llevaré el cilindro y así completaré el registro en el fonógrafo de Lucy.

MEMORÁNDUM DEJADO POR LUCY WESTENRA

17 DE SEPTIEMBRE. NOCH

Escribo esto para que sea leído, de modo que nadie pueda, bajo ningún concepto, verse en dificultades por mi culpa. Es una relación exacta de lo que ha pasado esta noche. Siento que me estoy muriendo de debilidad y apenas tengo fuerzas para escribir, pero debo hacerlo, aunque muera en el intento.

Me acosté a la hora acostumbrada, asegurándome de que las flores estuviesen colocadas como había ordenado el doctor Van Helsing, y pronto me quedé dormida.

Me despertaron los golpecitos en la ventana, que oí por vez primera aquella noche que deambulé en sueños por el acantilado de Whitby y me salvó Mina, y que ahora conozco tan bien. No me asusté, aunque me hubiera gustado que el doctor Seward estuviera en la habitación contigua —como dijo el doctor Van Helsing que estaría— para poder llamarle. Intenté dormirme otra vez, pero no pude. Entonces volví a sentir el mismo miedo de antes a quedarme dormida y decidí permanecer despierta. El sueño trataba obstinadamente de apoderarse de mí cuando yo no quería, de modo que, como me daba miedo estar sola, abrí la puerta y grité:

—¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta. Como temía despertar a mi madre, cerré de nuevo la puerta. Entonces oí entre los arbustos de fuera una especie de aullido como de perro, aunque más fiero y más profundo. Fui a la ventana y miré al exterior, pero no pude ver nada, salvo un enorme murciélago que evidentemente había estado golpeando la ventana con sus alas. Volví a la cama de nuevo, pero esta vez decidida a no dormir. Al poco rato se abrió la puerta y se asomó mi madre. Al ver por mis movimientos que no estaba dormida, vino a sentarse a mi lado y me dijo, en un tono más dulce y afectuoso que nunca:

—Estaba preocupada por ti, querida, y he venido a ver si estás bien.

Como temía que cogiera frío allí sentada, le propuse que se acostase conmigo, de modo que se metió en la cama y se echó a mi lado, aunque no se quitó la bata porque dijo que solo se quedaría un rato y luego regresaría a su propia cama. Mientras estábamos abrazadas, volvieron a oírse los golpes en la ventana. Ella se sobresaltó y se asustó un poco, exclamando:

—¿Qué es eso?

Traté de apaciguarla y al fin lo logré y se quedó callada, aunque noté que su pobre corazón seguía latiendo muy deprisa. Al cabo de un rato se oyó otra vez el aullido en los arbustos de fuera y poco después un estruendo en la ventana, y un

montón de cristales rotos cayó al suelo. La persiana se volvió a subir por el ímpetu del viento y por la abertura que habían dejado los vidrios rotos asomó la cabeza de un enorme y feroz lobo gris. Mamá gritó asustada y trató de sentarse, agarrándose frenéticamente a cualquier cosa que pudiese ayudarla. Entre otras cosas, se agarró a la guirnalda de flores que el doctor Van Helsing insistió en que llevase alrededor del cuello, arrancándomela. Durante unos instantes se incorporó, señalando al lobo, mientras de su garganta brotaba un extraño y horrible gorgoteo. Luego se desplomó, como fulminada por un rayo, y su cabeza golpeó mi frente, dejándome aturdida durante unos momentos. La habitación y todo lo que me rodeaba daba vueltas a mi alrededor, aunque seguía sin perder de vista la ventana. El lobo apartó la cabeza y me pareció ver que millares de pequeñas partículas entraban a través del cristal roto, revoloteando y formando remolinos como esas columnas de polvo que describen los viajeros cuando hay simún en el desierto. Intenté moverme, pero me sentía como hechizada, y además me abrumaba el infortunado cuerpo de mi querida madre, que cada vez estaba más frío, ya que su corazón había dejado de latir. Después perdí el conocimiento y no recuerdo nada más.

No debió de pasar mucho tiempo, aunque realmente fue espantoso, hasta que recobré de nuevo el conocimiento. En algún lugar cercano una campana estaba doblando a muerto; los perros del vecindario aullaban; y en nuestros arbustos, al parecer en frente justo de la ventana, cantaba un ruiseñor. Me sentía aturdida y atontada por el sufrimiento, el miedo y la debilidad, pero el cántico del ruiseñor se me antojó la voz de mi madre muerta que regresaba para consolarme. Los ruidos debieron despertar también a las doncellas, porque pude oír sus pies descalzos correteando cerca de la puerta de mi habitación. Las llamé y entraron; y cuando vieron lo que había pasado y lo que yacía sobre mí en la cama, se pusieron a gritar. El viento entraba por la ventana rota, haciendo golpear la puerta. Levantaron el cuerpo de mi querida madre para que yo pudiera incorporarme y luego lo depositaron sobre la cama, cubriéndolo con una sábana. Estaban tan asustadas y nerviosas que ordené que bajaran al comedor a tomarse un vaso de vino. La puerta se abrió de golpe y se volvió a cerrar. Las doncellas chillaron y luego se fueron juntas al comedor, mientras yo colocaba todas las flores que tenía sobre el pecho de mi madre. Apenas lo hice, recordé lo que me había dicho el doctor Van Helsing, pero aun así preferí no quitarlas, pues además algunas de las doncellas se quedarían a hacerme compañía. Me sorprendió que las doncellas no regresaran. Las llamé, pero no tuve contestación, de modo que bajé al comedor a buscarlas.

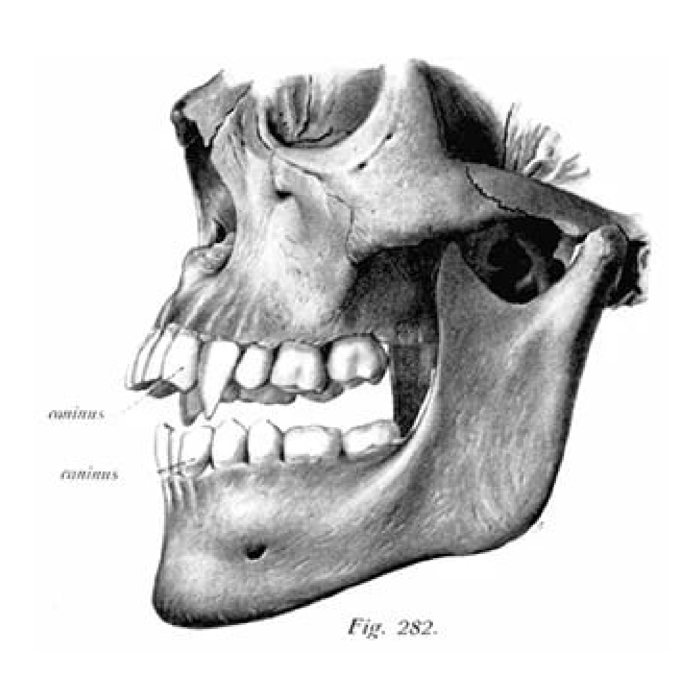


El corazón me dio un vuelco cuando vi lo que había pasado. Las cuatro yacían inconscientes en el suelo, respirando con dificultad. La garrafa del jerez

estaba sobre la mesa medio vacía, pero por toda la habitación había un extraño olor acre. Como desconfiaba, examiné la garrafa. Olía a láudano y, al mirar en el aparador, descubrí que la botella que utilizaba mi madre por indicación de su médico estaba vacía. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer? He vuelto a la habitación, para estar con mi madre. No puedo abandonarla y me encuentro sola, a excepción de las doncellas dormidas, a las que alguien ha drogado. ¡Estoy sola con la muerte! No me atrevo a salir, pues oigo aullar al lobo a través de la ventana rota.

El aire parece lleno de motas, que flotan y se mueven en círculo impulsadas por la corriente que entra por la ventana, y las luces se oscurecen. ¿Qué voy a hacer? ¡Que Dios me proteja de todo mal esta noche! Esconderé este papel en mi pecho, para que puedan encontrarlo cuando vengan a amortajarme. ¡Mi querida madre se ha ido! Ya es hora de que yo también me vaya. Adiós, querido Arthur, si no sobrevivo a esta noche. ¡Que Dios te guarde, cariño, y me ayude a mí también!

Capítulo XII



DIARIO DEL DR. SEWARD

18 DE SEPTIEMBRE

Salí inmediatamente para Hillingham y llegué temprano. Dejé el coche junto a la verja de entrada y subí solo por la avenida. Golpeé la puerta con suavidad y a continuación hice sonar la campanilla discretamente, pues temía despertar a Lucy o a su madre y, de esta manera, esperaba que acudiría algún sirviente a abrir. Al cabo de un rato, viendo que nadie respondía, volví a golpear la puerta y a hacer sonar la campanilla. Pero tampoco obtuve respuesta. Maldije la pereza de

los sirvientes por estar todavía en la cama a esas horas —eran ya las diez— y volví a golpear y a hacer sonar la campanilla, cada vez con mayor impaciencia, pero tampoco respondió nadie. Hasta entonces había echado la culpa exclusivamente a los sirvientes, pero ahora empezó a asaltarme un horrible temor. ¿Era acaso este silencio otro eslabón de la funesta cadena de desgracias que parecía estrecharse cada vez más en torno nuestro? ¿Es que había llegado demasiado tarde a la casa y la muerte se me había adelantado? Sabía que unos minutos, incluso unos segundos, de retraso podían suponer varias horas de peligro para Lucy, si había tenido otra vez una de aquellas tremendas recaídas. De modo que di una vuelta a la casa para ver si encontraba por casualidad alguna otra entrada.

No pude encontrar ningún medio de acceso. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas y aseguradas, por lo que regresé decepcionado al porche. Mientras me dirigía hacia la entrada principal, oí el trote rápido de los cascos de un caballo que cabalgaba a buen paso. Se detuvo al llegar a la verja de entrada y unos segundos después me encontré con Van Helsing, que subía la avenida corriendo. En cuanto me vio, me dijo con voz entrecortada:

—De modo que era usted, que acaba de llegar. ¿Cómo está Lucy? ¿Llegamos demasiado tarde? ¿Es que no recibió mi telegrama?

Le contesté, con toda la prontitud y coherencia de que fui capaz, que no había recibido su telegrama hasta primeras horas de esa misma mañana y que había venido sin perder ni un solo minuto, pero que no había conseguido que me oyera nadie de la casa. El Profesor se quedó callado un momento y luego, quitándose el sombrero, me dijo seriamente:

—Entonces me temo que hemos llegado demasiado tarde. ¡Sea lo que Dios quiera! —y con su acostumbrada capacidad de recuperación prosiguió—. Vamos. Si no hay ningún acceso abierto por donde entrar, abriremos uno. En este momento el tiempo lo es todo para nosotros.

Fuimos a la parte trasera de la casa, adonde da una de las ventanas de la cocina. El Profesor sacó de su maletín una pequeña sierra de cirujano y, tendiéndomela, me señaló los barrotes de hierro que protegían la ventana. Me puse inmediatamente a serrarlos y en muy poco tiempo corté tres. Después, con un cuchillo fino y alargado, forzamos las sujeciones del marco y abrimos la ventana. Ayudé a entrar al Profesor y luego le seguí. No había nadie en la cocina ni en las habitaciones del servicio, que estaban al lado. Miramos en todas las habitaciones que fuimos encontrando y en el comedor, escasamente iluminado por los rayos de luz que entraban por las rendijas de los postigos, encontramos a

las cuatro sirvientas tiradas por el suelo. No cabía pensar que estuvieran muertas, ya que su respiración estertorosa y el fuerte olor a láudano que impregnaba la habitación no dejaba lugar a dudas acerca de su estado. Van Helsing y yo nos miramos.

—Después nos ocuparemos de ellas —dijo, mientras salíamos.

Luego subimos a la habitación de Lucy. Durante unos instantes nos detuvimos ante la puerta para escuchar, pero no oímos ningún ruido. Con manos temblorosas, y a cuál más pálido, abrimos la puerta despacio y entramos en la habitación.

¿Cómo podría describir lo que vimos? Dos mujeres yacían sobre la cama, Lucy y su madre. Esta última se encontraba en la parte más alejada de la puerta y estaba cubierta con una sábana blanca, uno de cuyos bordes se había apartado impulsado por la corriente de aire que entraba por la ventana rota, dejando al descubierto su cara lívida y demacrada, en la que había quedado impresa una expresión de horror. A su lado yacía Lucy, también muy pálida y más demacrada todavía. Las flores que había llevado alrededor del cuello las encontramos sobre el pecho de su madre, y su garganta quedaba al descubierto, mostrando las dos pequeñas heridas que ya habíamos observado antes, aunque ahora parecían mucho más blancas y magulladas. Sin decir palabra, el Profesor se inclinó sobre la cama hasta que su cabeza casi rozó los senos de la pobre Lucy. Después, la volvió hacia mí con un movimiento brusco, como si se dispusiera a escucharme, y exclamó:

—¡No es demasiado tarde todavía! ¡Rápido! ¡Rápido! ¡Traiga el coñac!

Bajé a toda velocidad y volví con el licor, tomando la precaución de olerlo y probarlo antes, por si estuviera también drogado, como la garrafa de jerez que encontré sobre la mesa. Las doncellas aún respiraban, aunque más intranquilas, por lo que supuse que estaba desapareciendo el efecto del narcótico. Pero no me entretuve en comprobarlo, sino que regresé junto a Van Helsing. Como en la anterior ocasión, el Profesor frotó con coñac los labios y las encías de Lucy, y luego las muñecas y las palmas de sus manos.

—Esto es —me dijo— lo único que podemos hacer de momento. Vaya a despertar a las doncellas. Deles un golpecito en la cara con una toalla mojada, pero sin miramientos. Hágalas entrar en calor, que enciendan un fuego y tomen un baño caliente. Esta pobre criatura está casi tan fría como la que yace a su lado. Necesitará que la hagamos entrar en calor antes que nada.

Me fui enseguida y no tuve dificultades para despertar a tres de las mujeres.

La cuarta era muy joven y evidentemente la droga le había hecho más efecto, así que la levanté y la tendí en el sofá, dejándola dormida. Las otras estaban un poco aturdidas al principio, pero a medida que fueron recordando lo sucedido, se pusieron a gritar y a sollozar como unas histéricas. No obstante, fui severo con ellas y no las dejé hablar. Les dije que haber perdido una vida ya era suficiente y que si se entretenían moriría Miss Lucy. De modo que, sin dejar de sollozar ni de gritar, se fueron, a medio vestir como estaban, a preparar el fuego y el agua para el baño. Por suerte, la cocina y la caldera estaban todavía encendidas y no hizo falta calentar agua. Una vez preparado el baño, llevamos a Lucy tal como estaba y la metimos dentro. Mientras nos ocupábamos de frotar sus brazos y piernas, llamaron a la puerta. Una de las doncellas salió apresuradamente a ponerse más ropa y abrió. Cuando volvió nos susurró que había llegado un caballero con un mensaje de Mr. Holmwood. Le ordené que le dijera simplemente que esperase un poco, porque ahora no podíamos recibir a nadie. Salió a dar el recado y confieso que, absorto como estaba en nuestro trabajo, me olvidé por completo de él.

En toda mi experiencia, jamás vi trabajar al Profesor con tanta aplicación. Yo sabía, al igual que él, que se trataba de una lucha sin cuartel contra la muerte y así se lo dije durante una pausa. Me contestó algo que no comprendí, pero su rostro adoptó la expresión más seria que le he visto.

—Si solo fuera eso, lo dejaría todo como está y permitiría que descansase en paz, ya que no veo en el horizonte ninguna luz que ilumine su vida.

Prosiguió con su trabajo, con renovado y más frenético ardor, si es posible.

Pronto empezamos a darnos cuenta de que el calor comenzaba a producir algún efecto. Al auscultarla con el estetoscopio comprobamos que los latidos del corazón de Lucy eran ligeramente más audibles y que se podía percibir el funcionamiento de sus pulmones. El rostro de Van Helsing casi se iluminó, y mientras la sacábamos del baño y la envolvíamos en una toalla caliente para secarla, me dijo:

—¡Hemos ganado la primera baza! ¡Jaque al rey!



Llevamos a Lucy a otra habitación, que ya había sido preparada, y después de acostarla, la obligamos a tragar unas gotas de coñac. Me di cuenta de que Van Helsing le anudó alrededor del cuello un delicado pañuelo de seda. Seguía

todavía inconsciente y parecía encontrarse tan mal como antes, si no peor.

Van Helsing llamó a una de las mujeres y le dijo que se quedara a su lado y no la perdiera de vista hasta que regresáramos. Luego me hizo señas para que saliera con él de la habitación.

—Tenemos que deliberar sobre lo que debe hacerse —me dijo, mientras bajábamos la escalera.

Al llegar al vestíbulo, abrió la puerta del comedor y, cuando entramos, la volvió a cerrar con cuidado. Los postigos estaban abiertos, pero las persianas seguían bajadas, conforme a ese protocolo del luto que las mujeres británicas de las clases bajas siempre observan rigurosamente. La habitación estaba, por tanto, casi a oscuras. No obstante, había suficiente luz para lo que nos proponíamos. La seriedad de Van Helsing se mitigó un poco, dejando paso a un gesto de perplejidad. Era evidente que había algo que le torturaba la mente, de modo que esperé unos instantes y finalmente me dijo:

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿A dónde acudiremos en busca de ayuda? Debemos hacerle una nueva transfusión de sangre, y pronto, o la vida de esa pobre chica no durará ni una hora más. Está usted agotado y a mí me sucede lo mismo. Me asusta un poco confiar en estas mujeres, aun cuando tuvieran el valor de prestarse a ayudamos. ¿Dónde vamos a encontrar a alguien dispuesto a ofrecer sus venas a Lucy?

—¿Hay algún inconveniente en que sea yo?

La voz provenía del sofá que había al otro lado de la habitación y su tono me llenó de consuelo y alegría, ya que era la de Quincey Morris. Van Helsing se enfadó al principio, pero su rostro se apaciguó y una expresión de contento apareció en sus ojos, cuando yo grité: "¡Quincey Morris!", y corrí hacia él con los brazos extendidos.

—¿Qué te trae por aquí? —le dije, al tiempo que nos estrechábamos las manos.

—Supongo que Art es la causa.

Y me entregó un telegrama.

"Tres días sin noticias de Seward. Terriblemente preocupado. No puedo irme. Padre sigue igual. Escríbeme estado Lucy. No tardes.— HOLMWOOD".

—Creo —dijo— que llego en el momento oportuno. Ya sabes que no tienes más que decirme lo que debo hacer.

Van Helsing se adelantó, le estrechó la mano, y mirándole directamente a los ojos, dijo:

—La sangre de un hombre valiente es lo mejor que hay en este mundo cuando una mujer está en apuros. Usted es el hombre, sin duda alguna. El Diablo puede actuar en contra nuestra con todas sus fuerzas, pero Dios nos envía hombres cuando los necesitamos.

Una vez más llevamos a cabo aquella espantosa operación. No me siento capaz de entrar en detalles. La terrible impresión que Lucy había sufrido la había afectado más que otras veces y aunque había entrado una cantidad suficiente de sangre en sus venas, su cuerpo no respondió al tratamiento tan bien como en ocasiones anteriores. Fue algo tremendo verla y oírla luchar por volver a la vida. No obstante, mejoró el funcionamiento de su corazón y de sus pulmones, y Van Helsing le puso una inyección subcutánea de morfina, como otras veces, con excelente resultado. Su desfallecimiento se transformó en un sueño profundo. El Profesor se quedó vigilando mientras yo bajé con Quincey Morris y envié a una de las doncellas a pagar al cochero que estaba esperando. Después de hacerle beber un vaso de vino, dejé a Quincey acostado y ordené a la cocinera que le preparase un buen desayuno. De pronto tuve una idea y regresé a la habitación en la que ahora se encontraba Lucy. Entré en silencio y encontré a Van Helsing con dos o tres cuartillas en la mano. Evidentemente las había leído y estaba meditando sobre su contenido, sentado con la mano apoyada en la frente. Su rostro mostraba una sombría expresión de satisfacción, como si hubiera solventado una duda. Me dio los papeles y se limitó a decirme:

—Se le cayeron a Lucy del pecho cuando la llevamos al baño.

Después de leerlas, me quedé mirando al Profesor y, tras una pausa, le pregunté:

—¡Por Dios!, ¿qué significa todo esto? ¿Acaso estaba, o mejor dicho, está loca? De no ser así, ¿qué horrible peligro nos amenaza?

Estaba tan desconcertado que no supe qué decir. Van Helsing alargó la mano y cogió los papeles, añadiendo:

—No se preocupe de eso ahora. Olvídelo de momento. A su debido tiempo se enterará de todo y lo comprenderá, aunque tendrá que ser más adelante. Y ahora, ¿qué es lo que ha venido a decirme?

Sus palabras me devolvieron a la realidad y de nuevo me recobré.

—He venido a hablarle del certificado de defunción. Si no actuamos adecuadamente y con prudencia, podría abrirse una investigación y tendríamos que mostrar estos papeles. Confío en que no será necesaria ninguna investigación, porque eso podría matar a la pobre Lucy, si antes no lo hace

cualquier otra cosa. Usted y yo sabemos, lo mismo que el médico que la atendía, que Mrs. Westenra padecía del corazón y por tanto podemos certificar que murió por esa causa. Rellenemos inmediatamente el certificado y yo mismo lo llevaré al registro y me ocuparé del entierro.

—¡Estupendo, amigo John! ¡Ha pensado usted en todo! Si bien es cierto que Miss Lucy ha tenido la desgracia de ser víctima de los enemigos que la acosan, por lo menos puede sentirse feliz de contar con amigos que la quieren. No uno, ni dos, sino tres han sido capaces de abrir sus venas para darle su sangre, además de un anciano como yo. ¡Ah, sí, lo sé, amigo John! ¡No estoy ciego! ¡Por eso le aprecio todavía más! Ahora váyase.

En el vestíbulo me encontré con Quincey Morris, con un telegrama para Arthur comunicándole que Mrs. Westenra había muerto, que Lucy también había estado muy enferma, aunque ahora estaba mejorando, y que Van Helsing y yo estábamos con ella. Le dije adonde iba y no me retuvo, pero cuando me iba, dijo:

—¿Podría hablar a solas contigo cuando estés de vuelta, Jack?

Asentí con la cabeza por toda respuesta y me fui. No tuve dificultades en el registro y convine con el enterrador local que vendría por la tarde a tomar medidas para el ataúd y ultimar detalles.

Cuando regresé me estaba esperando Quincey. Le dije que hablaría con él en cuanto me enterara del estado de Lucy y subí a la habitación de la enferma. Todavía dormía y aparentemente el Profesor no se había movido de su lado. Al ver que se llevaba un dedo a los labios, deduje que esperaba que en breve se despertara de un modo natural y temía que se anticipara a hacerlo por otros medios. De modo que bajé a reunirme con Quincey y le llevé al cuarto de estar, donde las persianas no estaban bajadas, por lo que era un poco más alegre, o más bien menos triste, que las otras habitaciones. En cuanto estuvimos solos, me dijo:

—Jack Seward, no quisiera meterme en donde no me llaman, pero este no es un caso corriente. Tú sabes que yo amaba a esa chica y quería casarme con ella. Y aunque son cosas pasadas, no puedo evitar sin embargo estar preocupado por ella. ¿Qué es lo que tiene? El holandés —un tipo extraordinario, por lo que veo— dijo, cuando entrasteis los dos en la habitación, que había que hacerle *otra* transfusión de sangre y que vosotros estabais exhaustos. Ahora bien, sé que vosotros los médicos habláis *a puerta cerrada* y que nadie espera poder enterarse de lo que habláis en privado. Pero este no es un asunto corriente y, sea lo que fuere, yo ya he cumplido con mi deber. ¿No es así?

—Así es —dije.

—Me imagino —prosiguió— que, tanto Van Helsing como tú, habéis pasado por lo que yo acabo de pasar hoy. ¿No es así?

—Así es.

—Y supongo que Art también estuvo metido en esto. Cuando le vi hace cuatro días en su casa parecía algo pachucho. Nunca he visto a nadie debilitarse tan rápidamente desde que estuve en la Pampa y mi yegua favorita se fue de este mundo en una noche. Uno de esos grandes murciélagos que llaman vampiros la atacó por la noche, y entre el atracón que se dio, y que dejó la vena abierta, no le quedó suficiente sangre para volver a ponerse en pie y tuve que meterle un balazo allí mismo. Jack, ¿puedes decirme, sin traicionar su confianza, si Arthur fue el primero?

El pobre hombre parecía terriblemente preocupado. Le atormentaba toda esa incertidumbre en torno a la mujer que amaba, y su completa ignorancia del terrible misterio que parecía envolverla aumentaba su dolor. Su corazón sangraba y tenía que recurrir a toda su hombría —y es mucha la que tiene— para no derrumbarse. Al principio me contuve antes de contestarle, porque me parecía que no debía revelar nada de lo que el Profesor deseara mantener en secreto. Pero era tanto lo que ya sabía, y lo que adivinaba, que no había motivo para no contestar, de modo que le respondí con las mismas palabras de antes:

—Así es.

—¿Y desde cuándo ocurre eso?

—Desde hace unos diez días.

—¡Diez días! Entonces supongo, Jack Seward, que esa infeliz criaturita a la que todos amamos ha recibido en sus venas, en todo ese tiempo, la sangre de cuatro hombres robustos. ¡Por Dios! Su cuerpo no podrá soportarlo.

Y acercándose a mí, me preguntó casi en un susurro:

—¿Qué es lo que le hace perder sangre?

—Ahí le duele —dije yo, meneando la cabeza—. Van Helsing está francamente desesperado por eso y en cuanto a mí, no sé qué pensar. Ni siquiera puedo aventurar una suposición. Ha surgido una serie de circunstancias que han echado por tierra todas nuestras previsiones para vigilar a Lucy adecuadamente. Pero eso no volverá a ocurrir. Nos quedaremos aquí hasta que todo vaya bien… o mal.

Quincey me tendió la mano.

—Contad conmigo —dijo—. Tú y el holandés me diréis lo que hay que

hacer y yo lo haré.

Cuando Lucy despertó a última hora de la tarde, lo primero que hizo fue tocarse el pecho y, con gran sorpresa por mi parte, sacar las cuartillas que Van Helsing me había dado a leer. El cauteloso profesor las había vuelto a poner en el lugar en que estaban para que Lucy no se alarmara al despertar. Sus ojos se posaron, primero en Van Helsing y luego en mí, y se alegraron de vernos. A continuación inspeccionó la habitación y, al ver dónde estaba, se estremeció, profirió un sonoro grito y se tapó el pálido rostro con sus delgadas manos. Ambos comprendimos lo que eso significaba: se había percatado plenamente de la muerte de su madre, de modo que tratamos por todos los medios de consolarla. Sin duda, nuestra compasión la alivió un poco. Pero estaba muy abatida y sin ánimos, y lloró en silencio durante un buen rato. Cuando le dijimos que, de ahora en adelante, uno de nosotros, o los dos, nos quedaríamos constantemente con ella, pareció tranquilizarse. Al anochecer echó una cabezada. Entonces ocurrió algo muy extraño. Estando todavía dormida, sacó las cuartillas del pecho y las rompió en dos. Van Helsing se acercó y le quitó de la mano los pedazos. Sin embargo, ella siguió haciendo el gesto de romperlas, como si todavía estuvieran en sus manos. Finalmente, elevó las manos y las abrió, como si esparciera los fragmentos de papel. Van Helsing pareció sorprenderse y arrugó el ceño como si estuviera pensando, pero no dijo nada.



19 DE SEPTIEMBRE

Durante la noche pasada Lucy durmió a ratos, siempre con miedo a dormirse, y sintiéndose más débil cada vez que despertaba. El Profesor y yo nos turnamos

para vigilar y no la dejamos sola ni por un momento. Quincey Morris no nos dijo nada acerca de sus intenciones, pero me enteré de que estuvo toda la noche montando guardia alrededor de la casa.

Cuando se hizo de día, la luz nos reveló los estragos que habían sufrido las fuerzas de la pobre Lucy. Apenas podía volver la cabeza y el escaso alimento que pudo tomar no pareció sentarle bien. A veces se quedaba dormida y tanto Van Helsing como yo notamos el cambio que se producía en ella de estar dormida a estar despierta. Mientras dormía parecía más fuerte, aunque más macilenta, y su respiración era más tranquila; su boca abierta mostraba unas encías pálidas y contraídas, por lo que sus dientes parecían realmente más largos y afilados de lo normal. Cuando se despertaba, la dulzura de sus ojos evidentemente cambiaba su expresión y volvía a ser ella misma, aunque moribunda. Por la tarde preguntó por Arthur y le telegrafiamos. Quincey fue a buscarle a la estación.

Cuando llegó eran casi las seis. El sol se estaba ocultando y su luz rojiza, que entraba a raudales por la ventana, daba un poco de color a las pálidas mejillas de Lucy. Al verla, Arthur sencillamente se quedó sin respiración y ninguno de nosotros supimos qué decirle. En las últimas horas, se fueron haciendo cada vez más frecuentes los períodos de sueño, o ese estado comatoso, que tanto se le parecía, por lo que se acortaron los intervalos en los que podía hablarse con ella. La presencia de Arthur, sin embargo, daba la impresión de actuar como estimulante. Lucy se recuperó un poco y habló con su prometido más animadamente de lo que lo había hecho desde nuestra llegada. Él también se serenó y se mostró lo más alegre que pudo, de modo que todo se hizo lo mejor posible.

Ahora es casi la una, y él y Van Helsing le están haciendo compañía. Tengo que relevarlos dentro de un cuarto de hora y, mientras tanto, estoy registrando esto en el fonógrafo de Lucy. Tratarán de descansar hasta las seis. Me temo que mañana ya no tendremos que vigilarla más, ya que la conmoción ha sido demasiado fuerte; la pobre niña no podrá recuperarse. Que Dios nos ayude a todos.



CARTA DE MINA HARKER A LUCY WESTENRA

[no abierta por la destinataria]

17 DE SEPTIEMBRE

QUERIDÍSIMA LUCY:

Me parece que hace una *eternidad* que no tengo noticias tuyas ni te escribo. Sé que me lo perdonarás cuando hayas leído todo lo que me ha pasado. Lo primero es que me he traído aquí a mi marido. Cuando llegamos a Exeter nos esperaba en un coche Mr. Hawkins, a pesar de sufrir un ataque de gota. Nos llevó a su casa, donde nos tenía preparadas unas bonitas y cómodas habitaciones, y cenamos juntos. Después de la cena, Mr. Hawkins nos dijo:

—Queridos amigos, quiero brindar a vuestra salud y felicidad, y por que os acompañen todas las bendiciones. Os conozco a los dos desde que erais unos niños y os he visto crecer con cariño y orgullo. Quiero que os quedéis a vivir conmigo. No me queda ningún hijo o hija; todos han muerto; de modo, que os he dejado todo en mi testamento.

Te confieso, querida Lucy, que me eché a llorar cuando Jonathan y el anciano se estrecharon la mano. Nuestra velada fue muy, muy feliz.

De modo que aquí estamos, instalados en esta preciosa mansión antigua. Tanto desde mi habitación como desde el salón puedo ver los grandes olmos de la cercana catedral, con sus enormes ramas negras destacándose sobre la piedra amarillenta. Y puedo oír a los grajos en lo alto, graznando y graznando, parloteando y chismorreando todo el día, como suelen hacer los grajos… y los seres humanos. No necesito decirte lo ocupada que estoy, ordenando cosas y llevando la casa. Jonathan y Mr. Hawkins están todo el día ocupados, ya que, como Jonathan es ahora su socio, Mr. Hawkins quiere ponerle al corriente acerca de los clientes.

¿Qué tal está tu querida madre? Ojalá pudiera escaparme a la ciudad un día o dos para verte, querida, pero aún no me atrevo, con tantas responsabilidades sobre mis espaldas. Además, Jonathan necesita cuidados todavía. Está empezando a engordar un poco, pero estaba extremadamente débil a causa de su larga enfermedad. Incluso ahora tiene repentinos sobresaltos en sueños y se despierta temblando, hasta que logro persuadirle de que recupere su placidez habitual. Sin embargo, a Dios gracias, esas ocasiones son cada vez menos frecuentes a medida que pasan los días, y confío en que, con el tiempo, desaparezcan por completo. Ahora que te he contado mis novedades, permíteme

que te pregunte por ti. ¿Cuándo y dónde te vas a casar? ¿Quién va a celebrar la boda? ¿Qué vas a ponerte? ¿Va a ser una boda con muchos invitados o íntima? Cuéntame todo sobre la boda, querida, y sobre todo lo demás, porque no hay nada que a ti te interese que no me importe también a mí. Jonathan me pide que te envíe sus "respetuosos saludos", pero no creo que eso esté bien por parte del joven socio de la importante firma Hawkins & Harker. De modo, puesto que tú me quieres y él también, y yo os quiero a los dos en todos los modos y tiempos verbales, en su lugar simplemente te mando su "afecto". Adiós, querida Lucy, te deseo lo mejor.

Tuya,

MINA HARKER

INFORME DE PATRICK HENNESSEY, M.D., M.R.C.S., L.K.Q.C.P.I., ETC. ETC. A JOHN SEWARD

20 DE SEPTIEMBRE[26]

DISTINGUIDO COLEGA:

De acuerdo con sus deseos, le remito un informe sobre el estado de los pacientes que dejó a mi cargo… En cuanto a Renfield, hay mucho que contar. Ha sufrido otra crisis que pudo haber tenido un final espantoso, pero que, por fortuna, no tuvo consecuencias de qué lamentarse. Esta tarde llegó un carro con dos hombres a la casa vacía, cuyo terreno linda con el nuestro, la misma casa a la que, como recordará, nuestro paciente huyó en un par de ocasiones. Los hombres se detuvieron junto a nuestra verja de entrada para preguntar al portero el camino a seguir, ya que eran forasteros. Yo mismo estaba asomado a la ventana del despacho, fumando un cigarrillo después de la cena, y vi acercarse a uno de ellos a nuestro edificio. Al pasar bajo la ventana de la habitación de Renfield, el paciente empezó a reñirle desde dentro, llamándole de todo lo que le vino en gana. El hombre, que parecía un tipo bastante razonable, se limitó a decirle "cierre el pico, malhablado", a lo que nuestro paciente replicó acusándole de haberle robado y de querer matarlo, añadiendo que se lo impediría, aunque le

ahorcaran por eso. Abrí la ventana y le hice señas al hombre para que no le prestase atención, de modo que, tras echar un vistazo al edificio y darse cuenta del lugar en donde se encontraba, se limitó a decir:

—¡Que Dios le bendiga, caballero! No voy a preocuparme por lo que me digan en una condenada casa de locos. Les compadezco a usted y al patrón por tener que vivir en la misma casa con una bestia salvaje como esa.

Después me preguntó bastante cortésmente por dónde se entraba a la casa vacía y yo le indiqué el camino, marchándose a continuación, seguido por las amenazas, maldiciones e injurias de nuestro paciente. Bajé a ver si podía averiguar la causa de su enfado, ya que normalmente se porta muy bien, y salvo sus accesos de violencia, jamás había ocurrido nada parecido. Cuál no sería mi sorpresa al encontrarle completamente tranquilo y de lo más afable. Intenté hacerle hablar del incidente, pero él me preguntó amablemente a qué me refería, lo que me hizo pensar que se había olvidado por completo del asunto. Lamento decir, sin embargo, que no era sino una muestra más de su astucia, pues antes de que pasara media hora volví a tener noticias suyas. Esta vez se había escapado por la ventana y corría por la avenida. Di voces a los guardianes para que le siguieran y corrí tras él, pues temía que intentara hacer alguna maldad. Mis temores se confirmaron al ver que venía hacia mí el mismo carro que había pasado antes, cargado con grandes cajones. Los carreteros se enjugaban la frente y estaban sofocados, como si hubieran realizado un violento esfuerzo. Antes de que pudiera alcanzarle, el paciente se abalanzó sobre ellos, y arrojando a uno de ellos del carro, empezó a golpearle la cabeza contra el suelo. De no haberle sujetado yo en ese preciso momento, creo que hubiera matado al carretero allí mismo. Su compañero saltó del carro y le pegó en la cabeza con el extremo de su grueso látigo. Fue un golpe terrible, pero no pareció importarle, ya que también le agarró a él y forcejeó con nosotros tres, zarandeándonos como si fuésemos gatitos, aunque como usted sabe yo no soy precisamente una persona de poco peso y los otros dos hombres eran bastante fornidos. Al principio peleó en silencio, pero cuando ya empezábamos a dominarle y los guardianes le estaban poniendo la camisa de fuerza, empezó a gritar: "¡Se lo impediré! ¡No me robarán! ¡No voy a dejar que me maten poco a poco! ¡Lucharé por mi Amo y Señor!", y toda clase de incoherencias y desvaríos similares. Tuvieron bastantes dificultades para traerlo de vuelta al sanatorio y meterlo en la celda acolchada. Uno de los guardianes, Hardy, se rompió un dedo. Pero se lo reduje bastante bien y ya está mejor.

Al principio, los dos carreteros nos amenazaron a voz en grito con exigirnos

daños y perjuicios y prometieron hacer caer sobre nosotros todo el peso de la ley. No obstante, sus amenazas se mezclaban con una especie de veladas disculpas por la derrota sufrida a manos de un pobre loco. Decían que, de no haber sido por el esfuerzo que tuvieron que hacer para transportar y levantar los pesados cajones, hubieran acabado con él enseguida. Otra razón que dieron para justificar su derrota fue la tremenda sed que les había provocado aquel trabajo polvoriento y la censurable distancia que había desde su lugar de trabajo a cualquier local de esparcimiento público. Comprendí perfectamente su propósito, y tras un buen vaso de ponche, o más bien unos cuantos, y un soberano a cada uno, hicieron poco caso del ataque y juraron que algún día encontrarían un loco peor, por el simple gusto de enfrentarse a un "tipo tan pijotero". Les tomé el nombre y la dirección, por si llegáramos a necesitarlos. Son los siguientes: Jack Smollet, Rudding's Rents, King George's Road (Great Walworth) y Thomas Snelling, Peter Parley's Row, Guide Court (Bethnal Green). Ambos son empleados de Harris e Hijos, Compañía de Mudanzas y Transportes Marítimos, Orange Master's Yard (Soho).

Le tendré informado de cualquier asunto interesante que pueda ocurrir aquí y le telegrafiaré inmediatamente si surge algo importante.

Le reitero mis saludos más afectuosos,

PATRICK HENNESSEY

CARTA DE MINA HARKER A LUCY WESTENRA [no abierta por la destinataria]

18 DE SEPTIEMBRE

QUERIDÍSIMA LUCY:

Nos ha acontecido una lamentable desgracia. Mr. Hawkins ha muerto repentinamente. Tal vez piensen algunos que no es tan lamentable para nosotros, pero habíamos llegado a quererle tanto que realmente tenemos la sensación de haber perdido a un padre. Yo no llegué a conocer a mis padres, de modo que la muerte de este querido anciano ha sido para mí un golpe tremendo. En cuanto a Jonathan, está terriblemente desolado. No es solo que sienta pena, una pena

profunda por este hombre bueno que le ha ofrecido su amistad durante toda su vida y que ahora, al final de la misma, le ha tratado como a su propio hijo, dejándole una suma de dinero que, para gente modesta como nosotros, supone una riqueza que rebasa cualquier sueño de avaro. Lo siente además por otros motivos. Afirma que la gran responsabilidad que ahora recae sobre él le asusta. Empieza a dudar de sí mismo. Yo trato de darle ánimos y *mi* confianza en *él* le ayuda a confiar en sí mismo. Por eso le afecta más la grave conmoción que ha sufrido. Cuesta creer que un temperamento afable, sencillo, noble y fuerte como el suyo —que le ha permitido ascender, con la ayuda de nuestro buen y querido amigo, de pasante a jefe en pocos años—, se haya estropeado tanto hasta el punto de perder la esencia misma de su fuerza. Perdóname, querida, que te moleste con mis problemas cuando eres tan feliz. Pero, querida Lucy, necesito contárselos a alguien, ya que el esfuerzo de aparentar estar alegre y animosa ante Jonathan me fatiga y aquí no hay nadie en quien pueda confiar. Me aterra ir a Londres, pero tendremos que ir pasado mañana, ya que el pobre Mr. Hawkins dispuso en su testamento que quería ser enterrado en la tumba de su padre. Como no tiene parientes, Jonathan tendrá que presidir el duelo. Trataré de escaparme para verte, querida, aunque solo sean unos minutos. Perdóname por preocuparte. Mis mejores deseos,

Siempre tuya,

MINA HARKER

DIARIO DEL DR. SEWARD

20 DE SEPTIEMBRE

Solo mi determinación y la costumbre hacen posible que grabe algo esta noche. Me siento tan desgraciado, tan deprimido, tan harto del mundo y de todo cuanto hay en él, incluida la vida misma, que no me importaría oír en estos momentos el aleteo del ángel de la muerte. Lo cierto es que últimamente ha estado batiendo sus siniestras alas con un propósito específico: la madre de Lucy, el padre de Arthur, y ahora… Pero prosigamos.

A su debido tiempo relevé a Van Helsing en la vigilancia de Lucy. Queríamos que Arthur fuera también a descansar, pero al principio se negó. Solo

consintió en irse cuando le dije que necesitábamos su ayuda durante el día y que no debíamos derrumbamos todos por falta de descanso, para no perjudicar a Lucy. Van Helsing fue muy amable con él.

—Vamos, hijo —dijo—. Venga conmigo. Está usted enfermo y débil y ha padecido muchos sufrimientos y mucha angustia, así como esa puesta a prueba de sus fuerzas que ya conocemos. No debe quedarse solo, porque la soledad alimenta los temores y las alarmas. Venga al salón, donde arde un buen fuego y hay dos sofás. Usted se echará en uno de ellos, y yo en el otro, y nuestra proximidad nos servirá a los dos de consuelo, aunque no hablemos o incluso nos quedemos dormidos.

Arthur salió con él, volviéndose a mirar con impaciencia el rostro de Lucy, que yacía sobre la almohada, casi más blanco que el papel. Estaba completamente inmóvil, lo que aproveché para echar una ojeada a la habitación y asegurarme de que todo estaba en orden. Comprobé que el Profesor había llevado a cabo en esta habitación también su propósito de utilizar flores de ajo, como en la otra. Todo el marco de la ventana apestaba y Lucy llevaba alrededor del cuello, sobre el pañuelo de seda que Van Helsing no dejaba nunca que se quitara, una tosca guirnalda de esas mismas flores olorosas. Lucy respiraba con dificultad y su rostro tenía peor aspecto que nunca, ya que su boca abierta dejaba al descubierto sus pálidas encías. Con aquella luz débil y vacilante, sus dientes parecían más largos y afilados que esa misma mañana. Especialmente, y debido a algún efecto óptico, los colmillos daban la impresión de ser más largos y afilados que el resto. Me senté a su lado y poco después la vi moverse inquieta. En aquel preciso instante se oyó una especie de aleteo o golpeteo sordo en la ventana. Me acerqué en silencio y atisbé por una rendija de la persiana. Como había luna llena, pude ver que el ruido lo producía un enorme murciélago que revoloteaba —sin duda atraído por la luz, aunque fuera tan débil— y que, de vez en cuando, golpeaba la ventana con sus alas. Cuando volví a mi asiento, observé que Lucy se había movido ligeramente y había arrancado las flores de ajo de su garganta. Se las volví a colocar lo mejor que pude y seguí vigilando.

Poco después se despertó y le di de comer, como había ordenado Van Helsing. Tomó muy poco, y eso por inercia. Parecía haber abandonado esa especie de lucha inconsciente por la vida y la recuperación de sus fuerzas que hasta entonces había caracterizado su enfermedad. Me sorprendió que en el mismo momento de recobrar el conocimiento estrechara contra su pecho las flores de ajo. Desde luego resultaba extraño que se quitara las flores de encima cada vez que se sumía en aquel estado letárgico, durante el cual respiraba con

tanta dificultad, y que, al despertar, se aferrara a ellas. Era imposible equivocarse en esto, ya que en las largas horas que siguieron se durmió y volvió a despertarse numerosas veces, repitiendo en cada ocasión esos mismos gestos.

A las seis [de la mañana] vino Van Helsing a relevarme. Arthur estaba echando una cabezada y el compasivo profesor le dejó dormir. Cuando vio el rostro de Lucy, volví a escuchar su característica respiración sibilante, mientras me decía en un repentino susurro:

—¡Levante la persiana! ¡Necesito luz!

A continuación se inclinó hasta casi rozar a Lucy con su rostro y la examinó minuciosamente. Retiró las flores y le quitó del cuello el pañuelo de seda. Al hacerlo retrocedió y le oí exclamar: "Mein Gott!", como si la voz se le ahogara en la garganta. Me incliné yo también a mirar y lo que vi me produjo un escalofrío peculiar.

Las heridas de su garganta habían desaparecido completamente.

Durante cinco largos minutos, Van Helsing se quedó mirándola, más preocupado que nunca. Luego se volvió hacia mí y me dijo tranquilamente:

—Se está muriendo. Ya no puede tardar mucho. Présteme atención, hay mucha diferencia entre que muera estando consciente o lo haga estando dormida. Despierte a ese pobre muchacho y déjele que venga a verla por última vez. Está esperando que lo hagamos; se lo hemos prometido.

Fui al comedor y le desperté. Estaba algo aturdido al principio, pero cuando vio que el sol entraba a raudales a través de las rendijas de los postigos, creyó que era tarde y se asustó. Le aseguré que Lucy estaba todavía dormida, pero le dije, lo más suavemente que pude, que tanto Van Helsing como yo nos temíamos que el final estaba próximo. Se cubrió el rostro con las manos y se arrodilló junto al sofá, donde permaneció, quizás un minuto, con la cabeza escondida, rezando, mientras sus hombros temblaban al sollozar. Le tomé de la mano y lo levanté.

—Vamos, querido amigo —le dije—, ármate de valor; será mejor y más fácil para *ella*.

Nada más entrar en la habitación de Lucy, vi que Van Helsing, con su habitual previsión, se las había arreglado para que todo tuviera un aspecto lo más agradable posible. Incluso había peinado a Lucy, de modo que su cabellera yacía sobre la almohada con sus brillantes rizos de costumbre. Al entrar nosotros en la habitación abrió los ojos y, al ver a su prometido, susurró suavemente:

—¡Arthur! ¡Amor mío! ¡Qué contenta estoy de que hayas venido! —Él se inclinó para besarla, pero Van Helsing le indicó con la mano que retrocediera.

—¡No, todavía no! —susurró— Coja su mano, eso la consolará más.



De modo que Arthur le cogió la mano y se arrodilló al lado de ella, que ofrecía muy buen aspecto, en el que la suavidad de sus facciones rivalizaba con la angélica belleza de sus ojos. Poco a poco cerró los ojos y se sumió en un profundo sueño. Durante unos momentos su pecho palpitó suavemente y su respiración iba y venía, como si se tratara de una niña cansada de tanto correr.

Luego, imperceptiblemente se operó en ella ese extraño cambio que ya había observado durante la noche. Su respiración se hizo más estertorosa, abrió la boca y sus pálidas encías, contraídas, dejaron al descubierto unos dientes más largos y afilados que nunca. En medio de su imprecisa e inconsciente duermevela, abrió los ojos, que ahora parecían tristes y al mismo tiempo duros, y dijo con voz suave y voluptuosa, que yo nunca había escuchado de sus labios:

—¡Arthur! ¡Amor mío! ¡Qué contenta estoy de que hayas venido! ¡Bésame!

Arthur se inclinó con impaciencia para besarla. Pero en aquel momento Van Helsing —quien, como yo, se había sobresaltado al oír su voz— se abalanzó sobre él y, cogiéndole por el cuello con ambas manos, le apartó con un furor y una fuerza que nunca pensé que pudiera tener y le lanzó materialmente casi al

otro extremo de la habitación.

—¡No haga eso, por lo que más quiera! —dijo—. ¡Por la salvación de su alma y la de ella!

Y se interpuso entre ellos como un león acorralado.

Arthur se quedó tan estupefacto que por unos instantes no supo ni qué decir. Y antes de que cualquier impulso violento se apoderara de él, se dio cuenta de dónde se encontraba y en qué circunstancias, y permaneció callado, expectante.

Ni Van Helsing ni yo perdíamos de vista a Lucy, por lo que pudimos ver un acceso pasajero de rabia en su rostro, como una sombra, y el rechinar de sus afilados dientes. Entonces cerró los ojos y su respiración se hizo pesada.

Cuando poco después volvió a abrirlos, habían recobrado toda su dulzura. Luego alargó su pobre mano, pálida y delgada, para coger la de Van Helsing, grande y morena, la atrajo hacia sí y la besó.

—¡Mi fiel amigo! —dijo con voz débil pero repleta de patetismo—. ¡Mi leal amigo, que también lo es suyo! ¡Oh, cuide de él y permita que yo descanse en paz!

—¡Lo juro! —dijo Van Helsing solemnemente, arrodillándose al lado de ella y cogiendo su mano, como quien presta juramento. Luego, volviéndose hacia Arthur, le dijo:

—Adelante, hijo, coja su mano y bésela en la frente, pero solo una vez.

En vez de sus labios se encontraron sus miradas; y de esta manera se despidieron.

Lucy cerró los ojos de nuevo y Van Helsing, que había estado observando atentamente, cogió a Arthur de la mano y se lo llevó.

La respiración de Lucy se hizo de nuevo estertorosa y de repente cesó.

—Se acabó —dijo Van Helsing—. ¡Ha muerto!

Cogí a Arthur por el brazo y lo llevé al salón, donde se sentó, tapándose la cara con las manos y sollozando de tal forma que casi me partió el corazón.

Cuando volví a la habitación, encontré a Van Helsing contemplando por última vez a la pobre Lucy con una expresión más sombría que nunca. El cuerpo de la joven había experimentado un cambio. La muerte le había devuelto parte de su antigua belleza, ya que tanto la frente como las mejillas habían recuperado su suavidad de líneas, e incluso los labios habían perdido su palidez cadavérica. Era como si la sangre, que ahora su corazón ya no necesitaba, hubiera acudido a su rostro para dulcificar lo más posible el rigor de la muerte.

La creímos agonizante mientras dormía
Y dormida cuando murió.

Me acerqué a Van Helsing y le dije:

—¡Pobre chica, por fin ha encontrado la paz! ¡Es el fin!

—No es así —dijo el Profesor con grave solemnidad, volviéndose hacia mí—. ¡Desgraciadamente, no es así! ¡Es solo el comienzo!

Al preguntarle qué quería decir, se limitó a menear la cabeza y contestó:

—No podemos hacer nada todavía. Hay que esperar a ver qué pasa.

Capítulo XIII



DIARIO DEL DR. SEWARD
(Continuación)

Se dispuso que el funeral se celebrara dos días después, para que Lucy y su madre pudiesen ser enterradas juntas. Me ocupé de todas las espantosas formalidades y el cortés empresario de pompas fúnebres demostró que sus empleados estaban aquejados —o dotados— de la misma amabilidad obsequiosa que él. Incluso la mujer que se ocupó de amortajar a las difuntas me comentó al salir de la cámara mortuoria, en el tono confidencial propio entre colegas:

—Es un cadáver muy hermoso, caballero. Ha sido un auténtico privilegio ocuparme de ella. ¡No exagero si le digo que prestigiará a nuestro establecimiento!

Me di cuenta de que Van Helsing no se alejaba nunca. Posiblemente era debido al desorden que había en la casa. Como no estaba presente ningún familiar de las difuntas y Arthur tenía que regresar al día siguiente para asistir al funeral de su padre, no pudimos avisar a ningún deudo. Dadas las circunstancias, Van Helsing y yo nos encargamos personalmente de examinar documentos, etc. El Profesor insistió en echar un vistazo a los papeles de Lucy. Le pregunté el motivo, ya que temía que, siendo extranjero, no estuviera al corriente de los requisitos legales ingleses y que, en su ignorancia, nos causara algún engorro innecesario.

—Lo sé, lo sé. Pero olvida usted que, además de doctor en medicina, soy abogado. Aunque no se trata de un asunto completamente legal. Usted lo sabía al eludir al juez. Yo tendré que eludir a alguien más que al juez. Puede que haya más papeles… como este.

Mientras hablaba, sacó de su cartera el memorándum que Lucy había escondido en su pecho y que había roto en sueños.

—Cuando se entere de la dirección del abogado de la difunta Mrs. Westenra, selle todos los documentos y escríbale esta misma noche. En cuanto a mí, me quedaré aquí toda la noche registrando esta habitación y el antiguo cuarto de Lucy para ver lo que puedo encontrar. No estaría bien que sus pensamientos más íntimos cayeran en manos de extraños.

Cumplí con la parte de trabajo que me había correspondido y al cabo de media hora ya había encontrado el nombre y dirección del abogado de Mrs. Westenra y le había escrito. Todos los papeles de la pobre señora estaban en orden y contenían instrucciones precisas sobre el lugar donde debía ser enterrada. Apenas había cerrado la carta al abogado, cuando, con gran sorpresa por mi parte, entró Van Helsing en la habitación y me dijo:

—¿Puedo ayudarle, amigo John? Estoy desocupado, y si me lo permite, me pongo a su disposición.

—¿Encontró lo que buscaba? —pregunté.

—No buscaba nada específico —replicó él—. Tan solo esperaba encontrar, y lo he encontrado, todo lo que había: únicamente algunas cartas, unos cuantos memorandos y un diario recién empezado. Aquí los tengo, pero de momento no haremos mención de ellos. Mañana por la tarde veré a ese pobre muchacho, y

con su aprobación, utilizaré algunos.

Una vez terminado el trabajo que teníamos entre manos, me dijo:

—Y ahora, amigo John, creo que podemos acostarnos. Tanto usted como yo necesitamos dormir y descansar para recuperarnos. Mañana tendremos que hacer muchas cosas, pero esta noche ya no hacemos falta. ¡Y bien que lo siento!

Antes de recogernos fuimos a ver a la pobre Lucy. Los de la funeraria habían hecho un buen trabajo, desde luego, transformando la habitación en una pequeña *chapelle ardente*. Había una infinidad de hermosas flores blancas, que hacía menos repulsivo, si cabe, el espectáculo de la muerte. El extremo del sudario cubría el rostro de la muerta, y cuando el Profesor se inclinó y lo levantó suavemente, a ambos nos impresionó la belleza de sus rasgos, que podía apreciarse perfectamente gracias a los grandes cirios que iluminaban profusamente la habitación. Lucy había recuperado todo su encanto al morir, y las horas transcurridas desde entonces, en lugar de dejarle señales inequívocas de los "dedos evanescentes de la descomposición", le habían devuelto la belleza que tenía en vida, hasta el punto de que no podía creer realmente que estuviera viendo un cadáver.

El Profesor parecía muy serio. Él no la había amado como yo y no tenía por qué llorar.

—Quédese —me dijo— hasta que yo regrese.

Y abandonó la habitación.

Volvió con un manojo de flores de ajo silvestre, que había cogido de la caja que quedaba, todavía sin abrir, en el vestíbulo, y las colocó entre las otras, sobre la cama y alrededor de ella. Después sacó un pequeño crucifijo de oro de debajo del cuello de su camisa y lo puso sobre los labios de la muerta. A continuación volvió a taparle el rostro con el extremo del sudario y nos marchamos.

Estaba desnudándome en mi habitación, cuando, tras golpear ligeramente a la puerta para advertirme de su llegada, entró Van Helsing y se puso inmediatamente a hablar.

—Mañana, antes de que anochezca, quiero que me traiga el instrumental completo para hacer una autopsia.

—¿Es preciso que le hagamos la autopsia? —pregunté.

—Sí y no. Quiero efectuar una operación, pero no es lo que usted piensa. Le diré de qué se trata, pero ni una palabra a nadie más. Quiero cortarle la cabeza y sacarle el corazón. ¡Vaya! ¿Se escandaliza usted siendo cirujano? Usted, a quien he visto practicar, sin temblarle la mano o el corazón, operaciones a vida o

muerte que hacían estremecerse a sus colegas. Disculpe, querido amigo John, sé que no hay que olvidar que usted la amaba. Y no lo he olvidado, ya que voy a ser yo el que opere; usted únicamente me ayudará. Me gustaría hacerlo esta misma noche, pero no lo hago por Arthur. Mañana, después del funeral de su padre, estará libre y querrá verla… ver *eso*. Y luego, cuando la metan en el ataúd para el sepelio del día siguiente, vendremos usted y yo mientras los demás duermen. Desatornillaremos la tapa del ataúd y efectuaremos nuestra operación. Después volveremos a poner todo en su sitio, para que nadie lo sepa, excepto nosotros.

—Pero ¿por qué tenemos que hacerlo? La chica está muerta. ¿Por qué mutilar su pobre cuerpo sin necesidad? Pues si no es necesario para la autopsia y nada vamos a sacar con ello —ninguna utilidad para ella, ni para nosotros, ni para la ciencia o el conocimiento humano— ¿por qué hacerlo? Es monstruoso hacerlo sin ningún motivo.

Me contestó con infinita ternura, poniéndome la mano en la espalda:

—Amigo John, me compadezco de su pobre corazón sufriente y le quiero aún más por lo que sufre. Si pudiera, haría mía la carga que usted soporta. No obstante, hay cosas que usted ignora, aunque pronto las sabrá, y me bendecirá por ello, a pesar de lo desagradables que son. John, hijo, usted ha sido mi amigo durante muchos años, ¿acaso oyó alguna vez que yo hiciera algo sin una buena razón? Puedo equivocarme, porque solo soy un hombre, pero creo en todo lo que hago. ¿Acaso no fue por eso por lo que me mandó llamar cuando empezaron los problemas? ¡Claro que sí! ¿Acaso no se sorprendió, e incluso se horrorizó, cuando impedí que Arthur besara a su amada, a pesar de estar a punto de morir, y le aparté de ella con todas mis fuerzas? ¡Claro que sí! ¿Y no vio usted que ella, no obstante, me lo agradeció con sus hermosos ojos mortecinos y también con su voz, tan débil, y que besó mi callosa mano de anciano y me bendijo? ¡Claro que sí! ¿Y no oyó el juramento que le hice, y la vio cerrar los ojos agradecida por ello? ¡Pues claro que sí!

"Pues bien, ahora tengo una buena razón para todo lo que me propongo hacer. Usted ha confiado en mí durante muchos años; me creyó en las últimas semanas, cuando ocurrían cosas tan extrañas que bien podían haberle hecho dudar. Créame un poco más todavía, amigo John. Si no confía en mí, tendré que contarle todo lo que pienso al respecto; y eso quizás no convenga. Y si debo actuar sin la confianza de un amigo —y tendré que hacerlo aunque usted no confíe en mí—, lo haré con el corazón oprimido y me sentiré muy solo ¡cuando necesito toda la ayuda y el aliento posibles!

Se interrumpió unos instantes y prosiguió con solemnidad:

—Amigo John, nos esperan días terribles. Debemos estar unidos para llevar a buen fin lo que nos proponemos. ¿No va a confiar en mí?

Le cogí la mano y le prometí que sí. Cuando se marchó dejé la puerta abierta y le vi entrar en su habitación y cerrar la puerta. Mientras permanecía inmóvil, vi que una de las doncellas atravesaba el corredor en silencio —como me daba la espalda, no me vio— y entraba en la habitación donde yacía Lucy. Aquello me conmovió. Es tan rara la lealtad que, cuando alguien la muestra espontáneamente hacia aquellos a quienes queremos, se lo agradecemos mucho. Ahí estaba esa pobre chica que, sobreponiéndose al terror que seguramente debía sentir ante la muerte, iba a velar, sola, junto al féretro de su amada señorita, para que sus pobres restos no estuviesen solos hasta recibir el descanso eterno…

Debí dormir mucho y profundamente, pues cuando Van Helsing entró en mi habitación y me despertó, era ya pleno día. Vino a la cabecera de mi cama y me dijo:

—No tiene que preocuparse de los bisturís. No vamos a necesitarlos.

—¿Por qué no? —pregunté sorprendido, pues su seriedad de la noche anterior me había impresionado profundamente.

—Porque —dijo con severidad— es demasiado tarde… o demasiado pronto. ¡Mire! —añadió, mostrándome el pequeño crucifijo de oro—. Robaron esto durante la noche.

—¿Cómo que lo robaron —pregunté con asombro— si lo tiene usted ahí?

—Porque me lo ha devuelto la malvada que lo robó, esa mujer que robó tanto a los muertos como a los vivos. Sin duda tendrá su castigo, aunque no seré yo quien se lo imponga. La pobre no sabía muy bien lo que hacía y, al ignorarlo, lo único que ha hecho ha sido robar. Ahora debemos esperar.

Se fue sin añadir nada más, dejándome con un nuevo misterio en que pensar, un nuevo enigma que descifrar.

La mañana fue monótona, pero al mediodía llegó el abogado: Mr. Marquand de la firma Wholeman, Hijos, Marquand & Lidderdale. Estuvo muy cordial y se mostró muy agradecido por lo que habíamos hecho, librándonos a nosotros de tener que ocuparnos de los detalles. Durante el almuerzo nos contó que, desde hacía algún tiempo, Mrs. Westenra esperaba morirse de un ataque al corazón y había puesto en orden todos sus asuntos. Nos informó de que, a excepción de cierta propiedad vinculante del padre de Lucy, que ahora, a falta de descendencia directa, volvía a una rama lejana de la familia, toda su fortuna y propiedades las dejaba a Arthur Holmwood. Después de contarnos todo eso, prosiguió:

—Con franqueza les diré que hicimos todo lo posible para evitar semejante disposición testamentaria, haciéndole notar ciertas contingencias que podían dejar a su hija sin un céntimo o impedirle actuar con entera libertad en lo relativo a una alianza matrimonial. Realmente la apremiamos tanto que casi tuvimos un conflicto, ya que nos preguntó si estábamos o no dispuestos a realizar sus deseos. Naturalmente, no tuvimos más remedio que aceptar. Pero, en principio, teníamos razón, y por la lógica de los acontecimientos, hubiéramos tenido un noventa y nueve por ciento de posibilidades de demostrar lo correcta que era nuestra opinión. No obstante, debo admitir con franqueza que en este caso, cualquier otra disposición testamentaria hubiese hecho imposible el cumplimiento de sus deseos. Porque al morir antes que su hija, esta hubiera entrado en posesión de todos los bienes, y aunque solo sobreviviera a su madre cinco minutos, en caso de no aparecer testamento —y era prácticamente imposible que existiera testamento en un caso como este— se consideraría que había muerto sin testar. En cuyo caso, Lord Godalming, a pesar de ser un amigo tan querido, no podría reclamar nada. Y sería poco probable que los herederos, aun siendo parientes lejanos, renunciaran a sus justos derechos por razones sentimentales, en favor de un completo desconocido. Les aseguro, caballeros, que estoy contento del resultado, muy contento.

Era una buena persona, sin duda, pero el hecho de que se alegrara de una parte insignificante —en la que estaba oficialmente interesado— de una tragedia tan grande, era todo un ejemplo de las limitaciones de la comprensión humana.

No se quedó mucho rato, pero dijo que a última hora de la tarde nos haría una visita rápida para ver a Lord Godalming. Su llegada, no obstante, nos produjo un cierto alivio, ya que nos aseguraba que no debíamos temer críticas hostiles a ninguna de nuestras acciones. Como esperábamos a Arthur a las cinco, un poco antes de esa hora visitamos la cámara mortuoria. Verdaderamente era eso, ya que ahora yacían allí madre e hija. El empresario de pompas fúnebres, fiel a su gremio, había efectuado el mayor alarde que pudo de sus géneros, consiguiendo que aquel lugar tuviera un ambiente mortuorio que inmediatamente nos deprimió. Van Helsing ordenó que volviese a colocar todo como estaba antes, explicándole que Lord Godalming llegaría muy pronto y sería menos angustioso para él ver los restos mortales de su *fiancée* completamente a solas. El empresario de pompas fúnebres fingió escandalizarse por su propia estupidez y se esforzó por dejarlo todo como estaba la noche anterior. De modo que, cuando llegó Arthur, pudimos evitar, en la medida de lo posible, que sufriera una impresión mayor.

¡Pobre muchacho! Parecía terriblemente triste y destrozado; incluso su virilidad a toda prueba parecía haber disminuido algo bajo la tensión de sus emociones, que tan duramente habían sido puestas a prueba. Yo sabía que sentía un sincero y devoto cariño por su padre y que, perderlo en semejante momento, había sido un duro golpe para él. Conmigo se mostró tan acogedor como siempre y con Van Helsing amable y cortés, pero le noté un poco forzado. El Profesor se dio cuenta y me indicó con la mano que le llevase arriba. Así lo hice y le dejé ante la puerta de la habitación, ya que tenía la impresión de que le gustaría quedarse a solas con ella. Pero él me cogió del brazo y me hizo entrar, diciéndome con voz ronca:

—Tú también la amabas, viejo amigo. Ella me lo contó todo y que tú eras su mejor amigo. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por ella. Todavía no puedo creer que…

De pronto se derrumbó y, echándome los brazos al cuello y apoyando su cabeza en mi pecho, gritó:

—¡Ay, Jack, Jack! ¿Qué puedo hacer? Es como si de repente la vida hubiera perdido todo su interés para mí y ya no me quedara ningún motivo para vivir.

Le consolé lo mejor que pude. En tales casos, sobran las palabras. Un apretón de manos, un abrazo, un sollozo al unísono, son expresiones de simpatía que el corazón de un hombre sabe apreciar. Permanecí inmóvil y callado hasta que su llanto se desvaneció y entonces le dije en voz baja:

—Entremos a verla.

Fuimos juntos hasta la cama y yo levanté el lienzo que cubría su rostro. ¡Dios mío, qué hermosa estaba! Cada hora que pasaba parecía realzar su belleza. Aquello me asustó y me sorprendió un poco. En cuanto a Arthur, se puso a temblar y finalmente se estremeció, presa de las dudas y la fiebre. Por último, tras una prolongada pausa, me dijo en un susurro casi imperceptible:

—Jack, ¿de veras está muerta?

Le aseguré que, desgraciadamente, así era y a continuación le indiqué —pues me parecía que debía evitar a toda costa que siguiera albergando tan horrible duda ni por un momento más— que era frecuente que, después de la muerte, se suavizaran las facciones e incluso recuperaran su belleza juvenil; que eso sucedía sobre todo cuando la muerte había sido precedida por algún sufrimiento grave o prolongado. Eso pareció disipar por completo sus dudas y, tras arrodillarse al lado de la cama, contempló amorosamente a la joven durante un rato y luego se apartó. Le dije que ese sería su último adiós, ya que debían

preparar el ataúd. Así que volvió y, tomando su mano muerta entre las suyas, la besó. Y a continuación se inclinó para besarla en la frente. Mientras se alejaba, todavía se volvió para mirarla cariñosamente por encima del hombro.

Le dejé en el salón y fui a comunicarle a Van Helsing que ya se había despedido de la muerta. El Profesor se dirigió a la cocina para decirles a los empleados de la funeraria que prosiguieran con los preparativos y cerraran el ataúd. Cuando salía de nuevo de la habitación, le comenté la pregunta que me había hecho Arthur.

—No me sorprende —replicó—. ¡Ahora mismo yo también dudé por un momento!

Mientras cenábamos los tres juntos, pude observar que el pobre Art se esforzaba por adaptarse a las circunstancias. Van Helsing había estado callado todo el tiempo, pero cuando encendimos nuestros cigarros, dijo:

—Milord…

—No, no, ¡por el amor de Dios!, eso no —le interrumpió Arthur—. Todavía no, en todo caso. Perdóneme, caballero, no era mi intención ofenderle. Pero es que mi pérdida es tan reciente.

El Profesor le contestó muy amablemente:

—Utilicé ese título únicamente porque tenía mis dudas. No puedo llamarle "señor", porque he llegado a tomarle cariño… sí, mi querido muchacho, le he tomado cariño y para mí usted también es Arthur.

Arthur le tendió la mano, estrechando cordialmente la del anciano.

—Llámeme como quiera —dijo—. Espero que pueda concederme siempre el título de amigo. Y permítame decirle que no encuentro palabras con que expresarle mi agradecimiento por su bondad con mi pobre Lucy.

Se interrumpió unos instantes y luego prosiguió:

—Sé que ella comprendió su bondad mejor incluso que yo. Y si fui descortés, o de alguna manera le falté cuando usted intervino como lo hizo, ¿se acuerda? —el Profesor asintió con la cabeza—, debe perdonarme.

Van Helsing le respondió con solemne amabilidad:

—Sé que le resultó difícil entonces confiar plenamente en mí, pues para confiar en semejante violencia es preciso comprenderla. Supongo que ahora no confía en mí, no es posible que confíe, ya que todavía no comprende. Y puede que haya más ocasiones en que necesite que confíe en mí, aunque no pueda, ni deba, comprender todavía. Pero llegará el momento en que su confianza en mí será total y completa, y lo comprenderá todo claramente. Entonces me bendecirá

de principio a fin por todo lo que he hecho por usted, por los demás, y por esa querida joven a la que juré proteger.

—Desde luego, caballero, claro que sí —dijo Arthur cariñosamente—. Confiaré por completo en usted. Ya sé que tiene usted un corazón muy generoso y que, además de amigo de Jack, lo fue de ella. Haga lo que quiera.

El Profesor se aclaró la garganta un par de veces, como si se dispusiera a hablar, y finalmente dijo:

—¿Puedo hacerle ahora una pregunta?

—Naturalmente.

—¿Sabe usted que Mrs. Westenra le ha dejado todos sus bienes?

—No, pobre señora. Nunca me lo imaginé.

—Y como ahora todo es suyo, tiene derecho a disponer de ellos como le plazca. Me gustaría que me diera permiso para leer todas las cartas y documentos de Miss Lucy. Créame, no es vana curiosidad. Tengo un motivo que, estoy seguro, ella hubiera aprobado. Aquí los tengo todos. Los cogí antes de saber que le pertenecían a usted, para que ninguna mano desconocida pudiera tocarlos, ni ningún ojo desconocido pudiese penetrar en su alma a través de las palabras. Yo los guardaré, si me lo permite. Ni siquiera usted debe verlos todavía. Los guardaré en sitio seguro. No se perderá ni una sola palabra. Y a su debido tiempo se los devolveré. Ya sé que es pedirle demasiado, pero lo hará por Lucy, ¿no es así?

Arthur habló con toda sinceridad, como es propio de él.

—Doctor Van Helsing, puede hacer lo que guste. Tengo la impresión de que al decir eso estoy haciendo algo que mi querida Lucy hubiera aprobado. No le molestaré con más preguntas hasta que llegue el momento.

El anciano Profesor se levantó y dijo con solemnidad:

—Lleva usted razón. Sin duda aún nos esperan más sufrimientos. Pero no todo será sufrimiento, ni estos serán los últimos. Usted, y nosotros también —sobre todo usted, mi querido muchacho—, tendremos que pasar todavía horas amargas antes de llegar a las dulces. Pero debemos ser valientes y generosos, y cumplir con nuestro deber. ¡Así todo irá bien!

Aquella noche dormí en un sofá, en la habitación de Arthur. Van Helsing no se acostó en toda la noche. Anduvo de un lado para otro de la casa, como si montara guardia, sin perder nunca de vista la habitación en donde yacía Lucy en su ataúd, cubierta de flores de ajo silvestre, que llenaban la noche de un olor fuerte e irresistible en contraste con el perfume de las azucenas y las rosas.

DIARIO DE MINA HARKER

22 DE SEPTIEMBRE

En el tren camino de Exeter. Jonathan duerme. Parece que fue ayer cuando hice la última anotación. Y sin embargo, cuántas cosas han pasado desde entonces, cuando me encontraba en Whitby haciendo planes para el futuro mientras Jonathan estaba lejos y no tenía ninguna noticia de él. Ahora estoy casada con Jonathan, que se ha convertido en abogado, socio de su empresa, rico y dueño de su propio negocio. Muerto y enterrado Mr. Hawkins, Jonathan sufre otro ataque que puede perjudicarle. Puede que algún día me haga preguntas al respecto. Lo he anotado todo. Estoy un poco falta de práctica con la taquigrafía —consecuencias de nuestra inesperada prosperidad—, así que no me vendría mal hacer un poco de ejercicio para refrescarla…

La ceremonia fue muy sencilla y muy solemne. Solo estuvimos nosotros dos, los sirvientes, un par de antiguos amigos de Mr. Hawkins que viven en Exeter, su agente en Londres y un caballero en representación de sir John Paxton, presidente de la Incorporated Law Society. Jonathan y yo permanecimos cogidos de la mano, sintiendo profundamente que nos hubiera abandonado nuestro mejor y más querido amigo…

Regresamos a la ciudad discretamente, tomando un autobús hasta Hyde Park Corner. Jonathan pensó que podía interesarme entrar en el Row y nos sentamos allí un rato. Pero había muy poca gente y resultaba triste y desolador ver tantas sillas vacías. Nos recordaban la otra silla vacía que encontraríamos al volver a casa, de modo que nos levantamos y nos dirigimos hacia Piccadilly. Jonathan me llevaba del brazo, como solía hacer en otro tiempo antes de ir al colegio. Me parecía incorrecto, pero no es posible estar enseñando buenos modales y decoro a otras chicas durante varios años sin que le afecte a una la pedantería aunque solo sea un poco. Sin embargo, se trataba de Jonathan, mi esposo, y no conocíamos a nadie que pudiera vernos —ni nos importaba que lo hicieran—, de modo que paseamos cogidos del brazo. Cuando estaba mirando a una chica muy guapa, tocada con una enorme pamela, que estaba sentada en una victoria a la puerta de Giuliano's, noté que Jonathan me apretaba el brazo con tal fuerza que me hacía daño, al tiempo que me decía casi sin aliento: "¡Dios mío!". Dado que Jonathan me tiene constantemente preocupada, pues temo que pueda afectarle un

nuevo ataque de nervios, me volví rápidamente y le pregunté qué era lo que le inquietaba.

Estaba muy pálido y sus ojos parecían salírsele de las órbitas, mitad por el miedo, mitad por el asombro. Miraba fijamente a un hombre alto y delgado, con una nariz ganchuda, bigote negro y barba puntiaguda, que también observaba a la preciosa joven. La miraba con tanta atención que no nos vio a ninguno de los dos, de modo que pude observarle con todo detalle. Su cara no era agradable: tenía facciones duras, crueles, sensuales, y sus dientes, grandes y blancos, que parecían más blancos todavía porque sus labios eran muy rojos, estaban afilados como los de un animal. Jonathan siguió mirándole fijamente, hasta el punto que temí que se diera cuenta y se lo tomara a mal, pues parecía violento y peligroso. Cuando le pregunté a Jonathan qué era lo que le preocupaba, me respondió, creyendo naturalmente que yo sabía tanto como él:

—¿No ves quién es?

—No, cariño —dije—, no lo conozco. ¿Quién es?

Su respuesta me sobresaltó y me produjo un estremecimiento, ya que lo dijo como si no se diera cuenta de que era a mí, a Mina, a quien estaba hablando.

—¡Es el mismo hombre!

El pobre Jonathan estaba sin duda aterrorizado por algo, sumamente aterrorizado. Creo que, si no me hubiese tenido a mí para apoyarse y no le hubiera sostenido, se hubiera venido abajo. Pero seguía mirando fijamente. Un hombre salió de la tienda con un pequeño paquete y se lo dio a la joven, que partió en su carruaje. El enigmático hombre, que tanto llamaba la atención de Jonathan, no apartaba la mirada de ella, y cuando el carruaje subía por Piccadilly, siguió en la misma dirección y llamó a un coche de alquiler. Sin dejar de vigilarlo, Jonathan dijo para sus adentros:

—Creo que es el Conde, aunque ha rejuvenecido. ¡Oh, Dios, si así fuera! ¡Dios mío! ¡De haberlo sabido antes!

Se estaba angustiando tanto que temí que prestara todavía más atención al asunto si yo le hacía preguntas al respecto. Por eso permanecí callada. Me lo llevé de allí discretamente y, cogido de mi brazo, se vino conmigo dócilmente. Caminamos un poco más y luego entramos en Green Park y nos sentamos. Para ser otoño el día era bastante caluroso, pero encontramos un banco tranquilo en un lugar sombreado. Durante unos minutos Jonathan estuvo mirando al vacío, luego cerró los ojos y se quedó dormido plácidamente, con la cabeza apoyada en mi hombro. Pensé que era lo mejor para él y por tanto no le molesté. Se despertó

al cabo de unos veinte minutos, diciéndome completamente animado:

—¡Vaya, me he quedado dormido! Perdóname, Mina, por ser tan descortés. Vamos a tomar una taza de té en alguna parte.

Sin duda se había olvidado por completo de aquel hombre enigmático, lo mismo que durante su enfermedad olvidó todo lo que este episodio le había hecho recordar. No me gustan nada esas súbitas pérdidas de memoria que ahora padece; podrían dañar su cerebro todavía más. No puedo preguntarle nada, porque tengo miedo de que eso pudiera hacerle más mal que bien. No obstante, tengo que enterarme, de una forma u otra, de lo sucedido en su viaje al extranjero. Ha llegado el momento, me temo, de abrir ese paquete y leer lo que escribió. ¡Oh!, Jonathan, sé que me perdonarás si hago lo que no debo, pero es por tu propio bien.

MÁS TARDE

Triste regreso al hogar, en todos los sentidos: falta la presencia del querido amigo que fue tan bueno con nosotros; Jonathan continúa estando pálido y aturdido, después de una ligera recaída en su enfermedad; y ahora acaba de llegar un telegrama de un tal Van Helsing, que ignoro quién pueda ser. Dice así:

"Lamento comunicar fallecimiento Mrs. Westenra hace cinco días, y Lucy anteayer. Ambas fueron enterradas hoy".

¡Oh, cuántas desgracias en tan pocas palabras! ¡Pobre Mrs. Westenra! ¡Pobre Lucy! ¡Se han ido para no volver jamás! ¡Y pobre, pobre Arthur, cuya vida se verá privada de tan dulce presencia! Que Dios nos ayude a todos a soportar nuestras tribulaciones.

DIARIO DEL DR. SEWARD

22 DE SEPTIEMBRE

Todo ha terminado. Arthur ha regresado a Ring, acompañado de Quincey Morris. ¡Qué buen mozo es el tal Morris! Creo en lo más recóndito de mi corazón que ha sentido la muerte de Lucy tanto como cualquiera de nosotros. Pero lo ha soportado todo como un valeroso vikingo. Si América puede seguir produciendo hombres como este, llegará a ser una verdadera potencia mundial.

Van Helsing está echado, descansando antes de emprender viaje. Esta noche se va a Ámsterdam, pero dice que regresará mañana por la noche y que lo único que tiene que hacer es ultimar unas gestiones que solo puede realizar personalmente. Después se quedará conmigo, si puede; dice que tiene que hacer un trabajo en Londres, que puede llevarle algún tiempo. ¡Pobre hombre! Me temo que la tensión de la semana pasada haya debilitado su férrea fortaleza física y mental. Durante el entierro pude observar los terribles esfuerzos que hacía por contenerse. Cuando todo acabó, nos acercamos a Arthur, que estaba hablando de su participación en la transfusión de sangre a las venas de Lucy, y pude observar que el rostro de Van Helsing tan pronto palidecía como se ruborizaba. Decía Arthur que desde entonces tenía la sensación de que estaban realmente casados, y que, ante los ojos de Dios, Lucy era su esposa. Ninguno de nosotros mencionó las otras transfusiones, ni lo haremos nunca. Arthur y Quincey se fueron juntos a la estación y Van Helsing y yo vinimos aquí. En cuanto nos quedamos solos en el interior del coche, el Profesor se dejó llevar por un verdadero ataque de histerismo. Siempre me ha negado que fuese histeria, insistiendo en que simplemente se trataba de su sentido del humor, que de ese modo se afirmaba bajo unas circunstancias terribles. Se echó a reír hasta saltársele las lágrimas, por lo que tuve que bajar las cortinillas, no fuese que alguien pudiera vernos y juzgara mal. Luego rompió a llorar hasta que de nuevo estalló en carcajadas: reía y lloraba a la vez, como hacen las mujeres. Traté de mostrarme firme y severo con él, como se debe hacer con una mujer en semejantes circunstancias. Pero no dio resultado. ¡Qué distintas son las reacciones de los hombres y las mujeres a la hora de manifestar el agravamiento o la disminución de su nerviosismo! Más tarde, cuando su rostro volvió a adquirir su habitual expresión grave y severa, le pregunté qué era lo que le causaba tanta hilaridad, precisamente en semejantes momentos. Su respuesta —lógica, contundente y misteriosa— fue, en cierto modo, muy propia de él:

—¡Ah!, usted no comprende, amigo John. No se crea que porque me ría no estoy triste. Esté seguro de que he llorado, incluso cuando no podía contener la risa. Pero tampoco piense que estaba apenado cuando lloraba, ya que me reía exactamente igual. Tenga siempre presente que la risa que llama a su puerta, preguntando: "¿Puedo pasar?", no es verdadera risa. ¡No! Actúa soberanamente: se presenta cuando quiere y como quiere. No pide nunca permiso, ni elige el momento adecuado. Simplemente dice: "Aquí estoy". Vea un ejemplo: me apena profundamente esa joven tan encantadora; le he dado mi sangre, a pesar de ser un viejo desmejorado; le he entregado mi tiempo, mi habilidad, mis desvelos; he

abandonado a mis otros pacientes para dedicarme a ella por entero. Y sin embargo, he sido capaz de reír delante de su tumba, mientras el ruido sordo de las paletadas de tierra que el sepulturero arrojaba sobre su ataúd retumbaba en mi corazón, hasta que la sangre retomó a mis mejillas. Mi corazón sufre por ese pobre muchacho… ese querido muchacho de la misma edad que tendría ahora mi propio hijo, si hubiera tenido la dicha de que viviera, y con su mismo pelo y sus mismos ojos. Bueno, ahora ya sabe por qué le aprecio tanto. Y no obstante, cuando dice algo que me llega hasta lo más hondo de mi corazón de esposo, y hace suspirar a mi corazón de padre como ningún otro hombre —ni siquiera usted, amigo John, ya que nuestras experiencias están en un plano de mayor igualdad que las de padre e hijo—, incluso en esos momentos, Su Majestad la Risa se presenta ante mí, gritando y vociferando: "¡Aquí estoy yo! ¡Aquí estoy yo!", hasta conseguir que la sangre vuelva a circular, aportando a mis mejillas un poco de la alegría que aquella trae consigo. ¡Ay!, amigo John, este es un mundo extraño, un mundo triste, lleno de miserias, infortunios y preocupaciones. Y sin embargo cuando su majestad la Risa aparece, logra que todos bailen al son que ella les toca. Los corazones que sufren, los huesos resecos de los cementerios, las lágrimas que escuecen al ser derramadas… todo baila al unísono, al son de la música que ella entona con su boca solemne. Y créame, amigo John, es bueno y saludable que aparezca. Porque nosotros, los hombres y las mujeres, somos como cuerdas tensas que nos arrastraran en todas direcciones. Entonces aparecen las lágrimas y, al igual que la lluvia al mojar las cuerdas, nos templan hasta que, a veces, la tensión aumenta demasiado y nos rompemos. Pero luego, Su Majestad la Risa aparece, como el sol, y vuelve a aflojar esa tensión, haciendo que sigamos con nuestro trabajo, sea el que fuere.

No quise herirle pretendiendo no haber entendido su explicación. No obstante, como seguía sin comprender el motivo de su risa, se lo pregunté. Al contestarme, su rostro fue adquiriendo una expresión cada vez más sombría, mientras me decía en un tono diferente:

—Fue a causa de la siniestra ironía que hay en todo esto: esa encantadora joven, toda engalanada de flores —que parecía tan hermosa como en vida, hasta el punto de que todos nosotros, uno tras otro, nos preguntamos si estaba realmente muerta—, yaciendo en aquel espléndido mausoleo de mármol del cementerio solitario, en donde descansan los suyos, junto a la madre que la amó y a la que ella tanto quería; aquel tañido triste, lento, doblando a muerto; aquellos santos varones con los ropajes blancos de los ángeles, simulando que leían en unos libros, aunque en ningún momento miraran sus páginas; y por fin,

todos nosotros cabizbajos. ¿Y todo esto para qué? Ella ha muerto, ¿no es así?

—¡Por vida de…!, Profesor —dije—. No veo nada risible en todo eso. Su explicación solo ha conseguido confundirme todavía más. Pero aun suponiendo que el oficio de difuntos resultara cómico, ¿qué me dice del pobre Arthur y de su aflicción? Realmente tenía el corazón destrozado.

—Ni más ni menos. ¿Acaso no dijo que la transfusión de su sangre a las venas de Lucy la había convertido en su verdadera esposa?

—Sí, y ese pensamiento sin duda le resultaba grato y reconfortante.

—Efectivamente. Pero aquí surge una dificultad, amigo John. Si eso es cierto, entonces ¿qué pasa con las otras transfusiones? ¡Eh! En ese caso, la encantadora Lucy sería poliándrica. Y yo, para quien mi pobre esposa ha muerto, al haber perdido el juicio, aunque para la Iglesia aún viva… que sigo siendo fiel a la que ya no es mi esposa, yo sería bígamo.

—Tampoco le veo la gracia a ese comentario —le dije, pues no me gustaba nada que dijera tales cosas.

—Amigo John —dijo, poniéndome una mano en el brazo—, perdóneme si le he molestado. No suelo manifestar a otras personas mis sentimientos cuando estos pueden herirlas, solamente lo hago con usted, mi viejo amigo, en quien puedo confiar. Si hubiera podido asomarse al fondo mismo de mi corazón cuando me entraron ganas de reír; si hubiese podido hacerlo cuando la risa estalló; si pudiera hacerlo ahora que Su Majestad la Risa ha liado el petate con su corona y todo lo que le es propio —pues se ha ido lejos, muy lejos de mí, y por mucho, muchísimo tiempo—, quizás entonces me compadeciera más que a nadie.

Me conmovió la ternura de su tono y le pregunté por qué.

—¡Porque sé muchas cosas!

Ahora estamos cada uno por nuestro lado y durante muchos y largos días la soledad extenderá sus amenazadoras alas sobre nuestros tejados. Lucy yace en el panteón de su familia, un señorial mausoleo en un cementerio solitario, lejos del bullicio de Londres, donde el aire es fresco y el sol sale por Hampstead Hill, y donde las flores silvestres crecen espontáneamente.

Ahora puedo dar por terminado este diario. Solo Dios sabe si alguna vez empezaré otro. Si lo hiciera, o si abriera este de nuevo alguna vez, sería para ocuparme de otras personas y otros asuntos. Pues ahora que he terminado de contar la historia del gran amor de mi vida, antes de retomar el hilo de mi trabajo cotidiano, escribo con tristeza y sin esperanzas la palabra

FINIS

THE WESTMINSTER GAZETTE
MISTERIO EN HAMPSTEAD

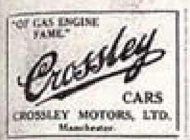
25 DE SEPTIEMBRE

El vecindario de Hampstead se enfrenta actualmente a una serie de acontecimientos que pueden parangonarse a los que los periódicos se refirieron con titulares de esta guisa: "El horror de Kensington", "La mujer apuñalada" o "La mujer de negro". Durante los últimos dos o tres días han ocurrido varios casos de niños extraviados o que se olvidaron de regresar a sus casas después de irse a jugar al Heath. En todos los casos, los niños eran demasiado pequeños para poder facilitar una explicación suficientemente inteligible de su conducta, pero todos coinciden en sus excusas en que estuvieron con una "bella señora". Siempre los han echado de menos a última hora de la tarde y en un par de ocasiones los niños no fueron encontrados hasta primeras horas de la mañana siguiente. La creencia general en el vecindario es que, como la razón que dio el primer niño que se extravió para explicar su ausencia fue que una "bella señora" le había propuesto que fuera con ella a dar un paseo, los demás se habían apropiado de la frase y la utilizaron cuando se presentó la ocasión. Es muy lógico, ya que el juego favorito de los pequeños actualmente consiste en atraerse los unos a los otros mediante artimañas. Un comunicante nos escribe lo extraordinariamente divertido que resulta ver a alguno de esos pequeñajos simulando ser la "bella señora". Algunos de nuestros caricaturistas, dice, seguramente podrían extraer una buena lección acerca de la ironía de lo grotesco, comparando la realidad con tales pantomimas. Que la "bella señora" desempeñe un papel de moda en estas representaciones *al fresco* solo se explica a la luz de los principios generales de la naturaleza humana. Nuestro comunicante añade ingenuamente que ni siquiera Ellen Terry podría estar tan atractiva como alguno de esos pequeñines de cara mugrienta pretenden, e incluso se imaginan, que están.

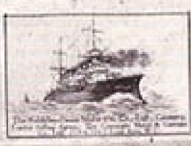
No obstante, el asunto probablemente tenga también su lado serio, ya que algunos de los niños —en realidad todos los que se extraviaron de noche—

sufrieron un ligero rasguño o herida en la garganta. Las heridas parecen hechas por una rata o un perro pequeño y aunque individualmente carecen de importancia, parecen indicar que cualquiera que sea el animal que las inflige, procede con un sistema o método propio. La policía local ha recibido instrucciones de mantenerse ojo avizor ante la desaparición en Hampstead Heath y sus alrededores de cualquier niño, sobre todo si es muy pequeño, así como cualquier perro extraviado que pueda pasar por allí.





THE WESTMINSTER GAZETTE



TUESDAY, SEPTEMBER 25, 1898.
PRICE ONE PENNY.

SELF-GOVERNMENT AND ITS CONSEQUENCES.

HELPING THE FARMER.

HAMPSTEAD MYSTERY

The neighborhood of Hampstead is just at present exercised with a series of events which seem to run on lines parallel to those of what was known to the writers of headlines and "The Kensington Horror," or "The Stabbing Woman," or "The Woman in Black." During the past two or three days several cases have occurred of young children straying from home or neglecting to return from their playing on the Heath. In all these cases the children were too young to give any properly intelligible account of themselves, but the consensus of their excuses is that they had been with a "bloofer lady." It has always been late in the evening when they have been missed, and on two occasions the children have not been found until early [illegible] morning. It is generally [illegible] neighborhood that, as the first child [illegible] as his reason for being away that a "bloofer lady" had asked him to come for a walk, [illegible] had picked up the phrase and used it as [illegible] served. This is the more natural as the favourite game of the little ones at present is luring each other away by wiles. A correspondent writes us that to see some of the tiny tots pretending to be the "bloofer lady" is supremely funny. Some of our caricaturists might, he says, take a lesson in the irony of grotesque by comparing the reality and the picture. It is only in accordance with general principles of human nature that the "bloofer lady" should be the popular role at these al fresco performances. Our correspondent naively says that even Ellen Terry could not be so winningly attractive as some of these grubby-faced little children pretend, and even imagine themselves, to be.

There is, however, possibly a serious side to the question, for some of the children, indeed all who have been missed at night, have been slightly torn or wounded in the throat. The wounds seem such as might be made by a rat or a small dog, and although of not much importance individually, would tend to show that whatever animal inflicts them has a system or method of its own. The police of the division have been instructed to keep a sharp lookout for straying children, especially when very young, in and around Hampstead Heath, and for any stray dog which may be about.

THE WESTMINSTER GAZETTE

EL HORROR DE HAMPSTEAD
OTRO NIÑO HERIDO
La "bella señora"

25 DE SEPTIEMBRE. EDICIÓN EXTRA

Acabamos de recibir noticias de que otro niño, que se extravió la noche pasada, no fue encontrado hasta esta mañana a última hora, en unos matorrales de aulaga en la parte de Hampstead Heath conocida por Shooter's Hill, que es tal vez la menos frecuentada. Presenta la misma herida diminuta en la garganta que se observó en los otros casos. Estaba muy demacrado y parecía terriblemente débil. Cuando se recuperó un poco, contó también la acostumbrada historia de que le había llevado hasta allí la "bella señora".

Capítulo XIV



DIARIO DE MINA HARKER

23 DE SEPTIEMBRE

Después de pasar una mala noche, Jonathan está mejor. Estoy muy contenta de que tenga tanto trabajo, porque eso mantiene su mente alejada de esas cosas horribles. Y también me alegra que ya no esté abrumado por la responsabilidad de su nueva situación. Sabía que sería fiel a sí mismo y ahora me siento muy orgullosa de ver a mi Jonathan encumbrándose tras su ascenso y manteniéndose al tanto de las obligaciones que recaen sobre él. Hoy estará fuera todo el día

hasta muy tarde, pues me dijo que no podría almorzar en casa. Como ya he terminado mis tareas domésticas, cogeré el diario que escribió durante su viaje por el extranjero y me encerraré en mi dormitorio para leerlo…

25 DE SEPTIEMBRE

El terrible relato de Jonathan me desconcertó tanto que anoche no tuve ánimos para escribir. ¡Pobrecito mío! Cómo ha debido de sufrir, tanto si todo eso es cierto como si son solo imaginaciones suyas. Me pregunto si habrá algo de verdad en ello. ¿Escribiría todas esas cosas horribles después de haber sufrido la fiebre cerebral, o tendría en realidad algún motivo para hacerlo? Supongo que nunca lo sabré, pues no me atrevo a plantearle el tema… Y sin embargo, ¡está el asunto del hombre que vimos ayer! Jonathan parecía estar completamente seguro de haberlo reconocido… ¡Pobrecillo! Supongo que el funeral le afectó y le trajo de nuevo a la mente el recuerdo de todo lo que le ocurrió… de cuya autenticidad está convencido. Recuerdo que el día de nuestra boda me dijo: "A no ser que algún deber sagrado me obligue a recordar, en sueños o despierto, loco o cuerdo, aquellas horas amargas". Parece haber cierta ilación en todo ello… Ese temible conde iba a venir a Londres… Si eso fuera cierto y viniera a Londres, donde pululan tantos millones de personas… Es posible que se presente un deber sagrado que cumplir. Pero si aparece, no debemos echarnos atrás… Yo estaré preparada. Ahora mismo voy a coger mi máquina de escribir y empezaré a transcribir el diario de mi marido, por si fuera preciso que otros lo leyeran. Y si es necesario hacerlo, es posible entonces que estuviera en disposición de evitarle preocupaciones al pobre Jonathan, ya que podría hablar en su nombre y no permitiría que nadie le molestase con esas cosas. Si alguna vez llega a superar completamente ese miedo, puede que quiera contármelo todo; entonces podría hacerle preguntas y averiguar todo lo ocurrido, para así encontrar la manera de consolarle.

CARTA DE VAN HELSING A MRS. HARKER (Confidencial)

24 DE SEPTIEMBRE

APRECIADA SEÑORA:

Le ruego que me dispense por escribirla, aunque solo sea el amigo lejano que le comunicó la triste noticia de la muerte de Miss Lucy Westenra. Por gentileza de Lord Godalming, estoy facultado para leer sus cartas y papeles, ya que me siento profundamente preocupado por ciertos asuntos de vital importancia. Entre sus papeles he encontrado algunas cartas suyas, que prueban lo buenas amigas que eran y lo mucho que usted la quería. ¡Ay!, Madam Mina, en nombre de ese cariño, le suplico que me ayude. Se lo pido por el bien de otros… para reparar el grave perjuicio que han padecido y poner fin a sus múltiples y terribles tribulaciones, que pueden ser más graves de lo que usted imagina. ¿Me permite ir a verla? Puede confiar en mí. Soy amigo del doctor Seward y de Lord Godalming (Arthur, el prometido de Miss Lucy). Por ahora debo mantenerlo todo en secreto. Iré a verla a Exeter en cuanto usted me conceda ese privilegio y me indique dónde y cuándo. Imploro su perdón, señora. He leído sus cartas a la pobre Lucy y sé lo buena que es usted y cuánto ha sufrido su marido. De modo que le ruego, si es posible, que no le informe de esto, pues podría perjudicarle. Una vez más le ruego que me disculpe.

VAN HELSING

TELEGRAMA DE MRS. HARKER A VAN HELSING

25 DE SEPTIEMBRE

Venga hoy en el tren de las diez y cuarto, si puede cogerlo. Le recibiré en cuanto llegue.

WILHELMINA HARKER

DIARIO DE MINA HARKER

25 DE SEPTIEMBRE

No puedo evitar el sentirme terriblemente nerviosa a medida que se acerca la

visita del doctor Van Helsing, pues espero que, de un modo u otro, arrojará alguna luz acerca de la lamentable experiencia de Jonathan. Además, como asistió a la pobre Lucy durante su última enfermedad, podrá contarme cuanto sepa de ella. Ese es el motivo de su visita: atañe a Lucy y su sonambulismo, no a Jonathan. ¡Entonces nunca sabré la verdad! Qué tonta soy. Ese espantoso diario se ha adueñado de mi imaginación y su melancolía lo impregna todo. Claro que viene a hablarme de Lucy. La pobrecita volvió a su antigua costumbre de deambular en sueños y aquella espantosa noche en el acantilado debió de ponerla enferma. Ocupada en mis propios asuntos, casi me había olvidado de lo mal que estuvo después. Seguramente ella misma le habrá contado al doctor su sonambulismo y su aventura en el acantilado, y que yo estoy al corriente de todo. Y ahora él quiere que yo se lo cuente todo, a fin de que pueda explicarse lo sucedido. Espero haber obrado bien al no decirle nada a Mrs. Westenra. Nunca me perdonaría que alguna acción mía, aunque fuese por omisión, hubiera perjudicado a la pobrecita Lucy. Espero, también, que el doctor Van Helsing no me responsabilice de nada. Últimamente he tenido tantas inquietudes y preocupaciones, que no creo que en estos momentos pudiera soportar una sola más.

Supongo que llorar de vez en cuando nos hace bien a todos: limpia la atmósfera igual que la lluvia. Es posible que fuera la lectura ayer del diario lo que me ha trastornado tanto. Además, Jonathan se fue esta mañana y estará ausente todo un día y una noche; es la primera vez que nos separamos desde nuestra boda. Espero que el pobrecito sabrá cuidarse y que no ocurra nada que pueda trastornarle. Son las dos y el doctor ya no puede tardar en llegar. No le diré nada del diario de Jonathan, a menos que él me lo pida. Me alegro de haber mecanografiado mi propio diario, ya que, en caso de que me pregunte por Lucy, podré dejárselo leer, evitándome muchas preguntas.

MÁS TARDE

Acaba de marcharse. ¡Qué entrevista tan extraña! ¡La cabeza todavía me da vueltas! Tengo la impresión de estar soñando. ¿Será posible que haya sucedido todo eso, o al menos una parte? Si no hubiera leído primero el diario de Jonathan, nunca lo habría aceptado, ni siquiera como posibilidad. ¡Pobre, pobrecito Jonathan! Cómo debe de haber sufrido. Quiera el buen Dios que todo esto no vuelva a trastornarle. Intentaré evitárselo, aunque puede que le sirviera de consuelo y de ayuda —por terribles y espantosas que fueran sus consecuencias— el tener la certeza de que no le engañaron ni sus ojos, ni sus

oídos ni su cerebro, y que todo ocurrió de verdad. Es posible que sea la duda lo que le obsesione y que, cuando esta se disipe y compruebe la verdad —no importa si en sueños o despierto—, se sienta más conforme y mejor capacitado para soportar la impresión. El doctor Van Helsing debe de ser una buena persona, además de inteligente, puesto que es amigo de Arthur y del doctor Seward y estos lo trajeron de Holanda para que se ocupara de Lucy. Después de haberle conocido, creo que *es* bueno y amable y de noble carácter. Cuando vuelva mañana, le preguntaré por Jonathan. Y entonces, quiera Dios que todo este pesar y esta inquietud puedan concluir por el bien de todos. Siempre pensé que me gustaría hacer entrevistas. Un amigo de Jonathan, del *Exeter News*, le dijo en cierta ocasión que, para ese cometido, lo esencial es la memoria: hay que ser capaz de reproducir por escrito, casi palabra por palabra, todo lo que se ha dicho, aunque luego haya que pulirlo un poco. Esta ha sido una entrevista poco común. Trataré de transcribirla *verbatim*.

Eran las dos y media cuando llamaron a la puerta. Me armé de coraje *á deux mains* y esperé. A los pocos minutos, Mary abrió la puerta y anunció al "doctor Van Helsing".

Me levanté y le saludé con una inclinación de cabeza, mientras él se dirigía hacia mí. Es un hombre de estatura mediana, complexión robusta, hombros erguidos sobre un pecho ancho y hundido, y cuello bien equilibrado con el tronco, al igual que con la cabeza. El aplomo de su cabeza sugiere inmediatamente que es reflexivo y enérgico; es una cabeza noble, de buen tamaño, ancha y de amplia nuca. El rostro, bien afeitado, muestra una barbilla firme y cuadrada, una boca grande, resuelta y móvil, y una nariz, de considerables proporciones, más bien recta, aunque con orificios vigorosos y sensibles, que parecen ensancharse cuando deja caer sus pobladas cejas y aprieta la boca. La frente es amplia y hermosa, elevándose al principio casi en línea recta para luego inclinarse hacia atrás por encima de dos protuberancias o estrías bastante separadas, de modo que no es posible que su pelo rojizo le caiga encima, sino que lo hace, de forma natural, hacia atrás y a los lados. Sus grandes ojos, de color azul oscuro, están muy separados y son vivos y afectuosos, aunque también severos, según su estado de ánimo.

—Mrs. Harker —dijo—, ¿no es cierto?

Asentí con la cabeza.

—Que antes fue Miss Mina Murray, ¿verdad?

Volví a asentir.

—Es a Mina Murray a quien vengo a ver, la que fue amiga de la pobrecita Lucy Westenra. Madam Mina, mi visita está relacionada con la muerte de su amiga.

—Señor —le dije—, no podía presentarse usted ante mí con mejor credencial que la de ser amigo de Lucy y haberla ayudado.

Y le tendí la mano, que él estrechó, diciéndome con ternura:

—¡Ay!, Madam Mina, sabía que la amiga de esa inocente muchacha tenía que ser una persona bondadosa, pero todavía me quedaba mucho que aprender…

Concluyó su discurso, inclinándose cortésmente. Y al preguntarle yo cuál era el motivo por el que quería verme, prosiguió inmediatamente.

—He leído sus cartas a Miss Lucy. Perdóneme, pero en alguna parte tenía que empezar mi investigación y no tenía a nadie a quien preguntar. Sé que usted estuvo con ella en Whitby. De vez en cuando anotaba cosas en su diario —no debe sorprenderse, Madam Mina, lo empezó después de que usted se fuera, seguramente por seguir su ejemplo—, y en ese diario incluye algunas alusiones a una de sus crisis de sonambulismo, de la que afirma que usted la salvó. Me quedé tan perplejo que vengo a verla para pedirle que tenga la bondad de contarme todo lo que recuerde.

—Creo, doctor Van Helsing, que puedo contárselo todo.

—Eso indica que tiene usted buena memoria para los hechos y los detalles. No es frecuente entre las jóvenes.

—No se trata de eso, doctor; es que en su momento lo anoté todo en un diario. Puedo mostrárselo, si lo desea.

—¡Ay!, Madam Mina, le estaría muy agradecido. Me haría usted un gran favor.

No pude resistir la tentación de desconcertarle un poco —supongo que a las mujeres nos debe quedar todavía en la boca algo del sabor de la manzana original—, de modo que le entregué el diario taquigrafiado. Él lo cogió, inclinándose para agradecérmelo, y añadió:

—¿Puedo leerlo?

—Desde luego, si es su deseo —contesté lo más recatadamente que pude.

Lo abrió y por un momento puso mala cara. Luego, se levantó y se inclinó una vez más.

—¡Es usted una mujer inteligente! —dijo—. Hace tiempo que sabía que Mr. Jonathan era un hombre muy afortunado. Pero ahora veo que se debe a las múltiples virtudes de su esposa. ¿Querrá hacerme usted el honor de ayudarme a

leerlo? Desgraciadamente desconozco la taquigrafía.

Para entonces había decidido terminar con mi pequeña broma, pues me sentía un poco avergonzada. De modo que cogí del costurero la copia mecanografiada y se la entregué.

—Perdóneme —dije—. No pude evitarlo. No obstante, como supuse que usted querría preguntarme sobre la querida Lucy y que no debía hacerle esperar —no por mí, sino porque sé que su tiempo debe de ser precioso—, se lo he mecanografiado.

Lo cogió y sus ojos relucieron.

—Es usted muy buena —dijo—. ¿Puedo leerlo ahora mismo? Quizás necesite hacerle algunas preguntas cuando lo haya leído.

—No faltaría más —dijo—, léalo mientras voy a encargar el almuerzo. Luego podrá hacerme preguntas mientras comemos.

Me dio las gracias y se instaló en una silla de espaldas a la luz, quedando absorto en la lectura, mientras yo iba a ocuparme del almuerzo, sobre todo para no molestarle. Cuando regresé lo encontré recorriendo apresuradamente la habitación de un lado a otro, con el rostro inflamado por la excitación. Se abalanzó sobre mí y me cogió ambas manos.

—¡Ay!, Madam Mina —dijo—, ¿cómo podré expresarle mi agradecimiento por todo lo que le debo? Este documento es claro como la luz del día. Me ha abierto los ojos. Estoy aturdido, deslumbrado con tanta luz. Y sin embargo, detrás de ella, a cada momento surgen nubes. Pero eso usted no lo comprende, no puede comprenderlo. No obstante, le estoy agradecido a usted, que es una mujer inteligente. Señora —esto lo dijo con mucha solemnidad—, si en alguna ocasión Abraham Van Helsing puede hacer algo por usted o por los suyos, confío en que me lo hará saber. Será para mí un placer y una satisfacción poderla servir como amigo. Y como tal, todo lo que he aprendido, incluso todo lo que pueda aprender, estará a su disposición y a la de aquellos a quienes más ama. En la vida hay luces y sombras. Usted es una de esas luces. Tendrá usted una vida feliz y plena, y será la bendición de su marido.

—Pero, doctor, me elogia usted en exceso… y no me conoce.

—¿Que no la conozco? ¡Yo, que ya soy viejo y me he pasado toda la vida estudiando a los hombres y a las mujeres; yo, que me he especializado en el estudio del cerebro humano y de todo lo que le incumbe y lo que de él se deriva! ¡Y que he leído su diario, que tan amablemente ha mecanografiado para mí, y que respira verdad en cada una de sus líneas! ¡Que no la conozco yo, que he

leído la amable carta que usted escribió a la pobre Lucy acerca de su matrimonio y de su confianza en ella! ¡Ay!, Madam Mina, las mujeres que son buenas cuentan siempre, día a día, hora a hora, minuto a minuto, cosas que hasta los ángeles podrían leer. Y nosotros, hombres que deseamos saber, tenemos algo parecido a unos ojos de ángel. Su marido es generoso por naturaleza, y usted también lo es, porque tiene confianza, y no puede haber confianza allí donde hay una naturaleza mezquina. ¿Y su marido? Hábleme de él. ¿Está completamente bien? ¿Ha desaparecido ya esa fiebre y se encuentra fuerte y sano?

Consideré que se me presentaba una oportunidad de hacerle algunas preguntas sobre Jonathan, así que le dije:

—Estaba ya casi restablecido, pero le afectó muchísimo la muerte de Mr. Hawkins.

—¡Ah!, sí —interrumpió—, lo sé, lo sé. He leído sus dos últimas cartas.

—Supongo —proseguí— que eso es lo que le ha trastornado, ya que cuando estuvimos en la ciudad el jueves pasado sufrió una especie de sobresalto.

—¡Un sobresalto, después de una fiebre cerebral tan reciente! Eso no está bien. ¿Qué clase de sobresalto?

—Creyó ver a alguien que le recordó algo terrible, algo que le produjo la fiebre cerebral.

En aquellos momentos todo pareció agolparse de pronto en mi mente. La compasión por Jonathan, el horror que había experimentado, el tremendo misterio de su diario, el miedo que se ha apoderado de mí desde que lo leí, todo ello se abalanzó sobre mí de manera tumultuosa. Supongo que me puse histérica, pues caí de rodillas y cogiéndole las manos, le imploré que curara a mi marido. Él las retuvo entre las suyas y me levantó. Y a continuación hizo que me sentara en el sofá y se sentó a mi lado, diciéndome con infinita dulzura:

—Llevo una vida vacía y solitaria, y tan apretada de trabajo que no he tenido apenas tiempo para amistades. Pero desde que me convocó aquí mi amigo John Seward he conocido a tantas personas buenas y he visto tanta nobleza, que siento más que nunca la soledad de mi vida, que ha ido creciendo con el paso de los años. Créame, por tanto, si le digo que he venido hasta aquí lleno de respeto por usted, y usted me hace concebir esperanzas… No se trata de la esperanza de encontrar lo que estoy buscando, sino la de comprobar que todavía quedan mujeres buenas que pueden hacer que la vida sea feliz… mujeres buenas, cuyas vidas y cuya sinceridad pueden servir de ejemplo a los niños que han de venir. Me alegra poder serle útil en algo. Pues si su esposo sufre, su sufrimiento entra

de lleno en el campo de mis estudios y experiencias. Le prometo que haré con mucho gusto *todo* lo que pueda por él… todo lo posible para que recobre la fuerza y la hombría y la haga a usted feliz. Ahora debe usted comer. Está usted sobreexcitada y demasiado preocupada tal vez. A su marido Jonathan no le gustaría verla tan pálida; y no es bueno para él que algo no le guste en la persona que ama. Por consiguiente, debe comer y sonreír por él. Como ya me ha contado todo lo que sabía sobre Lucy, en adelante no hablaremos más de ello, para que no se aflija. Me quedaré esta noche en Exeter, pues quiero reflexionar sobre todo lo que me ha contado. Y cuando lo haya hecho, le haré algunas preguntas, si me lo permite. Entonces podrá usted contarme, también, todo lo que sepa acerca de las tribulaciones de su esposo Jonathan, pero no ahora. Antes debe comer; después podrá contármelo todo.

Cuando regresamos al salón, después del almuerzo, me dijo:

—Ahora cuéntemelo todo.

Cuando me disponía a hablar con aquel gran hombre, tan docto, empecé a temer que pudiera tomarme por una pobre tonta y a Jonathan por un loco —es tan extraño todo en ese diario— y dudé si debía seguir adelante. Pero el Profesor había sido tan amable y tan bondadoso conmigo, y además había prometido ayudarme, que no tuve más remedio que fiarme de él.

—Doctor Van Helsing —le dije—, lo que tengo que contarle es tan extraño que es posible que se ría de mí y de mi marido. Desde ayer me veo inmersa en un mar de dudas. Debe ser comprensivo conmigo y no considerarme una insensata por haber creído, siquiera a medias, ciertas cosas tan raras.

Su actitud y sus palabras me tranquilizaron, cuando dijo:

—¡Ay!, mi querida señora, si usted supiera lo extraño que es el asunto que me ha traído aquí, sería usted la que se reiría. He aprendido a no menospreciar las creencias de nadie, por muy inverosímiles que puedan parecer. Siempre he procurado mantener mi mente abierta. Y no son las cosas corrientes de la vida las que podrían cerrármela, sino las cosas extrañas, los acontecimientos extraordinarios que le hacen dudar a uno si estará loco o cuerdo.

—¡Gracias, mil veces gracias! Me ha quitado un peso de encima. Si me lo permite, le daré a leer un escrito. Es largo, pero lo he mecanografiado para usted. Le pondrá al corriente de mis inquietudes y las de Jonathan. Es la copia de su diario cuando estuvo en el extranjero, con todo lo que le sucedió. No me atrevo a opinar sobre él; léalo usted y juzgue por sí mismo. Y cuando luego volvamos a vernos, tal vez tenga la amabilidad de comentarme lo que piensa de él.

—Se lo prometo —dijo, a la vez que yo le entregaba el diario—. Con su permiso, mañana por la mañana, tan pronto como pueda, vendré a verles a usted y a su marido.

—Jonathan estará de regreso a las once y media. Venga a almorzar con nosotros y entonces podrá verle. Puede coger el rápido de las 3.34, que le dejará en Paddington antes de las ocho.

Le sorprendió que conociera tan bien el horario de los trenes, pero la verdad es que he confeccionado una lista de todos los trenes con destino y procedencia de Exeter, para poder ayudar a Jonathan en caso de que tenga que irse a toda prisa.

De modo que se marchó, llevándose los papeles con él, mientras yo me quedaba aquí pensando… pensando no sé en qué.

CARTA (MANUSCRITA) DE VAN HELSING A MRS. HARKER

25 DE SEPTIEMBRE, 6 DE LA TARDE

APRECIADA MADAM MINA:

He leído el sorprendente diario de su esposo. Puede desechar cualquier duda. Por extraño y terrible que parezca, ¡es *auténtico*! Apostaría mi vida por él. Puede que eso sea peor para otras personas, pero ni usted ni él tienen nada que temer. Su esposo es todo nobleza y permítame decirle, por mi experiencia con los hombres, que alguien capaz de bajar a gatas por el muro y entrar en aquella habitación —y además hacerlo una segunda vez— no puede padecer indefinidamente los efectos de un sobresalto pasajero. Sus facultades mentales y afectivas permanecen intactas; eso puedo jurárselo, aun antes de haberle visto. De modo que puede estar usted tranquila a ese respecto. Tendré que hacerle otras muchas preguntas. Me felicito por haber venido hoy a verla, ya que me he enterado de golpe de tantas cosas que de nuevo me siento deslumbrado… más deslumbrado que nunca. Y necesito reflexionar.

Le saluda atentamente,

ABRAHAM VAN HELSING

CARTA DE MRS. HARKER A VAN HELSING

25 DE SEPTIEMBRE,
A LAS SEIS Y MEDIA DE LA TARDE

QUERIDO DOCTOR VAN HELSING:

Un millón de gracias por su amable carta, que me ha quitado un gran peso de encima. Y sin embargo, si todo es cierto, ¡qué cosas más terribles pasan en este mundo!, ¡y qué espantoso sería que ese hombre, ese monstruo, estuviera realmente en Londres! Me da miedo solo pensarlo. En este mismo momento, mientras le escribo, acabo de recibir un telegrama de Jonathan, comunicándome que esta tarde sale de Launceston a las 6.25 y que llegará aquí a las 10.18. De modo que esta noche no tendré nada que temer. ¿Le importaría, por tanto, en lugar de almorzar con nosotros, venir a desayunar a las ocho, si no es demasiado temprano para usted? Podrá regresar, si tiene prisa, en el tren de las 10.30, que le dejará en Paddington a las 2.35. No hace falta que me conteste; si no tengo noticias suyas, entenderé que vendrá a desayunar.

Su fiel y agradecida amiga,

MINA HARKER

DIARIO DE JONATHAN HARKER

26 DE SEPTIEMBRE

Nunca creí que volvería a reanudar este diario, pero ha llegado el momento de hacerlo. Cuando llegué a casa anoche, Mina tenía la cena preparada y en cuanto cenamos, me contó la visita de Van Helsing, sin omitir que le había dado una copia de los dos diarios, el mío y el suyo, así como lo mucho que le preocupaba mi estado. Me explicó que, según la carta del doctor, todo lo que yo escribí era cierto. Después de eso me siento otro hombre. Fueron precisamente las dudas que me embargan acerca de la veracidad de todo el asunto, las causantes de mi abatimiento. Me sentía impotente, desorientado y receloso. Pero

ahora que *sé* que todo es cierto, no tengo miedo, ni siquiera del Conde. Después de todo, pues, ha logrado su propósito de establecerse en Londres y sin duda era él a quien vi. ¿Cómo es posible que haya rejuvenecido tanto? Si Van Helsing es realmente como dice Mina, resulta el hombre adecuado para desenmascararlo y atraparlo. Nos quedamos hasta muy tarde hablando de todo eso. Mina se está vistiendo ahora; dentro de unos minutos me pasaré por el hotel y le traeré a casa…

Creo que se sorprendió al verme. Nada más entrar yo en la habitación, y presentarme, me cogió por el hombro y tras volver mi rostro hacia la luz y examinarme a fondo, me dijo:

—Pero si Madam Mina me había dicho que se encontraba usted enfermo, que había recibido una fuerte impresión.

Resultaba bastante divertido oír a ese amable anciano de facciones enérgicas llamar a mi esposa "Madam Mina". Le dije, sonriendo:

—*Estaba* enfermo y *he* recibido una fuerte impresión. Pero usted ya me ha curado.

—¿Cómo?

—Mediante la carta que le envió anoche a Mina. Tenía muchas dudas y todo me parecía irreal; no estaba seguro de nada, ni siquiera confiaba en la evidencia de mis propios sentidos. Y al desconfiar de todo, no sabía qué hacer. De modo que únicamente me quedaba seguir trabajando en lo que hasta entonces había sido la rutina de mi vida. Mas la rutina dejó de serme útil y empecé a perder la confianza en mí mismo. No sabe usted bien, doctor, lo que es dudar de todo, incluso de uno mismo. No, no lo sabe; no puede saberlo con unas cejas como las suyas.

Aquello pareció complacerle y se echó a reír, diciéndome:

—¡Vaya! Es usted un buen fisonomista. Desde que estoy aquí, a cada hora que pasa aprendo cosas nuevas. Tendré mucho gusto en ir a desayunar con ustedes. Y una última cosa, caballero, disculpe los elogios de un anciano como yo, pero es usted muy afortunado al tener una esposa así.

Podría haberme pasado el día entero oyendo cómo alababa a Mina, por lo que me limité a asentir con la cabeza y permanecí callado.

—Es una de esas mujeres que Dios ha moldeado con Sus propias manos para probarnos a los hombres, y a otras mujeres, que existe un paraíso al que podemos aspirar, capaz de iluminar la tierra con su luz. Es tan sincera, tan afable, tan generosa, tan desinteresada… Y eso, permítame que le diga, significa mucho

en esta época tan escéptica y egoísta. En cuanto a usted, caballero… He leído todas las cartas de su esposa a la pobre Miss Lucy y en algunas de ellas se habla de usted, de modo que ya le conocía desde hace unos días por intermedio de otros. Pero es a partir de que le viera anoche, cuando puedo afirmar que conozco su verdadera personalidad. Deme la mano, ¿querrá? Espero que seamos amigos el resto de nuestras vidas.

Nos estrechamos las manos y se mostró tan sincero y tan cordial que me quedé sin respiración.

—¿Puedo pedirle ahora —me dijo— un favor más? Tengo que realizar una importante tarea y, antes que nada, necesito información. En eso podría ayudarme usted. ¿Podría contarme lo que ocurrió antes de su marcha a Transilvania? Más adelante puede que le pida otro tipo de ayuda, de una índole diferente. Pero de momento esta servirá.

—Dígame una cosa, caballero —dije—, ¿la tarea que debe usted llevar a cabo tiene alguna relación con el Conde?

—La tiene —contestó con solemnidad.

—En ese caso, puede usted contar conmigo en cuerpo y alma. Como su tren sale a las 10.30, no tendrá tiempo de leer el fajo de papeles que tengo para usted. Puede llevárselos y leerlos en el tren.

Después de desayunar le acompañé a la estación. Cuando nos despedíamos me dijo:

—Si yo se lo pidiese, ¿podría venir a la ciudad y traer con usted a Madam Mina?

—Iremos ambos cuando usted quiera —dije.

Le había comprado los periódicos locales de la mañana y los de Londres de la tarde anterior, y mientras me hablaba desde la ventanilla del vagón, esperando la salida del tren, se puso a hojearlos. De pronto sus ojos parecieron fijarse en algo que había en uno de ellos, *The Westminster Gazette* —lo reconocí por el color—, y se puso completamente blanco. Mientras leía algo con mucha atención, murmuraba:

—*Mein Gott! Mein Gott*! ¡Tan pronto! ¡Tan pronto!

Creo que por un momento se había olvidado de mí. Entonces sonó el silbato y el tren se puso en marcha. Eso le hizo volver a la realidad y, asomándose a la ventanilla, me gritó, mientras me despedía con la mano:

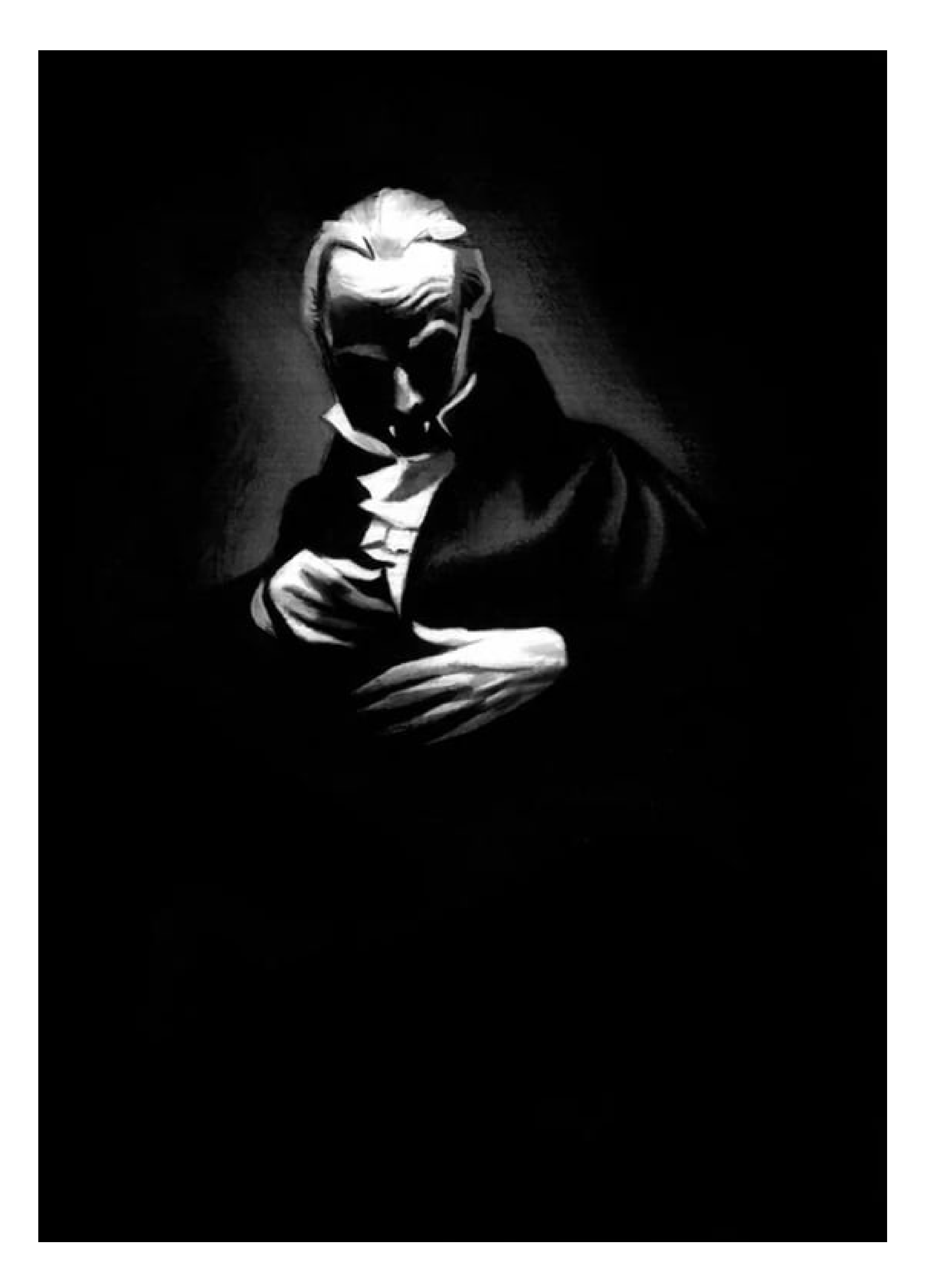
—Abrace en mi nombre a Madam Mina; en cuanto pueda les escribiré.

DIARIO DEL DR. SEWARD

26 DE SEPTIEMBRE

Verdaderamente no hay nada como la determinación. Todavía no hace ni una semana que puse en el diario la palabra *fin*, y sin embargo aquí estoy empezando de nuevo otra vez, o más bien prosiguiendo con la misma historia. Hasta esta tarde no tenía motivos para acordarme de lo que había pasado. Renfield estaba prácticamente más cuerdo que nunca. Había progresado mucho con las moscas y ahora empezaba también con las arañas, de modo que no me había causado ningún problema.

Acabo de recibir una carta de Arthur, escrita el domingo, y por ella deduzco que lo está soportando todo estupendamente bien. Quincey Morris está con él y eso supone una gran ayuda, ya que rebosa de buen humor. Quincey me escribió también unas líneas y por él sé que Arthur está empezando a recuperar en parte su optimismo de siempre. Por lo que a ellos respecta estoy bastante tranquilo. En cuanto a mí, me he puesto seriamente a trabajar con el mismo entusiasmo de antes, de manera que bien hubiera podido decir que la herida que me había causado la muerte de la pobre Lucy estaba cicatrizando. Ahora, sin embargo, todo ha empezado de nuevo y solo Dios sabe cómo acabará. Se me ha ocurrido una idea en la que, según creo, Van Helsing también ha pensado. Pero él nunca revela demasiado de una sola vez, para así despertar la curiosidad. Ayer fue a Exeter y pasó allí toda la noche. Regresó hoy y entró en la habitación muy agitado a eso de las cinco y media, poniéndome en las manos la *Westminster Gazette* de ayer noche.



—¿Qué piensa de esto? —me preguntó, mientras retrocedía y se cruzaba de brazos.

Eché un vistazo al periódico, porque en realidad no sabía a qué se refería.

Pero él me lo quitó de las manos y señaló un suelto acerca de unos niños desaparecidos en Hampstead al haber sido atraídos con engaños. Aquello no tenía ningún sentido para mí, hasta que llegué a un párrafo que describía las pequeñas heridas, como pinchazos, en el cuello de los niños. Se me ocurrió una idea y levanté los ojos.

—¿Que le parece? —dijo.

—Son como las de la pobre Lucy.

—¿Y cómo se lo explica?

—Sencillamente, porque deben tener una causa común. Lo que le hirió a ella, fuera lo que fuese, ha herido igualmente a esos niños.

No entendí del todo su respuesta.

—Eso es cierto solo indirectamente.

—¿Qué quiere decir, profesor? —pregunté yo.

Me sentía inclinado a tomarme un poco a la ligera su seriedad —pues, después de todo, cuatro días de descanso y libre de preocupaciones angustiosas ayudan mucho a recobrar el ánimo—, pero cuando vi la expresión de su rostro cambié de opinión. Nunca, ni siquiera cuando estábamos más desesperados por la pobre Lucy, le había visto tan serio.

—¡Cuéntemelo todo! —dije—. Yo no puedo aventurar ninguna opinión. No sé qué pensar y carezco de datos en que basar mis hipótesis.

—¿Quiere decirme, amigo John, que usted no tiene ninguna sospecha sobre lo que mató a la pobre Lucy, después de todas las pistas que le hemos dado, no solo los propios hechos, sino también yo?

—Creo que murió de una postración nerviosa, seguida de una gran pérdida o derroche de sangre.

—¿Y a qué se debe esa pérdida o derroche de sangre?

Negué con la cabeza. El Profesor avanzó unos pasos y se sentó a mi lado, prosiguiendo con la conversación.

—Usted es un hombre inteligente, amigo John. Razona bien y es bastante ingenioso. Pero tiene demasiados prejuicios. No permite que sus ojos vean ni que sus oídos oigan, y todo lo que no forma parte de su vida cotidiana carece para usted de importancia. ¿No cree que hay cosas que usted no puede comprender, pero que sin embargo existen? ¿Que algunas personas ven cosas que otras no pueden ver? No obstante, hay cosas antiguas y nuevas que los ojos humanos no pueden captar, solo porque conocen —o creen conocer— algunas cosas que otros hombres les han enseñado. Ese es el defecto de nuestra ciencia,

que quiere explicarlo todo. Y si no puede explicarlo, entonces dice que no hay nada que explicar. Sin embargo, a diario vemos a nuestro alrededor cómo surgen nuevas creencias, que se consideran a sí mismas nuevas, y que, no obstante, son en realidad viejas, aunque se las den de jóvenes… como esas señoras elegantes que van a la ópera. Supongo que usted no creerá en la transferencia corporal, ¿verdad? Ni en la materialización, ¿no es cierto? Ni en los cuerpos astrales, ¿verdad? Ni en la lectura de pensamientos. Ni en el hipnotismo…

—En eso último sí —dije—. Charcot lo ha demostrado con bastante fundamento.

El Profesor sonrió y siguió hablando.

—Entonces está usted convencido de eso, ¿no? Y por supuesto comprende cómo actúa, y es capaz de captar las intenciones del gran Charcot —¡lástima que ya no esté entre nosotros!— cuando penetra en el alma del paciente al que hipnotiza, ¿verdad? En ese caso, amigo John, ¿debo entender que acepta sencillamente el hecho y que se contenta con dejar un espacio en blanco entre la premisa y la conclusión? Entonces explíqueme —pues soy un estudioso del cerebro— cómo es que acepta el hipnotismo y rechaza la lectura de pensamientos. Déjeme decirle, amigo mío, que hoy se hacen cosas en el campo de la ciencia eléctrica que hubieran sido consideradas impías por los mismos descubridores de la electricidad… los cuales no hace mucho hubiesen sido quemados por brujos. La vida está llena de misterios. ¿Por qué Matusalén vivió novecientos años y el Viejo Parr ciento sesenta y nueve, y sin embargo la pobre Lucy, con sangre de cuatro hombres en sus venas, no pudo vivir siquiera un día? Pues si hubiera vivido un día más, la hubiésemos podido salvar. ¿Conoce usted el misterio de la vida y la muerte? ¿Acaso domina en su totalidad la anatomía comparada y puede decirme por qué algunos hombres tienen características de brutos y otros no? ¿Puede explicarme por qué, cuando las demás arañas son pequeñas y mueren pronto, aquella araña gigante vivió durante siglos en el campanario de una antigua iglesia española y creció y creció hasta beberse el aceite de todas las lámparas? ¿Puede decirme por qué en la Pampa, y por desgracia en otros lugares, hay murciélagos que salen de noche y abren las venas al ganado y a los caballos, succionándoles toda la sangre? ¿O por qué en algunas islas de los mares occidentales hay murciélagos que están todo el día colgados de los árboles, siendo descritos por aquellos que los han visto como nueces o vainas gigantes, y cuando los marineros duermen en cubierta, porque hace calor, se abaten sobre ellos y entonces… aparecen muertos por la mañana, tan blancos como Miss Lucy?

—¡Por Dios, Profesor! —exclamé, levantándome de un salto—. ¿Pretende darme a entender que a Lucy la mordió uno de esos murciélagos, que una cosa así puede pasar aquí en Londres, en pleno siglo diecinueve?

Van Helsing hizo un gesto con la mano para imponerme silencio y prosiguió:

—¿Puede usted decirme por qué la tortuga vive mucho más que generaciones enteras de hombres? ¿Por qué el elefante dura y dura hasta haber visto el paso de varias dinastías? ¿Y por qué el loro muere únicamente si le muerde un gato o un perro o coge alguna enfermedad? ¿Puede usted decirme por qué en todas las épocas y lugares los hombres han creído que había algunos pocos que vivirían eternamente si se les dejara, que había hombres y mujeres que no podían morir? Todos sabemos —porque la ciencia lo confirma— que ha habido sapos atrapados en rocas durante milenios, encerrados en pequeños agujeros donde solo caben ellos desde que el mundo era joven. ¿Puede usted decirme por qué el faquir de la India puede hacerse el muerto y habiendo sido enterrado, y su tumba sellada, y sobre ella sembrado trigo, que luego es segado y cortado para volver a sembrar más, y a segar y a cortar, cuando se quita el sello, que sigue intacto, allí está el faquir tendido pero no muerto, sino que se levanta y camina entre ellos como antes?

Al llegar a este punto le interrumpí. Cada vez estaba más desconcertado. El Profesor me estaba atosigando de tal manera con su lista de excentricidades de la naturaleza y de imposibilidades factibles que mi imaginación se estaba inflamando. Tenía la vaga impresión de que me estaba dando una lección, como solía hacer tiempo atrás en sus clases de Ámsterdam; aunque entonces solía explicarme cuál era el objeto de su disertación, de manera que no se me iba de la mente en ningún momento. Ahora carecía de esa ayuda y sin embargo deseaba seguirle, así que le dije:

—Profesor, permítame ser de nuevo su estudiante preferido. Dígame cuál es su tesis, para que yo pueda aplicar sus conocimientos a medida que usted los vaya exponiendo. De momento mi mente divaga, pasa de un extremo al otro, como hacen los locos cuando se les mete alguna idea en la cabeza. Me siento como un principiante que atraviesa a ciegas una ciénaga en medio de la niebla, saltando de una mata a otra en un vano esfuerzo por seguir su camino sin saber a dónde ir.

—Es una buena imagen —dijo él—. De acuerdo, se lo diré. Mi tesis es esta: quiero que usted crea.

—¿Que crea en qué?

—Que crea en cosas que no puede creer. Permítame que se lo aclare. Una vez oí hablar de un americano que definía así la fe: "Aquello que nos permite creer en cosas que sabemos que no son ciertas". A ese hombre al menos le entiendo. Quiere decir que debemos mantener la mente abierta y no permitir que una verdad pequeña impida la afluencia de verdades grandes, como una roca pequeña impide el paso del tren. La verdad pequeña es lo primero que captamos. ¡Estupendo!, quedémonos con ella y apreciémosla. Sin embargo no debemos permitir que se crea la única verdad del universo.

—Entonces lo que usted quiere es que no permita que ninguna convicción previa altere la receptividad de mi mente con respecto a otras cuestiones más extrañas. ¿He comprendido bien su lección?

—¡Ah!, sigue siendo usted mi alumno favorito. Vale la pena enseñarle a usted. Ahora que está dispuesto a entender, ha dado usted el primer paso. ¿Sigue pensando que esos pequeños orificios en las gargantas de los niños tienen el mismo origen que los de Lucy?

—Eso supongo.

El Profesor se levantó y me dijo solemnemente:

—Pues se equivoca. ¡Ay, ojalá fuese así! Pero no. Es peor, mucho peor.

—¡Por el amor de Dios!, profesor Van Helsing. ¿Qué quiere decir? —grité.

Se desplomó en una silla con un gesto de desesperación y, apoyando los codos sobre la mesa, se cubrió el rostro con las manos, mientras decía:

—¡Los ha hecho Miss Lucy!

Capítulo XV



DIARIO DEL DR. SEWARD
(Continuación)

Por un momento me sentí dominado por la ira. Aquello era como si el Profesor hubiera abofeteado a Lucy, cuando todavía vivía. Di un puñetazo en la mesa y me levanté, diciéndole:

—¿Se ha vuelto loco, doctor Van Helsing?

Alzó la cabeza y me miró, y la ternura que se reflejaba en su rostro inmediatamente me calmó.

—¡Ojalá lo estuviera! —dijo—. La locura sería fácil de soportar en comparación con una verdad como esta. ¡Ay, amigo mío!, ¿por qué cree usted que he estado dando tantos rodeos? ¿Por qué cree que tardo tanto en revelarle algo tan simple? ¿Tal vez porque le odio y le he odiado toda mi vida? ¿Quizás porque quiero apenarlo? ¿Acaso porque quería vengarme, demasiado tarde, de aquella vez en que me salvó la vida, librándome de una muerte espantosa? ¡Ah, no!

—Perdóneme —dije.

—Amigo mío —prosiguió—, fue porque quería revelárselo del modo más suave posible, pues sé que usted amaba a esa encantadora joven. Sin embargo, no espero que me crea. Es tan difícil aceptar de inmediato cualquier verdad abstracta, que quizás dudemos de que semejante cosa sea posible cuando siempre hemos creído que *no* lo era. Pero más difícil todavía es aceptar una verdad concreta tan lamentable, y encima de alguien como Miss Lucy. Esta noche se lo probaré. ¿Se atreve a venir conmigo?

Sus palabras me hicieron titubear. A nadie le agrada probar una verdad como esa. Byron excluía de esa consideración a los celos.

"Y probar la misma verdad que más aborrecía".

Al ver que vacilaba, me dijo:

—El razonamiento es sencillo. Esta vez no se trata del razonamiento de un loco, que atraviesa una ciénaga en medio de la niebla, saltando de mata en mata. Si no es cierto, probarlo será un alivio; en el peor de los casos, no será perjudicial. Pero, ¿y si es cierto? ¡Ay!, ese es el temor. Sin embargo, ese mismo temor ayudará a mi causa, que necesita que alguien crea en ella. Vamos, le diré cuál es mi propuesta: primero, que vayamos ahora mismo al hospital a ver a ese niño. El doctor Vincent, del Hospital del Norte —donde dicen los periódicos que se encuentra el niño—, es amigo mío y supongo que de usted, ya que estudiaron juntos en Ámsterdam. Suponiendo que no permitiera a dos amigos suyos que examinaran el caso, a dos científicos seguro que se lo permite. No le diremos nada; únicamente que deseamos conocer más detalles. Después…

—¿Después qué?

Sacó una llave del bolsillo y me la mostró.

—Después pasaremos la noche, usted y yo, en el cementerio donde está enterrada Lucy. Esta es la llave de su panteón. Me la entregó el sepulturero para

que se la diera a Arthur.

El corazón me dio un vuelco, ya que me daba cuenta de que nos enfrentábamos a una prueba espantosa. Yo no podía hacer nada, sin embargo, de modo que me armé de valor todo lo que pude y le dije que debíamos apresurarnos, porque la tarde estaba cayendo…

Encontramos al niño despierto. Después de dormir un poco, había comido algo y se estaba recuperando. El doctor Vincent le quitó el vendaje del cuello y nos mostró las incisiones. Su parecido con las que Lucy tenía en la garganta era inconfundible. Eran más pequeñas y los bordes parecían más recientes; esa era la única diferencia. Le preguntamos a Vincent a qué las atribuía y nos contestó que debió de morderle algún animal, quizás una rata, aunque personalmente se inclinaba a creer que fue algún murciélago, de los que tanto abundan en las colinas al norte de Londres.

—Aunque la mayoría son inofensivos —dijo—, puede que haya entre ellos algún ejemplar salvaje de una especie más dañina, procedente del sur. Es posible que algún marinero se trajera a casa alguno, que luego conseguiría escapar. O incluso puede que se haya fugado algún ejemplar joven del Jardín Zoológico, o algún vampiro de los que allí crían. Esas cosas ocurren, ya lo sabe usted. Hace tan solo diez días huyó un lobo y, según creo, le siguieron el rastro hasta aquí. Y una semana después, por todo el Heath y en todos los callejones de Hampstead los niños no jugaban a otra cosa que a Caperucita Roja hasta que vino a asustarles esa "bella señora", y desde entonces se ha convertido en la atracción favorita de todos ellos. Incluso este pobre chiquillo, lo primero que hizo al despertarse fue preguntar a la enfermera si podía marcharse. Y al preguntarle ella por qué quería irse, él le dijo que para jugar con la "bella señora".

—Supongo —dijo Van Helsing— que cuando envíe a casa al niño, advertirá a sus padres que lo vigilen estrechamente. Esa afición a extraviarse es de lo más peligrosa; y si el niño pasara otra noche fuera de casa, probablemente sería fatal para él. Pero en cualquier caso supongo que no le dejará marchar en unos cuantos días.

—Desde luego que no; al menos hasta dentro de una semana, o más si la herida no sana.

Nuestra visita al hospital nos llevó más tiempo de lo que habíamos previsto y el sol se había puesto antes de que saliéramos. Cuando Van Helsing vio lo oscuro que estaba me dijo:

—No hay prisa. Es más tarde de lo que pensaba. Vamos, busquemos algún

sitio donde podamos comer y luego seguiremos con lo nuestro.

Cenamos en el Jack Straw's Castle junto a una multitud de ciclistas y otras gentes cordiales y ruidosas. A eso de las diez salimos del mesón. La noche era muy oscura y las escasas farolas hacían más densa la oscuridad en cuanto nos alejábamos de sus respectivos radios de acción. Evidentemente el Profesor había tomado buena nota de la calle a la que nos dirigíamos, ya que seguía adelante sin la menor vacilación. En cambio, yo estaba completamente desorientado. A medida que nos alejábamos, nos cruzábamos cada vez con menos gente, hasta el punto de que nos sorprendió un poco toparnos con una patrulla de policía a caballo que hacía su acostumbrada ronda por los suburbios. Por fin llegamos a la tapia del cementerio y la escalamos. No sin ciertas dificultades —pues estaba muy oscuro y no conocíamos el lugar— encontramos el panteón de la familia Westenra. El Profesor sacó la llave, abrió la chirriante puerta y, dando un paso atrás en un gesto educado aunque completamente inconsciente, me indicó con la mano que le precediera. Su propuesta tenía bastante de irónico, aquella amabilidad suya de darme preferencia en tan espantosas circunstancias. Mi compañero me siguió sin pérdida de tiempo y cerró la puerta con precaución, después de comprobar cuidadosamente que la cerradura era de pestillo común y no de resorte. En tal caso nos hubiéramos visto en un serio aprieto. Luego hurgó en su maletín, sacó una caja de fósforos y un cabo de vela, y encendió una luz. A la luz del día y adornado con flores frescas, el panteón ofrecía ya un aspecto siniestro y espantoso. Pero ahora, que habían pasado algunos días y las flores estaban mustias y marchitas, con sus blancos pétalos enmohecidos y sus hojas amarillentas; que las arañas y los escarabajos habían recuperado su acostumbrado dominio; que la piedra descolorida con los años, y el mortero incrustado de polvo, y el hierro oxidado y húmedo, y el latón deslustrado y el plateado empañado, reflejaban débilmente el resplandor de la vela, el efecto era más deplorable y sórdido de lo que hubiéramos podido imaginar. Sugería irremediablemente la idea de que la vida —la vida animal— no era lo único que podía desaparecer.

Van Helsing hacía su trabajo con método. Sostenía en alto la vela para poder leer las placas de los ataúdes, de forma que la cera caía en regueros blancos que se cuajaban al tocar el metal. De ese modo se aseguraba de cuál era el ataúd de Lucy. Volvió a buscar en su maletín y sacó un destornillador.

—¿Qué va a hacer? —pregunté yo.

—Abrir el féretro. Ya verá como se convence.

Inmediatamente empezó a quitar los tornillos y finalmente levantó la tapa,

apareciendo debajo la envoltura de plomo. Aquella visión era más de lo que podía soportar. Me parecía una afrenta a la muerta, como si en vida la hubieran despojado de su ropa mientras dormía. Realmente llegué a sujetarle la mano para detenerle. El Profesor se limitó a decir:

—Ya verá usted.

Y de nuevo hurgó en su maletín y sacó una minúscula sierra de calar. Luego golpeó el plomo con el destornillador en un rápido movimiento descendente, que me hizo dar un respingo, haciendo un pequeño agujero que, sin embargo, fue suficiente para introducir la punta de la sierra. Yo esperaba una avalancha de gases del cadáver que llevaba siete días enterrado, de modo que retrocedí hacia la puerta. Los médicos que hemos tenido que encarar semejantes riesgos, estamos ya acostumbrados a estas cosas. Pero el Profesor no se detuvo ni un instante. Serró la tapa de plomo del ataúd, primero a lo largo de uno de los lados, unos dos pies, luego al través y finalmente por el otro lado hacia abajo. Cogió por el borde el trozo desprendido y lo dobló hacia la base del féretro; y acercando la vela a la abertura, me indicó con la mano que mirara dentro.

Me aproximé y miré. El ataúd estaba vacío.

Desde luego fue una sorpresa para mí y me impresionó considerablemente, pero Van Helsing permaneció impasible. Ahora estaba más seguro que nunca de que llevaba razón y eso le animó a proseguir con su tarea.

—¿Se ha convencido ahora, amigo John? —preguntó.

Mientras le contestaba, sentía que mi natural y obstinada propensión a la controversia se despertaba dentro de mí.

—Estoy convencido de que el cuerpo de Lucy no está en el ataúd, pero eso únicamente prueba una cosa.

—¿Cuál, amigo John?

—Que no está ahí.

—Es una deducción bastante lógica —dijo—, en cuanto a sus propias consideraciones. Pero ¿cómo explica usted —cómo puede explicar— que no esté ahí?

—Tal vez haya sido un ladrón de cadáveres —sugerí—. O puede que lo haya robado algún empleado de la funeraria.

Me daba cuenta de que estaba diciendo tonterías y, sin embargo, esa era la única explicación que se me ocurría. El Profesor suspiró.

—¡Está bien! —dijo—. Necesitamos más pruebas. Venga conmigo.

Volvió a tapar el ataúd, recogió todas sus cosas y las metió en el maletín.

Luego apagó la vela y la guardó también en el maletín. Abrimos la puerta y salimos. Van Helsing cerró la puerta y me entregó la llave, diciéndome:

—¿Quiere usted guardarla? Más vale que se asegure.

Me eché a reír —aunque he de reconocer que mi risa no fue muy alentadora — y le indiqué con la mano que se la guardara.

—Una llave no es nada —dije—, puede haber duplicados; de todas maneras, no es difícil forzar una cerradura como esa.

El Profesor no me respondió, pero se metió la llave en el bolsillo. Luego me dijo que vigilara una parte del cementerio, mientras él vigilaba la otra. Me aposté detrás de un tejo y vi alejarse su oscura silueta hasta que las lápidas y los árboles que se interponían entre nosotros lo ocultaron de mi vista.

Fue una vigilia solitaria. Nada más ocupar mi puesto, oí que en un reloj lejano daban las doce, y a su debido tiempo la una y las dos. Estaba helado y desanimado; y enfadado con el Profesor por encargarme semejante misión, y conmigo mismo por haber venido. Tenía demasiado frío y sueño para poder observar con atención, pero no lo bastante para defraudar la confianza que Van Helsing había depositado en mí. De modo que, en conjunto, pasé un rato monótono y desagradable.

De pronto, al darme la vuelta, me pareció ver una especie de estela blanca que se movía entre dos sombríos tejos en la parte del cementerio más alejada de la tumba. Al mismo tiempo, un bulto oscuro procedente del lado que el Profesor vigilaba, se dirigía hacia ella a toda prisa. Yo me puse en movimiento también. Pero tuve que sortear varias lápidas y tumbas protegidas por cercas, y tropecé con algunas sepulturas. El cielo estaba encapotado y en algún lugar lejano cantó un gallo madrugador. No muy lejos de allí, detrás de una hilera de enebros desperdigados, que bordeaban el sendero que conducía a la iglesia, una borrosa figura blanca avanzaba en dirección a la tumba. Como los árboles me la ocultaban, no pude ver por dónde desaparecía. Oí un rumor de pasos que procedían del lugar por donde había visto pasar a la figura blanca, y al ir hacia allí, me encontré con el Profesor que llevaba en brazos un niño pequeño. Al verme, me lo mostró, diciendo:

—¿Se convence ahora?

—No —le dije, en un tono que me pareció agresivo.

—¿Es que no ve usted al niño?

—Sí, es un niño, pero ¿quién lo trajo aquí? —preguntó—. ¿Está herido?

—Vamos a verlo —dijo el Profesor. Y ambos nos dirigimos impulsivamente

hacia la salida del cementerio, el Profesor llevando en sus brazos el niño dormido.

Cuando nos hubimos alejado un poco, entramos en una arboleda, encendimos un fósforo y examinamos la garganta del niño. No tenía cicatrices ni rasguños de ningún tipo.

—¿Ve usted como tenía yo razón? —pregunté, en tono triunfal.

—Hemos llegado a tiempo —dijo el Profesor, con gratitud.

Ahora teníamos que decidir lo que íbamos a hacer con el niño, de modo que nos pusimos a deliberar. Si lo llevábamos al puesto de policía, tendríamos que explicar de alguna manera nuestros movimientos durante la noche; por lo menos, hubiéramos tenido que declarar cómo habíamos encontrado al niño. Así que finalmente decidimos llevarlo al Heath, y en cuanto oyéramos que se acercaba un policía, lo dejaríamos donde fuera completamente imposible que no lo encontraran; luego nos iríamos a casa lo más rápidamente que pudiéramos.

Todo resultó bien. Al llegar a la linde de Hampstead Heath oímos los pasos enérgicos de un policía; dejamos al niño en el sendero y aguardamos expectantes hasta que lo descubrió, moviendo su linterna de un lado para otro. Oímos la exclamación de asombro del policía y luego nos marchamos en silencio. Por suerte, tomamos un coche cerca de The Spaniard's Inn, que nos llevó a la ciudad.

Como no puedo dormir, me he puesto a hacer este registro. Pero debo intentar dormir unas horas, ya que Van Helsing vendrá a recogerme a mediodía. Insiste en que vaya con él a otra expedición.

27 DE SEPTIEMBRE

Eran ya las dos cuando se nos presentó una oportunidad idónea para llevar a cabo una nueva tentativa. El funeral celebrado a mediodía ya había concluido y los últimos rezagados se habían ido lentamente. Ocultos detrás de un grupo de alisos, observamos atentamente hasta ver que el sacristán cerraba la verja al irse. Sabíamos que, a partir de entonces, si queríamos quedarnos, estaríamos seguros hasta la mañana siguiente. Pero el Profesor me dijo que nos bastaría con una hora, a lo sumo. Una vez más volví a experimentar esa horrorosa sensación de la realidad de las cosas, en la que cualquier esfuerzo de la imaginación parece fuera de lugar. Y me di cuenta claramente de los riesgos que corríamos ante la ley con nuestra impía tarea. Además, tenía la sensación de que todo aquello no serviría para nada. Si ultrajante fue abrir un ataúd de plomo para comprobar si una mujer que llevaba una semana muerta, lo estaba realmente, se me antojaba el colmo de

la locura abrir de nuevo la tumba ahora, sabiendo, por la evidencia de nuestros propios ojos, que el féretro estaba vacío. Me encogí de hombros, sin embargo, y permanecí en silencio, pues Van Helsing tenía una especial habilidad para salirse siempre con la suya, por mucho que se le protestara. El Profesor cogió la llave, abrió la cripta y de nuevo me indicó cortésmente con la mano que le precediera. El lugar no me pareció tan espantoso como la noche anterior, pero ¡ay!, cuando el sol entraba a raudales, ofrecía un aspecto indeciblemente desolador. Van Helsing se dirigió al ataúd de Lucy y yo le seguí. Se inclinó sobre él y volvió a forzar la pestaña de plomo. Entonces experimenté una súbito sobresalto de sorpresa y consternación.

Allí yacía Lucy, tal como la habíamos visto la noche antes del funeral. Estaba más radiante y hermosa que nunca, si eso es posible, y no podía creerme que, estuviera muerta. Sus labios estaban rojos, mejor dicho más rojos que nunca, y sus mejillas mostraban un delicado rubor.

—¿Qué truco es este? —le dije.

—¿Se convence usted ahora? —dijo el Profesor a modo de respuesta y, mientras hablaba, le puso la mano encima a la muerta y, con un gesto que me hizo estremecer, le separó los labios para mostrarme sus blancos dientes.

niños. ¿Me cree ahora, amigo John?



—Vea —prosiguió—, vea, están más afilados que antes. Con este y este otro —y tocó uno de los colmillos y su correspondiente de abajo— pudo morder a los niños. ¿Me cree ahora, amigo John?

Una vez más, se despertó dentro de mí el afán hostil de discutir. No *podía* aceptar aquella teoría tan abrumadora que me estaba sugiriendo. De modo que, en un intento por persuadirle, del que incluso ahora me avergüenzo, le dije:

—Puede que la hayan colocado aquí después de nuestra visita de anoche.

—¿De veras lo cree? Y si es así, ¿quién lo hizo?

—No lo sé. Alguien lo habrá hecho.

—No obstante lleva una semana muerta. La mayoría de la gente no tendría ese aspecto, después de tantos días.

No tenía respuesta para eso, de modo que me callé. Van Helsing no pareció darse cuenta de mi silencio; de todas formas, no dio muestras de contrariedad ni de regocijo. Contemplaba atentamente el rostro de la muerta, levantándole los párpados para observar sus ojos y abriéndole una vez más los labios para examinar sus dientes. Luego se volvió hacia mí y me dijo:

—Aquí hay algo diferente de todo lo que hasta ahora sabíamos: una doble vida que no es como la normal. Lucy fue mordida por el vampiro cuando estaba en trance, deambulando en sueños —¿le sorprende?, usted no sabía eso, amigo John, pero ya se enterará de todo más adelante—, y en ese estado era como mejor podía sacarle una mayor cantidad de sangre. Y como murió en trance, es también una no-muerta en trance. Eso es lo que la diferencia de los demás. Normalmente, cuando los no-muertos duermen en "casa" —e hizo un gesto con el brazo para designar lo que el vampiro entendía por "casa"— su rostro revela lo que son. Sin embargo, por muy dulce que fuera su rostro antes de convertirse en no-muerta, Lucy volverá a la nada como los demás muertos normales. No obstante, nada maligno hay en ese rostro, compruébelo, y por eso resulta tan duro tener que matarla mientras duerme.

Sus palabras me helaron la sangre y empecé a darme cuenta de que estaba aceptando las teorías de Van Helsing. Mas si ella estaba realmente muerta, ¿qué podía haber de aterrador en la idea de matarla? El Profesor me miró a los ojos y evidentemente notó un cambio en mi expresión, por lo que me dijo, casi con alegría:

—¿Se lo cree usted ahora?

—No me apremie con tanta insistencia. Estoy dispuesto a aceptarlo. ¿Cómo piensa llevar a cabo ese condenado trabajo?

—Le cortaré la cabeza, le llenaré la boca de ajo y le atravesaré el cuerpo con una estaca.

Me estremecí ante la idea de mutilar de esa manera el cuerpo de una mujer a

la que había amado. Sin embargo la impresión no fue tan fuerte como yo hubiera esperado. De hecho, empezaba a sentir escalofríos ante la presencia de aquel ser, aquella no-muerta, como la llamaba Van Helsing, a la que ahora aborrecía. ¿Es posible que el amor sea completamente subjetivo, o bien completamente objetivo?

Esperé un buen rato a que empezara Van Helsing, pero él parecía estar absorto en sus pensamientos. Al poco tiempo cerró de golpe su maletín y me dijo:

—He estado pensando y he decidido lo que es mejor. Si siguiese simplemente mi inclinación, haría inmediatamente, en este mismo instante, lo que hay que hacer. Pero hay que tener en cuenta otras circunstancias, mil veces más difíciles de lo que podemos imaginar. Es muy sencillo. Lucy todavía no ha matado a nadie, aunque eso es solo cuestión de tiempo. Por tanto, actuar ahora supondría evitarle ese riesgo para siempre. No obstante, puede que necesitemos a Arthur y en ese caso, ¿cómo podríamos decírselo? Si usted, que vio las heridas en la garganta de Lucy y las otras similares en el niño del hospital; que vio anoche el ataúd vacío y hoy lo ha visto ocupado por una mujer que no ha sufrido ningún cambio salvo estar más bella y haber recuperado el color de sus mejillas después de una semana de estar muerta… si usted sabe todo eso y vio anoche a la figura blanca que traía el niño al cementerio, y a pesar de eso no da crédito a sus propios sentidos, ¿cómo puedo esperar, entonces, que Arthur, que nada sabe de esas cosas, pueda creérselas? Ya dudó de mí cuando no le permití que la besara poco antes de morirse. Sé que me ha perdonado porque piensa que si le impedí despedirse como debiera, fue por alguna idea mía equivocada. Mas ahora podría creer que, por otra idea equivocada, esta mujer fue enterrada viva. Y que, por la más errónea de todas, la hemos matado nosotros. Alegará que fuimos nosotros los equivocados y que nuestras ideas fueron las que la mataron. Y de ese modo se sentirá siempre muy desgraciado. Sin embargo, nunca podrá estar seguro y eso es lo peor de todo. Unas veces pensará que la mujer a la que él amaba fue enterrada viva y tendrá pesadillas en las que imaginará los horrores que ella debe haber sufrido. Y otras, en cambio, creerá que quizás tuviéramos nosotros razón y que su amada fuera, después de todo, una no-muerta. ¡No! Se lo dije una vez, y desde entonces he aprendido mucho. Ahora que sé que todo es cierto, estoy mil veces más convencido de que debe pasar todavía por tragos más amargos hasta alcanzar la paz. El pobre pasará por momentos en los que el cielo será para él de lo más aciago. Entonces podremos intervenir por el bien de todos y devolverle la paz. Estoy decidido. Vámonos. Regrese usted esta noche a su

manicomio y compruebe que todo marcha bien. Por mi parte, me quedaré esta noche aquí en el cementerio a ver qué ocurre. Mañana por la noche venga a verme al hotel Berkeley a las diez. Enviaré un recado a Arthur para que venga también y lo mismo a ese joven americano que dio su sangre a Lucy. Más tarde tendremos mucho que hacer todos. Iré con usted hasta Piccadilly y allí cenaremos, pues debo regresar aquí antes de que el sol se ponga.

De modo que cerramos la tumba con llave y nos fuimos del cementerio, cuya tapia saltamos sin apenas dificultad, regresando en coche a Piccadilly.

NOTA DEJADA POR VAN HELSING EN EL HOTEL BERKELEY, DIRIGIDA AL DR. SEWARD (No entregada)

27 DE SEPTIEMBRE

QUERIDO JOHN:

Le escribo estas líneas por si pasara algo. Vuelvo solo al cementerio para vigilar. Me gustaría que la no-muerta, Miss Lucy, no saliera esta noche, así puede que mañana esté más ávida. Por consiguiente, colocaré en la verja de entrada a su tumba, a modo de sello, algunas cosas que a ella no le gustan: ajo y un crucifijo. Como es una no-muerta reciente, seguramente las tendrá en cuenta. Por otra parte, eso únicamente impedirá que salga del panteón; pero quizás no la persuada de su deseo de entrar; pues en esos casos el no-muerto se desespera y opta por lo más fácil, sea cual fuere. Estaré muy cerca toda la noche, desde la puesta del sol hasta la aurora, y si hubiese algo más que averiguar, lo averiguaré. No tengo miedo a Miss Lucy, ni temo por ella. Mas ese otro que la ha convertido en no-muerta, tiene ahora poder para encontrar su tumba y refugiarse en ella. Es astuto, lo sé por Mr. Harker y por el modo en que nos ha engañado cuando estaba en juego la vida de Miss Lucy y perdimos la partida; y además fuerte, en muchos aspectos, como son todos los no-muertos. Tiene en una sola mano la fuerza de veinte hombres; incluso la de nosotros cuatro, que dimos a Miss Lucy con nuestra sangre. Además, puede llamar a su lobo y a no sé qué más. De modo que si va allí esta noche, me encontrará a mí, pero a nadie más… hasta que sea

demasiado tarde. Aunque también puede ocurrir que no intente acercarse al lugar. No hay razón para que lo haga; su terreno de caza está más repleto de piezas que el camposanto donde duerme la mujer no-muerta, y vela este anciano.

Por consiguiente le escribo esto por si acaso… Entonces deberá coger los documentos que acompañan a esta nota, los diarios de Harker y todo lo demás. Léalos y busque luego a ese conspicuo no-muerto: córtele la cabeza y queme su corazón, o atraviéselo con una estaca, para que el mundo pueda librarse de él.

Si así fuera, hasta siempre.

VAN HELSING

DIARIO DEL DR. SEWARD

28 DE SEPTIEMBRE

Es asombroso lo que uno puede recuperarse durmiendo bien una noche. Ayer estaba a punto de aceptar las monstruosas teorías de Van Helsing y ahora me empiezan a parecer un espeluznante atropello al sentido común. No dudo de que él crea todo eso. Me pregunto si su mente no se habrá desquiciado de alguna manera. Seguramente debe haber *alguna* explicación racional para todos estos misterios. ¿Lo habrá tramado todo el propio Profesor? Es tan extraordinariamente inteligente que, aun perdiendo la cabeza, llevaría a cabo su obstinado propósito de la mejor manera posible. Soy reacio a creerlo y realmente sería una maravilla tan grande como la otra, el descubrir que Van Helsing se ha vuelto loco. De todos modos le vigilaré estrechamente. Puede que así logre aclarar un poco este misterio.

29 DE SEPTIEMBRE, POR LA MAÑANA

… Anoche, un poco antes de las diez, Arthur y Quincey entraron en la habitación de Van Helsing. El Profesor nos dijo lo que quería que hiciésemos, aunque se dirigió de manera especial a Arthur, como si todas nuestras voluntades se concentraran en la suya. Empezó diciendo que esperaba que nosotros fuéramos también con él, "porque", dijo, "allí nos espera un deber sagrado que debemos cumplir".

—Sin duda les sorprendió mi carta, ¿no es cierto? —preguntó directamente a

Lord Godalming.

—A mí sí. Me inquietó un poco. Últimamente he tenido tantas problemas que no podría soportar uno más. Pero sentí curiosidad también por saber a qué se refería usted. Quincey y yo hemos hablado de eso. Pero cuanto más hablamos, mayor era nuestro desconcierto, hasta el punto de que ahora puedo decir que sigo sin entender el significado de todo eso.

—Yo, tampoco —dijo Quincey Morris lacónicamente.

—Ah —dijo el Profesor—, entonces están ustedes dos más cerca del principio que el amigo John aquí presente, que ha tenido que retroceder un buen trecho antes de poder empezar a comprender.

Era evidente que Van Helsing se había dado cuenta, sin que yo dijese una sola palabra, de que volvía a adoptar mi antigua postura de incredulidad. Entonces se volvió hacia los otros dos, diciéndoles muy seriamente:

—Quiero que me den su permiso para hacer esta noche lo que juzgue conveniente. Ya sé que es pedirles mucho. Cuando sepan lo que me propongo hacer, solo entonces, comprenderán cuánto. Por tanto, ¿puedo pedirles que me lo prometan sin que yo les aclare antes nada, de modo que después, aunque puedan enfadarse conmigo durante algún tiempo —no puedo ocultar la posibilidad de que tal cosa ocurra—, no se culpen por nada?

—Eso es hablar con franqueza —terció Quincey—. Yo me fío del Profesor. No entiendo del todo sus intenciones, pero juro que es sincero; y eso es suficiente para mí.

—Gracias, caballero —dijo Van Helsing con orgullo—. Yo también tengo el honor de contarle a usted entre mis amigos de confianza y tal apoyo por su parte me agrada.

Le tendió la mano y Quincey se la estrechó.

—Doctor Van Helsing —intervino Arthur—, no me gusta demasiado "comprar un cerdo metido en un saco", como dicen en Escocia, y si se trata de algo que atañe a mi honor de caballero o a mi fe de cristiano, no puedo hacerle semejante promesa. Mas si me asegura que lo que usted intenta hacer no viola ninguna de esas dos cosas, entonces le daré mi consentimiento inmediatamente; aunque por mucho que lo intente no logro comprender qué es lo que pretende.

—Acepto esa restricción —dijo Van Helsing—, y lo único que le pido es que, antes de condenar cualquiera de mis actos, reflexione primero y compruebe que no viola sus reservas.

—¡Conforme! —dijo Arthur—. Eso es justo. Y ahora que hemos terminado

con los *pourparlers*, ¿puedo preguntar qué es lo que debemos hacer?

—Quiero que vengan conmigo, en el mayor de los secretos, al camposanto de Kingstead.

Arthur puso cara larga, mientras decía un poco asombrado:

—¿Es allí donde está enterrada la pobre Lucy?

El Profesor asintió con la cabeza.

—Y ¿qué haremos una vez allí? —prosiguió Arthur.

—¡Entrar en la tumba!

Arthur se levantó.

—Profesor, ¿habla usted en serio, o se trata acaso de una broma monstruosa? Usted perdone, ya veo que habla en serio.

Volvió a sentarse, pero pude observar que lo hacía con firmeza y orgullo, como si quisiera preservar su dignidad. Hubo un silencio, hasta que volvió a preguntar:

—¿Y una vez en la tumba?

—Abriremos el ataúd.

—¡Eso es demasiado! —dijo Arthur, volviéndose a levantar, encolerizado—. Estoy dispuesto a ser paciente mientras se trate de cosas razonables. Pero eso… esa profanación de la tumba… de alguien a quien…

La indignación hizo que se atascara. El Profesor le miró compasivamente.

—Si pudiera evitarle cualquier sobresalto, mi pobre amigo —dijo—, sabe Dios que lo haría. Pero esta noche tendremos que transitar por senderos espinosos. De no hacerlo, más adelante, y para siempre, aquella a quien ama ¡caminará por senderos de fuego!

Con el rostro imperturbable y pálido, Arthur levantó los ojos hacia él, diciendo:

—Tenga cuidado, caballero, ¡tenga cuidado!

—¿No sería mejor que escuchara lo que tengo que decir? —dijo Van Helsing —. Así podrá enterarse, al menos, de cuáles son mis intenciones. ¿Puedo seguir adelante?

—Es bastante justo —terció Morris.

Van Helsing hizo una pausa y luego prosiguió, haciendo un esfuerzo manifiesto:

—Miss Lucy está muerta, ¿no es así? ¡Bien! Entonces nada malo puede ocurrirle. Mas si no estuviera muerta…

Arthur se puso en pie de un salto.

—¡Cielo santo! —gritó—. ¿Qué pretende insinuar? ¿Acaso ha habido algún error? ¿Es que ha sido enterrada viva?

Y se puso a gemir con una angustia que ni siquiera la esperanza podía suavizar.

—Yo no he dicho que esté viva, hijo mío; no era eso lo que pensaba. Me he limitado a decir que podría ser una no-muerta.

—¡No-muerta! ¡No viva! ¿Qué quiere decir? ¿Es todo una pesadilla, o de qué se trata?

—Hay misterios que los hombres únicamente pueden tratar de adivinar, que a través de los siglos solo han podido resolver en parte. Créame, ahora estamos a punto de resolver uno. Pero aún no he acabado. ¿Puedo cortarle la cabeza a la difunta Miss Lucy?

—¡Cielo santo, no! —exclamó Arthur en un arrebato de cólera—. Por nada del mundo consentiré que mutilen su cadáver. Doctor Van Helsing, se está pasando usted de la raya conmigo. ¿Qué le he hecho para me torture de ese modo? ¿Qué le hizo esa pobre y dulce criatura para que quiera arrojar sobre su tumba semejante deshonor? ¿Está usted loco por decir esas cosas, o soy yo el loco por escucharlas? No se atreva a pensar más en semejante profanación. No le consentiré que haga nada. Tengo el deber de proteger su tumba de cualquier ultraje, ¡y voto a Dios que lo cumpliré!

Van Helsing se levantó del lugar en donde había estado sentado todo el tiempo y dijo con solemnidad y firmeza:

—Mi lord Godalming, yo también tengo un deber que cumplir, un deber para con los demás, un deber para con usted, un deber para con la muerta. Y ¡voto a Dios que lo cumpliré! Lo único que ahora le pido es que venga conmigo, que observe y que escuche. Y si más tarde vuelvo a hacerle la misma petición y usted no está más deseoso que yo de llevarla a cabo… entonces, cumpliré con mi deber, sin importarme nada lo que pueda parecerme. Después, para complacer los deseos de su señoría, me pondré a su disposición para rendirle cuentas, cuando y donde usted quiera.

Su voz se quebró ligeramente y luego prosiguió en tono bastante compasivo:

—Mas no siga enfadándose conmigo, se lo suplico. A lo largo de mi vida he tenido que realizar actos que a menudo me disgustaban, y a veces me partían el corazón. Pero nunca hasta ahora me había enfrentado a una tarea tan dura. Créame, si llegase un momento en que cambiara de opinión respecto a mí, una

sola mirada suya bastaría para borrar ese momento tan doloroso, pues haría todo lo humanamente posible para evitarle sufrimientos. Piénselo. ¿Por qué tendría que tomarme tanto trabajo y padecer tantos pesares? He venido aquí desde mi propio país para hacer todo el bien que pueda. Al principio, lo hice por complacer a mi amigo John; después, para ayudar a esa encantadora jovencita a quien, yo también, he llegado a querer. Le di a ella —me avergüenza decir todo esto, pero lo hago gustoso— lo mismo que usted le dio: la sangre de mis venas; yo, que no era su prometido, como lo era usted, sino únicamente su médico y su amigo. Le dediqué mis noches y mis días, antes y después de su muerte; y si mi propia muerte pudiera hacerle algún bien, ahora que es una no-muerta, se la ofrecería voluntariamente.

Sus palabras denotaban un orgullo tan solemne y tan dulce que Arthur se sintió profundamente afectado. Y cogiendo la mano del anciano, le dijo con voz quebrada:

—¡Ay!, qué duro resulta pensar en todo esto y no poder comprenderlo. Pero al menos iré con usted y le ayudaré.

Capítulo XVI



DIARIO DEL DR. SEWARD (Continuación)

Acababan de dar las doce menos cuarto cuando entramos en el camposanto, saltando la pequeña tapia. La noche era oscura y solo ocasionalmente asomaba la luna entre los desgarrones de las espesas nubes que cruzaban el cielo velozmente. Formábamos un grupo compacto, aunque Van Helsing iba ligeramente adelantado, abriendo camino. Cuando nos acercamos al panteón, observé con atención a Arthur, pues temía que la proximidad de un lugar de tan

dolorosos recuerdos pudiera trastornarle. Sin embargo se portó muy bien. Supuse que el misterio mismo que rodeaba a nuestra actuación contrarrestaba en cierta manera su congoja. El Profesor abrió la verja de entrada y, al ver nuestra lógica vacilación, por diferentes motivos, resolvió la dificultad entrando él primero. Los demás le seguimos y cerramos la puerta. Luego encendió una linterna y señaló el ataúd. Arthur avanzó unos pasos con indecisión.

—Usted ya estuvo aquí conmigo ayer —me dijo Van Helsing—. ¿Estaba el cuerpo de Miss Lucy en este ataúd?

—Lo estaba.

—Ya lo han oído ustedes —dijo el Profesor, dirigiéndose a los demás—. Y todavía hay quien no quiere creerme.

Cogió el destornillador y quitó de nuevo la tapa del ataúd. Arthur miraba, muy pálido pero en silencio. En cuanto fue retirada la tapa dio un paso adelante. Sin duda ignoraba que dentro había otro féretro de plomo, o en todo caso no se le había ocurrido. Cuando vio la hendidura en el plomo, la sangre se le agolpó por un momento en las mejillas, aunque volvió a descender con la misma rapidez, de modo que se puso otra vez horriblemente pálido y permaneció en silencio. Van Helsing tiró hacia abajo de la pestaña de plomo y todos nosotros nos asomamos al interior, retirándonos horrorizados.

¡El ataúd estaba vacío!

Durante varios minutos nadie dijo nada. Quincey Morris fue el primero en romper el silencio.

—Profesor, yo ya me fie de usted en una ocasión. Me basta con su palabra. En una situación normal, no le haría una pregunta como esta… no le deshonraría con mis dudas; pero se trata de un misterio que está más allá del honor o el deshonor. ¿Es esto obra suya?

—Le juro por lo más sagrado que yo no la he movido ni tocado. Lo que sucedió fue lo siguiente: hace dos noches vinimos aquí mi amigo Seward y yo… animados por la mejor de las intenciones, créame. Abrí ese féretro, que estaba sellado, y lo encontramos vacío, como ahora. Entonces quedamos a la espera y no tardamos en ver una figura blanca que venía entre los árboles. El día siguiente volvimos antes de que oscureciera y comprobamos que estaba aquí tendida. ¿No es cierto, amigo John?

—Sí.

—Aquella noche llegamos justo a tiempo. Otro niño había desaparecido y, gracias a Dios, lo encontramos ileso entre las tumbas. Ayer vine aquí antes de la

puesta del sol, porque al ponerse el sol los no-muertos pueden ponerse en movimiento. Esperé aquí toda la noche hasta el amanecer, pero no vi nada. Debido probablemente a que puse encima de los cerrojos de las puertas varios manojos de ajos, que los no-muertos no pueden soportar, y otras cosas que ellos rehúyen. Por eso anoche no hubo ningún éxodo. Pero esta tarde, antes del crepúsculo, quité los ajos y las demás cosas. Eso explica que hayamos encontrado vacío el ataúd. Mas no se impacienten. Hasta ahora todo parece muy extraño. Pero esperen conmigo aquí afuera, sin ser vistos ni oídos, y presenciarán cosas todavía más extrañas. De modo que —dijo, cerrando la tapa corrediza de su linterna— vayamos afuera.

El Profesor abrió la puerta y salimos de uno en uno, quedándose él el último para cerrar.

¡Ah!, qué pura y fresca parecía la brisa nocturna después del horror de la cripta. Qué delicia ver las nubes cruzando el cielo raudamente y los destellos pasajeros de los rayos lunares al pasar entre ellas… como las tristezas y las penas de la vida. Qué delicia respirar el aire fresco, no contaminado por la muerte y la putrefacción. Qué grato ver los resplandores rojos del cielo más allá de la colina y oír en la lejanía el amortiguado estruendo de la vida en una gran ciudad. Cada uno de nosotros, a su manera, estaba serio y abrumado. Arthur callaba y se esforzaba, según pude darme cuenta, por captar el propósito y el significado más profundo de este misterio. Yo mismo aguardaba pacientemente y me sentía inclinado de nuevo a desechar cualquier duda y a aceptar las conclusiones de Van Helsing. Quincey Morris estaba impasible, a la manera del hombre que lo acepta todo con valor y sangre fría, que arriesga todo cuanto puede arriesgar. Como no podía fumar, cortó un buen trozo de tabaco y empezó a mascarlo. En cuanto a Van Helsing, estaba ocupado en una tarea muy precisa. Primero sacó de su maletín una especie de galleta delgada, parecida a una oblea, cuidadosamente envuelta en una servilleta blanca. Luego, sacó dos puñados de una especie de sustancia blancuzca, como de pasta o masilla. Desmigó la oblea y mezclándola con la pasta, la amasó con las manos. Después cogió la masa resultante y la troceó en tiras finas, que fue colocando en las grietas que había entre la puerta del panteón y su marco. Todo esto me desconcertó un poco y como estaba a su lado, le pregunté qué estaba haciendo. Arthur y Quincey se acercaron también, ya que ambos sentían la misma curiosidad que yo.

—Estoy cerrando la tumba —respondió Van Helsing—, para que la no-muerta no pueda entrar.

—¿Y es esa sustancia que usted ha puesto lo que va a impedírselo? —

preguntó Quincey—. ¡Gran Scott![27] ¿Se trata de algún juego?

—Así es.

—¿Y qué es lo que ha utilizado? —preguntó esta vez Arthur.

—Una hostia —contestó Van Helsing, al tiempo que se quitaba el sombrero reverentemente—. La traje de Ámsterdam. Me concedieron una indulgencia.

Fue una respuesta que horrorizó al más escéptico y todos nosotros sentimos individualmente que era imposible desconfiar de un propósito tan grave como el del Profesor, un propósito en el que podía hacer uso de lo que él tenía por más sagrado. En respetuoso silencio, ocupamos cada uno los lugares que se nos había asignado en torno al panteón, pero ocultos de la vista de cualquiera que se aproximara. Me compadecí de los demás, especialmente de Arthur. Yo ya estaba habituado, por mis visitas anteriores, a esta vigilancia tan horrorosa, y aunque tan solo una hora antes rechazaba las pruebas, sentí que se me encogía el corazón. Jamás se me habían antojado las tumbas tan horrorosamente blancas; jamás los cipreses, o los tejos, o los enebros, me habían parecido tanto la encarnación de la melancolía fúnebre; jamás los árboles, o la hierba, se habían agitado o habían susurrado tan ominosamente; jamás las ramas habían crujido tan enigmáticamente; y jamás los aullidos de los perros en la lejanía habían transmitido a través de la noche tantos presagios de infortunios.

Hubo un largo rato de silencio, un vacío profundo y doloroso. Luego, el Profesor siseó, señalándonos una figura blanca e imprecisa que, apretando contra el pecho un bulto oscuro, avanzaba hacia nosotros por la avenida de los tejos. La figura se detuvo y de pronto asomó la luna entre las masas de nubes a la deriva, revelando con sobrecogedora claridad una mujer de cabello oscuro, envuelta en un sudario. No podíamos verle la cara, ya que estaba inclinada mirando lo que llevaba en sus brazos que identificamos como un niño rubio. Tras una pausa, oímos un breve grito agudo, como el que suelen dar los niños en sueños, o los perros cuando dormitan, tumbados ante el fuego. Íbamos ya a adelantarnos, cuando el Profesor alzó una mano en señal de aviso, que todos pudimos ver pese a estar oculto detrás de un tejo, y nos detuvimos. La figura blanca avanzó de nuevo hacia nosotros. Pronto estuvo lo bastante cerca para poder verla claramente, ya que todavía la iluminaba la luna. Sentí que se me helaba la sangre en las venas, al tiempo que escuché el grito de asombro de Arthur al reconocer las facciones de Lucy Westenra. Sí, era ella, pero ¡qué cambiada estaba! Su habitual dulzura se había convertido en inexorable y despiadada crueldad, y su pureza de siempre en desenfrenada voluptuosidad. Van Helsing salió de su escondrijo y todos nosotros, obedientes a su gesto, avanzamos también. Los

cuatro nos alineamos delante de la entrada al panteón. Van Helsing levantó su linterna y retiró la tapa corrediza: su luz concentrada cayó sobre el rostro de Lucy y pudimos ver que tenía los labios rojos por la sangre fresca que le corría por la barbilla, mancillando la pureza de su mortaja de linón.

El horror nos hizo estremecer. A la trémula luz de la linterna, pude ver que ni siquiera Van Helsing había podido controlar sus nervios de acero. Arthur estaba a mi lado, y de no haberle cogido por el brazo y sujetado, se hubiera caído.

En cuanto nos vio Lucy —llamo Lucy al ser que teníamos frente a nosotros porque tenía su misma apariencia—, retrocedió, dejando escapar un gruñido de rabia, como los que emite un gato cuando se le coge desprevenido. Después nos recorrió uno a uno con la mirada. Eran los mismos ojos de Lucy, en cuanto a forma y color, pero, en lugar de aquellas pupilas puras y bondadosas que todos conocíamos, ahora brillaban en ellos la salacidad y el fuego infernal. En ese instante, lo que quedaba de mi amor por ella se trocó en odio y repugnancia. Si hubiéramos tenido que matarla en aquel momento, yo mismo lo habría hecho con frenético deleite. Al mirarnos, sus ojos resplandecieron perversamente y su rostro se iluminó con una sonrisa voluptuosa. ¡Dios mío, cómo me estremecí al verla! Con gesto despreocupado arrojó al suelo, insensible como un demonio, al niño que hasta entonces había apretado contra su pecho con tanto empeño, gruñendo como un perro cuando le quitan su hueso. El niño profirió un chillido y quedó allí tendido, gimoteando. Su acción denotaba tal sangre fría que arrancó un gemido lastimero de la garganta de Arthur. Y cuando Lucy avanzó hacia él con los brazos extendidos y una sonrisa lasciva en los labios, retrocedió, ocultando el rostro entre sus manos.



Ella siguió avanzando, sin embargo, diciéndole en un tono lánguido, voluptuoso y cortés:

—Ven conmigo, Arthur. Deja a esos otros y vente conmigo. Ansío tenerte

entre mis brazos. Ven y descansaremos juntos. ¡Ven, esposo mío, ven!

Había en su voz una especie de dulzura diabólica —algo parecido al tintineo del cristal al golpearlo— que resonó incluso en nuestros cerebros, a pesar de que las palabras iban dirigidas a otro. En cuanto a Arthur, parecía hechizado: apartó las manos de su rostro y abrió completamente los brazos. Cuando ella estaba a punto de abrazarle, Van Helsing dio un salto hacia adelante y se interpuso entre ambos con su pequeño crucifijo de oro. Ella se echó hacia atrás con el rostro súbitamente descompuesto por la ira, y casi le derribó al pasar junto a él en dirección al panteón, como si pretendiera entrar.

Sin embargo, al llegar a uno o dos pies de la puerta se detuvo, como si alguna fuerza irresistible le impidiera el paso. Entonces se volvió, mostrando su rostro claramente a la luz de la luna y de la linterna que Van Helsing sostenía con mano firme. Jamás había visto en un rostro semejante expresión de rencor y de frustración. Y confío en que jamás vuelva a verla ningún ojo humano. Sus sonrosadas mejillas se tornaron lívidas; sus ojos parecían despedir chispas procedentes del fuego del infierno; tenía el ceño fruncido y los pliegues de su carne eran como los anillos de las serpientes de Medusa; y su encantadora boca, manchada de sangre, se abrió desmesuradamente hasta adoptar la forma cuadrada de las máscaras griegas y japonesas que representan la cólera. Si ha habido alguna vez un rostro que significara muerte… si las miradas pudieran matar… ahí estaba ante nosotros en aquellos momentos.

Durante medio minuto, que nos pareció una eternidad, Lucy permaneció entre el crucifijo y el cierre sagrado que le impedía entrar. Van Helsing rompió el silencio preguntando a Arthur:

—Respóndame, amigo mío. ¿Continúo con mi trabajo?

Arthur se hincó de rodillas y, tapándose la cara con las manos, le contestó:

—Haga lo que quiera, amigo. ¡No puede haber nada más horroroso que esto! —dijo, gimiendo para sus adentros.

Quincey y yo nos acercamos a él a la vez y le cogimos por los brazos. Pudimos oír el chasquido de la linterna cuando Van Helsing la dejó en el suelo. A continuación el Profesor se acercó a la tumba y empezó a sacar de las grietas el símbolo sagrado que allí había colocado. Y todos pudimos ver, con gran asombro y horror, que en cuanto Van Helsing retrocedió, la mujer, cuyo cuerpo material era tan real como los nuestros, pasó por un intersticio por el que apenas hubiera cabido la hoja de un cuchillo. Todos sentimos una sensación de alivio y alegría cuando vimos que el Profesor, con toda calma, volvía a colocar las tiras

de masilla en las rendijas de la puerta.

Hecho esto, levantó al niño y dijo:

—Ahora, amigos míos, vengan conmigo. No podemos hacer nada más hasta mañana. Hay un funeral al mediodía, de modo que vendremos un poco después. Los amigos del muerto se habrán marchado a las dos y cuando el sacristán cierre la verja, nos quedaremos dentro. Entonces tendremos más cosas que hacer, aunque no como lo de esta noche. En cuanto a este pequeño, apenas ha sufrido daño y mañana por la noche estará ya bien. Lo dejaremos donde pueda encontrarle la policía, como la otra noche, y luego nos iremos a casa.

Y acercándose a Arthur, le dijo:

—Amigo Arthur, ha tenido usted que pasar por un prueba muy dolorosa, pero más tarde, cuando piense en ello, comprenderá hasta qué punto era necesaria. Ahora se encuentra usted surcando aguas turbulentas, hijo. Pero mañana a estas horas, si Dios quiere, las habrá dejado atrás y habrá entrado en aguas tranquilas, así que no se lamente demasiado. Hasta entonces, no le pediré que me perdone.

Arthur y Quincey volvieron a casa conmigo y durante el camino procuramos animarnos unos a otros. Habíamos dejado al niño en lugar seguro y estábamos cansados. De modo que dormimos más o menos bien.

29 DE SEPTIEMBRE, POR LA NOCHE

Un poco antes de las doce, pasamos los tres —Arthur, Quincey Morris y yo— a recoger al Profesor. Era extraño observar que, como si nos hubiéramos puesto previamente de acuerdo, íbamos todos vestidos de negro. Arthur iba de negro, por supuesto, ya que estaba de luto riguroso, pero el resto vestíamos así por instinto. Llegamos al cementerio a la una y media y estuvimos dando un paseo por los alrededores, para no ser vistos. De modo que, cuando los sepultureros acabaron su trabajo, y el sacristán cerró la verja, convencido de que se habían ido todos, nos quedamos solos en el cementerio. Van Helsing, en lugar de su pequeño maletín, llevaba un largo saco de cuero, parecido a los que se emplean en el *cricket*, que manifiestamente pesaba lo suyo.

Cuando nos quedamos solos y oímos desvanecerse los últimos pasos en el camino, seguimos al Profesor en silencio, como si obedeciéramos alguna orden, en dirección al panteón. Van Helsing abrió la puerta y cuando entramos todos, la cerró tras él. Entonces sacó la linterna de su saco y la encendió. Luego sacó dos velas, que también encendió, y las fijó sobre otros dos ataúdes, derritiendo un

poco sus cabos, de manera que hubiese suficiente luz para su trabajo. Cuando una vez más levantó la tapa del ataúd de Lucy, todos miramos en el interior —Arthur temblando como un azogado— y pudimos ver que el cuerpo yacía allí con toda su mortal belleza. Pero en mi corazón ya no había amor, solo asco por aquella horrible criatura que había tomado la forma externa de Lucy, pero no su alma. Incluso pude observar que el rostro de Arthur se endurecía al mirarla. Poco después el mismo Arthur preguntaba a Van Helsing:

—¿Es realmente el cuerpo de Lucy, o solo un demonio que ha tomado su aspecto?

—Es su cuerpo y, no obstante, no lo es. Pero espere un poco y la verá como era y como es.

Allí tendida, parecía como si la estuviéramos viendo en una pesadilla: sus dientes puntiagudos, las manchas de sangre, su boca voluptuosa —que solo de verla le hacía estremecer a uno—, su aspecto carnal y sin alma, todo parecía una burla diabólica del dulce candor de Lucy. Van Helsing, metódico como de costumbre, comenzó a sacar el variado contenido del saco, con el fin de que estuviera disponible para su utilización. Primero sacó un soldador y algo de plomo para la soldadura; después una lamparilla de aceite que, al encenderla en un rincón del panteón, desprendió un gas cuya llama azulada despedía un calor intenso; luego sus bisturís, que dejó a mano; y por fin una estaca redonda de madera, de unas dos pulgadas y media o tres de grosor y unos tres pies de largo [entre 6 y 8 centímetros de circunferencia y cerca de un metro de largo]. Uno de sus extremos estaba endurecido al fuego y había sido afilado hasta terminar en punta. Junto a la estaca sacó también un martillo pesado, como los que se utilizan en las carboneras de las casas para partir el carbón. A mí siempre me han parecido estimulantes y reconfortantes los preparativos de un médico antes de cualquier operación, pero estos les causaron una gran consternación a Arthur y a Quincey. Sin embargo, ambos mantuvieron la compostura y permanecieron quietos y en silencio.

—Antes de hacer nada —dijo Van Helsing, cuando todo estuvo dispuesto—, permítanme que les revele algo. Son conocimientos transmitidos por la tradición y la experiencia de los antiguos y de todos aquellos que han estudiado los poderes de los no-muertos. Cuando pasan a ese estado, el cambio que experimentan está ligado a la maldición de la inmortalidad: no pueden morir y se ven en la obligación, siglo tras siglo, de añadir nuevas víctimas y multiplicar los males del mundo, pues cualquiera que muera víctima de un no-muerto se convierte a su vez en otro no-muerto y ataca a los de su especie. De modo que el

círculo se va ensanchando, como las ondas que produce una piedra arrojada al agua. Amigo Arthur, si hubiera dejado que la pobre Lucy le besara poco antes de morir, como recordará que estuvo a punto de hacer, o la otra noche cuando le abrió los brazos para estrecharla, cuando usted muriera se convertiría también en *nosferatu* como los llaman en Europa oriental y con el tiempo contribuiría al aumento de esos no-muertos que tanto horror nos causan. La carrera de esta desgraciada joven tan querida no ha hecho más que empezar. Esos niños cuya sangre ha chupado hasta ahora no son, sin embargo, lo peor que podría ocurrir. Si ella sigue viviendo, como no-muerta, perderán cada vez más sangre y, con el poder que ella ejerce sobre ellos, la buscarán todavía más, hasta que les vacíe las venas con su depravada boca. Mas si ella muere realmente, entonces todo cesará: desaparecerán las pequeñas heridas de sus gargantas y volverán a sus juegos, sin ni siquiera saber lo que ha ocurrido. Aunque lo mejor de todo será que, cuando esta no-muerta descanse como una verdadera muerta, el alma de la pobre joven a quien amamos volverá a ser libre. En lugar de cometer perversidades por la noche y degradarse cada vez más durante el día asimilándolas, ocupará el lugar que le corresponde entre los demás ángeles. Por eso, amigo mío, será una mano bendita para ella la que le aseste el golpe de gracia que la liberará. Yo estoy dispuesto a hacerlo; mas, ¿acaso no hay nadie entre ustedes con más derecho que yo? ¡Qué dicha poder pensar en el futuro, en el silencio de la noche cuando el sueño no llega!, "ha sido mi mano la que la envió a las estrellas; la mano del hombre que más la amaba; la mano que ella misma habría elegido entre todas las demás, si hubiera tenido ocasión de hacerlo". Díganme, ¿no existe entre nosotros tal persona?

Todos miramos a Arthur. Él también comprendió, como todos los demás, la bondad infinita que implicaba la sugerencia de Van Helsing de que fuese su mano la que nos devolviera a Lucy como un recuerdo sagrado, no impío. Dio un paso adelante y aunque le temblaba la mano y tenía el rostro tan blanco como el papel, dijo con valentía:

—Es usted un auténtico amigo; se lo agradezco desde lo más hondo de mi corazón destrozado. Dígame lo que debo hacer y ¡le aseguro que no titubearé!

Van Helsing le puso una mano en el hombro y dijo:

—¡Valeroso muchacho! Bastará un instante de valor y todo habrá terminado. Deberá atravesar su cuerpo con esta estaca. Será una prueba terrible, no se engañe, pero durará muy poco y luego su regocijo será tanto mayor cuanto más grande es ahora su aflicción; cuando salga usted de esta macabra tumba le parecerá que tiene alas. Pero no debe vacilar una vez que haya comenzado.

Piense únicamente en que nosotros, sus verdaderos amigos, estaremos a su lado y rezaremos por usted todo el tiempo.

—Adelante —dijo Arthur con voz ronca—. Dígame qué debo hacer.

—Coja esta estaca con la mano izquierda, coloque la punta sobre su corazón y tenga preparado el martillo en la derecha. Entonces, cuando empecemos nuestra oración por la difunta —yo la recitaré, aquí tengo el misal, y los demás me acompañarán—, golpee en nombre de Dios, para que la muerta que amamos descanse en paz y la no-muerta desaparezca para siempre.

Arthur cogió la estaca y el martillo y en cuanto estuvo preparado mentalmente para su actuación, sus manos ya no temblaron ni se estremecieron. Van Helsing abrió su misal y empezó a recitar; Quincey y yo le seguimos lo mejor que pudimos. Arthur colocó la punta de la estaca sobre el corazón de Lucy, y pude ver cómo se hundía en la carne blanca. Entonces golpeó con todas sus fuerzas.

La criatura del ataúd se retorció y de sus labios rojos, abiertos, brotó un chillido horroroso y espeluznante que nos heló la sangre. El cuerpo se estremeció, tembló y se retorció entre frenéticas contorsiones; los afilados dientes blancos se clavaron en sus labios hasta desgarrarlos y su boca se cubrió de espuma carmesí. Mas Arthur no titubeó. Parecía una representación de Thor, mientras su brazo firme subía y bajaba, hundiendo cada vez más la misericordiosa estaca, y la sangre del corazón traspasado fluía y chorreaba a su alrededor. Había empeño en su rostro, como si fuera consciente de estar cumpliendo un deber sagrado, y el contemplarle nos infundió valor, de modo que nuestras voces parecieron resonar en la pequeña cripta.

Poco a poco disminuyeron las contorsiones y sacudidas del cuerpo, y los dientes dejaron de morder y el rostro de temblar. Por fin quedó inmóvil. La terrible misión había terminado.

Arthur dejó caer el martillo de su mano. Se tambaleó, y de no haberlo sujetado nosotros, se hubiera caído. De su frente brotaban gruesas gotas de sudor y su respiración era jadeante. Desde luego el esfuerzo había sido terrible, y de no haberse visto forzado a hacerlo por algo más que simples consideraciones humanas, jamás lo habría llevado a cabo. Durante unos pocos minutos estuvimos tan pendientes de él, que no prestamos atención al ataúd. Cuando lo hicimos, sin embargo, ninguno de nosotros pudimos contener un murmullo de sorpresa y alarma. Mirábamos con tanta atención, que Arthur se levantó del suelo, donde se había sentado, y vino a mirar también. Entonces una extraña expresión de dicha afloró en su rostro, disipando totalmente la horrorosa tristeza que se había

apoderado de él.

En el ataúd ya no yacía aquella repugnante criatura que tanto habíamos temido, y a la que habíamos llegado a odiar de tal forma, que su destrucción se había convertido en un privilegio, reservado a aquel de nosotros que más derecho tenía a llevarla a cabo, sino Lucy, tal como la habíamos conocido en vida, con su mismo rostro de una dulzura y pureza sin parangón. Es cierto que mostraba, como lo había hecho en vida, las huellas de la angustia, el sufrimiento y el deterioro, pero para nosotros eso la hacía aún más querida, ya que revelaba a la verdadera Lucy que habíamos conocido. Todos tuvimos la impresión de que la bendita paz que, como un rayo de sol, iluminaba aquel rostro y aquel cuerpo deteriorados, era tan solo una muestra o un símbolo terrenal de la paz que debía reinar para siempre.

Van Helsing se acercó a Arthur y le puso una mano sobre el hombro, diciendo:

—¿Podrá perdonarme ahora, Arthur, amigo mío, querido muchacho?

Entonces tuvo lugar la reacción de Arthur a la terrible tensión que había tenido que soportar: cogió la mano al anciano, se la llevó a los labios y la besó, diciendo:

—¡Perdonarle! Que Dios le bendiga por haberle devuelto el alma a mi amada, y a mí la paz.

Y abrazando a Van Helsing, apoyó la cabeza en su pecho y lloró un rato en silencio, mientras los demás permanecíamos inmóviles. Cuando levantó la cabeza, Van Helsing le dijo:

—Ahora, hijo mío, puede besarla. Bese sus labios muertos, si lo desea, como ella habría hecho con usted, si hubiera podido. Porque ahora ya no es un demonio que enseña los dientes… ha dejado de ser esa repugnante criatura para toda la eternidad. Nunca más será una no-muerta, dependiente del Diablo. Ahora es una verdadera muerta de Dios, ¡y su alma está con Él!

Arthur se inclinó y la besó, y después le hicimos salir del panteón con Quincey. El Profesor y yo serramos el extremo saliente de la estaca, dejando la punta dentro del cuerpo. Luego le cortamos la cabeza y le llenamos la boca de ajos. Finalmente soldamos el ataúd de plomo, atornillamos la tapa y recogiendo todas nuestras pertenencias, abandonamos la tumba. Cuando el Profesor cerró la puerta le entregó la llave a Arthur.

Fuera la brisa era suave, el sol brillaba, los pájaros cantaban y parecía como si la naturaleza entera estuviera afinada en un diferente tono. Por todas partes

reinaba la animación, el júbilo y la paz, pues todos nosotros estábamos tranquilos y alegres, aunque nuestra alegría era moderada.

Antes de marcharnos, dijo Van Helsing:

—Ahora, amigos míos, ya hemos dado el primer paso, el más desgarrador para nosotros. Pero todavía nos queda una tarea más importante: encontrar al autor de todos nuestros pesares y acabar con él. Tengo algunas pistas que podemos seguir; pero será una tarea larga y difícil que entrañará peligro y dolor. ¿Me ayudarán ustedes? Ahora ya hemos aprendido a creer, ¿no es cierto? Siendo así ya sabemos cuál es nuestro deber, ¿no es así? ¿Acaso no hemos prometido llegar hasta el final?

Le estrechamos la mano uno a uno y prometimos ayudarle. Cuando ya nos íbamos, dijo el Profesor:

—Dentro de dos noches se reunirán conmigo y cenaremos juntos a las siete en casa del amigo John. Invitaré a otras dos personas, que no conocen todavía. Para entonces estaré ya preparado para mostrarles cuál va a ser nuestra misión y revelarles nuestros planes. Amigo John, usted venga conmigo, pues tengo muchas cosas que consultarle y necesito su ayuda. Esta noche me marcho a Ámsterdam, pero regresaré mañana por la noche. Entonces comenzará nuestra búsqueda. Pero antes tengo que decirles muchas cosas, para que sepan lo que tienen que hacer y los peligros que eso entrañará. Entonces renovaremos nuestra promesa, pues nos espera una tarea terrible, y una vez que hayamos puesto el pie en el arado, no debemos retroceder.

Capítulo XVII



DIARIO DEL DR. SEWARD
(Continuación)

Cuando llegamos al hotel Berkeley, había un telegrama para Van Helsing:

"Llego en tren. Jonathan en Whitby. Importantes noticias". MINA HARKER

El Profesor estaba encantado.

—¡Ah, esa maravillosa Madam Mina! —exclamó— ¡Una perla de mujer! Va a venir, pero me es imposible esperarla. Tendrá que quedarse en su casa, amigo

John. Deberá ir a la estación a recogerla. Telegrafíele *en route* para prevenirla.

Una vez cursado el telegrama, el Profesor tomó una taza de té y me habló de un diario que Jonathan Harker había escrito durante su estancia en el extranjero. Luego me entregó una copia mecanografiada de ese diario, junto con otra del diario que había escrito Mrs. Harker en Whitby.

—Lléveselos —dijo— y estúdielos con detenimiento. Así cuando yo regrese estará al corriente de todos lo sucedido y podremos emprender nuestra investigación en mejores condiciones. Guárdelos en sitio seguro, pues contienen un verdadero tesoro. Pese a haber pasado por una experiencia como la de hoy, necesitará usted de toda su fe. Lo que aquí se cuenta —y mientras hablaba puso la mano pesada y gravemente sobre el paquete— puede significar el principio del fin para usted, para mí y para muchos otros; o puede ser el toque de difuntos de los no-muertos que pisan la tierra. Léalos, se lo ruego, con imparcialidad; y si puede añadir alguna cosa a la historia que en ellos se cuenta, hágalo, porque todo es importante. Usted también ha consignado en un diario esos sucesos tan extraños, ¿no es así? ¡Estupendo! Cuando nos reunamos examinaremos juntos todas esas cosas.

Luego se arregló para el viaje y poco después se fue en coche a Liverpool Street. Yo me dirigí a Paddington, donde llegué unos quince minutos antes de la entrada del tren.

La multitud se fue dispersando, tras el habitual bullicio en los andenes. Ya empezaba a preocuparme, temiendo no dar con mi invitada, cuando se acercó a mí una joven de hermoso rostro y aspecto elegante y me preguntó, tras dirigirme una rápida ojeada:

—¿El doctor Seward, no es así?

—¡Y usted es Mrs. Harker! —respondí de inmediato, después de lo cual ella me estrechó la mano.

—Le he reconocido por la descripción de la pobre Lucy, pero…

De repente se calló y por un momento el rubor cubrió su rostro. De alguna manera, el rubor que subió también a mis propias mejillas nos facilitó las cosas, ya que era una respuesta al suyo. Cogí su equipaje, que incluía una máquina de escribir, y tomamos el metro hasta Fenchurch Street, después de que yo enviara un telegrama a mi ama de llaves ordenándola que preparara un dormitorio y una salita de estar para Mrs. Harker.

Llegamos a la hora prevista. Ella sabía, desde luego, que aquel lugar era un manicomio; sin embargo, noté que no pudo reprimir un ligero estremecimiento

al entrar.

Me dijo que, si no había inconveniente, vendría luego a mi despacho, pues tenía mucho que contarme. De modo que, mientras la espero, estoy terminando de grabar en el fonógrafo esta parte de mi diario. Todavía no he tenido ocasión de hojear el paquete que me dejó Van Helsing, aunque lo tengo abierto delante de mí. Tendré que entretenerla con algo y así podré encontrar el momento de leerlos. Ella ignora hasta qué punto es precioso el tiempo o cuál es exactamente la tarea que nos traemos entre manos. Tendré que andarme con cuidado para no asustarla. ¡Aquí llega!

DIARIO DE MINA HARKER

29 DE SEPTIEMBRE

Después de arreglarme, bajé al despacho del doctor Seward. Me detuve un momento en la puerta, pues me pareció oírle hablar con alguien. No obstante, como me había instado a que me diera prisa, llamé a la puerta y cuando le oí decir: "Adelante", entré sin más dilación.

Mi sorpresa fue enorme al descubrir que no había nadie con él. Estaba completamente solo y tenía delante, sobre la mesa, lo que enseguida adiviné, por las descripciones que me habían dado, que se trataba de un fonógrafo. Nunca había visto ninguno y me interesaba mucho.

—Espero no haberle hecho esperar —dije—, pero al ir a entrar le oí hablar y pensé que estaba con alguien.

—¡Oh! —replicó, sonriéndome—, solo estaba grabando algo en mi diario.

—¿Su diario? —pregunté, sorprendida.

—Sí —contestó él—. Lo estoy registrando aquí —y mientras hablaba, puso la mano sobre el fonógrafo.

Estaba tan entusiasmada que le dije de buenas a primeras:

—¡Vaya, esto es mejor aún que la taquigrafía! ¿Puedo escuchar algo de lo grabado?

—Por supuesto —replicó él con prontitud y se levantó para ponerlo en marcha. Pero se detuvo y su rostro dejó traslucir una cierta preocupación.

—La verdad es que —empezó a decir torpemente— hasta ahora solo he registrado mi diario; y como se trata exclusivamente, o casi exclusivamente, de

mis casos, podría ser embarazoso… o sea, quiero decir…

Se calló y yo procuré sacarle del apuro.

—Usted asistió a la querida Lucy en sus últimos momentos, ¿no es cierto? Déjeme oír la parte que se refiere a su muerte, pues le agradecería mucho poder conocer cualquier detalle en relación a ella. La quería mucho, muchísimo.

Para mi sorpresa, me contestó con una expresión de horror en el rostro:

—¿Hablarle de su muerte? ¡Por nada del mundo!

—¿Por qué no? —pregunté, sintiendo de pronto que me invadía una terrible congoja.

Volvió a callarse y me di cuenta de que estaba tratando de inventar alguna excusa. Por fin dijo, tartamudeando un poco:

—Verá usted, no sé cómo localizar una parte concreta del diario.

Antes de que terminara de hablar, debió de ocurrírsele alguna idea, pues su voz cambió de tono y me dijo con inconsciente sencillez e infantil ingenuidad:

—¡Es del todo cierto, palabra de honor! ¡Indio sincero![28]

No pude evitar una sonrisa, a lo que él respondió haciendo un mohín.

—¡Esta vez me he traicionado! —prosiguió—. Pero ¿quiere usted creer que, aunque hace meses que vengo registrando este diario, en ningún momento se me ocurrió cómo podría localizar algún fragmento concreto, en caso de que quisiera consultarlo?

Para entonces yo ya había comprendido que en el diario de un médico que había asistido a Lucy tenía que haber sin duda algo que añadir a lo que hasta ahora sabíamos acerca de esa terrible criatura, por lo que le dije con todo descaro:

—Entonces, doctor Seward, será mejor que me permita copiárselo a máquina.

—¡No! ¡No! ¡No! —dijo, poniéndose más pálido que un muerto—. ¡Por nada del mundo consentiría que se enterase usted de esta terrible historia!

De manera que era terrible, ¡mi intuición no me había engañado! Me quedé pensando unos instantes y, mientras recorría la habitación, buscando inconscientemente algo, alguna oportunidad que pudiera servirme de ayuda, reparé en un gran montón de papeles mecanografiados que había sobre la mesa. Sus ojos se encontraron con los míos y siguieron distraídamente la dirección de mi mirada. Cuando vio el paquete comprendió enseguida cuál era mi intención.

—Usted no me conoce —dije—. Cuando haya leído estos escritos, mi propio diario y también el de mi esposo, que he pasado a máquina, me conocerá mejor.

No he vacilado ni por un momento en entregar a esta causa mis más íntimos pensamientos. Pero, por supuesto, usted no me conoce… todavía; no puedo esperar que confíe en mí hasta ese punto.

La pobrecita Lucy llevaba razón: desde luego es un hombre de una gran nobleza. Al poco se levantó y abrió un cajón grande, en el que guardaba varios cilindros huecos de metal cubiertos de cera negra.

—Lleva usted razón —me dijo—. No confiaba en usted porque no la conocía. Mas ahora ya la conozco. Y permítame decirle que debería haberla conocido hace tiempo. Sé que Lucy le habló de mí; también a mí me habló de usted. ¿Puedo ofrecerle la única reparación que tengo a mano? Coja los cilindros y escúchelos; los seis primeros me conciernen personalmente y no la horrorizarán; después de escucharlos me conocerá mejor. Para entonces la cena estará ya lista. Mientras tanto yo echaré un vistazo a alguno de estos documentos y así podré comprender mejor ciertas cosas.

El doctor Seward subió el gramófono a mi salita de estar y me lo dejó preparado. Ahora me enteraré, sin duda, de algo agradable: la otra cara de un auténtico episodio amoroso del que ya conozco una versión…

DIARIO DEL DR. SEWARD

29 DE SEPTIEMBRE

He estado tan absorto en la lectura del asombroso diario de Jonathan Harker, y el de su esposa, que el tiempo se me ha pasado sin darme cuenta. Mrs. Harker todavía no había bajado cuando la doncella vino a anunciar que la cena estaba lista.

—Posiblemente —le dije— esté cansada; esperaremos una hora más para cenar.

Y proseguí con mi lectura. Acababa de terminar el diario de Mrs. Harker cuando esta entró en mi despacho. Parecía tan hermosa como antes, pero muy triste, y tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Eso me emocionó bastante. Bien sabe Dios que últimamente he tenido motivos más que suficientes para llorar. Sin embargo se me ha negado ese consuelo, y ahora la visión de aquellos ojos tan dulces, todavía brillantes por las recientes lágrimas, me llegó al corazón. De modo que le dije lo más amablemente que pude:

—Temo mucho haberla angustiado.

—Oh, no, no me ha angustiado —replicó ella—. Lo que ocurre es que me ha conmovido, más de lo que sabría expresar, lo mucho que ha debido sufrir usted. Este aparato mecánico es asombroso, pero cruelmente sincero. Me ha revelado con toda fidelidad la angustia de su corazón. Me parecía estar oyendo a un alma que imploraba al Dios todopoderoso. ¡Nadie más debe volver a escuchar estas palabras! Mire, he tratado de serle útil. Lo he transcrito íntegramente con mi máquina de escribir y a partir de ahora no habrá necesidad de que nadie más escuche los latidos de su corazón, como yo hice.

—Nadie tiene por qué saberlo nunca, ni lo sabrá —dije en voz baja.

Mrs. Harker puso su mano sobre la mía y dijo gravemente:

—¡Sí que deben saberlo!

—¿Saberlo? Pero ¿por qué? —pregunté.

—Porque forma parte de esta terrible historia de la muerte de la pobrecita Lucy y de todo lo que la precedió. Porque en la tremenda lucha que nos aguarda para librar al mundo de este monstruo terrible debemos echar mano de toda la información y de toda la ayuda que podamos obtener. Creo que los cilindros que me entregó contienen mucho más de lo que usted pretendía darme a conocer. He podido comprobar que su registro arroja bastante luz sobre este misterio tan oscuro. Me permitirá que le ayude, ¿verdad? Conozco perfectamente todos los hechos hasta cierto punto, y aunque solo he escuchado su diario hasta el siete de septiembre, ya veo el acoso que sufrió la pobre Lucy y cómo se fue forjando su terrible destino. Jonathan y yo hemos estado trabajando día y noche en este asunto desde que nos visitó el profesor Van Helsing. Jonathan ha ido a Whitby para recoger más información y estará aquí mañana para ayudarnos. No debemos tener secretos entre nosotros; trabajando juntos y con absoluta confianza, sin duda estaremos en mejor posición que si alguno de nosotros está a oscuras.

Había tanta súplica en su mirada, y al mismo tiempo manifestaba tal coraje y resolución, que de inmediato cedí a sus deseos.

—Haga usted —le dije— lo que más le plazca. ¡Que Dios me perdone si me equivoco! Hay cosas terribles que todavía nos quedan por conocer. Pero si ha venido desde tan lejos por la muerte de la pobre Lucy, comprendo que no se conforme con permanecer en la ignorancia y quiera conocer el resto. Más aún, es posible que el final, el verdadero final, pueda proporcionarle un resquicio de paz. Vamos, la cena está lista. Debemos reservar nuestras fuerzas para lo que nos espera: una tarea cruel y espantosa. Una vez que haya cenado, conocerá el resto

y contestaré a todas las preguntas que quiera hacerme… si es que hay algo que no comprenda, aunque a los que estuvimos presentes nos pareció todo bastante claro.

DIARIO DE MINA HARKER

29 DE SEPTIEMBRE

Después de cenar acompañé al doctor Seward a su despacho. Llevó el fonógrafo, que había recuperado de mi habitación, y yo mi máquina de escribir. Me instaló en una cómoda silla y preparó el fonógrafo para que pudiera manejarlo sin levantarme, enseñándome a pararlo por si quería hacer alguna pausa. Luego tuvo el detalle de sentarse en una silla, de espaldas a mí, para que yo pudiera sentirme lo menos incómoda posible, y se puso a leer. Por mi parte yo me puse la horquilla metálica en los oídos y empecé a escuchar.

Cuando acabó la terrible historia de la muerte de Lucy… y todo lo que siguió, me recosté en la silla, demudada y sin fuerzas. Por suerte no soy propensa a desmayarme. Cuando me vio el doctor Seward, se levantó de golpe, profiriendo una exclamación de horror, y corrió a coger una botella de la alacena, dándome un poco de coñac, que en pocos minutos me reanimó casi por completo. La cabeza me daba vueltas y de no ser porque, en medio de toda aquella multitud de horrores, tuve la bendición de vislumbrar, como si se tratara de un rayo de luz, que mi querida Lucy al fin descansaba en paz, no creo que lo hubiera podido soportar sin armar un escándalo. Es todo tan absurdo, misterioso y extraño, que de no haber conocido la experiencia de Jonathan en Transilvania no hubiera podido creerlo. En todo caso, no sabía qué pensar, de modo que salí del apuro ocupándome de otra cosa. Destapé mi máquina de escribir y le dije al doctor Seward:

—Permítame que lo transcriba. Debemos estar preparados para cuando llegue el profesor Van Helsing. He enviado un telegrama a Jonathan para que venga aquí nada más regrese a Londres procedente de Whitby. En este asunto las fechas son de vital importancia y pienso que si tenemos lista toda la información y ordenamos cronológicamente todos los detalles, habremos adelantado bastante. Dice usted que también van a venir Lord Godalming y Mr. Morris. Cuando lleguen tendremos que estar dispuestos a contárselo todo.

Por consiguiente, el doctor Seward puso otra vez en marcha el fonógrafo, a

menos velocidad, y yo comencé a mecanografiar a partir del séptimo cilindro. Utilicé papel carbón y así saqué tres copias del diario, como había hecho con el resto. Cuando terminé era bastante tarde, pero el doctor Seward estaba ocupado todavía, visitando a sus pacientes. Cuando acabó su ronda, regresó y se sentó a mi lado a leer, de modo que no me sentí demasiado sola mientras trabajaba. Qué bueno y atento es. El mundo parece estar lleno de hombres buenos… aunque también *haya* monstruos. Antes de marcharme, recordé lo que anotó Jonathan en su diario acerca de la perturbación del Profesor al leer algo en un periódico de la tarde en la estación de Exeter. De modo que, viendo que el doctor Seward guardaba todos los periódicos, tomé prestadas las colecciones de *The Westminster Gazette* y *The Pall Mall Magazine*, y me las llevé a mi habitación. Recuerdo que *The Dailygraph* y *The Whitby Gazette*, del que saqué algunos recortes, me ayudaron mucho a comprender los terribles sucesos de Whitby cuando desembarcó el Conde. De modo que hojearé los periódicos de la tarde desde aquella fecha y tal vez consiga alguna nueva revelación. No tengo sueño y la lectura me ayudará a mantener la calma.

DIARIO DEL DR. SEWARD

30 DE SEPTIEMBRE

Mr. Harker llegó a las nueve. Había recibido el telegrama de su esposa cuando se disponía a partir de Whitby. Es particularmente listo, a juzgar por la expresión de su rostro, y está lleno de energía. Si su diario fuera cierto —y debe de serlo, a juzgar por mis propias experiencias asombrosas— es también un hombre de mucho valor. Su descenso a la cripta por segunda vez fue una notable muestra de osadía. Después de leer su relato esperaba encontrarme con un individuo de una gran virilidad, pero no con el caballero discreto y formal que hoy ha venido.

MÁS TARDE

Después del almuerzo, Harker y su esposa regresaron a su habitación y hace un rato, cuando pasé por delante de su puerta, oí el tecleo de la máquina de escribir. Están trabajando con ahínco. Mrs. Harker dice que están juntando y ordenando cronológicamente todos los indicios que tienen. Harker ha conseguido hacerse con la correspondencia cruzada entre los consignatarios de

los cajones en Whitby y los transportistas de Londres que se hicieron cargo de ellos. Ahora está leyendo la transcripción de mi diario que ha mecanografiado su esposa. Me pregunto qué habrán sacado en claro de él. Ahí viene…

¡Qué raro que no se me ocurriera en ningún momento que la casa contigua a la mía pudiera ser el escondite del Conde! ¡Bien sabe Dios que el comportamiento del paciente Renfield nos ha proporcionado pistas más que suficientes! El fajo de cartas relativas a la compra de la casa estaba con la copia mecanografiada. ¡Ay, de haberlo tenido antes, hubiéramos podido salvar a la pobre Lucy! ¡Ya está bien, o me volveré loco! Harker se ha vuelto a ir y está cotejando de nuevo sus datos. Dice que a la hora de la cena podrá mostrarnos un relato coherente y completo de los hechos. Piensa que, entre tanto, yo debería ir a ver a Renfield, pues en su opinión hasta ahora ha sido una especie de índice de las idas y venidas del Conde. Yo todavía no lo veo claro, pero cuando me haga con las fechas supongo que me convenceré. ¡Fue una excelente idea que Mrs. Harker pasara a máquina el contenido de los cilindros! De no ser así, nunca hubiéramos podido comprobar las fechas…

Encontré a Renfield sentado plácidamente en su habitación con las manos cruzadas, sonriendo beatíficamente. En aquel momento me pareció la persona más cuerda que había visto en mi vida. Me senté y hablé con él de temas muy diferentes, y todos los trató con naturalidad. Luego me habló espontáneamente de volver a su casa, algo a lo que nunca se había referido, que yo sepa, durante su estancia aquí. De hecho me habló completamente convencido de que le daría el alta de inmediato. Creo que de no haber mantenido aquella charla con Harker, o si no hubiese leído las cartas comprobando las fechas de sus ataques, hubiera estado dispuesto a concedérsela, después de un breve período de observación. Tal como están las cosas, me asaltan las sospechas. Todos sus ataques estaban relacionados de alguna manera con la proximidad del Conde. ¿Qué significa, pues, que se muestre ahora tan contento? ¿Acaso está convencido, instintivamente, de que el vampiro acabará por triunfar? Veremos; no hay que olvidar que es zoófago y que en sus insensatos desvaríos frente a la puerta de la capilla de la casa desierta hablaba siempre del "amo". Todo esto parece confirmar nuestra teoría. No obstante, me marché al poco rato; en estos momentos mi amigo está demasiado cuerdo para poder examinarlo a fondo sin correr riesgos. Podría empezar a pensar y entonces… De modo que me fui. Desconfío de su aparente calma; por eso le he ordenado al guardián que lo vigile estrechamente y tenga preparada una camisa de fuerza por si fuera necesaria.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

30 DE SEPTIEMBRE, EN EL TREN A LONDRES

Cuando recibí el atento recado de Mr. Billington de que me proporcionaría toda la información que poseía, pensé que lo mejor sería ir a Whitby y hacer allí, en el lugar mismo de los hechos, todas las averiguaciones que quiera. Ahora mi objetivo era seguir la pista del cargamento del Conde hasta su casa de Londres. Es posible que, más adelante, tengamos que ocuparnos de eso. El hijo de Billington, un muchacho amable, me esperaba en la estación y me llevó a casa de su padre, donde habían decidido que pasara la noche. Son hospitalarios, con esa hospitalidad propia de Yorkshire: darle al invitado todo lo que tienen y dejarle en libertad para que haga lo que quiera. Como sabían que estaba muy ocupado y que mi estancia iba a ser breve, Mr. Billington tenía preparada en su despacho toda la documentación concerniente al envío de los cajones. Casi me dio un vuelco el corazón al ver de nuevo una de las cartas que había visto sobre la mesa del Conde antes de enterarme de sus diabólicos planes. Todo había sido planeado cuidadosamente y llevado a cabo sistemáticamente y con precisión. Parecía haber previsto cualquier obstáculo que pudiera interponerse casualmente en su camino, dificultando la realización de sus planes. Usando una expresión americana, no "había corrido ningún riesgo", y la precisión absoluta con que fueron seguidas sus instrucciones fue simplemente el resultado lógico de este cuidado. Vi la factura y tomé nota de ella: "Cincuenta cajones de tierra ordinaria destinada a trabajos experimentales". También vi la copia de la carta a Carter Paterson y su respuesta; tengo copia de las dos. Esa era toda la información que Mr. Billington podía darme, de modo que bajé al puerto y me entrevisté con los guardacostas, los oficiales de aduanas y el capitán de puerto. Todos ellos tuvieron algo que decir sobre la extraña entrada del barco, que ya forma parte de la tradición local. Pero nadie pudo añadir nada a la simple descripción "cincuenta cajones de tierra ordinaria". Luego hablé con el jefe de estación, quien amablemente me puso en contacto con los hombres que habían recibido los cajones. Su número coincidía exactamente con el de la lista, pero no tenían nada que añadir salvo que los cajones eran "sobre todo mortalmente pesados" y que su traslado fue un trabajo que los dejó secos. Uno de ellos añadió que ya era mala suerte que ningún caballero "como usted, señor" mostrara en forma líquida algún tipo de aprecio a nuestros esfuerzos. Otro recalcó que la sed que les

produjo aún no la habían saciado completamente, a pesar del tiempo que había transcurrido desde entonces. No hace falta añadir que, antes de marcharme, tuve cuidado de aplacar, para siempre y adecuadamente, esa fuente de reproches.



30 DE SEPTIEMBRE

El jefe de estación de Whitby tuvo la bondad de darme una tarjeta de presentación para su antiguo compañero el jefe de estación de King's Cross. De modo que cuando llegué esta mañana pude preguntarle por la llegada de los cajones. También me puso en contacto con los empleados correspondientes y comprobé que su número coincidía con el de la factura original. En este caso, las posibilidades de que padecieran una sed fuera de lo normal habían sido más limitadas; sin embargo, habían hecho noble uso de ellas y de nuevo me vi obligado a ocuparme de los resultados *ex post facto*.

De allí me fui a la oficina central de Carter Paterson, donde me recibieron muy cortésmente. Consultaron la transacción en el libro diario y en el libro copiador y telefonearon enseguida a su oficina de King's Cross solicitando más detalles. Por suerte, los hombres que realizaron el transporte estaban esperando trabajo y el encargado me los envió inmediatamente, llevando uno de ellos la hoja de ruta y toda la documentación relacionada con la entrega de los cajones

en Carfax. Una vez más comprobé que el número coincidía exactamente. Los transportistas fueron capaces de suplir la parquedad de las palabras escritas con unos cuantos detalles complementarios. Pronto descubrí que dichos detalles se referían únicamente a lo polvoriento que fue el trabajo y a la consiguiente sed que provocó en los operarios. Para brindarme una oportunidad de aliviar, aunque con retraso, aquel mal benéfico mediante monedas de curso legal, uno de los hombres comentó:

—Esa casa, jefe, es la más rara que he visto nunca. ¡Que venga Dios y lo vea! Lleva más de cien años sin que nadie haya entrado en ella. Dentro había una capa de polvo tan espesa que hubiera podido uno dormir encima sin que le doliera ningún hueso; y estaba tan abandonada que olía a rancio tanto como la vieja Jerusalén. Pero y la vieja capilla… ¡esa se llevaba la palma! Yo y mi compañero deseábamos largarnos de allí lo antes posible. ¡Dios! Ni por una libra me hubiera quedado allí un segundo más después de anochecer.

Como había estado en la casa, bien podía creerle. Pero si él hubiese sabido lo que yo sé, hubiera extremado todavía más sus expresiones.

De una cosa sí estoy convencido: que *todos* los cajones que llegaron a Whitby en la *Deméter* procedentes de Varna fueron depositados con toda seguridad en la vieja capilla de Carfax. Debería haber cincuenta, a menos que desde entonces hayan trasladado alguno… como me temo después de leer el diario del doctor Seward.

Trataré de localizar al transportista que se llevó los cajones de Carfax cuando Renfield les atacó. Si seguimos esta pista quizás nos enteremos de más cosas.

MÁS TARDE

Mina y yo hemos trabajado todo el día y hemos ordenado todos los papeles.

DIARIO DE MINA HARKER

30 DE SEPTIEMBRE

Estoy tan contenta que apenas puedo contenerme. Supongo que es la reacción normal después del miedo obsesivo que he tenido a que este terrible asunto y la reapertura de su vieja herida pudieran perjudicar a Jonathan. Cuando le vi partir para Whitby, me mostré lo más valiente que pude, aunque estaba

muerta de miedo. Sin embargo, el esfuerzo que hice le sentó muy bien. Nunca se había mostrado tan decidido, tan fuerte, tan lleno de energía volcánica, como en estos momentos. Es exactamente lo que dijo ese querido y bondadoso profesor Van Helsing: tiene auténtico valor y se crece ante los obstáculos que habrían acabado con una naturaleza más débil. Regresó lleno de vida, de esperanza y de resolución. Tenemos todo preparado para esta noche. Me siento terriblemente emocionada. Supongo que debería compadecerme de alguien tan perseguido como el Conde. Ahí le duele: esa cosa no es humana… ni siquiera bestia. La lectura del informe que escribió el doctor Seward sobre la muerte de la pobre Lucy, y lo que ocurrió después, es suficiente para secar completamente las fuentes de la compasión en el corazón de cualquiera.

MÁS TARDE

Lord Godalming y Mr. Morris llegaron más pronto de lo que esperábamos. Como el doctor Seward había salido por razones profesionales, llevándose consigo a Jonathan, tuve que recibirles yo. Confieso que fue un encuentro muy doloroso para mí, ya que me recordó las esperanzas que tenía la pobrecita Lucy hace solo unos meses. Por supuesto Lucy les había hablado de mí, y parece que el doctor Van Helsing también ha estado "echándome flores", en expresión de Mr. Morris. Pobres amigos, ninguno de ellos sabe que estoy al corriente de las propuestas matrimoniales que ambos hicieron a Lucy. Como ignoraban hasta dónde llegan mis conocimientos en este asunto, no sabían exactamente qué decir o qué hacer, y tuvieron que limitarse a temas neutros. No obstante, examiné detenidamente la cuestión y llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era ponerles al tanto de la situación actual. Yo sabía por el diario del doctor Seward que ambos habían asistido a la muerte de Lucy —su verdadera muerte —, y que no debía sentir ningún temor de traicionar algún secreto antes de tiempo. Por eso les dije, lo mejor que pude, que había leído todos los documentos y diarios, y que mi esposo y yo acabábamos de ordenarlos, después de haberlos mecanografiado. Les entregué una copia a cada uno para que la leyeran en la biblioteca. Cuando Lord Godalming cogió la suya y la hojeó —un buen tocho—, me dijo:

—¿Ha escrito usted todo esto Mrs. Harker?

Asentí con la cabeza y él prosiguió:

—No comprendo muy bien con qué propósito lo ha hecho. Pero son todos ustedes tan amables, y han estado trabajando con tanta aplicación y tan enérgicamente, que lo único que puedo hacer es aceptar ciegamente sus teorías y

tratar de ayudarles. Ya he recibido una lección al aceptar unos hechos que obligarían a un hombre a ser humilde hasta la última hora de su vida. Además, sé que usted quería a mi pobre Lucy…

Al llegar a este punto, me dio la espalda y se tapó el rostro con las manos. Se notaba en su voz que estaba llorando. Mr. Morris, en un gesto instintivo de delicadeza, le pasó una mano alrededor del cuello momentáneamente y luego salió discretamente de la habitación. Supongo que hay algo en la naturaleza de las mujeres que permite a los hombres derrumbarse ante ellas y expresar sus sentimientos más tiernos y emotivos sin pensar que eso va en detrimento de su virilidad. En efecto, cuando Lord Godalming se quedó a solas conmigo, se sentó en el sofá y se abandonó completa, abiertamente. Yo me senté a su lado y le cogí la mano. Espero que no pensara que era un atrevimiento por mi parte, ni que nunca se le ocurra semejante idea si alguna vez llegara a acordarse. Soy injusta con él: *sé* que nunca se le ocurrirá… es un auténtico caballero. Como advertí que tenía destrozado el corazón, le dije:

—Yo quería mucho a Lucy y sé lo que ella representaba para usted, y lo que usted representaba para ella. Ella y yo éramos como hermanas. Ahora que nos ha dejado, ¿me permitirá ser como una hermana para usted, que le consuele en su desgracia? Sé los muchos sufrimientos que ha padecido, aunque no pueda medir su intensidad. Si la comprensión y la piedad pueden aliviarle en su aflicción, ¿no me permitirá serle de alguna ayuda… por Lucy?

Inmediatamente el pobrecito se sintió abrumado por la congoja. Me dio la impresión de que todo lo que había estado sufriendo en silencio últimamente había encontrado de pronto una válvula de escape. Se puso completamente histérico, levantó las manos y empezó a batir palmas, presa de la angustia y el pesar. Se levantó y volvió a sentarse de nuevo, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Sentí por él una compasión infinita y le abrí los brazos irreflexivamente. Apoyó la cabeza en mi hombro entre sollozos y lloró como un niño agotado, mientras temblaba de emoción.

Las mujeres tenemos un instinto maternal que hace que nos sobrepongamos a las cuestiones más triviales cuando alguien nos implora protección. Sentía la cabeza de aquel hombre grande tan afligido descansando sobre mi hombro, como si fuera la del bebé que puede que algún día repose en mi pecho, y le acaricié el cabello como si fuese mi hijo. En aquel momento no se me ocurrió pensar en lo extraño que resultaba todo.

Al cabo de un rato cesaron sus sollozos y levantó la cabeza pidiéndome disculpas, aunque sin disimular su emoción. Me confesó que durante los días

pasados y sus noches —días agotadores y noches de insomnio— no había sido capaz de hablar con nadie, como debe hacer un hombre cuando se siente apenado. No había ninguna mujer que pudiera ofrecerle su comprensión, o con la que, debido a las terribles circunstancias que rodeaban su pesar, pudiese desahogarse.

—Ahora sé cuánto he sufrido —dijo, mientras se secaba los ojos—. Lo que no sé, ni nadie lo sabrá nunca, es lo mucho que ha significado hoy para mí su dulzura y su comprensión. Con el tiempo llegaré a saberlo y créame que, aunque ahora le estoy agradecido, mi gratitud aumentará a medida que vaya comprendiendo. ¿Verdad que me permitirá ser como un hermano para usted para el resto de nuestras vidas… por nuestra querida Lucy?

—Por nuestra querida Lucy —dije yo, mientras nos estrechábamos las manos.

—Sí, y por usted misma —añadió él—. Pues si de verdad merece la pena granjearse la estima y la gratitud de un hombre, usted se ha granjeado hoy las mías. Si en el futuro llegara a necesitar la ayuda de un hombre, créame, no acudirá a mí en vano. Quiera Dios que no llegue jamás ese momento a alterar la alegría de su vida. Pero si llegara, prométame que me lo hará saber.

Estaba tan serio, y su pena era tan reciente, que me pareció que mis palabras podrían consolarle.

—Se lo prometo —le dije.

Cuando iba por el pasillo vi a Mr. Morris asomado a una ventana. Al oír mis pasos se volvió.

—¿Cómo está Art? —me preguntó. Luego, al darse cuenta de que tenía los ojos enrojecidos, continuó diciéndome—. ¡Ah!, ya veo que le ha estado consolando. ¡Pobre muchacho!, lo necesita. Solo una mujer es capaz de ayudar a un hombre cuando este tiene el corazón destrozado; y él no tiene a nadie que le consuele.

Mr. Morris soportaba su desgracia con tanto valor que mi corazón sufrió por él. Vi el manuscrito en su mano y comprendí que cuando lo leyera se daría cuenta de que estoy al corriente de todo.

—Ojalá pudiera consolar —le dije— a todos los que padecen penas amorosas. ¿Me permitirá ser su amiga y acudirá a mí en busca de consuelo si llegara a necesitarlo? Más adelante sabrá por qué le hablo así.

Viendo que hablaba en serio, se inclinó, cogió mi mano y, llevándosela a los labios, la besó. Se me antojó un pobre consuelo para un alma tan valiente y

desinteresada, por lo que me incliné impulsivamente y le besé. Se le subieron las lágrimas a los ojos y se le hizo un nudo en la garganta.

—Chiquilla —dijo tranquilamente—, ¡por mucho que viva nunca lamentará esa amabilidad tan sincera que ha tenido conmigo!

Después entró en el despacho de su amigo.

¡Chiquilla!… la misma palabra que solía emplear con Lucy. ¡Él también demostró ser un amigo!

Capítulo XVIII



DIARIO DEL DR. SEWARD

30 DE SEPTIEMBRE

Cuando llegué a casa a las cinco [de la tarde], no solo habían llegado Godalming y Morris, sino que habían examinado ya la transcripción de los diversos diarios y cartas que Harker y su asombrosa esposa habían mecanografiado y ordenado. Harker no había regresado todavía de su visita a los transportistas que mencionaba el doctor Hennessey en su carta. Mrs. Harker nos ofreció una taza de té y debo decir sinceramente que, por primera vez desde que

vivo en esta vieja mansión, tengo la sensación de encontrarme en *casa*. Cuando terminamos de tomar el té, Mrs. Harker dijo:

—Doctor Seward, ¿puedo pedirle un favor? Me gustaría ver a su paciente, Mr. Renfield. Permítame que lo vea. ¡Me interesa tanto lo que dice de él en su diario!

Lo dijo en un tono tan suplicante y estaba tan bonita, que no pude negarme; además no había razón alguna para ello, así que la llevé a verlo. Cuando entré en la habitación de Renfield, le dije que una señora quería verle.

—¿Por qué? —se limitó a preguntar.

—Está visitando el establecimiento y quiere ver a todos los pacientes —le contesté.

—¡Ah!, muy bien —dijo—, que pase, no faltaba más. Pero espere un momento a que arregle la habitación.

Su método de limpieza fue bastante peculiar: se limitó a comerse todas las moscas y arañas de las cajas, antes de que yo pudiera detenerlo. Era evidente que temía que se produjera cualquier intromisión, o estaba celoso de que alguien viera sus bestezuelas. Una vez terminada su repugnante tarea, dijo alegremente:

—Haga pasar a la señora.

Y se sentó en el borde de la cama con la cabeza agachada, pero con los párpados levantados, de modo que pudiera verla al entrar. Por un momento pensé que quizás abrigara intenciones homicidas. Recordando lo tranquilo que parecía estar momentos antes de atacarme en mi propio despacho, tuve la precaución de colocarme cerca de él, de modo que pudiera detenerlo si intentaba saltar sobre ella. Mrs. Harker entró en la habitación con un aplomo y una gracia que inmediatamente se habría ganado el respeto de cualquier lunático… pues el aplomo es una de las cualidades que más respetan los locos. Se dirigió hacia él, sonriendo amablemente, y le tendió la mano.

—Buenas tardes, Mr. Renfield —dijo—. Como ve, le conozco; el doctor Seward me ha hablado de usted.

Él no contestó inmediatamente, sino que la miró atentamente con el ceño fruncido. Esta expresión dio paso a otra de sorpresa, mezclada con duda. Cuál no sería mi asombro cuando luego dijo:

—Usted no es la chica con la que el doctor quería casarse, ¿verdad? No puede ser usted, puesto que ella ha muerto.

Mrs. Harker sonrió con dulzura al contestarle:

—¡Oh, no! Yo ya tengo esposo, con el que me casé antes de conocer al

doctor Seward, o él a mí. Soy Mrs. Harker.

—Entonces, ¿qué está haciendo aquí?

—Mi esposo y yo hemos venido a pasar unos días con el doctor Seward.

—Pues no se queden.

—Pero ¿por qué?

Pensando que este tipo de conversación podía desagradar a Mrs. Harker, todavía más de lo que me desagradaba a mí, juzgué oportuno intervenir.

—¿Cómo sabía usted que yo quería casarme?

Su respuesta fue sencillamente despectiva y, mientras la expresaba, apartó sus ojos de Mrs. Harker para mirarme a mí y enseguida los volvió de nuevo hacia ella.

—¡Qué pregunta más estúpida!

—A mí no me lo parece, Mr. Renfield —dijo Mrs. Harker, saliendo inmediatamente en defensa mía.

Renfield le contestó con tanta cortesía y respeto como desprecio había mostrado hacia mí:

—Seguramente comprenderá usted, Mrs. Harker, que cuando un hombre es tan querido y respetado como lo es nuestro anfitrión, todo cuanto se relaciona con él interesa a nuestra pequeña comunidad. El doctor Seward no solo es querido por sus familiares y amigos, sino incluso por sus pacientes, pese a que algunos de ellos, a causa de su precario equilibrio mental, estén predispuestos a distorsionar causas y efectos. Dado que yo también he estado internado en un manicomio, no puedo dejar de observar que la tendencia al sofisma que muestran algunos de los internos les inclina a cometer errores de *non causce* y de *ignorado elenchi*.

El asombro me hizo abrir los ojos desmesuradamente. Hete aquí a mi lunático predilecto —el más significativo de su categoría con el que yo me he topado— hablando de filosofía elemental, y con los modales de un distinguido caballero. Me pregunto si sería la presencia de Mrs. Harker lo que habría tocado alguna fibra sensible de su memoria. Si esta nueva faceta suya era espontánea o se debía de alguna manera a la influencia inconsciente de ella, en cuyo caso esta mujer debe poseer algún extraño don o poder.

Seguimos conversando durante algún tiempo. Viendo que Renfield parecía bastante razonable, Mrs. Harker se aventuró, tras mirarme interrogativamente, a hacerle hablar de su tema favorito. Una vez más me quedé asombrado, pues hablaba del asunto con la imparcialidad de un hombre en plena posesión de sus

facultades mentales; incluso se puso a sí mismo como ejemplo al mencionar ciertas cosas.

—Pues bien, yo mismo soy un caso típico de persona con extrañas creencias. En efecto, no fue nada extraño que mis amigos se alarmaran y que insistieran en ponerme bajo control. Solía imaginarme que la vida era un entidad categórica y perpetua, y que consumiendo una gran cantidad de seres vivos, por muy baja que sea la posición que ocupen en la escala de la creación, se podría prolongar la vida indefinidamente. Llegué a creerme eso con tanta convicción que incluso traté de apoderarme de vidas humanas. El doctor aquí presente confirmará que en una ocasión intenté matarle con el propósito de acrecentar mis fuerzas vitales mediante la asimilación por mi propio cuerpo de su vida por medio de su sangre… fiándome, por supuesto, de la frase de las Sagradas Escrituras "Porque la sangre es vida". Aunque, por supuesto, el vendedor ambulante de cierto remedio haya vulgarizado el tópico hasta el punto de hacerlo despreciable. ¿No es cierto, doctor?

Asentí con la cabeza, pues estaba tan asombrado que no sabía muy bien qué pensar ni qué decir. Era difícil de creer que apenas cinco minutos antes le había visto comerse sus arañas y moscas. Al consultar mi reloj, vi que era hora de ir a la estación a recibir a Van Helsing, de modo que le dije a Mrs. Harker que teníamos que marcharnos. Ella se vino conmigo, después de decirle amablemente a Mr. Renfield:

—Adiós. Espero verle a menudo, y en circunstancias más agradables para usted.

A lo que él replicó, sorprendentemente:

—Adiós, querida. Ruego a Dios que nunca más vuelva a ver su bonito rostro. ¡Que Él la bendiga y la guarde!

Cuando fui a la estación a esperar a Van Helsing, dejé a los muchachos en casa. El pobre Art parecía más animado de lo que ha estado desde que Lucy se puso enferma, y Quincey vuelve a ser el mismo de siempre después de mucho tiempo.

Van Helsing descendió del vagón con la apremiante agilidad de un muchacho. Me vio inmediatamente y vino corriendo hacia mí, diciendo:

—Amigo John, ¿cómo va todo? ¿Bien? ¡Perfecto! He estado ocupado, pero ahora estoy dispuesto a quedarme si es necesario. He resuelto todos mis asuntos y tengo mucho que contarle. ¿Está con usted Madam Mina? ¿Y su admirable esposo? ¿Están también con usted Arthur y mi amigo Quincey? ¡Estupendo!

Mientras nos dirigíamos a casa en coche, le conté lo que había pasado y que mi diario había resultado ser de alguna utilidad por sugerencia de Mrs. Harker.

—¡Ah, esa sorprendente Madam Mina! Tiene cerebro de hombre, de un hombre superdotado, y corazón de mujer. Créame, el buen Dios debió formarla con algún propósito concreto, cuando hizo tan excelente combinación. Amigo John, hasta ahora la suerte ha querido que esa mujer nos ayudara. Pero a partir de esta noche ya no podrá tomar parte en este asunto tan terrible. No es conveniente que corra un riesgo tan grande. Nosotros los hombres estamos decididos, mejor dicho nos hemos comprometido, a destruir a ese monstruo. Pero esa no es una tarea para una mujer. Aunque no sufriera ningún daño, podría fallarle el corazón ante tantos y tantos horrores y más adelante es posible que sufriera las consecuencias… tanto despierta, con algún trastorno nervioso, como dormida, por medio de pesadillas. Además, es joven y no hace mucho que está casada; puede que dentro de algún tiempo tenga otras cosas en qué pensar, si es que no las tiene ya. Dice usted que ella ha copiado a máquina todos los documentos, de manera que seguramente querrá consultar con nosotros sus dudas. Pero mañana tendrá que despedirse de este trabajo; proseguiremos solos.

Estuve completamente de acuerdo con él y luego le conté lo que habíamos descubierto durante su ausencia: que la casa que Drácula había comprado era la más próxima al manicomio. Se quedó asombrado y una gran inquietud pareció adueñarse de él.

—¡Ah, si lo hubiésemos sabido antes! —dijo—. Hubiéramos llegado a tiempo de salvar a la pobre Lucy. No obstante, "de la leche derramada no hay que lamentarse después", como dicen ustedes. No pensemos más en eso, debemos seguir hasta el final.

Luego se calló y permaneció así hasta que traspasamos la verja del manicomio. Antes de irnos a vestir para la cena, le dijo a Mrs. Harker:

—Madam Mina, mi amigo John me ha dicho que usted y su esposo han ordenado con toda exactitud la información de que disponemos hasta este momento.

—Hasta este momento no, profesor —dijo ella impulsivamente—, sino hasta esta mañana.

—¿Cuál es la diferencia? Hasta ahora hemos podido comprobar que hasta los detalles más nimios nos han sido de gran utilidad. Nos hemos contado mutuamente nuestros secretos y no por eso le ha ido peor a nadie.

Mrs. Harker empezó a ruborizarse y, sacando un papel del bolsillo, dijo:

—Doctor Van Helsing, ¿quiere leer esto y decirme si debo incluirlo? Es lo que he anotado hoy en mi diario. Yo también he sentido la necesidad de poner todo por escrito, aunque parezca trivial. Pero aquí hay poca cosa de interés, salvo el estrictamente personal. ¿Debo incluirlo?

El Profesor lo leyó muy serio y se lo devolvió diciendo:

—No es necesario que lo incluya, si no lo desea. Pero le ruego que lo haga. Lo único que puede ocurrir es que su esposo la quiera todavía más y que todos nosotros, sus amigos, la respetemos más… y le tengamos más estima y cariño.

Cuando le devolvió el papel, ella se ruborizó otra vez y sonrió alegremente.

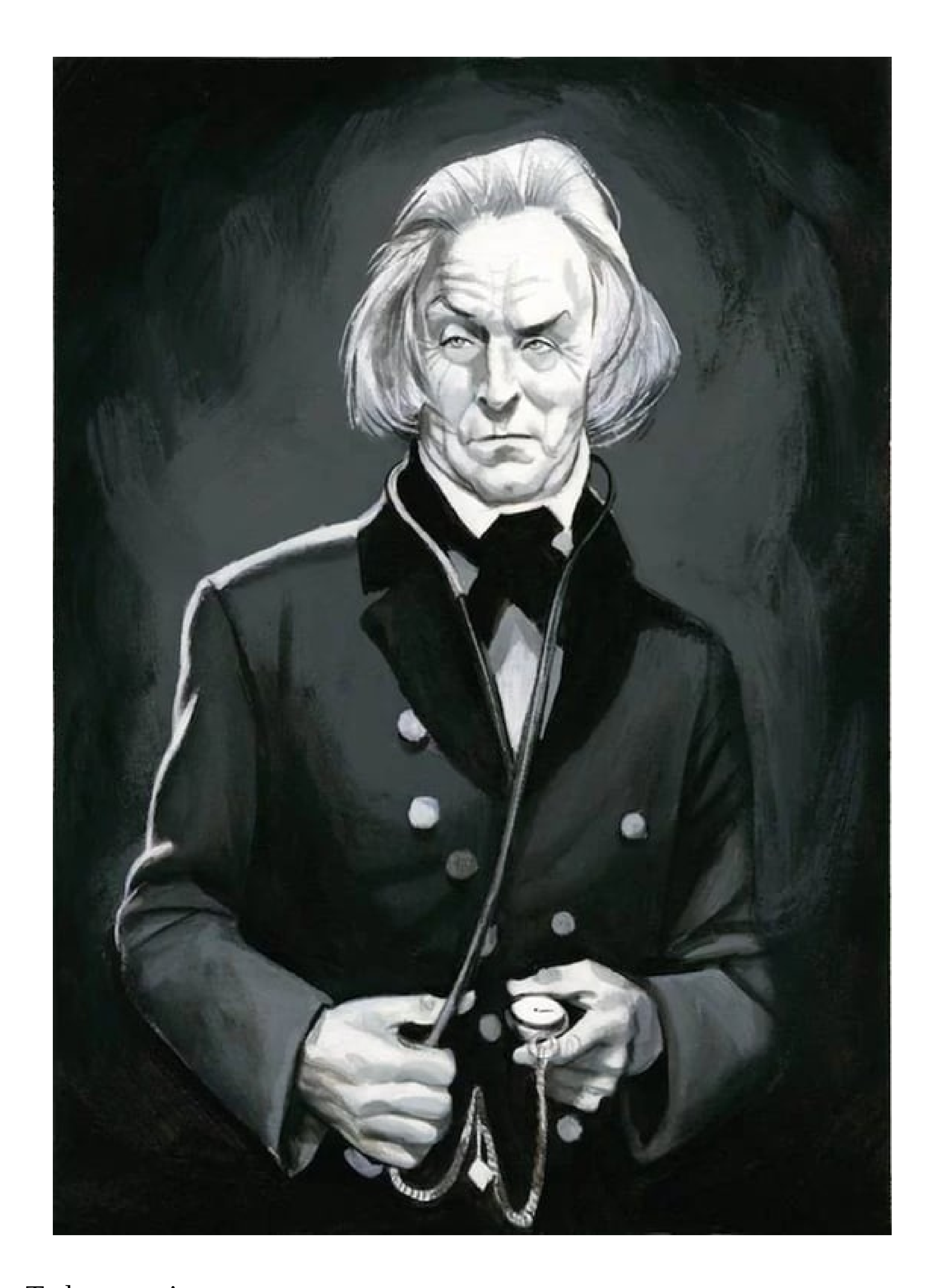
De modo que, ahora, toda la información de que disponemos hasta este mismo momento está completa y en perfecto orden. El Profesor se llevó una copia para examinarla después de cenar, y antes de la reunión, que está fijada para las nueve. Como los demás ya lo hemos leído todo, cuando nos reunamos en el despacho estaremos todos al corriente de los hechos y podremos elaborar nuestro plan de combate contra tan terrible y misterioso enemigo.

DIARIO DE MINA HARKER

30 DE SEPTIEMBRE

Cuando nos reunimos en el despacho del doctor Seward dos horas después de la cena, que había sido a las seis, formamos sin darnos cuenta una especie de consejo o comité. El profesor Van Helsing ocupó la cabecera de la mesa, siguiendo las indicaciones que le hizo el doctor Seward al entrar en la habitación. Me hizo sentar junto a él, a su derecha, pidiéndome que actuara como secretaria. Jonathan se sentó a mi lado. Enfrente de nosotros se pusieron Lord Godalming, el doctor Seward y Mr. Morris… Lord Godalming junto al Profesor y el doctor Seward en el centro.

—Doy por supuesto —dijo el Profesor— que todos estamos al corriente de los hechos recogidos en estos escritos.



Todos asentimos.

—En ese caso —prosiguió—, considero conveniente decirles algo acerca de la clase de enemigo con quien habremos de enfrentarnos. Por tanto, les daré a

conocer algunos detalles de la historia de ese hombre, que yo mismo he averiguado. Así podremos discutir después cómo debemos actuar y las medidas oportunas que podemos tomar.

—Los seres que llamamos vampiros existen; alguno de nosotros tiene pruebas de ello. Pero aunque no tuviéramos la evidencia irrefutable de nuestra propia experiencia tan desdichada, las enseñanzas y los testimonios del pasado ofrecen pruebas suficientes para cualquier persona sensata. Admito que al principio yo también era escéptico. Si durante largos años no me hubiera esforzado por mantener una mentalidad abierta, no lo hubiera podido creer, hasta que la realidad me hubiese gritado al oído: "¡Mira! ¡Mira! ¡Ahí tienes la prueba!". ¡Ah!, si hubiese sabido al principio lo que ahora sé… o por lo menos lo hubiera sospechado, se habría salvado la vida de Lucy, tan valiosa para todos los que la amábamos. Pero ya no tiene remedio y ahora debemos esforzarnos para que no perezcan otras pobres criaturas, que todavía podamos salvar. El *nosferatu* no es como la abeja, que muere en cuanto clava su aguijón. Al contrario, se hace más fuerte; y al ser más fuerte, tiene todavía más poder para hacer el mal. El vampiro con quien nos las vemos posee él solo la fuerza de veinte hombres y es más astuto que cualquier mortal, ya que su astucia ha ido en aumento a través de los siglos. Todavía utiliza la necromancia, que es, como su etimología da a entender, la adivinación mediante la invocación a los muertos, y todos los muertos a los que puede acercarse le obedecen. Es una bestia, o peor aún: un demonio cruel que no tiene corazón. Aunque con ciertas restricciones, puede aparecerse a voluntad, cuando y donde quiera, y en cualquiera de las formas que le son propias. Dentro de su radio de acción, tiene el poder de mandar sobre los elementos: la tempestad, la niebla, el trueno. Puede hacer que le obedezcan las criaturas más despreciables: la rata, el búho, el murciélago… la mariposa nocturna, el zorro, el lobo. Es capaz de aumentar de tamaño o hacerse pequeño, y a veces hasta de desvanecerse y no ser visto. ¿Por dónde empezaremos, pues, nuestra lucha para acabar con él? ¿Cómo descubriremos dónde está? Y una vez descubierto, ¿cómo podremos destruirlo? Amigos míos, mucho nos queda todavía por hacer; la tarea que vamos a emprender es terrible y puede que sus consecuencias hagan estremecerse al más valiente de los hombres. Pues si fracasamos en esta lucha, sin duda será él quien gane. Y en ese caso, ¿qué final nos aguardaría? La vida es lo de menos: no me importa perderla. El fracasar en esta lucha no es solo una cuestión de vida o muerte. Implicaría que nos volveríamos como él; que en adelante nos convertiríamos en horribles criaturas de la noche como él, sin corazón ni conciencia, y nos alimentaríamos

de los cuerpos y las almas de aquellos a quienes más amamos. Las puertas del cielo se nos cerrarían para siempre; porque, ¿quién nos las abriría de nuevo? Seríamos eternamente aborrecidos por todos; un borrón para el prestigio de Dios; una flecha en el costado de Aquel que murió para salvar a la humanidad. En estos momentos tenemos un deber que cumplir; ¿acaso podemos echarnos atrás? Por lo que a mí respecta, digo que no; aunque sea viejo y la vida, con sus alegrías, sus lugares hermosos, sus pájaros cantores, su música, y su amor quede ya lejos. Pero ustedes son jóvenes, y aunque alguno haya conocido ya las penas, todavía les esperan días felices. ¿Qué piensan ustedes?

Mientras hablaba el Profesor, Jonathan me había cogido la mano. Cuando vi que me tendía su mano, temí —no se imaginan cuánto— que se sintiera abrumado por el espantoso peligro que corríamos. Pero reviví al sentir su contacto… tan fuerte, tan seguro de sí mismo, tan decidido. La mano de un hombre valiente es capaz de hablar por sí misma; ni siquiera necesita que el amor de una mujer escuche su música.

Cuando el Profesor terminó de hablar, mi esposo y yo nos miramos a los ojos; no hizo falta que habláramos.

—Yo respondo por Mina y por mí mismo —dijo Jonathan.

—Cuente conmigo, profesor —dijo Mr. Quincey Morris, tan lacónico como de costumbre.

—Estoy con usted —dijo Lord Godalming—, aunque solo fuese por Lucy.

El doctor Seward se limitó a asentir con la cabeza. Por su parte, el Profesor se levantó, y tras depositar sobre la mesa su crucifijo de oro, tendió las manos a ambos lados. Yo cogí su mano derecha, y Lord Godalming la izquierda. Jonathan cogió, a su vez, mi mano derecha con su izquierda y tendió la otra a Mr. Morris. De modo que, cogidos todos de la mano, sellamos nuestro pacto solemne. Sentí que el corazón se me helaba, pero ni por un momento se me ocurrió echarme atrás. Volvimos a ocupar nuestros asientos y el doctor Van Helsing prosiguió su explicación, con un entusiasmo que demostraba que ya había empezado el trabajo en firme. Había que tomárselo con la misma seriedad y método que cualquier otra transacción de esta vida.

—Bien, ahora ya saben contra quién tenemos que luchar. Pero nosotros tampoco carecemos de fuerza. Tenemos la ventaja de poder luchar juntos… una posibilidad que le está negada al vampiro; disponemos de los recursos de la ciencia; somos libres para actuar y pensar; y tanto las horas diurnas como las nocturnas son nuestras por igual. En realidad, ninguna traba se opone a nuestros

poderes, podemos utilizarlos libremente. Estamos consagrados a una causa justa y el fin que perseguimos es desinteresado. Esas cosas son importantes.

"Ahora veamos en qué medida están limitados los poderes en general a los que nos enfrentamos, y cómo en nuestro caso pueden no estarlo. En resumidas cuentas, consideremos las limitaciones de los vampiros en general y la de este en particular.

"Solo podemos recurrir a las tradiciones y las supersticiones. En principio, no parece que esto sea mucho, tratándose de una cuestión de vida o muerte… mejor dicho de algo más que de vida o muerte. No obstante, podemos estar satisfechos; en primer lugar, porque no nos queda más remedio… no disponemos de ningún otro medio; y en segundo lugar, porque, después de todo, estas cosas, tradición y superstición, lo son todo. ¿Acaso no se basa en ellas la creencia de los demás en los vampiros… aunque, por desgracia, no sea ese nuestro caso? ¿Quién de nosotros hubiera aceptado, hace tan solo un año, semejante posibilidad, en pleno siglo diecinueve, científico, escéptico y positivista? Incluso hemos llegado a rechazar una creencia que veíamos justificada ante nuestros propios ojos. Admitamos, pues, que el vampiro, y la creencia en sus limitaciones y en su curación, descansan de momento sobre la misma base. Porque, permítanme decirles, es conocido en todos los lugares donde ha habido hombres. En la antigua Grecia y en la antigua Roma; florece en toda Alemania, en Francia, en la India, incluso en el Quersoneso; y en China, tan lejana a nosotros en tantos aspectos, todavía existe y la gente sigue temiéndolo. Siguió los pasos de los *berserker* islandeses, de los hunos engendrados por el Diablo, de los eslavos, los sajones y los magiares. De modo que ahora ya sabemos contra quien vamos a luchar, y permítanme decirles que muchas de esas creencias están justificadas por lo que hemos podido comprobar a lo largo de nuestra desdichada experiencia. El vampiro sigue viviendo, el mero paso del tiempo no basta para hacerle morir; logra prosperar si puede alimentarse con la sangre de los vivos. Más aún, ya hemos visto que incluso puede rejuvenecer; que sus constantes vitales se vigorizan y parece regenerarse cuando su pábulo favorito es abundante. Mas no puede prosperar sin su dieta; no come como los demás hombres. El amigo Jonathan, que vivió con él durante varias semanas, nunca lo vio comer. ¡Nunca! Además, su cuerpo no proyecta sombra, ni su imagen se refleja en un espejo, como también pudo observar Jonathan. Tiene la fuerza de muchos hombres… una vez más Jonathan fue testigo de eso cuando le cerró la puerta a los lobos, y también cuando le ayudó a bajar de la diligencia. A su vez, él mismo puede transformarse en lobo, como dedujimos cuando, al llegar el

barco fantasma a Whitby, despedazó a un perro. También puede convertirse en murciélago, como le vieron Madam Mina y mi amigo Quincey en la ventana de la casa de Lucy en Whitby; o como el amigo John le vio salir volando desde la casa de al lado. Puede llegar envuelto en la niebla que él mismo crea… como comprobó aquel noble capitán de barco. Pero, por lo que sabemos, el alcance de esa niebla es limitado, solo lo suficiente para rodearlo. Es capaz de aparecer en los rayos de la luna, en forma de minúsculas motas de polvo… como Jonathan vio a aquellas hermanas en el castillo de Drácula. Puede hacerse tan pequeño como para poder pasar a través de una rendija del espesor de un cabello… como pudimos ver nosotros mismos que hizo Lucy, antes de descansar en paz, para entrar en su tumba. Pues, una vez que ha encontrado el modo adecuado, puede entrar y salir de cualquier sitio, por muy cerrado a cal y canto que esté, o incluso fundido con fuego… ustedes lo llaman soldadura. Además puede ver en la oscuridad… facultad esta nada despreciable en un mundo cuya mitad está siempre a oscuras. ¡Ah!, pero escuchen hasta el final. Aunque puede hacer todas esas cosas, sin embargo no es libre. ¡Quiá! Está más preso que un esclavo en galeras o que un loco en su celda. No puede ir donde quiera; aunque no pertenezca a la naturaleza, tiene que obedecer algunas de sus leyes… no sabemos muy bien por qué. No puede entrar en ningún sitio en principio, a menos que alguien de dentro le invite a pasar; aunque después puede volver cuando quiera. Su poder cesa, como el de todas las fuerzas malignas, con la llegada del día. Solo en determinadas ocasiones goza de una cierta libertad. Si no se encuentra en el lugar al que está vinculado, únicamente puede hacer el cambio al mediodía o en el mismo momento en que amanece o se pone el sol. Todas estas cosas nos las han contado, pero se deducen fácilmente de las pruebas que aportamos en este informe nuestro. Pero aunque pueda hacer lo que quiera con ciertas limitaciones, siempre que cuente con un hogar infernal (es decir: un ataúd traído de su propia casa, para reposar en tierra de su país natal, y un lugar impío donde esconderlo, como pudimos comprobar cuando utilizó la tumba del suicida de Whitby), en otras circunstancias, no obstante, solo puede trasladarse en determinados momentos. Se dice, también, que solo puede cruzar aguas vivas si están quietas o crecidas. Además, hay cosas que le afectan tanto que anulan su poder, como el ajo, que ya conocemos, y ciertos objetos sagrados, como este símbolo, mi crucifijo, que siempre nos acompaña incluso ahora mientras tomamos esta decisión. Frente a estas cosas nada puede hacer, su sola presencia le hace alejarse en silencio y respetuosamente. Existen también otras de las que voy a hablarles, por si las necesitamos durante nuestras pesquisas. Una rama de

rosal silvestre puesta sobre su ataúd le impide abandonarlo; una bala consagrada disparada contra el ataúd le mata, dejándolo realmente muerto; y en cuanto a atravesarlo con una estaca, ya sabemos que le devuelve la paz, lo mismo que cortarle la cabeza le proporciona el descanso eterno. Lo hemos visto con nuestros propios ojos.

»Por tanto, cuando descubramos la morada de ese monstruo que antes fue hombre, podremos confinarle en su ataúd y destruirle, si hacemos lo que sabemos. Pero es muy listo. Le he pedido a mi amigo Arminius, de la Universidad de Buda-Pest, que, con todos lo medios a su alcance, me haga una relación detallada sobre él, poniéndome al corriente de su vida pasada. Debe de tratarse, sin duda, de aquel vaivoda Drácula que se hizo famoso luchando contra los turcos, al otro lado del gran río en la misma frontera con Turquía. Si es así, entonces no se trataba de un hombre corriente, pues en aquella época, y en los siglos Venideros, estuvo considerado el más listo y el más astuto, así como el más valiente de todos los hijos del "país al otro lado del bosque". Esa mente extraordinaria y esa voluntad férrea se las llevó con él a la tumba: ahora mismo nos enfrentamos a ellas. Los Drácula, dice Arminius, fueron una estirpe ilustre y noble, aunque de vez en cuando hubo vástagos que sus coetáneos creyeron que habían tenido tratos con el Maligno. Aprendieron sus secretos en la Escoliomancia, entre las montañas que dominan el lago Hermannstadt[29], donde el Diablo reclama como pertenencia suya a uno de cada diez discípulos. En los informes aparecen palabras como *stregoica* (bruja), *ordog* (Satán) y *pokol* (infierno); y en un manuscrito se habla de este Drácula como de un *wampyr* cuyo significado todos conocemos demasiado bien. Su descendencia ha dado grandes hombres y buenas mujeres, cuyas tumbas santifican la tierra donde únicamente esa infamia puede morar. Pues una de las cosas más aterradoras de ese ser maligno es que está profundamente enraizado en todo lo que es bueno: no puede descansar en suelo desprovisto de vínculos sagrados.

Mientras hablaban, Mr. Morris había estado mirando fijamente a la ventana. Pero de pronto se levantó y, sin decir palabra, abandonó la habitación. El Profesor se calló un momento y luego prosiguió:

—Ahora debemos decidir lo que vamos a hacer. Disponemos de muchos datos y debemos proceder a planear nuestra campaña. Sabemos por las averiguaciones de Jonathan que fueron cincuenta los cajones de tierra, procedentes del castillo de Drácula, que llegaron a Whitby y que todos ellos fueron entregados en Carfax. También sabemos que al menos algunos de esos cajones han sido trasladados a otro sitio. Me parece que nuestro primer paso

debe ser comprobar si los demás cajones permanecen todavía en la casa que está al otro lado del muro que vemos desde aquí; o si han trasladado alguno más. En tal caso, deberíamos seguirle la pista…

En aquel momento fuimos interrumpidos de un modo bastante sorprendente. Fuera sonó un pistoletazo; una bala hizo añicos el cristal de la ventana y, rebotando en lo alto del alféizar, alcanzó la pared opuesta de la habitación. Me temo que en el fondo soy cobarde, ya que me puse a gritar. Los hombres se pusieron en pie de un salto y Lord Godalming corrió hacia la ventana y la levantó. Inmediatamente pudimos oír la voz de Mr. Morris desde fuera.

—¡Lo siento! Me temo que les he asustado. Subo a contarles lo ocurrido.

Un minuto después entró y dijo:

—Ha sido una estupidez por mi parte. Mrs. Harker, le ruego sinceramente que me perdone, me temo que la he debido asustar terriblemente. Pero el hecho es que, mientras estaba hablando el Profesor, un enorme murciélago vino a posarse en el alféizar. Desde los recientes acontecimientos les he cogido tal pánico a esas malditas bestias que no puedo soportarlas; por eso salí y le disparé, como he hecho estas últimas noches cada vez que veía alguno. Art suele reírse de mí por eso.

—¿Le dio usted? —preguntó el doctor Van Helsing.

—No lo sé; supongo que no, porque emprendió el vuelo en dirección al bosque.

Luego se sentó sin añadir nada más y el Profesor reanudó su exposición:

—Tendremos que localizar todos esos cajones. Y cuando estemos preparados, tendremos que capturar o matar a ese monstruo en su madriguera, o si no esterilizar la tierra de su ataúd, por decirlo así, para que no pueda refugiarse en ella. Así podríamos sorprenderle, al fin, en su forma humana entre el mediodía y el ocaso, y nos enfrentaríamos a él cuando más débil está.

"En cuanto a usted, Madam Mina, esta noche termina su colaboración, hasta que todo esté resuelto. La apreciamos demasiado para permitir que corra semejante riesgo. Después de que nos separemos esta noche, no deberá hacer más preguntas. Se lo contaremos todo a su debido tiempo. Nosotros somos hombres y podremos soportarlo, mas necesitamos que usted sea nuestra estrella y nuestra esperanza; así podremos actuar con mayor libertad si usted no corre ningún peligro, como el que estamos corriendo ahora todos nosotros.

Todos, incluso Jonathan, parecieron tranquilizarse. Sin embargo, a mí no me parecía conveniente que, por preocuparse de mí, arrostraran ese peligro con

menos seguridad que antes, ya que la mejor seguridad es la fuerza. Pero estaban decididos y, aunque para mí era una píldora difícil de tragar, no pude decir nada, salvo aceptar su caballerosa protección.

Mr. Morris reanudó la discusión:

—Como no hay tiempo que perder, propongo que echemos un vistazo a esa casa ahora mismo. El tiempo corre a su favor y una acción rápida por nuestra parte podría evitar otra víctima.

Reconozco que al acercarse el momento de actuar, me empezó a palpitar el corazón, pero no dije nada, porque me asustaba mucho la idea de que pudieran excluirme de sus reuniones, si llegaran a considerarme un estorbo o un impedimento. Ahora se han ido todos a Carfax, con la intención de entrar en la casa.

Como hombres que son, me han dicho que me vaya a la cama y duerma. ¡Como si una mujer pudiera dormir cuando sus seres más queridos están en peligro! Me echaré en la cama y fingiré dormir, para que, cuando llegue Jonathan, no se inquiete más por mí.

DIARIO DEL DR. SEWARD

1 DE OCTUBRE, 4 DE LA MADRUGADA

Cuando estábamos a punto de salir, me llegó un recado urgente de Renfield que quería saber si podía ir a verle inmediatamente, pues tenía que decirme algo sumamente importante. Contesté al recadero que le dijera a Renfield que tendría en cuenta sus deseos a lo largo de la mañana, ya que en ese momento estaba ocupado. El guardián añadió:

—Parece muy molesto, señor. Nunca le había visto tan impaciente. Lo único que sé es que, si no va a verle pronto, sufrirá uno de esos ataques violentos suyos.

Como sabía que aquel hombre no hubiera hecho aquel comentario sin un buen motivo, le dije:

—Está bien, ahora iré —y le pedí a los otros que me esperasen unos minutos, porque tenía que ir a ver a mi "paciente".

—Lléveme con usted, amigo John —dijo el Profesor—. Leí el caso en su diario y me interesó mucho; además, está relacionado también de alguna manera

con *nuestro* caso. Me gustaría mucho verle y especialmente cuando su mente está alterada.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Lord Godalming.

—¿Y yo? —dijo Quincey Morris.

Asentí y bajamos todos juntos por el corredor.

Lo encontramos en un estado de gran excitación, aunque mucho más sensato en su modo de hablar y en su comportamiento de lo que le había visto otras veces. Daba muestras de una extraordinaria comprensión de su caso, como yo no había visto nunca en un lunático; y daba por sentado que sus razones convencerían a otras personas que estuvieran completamente cuerdas. Entramos los cuatro en la habitación, pero al principio nadie dijo nada. Lo que Renfield quería pedirme era que le dejara salir inmediatamente del manicomio y le enviase a casa. Respaldaba su petición con argumentos referentes a su completa recuperación y aducía para ello su cordura en aquellos momentos.

—Apelo a sus amigos —dijo—, tal vez no les importe emitir un juicio sobre mi caso. A propósito, no me los ha presentado.

Yo estaba tan asombrado, que en aquel momento no reparé en lo extravagante que era presentar a un loco en un manicomio. Además, había una cierta dignidad en la actitud de aquel hombre, y parecía tan habituado a tratar con iguales, que inmediatamente hice las presentaciones:

—Lord Godalming; el profesor Van Helsing; Mr. Quincey Morris, de Texas; Mr. Renfield.

Estrechó las manos de todos, dirigiéndose a cada uno de ellos:

—Lord Godalming, tuve el honor de apoyar a su padre para ingresar en el Windham. Lamento saber que ya no está entre nosotros, ya que usted ostenta el título. Fue un hombre querido y respetado por todos los que le conocieron. He oído decir que, en su juventud, inventó un ponche de ron quemado muy apreciado en las tardes del Derby.

»Mr. Morris, debe estar usted orgulloso de su gran estado. Su admisión en la Unión fue un precedente que en el futuro puede tener consecuencias trascendentales, cuando el Polo y los Trópicos lleguen a pertenecer a la bandera de las Barras y Estrellas. El poder del Tratado pudiera resultar un vasto instrumento de integración, cuando la doctrina Monroe ocupe el lugar que le corresponde como leyenda política.

»Profesor Van Helsing, ¿qué puede decirse del placer de conocer a un hombre como usted? Caballero, no voy a disculparme por omitir cualquier tipo

de preámbulo convencional. Cuando un individuo ha revolucionado la terapéutica con el descubrimiento de la evolución continua de la masa cerebral, sobran los convencionalismos, ya que equivaldría a reducirlo a un cualquiera.

»A ustedes, caballeros, que por nacionalidad, herencia o dotes naturales, están capacitados para ocupar sus respectivos lugares en un mundo en marcha, les tomo como testigos de que estoy tan cuerdo al menos como la mayoría de hombres que gozan plenamente de su libertad. Y estoy seguro de que usted, doctor Seward, filántropo y médico forense, así como científico, juzgará un deber moral tratarme con la consideración que corresponde a mis circunstancias excepcionales.

Esta última petición la hizo con una convicción tan cortés que no dejaba de tener su encanto.

Creo que nos quedamos todos asombrados. Por mi parte, yo tenía el convencimiento, pese a conocer el carácter y el historial médico de aquel hombre, de que había recuperado la razón. Y sentí un fuerte impulso de decirle que me alegraba de su curación, y que iba a ocuparme de todas las formalidades necesarias para dejarle salir a la mañana siguiente. No obstante, pensé que era preferible esperar antes de hacer una afirmación tan importante, pues sabía por experiencia lo propenso que era aquel paciente a los cambios repentinos. De modo que me limité a decirle, en términos generales, que parecía haber mejorado muy rápidamente; que charlaría con él a la mañana siguiente con más calma, y que entonces vería lo que podía hacer para satisfacer sus deseos. Aquello no pareció complacerle, pues dijo rápidamente:

—Me temo, doctor Seward, que no haya usted comprendido del todo mis deseos. Lo que yo quiero es irme inmediatamente, en este momento, ahora mismo, ya, si es posible. El tiempo apremia y nuestro acuerdo implícito con el viejo de la guadaña es un factor esencial en el contrato que con él tenemos. Estoy seguro de que, tratándose de un facultativo tan admirable como el doctor Seward, bastará con que le exponga un deseo tan simple, aunque de tanta trascendencia, para que se cumpla sin demora.

Me miró fijamente y, al ver la negativa en mi rostro, se volvió hacia los otros y los examinó con atención. Mas al no encontrar ninguna respuesta definida, prosiguió:

—¿Es posible que mi suposición sea errónea?

—Así es, en efecto —le dije francamente, aunque al mismo tiempo, me

pareció, con bastante brusquedad.

Después de una larga pausa, Renfield dijo lentamente:

—En tal caso, supongo que lo único que puedo hacer es cambiar de táctica en mi petición. Permítame pedirle esa concesión… favor, privilegio, como usted quiera llamarlo. Estoy dispuesto a implorar, si es preciso, no a título personal, sino por el bien de otros. No estoy autorizado a exponerle todas mis razones; pero, créame, puede estar usted seguro de que son sólidas, sensatas y desinteresadas, y que están inspiradas por el más alto sentido del deber. Si pudiera leer en mi corazón, caballero, aprobaría completamente los sentimientos que me animan. Más aún, me consideraría uno de sus mejores y más fieles amigos.

Nos volvió a mirar fijamente. Cada vez estaba más convencido de que este cambio repentino en su comportamiento mental no era más que otra forma o fase de su locura, de modo que decidí dejarle seguir un poco más, sabiendo por experiencia que, como todos los lunáticos, acabaría traicionándose. Van Helsing lo miraba con la máxima atención, y era tal su concentración que sus espesas cejas casi se juntaban. Entonces le preguntó en un tono que en aquel momento no me sorprendió, pero sí más tarde cuando pensé en ello, ya que era el de alguien que se está dirigiendo a otra persona de su mismo nivel:

—¿No puede usted decirme francamente el verdadero motivo por el que quiere estar libre esta noche? Le prometo que si me convence a mí, que soy extranjero, sin prejuicios, y con amplitud de criterio, el doctor Seward le concederá, bajo su propio riesgo y responsabilidad, el privilegio que solicita.

Renfield negó con la cabeza tristemente y con una expresión de profundo pesar en el rostro.

—Vamos, caballero —prosiguió el Profesor—, piénselo. Usted reclama el privilegio de la razón en su grado más alto, ya que trata de impresionarnos con su perfecta sensatez. Lo hace porque todavía no le han dado de alta, ya que tenemos motivos para dudar de su cordura. Si no nos ayuda en nuestros esfuerzos por encontrar el tratamiento más adecuado, ¿cómo quiere que cumplamos con el deber que usted mismo nos ha impuesto? Sea sensato, ayúdenos; y si podemos, le facilitaremos la consecución de su deseo.

Renfield negó otra vez con la cabeza y dijo:

—Doctor Van Helsing, no tengo nada que decir. Su razonamiento es perfecto; si pudiera hablar, no vacilaría ni por un momento; pero en este asunto, dependo de alguien más. Lo único que puedo pedirle es que confíe en mí. Si

rehúsa, la responsabilidad no recaerá sobre mí.

Pensé que había llegado el momento de dar por terminada la escena, que se estaba volviendo cómicamente seria; de modo que me dirigí a la puerta, diciendo simplemente:

—Vamos, amigos míos, tenemos cosas que hacer. Buenas noches.

No obstante, al acercarme a la puerta se produjo un nuevo cambio en el paciente. Se abalanzó sobre mí con tal rapidez que por un momento temí que intentara otro ataque homicida. Sin embargo, mis temores eran infundados, ya que levantó ambas manos en señal de súplica y volvió a hacer la misma petición en un tono bastante conmovedor. Como vio que su mismo exceso de emotividad militaba en su contra, devolviéndonos a nuestras antiguas relaciones, adoptó un tono más efusivo todavía. Miré a Van Helsing y vi reflejado en sus ojos mi propio convencimiento. De modo que adopté una actitud más firme, aunque no más severa, y le di a entender con un gesto que sus esfuerzos eran inútiles. Ya había observado en él anteriormente esa misma excitación creciente, cada vez que solicitaba algo en lo que había pensado mucho, como por ejemplo cuando quería un gato. Por tanto, en esta ocasión estaba preparado para ver cómo se apoderaba de él la misma resignación malhumorada. Mas no se cumplieron mis previsiones, pues, cuando se dio cuenta de que no iba a lograr lo que pretendía, se puso más frenético todavía. Se hincó de rodillas, elevó las manos, retorciéndolas en una especie de súplica lastimera, y vertió un torrente de ruegos, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, y su rostro y todo su cuerpo reflejaban la más profunda emoción:

—¡Se lo suplico, doctor Seward, se lo imploro! ¡Permítame que abandone esta casa inmediatamente! Envíeme a donde quiera y de la forma que más le guste: que me acompañen, si así lo desea, guardianes con látigos y cadenas; que me lleven con camisa de fuerza, esposado y con grilletes en los pies, aunque sea a la cárcel; pero déjeme salir de aquí. No sabe usted lo que está haciendo, teniéndome aquí encerrado. Le hablo desde lo más profundo de mi corazón… desde el mismo fondo de mi alma. Ignora usted el daño que está haciendo, y a quién está perjudicando. Yo no puedo decírselo, ¡ay de mí!, no puedo. Por todo lo que le es más sagrado… por todo lo que más quiera… por el amor que perdió… por la esperanza que aún tiene… por el Todopoderoso, ¡sáqueme de aquí y salve mi alma de toda culpa! ¿Me oye, señor? ¿Me comprende? ¿Es que no lo va a comprender nunca? ¿No se da cuenta de que ahora estoy cuerdo y le hablo en serio; que no soy un lunático, presa de un ataque de locura, sino un hombre cuerdo que lucha por salvar su alma? ¡Escúcheme! ¡Deje que me vaya!

¡Por favor!

Pensé que cuanto más se prolongara esta situación más furioso se pondría Renfield, y acabaría por tener un ataque, de modo que le tomé de la mano y le ayudé a levantarse.

—Vamos —le dije, severamente—, no siga; ya hemos tenido bastante por hoy. Métase en la cama y procure comportarse con mayor discreción.

De pronto se calló y me miró resueltamente durante unos instantes. Luego se levantó, sin decir palabra, y se sentó al borde de la cama. Tal como había esperado, le había llegado el derrumbamiento, como en anteriores ocasiones.

Cuando abandonaba la habitación, más rezagado que los demás, me dijo en un tono de voz tranquilo y bien educado:

—Confío, doctor Seward, en que será justo conmigo y más adelante recordará que esta noche hice todo lo posible por convencerle.

Capítulo XIX



DIARIO DE JONATHAN HARKER

1 DE OCTUBRE, A LAS 5 DE LA MADRUGADA

Me fui con el resto del grupo a registrar la casa con la conciencia tranquila, ya que no creo haber visto nunca a Mina tan fuerte y con mejor aspecto. Me alegra mucho que haya consentido en quedarse en el manicomio, dejando que seamos los hombres los que nos ocupemos del trabajo. Por alguna razón, me incomodaba verla mezclada en este espantoso asunto. Pero ahora que ya ha hecho todo lo que podía hacer, y que gracias a su energía, inteligencia y

previsión se han juntado todas las piezas de modo que cada uno de los detalles ha cobrado sentido, tiene que entender que su participación ha terminado, y que de ahora en adelante debe dejar que nos ocupemos del resto. Creo que estábamos todos un poco preocupados por la escena de Mr. Renfield. Cuando salimos de su habitación, nadie dijo nada hasta llegar al despacho del doctor Seward. Entonces, Mr. Morris se dirigió a él.

—Oye, Jack, si ese hombre no estaba intentando engañarnos, se trata del lunático más cuerdo que he visto en mi vida. No estoy seguro, pero creo que tenía algún motivo para ello; y si así fuera, ha debido ser muy duro para él que no le diéramos una oportunidad.

Lord Godalming y yo permanecimos callados, pero el doctor Van Helsing añadió:

—Amigo John, usted conoce a los lunáticos mejor que yo, cosa de la que me alegro, ya que me temo que si hubiera tenido que tomar la decisión yo solo, le habría dejado en libertad antes de que padeciera su último ataque de histerismo. Pero cada día aprendemos algo nuevo, y en las circunstancias actuales no debemos correr ningún riesgo, como diría mi amigo Quincey. Más vale que sea así.

El doctor Seward pareció responder a ambos vagamente.

—Lo único que puedo decirles es que estoy de acuerdo con ustedes dos. Si ese hombre hubiera sido un lunático corriente, me habría arriesgado a fiarme de él. Pero parece estar implicado de una forma tan sospechosa en las andanzas del Conde, que tengo miedo de equivocarme accediendo a sus caprichos. No puedo olvidar que me imploró con idéntico fervor cuando quería un gato, y luego intentó desgarrarme la garganta con los dientes. Además, llamó al Conde delante de mí "amo y señor", por lo que es posible que quiera salir de aquí para ayudarle de alguna manera diabólica. Esa horrible criatura tiene de su parte a los lobos y a las ratas y a su propia especie; de modo que no sería de extrañar que tratara de utilizar a un respetable lunático. No obstante, es indudable que parecía sincero. Solo espero que hayamos hecho lo mejor posible. Todo eso, unido a la insensata tarea que tenemos entre manos, puede contribuir a acobardar a cualquiera.

El Profesor se acercó a él, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo con su habitual tono solemne aunque amable:

—Amigo John, no tenga miedo. Tratamos de cumplir con nuestro deber en este caso tan triste y terrible; solo podemos hacer lo que juzguemos que es mejor. ¿En qué otra cosa podemos confiar, salvo en la misericordia del buen

Dios?

Lord Godalming se había escabullido unos instantes antes, pero regresó en aquel momento con un pequeño silbato de plata.

—Puede que este lugar tan antiguo —comentó— esté lleno de ratas. Si así fuera, dispongo de un antídoto.

Después de sobrepasar la tapia, nos dirigimos a la casa, tomando la precaución de escondernos bajo las sombras de los árboles cada vez que asomaba la luna. Cuando llegamos al pórtico, el Profesor abrió su maletín y sacó un montón de objetos, que depositó en el umbral, repartiéndolos en cuatro grupos, destinados evidentemente a cada uno de nosotros. Luego dijo:

—Amigos míos, vamos a enfrentarnos a un peligro terrible y necesitamos armas de muchas clases. Nuestro enemigo no representa únicamente una amenaza espiritual. Recuerden que tiene la fuerza de veinte hombres, y que, aunque nuestros cuellos o tráqueas sean corrientes, y por tanto nos los pueden romper o triturar, el suyo no es vulnerable a la simple fuerza física. Un hombre, o un grupo de hombres, más fuerte que él en todos los sentidos, es cierto que podría sujetarlo en determinadas ocasiones. Mas no podrían herirle como él puede herirnos a nosotros. Por consiguiente, debemos evitar que nos toque. Guarde esto cerca del corazón —mientras hablaba alzó un pequeño crucifijo de plata y me lo entregó a mí, que era el que más cerca estaba de él—, y póngase estas flores alrededor el cuello —y me dio una guirnalda de flores de ajo marchitas—. Tome también este revólver y este cuchillo por si aparecen otros enemigos más terrenales; y para ayudarse en todo momento, esta pequeña lámpara eléctrica, que puede sujetarse en el pecho. Por último, y por encima de todo, tenga esto, que no debemos profanar inútilmente.

Se trataba de un trozo de hostia consagrada, que metió en un sobre y me entregó. Los demás fueron igualmente equipados.

—Ahora —dijo—, amigo John, ¿dónde están las ganzúas? De ese modo podremos abrir la puerta, sin necesidad de forzar ninguna ventana, como nos ocurrió antes en casa de Lucy.

El doctor Seward probó una o dos ganzúas, para lo que su destreza de cirujano le fue de gran utilidad. Pronto encontró una que le iba bien, y tras un breve forcejeo, el cerrojo cedió y se descorrió con un ronco estridor. Al empujar la puerta, chirriaron los herrumbrosos goznes, pero se abrió lentamente. La escena me recordaba sorprendentemente la imagen que me había formado, por la lectura del diario del doctor Seward, de la entrada en la tumba de Miss Westenra.

Imagino que los demás debieron tener la misma impresión, pues todos retrocedimos de común acuerdo. El Profesor fue el primero en adelantarse y entrar.

—*In manus tuas, Domine*! —dijo, santiguándose al traspasar el umbral.



Después de entrar cerramos la puerta, para no llamar la atención de nadie que pasara por la carretera al encender nuestras lámparas. El Profesor comprobó que la cerradura podía abrirse desde dentro, por si hubiera que salir con prisas. Luego encendimos todos nuestras lámparas y nos pusimos a registrar la casa.

La luz de las diminutas lámparas proyectaba toda clase de formas extrañas, bien porque nuestros respectivos rayos se entrecruzaban, o porque la opacidad de nuestros propios cuerpos arrojaba grandes sombras. Por mucho que lo intentaba, no podía evitar la sensación de que había alguien más entre nosotros. Supongo que debía de ser el recuerdo de aquella terrible experiencia en Transilvania, que tan intensamente me había despertado aquel ambiente tan lúgubre. Creo que todos tuvimos la misma sensación, porque observé que los demás también se volvían a mirar por encima del hombro, como yo, cada vez que se producía un ruido o aparecía una nueva sombra.

Había una espesa capa de polvo por todas partes. En el suelo era de varias pulgadas, excepto en los lugares en que había pisadas recientes, en los que, al enfocar mi lámpara, descubrí huellas de clavos donde el polvo se había apelmazado. Las paredes estaban cubiertas de polvo y de pelusa, y los rincones llenos de telarañas, en las que se había acumulado el polvo, dándoles un aspecto de viejos harapos hechos jirones, al desgarrarse parcialmente por el peso. Sobre una mesa del vestíbulo había un gran manojo de llaves, cada una con una etiqueta amarillenta por el paso del tiempo. Habían sido utilizadas varias veces, ya que en la capa de polvo había varios surcos, similares a los que aparecieron cuando el Profesor las levantó.

—Jonathan —dijo el Profesor, volviéndose hacia mí—, usted conoce este lugar. Ha levantado planos de él, y debe conocerlo al menos mejor que nosotros. ¿Por dónde se va a la capilla?

Aunque en mi anterior visita no había podido entrar en ella, sabía vagamente cuál era el camino. De modo que abrí la marcha, y después de equivocarme de camino unas cuantas veces, fui a dar con una puerta de roble, estrecha y arqueada, reforzada con zunchos de hierro.

—Aquí es —dijo el Profesor, enfocando con su lámpara un pequeño plano de la casa, copiado del archivo de mi correspondencia original referente a la compra. Con alguna dificultad localizamos la llave pertinente en el manojo y abrimos la puerta. Estábamos preparados para encontrarnos con cualquier cosa desagradable, ya que mientras abríamos la puerta nos llegó una vaga exhalación maloliente que salía por las rendijas. Pero ninguno de nosotros esperaba semejante hedor. Ninguno de mis acompañantes había estado nunca cerca del Conde y yo únicamente le había visto en sus habitaciones durante uno de sus períodos de ayuno, o saciado de sangre fresca en un edificio en ruinas prácticamente al aire libre. Pero aquel lugar era pequeño y estaba cerrado, y el prolongado abandono hacía que el aire estuviera viciado y estancado. Había un olor a tierra, como a miasmas evaporados, que impregnaba el aire más viciado. En cuanto al hedor propiamente dicho, ¿cómo podría describirlo? No solo era una mezcla de todas las depravaciones que trae consigo la muerte y el olor acre y pungente de la sangre, sino que parecía como si la corrupción misma se hubiese corrompido. ¡Pufff!, solo pensar en ello me produce náuseas. Parecía como si cada expiración de aquel monstruo se hubiese adherido a aquel lugar, acentuando su marcada repugnancia.

En circunstancias normales, semejante hedor hubiera supuesto el abandono de nuestra empresa. Pero este no era un caso corriente, y el elevado y terrible

propósito que nos animaba nos proporcionaba la fuerza suficiente para sobreponernos a cualquier consideración de orden estrictamente físico. Después del encogimiento involuntario, como consecuencia de la primera vaharada nauseabunda, nos pusimos todos manos a la obra, como si aquel repugnante lugar fuese una rosaleda, y lo registramos minuciosamente.

—Lo primero de todo —dijo el Profesor al empezar el registro—: hay que comprobar cuántos cajones quedan. Luego tendremos que registrar cada agujero, cada rincón, cada grieta, para ver si podemos descubrir alguna pista sobre dónde han ido a parar los restantes.

Bastó una ojeada para comprobar cuántos quedaban, ya que los enormes cofres de tierra eran voluminosos y no había forma de confundirlos.

¡De los cincuenta solo quedaban veintinueve! De pronto me asusté, pues, al advertir que Lord Godalming se volvía bruscamente y miraba a través de la puerta abovedada hacia el oscuro corredor que había más allá, yo también miré y por un instante creí que se me paralizaba el corazón. Me pareció ver en medio de aquella oscuridad el brillo intenso de los llameantes ojos del Conde, su malvado rostro, su nariz aquilina, sus labios rojos, su horrible palidez. Fue solo un momento, pues, al decir Lord Godalming: "Creí haber visto un rostro, pero no eran más que sombras", y reanudar su pesquisa, enfoqué mi lámpara en aquella dirección y entré en el corredor, pero no vi a nadie; y puesto que no tenía rincones, ni puertas, ni aberturas de ninguna clase, sino únicamente los sólidos muros, no había ningún escondite posible, ni siquiera para *él*. Pensé que el miedo había incitado mi imaginación, y no dije nada.

Unos minutos después vi que de repente Morris se apartaba del rincón que estaba examinando. Todos seguimos sus movimientos con la mirada —ya que, sin duda, un cierto nerviosismo se iba apoderando de nosotros— y pudimos ver una masa fosforescente que parpadeaba como las estrellas. Retrocedimos todos instintivamente. El recinto se estaba llenando de ratas.

Durante unos instantes nos quedamos horrorizados todos, excepto Lord Godalming, quien, al parecer, había previsto semejante contingencia. Se dirigió precipitadamente a la pesada puerta de roble con zunchos de hierro, que el doctor Seward había descrito desde fuera, y que yo mismo había visto, hizo girar la llave en la cerradura, descorrió los enormes cerrojos y abrió la puerta de par en par. Luego, sacó del bolsillo el pequeño silbato de plata y emitió un pitido breve pero estridente. La llamada fue contestada, detrás de la casa del doctor Seward, por los ladridos de los perros, y como un minuto después tres *terriers* aparecieron corriendo por una de sus esquinas. Una vez más nos fuimos todos

hacia la puerta inconscientemente, y al hacerlo nos dimos cuenta de que no había polvo: por allí debían haber salido los cajones que se habían llevado. Pero en solo un minuto que había pasado, el número de ratas había crecido enormemente. Todo el recinto parecía rebosar de ellas, de forma que a la luz de nuestras lámparas, que iluminaban sus siniestros cuerpos en perpetuo movimiento y sus relucientes y tétricos ojillos, el suelo parecía un terreno sembrado de luciérnagas. Los perros iban ya a entrar precipitadamente, cuando de pronto se detuvieron en el umbral y empezaron a gruñir; luego, alzaron sus hocicos simultáneamente y se pusieron a aullar lúgubremente. Las ratas seguían multiplicándose a millares, y nosotros nos fuimos de allí.



Lord Godalming cogió en brazos a uno de los perros y lo introdujo en la habitación. En el mismo momento en que sus pies tocaron el suelo, el animal pareció recobrar el valor y se abalanzó sobre sus enemigas naturales. Las ratas

huyeron de él con tanta rapidez, que antes de que se deshiciera de una veintena, los demás perros, que habían sido introducidos de la misma manera, se quedaron prácticamente sin presas ya que la mayoría había desaparecido.

Parecía como si, junto con las ratas, se hubiese ido también alguna presencia maligna, ya que los perros se pusieron a brincar y a ladrar alegremente, abalanzándose sobre sus postradas enemigas, y volteándolas y lanzándolas al aire con violentas sacudidas. Aquello pareció levantar nuestros ánimos. No sé si fue porque aquella nociva atmósfera se había purificado al abrir la puerta de la capilla, o por el alivio que sentimos al encontrarnos al aire libre, pero lo cierto es que la sombra de temor que nos oprimía pareció desprenderse de nosotros como si se tratara de un traje, y el motivo de nuestra presencia en aquel lugar perdió en parte su tinte siniestro, sin que por ello disminuyera ni un ápice nuestra resolución. Cerramos la puerta exterior, la atrancamos, corrimos el cerrojo y, acompañados por los perros, empezamos a registrar la casa. No encontramos más que ingentes cantidades de polvo; todo estaba intacto, salvo las huellas que yo había dejado en mi primera visita. Ni una sola vez se mostraron inquietos los perros, e incluso cuando regresamos a la capilla retozaban como si hubieran estado cazando conejos en el bosque un día de verano.

El día empezaba a clarear por el Este cuando salimos por la parte delantera de la casa. El doctor Van Helsing había cogido la llave del manojo y cerró la puerta de forma ortodoxa, guardándosela luego en el bolsillo.

—Hasta ahora —dijo— la noche ha sido un rotundo éxito. No hemos sufrido ningún daño, como yo me temía, y hemos averiguado, sin embargo, cuántos cajones faltan. Más que nada me alegra que hayamos dado este primer paso, tal vez el más difícil y peligroso, sin haber traído a nuestra queridísima Mina, ni haber perturbado sus sueños o su vigilia con visiones, ruidos y olores horrendos que nunca podría olvidar. También hemos aprendido una lección, si se me permite argumentar *a particulari*: que las bestias brutales que están al servicio del Conde no están, sin embargo, sujetas a su poder espiritual. Como han podido ver, esas ratas que acudieron a su llamada, al igual que convocó desde lo más alto del castillo a los lobos cuando usted se iba y aquella pobre madre se puso a gritar, huyeron atropelladamente de unos perros tan pequeños como los de mi amigo Arthur. Ahora nos aguardan otras cuestiones, otros peligros, otros temores; y es posible que esta no sea ni la única ni la última vez que esta noche ese monstruo utiliza su poder sobre el mundo animal. Lo cierto es que se ha ido a otra parte. ¡Estupendo! Eso nos da ocasión de gritarle "¡Jaque!" en esta especie de partida de ajedrez en la que están en juego almas humanas. Y ahora volvamos

a casa. No tardará en amanecer, y tenemos motivo para estar contentos de nuestra primera noche de trabajo. Puede que nos toque hacer esto mismo muchas noches y muchos días, llenos de riesgo. Pero debemos seguir adelante y no encogernos ante ningún peligro.

Cuando regresamos, la casa estaba en silencio, si exceptuamos los gritos de algún desdichado en una de las salas más alejadas, y unos débiles quejidos que salían de la habitación de Renfield. El pobrecito seguramente se estaba torturando inútilmente rumiando sus penas, como hacen los locos.

Entré de puntillas en nuestra habitación y encontré a Mina dormida, respirando tan débilmente que tuve que inclinarme para poder oírla. Parece más pálida que de costumbre. Espero que no le haya trastornado la reunión de esta noche. Agradezco sinceramente que haya sido excluida de nuestro trabajo futuro, e incluso de nuestras deliberaciones. Es una tensión demasiado grande para que una mujer la soporte. No creía eso al principio, pero ahora sé que es lo mejor. Por tanto me alegro de que el asunto haya quedado resuelto. Puede que se asustara si oyese ciertas cosas; y sin embargo ocultárselas podría ser peor que contárselas, si llegara a sospechar que había habido alguna ocultación por nuestra parte. De ahora en adelante, nuestro trabajo debe ser un libro vedado para ella, por lo menos hasta que podamos decirle que todo ha acabado, y que la tierra se ha librado de un monstruo del otro mundo. Quizás sea difícil guardar silencio cuando siempre ha habido entre nosotros una gran confianza. Pero debo mantenerme firme: mañana le ocultaré los acontecimientos de esta noche, y me negaré a hablar de lo sucedido. Me acostaré en el sofá para no molestarla.

1 DE OCTUBRE, MÁS TARDE

Supongo que fue natural que esta mañana se nos pegaran las sábanas, ya que tuvimos un día muy atareado y no descansamos nada durante la noche. Incluso Mina debe de haberse sentido agotada, pues aunque he dormido hasta que el sol estaba bastante alto, me desperté antes que ella y tuve que llamarla dos o tres veces para que se despertara. Realmente estaba tan profundamente dormida, que tardó unos segundos en reconocerme, mientras me miraba con una mezcla de perplejidad y terror, como si se hubiese despertado de un mal sueño. Como se quejó de estar cansada, la dejé descansar hasta más tarde. Ahora sabemos que faltan veintiún cajones, y si se los han llevado en alguna de las mudanzas, quizás podamos seguirles la pista. Eso, por supuesto, simplificaría enormemente nuestra labor y cuanto antes nos ocupemos del asunto, mejor será para todos. Hoy iré a visitar a Thomas Snelling.

DIARIO DEL DR. SEWARD

1 DE OCTUBRE

Era casi mediodía cuando me despertó el Profesor entrando en mi habitación. Estaba más jovial y animado que de costumbre. Es evidente que nuestra labor de anoche ha contribuido a quitarle un peso de encima. Después de repasar conmigo la aventura de anoche, me dijo de repente:

—Su paciente me interesa mucho. ¿Puedo ir a verle esta mañana en su compañía? Si está demasiado ocupado, podría ir solo, si le parece. Es una experiencia nueva para mí encontrar a un lunático que hable de filosofía y razone con tanta sensatez.

Como tenía trabajo urgente que hacer, le dije que tendría mucho gusto en que fuera solo, pues de esta manera no tendría que esperar. Así que llamé a un guardián y le di las instrucciones pertinentes. Antes de que el Profesor abandonase la habitación, le advertí que no sacase una falsa impresión de mi paciente.

—Lo único que quiero —contestó— es que me hable de él y de su manía de comer seres vivos. Ayer leí en su diario que Renfield le dijo a Madam Mina que en otro tiempo mantuvo tal creencia. ¿Por qué sonríe, amigo John?

—Perdone —dije—, pero la respuesta está aquí —y puse la mano sobre el texto mecanografiado—. Cuando nuestro cuerdo e instruido lunático hizo aquella afirmación de que *solía* consumir vidas, su boca apestaba a causa de las moscas y arañas que se había comido poco antes de que entrara en su habitación Mrs. Harker.

Van Helsing, a su vez, sonrió.

—¡Muy bueno! —dijo—. Su memoria no le engaña, amigo John. Debería haberme acordado de eso. No obstante, son precisamente esas lagunas mentales y esos fallos de la memoria los que hacen tan fascinante el estudio de las enfermedades mentales. Quizás este loco pueda instruirme más sobre la locura que las enseñanzas de los más sabios. ¿Quién sabe?

Proseguí con mi trabajo, y no tardé en despachar lo que llevaba entre manos. Realmente, el tiempo se me hizo muy corto, pues cuando me di cuenta Van Helsing estaba ya de regreso en el despacho.

—¿Interrumpo? —me preguntó cortésmente desde la puerta.

—En absoluto —contesté—. Adelante. He terminado ya mi trabajo y estoy disponible. Ahora puedo ir con usted, si le parece.

—No es necesario, ¡ya le he visto!

—¿Y bien?

—Sospecho que no me estima mucho. Nuestra entrevista ha sido breve. Cuando entré a verle estaba sentado en un taburete, en medio de la habitación, con los codos apoyados en las rodillas, y su rostro era la viva imagen del descontento y el malhumor. Le hablé en el tono más amable que pude, y con el mayor respeto que me fue posible adoptar. Pero no me contestó.

»—¿No me conoce? —le pregunté.

»Su respuesta no fue nada tranquilizadora:

»—Le conozco demasiado bien; es usted el viejo estúpido de Van Helsing. Váyase a otra parte con sus idiotas teorías sobre el cerebro. ¡Condenados holandeses duros de mollera!

»No dijo ni una palabra más, se quedó allí sentado con su implacable malhumor, tan indiferente hacía mí como si no estuviera en la habitación. De modo que perdí, por esta vez, la oportunidad de aprender más cosas de ese lunático tan inteligente. Si le parece, trataré de consolarme charlando un poco con esa alma bendita de Madam Mina. Amigo John, me complace indeciblemente que esa mujer no siga padeciendo, ni se preocupe más de nuestros terribles asuntos. Aunque echemos en falta su ayuda, es mejor así.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —respondí sinceramente, pues no quería que claudicase en este asunto—. Es mejor que Mrs. Harker se mantenga al margen de todo esto. Bastante mal están ya las cosas para nosotros, que somos hombres de mundo y nos hemos visto en numerosos aprietos a lo largo de nuestras vidas; pero no hay sitio para una mujer. Si hubiese seguido al tanto de nuestra empresa, con el tiempo hubiera acabado infaliblemente por destrozarla.

Así que Van Helsing ha ido a reunirse con Mrs. Harker y su esposo. Quincey y Art han salido a buscar alguna pista de los cajones de tierra. Voy a terminar mi ronda de visitas. Esta noche nos reuniremos.

DIARIO DE MINA HARKER

1 DE OCTUBRE

Me resulta extraño verme al margen de todo, como estoy hoy; comprobar, después de la mucha confianza que Jonathan me ha demostrado durante tantos años, que elude manifiestamente ciertas cuestiones, precisamente las más vitales. Después de las fatigas de ayer, esta mañana dormí hasta muy tarde, y aunque Jonathan también se despertó tarde, lo hizo antes que yo. Antes de irse, me habló con mayor cariño y ternura que nunca, pero sin mencionar ni una palabra de lo ocurrido en su visita a la casa del Conde. Y eso, a pesar de que debía saber lo terriblemente preocupada que estaba. ¡Pobrecito mío! Probablemente debe haber sido más duro para él que para mí. Como se pusieron todos de acuerdo en que era mejor que yo no participase más en este espantoso asunto, he consentido. ¡Pero no puedo ni pensar que me oculte algo! Estoy llorando ahora como una tonta, cuando *sé* que este silencio se debe precisamente al gran amor que mi esposo siente por mí, y a las buenas intenciones de esos hombres tan recios…

Las lágrimas me han tranquilizado. Además, algún día me lo contará todo Jonathan. Para que no piense ni por un momento que le oculto algo, seguiré anotando en mi diario, como de costumbre. De modo que si llegara a dudar de mi confianza en él, se lo mostraría, pues he anotado aquí mis pensamientos más íntimos para que él pueda leerlos con sus propios ojos. Hoy me siento extrañamente triste y deprimida. Supongo que es la reacción normal después de tan terribles emociones.

Anoche me fui a la cama en cuanto se marcharon los hombres, solo porque ellos me lo dijeron. No tenía sueño y sentía que me carcomía una tremenda ansiedad. Estuve pensando en todo lo que ha pasado desde que Jonathan vino a verme a Londres, y me parece una terrible tragedia, como si el destino nos apremiase implacablemente con algún propósito deliberado. Al parecer, todo lo que hago, por muy razonable y justo que sea, acarrea las más deplorables consecuencias. Si no hubiera ido a Whitby, quizás la pobre Lucy estaría aún con nosotros. Hasta que yo llegué no empezó a visitar el cementerio, y si no hubiera ido allí conmigo durante el día, tampoco habría ido sonámbula por las noches y ese monstruo no hubiese podido destruirla como lo hizo. ¡Ay! ¿Por qué iría yo a Whitby? ¡Ya estoy llorando otra vez! No sé qué me pasa hoy. Tendré que ocultárselo a Jonathan, pues si se enterase de que he estado llorando dos veces en lo que va de mañana —yo, que nunca lloré por mí y a quien él jamás hizo derramar una sola lágrima—, al pobrecito se le partiría el corazón. Guardaré la cara y así, aunque sienta ganas de llorar, nunca lo notará. Supongo que esa es una de las lecciones que debemos aprender las pobres mujeres…

No consigo recordar con exactitud cómo me quedé dormida anoche. Recuerdo haber oído de repente unos ladridos de perro y una serie de extraños ruidos, como si alguien rezase atropelladamente, que salían de la habitación de Renfield que está más o menos debajo de la nuestra. Después todo quedó en silencio, tan profundo que me asusté, y me levanté de la cama, asomándome a la ventana. Fuera todo estaba oscuro y silencioso, y las sombras negras proyectadas por la luna parecían acentuar todavía más el callado misterio de la noche. Nada se movía; todo parecía tan lúgubre e inevitable como la muerte o el destino; tan solo una tenue gasa de niebla blanca, que se arrastraba por la hierba con una lentitud casi imperceptible en dirección a la casa, parecía estar dotada de sensibilidad y vitalidad propias. Supongo que este inciso me hizo mucho bien, pues cuando volví a la cama noté que me invadía una especie de letargo. Estuve echada un rato, pero no pude dormirme del todo, por lo que me levanté y me asomé otra vez a la ventana. La niebla seguía extendiéndose y ahora se acercaba a la casa, de manera que pude verla espesarse contra el muro, como si intentase trepar solapadamente hacia las ventanas. El pobre Renfield chillaba cada vez más, y aunque no pude distinguir ni una sola palabra de lo que decía, me pareció por el tono que estaba suplicando algo apasionadamente. Después escuché ruidos de lucha, y comprendí que los guardianes se estaban ocupando de él. Estaba tan asustada que me metí en la cama sigilosamente, cubriéndome la cabeza con las sábanas y tapándome los oídos con los dedos. En aquel momento no tenía ni pizca de sueño, o al menos eso creí. Sin embargo, enseguida debí quedarme dormida, ya que, salvo un sueño que tuve, no recuerdo nada de lo que pasó hasta que Jonathan me despertó esta mañana. Creo que me llevó algún tiempo y no pocos esfuerzos el darme cuenta de dónde me encontraba, y que era Jonathan el que estaba inclinado sobre mí. El sueño que tuve fue muy raro, y bastante característico de la forma en que los pensamientos vigiles se mezclan, o se prolongan, en los sueños.

Me pareció que me había quedado dormida, esperando el regreso de Jonathan. Estaba muy preocupada por él, pero no podía hacer nada; los pies, las manos y el cerebro me pesaban tanto que nada me funcionaba con normalidad. De modo que tuve un sueño bastante agitado y no dejé de pensar. Entonces empecé a darme cuenta de que el aire era agobiante, malsano y frío. Aparté las sábanas que cubrían mi rostro y descubrí con sorpresa que a mi alrededor todo estaba borroso. La luz de la lámpara de gas que había dejado encendida para Jonathan, aunque con la llama baja, no era más que un minúsculo destello rojizo en medio de la bruma, que evidentemente había espesado todavía más y entraba

a raudales en la habitación. Recordé entonces que había cerrado la ventana antes de irme a la cama. Hubiera querido levantarme para asegurarme, pero una especie de letargo pesado parecía atenazar mis miembros e incluso mi voluntad. Me quedé inmóvil, esperando; eso fue todo.



Cerré los ojos, aunque todavía podía ver a través de los párpados. (Es sorprendente las bromas que nos gastan los sueños y con cuánta facilidad podemos imaginar). La niebla era cada vez más espesa y ahora podía ver que

penetraba a raudales en la habitación, como si fuera humo —o vapor de agua en ebullición—, pero no lo hacía por la ventana, sino a través de las bisagras de la puerta. Siguió espesándose todavía más, hasta que pareció concentrarse formando en medio de la habitación una especie de columna de nube, en cuya cúspide brillaba, como un ojo fosforescente, la luz de la lámpara de gas. Todo empezó a dar vueltas en mi cabeza, como giraba la columna nubosa en la habitación, y a través de ella acudieron a mi mente las palabras bíblicas "una columna de nube durante el día, y de fuego durante la noche". ¿Era tal vez una especie de advertencia que me llegaba en sueños? Mas la columna se componía de ambos, del día y de la noche, pues era fuego lo que había en el ojo rojizo, el cual, ahora que lo pienso, cada vez me fascinaba más. Hasta que de pronto, el fuego se partió y a través de la niebla me pareció que brillaban dos ojos rojos, como los que Lucy me describió en su delirio momentáneo, en el acantilado, cuando la agonizante luz del sol poniente daba en los ventanales de la iglesia de Santa María. De pronto recordé con horror que así fue como Jonathan había visto materializarse a aquellas espantosas mujeres en medio de un torbellino brumoso a la luz de la luna, y debí desmayarme, pues todo quedó envuelto en la más negra de las tinieblas. El último esfuerzo consciente que hizo mi imaginación me permitió ver un rostro lívido, blanco, que saliendo de la niebla se inclinaba sobre mí. Debo tener cuidado con esta clase de sueños, ya que si se repitieran a menudo podrían hacerme perder la razón. Le pediría al doctor Van Helsing o al doctor Seward que me recetasen algo para dormir, pero temo alarmarlos. Si les contara mi sueño en estos momentos, solo lograría aumentar sus temores por mí. Esta noche procuraré por todos los medios dormirme espontáneamente. Si no lo consigo, mañana por la noche les pediré que me den una dosis de doral; si lo tomo una sola vez no puede hacerme daño y sin embargo lograré dormir bien toda la noche. El sueño de anoche me dejó más agotada que si no hubiese dormido nada.

2 DE OCTUBRE, A LAS DIEZ DE LA NOCHE

Anoche dormí, pero no soñé. Sin duda me quedé profundamente dormida, pues Jonathan no me despertó al acostarse. Sin embargo, no he descansado nada, ya que hoy me siento terriblemente débil y desanimada. Ayer me pasé el día tratando de leer, o tumbada medio dormida. Por la tarde, Mr. Renfield pidió verme. El pobre estuvo muy amable conmigo, y cuando me iba me besó la mano, rogando a Dios que me bendijera. Eso me conmovió mucho, de alguna manera; cuando pienso en él me entran ganas de llorar. Otra nueva debilidad con

la que debo tener cuidado. Si Jonathan se enterase de que he estado llorando se apenaría mucho. Él y los demás estuvieron fuera hasta la hora de cenar y volvieron agotados. Hice lo que pude para animarlos, y supongo que el esfuerzo me sentó bien, pues me olvidé de lo cansada que estaba. Después de cenar me mandaron a la cama y salieron todos a fumar; eso me dijeron, pero yo sabía que querían contarse lo que habían hecho cada uno de ellos durante el día. Por la actitud de Jonathan me imaginé que tenía que comunicarles algo importante. Como no tenía tanto sueño como otras veces, antes de que se fueran le pedí al doctor Seward que me diera algún tipo de narcótico, pues no había dormido bien la noche anterior. Muy amablemente me preparó una poción para dormir, diciéndome cuando me la dio que no me haría ningún daño, pues era muy suave… Ya me la he tomado y estoy esperando que me venga el sueño, que todavía tardará. Espero no haber hecho mal al tomar el somnífero, pues conforme empieza a invadirme el sueño, me asalta un nuevo temor: que quizás haya sido una insensatez privarme de la posibilidad de despertar. Puede que la necesite. Ya me viene el sueño. Buenas noches.

Capítulo XX



DIARIO DE JONATHAN HARKER

1 DE OCTUBRE, POR LA NOCHE

Encontré a Thomas Snelling en su casa de Bethnal Green, aunque por desgracia no estaba en condiciones de recordar nada. La misma perspectiva de beber cerveza gratis que le brindaba mi anunciada visita le había sobrepasado y había comenzado muy temprano a emborracharse. No obstante, me enteré por su esposa, que parecía bastante buena persona, que él no era más que el ayudante de Smollet, que fue en realidad el responsable del traslado. De modo que me fui en

coche a Walworth y encontré a Mr. Joseph Smollet en casa, en mangas de camisa, bebiéndose los restos de té del platillo. Es un tipo simpático e inteligente, sin duda el tipo de trabajador competente y formal, con ideas propias. Se acordaba muy bien del incidente de los cajones, y después de consultar una sorprendente libreta con los cantos doblados, que sacó de algún misterioso receptáculo que tenía en el fondillo de sus pantalones, y que contenía anotaciones jeroglíficas hechas con lápiz y medio borradas, me informó del destino de aquellos cajones. Me dijo que había seis cajones en la carretada que llevó de Carfax al número 197 de Chicksand Street, en Mile End New Town, y que depositó otros seis en Jamaica Lane, Bermondsey. Si el Conde tenía la intención de esparcir esos horribles refugios por todo Londres, esos lugares fueron elegidos para un primer reparto, de modo que más tarde pudiera distribuirlos a su antojo. La forma sistemática en que hizo esto me hizo pensar que no tenía intención de limitarse a dos zonas de Londres. Hasta ahora se había instalado en el extremo oriental de la zona norte, al este de la zona sur y en el sur. Su diabólico plan no excluirá, sin duda, las zonas norte y oeste, y menos todavía la City y el centro mismo del Londres elegante al suroeste y al oeste. Me volví a Smollet y le pregunté si podía decirnos si se habían llevado de Carfax algún cajón más.

—Verá usted, jefe —me contestó—, como ha sido usted muy generoso conmigo —le había dado medio soberano—, le diré todo lo que sé. Hace cuatro noches le oí decir a un hombre que se llama Bloxam, en el Hare and Hounds de Pinchers Alley, que él y su compañero habían hecho un trabajo en el que se habían puesto perdidos de polvo en una vieja casa de Purfleet. No hay muchos trabajos de ese tipo; creo que tal vez Sam Bloxam pueda contarle más detalles.

Le pregunté si podía decirme dónde encontrar a Bloxam. Le dije que si me conseguía la dirección de ese hombre se ganaría otro medio soberano. Así que se tragó el resto del té y se levantó, diciendo que inmediatamente iba a ponerse a buscarla. Al llegar a la puerta se detuvo y me dijo:

—Mire usted, jefe, no tiene sentido que se quede aquí. Puede que encuentre a Sam enseguida, o puede que no. Pero en cualquier caso no va a estar en condiciones de contarle mucho esta noche. Sam se pone muy raro cuando empieza a beber. Si quiere darme un sobre con su sello y me escribe en él su dirección, me enteraré de dónde se encuentra Sam y le mandaré la dirección por correo esta noche. Pero será mejor que vaya a verle muy pronto por la mañana, porque si no quizás no lo coja. Sam se marcha muy temprano, aunque haya bebido mucho la noche anterior.

Como me parecía bastante razonable, mandé a una de sus hijas a comprar un sobre y una hoja de papel, y le di un penique, diciéndole que se quedara con el cambio. Cuando ella volvió, escribí mi dirección en el sobre y le puse un sello. Luego le hice prometer otra vez que me enviaría la dirección de Sam en cuanto la encontrara, y me fui a casa. De cualquier modo estamos sobre su pista.

Esta noche estoy cansado y quisiera dormir. Mina está profundamente dormida y parece algo más pálida que de costumbre; tiene los ojos como si hubiera estado llorando. Pobrecita mía, estoy seguro de que lamenta que la dejemos al margen, y puede que por eso esté doblemente preocupada por mí y por los demás. Pero así es mejor. Es preferible que ahora se sienta decepcionada y molesta en la forma en que lo está, a que acabe con los nervios destrozados. Los médicos llevaban razón al insistir en que la dejáramos al margen de este espantoso asunto. Debo mantenerme firme, pues sé que ese silencio depende exclusivamente de mí. No mencionaré el tema en su presencia bajo ningún concepto. En realidad, puede que después de todo no me resulte demasiado difícil, ya que ella misma se ha vuelto reservada sobre el particular, y desde que le comunicamos nuestra decisión ha dejado de hablar del Conde o de sus actividades.

2 DE OCTUBRE, POR LA TARDE

Hoy ha sido un día largo y cansado, aunque emocionante. En el correo de la mañana me llegó el sobre con mi propia dirección, y en su interior un trozo de papel mugriento en el que estaba garrapateado con lápiz de carpintero lo siguiente:

Sam Bloxam, Korkrans, 4 Poters Cort, Bartel Street (Walworth).
Preguntar por el restituto.

Recibí la carta en la cama y me levanté sin despertar a Mina. Parecía cansada, soñolienta, pálida y con aspecto de no encontrarse nada bien. Decidí no despertarla pero me prometí que en cuanto regresara de esta nueva investigación lo dispondría todo para que volviera a Exeter. Creo que se sentirá más feliz en nuestra propia casa, ocupada en sus tareas domésticas, que aquí entre nosotros, pero ajena a todo lo que ocurre. Solo vi un momento al doctor Seward, pero le conté a dónde iba, prometiéndole regresar tan pronto como averiguara algo para contárselo a los demás. Fui en coche a Walworth y encontré Potter's Court con

algunas dificultades. La ortografía de Mr. Smollet me había confundido y pregunté por Potter's Cort en lugar de Potter's Court. No obstante, cuando encontré el callejón, no tuve ninguna dificultad para localizar la casa de huéspedes de Corcoran. Cuando pregunté al hombre que me abrió la puerta por el "restituto", negó con la cabeza y añadió:

—No sé quien es. Aquí no vive esa persona. Nunca oí hablar de él en mi puñetera vida. No creo que haya nadie con ese apelativo viviendo por aquí ni en ninguna otra parte.

Saqué la carta de Smollet y al volver a leerla se me ocurrió que podía tratarse una vez más de su mala ortografía.

—¿Quién es usted?

—Soy el sestituto —contestó.

Me di cuenta inmediatamente de que iba por buen camino. La ortografía de Smollet me había confundido otra vez. Bastó una propina de media corona para que el sestituto pusiera a mi disposición todo cuanto sabía, y así me enteré de que Mr. Bloxam, que había dormido su borrachera de cerveza de la noche anterior en la casa de huéspedes de Corcoran, se había ido a trabajar a Poplar a las cinco en punto de la mañana. No supo decirme dónde trabajaba, pero tenía la vaga idea de que se trataba de un "almacén moderno". Con esa pequeña pista tuve que irme a Poplar.

Hasta pasadas las doce no encontré ninguna nueva pista sobre dicho almacén; fue en un café, donde unos obreros estaban almorzando. Uno de ellos me indicó que estaban construyendo en Cross Angel Street un nuevo "almacén con cámara frigorífica", y como eso se ajustaba a la calificación de "almacén moderno", me dirigí hacia allí inmediatamente. Una entrevista, primero con un portero arisco y después con un capataz todavía más arisco, a quienes logré apaciguar con moneda del reino, me puso sobre la pista de Bloxam. El capataz mandó llamarlo en cuanto le dije que estaba dispuesto a pagarle un día de jornal por el privilegio de hacerle unas preguntas sobre un asunto privado.

Era un tipo listo, aunque de toscos modales y rudo en su forma de hablar. En cuanto le prometí que le pagaría por su información y le di un anticipo, me contó que había hecho dos viajes de Carfax a una casa de Piccadilly, transportando nueve cajones grandes —"especialmente pesados"— en un carro tirado por un caballo que había alquilado con tal propósito. Le pregunté si podía decirme el número de la casa de Piccadilly, a lo que contestó:

—Verá usted, jefe, el número se me ha olvidao, pero está unas cuantas casas

más allá de una gran iglesia blanca, o algo por el estilo, construida no hace mucho. Era un caserón lleno de polvo, aunque nada en comparación con el que había en la otra casa de donde recogimos esos jodidos cajones.

—¿Cómo entró usted en esas casas si ambas estaban vacías?

—El viejo que me contrató me estaba esperando en la casa de Purfleet. Me ayudó a subir los cajones al carro. ¡Maldita sea!, era el tipo más fuerte con el que me he *topao*, y eso que era un viejo con el bigote blanco y tan *delgao* que parecía que no era capaz ni de echar sombra.

¡Cómo me hizo estremecer esa frase!

—Vaya que sí, cogía los cajones por uno de los extremos como si fueran paquetes de té de una libra, mientras que yo tuve que jadear y resoplar bastante para poder levantar el otro extremo. Y yo no soy blandengue, precisamente.

—¿Cómo entró en la casa de Piccadilly? —le pregunté.

—Me esperaba allí también. Tuvo que irse y llegar antes que yo, porque cuando toqué la campanilla, me abrió la puerta él mismo y me ayudó a llevar los cajones al vestíbulo.

—¿Los nueve? —pregunté yo.

—Sí; cinco en el primer viaje y cuatro en el segundo. Fue un trabajo que me dejó seco; no recuerdo bien cómo volví a casa.

—¿Dejó las cajas en el vestíbulo? —le interrumpí yo.

—Sí; era un vestíbulo muy grande y estaba completamente vacío.

De nuevo intenté obtener más detalles:

—¿No tenía usted llave?

—No suelo usar llave ni nada. El anciano caballero me abrió la puerta personalmente y la cerró de nuevo cuando me marché. No me acuerdo lo que pasó la última vez… ya sabe, por la cerveza.

—¿Y tampoco recuerda el número de la casa?

—No, señor. Pero no tendrá dificultades para encontrarla. Es un caserón alto con fachada de piedra con un arco, y una gran escalinata hasta la puerta. Conozco bien esos escalones, pues tuve que subir los cajones, con la ayuda de tres holgazanes que vinieron a ganarse unas monedas. El anciano caballero les dio unos chelines, pero al ver que tenía muchos le pidieron más, y él cogió a uno de ellos por los hombros y estuvo a punto de tirarlo escaleras abajo, por lo que se fueron soltando maldiciones.

Pensé que con esta descripción podría encontrar la casa, de modo que le pagué a aquel hombre por su información y me fui a Piccadilly. Había obtenido

un nuevo dato más bien penoso: era evidente que el Conde podía manejar por sí solo los cajones llenos de tierra. En tal caso, cada minuto que pasara era precioso, pues ahora que ya había distribuido unos cuantos en varios lugares, podía completar la operación sin que le vieran en el momento en que quisiera. Bajé del coche en Piccadilly Circus y caminé en dirección oeste. Pasado el Júnior Constitutional me topé con la casa descrita y tuve el convencimiento de que esa iba a ser la próxima madriguera que se estaba preparando Drácula. La casa parecía deshabitada desde hacía mucho tiempo. El polvo se había incrustado en las ventanas y los postigos estaban cerrados. El tiempo había ennegrecido todos los marcos y la pintura se había desprendido en su mayor parte de los barrotes de hierro. Era evidente que no hacía mucho habían colgado un cartel grande en el balcón; sin embargo, había sido arrancado violentamente, aunque todavía quedaban los montantes que lo habían sostenido. Detrás de la barandilla del balcón vi algunas tablas sueltas, cuyos toscos cantos parecían blancos. Hubiera dado cualquier cosa por poder ver el anuncio intacto, ya que posiblemente me hubiese dado alguna pista sobre el propietario de la casa. Recordé mi experiencia de la búsqueda y compra de Carfax, y no pude menos de pensar que si conseguía localizar al anterior propietario, puede que encontrara algún medio de entrar en la casa.

De momento no podía enterarme de nada más en aquella casa de Piccadilly, ni podía hacer ninguna otra cosa. De modo que di la vuelta al edificio para ver si podía averiguar algo en la parte de atrás. Los *mews*[30] estaban en plena actividad, ya que la mayoría de las casas de Piccadilly estaban ocupadas. Pregunté a uno o dos mozos de cuadra que encontré por allí si podían contarme algo acerca de la casa vacía. Uno de ellos dijo que había oído que la habían comprado recientemente, pero no supo decirme a quién. No obstante, me contó que hasta hace muy poco había estado colgado el cartel de "Se vende", y que quizás pudieran decirme algo en Mitchell e hijos & Candy, la agencia que la había vendido, porque creía recordar que había leído el nombre de esa firma en el cartel. Como no quería parecer demasiado interesado, ni dejar que mi informante supiera o adivinara mis intenciones, le di las gracias de rigor y me fui de allí. No perdí más tiempo, pues estaba empezando a oscurecer, y en otoño la noche se echa encima enseguida. Tan pronto como obtuve la dirección de Mitchell e hijos & Candy en una guía del Berkeley, me fui a su oficina de Sackville Street.

El caballero que me atendió era especialmente amable, pero en la misma medida reservado. Después de decirme que la casa de Piccadilly —a la que a lo

largo de nuestra conversación calificó de "mansión"— había sido vendida, consideró que el asunto quedaba concluido. Cuando le pregunté quién la había comprado, abrió un poco más los ojos, se calló unos instantes y añadió:

—Está ya vendida, señor.

—Disculpe —dije con igual cortesía—, pero tengo una razón especial para querer saber quién la ha comprado.

Se volvió a quedar callado, esta vez por más tiempo, y alzó todavía más las cejas.

—Está ya vendida, señor —fue de nuevo su lacónica respuesta.

—En ese caso —dije yo— no le importará darme algún detalle más, ¿verdad?

—Claro que me importa —contestó—. Para Mitchell e hijos & Candy los asuntos de sus clientes son estrictamente confidenciales.

Sin duda era un pedante de primera categoría y de nada servía discutir con él. Pensé que lo mejor sería atacarle en su propio terreno.

—Sus clientes, señor —le dije—, pueden estar satisfechos de poder contar con tan celoso guardián de sus intereses. Yo también pertenezco a la profesión —y le entregué mi tarjeta de visita—. No es la curiosidad lo que me ha traído hasta aquí; vengo de parte de Lord Godalming, que desea saber algunos detalles de la propiedad que, según tenía entendido, estaba hace poco en venta.

Estas palabras lograron que el asunto tomara un nuevo cariz.

—Me encantaría complacerle en todo lo que pueda, Mr. Harker, y en especial a su señoría. Una vez nos encargamos de alquilarle un despacho cuando todavía era el Honorable Arthur Holmwood. Si me deja usted la dirección de su señoría consultaré el caso con la empresa y le comunicaré a su señoría lo que decidamos en el correo de la tarde. Será un placer facilitar a su señoría la información requerida, si nos es posible apartarnos por una vez de nuestra norma.

Como lo que yo pretendía era asegurarme un amigo, y no crearme un enemigo, le agradecí sus servicios, le di las señas del doctor Seward y me marché. Había oscurecido y me sentía cansado y hambriento. Tomé una taza de té en la Aërated Bread Company y me dirigí a Purfleet en el primer tren.

Cuando llegué estaban todos en casa. Mina parecía cansada y pálida, pero hizo un gran esfuerzo para mostrarse animada y alegre. Me partía el corazón pensar que tenía que dejarla al margen de todo y que eso la inquietaba. Gracias a Dios esta será la última noche que asistirá a nuestras reuniones, y que estará dolida por nuestra desconfianza. Hice acopio de valor para mantener la prudente

decisión de dejarla al margen de nuestra terrible misión. Parece más resignada en cierta medida; a no ser que el asunto mismo haya acabado por parecerle repulsivo, ya que cada vez que alguien hace una alusión casual, se estremece literalmente. Me alegro de que tomáramos nuestra decisión a tiempo, ya que si reacciona así, sería una tortura para ella todo lo que vamos descubriendo.

Como no podía contarles a los demás mis descubrimientos del día hasta que estuviéramos solos, después de la cena —seguida de un poco de música para cubrir las apariencias incluso entre nosotros mismos— llevé a Mina a su habitación para que se acostara. La pobre estuvo conmigo más cariñosa que nunca y me abrazó estrechamente como si quisiera retenerme; pero como tenía mucho que contar, me marché. Gracias a Dios, el haber dejado de contarnos estas cosas no ha supuesto ningún cambio entre nosotros.

Cuando bajé de nuevo, estaban todos reunidos en el despacho alrededor del fuego. Durante el viaje en tren había anotado en mi diario mis descubrimientos del día y me limité a leerlos en voz alta, ya que era la mejor manera de ponerles al corriente de la información que había logrado. Cuando terminé, dijo Van Helsing:

—Ha sido una jornada espléndida, amigo Jonathan. Sin duda estamos sobre la pista de los cajones desaparecidos. Si los encontramos todos en aquella casa, nuestra misión se acerca a su fin. Pero si falta alguno, tendremos que seguir buscando hasta encontrarlos. Entonces asestaremos nuestro *coup* final y daremos caza a ese malvado hasta hacerle morir definitivamente.

Todos callamos durante un rato, hasta que de repente se puso a hablar Mr. Morris.

—Dígame, ¿cómo vamos a entrar en esa casa?

—Igual que entramos en las otras —contestó rápidamente Lord Godalming.

—Vamos, Art, esta es diferente. Cuando irrumpimos en Carfax era de noche y nos protegía un parque tapiado. Allanar una casa en Piccadilly es algo completamente distinto, tanto de día como de noche. Confieso que no se me ocurre ninguna forma de entrar, a no ser que aquel tipo encantador de la agencia nos proporcione algún tipo de llave; quizás lo sepamos cuando recibamos su carta mañana.

Lord Godalming frunció el ceño, se levantó y se puso a pasear por la habitación. Poco después se detuvo y mirándonos uno a uno, dijo:

—Quincey está en lo cierto. El allanamiento de morada es un asunto muy serio; nos salió bien una vez, pero ahora podemos tener problemas… a no ser

que encontremos las llaves del Conde.

Como no podíamos hacer nada hasta el día siguiente, y parecía conveniente esperar a que Lord Godalming tuviera noticias de la agencia de Mitchell, decidimos no dar ningún paso más hasta la hora del desayuno. Durante un buen rato estuvimos fumando y discutiendo los diferentes aspectos del caso, y yo aproveché la ocasión para poner al día mi diario. Tengo mucho sueño; me voy a acostar…

Solo unas palabras más. Mina duerme profundamente y su respiración es regular. Tiene unas pequeñas arrugas en la frente, como si, aun dormida, la preocupara algo. Aunque todavía está muy pálida, no parece tan macilenta como esta mañana. Espero solucionar todo esto mañana mismo; se irá a nuestra casa en Exeter. ¡Vaya, qué sueño tengo!

DIARIO DEL DR. SEWARD

1 DE OCTUBRE

Renfield me tiene de nuevo desconcertado. Cambia de humor con tanta rapidez que me resulta difícil seguir su evolución, y como estos cambios no afectan únicamente a su bienestar, su estudio es de lo más interesante. Cuando fui a verle esta mañana, después de su rechazo a Van Helsing, parecía por su actitud un hombre dueño de su destino. De hecho lo controlaba… subjetivamente. En realidad no le importaban en absoluto las cosas meramente terrenales; estaba en las nubes y contemplaba despectivamente las flaquezas y necesidades de los pobres mortales. Pensé que podía aprovechar la ocasión para aprender algo más.

—¿Qué tal va lo de las moscas? —le pregunté.

Me sonrió con cierto aire de superioridad (una sonrisa digna del rostro de Malvolio) y me contestó:

—Las moscas, mi querido señor, tienen una característica muy notable: sus alas simbolizan el poder aéreo de las facultades psíquicas. ¡Cuánta razón tenían los antiguos al representar el alma como una mariposa!

Pensé sacarle a aquella analogía el mayor partido posible que fuera compatible con la lógica y me apresuré a decirle:

—¡Ah! De modo que es un alma lo que ahora busca, ¿no es cierto?

Su locura le nubló la razón, y una expresión de perplejidad cubrió su rostro, mientras me decía, moviendo la cabeza con una determinación que muy pocas veces le había visto:

—¡Oh, no, no! No busco almas. Lo único que quiero es vida —y se animó un poco—. Me es indiferente por ahora. Me va bien en la vida y tengo todo lo que quiero. ¡Tendrá que buscarse un nuevo paciente, doctor, si lo que quiere es estudiar zoofagia!

Aquello me desconcertó un poco, así que traté de sonsacarle.

—De modo que usted controla la vida; debe de ser un dios.

Me sonrió con inefable y bondadosa superioridad.

—¡Oh, no! No tengo la menor intención de arrogarme los atributos de la Divinidad. Ni siquiera me preocupan especialmente Sus actividades espirituales. ¡Si he de expresar mi postura intelectual, le diré que, en lo concerniente a las cosas puramente terrenales, se parece un poco a la que ocupa Enoch en el plano espiritual!

Aquello me planteaba un difícil problema, ya que en aquellos momentos no recordaba la relevancia de Enoch. De modo que no tuve más remedio que hacerle una pregunta muy simple, aun a sabiendas de que al hacerlo me rebajaba a los ojos de ese lunático.

—¿Por qué Enoch?

—Porque él anduvo con Dios.

Aunque no capté la analogía, no quise admitirlo. Preferí volver a su negación anterior.

—De modo que no le interesa la vida, ni quiere almas. ¿Por qué?

Le hice la pregunta abruptamente y con relativa seriedad, con el propósito de desconcertarlo. Tuve éxito. Por un momento recayó sin darse cuenta en su antigua actitud servil, se inclinó profundamente ante mí e incluso me aduló al contestarme:

—¡No quiero almas, en efecto! Desde luego que no. No sabría qué hacer con ellas si las tuviera. No me servirían para nada. No podría comérmelas ni…

De pronto se interrumpió y volvió a su rostro la expresión de astucia de otras veces, como una ráfaga de viento que barriese la superficie del agua.

—En cuanto a la vida, doctor, ¿qué es, después de todo? Cuando se ha obtenido todo lo que se necesita, y se sabe que no se quiere nada más, ¿qué más se puede hacer? Tengo amigos, y muy buenos, como usted doctor Seward —y al decir esto me miró maliciosamente de soslayo, mostrando una astucia indecible

—. ¡Sé que nunca me faltarán medios de vida!

Creo que a través de la nebulosidad de su demencia percibió cierto antagonismo en mí, ya que inmediatamente se replegó al último refugio de los que son como él… un obstinado silencio. Al poco tiempo comprendí que de momento era inútil proseguir la conversación. Estaba de mal humor, así que me marché.

Más tarde me mandó llamar. Normalmente no hubiera acudido sin un motivo especial, pero en estos momentos me interesa tanto su caso, que con mucho gusto haría cualquier esfuerzo. Además, me alegra tener algo que me ayude a pasar el tiempo. Harker ha salido en busca de más pistas; lo mismo que Lord Godalming y Quincey. Van Helsing está en mi despacho estudiando detenidamente el informe preparado por los Harker; al parecer cree que un conocimiento preciso de todos los detalles le puede proporcionar alguna pista. No quiere que le molesten sin una buena razón. Le hubiera llevado conmigo a ver al paciente, pero pensé que después de su último desaire puede que no le interesara volver de nuevo. Existe también otra razón: es posible que Renfield no hable con tanta libertad en presencia de una tercera persona, como cuando estamos solos él y yo.

Le encontré sentado en su taburete en medio de la habitación, postura que generalmente indica una cierta energía mental por su parte. Nada más entrar, me dijo inmediatamente, como si tuviese la pregunta preparada, esperando en los labios:

—¿Qué piensa de las almas?

Era evidente que mi suposición había sido correcta. La cerebración inconsciente estaba surtiendo efecto, incluso con un lunático. Decidí poner en claro aquel asunto.

—¿Y usted qué piensa de ellas? —pregunté.

De momento no me contestó sino que miró a su alrededor, y arriba y abajo, como si esperase encontrar inspiración para su respuesta.

—¡No quiero almas! —dijo en un tono poco convincente, como disculpándose.

El asunto parecía preocuparle mucho, así que decidí utilizarlo… "debo ser cruel si quiero ser honrado".

—Usted ama a la vida —dije—, y lo que quiere es vida, ¿no es así?

—¡Oh, sí! Eso es cierto; ¡mas no tiene por qué preocuparse!

—Pero —pregunté— ¿cómo obtener la vida sin recibir también el alma?

Aquello pareció desconcertarlo, de modo que proseguí.

—Llegará un buen día en que lo pasará en grande volando por ahí, con las almas de miles de moscas, arañas, pájaros y gatos, zumbando, gorjeando y maullando a su alrededor. ¡Se apropió de sus vidas, ya lo sabe, y ahora debe arreglárselas con sus almas!



Algo de lo que le dije debió impresionarle, ya que se tapó los oídos con los dedos y cerró los ojos, apretándolos con fuerza, como hace un niño cuando le enjabonan la cara. En aquel gesto había algo de patético que me conmovió;

también me sirvió de lección porque me pareció encontrarme en presencia de un niño… solo un niño, aunque sus facciones estuviesen consumidas y la barba incipiente de su mandíbula fuese blanca. Era evidente que estaba sufriendo algún tipo de trastorno mental, y sabiendo de qué manera había interpretado, en sus anteriores estados de ánimo, algunas cosas aparentemente ajenas a él, pensé que era oportuno penetrar en su mente cuanto me fuera posible y seguirle el juego. El primer paso debía ser recobrar su confianza, de modo que le pregunté, casi gritando para que pudiera oírme a pesar de tener los oídos tapados:

—¿Quiere un poco de azúcar para atraer otra vez a las moscas?

De pronto pareció espabilarse y movió la cabeza, contestando en medio de una carcajada:

—¡Claro que no! ¿Qué me importan las moscas después de todo? —y tras una pausa, añadió—: Mas no quiero que sus almas zumben a mi alrededor.

—¿Y qué me dice de las arañas? —proseguí.

—¡Al cuerno con las arañas! ¿Para qué sirven? No tienen nada que se pueda comer ni… —de repente se interrumpió, como si hubiese recordado que no debía tocar ese tema.

¡Vaya, vaya!, pensé para mis adentros. Es la segunda vez que se había interrumpido de repente antes de pronunciar la palabra "beber". ¿Qué querrá decir eso?

Renfield pareció darse cuenta de su error, porque se apresuró a decirme, como para distraer mi atención:

—Hago poco caso de esas cosas. "Ratas, ratones y demás animalitos", escribe Shakespeare; "alimento para pollos de despensa", podrían llamarlos. Ya he superado todas esas tonterías. Lo mismo podría pedirle a un hombre que comiese moléculas con un par de palillos, que tratar de interesarme en esos carnívoros inferiores, sabiendo lo que me espera.

—Le entiendo —dije—. Lo que usted quiere son piezas grandes en las que pueda hincar el diente. ¿Le gustaría un elefante para desayunar?

—¡Qué disparate más ridículo está diciendo!

Como se estaba espabilando demasiado, pensé que tenía que presionarle más.

—Me pregunto —dije, pensativo— cómo será el alma de un elefante.

Obtuve el efecto deseado, ya que inmediatamente dejó de darse importancia y se convirtió de nuevo en un niño.

—¡Yo no quiero un alma de elefante, ni ninguna otra clase de alma! —dijo.

Durante unos instantes permaneció en silencio, desalentado. De pronto se

levantó de un salto, echando chispas por los ojos y mostrando todos los síntomas de una intensa agitación mental.

—¡Váyanse al infierno usted y sus almas! —gritó—. ¿Por qué me atormenta hablándome de almas? ¡Como si no tuviera ya bastantes cosas de que preocuparme y apenarme y enloquecer, sin necesidad de pensar en las almas!

Parecía tan hostil que pensé que iba a darle un ataque homicida, de modo que hice sonar mi silbato. Sin embargo, se calmó inmediatamente y me dijo, disculpándose:

—Perdóneme, doctor, no he podido contenerme. No hace falta que pida ayuda. Estoy tan preocupado que por nada me irrito. Si usted supiera el problema que tengo que afrontar y que estoy tratando de resolver, se compadecería de mí, me aceptaría y me perdonaría. Le ruego que no me ponga una camisa de fuerza. Necesito pensar, y no puedo hacerlo libremente si tengo el cuerpo sujeto. ¡Estoy seguro de que lo comprende!

Como, evidentemente, se había dominado, cuando llegaron los guardianes les dije que no se preocuparan, y se retiraron. Renfield los vio marcharse y, cuando la puerta se cerró tras ellos, dijo con bastante dignidad y amabilidad:

—Doctor Seward, ha sido usted muy considerado conmigo. ¡Créame que le estoy muy agradecido!

Creí que era preferible dejarle en ese estado de ánimo, y por tanto me marché. Desde luego, el caso de este hombre da que pensar. Existen en él varios aspectos que parecen formar lo que un entrevistador americano llamaría "una historia", solo con que pudiera ordenarlos adecuadamente. Son estos:

Nunca menciona la palabra "beber".

Le asusta la idea de cargar con el "alma" de cualquiera.

No teme quedarse sin "vida" en el futuro.

Desprecia completamente toda forma de vida inferior, aunque teme que le atormenten sus almas.

¡Lógicamente, todo esto apunta en una dirección! Tiene algún tipo de garantía de que conseguirá una vida superior. Pero teme las consecuencias… cargar con un alma. Entonces, ¡está pensando en una vida humana!

Y ¿quién le ha dado esa garantía…?

¡Dios misericordioso! ¡El Conde ha estado con él y está tramando algún nuevo y terrorífico plan!

MÁS TARDE

Después de hacer mi ronda, fui a ver a Van Helsing y le conté mis sospechas. Se puso muy serio y, después de reflexionar sobre el asunto durante un rato, me pidió que le llevara a ver a Renfield. Eso hice. Al llegar a la puerta oímos cantar al lunático alegremente en el interior de la habitación, como solía hacer en otro tiempo que ahora parece tan lejano. Cuando entramos, vimos con sorpresa que había extendido su azúcar como antaño. Las moscas, aletargadas en otoño, estaban empezando a zumbar por la habitación. Intentamos hacerle hablar sobre el tema de nuestra anterior conversación, pero no nos prestó atención. Siguió cantando, como si no estuviéramos allí. Había cogido un papel y lo estaba doblando para guardárselo en el cuaderno. Tuvimos que marcharnos tan ignorantes como cuando entramos.

Realmente es un caso curioso. Debemos vigilarle esta noche.

CARTA DE MITCHELL E HIJOS & CANDY A LORD GODALMING

1 DE OCTUBRE

MILORD:

Siempre será un grato placer para nosotros poder complacerle en sus deseos. En relación con la petición de su señoría, expresada por Mr. Harker en su nombre, tenemos la satisfacción de proporcionarle la siguiente información relativa a la venta y adquisición del número 347 de Piccadilly. Los vendedores son los albaceas del difunto Mr. Archibald Winter-Suffield. El comprador es un noble extranjero, el conde de Ville, que efectuó la compra personalmente, pagando en billetes "al contado", si su señoría nos permite emplear una expresión tan vulgar. Aparte de esto, no sabemos absolutamente nada de él.

Rogamos a su señoría que nos considere sus más humildes servidores,

MITCHELL E HIJOS & CANDY

DIARIO DEL DR. SEWARD

2 DE OCTUBRE

Anoche aposté un hombre en el corredor y le dije que tomara nota exacta de cualquier sonido que oyese en la habitación de Renfield, encargándole asimismo que me avisara si observaba algo extraño. Después de cenar, cuando Mrs. Harker se fue a la cama, nos reunimos todos en el despacho alrededor del fuego para comentar las actividades y novedades del día. Harker fue el único que había obtenido algún resultado, y todos confiamos en que su pista sea importante.

Antes de irme a la cama me di una vuelta por la habitación del paciente y miré al interior a través de la mirilla. Dormía profundamente, y su pecho subía y bajaba con una respiración regular.

Esta mañana, el hombre que dejé de guardia me informó de que un poco después de la medianoche Renfield empezó a mostrarse inquieto y se puso a rezar en voz alta. Le pregunté si había habido algo más, pero él me contestó que eso fue lo único que oyó. Como advertí algo sospechoso en su actitud, le pregunté a bocajarro si se había quedado dormido. Negó haberse dormido, aunque admitió haber "dormitado" un rato. Es lamentable que no se pueda confiar en la gente, a no ser que se la vigile.

Harker ha salido hoy a seguir su pista, y Art y Quincey han ido a buscar caballos. Godalming piensa que es conveniente tener siempre preparados algunos caballos, ya que cuando obtengamos la información que buscamos, no habrá tiempo que perder. Tenemos que esterilizar toda la tierra importada por el Conde, entre la salida y la puesta del sol. Así atraparemos al Conde cuando su poder está más debilitado, y sin ningún refugio al que huir. Van Helsing ha ido al Museo Británico a consultar ciertas obras fundamentales de medicina antigua. Los médicos del pasado tuvieron en cuenta cosas que los actuales no aceptan. Por eso el doctor Van Helsing ha ido en busca de remedios contra brujas y demonios que tal vez puedan sernos útiles más adelante.

A veces pienso que estamos todos locos y que recobraremos la razón metidos en una camisa de fuerza.

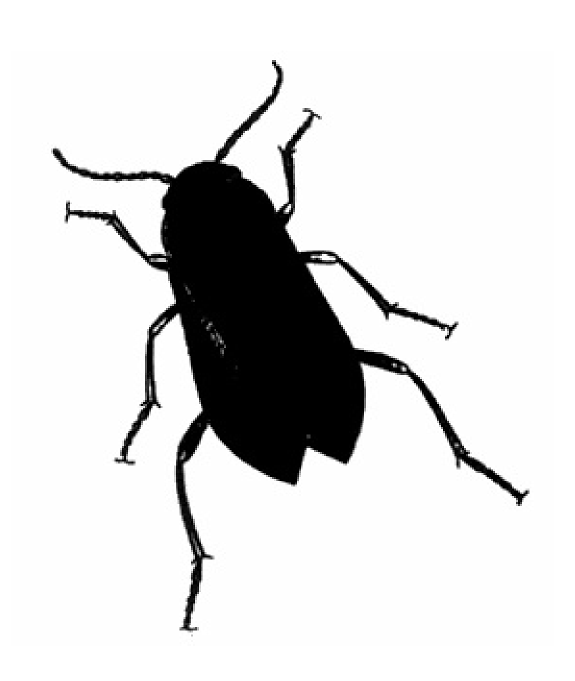
MÁS TARDE

Nos hemos reunido otra vez. Por fin parece que estamos en el buen camino y que nuestro trabajo de mañana puede ser el principio del fin. Me pregunto si la calma de Renfield no tendrá algo que ver con todo esto. Sus cambios de humor han seguido tan de cerca a cada una de las actuaciones del Conde, que puede que haya captado de alguna manera la próxima destrucción del monstruo. Si

tuviéramos al menos algún indicio de lo que pasó por su mente ayer, entre mi discusión con él y su vuelta a la caza de moscas, puede que eso nos proporcionara una valiosa pista. Hace ya un rato que parece tranquilo… Pero ¿lo está?… Ese grito parece venir de su habitación…

El guardián entró corriendo en mi habitación y me contó que Renfield había sufrido un accidente. Al oírle gritar, entró en su habitación y lo encontró tendido de bruces en el suelo, cubierto de sangre. Debo ir inmediatamente…

Capítulo XXI



DIARIO DEL DR. SEWARD

3 DE OCTUBRE

Consignaré exactamente todo lo sucedido, tal como lo recuerdo, desde la última vez que grabé algo. No debo olvidar ni un solo detalle; debo proceder con toda calma.

Cuando llegué a la habitación de Renfield lo encontré tumbado en el suelo sobre el costado izquierdo, en medio de un reluciente charco de sangre. Al intentar moverlo, comprobé de inmediato que había recibido varias heridas

terribles, aunque no parecían responder a esa unidad de propósitos que caracteriza a los cuerdos, incluso en estado letárgico. Como el rostro estaba al descubierto, pude ver que lo tenía horriblemente magullado, como si se hubiera golpeado contra el suelo… y en efecto, fueron las heridas del rostro las que provocaron el charco de sangre. El guardián, que estaba arrodillado al lado del cuerpo, me dijo, mientras le dábamos la vuelta:

—Creo, señor, que se ha roto la columna. Vea, tiene paralizados el brazo derecho, la pierna y todo ese lado de la cara.

El guardián no se explicaba cómo podía haber ocurrido una cosa así. Parecía completamente desconcertado.

—No puedo comprender —dijo, frunciendo el ceño— la simultaneidad de esos percances. Pudo hacerse esas heridas en la cara golpeándose la cabeza contra el suelo. Una vez se lo vi hacer a una joven en el manicomio de Eversfield, antes de que nadie pudiese ponerle las manos encima. Y supongo igualmente que pudo romperse la columna al caerse de la cama en una mala postura. Pero por mucho que lo intente no puedo imaginar que hayan ocurrido las dos cosas a la vez. Si tenía rota la columna no podía golpearse la cabeza contra el suelo. Y si las heridas en el rostro se las hizo antes de caerse de la cama, habrían dejado señales en las sábanas y almohada.

—Vaya a buscar al doctor Van Helsing —le dije— y dígale que tenga la amabilidad de venir enseguida. Le necesito sin más demora.

El hombre salió corriendo, y unos cuantos minutos después apareció el Profesor en bata y zapatillas. Al ver a Renfield en el suelo, le miró fijamente durante unos momentos y después se volvió hacia mí. Creo que me leyó el pensamiento, pues dijo con mucha calma, evidentemente para que le oyese el guardián:

—¡Un lamentable accidente! Será preciso que le vigilemos y le cuidemos mucho. Me quedaré con usted; pero primero me iré a vestir. Si se queda, me reuniré con usted en unos minutos.

El paciente respiraba ahora estertorosamente, y era fácil darse cuenta de que había sufrido un daño terrible. Van Helsing regresó con extraordinaria celeridad, provisto de su estuche con instrumentos quirúrgicos. Era evidente que había estado pensando en el asunto y había tomado ya una determinación, pues incluso antes de examinar al paciente, me susurró al oído:

—Despida al guardián. Debemos estar a solas con él cuando recobre el conocimiento después de la operación.

—Creo que ya está bien, Simmons. Hemos hecho todo lo que hemos podido, por ahora. Será mejor que vaya a hacer su ronda; el doctor Van Helsing le operará. Si ocurre algo fuera de lo normal, hágamelo saber inmediatamente.

En cuanto el hombre se retiró, nos pusimos a examinar minuciosamente al paciente. Las heridas del rostro eran superficiales; lo verdaderamente grave era la fractura de cráneo, que se extendía por toda la zona motriz. El Profesor reflexionó un momento y me dijo:

—Debemos reducir la presión arterial hasta lograr que vuelva a sus condiciones normales, en la medida de lo posible. La rapidez de la sufusión demuestra la importancia del daño sufrido. Toda la zona motriz parece afectada. La sufusión del cerebro aumentará rápidamente, de modo que debemos trepanar inmediatamente, o será demasiado tarde.

Mientras hablaba, llamaron suavemente a la puerta. Fui a abrir y me encontré en el corredor con Arthur y Quincey en pijama y zapatillas.

—Oí —dijo Arthur— que el guardián llamaba al doctor Van Helsing y le hablaba de un accidente, y enseguida desperté a Quincey, o más bien le llamé, puesto que no estaba dormido. Los acontecimientos se suceden estos días demasiado deprisa y de forma demasiado inesperada para que ninguno de nosotros pueda dormir profundamente. He estado pensando que mañana por la noche veremos las cosas de forma distinta. Tendremos que mirar hacia atrás… y hacia adelante un poco más de lo que hemos hecho hasta ahora. ¿Puedo pasar?

Asentí con la cabeza y mantuve la puerta abierta hasta que entraron; luego la volví a cerrar. Cuando Quincey vio la posición y el estado del paciente, y se dio cuenta del horrible charco de sangre en el suelo, dijo en voz baja:

—¡Dios mío! ¿Qué le ha ocurrido? ¡Pobre hombre!

Le conté brevemente lo sucedido, y añadí que esperábamos que recobraría el conocimiento después de la operación… al menos durante un rato. Inmediatamente fue a sentarse al borde de la cama, junto a Godalming. Todos observábamos pacientemente al herido.

—Esperaremos —dijo Van Helsing— lo suficiente para determinar el sitio idóneo para trepanar, de modo que podamos eliminar el coágulo lo más rápida y perfectamente posible, porque resulta evidente que la hemorragia va en aumento.

La espera duró unos minutos que pasaron con angustiosa lentitud. Yo tenía el corazón en vilo, y por la expresión de Van Helsing deduje que él abrigaba ciertos temores o recelos respecto a lo que iba a suceder. Me asustaba lo que pudiera decirnos Renfield. Me causaba verdadero pavor pensar en ello; pero estaba

convencido de lo que iba a pasar, como he leído en alguna parte de ciertos hombres que habían oído el "reloj de la muerte". Aquel pobre hombre respiraba dificultosamente. Daba la impresión de que en cualquier momento iba a abrir los ojos y a ponerse a hablar; pero luego su respiración volvía a hacerse estertorosa y recaía en una inconsciencia más prolongada. A pesar de estar ya habituado a asistir a enfermos y a moribundos, la incertidumbre se iba apoderando de mí cada vez más. Casi podía oír los latidos de mi corazón, y sentía la afluencia de sangre en las sienes, cuyos golpes parecían martillazos. Finalmente, el silencio llegó a ser angustioso. Miré a mis compañeros, uno a uno, y por sus rostros sofocados y sus frentes sudorosas me figuré que estaban soportando la misma tortura que yo. Una incertidumbre nerviosa se había apoderado de todos nosotros, como si una espantosa campana fuese a repicar por encima de nuestras cabezas cuando menos lo esperásemos.

Finalmente llegó un momento en que se puso de manifiesto que el paciente se estaba debilitando rápidamente; podía morir de un momento a otro. Miré al Profesor y vi que tenía los ojos fijos en mí.

—No hay tiempo que perder —dijo con una grave expresión en el rostro—. Sus palabras pueden salvar muchas vidas; no he dejado de pensar en eso mientras esperaba aquí. ¡Puede que haya una vida en juego! Le haremos la trepanación exactamente por encima de la oreja.

Sin decir nada más, procedió a operar. Durante unos momentos, la respiración de Renfield siguió siendo estertorosa. Luego, siguió una aspiración tan prolongada que parecía que fuese a reventarle el pecho. De pronto abrió los ojos y me miró fijamente con una extraña expresión de impotencia y desconcierto. Continuó así unos instantes; luego, su semblante fue suavizándose hasta adoptar una expresión de sorpresa y felicidad, y de sus labios brotó un suspiro de alivio.

—Me estaré quieto, doctor —dijo, mientras se agitaba convulsivamente—. Dígales que me quiten la camisa de fuerza. He tenido un sueño espantoso, que me ha dejado tan débil que no puedo moverme. ¿Qué me pasa en la cara? Noto que está toda hinchada y me escuece terriblemente.

Intentó volver la cabeza, pero con el esfuerzo los ojos se le pusieron otra vez vidriosos, así que le ayudé a volver a su posición poco a poco. Entonces dijo Van Helsing en un tono tranquilo aunque serio:

—Cuéntenos su sueño, Mr. Renfield.

Al oír su voz, el rostro del paciente se iluminó, a pesar de la mutilación, y

dijo:

—Es el doctor Van Helsing. Qué amable ha sido por venir. Deme un poco de agua, tengo los labios secos. Trataré de contárselo. He soñado…

Se detuvo, y pareció que iba a desmayarse.

—El coñac, ¡rápido! —le dije discretamente a Quincey—, está en mi despacho.

Se fue corriendo y regresó con un vaso, el frasco de coñac y una garrafa de agua. Humedecimos sus resecos labios y el paciente rápidamente se reanimó. No obstante, parecía que mientras tanto su pobre cerebro dañado había estado funcionando, ya que cuando volvió en sí, me dirigió una mirada penetrante, llena de confusión y angustia, que nunca olvidaré, diciéndome:

—No debo engañarme; no fue un sueño, sino una espantosa realidad.

Luego recorrió la habitación con la mirada y, al divisar a las dos figuras sentadas pacientemente al borde de la cama, prosiguió:

—Si no estuviese seguro, su presencia me lo confirmaría.

Cerró los ojos unos instantes, no por dolor ni por sueño, sino por voluntad propia, como para concentrarse. Cuando los abrió, dijo apresuradamente y con más energía de la que había mostrado hasta entonces:

—Rápido, doctor, rápido. ¡Me estoy muriendo! Presiento que solo me quedan unos minutos; luego tendré que regresar a la muerte… ¡o peor aún! Mójeme otra vez los labios con coñac. Tengo algo que decir antes de morir; o en cualquier caso antes de que muera mi pobre cerebro abrumado. ¡Gracias! Fue aquella noche en que le imploré que me dejara salir, después de que usted se fuera. Entonces no podía hablar, ya que me habían puesto un candado en la boca. Pero, salvo eso, estaba tan cuerdo como lo estoy ahora. Cuando usted se marchó, se apoderó de mí una desesperación atroz que me duró bastante tiempo; horas, se me antojaron. Luego me invadió una paz inesperada. Mi cerebro volvió a tranquilizarse, y me di cuenta de dónde estaba. Oí ladrar a unos perros en la parte de atrás de la casa, ¡pero no donde Él estaba!

Mientras Renfield hablaba, los ojos de Van Helsing no pestañearon ni una sola vez, pero alargó la mano en busca de la mía y me la apretó con fuerza. Sin embargo, no se traicionó; asintió levemente con la cabeza y dijo en voz baja:

—Continúe.

—Subió a la ventana —prosiguió Renfield— envuelto en la niebla, como le había visto hacer en otras ocasiones anteriores. Pero esta vez no era un espectro, sino algo consistente, y sus ojos estaban furiosos como los de un hombre

enojado. Se rio con su boca enrojecida, y sus afilados dientes blancos centellearon a la luz de la luna, al volverse para mirar, más allá de los árboles, hacia donde los perros ladraban. Al principio no le pedí que entrase, aunque sabía que lo estaba deseando… como lo había deseado siempre. Entonces empezó a prometerme cosas… no por medio de palabras sino con hechos.

—¿Cómo? —interrumpió el Profesor.

—Haciendo que sucedieran; como solía enviarme moscas cuando brillaba el sol; moscas enormes y gordas con alas de acero y zafiro. Y por la noche, grandes mariposas nocturnas con la calavera y las tibias en el dorso.

Van Helsing asintió con la cabeza mientras me susurraba sin darse cuenta:

—La *Acherontia átropos* de los esfíngidos… lo que ustedes llaman la "mariposa cabeza de muerte".

—Luego —prosiguió el paciente, sin detenerse— empezó a murmurar: "¡Ratas, ratas, ratas! Cientos, miles, millones de ratas, cada una con su vida; y perros para comérselos, y también gatos. ¡Todos vivos! ¡Todos con sangre roja y largos años de vida! ¡No meras moscas zumbadoras!". Me reí de él, porque quería ver de lo que era capaz. Entonces aullaron los perros, más allá de los sombríos árboles de Su casa. Me hizo señas para que me acercase a la ventana. Me llegué hasta allí y me asomé; Él alzó sus manos, como si estuviera llamando a alguien, pero sin utilizar palabras. Una masa oscura se extendió por la hierba, avanzando en forma de lengua de fuego; entonces Él desplazó la niebla a derecha e izquierda y pude ver que había miles de ratas de llameantes ojos rojizos… como los Suyos, solo que más pequeños. Al levantar otra vez la mano todas se detuvieron, y pensé que iba a decirme: "¡Te daré todas estas vidas, y muchas más, y más importantes, por los siglos de los siglos, si te postras de rodillas y me adoras!" Entonces una nube roja, del color de la sangre, pareció cegar mis ojos, y antes de que me diese cuenta de lo que estaba haciendo, me encontré abriendo la ventana y diciéndole: "Entre, Amo y Señor". Las ratas habían desaparecido, pero Él se introdujo en la habitación a través de la hoja de la ventana, aunque solo estaba entreabierta como una pulgada, de la misma forma que la luna suele filtrarse a través de la rendija más minúscula, y se presentó ante mí en toda su magnitud y esplendor.

Como su voz iba debilitándose, le humedecí otra vez los labios con el coñac, y siguió hablando, aunque parecía que su memoria había seguido funcionando durante aquel intervalo, ya que se había saltado un trozo de su relato. Iba ya a hacerle volver al punto en que se había interrumpido, pero Van Helsing me susurró:

—Deje que continúe. No le interrumpa. Le es imposible volver atrás, y si pierde el hilo de sus pensamientos quizás no pueda continuar.

—Estuve todo el día —prosiguió Renfield— esperando noticias suyas, pero no me envió nada, ni siquiera una moscarda, y cuando salió la luna estaba bastante irritado con él. Cuando entró a través de la ventana, a pesar de estar cerrada, sin ni siquiera llamar, me enfadé con él. Se burló de mí y su rostro blanco surgió de la niebla con aquellos ojos rojos que despedían chispas, y avanzó como si aquel lugar le perteneciera y yo ya no existiera. Ni siquiera olía igual que cuando pasó a mi lado. No pude detenerlo. Creo que fue entonces cuando Mrs. Harker entró en mi habitación.

Los dos hombres sentados en la cama se levantaron y fueron a colocarse detrás de Renfield, de modo que este no pudiera verles y ellos en cambio pudieran oírle mejor. Aunque ambos callaron, el Profesor se sobresaltó y tembló, adoptando su rostro una expresión todavía más ceñuda y sombría. Renfield continuó hablando, sin percatarse de ello.

—Cuando Mrs. Harker vino a verme esta tarde no era ya la misma; era como el té aguado.

Esto nos conmovió, pero ninguno de los dos dijimos palabra.

—No me di cuenta de su presencia —prosiguió Renfield— hasta que me habló. Pero no parecía la misma. No me interesan las personas pálidas; me gusta que tengan mucha sangre; y la de ella parecía que se hubiera agotado. En aquel momento no caí en la cuenta; pero cuando se marchó me puse a reflexionar, y me enfurecí al pensar que Él le había estado sorbiendo la vida.

Me pareció que los demás temblaron como yo. Pero, por lo demás, permanecimos inmóviles.

—Así que cuando Él vino esta noche —siguió Renfield— yo ya estaba preparado. Al ver entrar la niebla a hurtadillas, la agarré con fuerza. Había oído decir que los locos tienen una fuerza anormal y, como sabía que estaba loco (a veces por lo menos), decidí usar mi poder. Sí, pero Él también lo sabía, porque tuvo que salir de la niebla para pelear conmigo. Lo sujeté bien, y pensé que le iba a vencer, pues no quería que le sorbiera más vida a Mrs. Harker. Pero entonces vi Sus ojos, cuyo fuego me quemaba por dentro, y mis fuerzas se derritieron. Se escabulló y cuando traté de agarrarle de nuevo, me levantó en vilo y me tiró al suelo. Frente a mí surgió una nube roja y escuché como el retumbar de un trueno. Luego la niebla pareció escabullirse por debajo de la puerta.

Su voz era cada vez más débil y su respiración más estertorosa. Van Helsing

se levantó instintivamente.

—Ahora sabemos lo peor —dijo—. Está aquí y conocemos sus intenciones. Puede que no sea demasiado tarde. Vayamos armados, como la otra noche, pero sin perder tiempo; no podemos desperdiciar ni un solo instante.

No hacía falta que expresáramos con palabras nuestro temor, o mejor nuestra convicción… la compartíamos todos. Nos apresuramos y cogimos de nuestras habitaciones las mismas cosas que llevamos cuando entramos en casa del Conde. El Profesor tenía preparadas las suyas y, cuando lo encontramos en el corredor, las señaló significativamente, diciendo:

—No las abandono nunca; ni las abandonaré hasta que termine este desdichado asunto. Sean prudentes, amigos míos. Nos enfrentamos a un enemigo poco corriente. ¡Cómo debe estar sufriendo nuestra querida Madam Mina!

No pudo continuar, le temblaba la voz. En cuanto a mí, no sé lo que prevalecía en mi corazón, si la rabia o el terror.

Nos detuvimos ante la puerta de los Harker. Art y Quincey vacilaron.

—¿Vamos a despertarles? —dijo Quincey.

—Debemos hacerlo —dijo Van Helsing inflexiblemente—. Si la puerta está cerrada con llave, la derribaré.

—¿No la asustaremos a ella terriblemente? —dijo Godalming solemnemente —. ¡No es muy corriente irrumpir en el dormitorio de una dama!

—Tiene usted razón, como siempre; pero se trata de un asunto de vida o muerte. Para un médico todos los aposentos son iguales; y aunque no lo fueran, esta noche lo son para mí. Amigo John, cuando gire el tirador, si la puerta no se abre, dele usted un empujón con el hombro; y ustedes también, amigos míos. ¡Ahora!

Hizo girar el tirador mientras hablaba, pero la puerta no cedió. Nos lanzamos todos a la vez contra ella: se abrió violentamente con gran estrépito y casi nos caímos de cabeza dentro de la habitación. El Profesor se cayó realmente, y mientras se incorporaba ayudándose de manos y rodillas, miré por encima de él. Lo que vi me horrorizó. Tuve la sensación de que se me ponían de punta los pelos de la nuca, y me pareció que el corazón dejaba de latir.

Había una luna tan brillante, que la luz que penetraba en la habitación a través de la gruesa persiana amarilla era suficiente para ver. Jonathan estaba tendido en el lado de la cama más próximo a la ventana, con el rostro congestionado y respirando con dificultad, como sumido en un estupor. Arrodillada en el borde de la cama más próximo a nosotros, mirando hacia la

puerta, se encontraba su esposa vestida de blanco. De pie, junto a ella, había un hombre alto y delgado, vestido de negro. Aunque estaba vuelto de espaldas, nada más verlo todos reconocimos en él al Conde… en todos los detalles, incluso la cicatriz de la frente. Con su mano izquierda sujetaba las dos manos de Mrs. Harker, manteniendo sus brazos extendidos; con la mano derecha le sujetaba la nuca, obligándola a inclinar la cabeza sobre su pecho. Su camisón blanco estaba manchado de sangre, y un hilillo goteaba también por el pecho del hombre, que su camisa rasgada dejaba al descubierto. Su postura guardaba un terrible parecido con la de un niño obligando a su gatito a beber, metiéndole el hocico en el plato de leche.



Cuando irrumpimos en la habitación, el Conde volvió el rostro, y todos pudimos ver la infernal expresión, cuya descripción yo ya conocía. Sus ojos rojos se inflamaron de diabólica pasión; las ventanas de su blanca nariz aquilina

se abrieron completamente y temblaron; y sus afilados dientes blancos, que asomaban por sus labios gruesos de los que goteaba sangre, castañetearon como los de una fiera salvaje. Se volvió bruscamente, arrojando a su víctima sobre la cama, y se abalanzó sobre nosotros. Pero el Profesor, que ya se había incorporado, se acercó a él sosteniendo en alto el sobre que contenía la Sagrada Forma. El Conde se detuvo de inmediato, como había hecho la pobre Lucy delante de su tumba, y retrocedió acobardado. Y siguió retrocediendo cada vez más, a medida que avanzábamos con nuestros crucifijos en alto. De pronto un nubarrón que cruzaba el cielo ocultó la luna, y cuando se iluminó la lámpara de gas que había encendido Quincey, no vimos más que un imperceptible vapor. Y mientras lo mirábamos, se deslizó por debajo de la puerta, que había vuelto a cerrarse, debido al retroceso después del violento golpe con que la habían abierto.

Van Helsing, Art y yo nos acercamos a Mrs. Harker, que ya había recobrado el aliento, dando un grito tan espantoso, tan desgarrador, tan desesperado, que creo que resonará en mis oídos mientras viva. Durante unos segundos siguió postrada, en una postura de desvalimiento y desaliño. Su rostro tenía un aspecto horroroso: su palidez se veía acentuada por la sangre que manchaba sus labios, mejillas y barbilla; de la garganta le manaba un hililllo de sangre, y sus ojos estaban desorbitados por el pánico. Se tapó la cara con sus pobres manos magulladas, cuya blancura hacía resaltar la marca roja del terrible apretón del Conde, y detrás de ellas brotó un gemido débil y desconsolado, en comparación con el cual el grito de antes parecía únicamente la apresurada expresión de una angustia infinita. Van Helsing se adelantó y poco a poco cubrió su cuerpo con la colcha, en tanto que Art, después de mirarla un momento a la cara con desesperación, salió corriendo de la habitación. Van Helsing me susurró:

—Jonathan está sumido en ese estado de estupor que, como sabemos, puede producir el vampiro. No podemos hacer nada por la pobre Madam Mina hasta que se recupere, pero ¡a él hay que despertarle!

Mojó el extremo de una toalla en agua fría y le dio unos golpecitos en la cara, mientras su esposa, con el rostro entre las manos, sollozaba de una forma que partía el corazón. Levanté la persiana y me asomé a la ventana. La luna brillaba de nuevo, y pude ver a Quincey Morris que atravesaba el jardín corriendo y se ocultaba bajo la sombra de un gran tejo. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero en aquel instante oí la exclamación de Harker al recuperar parcialmente el conocimiento y volverse hacia la cama. En su rostro había una expresión de asombro. Durante unos segundos pareció aturdido, pero entonces

recobró el conocimiento totalmente y se levantó de golpe. Este rápido movimiento despertó a su esposa, que se volvió hacia él con los brazos extendidos, como si fuera a abrazarle. Sin embargo, los retiró inmediatamente y, juntando los codos, se cubrió el rostro con las manos y se estremeció de tal modo que la cama tembló.

—¡En el nombre de Dios!, ¿qué significa todo esto? —exclamó Harker—. Doctor Seward, doctor Van Helsing, ¿qué es esto?, ¿qué ha sucedido?, ¿qué pasa? Mina, cariño, ¿qué es esto? ¿Qué significa toda esa sangre? ¡Dios mío!, ¿cómo hemos llegado a esto? —y poniéndose de rodillas empezó a batir palmas frenéticamente—. ¡Que Dios nos asista! ¡Dios mío, ayúdala! ¡Te lo suplico!

Saltó de la cama ágilmente y empezó a vestirse… ante la necesidad de actuar inmediatamente había recuperado su hombría.

—¿Qué ha sucedido? ¡Cuéntenmelo todo! —exclamó—. Doctor Van Helsing, usted quiere a Mina, lo sé. Haga algo por salvarla. No es demasiado tarde todavía. ¡Protéjala mientras yo voy en busca de *él*!

A pesar de su terror, y su pavor, y su angustia, su esposa comprendió el peligro cierto a que iba a exponerse; y olvidando su propia congoja, se aferró a él y gritó:

—¡No! ¡No! Jonathan, no me dejes. Bien sabe Dios que ya he sufrido bastante esta noche y no podría soportar el temor a que te hagan daño. Debes quedarte conmigo. ¡Quédate con estos amigos que velarán por ti!

Cuanto más hablaba, más frenética se ponía; y al dar él su consentimiento. Mina lo atrajo hacia la cama, obligándole a sentarse en el borde, y se abrazó a él con todas sus fuerzas.

Van Helsing y yo tratamos de calmar a ambos. El Profesor levantó su pequeño crucifijo de oro y dijo con sorprendente calma:

—No tema, querida. Nosotros estamos aquí; y mientras tenga esto cerca nada malo puede suceder. Esta noche está a salvo. No perdamos la calma, reflexionemos todos juntos.

Mrs. Harker se estremeció y guardó silencio, apoyando la cabeza en el pecho de su marido. Cuando la levantó de nuevo, el camisón blanco de Jonathan estaba manchado de sangre por el roce de los labios de ella y por las gotas que manaban de la pequeña herida abierta en el cuello. Nada más ver las manchas, retrocedió dejando escapar un débil gemido, y susurró entre sollozos entrecortados:

—¡Impura! ¡Impura! Nunca más podré tocarle ni besarle. ¡Oh!, ¡pensar que ahora soy su peor enemigo, a quien más debe temer!

—Tonterías, Mina —dijo él con firmeza—. Me avergüenza oírte decir esas cosas. No quiero oírlas, y menos dichas por ti. ¡Que Dios me juzgue según merezca, y me castigue con sufrimientos aún más amargos que hasta ahora, si por mi culpa se interpone algo entre nosotros!

Extendió los brazos y la estrechó contra su pecho, donde ella permaneció un rato sollozando. Luego nos miró por encima de la cabeza inclinada de ella, con los ojos húmedos, las aletas de la nariz palpitantes y los labios tensos y duros como el acero. Al cabo de un rato los sollozos de Mina se fueron espaciando cada vez más y haciéndose más débiles. Entonces Harker, con una calma premeditada que me dio la impresión de que ponía a prueba el temple de sus nervios, me dijo:

—Y ahora, doctor Seward, cuéntemelo todo. Conozco demasiado bien los hechos; cuénteme todo lo que ha pasado.

Le puse al corriente de lo que había sucedido y él me escuchó con aparente impasibilidad. Pero las aletas de su nariz se crisparon y sus ojos resplandecieron, al relatarle de qué modo las implacables manos del Conde habían sujetado a su esposa en aquella horrible posición, con la boca pegada a la herida abierta de su pecho. Me llamó la atención observar que, incluso en aquellos momentos, mientras su rostro, blanco de furia, se contraía convulsivamente por encima de la cabeza inclinada de su esposa, sus manos acariciaban delicada y cariñosamente su desordenada cabellera. Nada más terminar mi relato, Quincey y Godalming llamaron a la puerta. Entraron de conformidad con nuestro requerimiento. Van Helsing me miró interrogativamente. Comprendí que me sugería que aprovecháramos la ocasión para distraer en lo posible lo que pensaban los desdichados esposos sobre sí mismos, y cada uno sobre el otro. Asentí con la cabeza y él les preguntó dónde habían estado y qué habían hecho.

—No pude verle —contestó Lord Godalming— por ninguna parte, ni en el corredor, ni en las habitaciones. Miré en el despacho, pero aunque había estado allí, se había ido ya. No obstante, había…

Súbitamente se interrumpió al ver la pobre figura reclinada sobre la cama.

—Continúe, amigo Arthur —dijo Van Helsing gravemente—. No queremos más ocultaciones. Nuestra esperanza radica ahora en saberlo todo. ¡Hable con franqueza!

—Había estado allí —prosiguió Art—, y aunque solo pudo ser durante unos pocos segundos, había destrozado todo. Había quemado todos los manuscritos, y todavía podían verse entre las cenizas unas vacilantes llamas azuladas; también

había arrojado al fuego los cilindros de su fonógrafo, cuya cera había reavivado las llamas.

—¡Gracias a Dios —le interrumpí yo— tenemos otra copia en la caja fuerte!

Su rostro se iluminó durante breves segundos, pero al proseguir volvió a entristecerse.

—Entonces bajé corriendo las escaleras, pero no encontré ni rastro de él. Miré en la habitación de Renfield, pero tampoco vi nada excepto…

Se detuvo otra vez.

—Siga —dijo Harker con la voz ronca.

Arthur inclinó la cabeza, y humedeciéndose los labios con la lengua, añadió:

—… excepto que ese pobre individuo ha muerto.

Mrs. Harker alzó la cabeza, y mirándonos uno a uno, dijo solemnemente:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

Me daba la impresión de que Arthur estaba ocultando algo. Pero como comprendí que algún motivo tendría, no dije nada. Van Helsing se volvió hacia Morris y preguntó:

—Y usted, amigo Quincey, ¿tiene algo que contar?

—Poca cosa —respondió—. Puede que con el tiempo sea importante, pero de momento no lo sé. Pensé que no estaría de más averiguar, si era posible, dónde iba el Conde cuando se marchaba de casa. No llegué a verlo, pero sí vi un murciélago que salía por la ventana de la habitación de Renfield, y remontaba el vuelo hacia el Oeste. Esperaba verlo regresar a Carfax bajo una forma u otra; pero evidentemente se ha buscado otra madriguera. No volverá esta noche, pues el cielo está enrojeciendo por el Este y no tardará en amanecer. ¡Tendremos que dejarlo para mañana!

Dijo estas últimas palabras apretando los dientes. Nos quedamos en silencio durante, tal vez, un par de minutos; y tuve la impresión de que podía oír los latidos de nuestros corazones. Entonces Van Helsing, pasando su mano con ternura por la cabeza de Mrs. Harker, dijo:

—Y ahora, Madam Mina, nuestra pobre y querida Madam Mina, cuéntenos exactamente lo sucedido. Bien sabe Dios que no quiero apenarla; pero es necesario que lo sepamos todo. Porque, ahora más que nunca, tenemos que actuar deprisa, y con extremada aplicación. Nos estamos acercando al día en que todo debe terminar, si eso es posible; y ahora tenemos la oportunidad de vivir y aprender.

La pobre y querida señora se estremeció, y pude observar lo nerviosa que

estaba al abrazarse todavía más a su marido, ocultando la cabeza cada vez más en su pecho. Luego, la levantó con orgullo, y le tendió una mano a Van Helsing, que él tomó entre las suyas, y después de inclinarse y besársela respetuosamente, la retuvo con firmeza. Su otra mano la tenía cogida su marido, que la rodeaba protectoramente con el otro brazo. Después de una pausa, que sin duda aprovechó para ordenar sus pensamientos, empezó a hablar.

—Tomé el somnífero que usted tuvo la amabilidad de darme, aunque durante bastante tiempo no me hizo efecto. Al contrario, pareció desvelarme todavía más, y empezaron a agolparse en mi mente un sinfín de fantasías horribles, todas ellas relacionadas con la muerte y los vampiros, con la sangre, el sufrimiento y la desgracia.

Su esposo gimió sin querer, pero ella se volvió hacia él y le dijo amorosamente:

—No te atormentes, querido. Tienes que ser valiente y fuerte, y ayudarme en esta horrible tarea. Si supieras el esfuerzo que tengo que hacer para hablar de este espantoso asunto, comprenderías cuánto necesito tu ayuda. Pues bien, comprendí que debía poner un poco de voluntad para tratar de facilitar que la medicina surtiera efecto, si ello era beneficioso para mí, de modo que decidí resueltamente hacer todo lo posible por dormir. Sin duda debí quedarme dormida muy pronto, porque no recuerdo nada más. La llegada de Jonathan no me despertó, ya que lo siguiente que recuerdo es que yacía a mi lado. En la habitación flotaba la misma niebla blanca que había observado anteriormente. Pero había olvidado que tal vez no sepan a qué me refiero; lo encontrarán en mi diario que más tarde les mostraré. Sentí el mismo temor vago que experimenté otras veces, y la misma sensación de que había alguien en la habitación. Me volví para despertar a Jonathan, pero comprobé que dormía tan profundamente que parecía que hubiera sido él quien había tomado el somnífero, y no yo. Traté de despertarle, pero no pude. Eso me asustó, y miré a mi alrededor, aterrorizada. Entonces me dio un vuelco el corazón: al lado de la cama, como si hubiese salido de la niebla (o más bien como si la niebla hubiese tomado su forma, ya que había desaparecido por completo), había un hombre alto y delgado, todo vestido de negro. Inmediatamente lo reconocí por las descripciones de los demás. El rostro cerúleo; la larga nariz aquilina cuya silueta, de tenue contorno blanco, se recortaba sobre el fondo luminoso; los labios rojos entreabiertos, entre los que asomaban los afilados dientes blancos; y los ojos rojos que me había parecido ver en Whitby cuando el sol poniente se reflejó en las vidrieras de la iglesia de Santa María. También reconocí la cicatriz roja en la frente, que le hizo

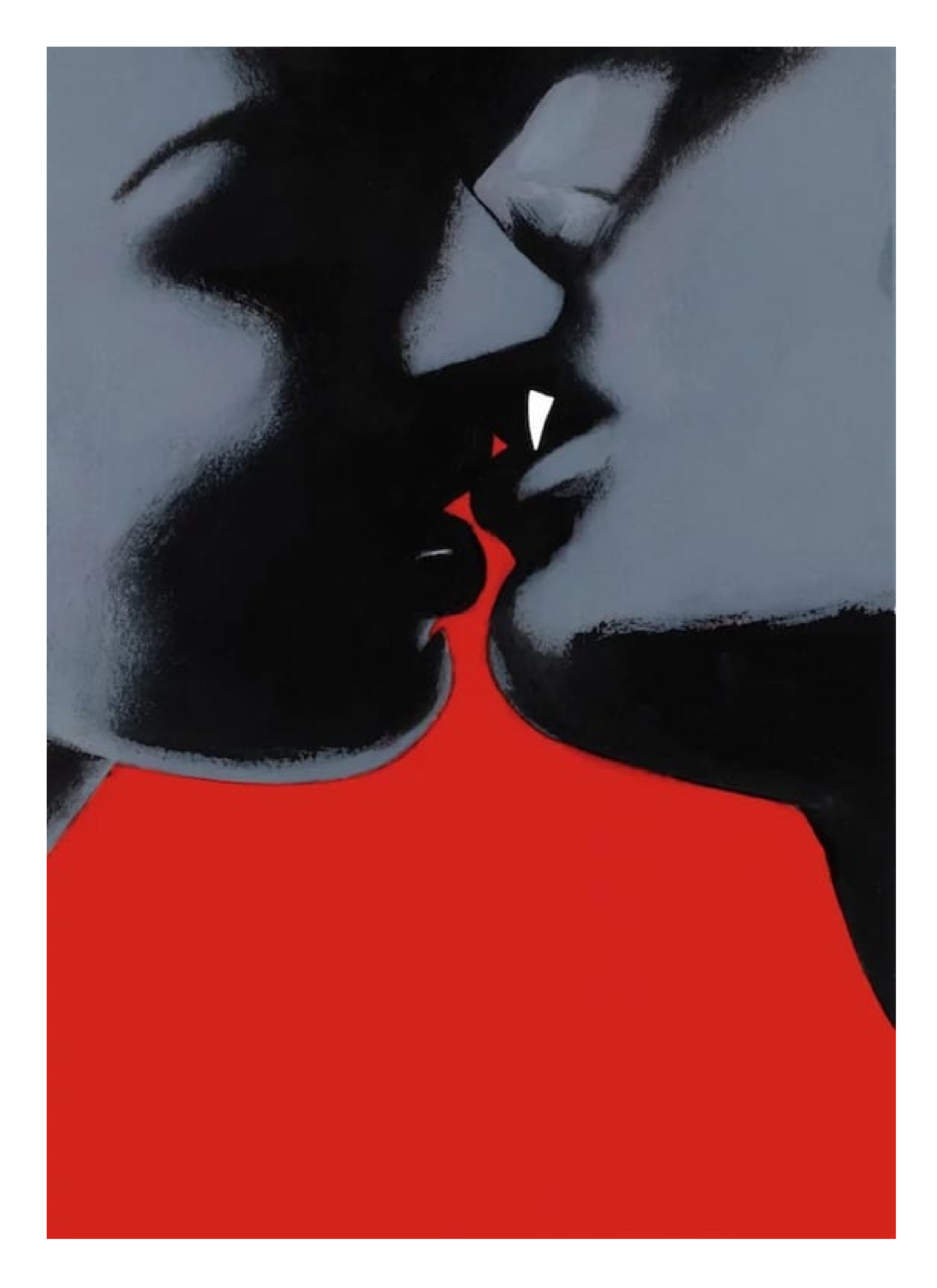
Jonathan al golpearle. Por un momento mi corazón dejó de latir, y hubiese querido gritar, pero el miedo me paralizaba. Mientras tanto, él se dirigió a mí en una especie de susurro mordaz y agudo, al tiempo que señalaba a Jonathan:

»—¡Silencio! Si haces ruido, le cogeré y le reventaré los sesos ante tus propios ojos.

»Yo estaba horrorizada y demasiado desconcertada para hacer ni decir nada. Con una sonrisa burlona, me puso una mano en el hombro y estrechándome contra él, descubrió mi garganta con la otra, diciendo:

»—En primer lugar, un pequeño refrigerio para que mis esfuerzos se vean recompensados. Será mejor que no te muevas; no es la primera vez, ni la segunda, que tus venas han aplacado mi sed.

»Estaba desconcertada, pero aunque parezca extraño no quería impedírselo. Supongo que eso forma parte de la terrible maldición que pesa sobre sus víctimas, una vez que las ha tocado. Entonces fue cuando, ¡oh, Dios mío, apiádate de mí!, puso sus apestosos labios sobre mi garganta.



Su marido volvió a gemir. Ella le apretó la mano todavía más y, mirándole compasivamente, como si fuese él el perjudicado, prosiguió:

—Sentí que las fuerzas me abandonaban, y que estaba a punto de

desmayarme. No sé cuánto duró aquella monstruosidad; pero cuando apartó su espantosa, asquerosa y socarrona boca, tuve la impresión de que debió pasar mucho tiempo. ¡Y vi que le goteaba sangre fresca!

El recuerdo pareció abrumarla durante algún tiempo, y si el brazo de su esposo no llega a sostenerla, se hubiera desplomado. Con grandes esfuerzos logró recobrarse y continuó:

—Entonces me dijo en tono burlón:

»—Así que tú también quieres enfrentarte a mí, como los otros. ¡Quieres ayudar a esos hombres a perseguirme y a malograr mis planes! Ahora ya sabes, y ellos también lo saben en parte (aunque dentro de poco lo sabrán íntegramente), lo que significa cruzarse en mi camino. Deberían reservar sus energías para utilizarlas en casa. Porque mientras ellos se las ingeniaban contra mí (contra mí, que he gobernado naciones, y he intrigado y luchado por ellas, cientos de años antes de que ellos hubieran nacido), yo los contraatacaba. Y tú, su ser más querido, eres ahora para mí carne de mi carne, sangre de mi sangre, vástago de mi propio linaje, mi generoso trujal durante algún tiempo, y más tarde mi compañera y ayudante. Te vengarás de todos ellos, pues ni uno solo podrá negarte nada de lo que les exijas. Pero de momento vas a ser castigada por lo que has hecho. Les has ayudado a desbaratar mis planes. A partir de ahora acudirás a mi llamada. Cuando mi mente te diga "¡Ven!", cruzarás tierras y mares para cumplir mi orden. Pero antes ¡termina esto!

»Dicho esto se rasgó la camisa y con una de sus largas y afiladas uñas se abrió una vena en el pecho. Cuando empezó a brotar la sangre, con una de sus manos cogió las dos mías, sujetándolas fuertemente, y con la otra me agarró por el cuello y me apretó la boca contra la herida, de manera que, o me ahogaba o tragaba algo de… ¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho yo para merecer esta suerte? ¡Yo, que siempre he procurado seguir el camino de la mansedumbre y la rectitud! ¡Dios mío, apiádate de mí! ¡Dígnate descender tu mirada sobre esta pobre alma en peligro peor que la muerte, y en tu misericordia, apiádate de aquellos que la aman!

A continuación empezó a restregarse los labios como para purificarse por la profanación.

Mientras relataba su terrible historia, el cielo empezó a clarear por el Este y todo fue haciéndose cada vez más nítido. Harker permanecía inmóvil y callado; pero a medida que avanzaba el espantoso relato, fue apareciendo en su rostro una expresión de tristeza, cada vez más intensa a la luz matutina, hasta que al brotar los primeros rayos rojos del amanecer, sus cabellos encanecidos destacaron

sobre su piel oscura.

Hemos decidido que uno de nosotros esté siempre cerca de la desdichada pareja hasta que podamos reunimos todos de nuevo para planear las medidas que debamos tomar.

De una cosa estoy seguro: hoy no alumbrará el sol a lo largo de toda su trayectoria diaria ninguna otra casa más desgraciada que esta.

Capítulo XXII



DIARIO DE JONATHAN HARKER

3 DE OCTUBRE

Como tengo que hacer algo, porque si no voy a enloquecer, me he puesto a escribir en el diario. Son ahora las seis y vamos a reunimos en el despacho dentro de media hora para comer algo, ya que tanto el doctor Van Helsing como el doctor Seward están de acuerdo en que si no comemos no podremos estar en plena forma. Y bien sabe Dios que hoy necesitaremos estar en plena forma. Tengo que seguir escribiendo siempre que tenga un momento libre, porque no

me atrevo a pararme a pensar. Tengo que anotar todos los detalles, tanto los importantes como los insignificantes; puede que al final sean los más insignificantes los que nos resulten más reveladores. Es imposible que las revelaciones, grandes o pequeñas, puedan llevarnos a una situación peor de la que hoy soportamos. No obstante, debemos confiar y tener esperanza. La pobre Mina acaba de contarme, con las lágrimas corriéndole por sus adorables mejillas, que es en las dificultades y las adversidades donde nuestra fe se pone a prueba… que debemos seguir confiando; y que Dios nos ayudará hasta el final. ¡El final! ¡Dios mío! ¿Qué final?… ¡A trabajar! ¡A trabajar!

Cuando el doctor Van Helsing y el doctor Seward regresaron de ver al pobre Renfield, examinamos a fondo lo que debíamos hacer. Primero el doctor Seward nos contó que cuando bajó con el doctor Van Helsing a la habitación de Renfield, lo encontraron tendido en el suelo, medio muerto. Tenía el rostro cubierto de magulladuras y aplastado, y rotos los huesos del cuello.

El doctor Seward preguntó al guardián que vigilaba el pasillo si había oído algo. El hombre dijo que estando sentado —confesó que un poco adormilado— oyó voces en la habitación, y a continuación Renfield gritó estrepitosamente varias veces "¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!". Después oyó el ruido de alguien que caía, y cuando entró en la habitación lo encontró tendido en el suelo, boca abajo, exactamente como los doctores lo habían visto. Van Helsing preguntó si había oído "voces" o "una voz", pero él contestó que no sabría decirlo; que al principio le había parecido que eran dos personas, pero como no había nadie más en la habitación, es posible que solo se tratara de una. Podría jurar, si fuera necesario, que el paciente pronunció la palabra "Dios". El doctor Seward nos dijo, cuando nos quedamos solos, que no deseaba profundizar más en el asunto; había que tener en cuenta la posibilidad de una encuesta, en la que no podrían valerse de la verdad, ya que nadie les creería. Por lo tanto, pensó que con el testimonio del guardián podría redactar un certificado de defunción por accidente, por caída de la cama. En caso de que el juez lo solicitara, habría una investigación oficial, y el resultado sería necesariamente el mismo.

Cuando empezamos a discutir cuál debía ser nuestro próximo paso, lo primero que decidimos fue que Mina fuera puesta al corriente de todo; que no había que ocultarle nada, por doloroso que fuese. Ella misma aprobó la sensatez de tal propuesta, y daba lástima verla tan valiente y no obstante tan afligida y tan completamente desesperada.

—No debe haber más ocultaciones —dijo Mina—. Por desgracia, ya hemos tenido demasiadas. Y además no hay nada en el mundo que pueda causarme más

dolor del que ya he soportado… ¡del que ahora sufro! Pase lo que pase, saberlo me proporcionará nuevas esperanzas o nuevos ánimos.

De repente, Van Helsing, que la había estado mirando fijamente mientras ella hablaba, le dijo tranquilamente:

—Mi querida Madam Mina, ¿no tiene miedo, no ya por usted, sino por los demás, después de lo que ha sucedido?

Los rasgos de ella se endurecieron, aunque sus ojos brillaron con la devoción de un mártir al contestar:

—¡No! ¡Porque ya he tomado una decisión!

—¿Cuál? —preguntó el Profesor amablemente, mientras los demás escuchábamos en silencio, pues cada uno a nuestra manera teníamos una vaga idea de lo que ella quería decir.

Su respuesta fue directa y natural, como si se limitara a constatar un hecho.

—Que si descubro en mí (y pienso observarme concienzudamente) la menor señal de peligro para cualquiera de los que amo, ¡moriré!

—¿Se quitaría la vida usted misma? —preguntó Van Helsing con voz ronca.

—Lo haría; a no ser que algún amigo que me ame quisiera evitarme tal sufrimiento, y una tentativa tan desesperada.

Y miró significativamente al Profesor mientras hablaba. Van Helsing estaba sentado; pero entonces se levantó, se acercó a ella, y poniéndole una mano en la cabeza, le dijo solemnemente:

—Hija mía, cuente usted con ese amigo, si fuera por su bien. Yo mismo asumiría la responsabilidad ante Dios de proporcionarle esa eutanasia, incluso en estos precisos momentos, si eso fuese lo mejor para usted. Es decir, ¡si fuera necesario! Pero hija mía…

Por un momento pareció ahogársele la voz y un sollozo se le escapó de la garganta; pero logró contenerse y proseguir.

—Aquí hay varias personas que gustosamente se interpondrían entre usted y la muerte. Usted no debe morir. No debe morir a manos de nadie; pero menos aún por su propia mano. Hasta que no muera realmente el que ha mancillado su plácida vida, usted no debe morir. Porque mientras él siga siendo un no-muerto, la muerte la convertiría a usted en lo que él es. No, ¡debe usted vivir! Tiene que esforzarse y procurar vivir, aunque la muerte le parezca una bendición inefable. Debe luchar contra la propia Muerte, tanto si se presenta ante usted con sufrimiento como con gozo, de día o de noche, ¡estando a salvo como en peligro! Por la salvación de su alma inmortal la exhorto a que no muera (o mejor dicho, a

que ni siquiera piense en la muerte), hasta haber conjurado este horrible mal.

La pobrecita se puso mortalmente pálida, y tembló y se estremeció, como había visto que tiemblan y se estremecen las arenas movedizas cuando sube la marea. Nos callamos todos, ya que no podíamos hacer nada. Finalmente se calmó y, volviéndose hacia el Profesor, le dijo amablemente, aunque con gran pesar, a la vez que le tendía su mano:

—Le prometo, mi querido amigo, que si es voluntad de Dios que yo viva, me esforzaré por lograrlo hasta que, si entra dentro de Sus cálculos, haya pasado este horror.

Se mostraba tan bondadosa y valiente que todos sentimos que nuestros corazones cobraban nuevos ánimos para trabajar y soportar lo que fuese por ella, y empezamos a discutir lo que íbamos a hacer. Yo le dije que íbamos a darle los documentos que guardábamos en la caja fuerte, así como todos los diarios, cartas y grabaciones que pudiéramos necesitar en el futuro; y que debía guardar esos informes como lo había hecho antes. Le agradó la perspectiva de tener algo que hacer… si es que se puede hablar de agrado en un asunto tan siniestro como este.

Como de costumbre, Van Helsing se había adelantado en sus pensamientos a todos nosotros y había previsto un ordenamiento preciso de lo que debíamos hacer.

—Posiblemente hicimos bien —dijo— cuando, en nuestra reunión después de la visita a Carfax, decidimos no hacer nada con los cajones de tierra que allí encontramos. De haberlo hecho, el Conde hubiera podido adivinar nuestro propósito, y sin duda habría tomado medidas con antelación para impedir que hiciéramos otro tanto con los demás cajones. En cambio, ahora no conoce nuestras intenciones. Es más, con toda probabilidad ignora que podemos esterilizar sus madrigueras, para que no pueda utilizarlas como antaño. Ahora sabemos bastante más acerca de su distribución, y por tanto, cuando hayamos registrado la casa de Piccadilly, podremos seguirle la pista hasta el último de los cajones. Tenemos todo el día de hoy para nosotros; de él depende nuestra esperanza. El sol que al salir esta mañana iluminó nuestra aflicción, ahora nos protege con su trayectoria. Hasta que se ponga esta tarde, ese monstruo tiene que conservar la forma que ahora tiene. Está confinado dentro de los límites de su envoltura terrenal. No puede esfumarse en el aire ni desaparecer por las rendijas, o los resquicios o las grietas. Si quiere atravesar una puerta, tendrá que abrirla como cualquier mortal. De modo que tenemos el día entero para descubrir todas sus madrigueras y esterilizarlas. Y si no podemos atraparle y destruirle, al menos le acorralaremos en algún lugar donde tengamos la seguridad de poder hacerlo a

su debido tiempo.

Al oír eso me levanté de un salto, ya que no podía dejar de pensar que los minutos y segundos de los que dependían la vida y la felicidad de Mina se nos estaban escapando mientras hablábamos en lugar de actuar. Pero Van Helsing levantó su mano a modo de advertencia.

—No, amigo Jonathan —dijo—, en esto, el camino más rápido es el más largo, como dice el proverbio de ustedes. Cuando llegue el momento, actuaremos todos y lo haremos con apremiante rapidez. Pero piense que lo más probable es que la clave de la situación esté en esa casa de Piccadilly. Es posible que el Conde haya comprado muchas otras casas, de las que tendrá escrituras de compra, llaves y demás. Tendrá también papel timbrado y talonario de cheques. Esas y otras muchas pertenencias las debe tener en alguna parte. ¿Por qué no en un lugar tan céntrico y tranquilo como Piccadilly, de donde puede entrar o salir a cualquier hora, por la puerta principal o por la de atrás, sin que nadie lo advierta en medio del enorme tráfico? Iremos allí y buscaremos esa casa; y cuando sepamos lo que contiene, haremos lo que nuestro amigo Arthur llama, en su jerga cinegética, "taponar las madrigueras", y así acorralaremos a nuestro viejo zorro, ¿no les parece?

—En tal caso, vayamos enseguida —grité—, estamos perdiendo un tiempo precioso, ¡muy precioso!

El Profesor no se movió, sino que se limitó a decir:

—¿Y cómo vamos a entrar en esa casa de Piccadilly?

—¡Como sea! —grité—. Forzaremos la puerta si es preciso.

—¿Y qué pasará con la policía? ¿Qué dirán? —contestó el Profesor.

Aquello me desconcertó; pero pensé que si pretendía que nos demorásemos, sus buenas razones tendría. De modo que le dije, lo más calmado que pude:

—No espere más de lo necesario, profesor; ya sabe usted, por supuesto, el suplicio que estoy padeciendo.

—¡Ay!, hijo mío, claro que lo sé; y desde luego no desearía aumentar su angustia. Pero piense, ¿qué podemos hacer hasta que todo el mundo se ponga en movimiento? Entonces será el momento de actuar. He estado pensándomelo mucho, y me parece que el método más sencillo es el mejor. Queremos entrar en la casa, pero no tenemos llave, ¿no es así?

Asentí.

—Ahora suponga que fuese usted, en realidad, el propietario de esa casa, pero a pesar de eso no pudiera entrar; y piense que no tuviera alma de ladrón,

¿qué haría?

—Buscaría a un honrado cerrajero y le encargaría que me descerrajara la cerradura.

—Pero la policía podría entrometerse, ¿no es cierto?

—¡Oh, no! No ocurriría eso, si supiera que el hombre ha sido contratado como es debido.

—En ese caso —dijo el Profesor sin quitarme los ojos de encima— lo único que podemos temer es que alguien ponga en duda que la persona que ha contratado al cerrajero no sea en realidad el propietario, y que los policías no crean que actúe de buena fe. Sin duda, los policías de su país deben de ser celosos cumplidores de su deber y astutos (¡oh, sí, muy astutos!) para leer en el corazón de la gente, si se preocupan de tales asuntos. No, no, amigo Jonathan, puede ir a descerrajar las cerraduras de un centenar de casas deshabitadas de este Londres suyo, o de cualquier otra ciudad del mundo, que si lo hace usted como es debido, y dentro de los horarios en que suelen hacerse estas cosas, nadie se entrometerá. En cierta ocasión leí lo que le ocurrió a un caballero que poseía una casa magnífica en Londres: cuando se fue a Suiza a pasar el verano, cerró la casa, pero llegó un ladrón y rompiendo una ventana de la parte trasera, se introdujo en ella. Luego abrió los postigos de la fachada y salió y entró por la puerta, ante las propias narices de la policía. Después puso en subasta la casa y lo anunció colgando un enorme cartel; y llegado el día liquidó todos los bienes del verdadero propietario con ayuda de un conocido subastador. Más tarde vendió el edificio a un constructor, acordando con él que lo derribaría y dejaría libre el solar al cabo de cierto tiempo. La policía y demás autoridades le ayudaron cuanto pudieron. Y cuando el propietario regresó de sus vacaciones en Suiza se encontró tan solo con un boquete en el lugar que había ocupado la casa. Todo esto se hizo *en régle*. Nosotros haremos también nuestro trabajo *en régle*. No iremos demasiado temprano para que la policía, que a esas horas tiene poco en qué pensar, no se extrañe. Iremos después de las diez, cuando haya mucha gente en la calle y podamos hacer las cosas como si fuésemos efectivamente los dueños de la casa.

Tuve que reconocer que tenía razón, e incluso la expresión terriblemente desesperada del rostro de Mina se relajó un poco; aquel sensato consejo alimentaba nuestras esperanzas.

—Una vez dentro de la casa —prosiguió Van Helsing—, tal vez encontremos más pistas; de todos modos, alguno de nosotros puede quedarse allí, mientras los demás localizan los otros sitios en donde se ocultan los restantes cajones de

tierra: Bermondsey y Mile End.

—Yo puedo ser más útil aquí —dijo Lord Godalming, levantándose—. Telegrafiaré a mi gente para que prepare caballos y carruajes y los tenga dispuestos en los lugares más convenientes.

—Escucha, viejo amigo —dijo Morris—, me parece una idea excelente tenerlo todo preparado por si necesitamos ir a caballo. Pero ¿no crees que uno de tus elegantes carruajes, con sus adornos heráldicos, llamaría demasiado la atención por los caminos apartados de Walworth o Mile End? Me parece que sería mejor alquilar coches cuando vayamos al Sur o al Este; e incluso que deberíamos dejarlos un poco antes de llegar a los vecindarios a donde vayamos.

—¡El amigo Quincey lleva razón! —dijo el Profesor—. Su cabeza está, como suele decirse, en todo. Lo que vamos a hacer es delicado y por tanto es preferible que nadie nos vea, si ello es posible.

Mina se iba interesando cada vez más por todo, y yo me alegré al comprobar que la urgencia del asunto le ayudaba a olvidar momentáneamente la terrible experiencia de la noche pasada. Estaba muy pálida… casi cadavérica, y tan delgada que los labios estaban contraídos, por lo que sus dientes resaltaban todavía más. No le mencioné este último detalle, para no ocasionarle un dolor innecesario; pero se me heló la sangre en las venas al pensar en lo que le había ocurrido a la pobre Lucy cuando el Conde le chupó la sangre. Hasta ahora no había señales de que se le hubiesen afilado los dientes; pero había pasado poco tiempo todavía, y aún podía esperarse lo peor.

Cuando la discusión llegó al punto en que debíamos establecer un orden de preferencias en nuestros planes, así como la distribución de nuestras fuerzas, surgieron nuevos motivos de duda. Finalmente se acordó que antes de partir hacia Piccadilly debíamos destruir la madriguera más próxima del Conde. En caso de que lo descubriera demasiado pronto, todavía le llevaríamos ventaja en nuestra labor destructiva; y su presencia bajo una forma puramente material, y en sus horas más bajas, podría suministrarnos nuevas pistas.

En cuanto a la distribución de fuerzas, el Profesor propuso que, después de nuestra visita a Carfax, entraríamos todos en la casa de Piccadilly; y que los dos médicos y yo nos quedaríamos allí, mientras Lord Godalming y Quincey localizaban las madrigueras de Walworth y Mile End y las destruían. Era posible, aunque poco probable, alegó el Profesor, que el Conde apareciera en Piccadilly a lo largo del día; y en ese caso, podríamos hacerle frente inmediatamente. De todas formas, deberíamos perseguirle todos juntos. En lo que a mí concernía, me opuse enérgicamente a este plan, alegando que tenía la

intención de quedarme con Mina para protegerla. Estaba decidido a ello, pero Mina no hizo caso de mi objeción. Dijo que quizás surgiera alguna cuestión legal en la que yo pudiera serles útil; que era posible que entre los documentos del Conde apareciera alguna pista que solo yo podía descifrar dada mi experiencia en Transilvania; y que en cualquier caso, íbamos a necesitar todas las fuerzas que lográramos reunir para hacer frente a los extraordinarios poderes del Conde. Tuve que ceder, ya que la resolución de Mina era firme; decía que *su* última esperanza era que actuásemos todos juntos.

—Por lo que a mí se refiere —dijo ella—, no tengo miedo. Las cosas no pueden ir peor de lo que han ido; y suceda lo que suceda, aportará de alguna manera algo de esperanza o consuelo. ¡Vete, esposo mío! Dios podrá protegerme, si ese es Su deseo, tanto si estoy sola como si me acompaña alguno de los presentes.

—Entonces —grité yo, levantándome de un salto—, en el nombre de Dios, vámonos enseguida, pues estamos perdiendo tiempo. El Conde podría presentarse en Piccadilly antes de lo que imaginamos.

—No lo creo —dijo Van Helsing levantando una mano.

—Pero ¿por qué? —pregunté.

—Olvida usted —dijo, sonriente— que anoche se dio un atracón, y hoy dormirá hasta tarde.



¡Olvidarlo! ¡Nunca lo olvidaré!… ¡No puedo olvidarlo! ¿Acaso cualquiera de nosotros podrá olvidar alguna vez aquella terrible escena? Mina se esforzó por no perder la serenidad; pero el dolor pudo más y, tapándose el rostro con las

manos, se estremeció y gimió. Van Helsing no había pretendido recordarle su espantosa experiencia. El esfuerzo intelectual que tuvo que realizar durante su razonamiento simplemente le había hecho olvidar la presencia de ella y el papel que había desempeñado en aquel asunto. Al darse cuenta de lo que había dicho, le horrorizó su desconsideración y trató de consolarla.

—¡Ay, Madam Mina! —dijo—, ¡mi apreciada Madam Mina! ¡Cuánto lamento que, entre todos los que la reverencian, haya tenido que ser precisamente yo el que dijera algo tan poco conveniente! Esta estúpida boca mía y esta estúpida cabeza no son dignas de algo así. Pero usted lo olvidará, ¿no es cierto?

Mientras hablaba se inclinó hacia ella. Mina le cogió una mano y, mirándole con lágrimas en los ojos, dijo con voz ronca:

—No, no lo olvidaré; está bien que lo recuerde. Y al hacerlo recordaré también lo bondadoso que ha sido usted conmigo, ya que siempre asociaré ambos recuerdos. Ahora deben marcharse lo antes posible. El desayuno está listo; todos debemos comer si queremos estar fuertes.

Tuvimos un desayuno bastante extraño. Tratamos de mostrarnos alegres y de animarnos mutuamente, siendo Mina la más alegre y animada de todos nosotros. Cuando terminamos, Van Helsing se levantó y dijo:

—Ahora, mis queridos amigos, debemos acometer nuestra terrible empresa. ¿Estamos todos armados, como lo estábamos aquella noche en que visitamos por vez primera la madriguera de nuestro enemigo? ¿Estamos armados contra cualquier tipo de ataque, tanto espiritual como físico?

Todos asentimos.

—De acuerdo entonces. Y en cualquier caso, usted Madam Mina estará *completamente* a salvo aquí hasta la puesta del sol, y para entonces ya habremos regresado… si… ¡es que regresamos! Pero antes de que nos vayamos permítame que compruebe que está protegida contra cualquier ataque personal. Después de que usted bajara, he estado preparando su habitación con todas esas cosas que usted ya conoce, para que Él no pueda entrar. Ahora déjeme que la proteja a usted misma. Tocaré su frente con este trozo de hostia consagrada, en el nombre del Padre, del Hijo, y…

Oímos un grito espantoso que casi nos heló el corazón. La hostia había cauterizado la frente de Mina… había quemado su carne como si fuera un trozo de metal al rojo vivo. Tan pronto como sintió el dolor, la mente de mi pobre amada comprendió inmediatamente lo que aquello significaba; y ambas cosas la

abrumaron de tal forma que fue su naturaleza sobreexcitada quien puso voz a aquel grito horrible. Pero inmediatamente recuperó el habla. Todavía no había dejado de resonar en el aire el eco del grito, cuando se produjo la reacción: cayó de rodillas en el suelo, angustiada y humillada, y cubriéndose el rostro con el cabello, como los leprosos de antaño se cubrían con su manto, se puso a gemir.

—¡Impura! ¡Impura! ¡Incluso el Todopoderoso rehuye mi carne contaminada! Tendré que llevar en la frente este estigma de mi vergüenza hasta el día del Juicio Final.

Todos enmudecieron. Y yo me arrodillé a su lado, sumido en la desesperación, la impotencia y el dolor, y rodeándola con mis brazos, la estreché con fuerza contra mi pecho. Durante algunos minutos nuestros afligidos corazones latieron al unísono, mientras nuestros amigos apartaban la mirada y lloraban en silencio. Entonces se volvió Van Helsing y me dijo en un tono tan solemne que no pude evitar la sensación de que estaba en cierta manera inspirado y que no hablaba por sí mismo:

—Puede que tenga que llevar esa marca hasta que Dios lo considere conveniente, como sin duda ocurrirá el día del Juicio Final, en que enderezará todos los males de la tierra y de las criaturas que en ella puso. ¡Ay!, mi apreciada Madam Mina, ojalá pudiéramos estar allí los que tanto la queremos, para ver cómo desaparece esa cicatriz roja, señal de que Dios sabe lo que ha ocurrido, dejando su frente tan pura como su corazón. Pues tan cierto como que estamos vivos, esa cicatriz desaparecerá cuando Dios juzgue oportuno librarnos de la pesada carga que soportamos. Hasta entonces, cargaremos con nuestra cruz, como hiciera Su Hijo, conforme a Su voluntad. Es posible que hayamos sido elegidos como instrumentos de Su voluntad, y que ascendamos hasta Él, como aquel otro ascendió entre latigazos y vergüenza, con lágrimas y con sangre, entre dudas y temores, y todo lo que distingue a Dios del hombre.

Había esperanza y consuelo en sus palabras, y un llamamiento a la resignación. Así nos pareció a Mina y a mí; y simultáneamente cogimos cada uno de una mano al anciano profesor, nos inclinamos y se las besamos. A continuación, nos arrodillamos todos juntos, sin decir palabra, y cogidos de la mano, juramos ser leales los unos con los otros. Los hombres nos comprometimos a alzar el velo de dolor que cubre el rostro de aquella a quien todos amamos, cada uno a su manera; y pedimos ayuda y consejo ante la terrible tarea que nos aguarda.

Ya era hora de emprender la marcha. Así que me despedí de Mina —ninguno de nosotros olvidará esa despedida mientras viva—, y nos pusimos en camino.

He decidido una cosa: si averiguamos que Mina acabará por convertirse en vampiro, no entrará sola en ese mundo desconocido y terrible. Supongo que fue así como en épocas pasadas de un vampiro surgieron otros muchos; al igual que sus repugnantes cuerpos solo podían descansar en tierra consagrada, se sirvieron del amor más sagrado para reclutar sus espantosas huestes.

Entramos en Carfax sin dificultad y encontramos todo exactamente igual que la primera vez. Era difícil de creer que en medio de aquel ambiente tan prosaico de abandono, polvo y deterioro hubiera motivos para el temor que ya conocíamos. Si no hubiésemos estado completamente decididos, y no hubieran existido esos recuerdos terribles para espolearnos, difícilmente habríamos sido capaces de seguir adelante con nuestra empresa. No encontramos documentos, ni señal alguna que indicara que la casa estaba siendo utilizada. Los enormes cajones seguían en la vieja capilla, tal como los habíamos visto la última vez. Nos detuvimos frente a ellos y mientras los contemplábamos, el doctor Van Helsing nos dijo solemnemente:

—Amigos míos, aquí tenemos que cumplir nuestro primer deber. Debemos esterilizar esta tierra, tan santificada por recuerdos sagrados, que el Conde ha traído de su lejano país para tan funesto uso. Ha elegido esta tierra porque había sido sagrada. Por eso nosotros le venceremos con sus mismas armas, ya que la santificaremos todavía más. Fue consagrada para uso del hombre, pero ahora la consagraremos a Dios.

Mientras hablaba, sacó de su maletín un destornillador y una llave inglesa, y no tardó en abrir la tapa de uno de los cajones. La tierra olía a humedad y a cerrado; pero apenas le dimos importancia, ya que nuestra atención se centró en el Profesor.

Sacó de su estuche un trozo de hostia consagrada y lo depositó sobre la tierra reverentemente; luego cerró la tapa y la atornilló a fondo, ayudado por todos nosotros.

Repetimos la operación con los demás cajones, uno tras otro, dejándolos aparentemente como los habíamos encontrado; aunque ahora en cada uno de ellos había un trozo de hostia.

Cuando salimos, cerramos la puerta a nuestras espaldas.

—Ya hemos hecho bastante por hoy —dijo el Profesor solemnemente—. ¡Si logramos tener el mismo éxito con los restantes cajones, esta tarde, cuando se ponga el sol, relucirá en la frente de Madam Mina, de nuevo tan blanca como el marfil y sin mácula!

Al atravesar el césped camino de la estación para coger el tren, pasamos por delante del manicomio. Miré con impaciencia y vi a Mina en la ventana de mi habitación. Agité la mano y asentí con la cabeza para darle a entender que habíamos llevado a cabo con éxito nuestra misión. Ella asintió también con la cabeza para indicarme que había comprendido. Lo último que vi fue que agitaba su mano en señal de despedida. Continuamos hasta la estación con el corazón oprimido, y llegamos al andén justo a tiempo de coger el tren, que ya estaba echando vapor.

He escrito esto en el tren.

PICCADILLY, A LAS 12,30

Poco antes de llegar a Fenchurch Street, Lord Godalming me dijo:

—Quincey y yo iremos a buscar a un cerrajero. Será mejor que usted no venga con nosotros, por si surgiera alguna dificultad. Pues dadas las circunstancias, puede que nos veamos obligados a allanar una casa vacía; y como usted es abogado, la Incorporated Law Society podría decirle que usted tendría que saber mejor que nadie que tal cosa no debe hacerse.

Puse objeciones a que no me permitiesen compartir ningún peligro, ni siquiera el del oprobio, pero él prosiguió.

—Además, llamaremos menos la atención si no somos demasiados. Mi título me vendrá muy bien ante el cerrajero, y ante cualquier policía que pueda aparecer. Será mejor que usted se vaya con Jack y con el Profesor, y esperen en algún lugar de Green Park desde donde puedan ver la casa; y cuando abramos la puerta y el cerrajero se haya ido, podrán unirse a nosotros. Estaremos atentos y les dejaremos pasar.

—¡Excelente idea! —dijo Van Helsing.

No dijimos nada más. Godalming y Morris se fueron deprisa en un coche de alquiler, y nosotros les seguimos en otro. En la esquina de Arlington Street descendió nuestro grupo y continuó a pie por Green Park. El corazón me empezó a latir más deprisa cuando vi la casa en la que tantas esperanzas teníamos puestas, destacando por su aspecto siniestro y su estado de abandono entre sus vecinas más alegres y elegantes. Nos sentamos en un banco desde donde veíamos muy bien la casa y empezamos a fumar para llamar lo menos posible la atención. Mientras esperábamos la llegada de los otros, nos parecía que los minutos pasaban con exasperante lentitud.

Por fin vimos acercarse un carruaje de cuatro ruedas. Lord Godalming y

Morris salieron sin prisa de su interior, y un obrero rechoncho saltó del pescante con su cesta de junco para las herramientas. Morris pagó al cochero, y este, después de tocarse el ala del sombrero, se marchó, mientras los otros dos subían la escalinata y Lord Godalming le indicaba al cerrajero lo que quería que hiciese. El hombre se quitó la chaqueta sin prisas y la colgó de uno de los barrotes del pasamanos, mientras le decía algo a un policía que en aquel momento pasaba por allí. El policía se mostró conforme y el cerrajero se arrodilló y colocó a su lado la bolsa de las herramientas. Después de rebuscar en su interior, seleccionó unas cuantas y metódicamente las depositó en el suelo a su lado. Luego se levantó, miró por el ojo de la cerradura, sopló en su interior, y volviéndose hacia sus clientes, les hizo alguna observación. Lord Godalming sonrió, y el hombre cogió del suelo un manojo de llaves de considerable tamaño; eligió una llave y la probó en la cerradura, un poco a tientas. Después de hurgar un poco con ella, probó con otra, y luego con una tercera. De repente la puerta se abrió, después de empujarla ligeramente, y entraron los tres en el vestíbulo. Nos sentamos en silencio; mi cigarro se consumía rápidamente, mientras que el de Van Helsing se había apagado del todo. Mientras esperábamos pacientemente, vimos salir al cerrajero y recoger su bolsa. Luego dejó la puerta entreabierta, sujetándola con las rodillas, mientras probaba una llave en la cerradura. Finalmente se la entregó a Lord Godalming, quien sacó su monedero y le dio unas monedas. El hombre se tocó el ala del sombrero, cogió su bolsa, y poniéndose la chaqueta, se marchó. Ni un alma prestó la más mínima atención a toda la operación.

Cuando el hombre se perdió de vista, cruzamos la calle los tres y llamamos a la puerta. Nos abrió inmediatamente Quincey Morris, mientras a su lado Lord Godalming encendía un cigarro.

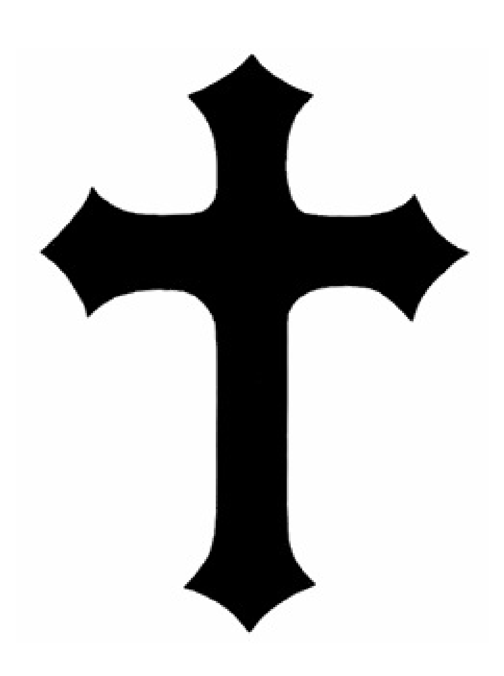
—La casa huele horriblemente —dijo este último según entrábamos.

Efectivamente, olía muy mal —como en la vieja capilla de Carfax— y por nuestra experiencia anterior nos pareció evidente que el Conde había utilizado aquel lugar con bastante frecuencia. Nos pusimos en marcha para explorar la casa, manteniéndonos siempre juntos en previsión de un ataque; ya que sabíamos que nos enfrentábamos a un enemigo fuerte y astuto, y todavía ignorábamos si el Conde se encontraba en la casa. En el comedor, que estaba situado en la parte de atrás del vestíbulo, encontramos ocho cajones de tierra. ¡Solo ocho cajones, de los nueve que buscábamos! Nuestra misión no había terminado todavía, y no terminaría hasta que encontrásemos el cajón que faltaba. Primero abrimos los postigos de la ventana que daba a un estrecho patio enlosado, al fondo del cual había una cuadra con tejado a dos aguas, que parecía la fachada de una casa en

miniatura, aunque sin ventanas, por lo que no había que temer que nos vieran. Examinamos los cajones sin más pérdida de tiempo. Los abrimos, uno a uno, con las herramientas que habíamos llevado, y les dimos el mismo tratamiento que a los de la vieja capilla. Era evidente que el Conde no estaba en la casa en aquellos momentos, de modo que seguimos buscando sus efectos personales.

Después de echar una rápida ojeada al resto de las habitaciones, desde el sótano al desván, llegamos a la conclusión de que todas las pertenencias del Conde se encontraban en el comedor; de modo que procedimos a examinarlas minuciosamente. Estaban sobre la gran mesa del comedor en una especie de estudiado desorden. Encontramos en un gran montón las escrituras de propiedad de las casas de Piccadilly, Mile End y Bermondsey; papel de cartas, sobres, plumas y tinta. Todo estaba cubierto con papel de envolver para protegerlo del polvo. También había un cepillo para la ropa, un peine, un cepillo para el pelo, una jarra y una palangana que contenía agua sucia y enrojecida, como si estuviera mezclada con sangre. Por último, había un montoncito de llaves de todas clases y tamaños, que probablemente pertenecían a las demás casas. Después de examinar este último hallazgo, Lord Godalming y Quincey Morris anotaron cuidadosamente las direcciones de las casas al este y al sur de Londres, cogieron el manojo de llaves y partieron hacia dichos lugares para destruir los cajones. Los demás nos quedamos aquí, esperando, con toda la paciencia que nos es posible, su regreso… o la llegada del Conde.

Capítulo XXIII



DIARIO DEL DR. SEWARD

3 DE OCTUBRE

Mientras esperábamos la llegada de Lord Godalming y Quincey Morris, nos pareció que el tiempo pasaba con extraordinaria lentitud. El Profesor procuró mantener ocupadas nuestras mentes, haciendo que las utilizáramos constantemente. Me di cuenta de sus buenas intenciones al ver las miradas de reojo que de vez en cuando le lanzaba a Harker. El pobre está tan abrumado por su desdicha que da pena verle. Anoche era un hombre sincero, de aspecto feliz,

con un rostro enérgico y juvenil, pletórico de fuerzas; y su pelo era castaño oscuro. Hoy es un viejo cansado y macilento, cuyos cabellos blancos hacen juego con sus ojos hundidos y abrasados y las arrugas que el sufrimiento le ha marcado en el rostro. Todavía conserva intacta su energía; de hecho parece una llama llena de vida. Puede que eso sea lo que le salve, ya que, si todo va bien, le ayudará a salir de esta fase depresiva, y entonces, de una manera u otra, despertará a las realidades de la vida. ¡Pobre hombre! Yo pensaba que mi inquietud era bastante grave, ¡pero la suya…! El Profesor lo sabe muy bien, y hace todo lo posible por mantener su mente en funcionamiento. Lo que nos ha contado es muy interesante, dadas las circunstancias. Hasta donde puedo recordar, es lo siguiente:

—Desde que llegaron a mis manos, he estudiado una y otra vez todos los documentos relativos a ese monstruo; y cuanto más los examino, más convencido estoy de la necesidad de acabar con él definitivamente. Por todas partes hay señales de su progreso; no solo en cuanto a su poder, sino también por la certeza que tiene de él. Por lo que he podido enterarme a través de las investigaciones de mi amigo Arminius de Buda-Pest, en vida fue un hombre de lo más asombroso. Soldado, estadista y alquimista… actividad que representaba la cumbre del saber científico de su tiempo. Poseía una inteligencia extraordinaria, una erudición incomparable, y un corazón que no conocía el miedo ni el remordimiento. Se atrevió incluso a asistir a la *Escoliomancia*, y no hubo rama del saber de su época que no probara. Pues bien, sus facultades mentales sobrevivieron a su muerte física; aunque parece que ha perdido algo de memoria. En algunas facetas intelectuales ha sido, y es, solo un niño; pero está progresando, y algunas cosas suyas que al principio eran pueriles, ahora parecen propias de un adulto. Le gusta experimentar, y lo hace bien; y de no habernos cruzado nosotros en su camino, ahora sería (y todavía puede serlo si fracasamos) el padre y propagador de una nueva clase de seres, nacidos para la Muerte, no para la Vida.

Harker gimió y dijo:

—¡Y ahora emplea todo eso contra mi amada! Pero ¿cómo experimenta? ¡Saberlo podría ayudarnos a vencerle!

—Desde que llegó, ha estado constantemente poniendo a prueba su poder, lenta pero implacablemente; ese gran cerebro infantil que tiene trabaja sin descanso. Afortunadamente para nosotros, todavía es un cerebro de niño; ya que, si se hubiera atrevido desde el primer momento a intentar hacer ciertas cosas, hace mucho que estaría fuera de nuestro alcance. Sin embargo, está decidido a

triunfar, y un hombre que tiene siglos por delante puede permitirse el lujo de esperar y avanzar poco a poco. Su lema podría ser *Festina lente*[31].

—No logro entenderlo —dijo Harker con cansancio—. ¡Hable más claro! Es posible que la congoja y la inquietud me estén entorpeciendo la mente.

El Profesor le puso una mano en el hombro cariñosamente.

—¡Ay, hijo mío! —dijo—, hablaré claro. ¿No se ha dado cuenta usted de que en estos últimos tiempos ese monstruo ha acrecentado poco a poco su saber a base de experimentar? ¿Que ha estado utilizando a su paciente zoófago para poder entrar en el hogar del amigo John, ya que nuestro vampiro, aunque después puede entrar cuando y como quiera, la primera vez solo puede hacerlo si es invitado por alguien que está dentro? Pero esos no son sus más importantes experimentos. ¿No se ha dado cuenta usted de que al principio todos esos cajones tan grandes eran transportados por otros? Entonces ignoraba que pudiera hacerlo de otra forma. Pero todo ese tiempo su gran cerebro de niño iba madurando, y pronto empezó a considerar si no podría transportar él mismo los cajones. De modo que empezó echando una mano a los carreteros y, cuando comprobó que se le daba bien, trató de trasladarlos él solo. Y así continúa haciendo progresos, y dispersa sus tumbas; y nadie excepto él sabe dónde se ocultan. Puede que haya intentado enterrarlas profundamente en la tierra. Como solo las utiliza de noche, o en aquellos momentos en que puede cambiar de forma, le resultan igual de útiles. ¡Y nadie puede saber que son sus escondrijos! Pero, hijo mío, no desespere: ¡se ha enterado de esto demasiado tarde! Ya hemos esterilizado todas sus madrigueras menos una; y antes de que amanezca esta última también lo estará. Entonces no le quedará ningún sitio a dónde trasladarse y ocultarse. Esta mañana me entretuve adrede para poder estar seguros. ¿Acaso no nos jugamos nosotros más que él? En ese caso, ¿por qué no ser más cautelosos incluso que él? Por mi reloj es la una, y si todo ha ido bien, el amigo Arthur y Quincey estarán ya de camino hacia aquí. Hoy es nuestro día, y debemos asegurarnos e ir despacio, sin dejar pasar ninguna oportunidad. Cuando regresen los ausentes seremos cinco.

Mientras hablaba, nos sobresaltaron unos golpes en la puerta de entrada, la llamada repetida del repartidor de telegramas. Salimos todos al vestíbulo impulsivamente, y Van Helsing, haciendo un gesto con la mano para que nos calláramos, se dirigió a la puerta y la abrió. El chico le entregó un mensaje. El Profesor cerró la puerta de nuevo y, después de mirar el remite, lo abrió y lo leyó en voz alta.

"Cuidado con D. Ahora mismo, las 12.45, acaba de salir de Carfax precipitadamente hacia el Sur. Al parecer está de camino y puede que ande buscándoles".

Firmado: MINA.

Hubo un silencio general, que rompió la voz de Jonathan Harker.

—¡Vaya, gracias a Dios, pronto nos veremos las caras!

Van Helsing se volvió hacia él rápidamente y dijo:

—Dios obrará a su manera y cuando le parezca. No tema, ni se alegre todavía; ya que en estos momentos nuestros deseos pueden acarrear nuestra ruina.

—En estos momentos nada me importa —contestó acaloradamente Harker— salvo hacer desaparecer a ese monstruo de la faz de la tierra. ¡Vendería mi alma por lograrlo!

—Cállese, hijo mío —dijo Van Helsing—. Dios no compra almas de esa manera; y el Diablo, aunque pueda comprarlas, no cumple con su palabra. Pero Dios es misericordioso y justo, y conoce su dolor y su devoción por nuestra querida Madam Mina. Piense cómo se duplicaría su dolor, si le oyera esas insensatas palabras. No tema por nosotros; todos estamos dedicados a esta causa, y hoy veremos el final. Ahora es el momento de actuar; durante el día este vampiro no tiene más poder que un hombre corriente, y no puede cambiar de forma hasta la puesta del sol. Le llevará tiempo llegar hasta aquí. Como ve, es la una y veinte, y todavía tardará en aparecer, aunque fuera más rápido que nunca. Esperemos que milord Arthur y Quincey lleguen antes.

Aproximadamente una media hora después de recibir el telegrama de Mrs. Harker, llamaron a la puerta, discreta pero imperiosamente. Fue una llamada corriente, como las que hacen a diario miles de caballeros, pero hizo que el corazón del Profesor y el mío propio latieran más deprisa. Nos miramos mutuamente, y juntos nos fuimos al vestíbulo; estábamos dispuestos a utilizar nuestro variado armamento: en la mano izquierda las armas de índole espiritual, y en la derecha, las mortales. Van Helsing descorrió el pestillo y, sosteniendo la puerta entreabierta, retrocedió, con ambas manos dispuestas a entrar en acción. La alegría de nuestros corazones debió de reflejarse en nuestros rostros cuando vimos en el umbral, junto a la puerta, a Lord Godalming y Quincey Morris. Entraron rápidamente y cerraron la puerta tras de sí, comentando el primero de ellos según avanzaban por el vestíbulo:

—Todo ha salido bien. Encontramos las dos casas; en cada una había seis cajones, pero ¡los hemos destruido todos!

—¿Destruido? —preguntó el Profesor.

—¡Para él!

Nos callamos unos instantes.

—Solo nos queda —dijo Quincey— esperar aquí. No obstante, si no ha aparecido a las cinco, debemos irnos, ya que no podemos dejar sola a Mrs. Harker después de la puesta del sol.

—Estará aquí bastante antes —dijo Van Helsing, que había estado consultando su agenda—. *Nota bene*: según el telegrama de la señora, salió de Carfax en dirección Sur, lo que significa que pensaba cruzar el río, y solo puede hacerlo cuando la marea esté baja, que debe ocurrir un poco antes de la una. Que se dirigiese hacia el sur tiene un sentido para nosotros. Hasta ahora únicamente tiene sospechas; y desde Carfax fue primero al lugar en donde se figuraba que encontraría menos obstáculos. Ustedes debieron de llegar a Bermondsey solo un poco antes que él. El hecho de que todavía no haya llegado pone de manifiesto que después se dirigió a Mile End. Eso le habrá llevado algún tiempo; ya que habrá tenido que atravesar el río de alguna manera. Créanme, amigos míos, no tendremos que esperar mucho más. Deberíamos haber preparado algún plan de ataque, para no desperdiciar ninguna oportunidad. ¡Chitón!, ahora ya no tenemos tiempo. ¡Cojan todos sus armas! ¡Prepárense!

Mientras hablaba, hizo un gesto con la mano a modo de advertencia, ya que en aquel momento oímos que una llave se introducía suavemente en la cerradura de la puerta de entrada.

Incluso en aquellos momentos, no pude por menos de admirar la forma de imponerse de un carácter dominante. En todas nuestras expediciones de caza y aventuras en diferentes partes del mundo, Quincey Morris había sido siempre el encargado de fijar el plan de acción, y Arthur y yo estábamos acostumbrados a obedecerle implícitamente. Ahora, la vieja costumbre parecía renovarse instintivamente. Tras una rápida ojeada a la habitación, el Profesor trazó inmediatamente nuestro plan de ataque, y sin pronunciar palabra, solo con un gesto, nos señaló a cada uno nuestras respectivas posiciones. Van Helsing, Harker y yo nos situamos justo detrás de la puerta, para que cuando se abriera el Profesor pudiera guardarla, mientras nosotros dos salíamos al encuentro del recién llegado. Godalming y Quincey se ocultaron, el primero detrás y el segundo delante, listos para irse frente a la ventana. Esperamos en tal estado de

tensión que nos pareció que los segundos transcurrían con una lentitud de pesadilla. Unos pasos lentos y cautelosos atravesaban el vestíbulo; era evidente que el Conde estaba preparado para cualquier sorpresa… al menos la temía.

De pronto, irrumpió en la habitación de un salto, logrando abrirse paso antes de que ninguno de nosotros pudiera alzar una mano para detenerlo. En aquel movimiento había algo de felino… algo tan inhumano, que pareció calmarnos por completo de la tremenda impresión que nos produjo su llegada. El primero en intervenir fue Harker, quien, en un movimiento rápido, se lanzó hacia la puerta que conducía a la habitación que daba a la calle. Cuando el Conde nos vio, emitió una especie de horrible gruñido, mostrando unos colmillos largos y puntiagudos; pero su malvada sonrisa se convirtió rápidamente en una fría mirada de sorpresa y desprecio leonino. Su expresión cambió de nuevo cuando, todos a una, avanzamos hacia él. Fue una lástima que no hubiéramos organizado mejor nuestro plan de ataque, pues incluso en aquellos momentos me preguntaba todavía qué debíamos hacer. No sabía si nuestras armas letales nos servirían de algo. Harker tenía la intención, evidentemente, de comprobarlo, pues tenía preparado su gran machete *kukri*[32], y le asestó de repente un violento tajo. El golpe llevaba una fuerza tremenda, y el Conde únicamente pudo esquivarlo gracias a su diabólica rapidez para retroceder. Un segundo más, y la afilada hoja le habría atravesado el corazón. Con todo, la punta llegó a cortarle la tela de su chaqueta, produciéndole una amplia brecha por la que cayeron un fajo de billetes de banco y un chorro de monedas de oro. La expresión del rostro del Conde fue tan horrible, que por un momento temí por Harker, aunque le vi blandir de nuevo el terrible sable para descargar otro golpe. Movido por un impulso de protección, avancé hacia él instintivamente, sosteniendo en la mano izquierda el crucifijo y la hostia. Sentí que una fuerza poderosa impulsaba mi brazo, y no me sorprendió ver retroceder al monstruo acobardado cuando los demás me secundaron espontáneamente. Sería imposible describir la expresión de odio y de frustrada malignidad, de cólera y de rabia diabólica, que apareció en el rostro del Conde. Su tinte céreo se volvió de un amarillo verdoso, en contraste con sus ojos abrasadores, y la cicatriz roja de su frente destacaba sobre la palidez de su piel como una herida palpitante. Un instante después, haciendo un amago sinuoso, pasó por debajo del brazo de Harker antes de que este pudiese asestarle un nuevo golpe, y recogiendo del suelo un puñado de monedas, atravesó la habitación a toda prisa y se tiró por la ventana. Entre un estrépito de cristales rotos, cayó sobre el enlosado del patio. Mezclado con el ruido del cristal al hacerse añicos, pude oír el tintineo del oro, al caer unos soberanos sobre el enlosado.



Corrimos a la ventana y le vimos levantarse del suelo de un salto, completamente ileso. Luego subió apresuradamente la escalera, atravesó el patio

enlosado, y abrió de un empujón la puerta de la cuadra. Desde allí se volvió hacia nosotros y nos dijo:

—Pensasteis que ibais a detenerme… con vuestros rostros pálidos, puestos en fila como corderos en el matadero. ¡Pero lo lamentaréis, cada uno de vosotros! Creéis que me habéis dejado sin un sitio donde descansar tranquilo; pero tengo más. ¡Mi venganza acaba de empezar! La prolongaré durante siglos, el tiempo está de mi parte. Las mujeres que amáis son ya mías; y a través de ellas, lo seréis también vosotros y otros muchos… seréis mis criaturas y cumpliréis mis órdenes, y cuando quiera alimento seréis mis chacales. ¡Bah!

Con una sonrisa burlona y despectiva, cruzó la puerta rápidamente, y pudimos oír el crujido del herrumbroso cerrojo al descorrerlo. Más allá, se abrió y cerró una puerta. El primero de nosotros en hablar fue el Profesor, mientras nos dirigíamos al vestíbulo, ya que comprendimos la dificultad de seguirle a través de la cuadra.

—Ahora sabemos algo más… ¡mucho más! No obstante sus palabras desafiantes, nos teme; el tiempo le apremia, ¡la necesidad le apremia! De no ser así, ¿por qué tanta prisa? Su mismo tono de voz le ha traicionado, a no ser que me engañen mis oídos. ¿Por qué habrá cogido el dinero? Síganle enseguida. Ustedes son cazadores de animales salvajes, y entienden de eso. En cuanto a mí, me aseguraré de que no quede nada aquí que pueda serle útil, si es que regresa.

Mientras hablaba, se metió en el bolsillo el dinero restante, cogió las escrituras de propiedad del montón en donde las había dejado Harker, y arrojó todo lo demás a la chimenea, donde le prendió fuego con un fósforo.

Godalming y Morris habían salido precipitadamente hacia el patio, y Harker bajó por la ventana para seguir al Conde. Pero este había cerrado con cerrojo la puerta de la cuadra; y cuando lograron abrirla no hallaron el menor rastro de él. Van Helsing y yo tratamos de hacer indagaciones en la parte trasera de la casa; pero los *mews* estaban desiertos y nadie le había visto salir.

La tarde estaba muy avanzada y no tardaría en anochecer. Tuvimos que reconocer que habíamos perdido la partida, y con gran pesar estuvimos de acuerdo con el Profesor cuando dijo:

—Regresemos al lado de Madam Mina… la pobre y querida Madam Mina. Hemos hecho todo lo que podíamos hacer por ella; y allí al menos podremos protegerla. Pero no debemos desesperar. Solo le queda un cajón de tierra, y trataremos de encontrarlo. Si lo logramos, puede que todo termine bien.

Comprendí que hablaba con tanta determinación para animar a Harker. El

pobre estaba completamente destrozado; de vez en cuando dejaba escapar un débil gemido que no podía reprimir… pensaba en su esposa.

Volvimos a mi casa bastante apesadumbrados. Allí nos esperaba Mrs. Harker, con un aspecto tan alegre que hacía honor a su valor y generosidad. Al ver nuestros rostros, el suyo se puso más pálido que el de un muerto; durante unos breves segundos sus ojos se cerraron como si rezase en secreto; luego dijo alegremente:

—Jamás podré agradecérselo bastante a todos ustedes. ¡Ay, pobrecito mío! —al decir esto tomó entre sus manos la cabeza encanecida de su marido y la besó—. Apoya aquí tu pobre cabecita y descansa. ¡Todo irá bien, amor mío! Dios nos protegerá, si Su divina voluntad así lo quiere.

El pobre Jonathan únicamente gemía. No había lugar para las palabras en medio de tanta desdicha.

Tomamos todos juntos una especie de cena ligera, y creo que eso nos animó un poco. Fue, seguramente, el mero bienestar físico que la comida proporciona a los que tienen hambre —pues ninguno de nosotros había tomado nada desde el desayuno—, o puede que la sensación de compañerismo nos reconfortara; pero lo cierto es que nos sentimos menos desgraciados y miramos el porvenir con cierta esperanza. Fieles a nuestra promesa, le contamos a Mrs. Harker todo lo que había pasado. Y aunque unas veces se puso blanca como la nieve, pensando en el peligro que había corrido su esposo, y otras enrojeció, al ponerse de manifiesto la devoción que Jonathan le profesaba, escuchó nuestro relato con valentía y serenidad. Cuando llegamos al pasaje en que Harker se abalanzó contra el Conde tan temerariamente, se agarró al brazo de su esposo y lo apretó con fuerza, como si de esa manera pudiera protegerle de cualquier amenaza futura.

No obstante, no dijo nada hasta que el relato concluyó y la pusimos al corriente de todo lo sucedido hasta el momento presente. Entonces, sin soltar la mano de su esposo, se levantó y habló. ¡Ay!, ojalá pudiera dar una idea de la escena; de esa mujer, afable y bondadosa, radiante de belleza, juventud y vivacidad, con esa cicatriz roja en la frente, de la que ella era consciente, y cuya visión nos hacía rechinar los dientes… al recordar cuándo y cómo se había producido; de su amorosa bondad frente a nuestro inflexible odio; de su delicada confianza frente a nuestros temores y dudas; y de nosotros mismos, que, a pesar de toda su bondad, su pureza y su fe, sabíamos que al menos simbólicamente, había sido proscrita por Dios.

—Jonathan —dijo, y la palabra sonó como música en sus labios por el amor

y ternura que en ella rebosaba—, querido Jonathan, y ustedes mis fieles, fidelísimos amigos: quiero que tengan presente una cosa mientras dure esta situación tan espantosa. Ya sé que deben luchar… que deben destruir, como destruyeron a la falsa Lucy para que la auténtica pudiera vivir para siempre; pero no se trata de una empresa guiada por el odio. Esa pobre criatura, causante de todo este sufrimiento, es lo más triste de todo. Piensen si no cuál será su alegría cuando él también sea destruido en su peor faceta, para que la mejor pueda alcanzar la inmortalidad espiritual. Tienen que ser misericordiosos con él también, aunque eso no deba contenerles a la hora de destruirlo.

Mientras hablaba, observé que el rostro de su esposo se ensombrecía y se contraía, como si la ira que le dominaba estuviese consumiendo la esencia misma de su ser. Instintivamente oprimió con más fuerza la mano de su esposa, hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Pero ella no se inmutó por el dolor que yo sabía que debía de estar padeciendo, sino que le miró con ojos más suplicantes que nunca. Y cuando ella dejó de hablar, él se puso en pie de un salto, soltándose violentamente de la mano de ella.

—Ojalá lo pusiera Dios en mis manos el tiempo suficiente para poder destruir su vida terrenal como pretendemos. ¡Y si además pudiera enviar su alma al infierno para que arda eternamente, lo haría!

—¡Calla, calla! ¡En nombre del buen Dios! No digas esas cosas, Jonathan, esposo mío, o me abrumarás de miedo y horror. Piensa, cariño mío (yo he estado pensando en ello todo este largo, larguísimo día) que… quizás… algún día… yo también pudiera necesitar esa compasión; y que algún otro como tú, con igual motivo, ¡podría negármela! ¡Ay, esposo mío!, desde luego me hubiera gustado evitarte semejante pensamiento, de haber existido algún otro medio; pero ruego a Dios que no tome en cuenta tus insensatas palabras, salvo como el lamento desgarrado de un hombre enamorado y profundamente afligido. ¡Oh, Dios!, que estos pobres cabellos encanecidos pongan en evidencia lo mucho que ha sufrido, él que no ha hecho mal a nadie en toda su vida, y sobre el que tantas desgracias han caído.

En aquellos momentos fuimos nosotros, los hombres, los que nos deshicimos en lágrimas. No pudimos resistirlo y lloramos abiertamente. Ella también lloró, al ver que sus más bondadosos consejos nos habían persuadido. Su esposo cayó de rodillas a su lado y, rodeándola con sus brazos, ocultó su rostro entre los pliegues de su vestido. Van Helsing nos hizo señas y salimos sigilosamente de la habitación, dejando a los dos amantes a solas con su Dios.

Antes de retirarse, el Profesor acondicionó la habitación para impedir que

entrara el vampiro, asegurando a Mrs. Harker que podía dormir tranquila. Ella trató de fingir que le creía, y aparentó estar contenta, evidentemente por su esposo. Fue un valeroso esfuerzo, que, espero y confío, no quedará sin recompensa. Van Helsing les había dejado una campanilla al alcance de la mano para que cualquiera de los dos pudiera hacerla sonar en caso de emergencia. Cuando se retiraron, Quincey, Godalming y yo acordamos quedarnos levantados, repartiéndonos la noche entre los tres, para así velar por la seguridad de la afligida joven. La primera guardia recayó en Quincey, de modo que los demás nos iremos tan pronto como podamos. Godalming ya se ha recogido, porque tiene la segunda guardia. Y ahora que he terminado mi trabajo, yo también me voy a ir a la cama.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

3/4 DE OCTUBRE, HACIA LA MEDIANOCHE

Ayer creía que el día no iba a acabarse nunca. Deseaba dormirme; tenía una confianza ciega en que al despertarme encontraría todo cambiado, y que cualquier cambio sería preferible. Antes de separarnos, discutimos cuál debía ser nuestro siguiente paso, pero no logramos ponernos de acuerdo. Lo único que sabíamos era que al Conde todavía le queda un cajón de tierra, cuyo emplazamiento solo conoce él. Si decide mantenerse oculto, puede que nos confunda durante años; ¡y mientras tanto!… la idea es tan horrible, que ni siquiera me atrevo a pensar en ella. Una cosa sí sé: que si alguna vez hubo una mujer que fuera todo perfección, esa es mi pobre y amantísima esposa. La quiero mucho más por su gesto compasivo de anoche, que me hizo comprender lo despreciable que era mi propio odio por el monstruo. Seguramente Dios no permitirá que el mundo se empobrezca con la pérdida de una criatura semejante. Esa es mi esperanza. Ahora mismo vamos a la deriva, y la fe es nuestra única ancla. Gracias a Dios, Mina duerme y no tiene pesadillas. Me asusta cómo serán sus pesadillas, con tan terribles recuerdos en que basarse. No la había visto tan tranquila desde la puesta del sol. Entonces, durante un rato, apareció en su rostro una expresión de sosiego, como la primavera después de los aguaceros de marzo. Al principio pensé que era la suavidad del rojo crepúsculo que iluminaba su rostro, pero ahora creo que tiene un significado más profundo. No tengo sueño, aunque estoy cansado… mortalmente cansado. No obstante, debo tratar de

dormir; hay que pensar en mañana, pues no pienso descansar hasta…

MÁS TARDE.— Debí quedarme dormido porque me despertó Mina, que se había incorporado en la cama, con una expresión de sobresalto en el rostro. Podía verla sin dificultad, ya que no habíamos dejado la habitación a oscuras; me había puesto una mano en la boca para prevenirme y acto seguido me susurró al oído:

—¡Calla! ¡Hay alguien en el pasillo!

Me levanté sigilosamente y atravesé la habitación, abriendo la puerta poco a poco. Fuera, tendido en un colchón, estaba Mr. Morris, completamente despierto, y levantó la mano para advertirme que guardara silencio, al tiempo que me susurraba:

—¡Chitón! Vuelva a la cama; todo va bien. Uno de nosotros pasará aquí toda la noche. ¡No queremos correr ningún riesgo!

Su mirada y su gesto impedían cualquier discusión, de modo que regresé al cuarto y se lo conté a Mina. Ella suspiró y un atisbo de sonrisa cruzó por su pálido semblante, al tiempo que me rodeó con sus brazos y me dijo dulcemente:

—¡Doy gracias a Dios por la bondad y el valor de esos hombres!

Y después de suspirar de nuevo, volvió a quedarse dormida. Escribo esto ahora porque no tengo sueño, aunque debo intentar dormirme otra vez.

4 DE OCTUBRE, POR LA MAÑANA

Una vez más Mina volvió a despertarme durante la noche. Esta vez habíamos dormido bastante los dos, pues la claridad grisácea del amanecer destacaba nítidamente los rectángulos de las ventanas, y la llama de la lámpara de gas parecía más una mancha que un disco luminoso. Mina me dijo precipitadamente:

—Ve a buscar al Profesor. Quiero verle inmediatamente.

—¿Por qué? —pregunté.

—Tengo una idea. Supongo que se me debe haber ocurrido durante la noche, y que habrá ido madurando sin darme cuenta. Tiene que hipnotizarme antes de que amanezca, entonces podré hablar. Ve corriendo, cariño; se está haciendo tarde.

Me dirigí a la puerta. El doctor Seward descansaba echado en el colchón y, al verme, se puso en pie de un salto.

—¿Ocurre algo? —preguntó alarmado.

—No —repliqué—; pero Mina desea ver inmediatamente al doctor Van

Helsing.

—Iré a buscarle —dijo. Y se fue corriendo a la habitación del Profesor.

Dos o tres minutos más tarde, Van Helsing entró en la habitación en bata, y Mr. Morris y Lord Godalming se quedaron en la puerta con el doctor Seward, haciéndole preguntas sobre lo sucedido. Cuando el Profesor vio a Mina, una sonrisa… una auténtica sonrisa disipó la preocupación de su rostro; luego se frotó las manos y dijo:

—Mi querida Madam Mina, eso sí que es un cambio. ¡Vea, amigo Jonathan, hoy nuestra querida Madam Mina ha vuelto a recuperar el aspecto que tenía antes!

Luego, volviéndose hacia ella, le dijo animadamente:

—¿Qué puedo hacer por usted? Porque supongo que a estas horas me habrá llamado por algo.

—¡Quiero que me hipnotice! —dijo—. Tiene que ser antes de que amanezca, pues presiento que ahora puedo hablar, y además con entera libertad. ¡Dese prisa, no nos queda mucho tiempo!



Sin decir palabra, le indicó con la mano que se incorporara en la cama. Mirándola fijamente, comenzó a hacer pases delante de ella, desde lo alto de la cabeza hacia abajo, uno con cada mano alternativamente. Mina le miró fijamente

durante unos minutos, durante los cuales mi corazón latía como un martinete, pues tenía el presentimiento de que se acercaba el momento crítico. Poco a poco fue cerrando los ojos y se quedó completamente inmóvil. Solo podía notarse que estaba viva por el lento subir y bajar de su pecho. El Profesor hizo unos cuantos pases más y luego se detuvo; pude observar que tenía la frente cubierta de gruesas gotas de sudor. Mina abrió los ojos; pero no parecía la misma mujer. Su mirada era distante y había en su voz una tristeza soñadora que era nueva para mí. Alzando la mano para imponerme silencio, el Profesor me indicó con una seña que hiciera pasar a los demás. Entraron de puntillas, cerrando la puerta tras ellos, y se quedaron a los pies de la cama, observando. Mina pareció no verles. Van Helsing rompió el silencio, diciendo en un tono de voz muy bajo que no interrumpiera el curso de los pensamientos de ella:

—¿Dónde se encuentra?

La respuesta llegó en un tono neutro:

—No lo sé. Los sueños no tienen ningún sitio que puedan llamar suyo.

Durante varios minutos hubo silencio. Mina permanecía rígida, y el Profesor seguía mirándola fijamente; los demás apenas nos atrevíamos a respirar. Cada vez entraba más luz en la habitación. Sin apartar los ojos del rostro de Mina, el doctor Van Helsing me indicó con la mano que levantase la persiana. Así hice y el día se nos cayó encima. Entró por la ventana un rayo rojo, y una tenue luz rosada pareció difundirse por la habitación. Inmediatamente, el Profesor volvió a hablar.

—¿Dónde se encuentra ahora?

La respuesta fue vaga, pero intencionada; como si estuviese interpretando algo. Le he oído ese mismo tono de voz cuando me leía sus notas taquigráficas.

—No lo sé. ¡Me parece todo tan raro!

—¿Qué es lo que ve?

—No veo nada; está todo oscuro.

—¿Qué oye?

Pude percibir cierta tensión en la paciente voz del Profesor.

—El chapoteo del agua. Está borboteando, y hay un poco de oleaje. Lo oigo fuera.

—¿Está entonces en un barco?

Nos miramos unos a otros, tratando de sacar algo en limpio. Nos daba miedo pensar. La respuesta llegó rápida:

—¡Oh, sí!

—¿Qué más oye?

—Ruido de pisadas de hombres que corren de un lado a otro por encima de mi cabeza. El chirriar de una cadena, y un fuerte tintineo como cuando el linguete del cabrestante cae sobre la rueda del trinquete.

—¿Qué está haciendo?

—Estoy quieta… ¡ay!, demasiado quieta. ¡Como una muerta!

La voz se desvaneció y en su lugar quedó una respiración profunda, como de alguien que duerme; y sus ojos, que estaban abiertos, se volvieron a cerrar.

Mientras tanto había salido el sol, y estábamos todos a plena luz del día. El doctor Van Helsing cogió a Mina por los hombros y depositó suavemente su cabeza sobre la almohada. Por unos momentos permaneció acostada como un niña dormida, pero luego se despertó, con un profundo suspiro, y nos miró con asombro al vernos alrededor de su cama.

—¿He hablado en sueños? —fue lo único que dijo.

No obstante, pareció comprender la situación sin que le dijéramos nada; aunque estaba impaciente por saber lo que había dicho. El Profesor repitió la conversación y ella dijo:

—Entonces no hay tiempo que perder: ¡puede que no sea demasiado tarde todavía!

Mr. Morris y Lord Godalming se fueron hacia la puerta, pero la voz tranquila del Profesor les hizo retroceder:

—Quédense, amigos míos. Ese barco, donde quiera que esté, levaba anclas mientras ella hablaba. En este momento hay muchos barcos levando anclas en su inmenso puerto de Londres. ¿Cuál de ellos es el que usted busca? Demos gracias a Dios por tener de nuevo una pista, aunque no sabemos adonde puede conducirnos. Hemos estado ciegos en cierto modo; ciegos como suelen estarlo los hombres, puesto que cuando miramos hacia atrás, vemos lo que podríamos haber visto desde el principio, si hubiésemos sido capaces de ver lo que podíamos haber visto. ¡Vaya!, esa frase es un galimatías, ¿no? Ahora sabemos en qué pensaba el Conde cuando cogió ese dinero, a pesar de que la tremenda cuchillada de Jonathan le puso en tan serio peligro que incluso llegó a sentir miedo. Quería escapar. ¿Han oído?, ¡ESCAPAR! Comprendió que con un solo cajón de tierra que le quedaba, y una partida de hombres persiguiéndole como perros tras un zorro, Londres no era lugar seguro para él. Ha debido embarcar su último cajón en un barco, y se marcha de este país. Piensa escapar, pero ¡no!, le seguiremos. ¡Hala!, como diría el amigo Arthur al ponerse la chaqueta roja.

Nuestro viejo zorro es astuto; tan astuto que debemos seguirle con astucia. Yo también soy astuto y me imagino lo que piensa en estos momentos. Mientras tanto, podemos descansar tranquilos, porque el agua que nos separa no la querrá atravesar, ni podría aunque quisiera… a menos que el barco tocase tierra, y eso solo podría hacerlo con la marea alta o baja. Vean, acaba de salir el sol y tenemos todo el día por delante hasta que vuelva a ponerse. Tomemos un baño, y vistámonos antes del desayuno, que todos necesitamos y hoy podremos tomar tranquilamente, puesto que ya no se encuentra en nuestro país.

Mina le miró con ademán suplicante, preguntándole:

—Pero ¿por qué tenemos que seguir buscándole, si se ha alejado de nosotros?

El Profesor le cogió una mano y le dio unas palmadas, al tiempo que contestaba:

—No me pregunte nada todavía. Cuando hayamos desayunado, contestaré todas sus preguntas.

No dijo nada más, y nos separamos para vestirnos.

Después del desayuno, Mina repitió su pregunta. El Profesor la miró gravemente un momento, y luego dijo con pesar:

—Porque mi querida Madam Mina, ahora más que nunca debemos encontrarle, ¡aunque tengamos que seguirle hasta las mismas fauces del infierno!

Mina palideció al preguntar en voz baja:

—¿Por qué?

—Porque —contestó solemnemente— él puede vivir durante siglos, y en cambio usted no es más que una simple mortal. A partir de ahora el tiempo es nuestro peor enemigo… desde que el Conde le hizo esa marca en el cuello.

Llegué a tiempo de cogerla mientras caía hacia adelante desmayada.

Capítulo XXIV



DIARIO DEL DR. SEWARD
[Grabación dictada por Van Helsing para Jonathan Harker]

Usted debe quedarse con su querida Madam Mina. Nosotros seguiremos con nuestra investigación… si puedo llamarla así, ya que no investigamos nada, pues sabemos de qué se trata; solo buscamos la confirmación. Pero hoy debe quedarse a cuidarla usted. Es su mejor y más sagrado servicio. Él no podrá venir hoy aquí. Déjeme ponerle al corriente de lo que nosotros cuatro ya sabemos, pues a ellos se lo he contado. Nuestro enemigo se ha marchado; ha regresado a su castillo en

Transilvania. Estoy tan seguro de ello, como si una gigantesca mano de fuego lo hubiera escrito en la pared. En cierto modo había previsto lo que ha ocurrido: ese último cajón de tierra estaba listo para embarcar en alguna parte. Por eso cogió el dinero; por eso se dio prisa en irse en el último momento, para que no le cogiéramos antes de la puesta del sol. Era su última esperanza, a no ser que pudiese esconderse en la tumba de la pobre Miss Lucy, pensando que al ser ella de los suyos, estaría abierta para él. Pero no hubo tiempo. Al fallarle esa posibilidad, se fue derecho a su último refugio… su última fortificación, podría decir si quisiera darle una *double entente*. Es listo, ¡muy listo! Ha comprendido que aquí su juego ha terminado, y por eso decidió regresar a su país. Ha encontrado un barco que hace la misma ruta por la que él vino, y se ha embarcado en él. Nos vamos ahora para averiguar qué barco es, y adonde se dirige; cuando lo hayamos descubierto, volveremos y se lo contaremos todo. Eso les consolará a usted y a la pobrecita Madam Mina, y les dará nuevas esperanzas. Pues si piensa bien en ello, todavía hay esperanzas: no está todo perdido. Al monstruo que perseguimos le llevó centenares de años llegarse hasta Londres; y en cambio nosotros, en cuanto conocimos sus intenciones, le echamos en un solo día. Tiene limitaciones, aunque todavía es capaz de hacer daño y no padece como nosotros. Pero nosotros también somos fuertes, cada uno en lo suyo, y mucho más todavía juntos. Anímese de nuevo, querido esposo de Madam Mina. Esta batalla no ha hecho más que comenzar, y al final venceremos… tan cierto como que Dios está en lo alto velando por Sus hijos. Por tanto, esté usted tranquilo hasta que volvamos.

VAN HELSING

DIARIO DE JONATHAN HARKER

4 DE OCTUBRE

Cuando le referí a Mina el mensaje grabado por Van Helsing, la pobre se animó extraordinariamente. La certeza de que el Conde ya no se encuentra en nuestro país, bastó para proporcionarle consuelo; y eso la ha fortalecido. En lo que a mí respecta, ahora que no nos enfrentamos cara a cara con ese horrible peligro, me parece casi imposible creer en él. Incluso mis terribles experiencias en el castillo de Drácula me parecen una pesadilla del pasado, olvidada hace ya

tiempo. Aquí a pleno sol, acariciados por el vivificante aire otoñal…

¡Ay! ¡Cómo no voy a creer en él! En medio de esos pensamientos, mis ojos se fijaron en la cicatriz roja sobre la blanca frente de mi amada. Mientras la siga teniendo, no es posible dudar. Y más adelante, su solo recuerdo mantendrá mi fe tan transparente como el cristal. A Mina y a mí nos da miedo estar desocupados, de modo que hemos vuelto a repasar nuestros diarios una y otra vez. Por alguna razón, aunque la realidad parece cada vez más abrumadora, el sufrimiento y el temor parecen menores. Hay en todo esto una especie de propósito manifiesto que nos sirve de guía y de consuelo. Mina dice que quizás seamos instrumentos para llegar a un buen fin. ¡Puede ser! Procuraré pensar como ella. Todavía no hemos hablado de nuestro futuro. Es mejor esperar hasta ver de nuevo al Profesor y a los demás, después de sus investigaciones.

El día se me está pasando más deprisa de lo que nunca pensé que pudiera volverme a pasar, dadas las circunstancias. Son ya las tres.

DIARIO DE MINA HARKER

5 DE OCTUBRE, 5 LA TARDE

Reunión para informar. Presentes: el profesor Van Helsing, Lord Godalming, el doctor Seward, Mr. Quincey Morris, Jonathan Harker y Mina Harker.

El doctor Van Helsing dio cuenta de las gestiones realizadas durante el día para averiguar en qué barco y con qué destino había escapado el Conde.

—Como sabía que quería regresar a Transilvania, estaba seguro de que tenía que ir por la desembocadura del Danubio, o por algún otro lugar del mar Negro, ya que esa fue la ruta que siguió para venir hasta aquí. Nuestra falta de información era desalentadora. *Omne ignotum pro magnifico*[33]. De modo que, con el corazón apesadumbrado, nos pusimos a comprobar los barcos que habían partido la noche pasada en dirección al mar Negro. Va en un velero, ya que Madam Mina habló de que estaban izando velas. Pero los veleros no son tan importantes como para figurar en las listas de embarque del *Times*, de modo que, a sugerencia de Lord Godalming, fuimos a Lloyd's, donde se registran todos los barcos que zarpan, por pequeños que sean. Allí averiguamos que el único barco con destino al mar Negro zarpa con la marea. Es el *Zarina Catalina*, que zarpa del muelle de Doolittle con destino a Varna, y desde allí a otros puertos

remontando el Danubio. "¡Caramba! —me dije—, ese es el barco en el que va el Conde". De modo que nos fuimos al muelle de Doolittle, y allí encontramos a un hombre en una caseta de madera tan pequeña, que apenas cabía dentro. Le preguntamos por la salida del *Zarina Catalina*. Tenía el rostro congestionado y voz potente, y no paraba de soltar tacos, pero al mismo tiempo era un buen tipo. Y en cuanto Quincey le dio algo de su bolsillo que crujía al enrollarlo, y él se lo guardó en una bolsita que llevaba oculta entre la ropa, se mostró todavía más amable y nuestro más humilde servidor. Acompañado por nosotros, preguntó a varios hombres toscos y vehementes, que también se portaron como buenos tipos en cuanto aplacaron su sed. Hablaron de sangre y de lozanía[34], y de otras cosas que no comprendí, aunque adiviné su significado; no obstante, nos dijeron todo lo que queríamos saber.

»Nos informaron de que ayer tarde, a eso de las cinco, llegó un hombre que parecía tener prisa. Era un individuo alto, delgado y pálido, con una imponente nariz, dientes muy blancos y unos ojos que parecían brasas. Iba todo de negro, si exceptuamos un sombrero de paja que no encajaba ni con él ni con la estación. Repartió su dinero para informarse si había algún barco que zarpara inmediatamente rumbo al mar Negro, y a qué puerto se dirigía. Alguien le llevó a las oficinas, y luego al barco, pero no subió a bordo, sino que se detuvo en el muelle al pie de la pasarela, y le pidió al capitán que bajase a hablar con él. El capitán accedió en cuanto le dijo que le pagaría bien; y aunque al principio soltó muchos tacos, acabó por aceptar sus condiciones. Entonces el hombre delgado se fue, después de que alguien le indicara dónde podía alquilar un caballo de tiro y un carro. Fue a donde le dijeron, y pronto estuvo de vuelta, conduciendo el carro, en el que llevaba un enorme cajón, que él mismo bajó, a pesar de que hicieron falta varios hombres para colocarlo en la carretilla y subirlo a bordo. Dio una serie de indicaciones al capitán sobre cómo y dónde debía ser colocado el cajón. Pero aquello no le gustó al capitán, quien, blasfemando en varias lenguas, le dijo que si le parecía podía subir a ver dónde lo ponían. Él contestó que "no", que en aquellos momentos no podía subir porque tenía mucho que hacer. Después de lo cual el capitán le dijo que sería mejor que se diese prisa —con sangre—, pues su barco zarparía de aquel lugar —de sangre— antes de que cambiase la marea —con sangre—. Entonces el hombre delgado sonrió, y le dijo que por supuesto podría zarpar cuando lo juzgara conveniente, pero que le sorprendería que se fuera tan pronto. El capitán soltó de nuevo varios tacos, en varias lenguas, y el hombre delgado le hizo una reverencia, y le dio las gracias, diciéndole que abusaría una vez más de su amabilidad subiendo a bordo poco antes de zarpar. El

capitán, más congestionado que nunca, y en más lenguas, le dijo finalmente que no quería franceses —con lozanía y con sangre— en su barco —con sangre también—. Y de esta manera, después de preguntar dónde podía encontrar una tienda próxima en la que pudiera adquirir los formularios de embarque, el hombre delgado partió.

»Nadie supo dónde fue ni "les importaba su lozanía", como ellos dijeron, porque tenían otras cosas en qué pensar —de nuevo con sangre—. Pero pronto se puso de manifiesto que el *Zarina Catalina* no podría zarpar a la hora prevista. Una fina neblina comenzó a subir del río, y fue espesándose poco a poco, hasta convertirse en una densa niebla que envolvió el barco y todo lo que le rodeaba. El capitán siguió soltando tacos en muchos más idiomas, con lozanía y sangre; pero no podía hacer nada. El agua estaba subiendo cada vez más, y empezaba a temerse que no podría aprovechar la marea alta. Estaba de muy mal humor, cuando, en el preciso momento en que la marea alcanzaba su cota más alta, el hombre delgado subió por la pasarela y le pidió que le mostrara dónde habían estibado su cajón. El capitán le respondió que se fueran al infierno tanto él como su cajón —viejo y con mucha lozanía y sangre—. Pero el hombre delgado no se ofendió y bajó con el piloto a comprobar dónde lo habían colocado; luego subió a cubierta y se quedó un rato, en medio de la niebla. Debió marcharse solo, ya que nadie se dio cuenta. Realmente no pensaron más en él, ya que pronto comenzó a levantarse la niebla, y todo volvió a estar completamente despejado. Mis sedientos amigos, que tanto hablaban de lozanía y sangre, se rieron mucho al contarme que los tacos del capitán sobrepasaron con creces sus habituales conocimientos políglotas, y fueron más pintorescos que nunca, cuando, al preguntar a otros marineros que en aquel momento navegaban por el río, descubrió que la mayoría no había visto ni rastro de niebla, salvo la que cubría el muelle. No obstante, el barco zarpó con la marea baja, y por la mañana sin duda se encontraría muy cerca de la desembocadura del río. Cuando hablamos con ellos, debía encontrarse ya en alta mar.

Por eso, mi querida Madam Mina, por el momento podemos estar tranquilos, pues nuestro enemigo navega, con la niebla a sus órdenes, rumbo a la desembocadura del Danubio. Navegar a vela requiere su tiempo, por muy rápido que sea el velero. Nosotros iremos por tierra que es más rápido, y le esperaremos allí. Lo ideal para nosotros sería dar con él cuando esté metido todavía en su cajón, entre la salida y la puesta del sol; porque entonces no podrá defenderse, y podremos ocuparnos de él como es debido. Tenemos varios días por delante para ultimar nuestro plan. Sabemos exactamente a dónde va, pues hemos visitado al

armador del barco, que nos ha mostrado las facturas y demás papeles. El cajón que buscamos será desembarcado en Varna, y entregado a un consignatario, un tal Ristics, que presentará allí sus credenciales, con lo que nuestro amigo comerciante habrá cumplido su parte. Cuando nos preguntó si ocurría algo, pues en ese caso podía telegrafiar solicitando una investigación en Varna, le dijimos que "nada", que lo que había que hacer no era cosa de la policía ni de la aduana. Lo debemos hacer nosotros solos y a nuestra manera.

Cuando el doctor Van Helsing terminó de hablar, le pregunté si tenía la certeza de que el Conde permanecía todavía a bordo de ese barco.

—Tenemos la mejor prueba —replicó—: su propio testimonio, durante su trance hipnótico de esta mañana.

Le volví a preguntar si era realmente necesario que persiguiesen al Conde, porque temo que Jonathan me abandone, ya que estoy segura de que irá, si van los demás. Al principio me contestó con calma, pero fue acalorándose poco a poco, y a medida que hablaba aumentó cada vez más su enfado y su contundencia, hasta que al final todos comprendimos dónde residía esa autoridad personal que había hecho de él un maestro entre los hombres.

—Sí que es necesario. ¡Absolutamente necesario! En primer lugar, por su propio bien, y luego por el bien de la humanidad. Ese monstruo ha causado ya mucho daño en el reducido ámbito en el que se mueve, y en el poco tiempo en que únicamente era un cuerpo que ponía a prueba sus posibilidades, que desconocía. Todo esto se lo he explicado ya a los demás. Usted, mi querida Madam Mina, se enterará de ello cuando escuche la grabación de mi amigo John, o la que yo le hice a su esposo. Como ya les dije, la medida de abandonar su país vacío —vacío de gente— y venir a un nuevo país, donde la vida humana rebosa, como las espigas en un trigal, fue obra de varios siglos. Si otro no-muerto como él, hubiese intentado hacer lo que él ha hecho, quizás no le hubieran bastado para conseguirlo todos los siglos pasados ni los que quedan por venir. En su caso han debido de coincidir, de un modo casi asombroso, todas las fuerzas de la naturaleza que permanecen ocultas, y son ininteligibles pero poderosas. El mismo lugar donde ha vivido como no-muerto durante todos estos siglos está lleno de curiosidades geológicas y químicas. Hay cavernas y grietas profundas que nadie sabe hasta dónde llegan. Existen antiguos volcanes cuyos cráteres todavía expulsan aguas de extrañas propiedades y gases que matan o vivifican. Sin duda hay algo magnético o eléctrico en algunas de estas combinaciones de fuerzas ocultas que favorecen de un modo extraño la vida física; y él llevaba en su interior, desde el principio, algunas de esas grandes

cualidades. En una época difícil y belicosa, fue célebre por tener más templados nervios de acero, un cerebro más sutil y un corazón más valeroso, que ningún otro hombre. Curiosamente, en él ha encontrado su apogeo algún principio vital; y del mismo modo que su cuerpo se robustece, crece y se desarrolla, otro tanto sucede con su cerebro. Todo ello sin esa ayuda diabólica que sin duda debe de haber conseguido, ya que le obliga a someterse a los poderes que proceden del bien y son su símbolo.

»Ahora veamos lo que representa para nosotros. A usted la ha contagiado… ¡oh!, mi querida señora, perdóneme que le hable así, lo hago por su bien. La ha contagiado de tal manera, que aunque no volviera a hacerlo, usted viviría… seguiría viviendo tan agradablemente como antes, pero al llegarle su hora, la muerte, que es el destino común de los humanos por sanción divina, la convertiría en un ser como él. ¡Eso no debe suceder! Todos nosotros hemos jurado que eso no ocurrirá.

Así que somos ministros de la voluntad de Dios: que el mundo y los hombres por quienes Su Hijo murió, no sean entregados a los monstruos, cuya misma existencia le desacredita. Ya nos ha permitido redimir un alma, y vamos a intentar redimir más, como los antiguos cruzados. Como ellos partiremos hacia Oriente; y como ellos, si perecemos, será por una buena causa.

—Pero —dije yo, aprovechando su pausa—, ¿no es posible que el Conde saque consecuencias de este fracaso? Ya que ha sido expulsado de Inglaterra, ¿no la evitará, como el tigre evita la aldea de la que ha sido ahuyentado?

—¡Ajajá! —dijo—. Su símil del tigre es bastante acertado; voy a adoptarlo. Su devorador de hombres, como llaman en la India al tigre que ha probado una vez la sangre humana, ya no quiere ninguna otra presa, sino que merodea incesantemente hasta que la consigue. Nosotros también ahuyentamos de nuestra aldea a un tigre, un devorador de hombres, y jamás cesará de merodear. Más aún, no es de los que se retiran y se mantienen a distancia. Mientras vivió su auténtica vida, cruzó la frontera turca y atacó a sus enemigos en su propio terreno; y aunque fue rechazado, ¿acaso se detuvo? ¡No! Volvió una y otra vez. Tal es su perseverancia y su resistencia. El cerebro de niño que tenía hacía tiempo que había concebido la idea de ir a una gran ciudad. ¿Y qué hizo? Localizó el lugar que le pareció más prometedor. Luego se dedicó poco a poco a prepararse para dicha empresa. Comprobó pacientemente cuáles eran sus fuerzas y sus poderes. Estudió nuevas lenguas. Aprendió nuevas normas de vida social, nuevas costumbres, política, leyes, finanzas, ciencias, la manera de ser de un nuevo país y un nuevo pueblo surgido en época posterior a la suya. Lo que entrevió no hizo

más que agudizar su apetito y avivar su deseo. Más aún, contribuyó a desarrollar su cerebro; pues todo eso le demostró lo acertadas que fueron al principio sus suposiciones. Todo eso lo ha hecho él solo, ¡completamente solo!, desde una tumba en ruinas, en un país olvidado. Cuánto más no podrá hacer cuando tenga acceso al mundo excelso del pensamiento. Él, que es capaz de reírse de la muerte, como sabemos; que puede prosperar en medio de enfermedades que aniquilan pueblos enteros. ¡Ah!, si semejante ser procediera de Dios y no del Diablo, qué fuerza más beneficiosa podría ser en este viejo mundo nuestro. Pero nos hemos comprometido a librar al mundo de este monstruo. Debemos trabajar en silencio y actuar en secreto; pues en esta época ilustrada, en que los hombres no creen siquiera lo que ven, la incredulidad de los sabios sería lo que más le fortalecería. Le serviría al mismo tiempo de vaina, de coraza y de arma, para destruirnos a nosotros, sus enemigos, que estamos dispuestos a poner en peligro incluso nuestras almas por la seguridad de aquella a quien amamos… por el bien de la humanidad, y por el honor y la gloria de Dios.

Después de una discusión general, acordamos no tomar ninguna decisión definitiva esta noche; consultaremos los hechos con la almohada, y trataremos de extraer las conclusiones adecuadas. Mañana nos reuniremos de nuevo, a la hora del desayuno, y después de exponer todos sus propias conclusiones, decidiremos un plan definitivo.

ESTA NOCHE SIENTO UNA PAZ y una tranquilidad maravillosas. Es como si me hubiera librado de alguna presencia amenazadora. Tal vez…

No terminé de formular mi suposición, no pude; porque divisé en el espejo la marca roja de mi frente; y comprendí que todavía soy impura.

DIARIO DEL DR. SEWARD

5 DE OCTUBRE

Nos levantamos todos temprano; creo que el dormir nos sentó bien a todos. Cuando nos reunimos para desayunar estábamos mucho más alegres de lo que ninguno de nosotros esperábamos volver a estar.

Es realmente asombrosa la resistencia de la naturaleza humana. En cuanto eliminamos —de la manera que sea, incluso mediante la muerte— el obstáculo

que nos estorba, no importa cuál, volvemos rápidamente a encontrar nuevos motivos de esperanza y de gozo. Más de una vez, mientras estábamos sentados alrededor de la mesa, puse los ojos en blanco, pensando si todos estos días pasados no habrían sido un sueño. Únicamente volvía a la realidad cuando veía la mancha roja en la frente de Mrs. Harker. Incluso ahora, en que estoy dándole vueltas en la cabeza al asunto, me resulta casi imposible admitir que la causa de todas nuestras tribulaciones siga existiendo. Incluso Mrs. Harker parece olvidarse de sus preocupaciones durante largos ratos; solo de vez en cuando, si algo se lo recuerda, piensa en su terrible cicatriz. Dentro de media hora nos vamos a reunir aquí en mi despacho para decidir nuestro plan de actuación. Solo veo una dificultad inmediata, dictada más por el instinto que por la razón: tenemos que hablar con franqueza todos; y me temo que por alguna misteriosa razón la lengua de la pobre Mrs. Harker esté atada. *Sé* que es capaz de sacar sus propias conclusiones y, por todo lo ocurrido, puedo adivinar lo brillantes y acertadas que deben de ser. Pero no querrá, o no podrá, expresarlas. Le he mencionado esto a Van Helsing, y lo discutiremos cuando estemos solos. Supongo que ese horrible veneno que se ha introducido en sus venas empieza a actuar. El Conde tenía sus motivos para administrarle lo que Van Helsing llamó "el bautismo de sangre del vampiro". Pues bien, puede que se trate de un veneno que se destila de las cosas buenas; ¡en una época en que la existencia de las ptomaínas es un misterio, no deberíamos asombrarnos de nada! De una cosa estoy seguro: si mi instinto no me engaña en relación con los silencios de la pobre Mrs. Harker, la tarea que nos aguarda puede acarrearnos una terrible dificultad, un peligro desconocido. El mismo poder que le impone silencio, puede imponerle su discurso. No me atrevo a seguir adelante en mis sospechas, ¡porque sería faltar con el pensamiento a una mujer noble!

Van Helsing va a venir a mi despacho un poco antes que los demás. Trataré de comentar el asunto con él.

MÁS TARDE

Cuando llegó el Profesor, cambiamos impresiones sobre el estado de cosas. Noté que le rondaba por la cabeza algo que quería comunicarme, aunque no se atrevía a sacarlo a colación. Después de andarse un poco por las ramas, dijo de repente:

—Amigo John, hay algo sobre lo que debemos hablar a solas usted y yo, al menos por el momento. Después, puede que tengamos que confiárselo a los demás.

Se detuvo y yo quedé a la espera.

—Madam Mina —prosiguió—, nuestra pobrecita Madam Mina está cambiando.

Me sacudió un escalofrío al ver así confirmados mis peores temores.

—Después de la triste experiencia de Miss Lucy —continuó Van Helsing—, esta vez debemos estar prevenidos antes de que las cosas vayan demasiado lejos. En realidad, nuestra misión es ahora más difícil que nunca, y este nuevo contratiempo hace que cada hora que pase sea extremadamente importante. He observado que empiezan a presentarse en su rostro los rasgos del vampiro. Por el momento son muy débiles; pero no dejan de ser visibles, si sabemos mirar sin ideas preconcebidas. Sus dientes están algo más afilados, y a veces su mirada es más dura. Pero no es eso todo: sus silencios son ahora más frecuentes, como sucedía con Miss Lucy. Tampoco ella hablaba, aunque escribió lo que quería que se supiese más tarde. Ahora mi temor es otro. Si es capaz, durante el trance hipnótico, de decirnos lo que el Conde ve y oye, ¿no es menos cierto que el que la ha hipnotizado primero, y ha bebido su sangre y le ha hecho beber la suya, podría obligarla, si quisiera, a revelarle lo que ella sabe?

Asentí con la cabeza y él prosiguió:

—Por consiguiente, lo que debemos hacer es impedirlo; tenemos que ocultarle nuestras intenciones, y así no podrá decirle lo que no sabe. ¡Es un penoso deber! ¡Ay!, tan penoso que se me encoge el corazón solo de pensar en ello; pero así debe ser. Cuando nos reunamos hoy, debemos decirle que, por razones que no le podemos revelar, no debe asistir más a nuestras reuniones, lo único que tiene que hacer es ponerse bajo nuestra protección.

Van Helsing se enjugó la frente, pues había comenzado a sudar abundantemente al pensar en el sufrimiento que podía causarle a esa pobre criaturita ya tan torturada. Yo sabía que le consolaría de alguna manera si le decía que yo también había llegado a la misma conclusión; pues en todo caso le evitaría el sufrimiento de la duda. Se lo dije, y el resultado fue el que yo esperaba.

Se acerca la hora de nuestra asamblea general. Van Helsing ha ido a prepararse para la reunión, y para el penoso papel que le ha tocado desempeñar. En realidad creo que su propósito es poder rezar a solas.

MÁS TARDE

Nada más comenzar la reunión, tanto Van Helsing como yo mismo

experimentamos un gran alivio. Mrs. Harker nos había enviado un recado, por medio de su marido, diciendo que en aquella ocasión no se uniría a nosotros, ya que pensaba que era preferible que discutiésemos nuestros movimientos con entera libertad, sin que su presencia nos resultara embarazosa. El Profesor y yo nos miramos unos instantes, y de alguna manera nos sentimos aliviados. Yo, por mi parte, pensé que si Mrs. Harker se había dado cuenta por sí misma del riesgo que corrían, se evitarían muchos sufrimientos así como muchos peligros. Dadas las circunstancias, convinimos, mediante una mirada interrogativa y su respuesta llevando un dedo a los labios, guardar silencio sobre nuestras sospechas, hasta que pudiéramos de nuevo hablar a solas. Inmediatamente empezamos a discutir nuestro plan de campaña. En primer lugar, Van Helsing expuso someramente los hechos.

—El *Zarina Catalina* salió del Támesis ayer por la mañana. Tardará al menos tres semanas en llegar a Varna, aunque navegue a mayor velocidad que nunca. Nosotros, sin embargo, podemos estar allí en tres días, viajando por tierra. Ahora bien, si le concedemos al barco dos días menos de viaje, a causa de las condiciones atmosféricas, que, como sabemos, el Conde puede alterar; y un día y una noche más al nuestro, por los retrasos que podamos tener, nos queda todavía un margen de casi dos semanas. Por tanto, para estar completamente seguros, debemos partir de aquí lo más tarde el día diecisiete. En todo caso, estaremos en Varna un día antes de la llegada del barco, y podremos hacer los preparativos necesarios. Desde luego, iremos todos armados… armados contra toda clase de males, tanto espirituales como físicos.

—Tengo entendido —terció Quincey— que el Conde procede de un país de lobos, y es posible que llegue allí antes que nosotros. Propongo que añadamos a nuestro armamento algún Winchester. Tengo una confianza especial en el Winchester, cuando surge algún problema de esa índole. ¿Recuerdas, Art, cuando nos persiguió una manada en Tobolsk? ¡Lo que habríamos dado entonces por tener cada uno un arma de repetición!

—¡Muy bien! —dijo Van Helsing—. Llevaremos varios Winchester. La mente de Quincey está siempre en todo, pero más aún cuando se trata de ir de caza, aunque mi metáfora es más una deshonra para la ciencia, que los lobos un peligro para el hombre. Mientras tanto, nada podemos hacer aquí; y como me figuro que ninguno de nosotros conoce Varna, ¿por qué no nos vamos más pronto? Lo mismo tendremos que esperar aquí como allí. Podemos prepararnos entre esta noche y mañana, y si todo va bien, podremos partir inmediatamente los cuatro.

—¿Los cuatro? —preguntó Harker, mirándonos inquisitivamente uno a uno.

—¡Desde luego! —replicó de inmediato el Profesor—. ¡Usted debe quedarse para cuidar a su encantadora esposa!

Harker se quedó callado durante un rato, y luego dijo con voz cavernosa:

—Hablaremos del asunto por la mañana. Quiero consultarlo con Mina.

Pensé que había llegado el momento de que Van Helsing le advirtiera que no revelase nuestros planes a su esposa; pero el Profesor no hizo el menor caso. Le miré significativamente y tosí. Pero él se llevó un dedo a los labios por toda respuesta y se alejó.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

5 DE OCTUBRE, AL ATARDECER

Después de nuestra reunión de esta mañana, estuve un buen rato con la mente en blanco. El nuevo rumbo que están tomando los acontecimientos me ha sumido en un estado de perplejidad que prácticamente no me permite razonar. La decisión de Mina de no tomar parte en nuestras deliberaciones me da que pensar; y como no he podido discutirla con ella, he de limitarme únicamente a hacer conjeturas. Ahora estoy más lejos que nunca de hallar una solución. La forma en que los demás aceptaron su decisión también me desconcertó; la última vez que hablamos del asunto convinimos en que no debíamos ocultarnos nada más entre nosotros. Mina ahora duerme, tranquila y apaciblemente como un bebé. Sus labios están combados y su rostro irradia felicidad. Gracias a Dios, todavía puede pasar por momentos así.

MÁS TARDE

¡Qué extraño es todo! Me senté al lado de Mina para observar su plácido sueño, y faltó poco para que yo mismo me sintiera más feliz de lo que, supongo, nunca podré ser. A medida que pasaba la tarde, y la tierra iba cubriéndose de sombras según el sol declinaba, el silencio me parecía cada vez más solemne. De repente, Mina abrió los ojos y, mirándome con ternura, dijo:

—Jonathan, quiero que me prometas una cosa bajo palabra de honor. Una promesa de la que Dios será testigo, a pesar de que me la hagas a mí, y que no deberás romper, aunque me ponga de rodillas y te lo implore llorando

amargamente. Rápido, tienes que prometérmelo enseguida.

—Mina —dije—, una promesa como esa no puedo hacértela sin más. Quizás no tenga derecho a hacerla.

—Pero, vida mía —dijo ella con tanta insistencia, que sus ojos parecieron dos estrellas polares—, soy yo quien te lo pide; y no lo hago por mí. Puedes preguntarle al doctor Van Helsing si no llevo razón; si él no está de acuerdo, puedes hacer lo que quieras. Es más, si más adelante os ponéis todos de acuerdo, quedarás libre de tu promesa.

—¡Te lo prometo! —dije, y por un momento Mina pareció sumamente feliz; aunque yo creo que no puede haber felicidad para ella mientas subsista esa cicatriz roja en su frente.

—Prométeme —dijo ella— que no me dirás nada de los planes urdidos para combatir al Conde. Ni una sola palabra, ni una sola inferencia o suposición, mientras no desaparezca esto de mi frente —y señaló solemnemente la cicatriz. Comprendí que hablaba en serio, y le dije con la misma solemnidad:

—¡Lo prometo! —y mientras lo decía tuve el presentimiento de que desde aquel mismo momento se había cerrado una puerta entre nosotros.

MÁS TARDE, A MEDIANOCHE

Mina ha estado alegre y animada toda la tarde. Tanto es así, que parecía que los demás hubiesen cobrado ánimos, contagiados de alguna manera por su alegría; como consecuencia, incluso yo mismo tuve la impresión de que el pesimismo que pesaba sobre nosotros había desaparecido en cierta manera. Todos nos retiramos temprano. Mina duerme ahora como un bebé; es asombroso que conserve la facultad de dormir en medio de su terrible angustia. Gracias a Dios, ya que así al menos puede olvidar sus preocupaciones. Puede que su ejemplo me influya, como lo hizo esta noche su alegría. Lo intentaré. ¡Ah!, daría cualquier cosa por poder dormir sin tener pesadillas.

6 DE OCTUBRE, POR LA MAÑANA

Otra sorpresa. Mina me despertó temprano, a la misma hora que ayer, y me pidió que llamara al doctor Van Helsing. Pensé que sería para hipnotizarla otra vez, y fui a buscar al Profesor sin preguntarle nada. Evidentemente, él estaba esperando algo así, pues le encontré vestido en su habitación. Como su puerta estaba entornada, es posible que oyera abrirse la puerta de nuestra habitación. Acudió inmediatamente; nada más entrar, preguntó a Mina si también podían

venir los demás.

—No —dijo ella simplemente—, no será necesario. Después podrá contárselo a ellos. Tengo que acompañarles en su viaje.

El doctor Van Helsing se sobresaltó tanto como yo.

—¿Por qué? —preguntó, después de un corto silencio.

—Tienen que llevarme con ustedes. Estaré más segura si les acompaño, y ustedes también lo estarán.

—Pero ¿por qué, mi querida Madam Mina? Usted sabe que su seguridad constituye nuestro más sagrado deber. Vamos a afrontar un peligro, al que usted está, o puede estar, más expuesta que ninguno de nosotros, debido… a las circunstancias… a las cosas que han ocurrido.

Se interrumpió, algo desconcertado. Mina levantó un dedo y se señaló la frente, al tiempo que le contestaba:

—Lo sé. Por eso debo ir. Se lo puedo decir ahora, mientras el sol está alto; quizás no tenga otra oportunidad. Sé que cuando el Conde me lo ordene, tendré que ir con él. Sé que si me manda que vaya en secreto, acudiré valiéndome de la astucia; mediante cualquier estratagema, aunque tenga que engañar… incluso a Jonathan.

Dios es testigo de la mirada que me dirigió mientras hablaba, y si realmente existe un ángel que hace recuento de nuestras acciones, habrá tomado nota de esa mirada para premiarla por toda una eternidad. Solo pude estrecharle la mano. Fui incapaz de hablar; estaba demasiado emocionado para optar siquiera por el alivio de las lágrimas.

—Ustedes los hombres —prosiguió ella—, son fuertes y valerosos. Son fuertes en número, ya que juntos pueden enfrentarse a eso, que acabaría con la resistencia de cualquier hombre si tuviera que valerse por sí mismo. Además, puedo serles útil, ya que pueden hipnotizarme y enterarse así de cosas que ni siquiera yo misma sé.

—Madam Mina —dijo el doctor Van Helsing muy seriamente—, es usted, como siempre, de lo más sensato. Vendrá con nosotros; y juntos llevaremos a cabo lo que hemos venido a hacer.

Cuando el Profesor terminó de hablar, el prolongado silencio de Mina me hizo mirarla. Se había quedado dormida, recostada en la almohada; ni siquiera se despertó cuando levanté la persiana y dejé que la luz del sol inundara la habitación. Van Helsing me hizo una seña para que me fuera con él discretamente. Fuimos a su habitación, y unos minutos después Lord

Godalming, el doctor Seward y Mr. Morris se unieron también a nosotros. Les contó lo que le había dicho Mina, y prosiguió:

—Saldremos para Varna por la mañana. Ahora tenemos que contar con un nuevo factor: Madam Mina. ¡Ah!, qué criatura más leal. Ha debido de ser un tormento para ella tener que decirnos todo lo que nos ha dicho; pero lleva razón, nos ha avisado a tiempo. No debemos desperdiciar ninguna ocasión, y una vez en Varna debemos estar preparados para actuar nada más llegar el barco.

—¿Qué haremos exactamente? —preguntó Mr. Morris lacónicamente.

El Profesor hizo una pausa antes de contestar.

—Lo primero de todo, subir a bordo de ese barco; luego, cuando hayamos identificado el cajón, pondremos encima de él una rama de rosal silvestre. La sujetaremos convenientemente, y así nadie podrá salir; por lo menos eso dice la superstición. Ya que, en principio, debemos confiar en la superstición; antiguamente era la única creencia del hombre, y en ella tiene todavía sus raíces la fe. Después, en cuanto tengamos la oportunidad que buscamos, cuando no haya nadie cerca que pueda vernos, abriremos el cajón y… todo irá bien.

—Yo no esperaré a que se presente alguna oportunidad —dijo Morris—. En cuanto vea el cajón, lo abriré y destruiré al monstruo, aunque hubiera un millar de hombres observándome, ¡aunque fuera aniquilado inmediatamente después!

Estreché instintivamente su mano, que estaba tan firme como el acero. Supongo que comprendió mi punto de vista; eso espero.

—Buen muchacho —dijo el doctor Van Helsing—. Y valiente. Quincey es todo un hombre, que Dios le bendiga. Créame, hijo mío, ninguno de nosotros se quedará atrás ni se detendrá a causa del miedo. Yo solo digo lo que podemos hacer… lo que debemos hacer. Pero, en efecto, no podemos saber lo que haremos. Pueden pasar tantas cosas, y son tan variadas las alternativas y los posibles desenlaces, que hasta que llegue el momento nada podemos decir. Iremos todos armados, en todos los sentidos; y cuando nos acerquemos al instante final, no vacilaremos. Ahora pongamos en orden nuestros asuntos. Dejemos arreglado todo lo referente a nuestros seres queridos y a aquellos que dependen de nosotros; porque ninguno de nosotros puede decir cuándo, ni cómo acabará todo esto. Por lo que a mí se refiere, mis asuntos están en regla, y como no tengo nada más que hacer, iré a ocuparme de los preparativos del viaje. Compraré los billetes y lo demás.

Como no había nada más que decir, nos separamos. Pondré en orden todos mis asuntos terrenales, y me prepararé para lo que pueda venir…

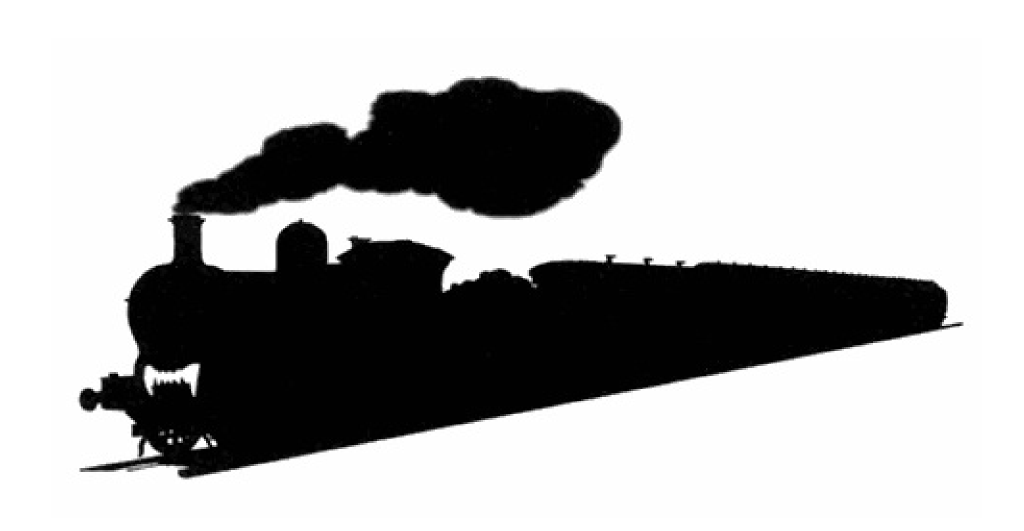
MÁS TARDE

Ya está; he terminado de redactar mi testamento. Si Mina me sobrevive será mi única heredera. De no ser así, estos buenos amigos que tan bien se han portado con nosotros serán los que recibirán lo que deje.

El sol se dirige ahora a su ocaso; me he dado cuenta por lo inquieta que está Mina. Estoy seguro de que está preocupada por algo, que me revelará en el momento exacto en que el sol se oculte. Esos momentos se están convirtiendo en un serio motivo de angustia para todos nosotros, ya que cada amanecer y cada crepúsculo trae consigo un nuevo peligro… un nuevo pesar, que, sin embargo, si Dios lo quiere, puede servir para que todo termine bien. Escribo estas cosas en el diario, ya que mi amada no debe oírlas por ahora. Si llegara el día en que pudiera conocerlas, aquí están, listas para ser leídas.

Me está llamando.

Capítulo XXV



DIARIO DEL DR. SEWARD

11 DE OCTUBRE, POR LA NOCHE

Jonathan Harker me ha pedido que anote esto en mi diario, porque dice que él apenas tiene fuerzas para hacerlo, y quiere que quede consignado con exactitud.

Creo que ninguno de nosotros se sorprendió cuando nos pidió que fuéramos a ver a Mrs. Harker, poco antes de ponerse el sol. Hemos llegado a comprender recientemente que la salida y la puesta del sol son para ella unos momentos especiales en los que goza de libertad; en los que su verdadero yo puede manifestarse sin que ninguna otra fuerza predominante la sojuzgue, ni la

reprima, ni la incite a actuar. Ese humor o estado anímico comienza una media hora antes de la salida o la puesta del sol, y dura hasta que el sol termina de salir, o mientras las nubes siguen encendidas por los rayos que se filtran por el horizonte. Al principio se trata de una especie de estado contradictorio, como si se liberase de algún tipo de atadura, al que sigue inmediatamente una libertad absoluta; no obstante, cuando esa libertad cesa, le sobreviene rápidamente una vuelta atrás o recaída, precedida únicamente por un período de silencio premonitorio.

Cuando nos reunimos esta noche, parecía un tanto incómoda, y presentaba todos los síntomas de una lucha interior. Lo achaqué al violento esfuerzo que hizo en los primeros instantes de su recuperación. Sin embargo, pocos minutos después recobró por completo el control de sí misma; entonces, haciendo una seña a su esposo para que se sentara a su lado en el sofá, donde estaba medio recostada, obligó a los demás a que acercásemos nuestras sillas. Cogió la mano de su esposo entre las suyas, y empezó a hablar.

—Estamos aquí reunidos libremente, ¡quizás por última vez! Ya lo sabes, vida mía; tú estarás siempre conmigo hasta el fin.

Esas palabras iban dirigidas a su esposo, cuya mano tenía, como todos podíamos ver, estrechamente apretada entre las suyas.

—Mañana temprano —prosiguió— partiremos para llevar a cabo nuestra misión y solo Dios sabe lo que el destino nos tiene reservado a cada uno de nosotros. Son tan buenos conmigo que van a llevarme con ustedes. Sé que harán todo lo que unos hombres valerosos y ardientes puedan hacer por una pobre y débil mujer, cuya alma quizás esté perdida… no, no es posible, todavía no, aunque en todo caso en peligro. Pero deben recordar que yo no soy como ustedes. En mi sangre, en mi alma, hay un veneno que puede destruirme; que va a destruirme, a no ser que nos ayude alguien. ¡Ay, amigos míos!, ustedes saben tan bien como yo que mi alma está en peligro; y aunque sé que tengo una salida, ¡ni ustedes ni yo debemos considerarla!

Nos miró, suplicante, a todos, uno por uno, empezando y terminando con su esposo.

—¿Cuál es esa salida? —preguntó Van Helsing con voz ronca—. ¿Cuál es esa salida, que no debemos… que no podemos… considerar?

—Que yo muera ahora, por mi propia mano o por la de otro, antes de que se produzca un daño mucho mayor. Yo sé, y ustedes también, que una vez muerta podrían liberar mi espíritu inmortal, como hicieron con la pobre Lucy. Si fuese la

muerte, o el miedo a morir, lo único que se interpusiera, no me asustaría morir aquí, ahora mismo, en medio de los amigos que me quieren. Pero la muerte no es todo. No puedo creer que sea voluntad de Dios morir en un caso como este, cuando todavía tenemos esperanzas y una amarga tarea que cumplir. Por tanto, en lo que a mí atañe, renuncio a la certeza del descanso eterno, y me adentro en la oscuridad donde quizás acechen los seres más perversos de este mundo o del otro.

Permanecimos callados, porque sabíamos instintivamente que aquello era solo un preámbulo. Los rostros de los demás estaban inmóviles, y el de Harker de un color gris ceniciento; quizás él adivinase mejor que nadie lo que vendría a continuación.

—Esto es —continuó ella— lo que puedo aportar a la colación de bienes.

No dejó de chocarme que utilizara ese pintoresco término legal en semejantes circunstancias, y con la mayor seriedad.

—¿Qué aportan cada uno de ustedes? —prosiguió rápidamente—. Sus vidas, lo sé; eso es fácil para unos hombres valerosos como ustedes. Sus vidas son de Dios, y pueden devolvérselas a Él. Pero ¿qué me darán a mí?

Volvió a mirarnos interrogativamente, pero esta vez evitó el rostro de su esposo. Quincey pareció comprenderla, ya que asintió con la cabeza y el rostro de ella se iluminó.

—Les diré francamente lo que quiero —añadió—, ya que ahora no debe de haber ninguna duda entre nosotros a este respecto. Deben prometerme todos y cada uno de ustedes (incluso mi amado esposo) que, si llegase el momento, me matarán.

—¿Qué momento? —dijo Quincey, en voz baja y algo forzada.

—Cuando se convenzan de que he cambiado tanto, que es preferible que muera a que siga viviendo. Cuando mi cuerpo haya muerto, sin mayor dilación, me atravesarán con una estaca y me cortarán la cabeza; ¡o harán todo lo necesario para proporcionarme el descanso eterno!

Quincey fue el primero en levantarse, tras la pausa que siguió a estas palabras. Se arrodilló ante ella y, tomando su mano, dijo solemnemente:

—No soy más que un tipo rudo, que quizás no haya vivido como debiera vivir un hombre para ganarse semejante distinción, pero le juro por todo lo que considero más sagrado y querido, que si llegara ese momento, no retrocederé ante el deber que usted nos ha impuesto. ¡Y le prometo también, que me aseguraré, porque en caso de tener alguna duda, consideraré que ha llegado el

momento!

—¡Es usted un verdadero amigo!

Fue lo único que pudo decir, ahogada por las lágrimas, mientras se inclinaba y le besaba la mano.

—¡Yo le juro otro tanto, mi querida Madam Mina! —dijo Van Helsing.

—¡Y yo! —dijo Lord Godalming.

Uno tras otro, nos arrodillamos todos ante ella para prestar juramento. Yo fui el siguiente. Luego su esposo se volvió hacia ella, con ojos tristes y una palidez verdosa que suavizaba la nívea blancura de su cabello.

—¿Yo también debo prometerlo, esposa mía? —preguntó.

—Tú también, cariño —dijo ella, con un infinito anhelo de compasión en su voz y en sus ojos—. No debes vacilar. Tú eres lo más cercano y lo más querido para mí, mi único mundo; nuestras almas se han fundido en una sola para toda la vida y para siempre. Pienso, querido, que ha habido veces en que hombres valientes tuvieron que matar a sus esposas y demás mujeres de su familia para impedir que cayeran en poder del enemigo. Sus manos no titubearon porque aquellas a quienes amaban les suplicasen que las matasen. ¡Es un deber del hombre para con aquellos a quienes ama, en penosos momentos de prueba como estos! Y si debo morir a manos de alguien, que sea a manos del hombre que más me ama. Doctor Van Helsing, no he olvidado su compasión, en el caso de la pobre Lucy, por el hombre que la amaba —se detuvo, sonrojándose fugazmente, y luego modificó la frase—, por el que más derecho tenía a devolverle la paz. Si volviese a repetirse la misma situación, cuento con usted para que mi esposo pueda recordar felizmente durante el resto de su vida que fue su mano amorosa la que me liberó de esa espantosa esclavitud a la que estaba sometida.

—¡Lo juro otra vez! —resonó la voz del Profesor.

Mrs. Harker sonrió, realmente sonrió, mientras se recostaba, diciendo, con un suspiro de alivio:

—Y ahora una cosa más, una advertencia que nunca deben olvidar: esta vez, si es que llega, es posible que lo haga rápida e inesperadamente, y en tal caso no deben perder tiempo a la hora de aprovechar la oportunidad que se les presenta. Si llegara a ocurrir, yo misma podría estar… ¡mejor dicho! *estaré…* aliada con su enemigo, y en contra de ustedes. Una petición más —al decir esto se puso muy solemne—, que no es vital ni necesaria como la otra: quiero que hagan una cosa por mí, si les parece bien.

Asentimos todos, aunque nadie dijo nada; no había necesidad de hablar.

—Quiero —prosiguió ella— que me lean el Oficio de Difuntos.

La interrumpió un profundo gemido de su esposo. Ella cogió su mano entre las suyas y continuó:

—Algún día tendrán que leérmelo. Cualquiera que sea el resultado de esta tremenda situación, será un bonito recuerdo para todos nosotros, o al menos para algunos. Vida mía, espero que seas tú el que lo lea, de ese modo tu voz perdurará en mi recuerdo para siempre… ¡pase lo que pase!

—Pero, querida —imploró Jonathan—, tu muerte está aún muy lejana.

—No —dijo ella, levantando la mano en señal de advertencia—. ¡En estos momentos me siento más cerca de la muerte que si sobre mí pesara una losa sepulcral!

—¡Ay, esposa mía! ¿De veras tengo que leerlo? —dijo, antes de empezar a leer.

—¡Me reconfortará, esposo mío!

Fue lo único que dijo. A continuación le pasó el misal a su esposo, abierto por la página correspondiente, y este empezó a leer.

¿Cómo podría yo —ni nadie— describir aquella extraña escena, su solemnidad, su melancolía, su tristeza, su horror, y no obstante, su ternura? Incluso un escéptico, que no ve más que una parodia de la amarga verdad en todo lo que es sagrado o emotivo, se habría sentido conmovido si hubiese visto a aquel pequeño grupo de amigos cariñosos y leales arrodillados en torno a aquella mujer afligida y pesarosa; o si hubiese oído el tono dolorido y angustioso de la voz de su esposo, tan quebrada por la emoción que a menudo tenía que detenerse en su lectura del sencillo y hermoso oficio de difuntos. No… no puedo continuar… ¡las palabras… y la voz… me fallan!

El instinto de Mrs. Harker no la había engañado. Por extraña que fuese, por increíble que nos pueda parecer después a nosotros, que en aquellos momentos experimentamos su poderosa influencia, la escena nos reconfortó bastante. Y el silencio de Mrs. Harker, que anunciaba su inminente recaída en ese estado anímico de pérdida de libertad, no nos pareció a ninguno tan preñado de desesperación como habíamos temido.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

VARNA, 15 DE OCTUBRE

Salimos de la estación de Charing Cross la mañana del día doce, llegando aquella misma noche a París, donde ocupamos nuestras plazas reservadas en el Oriente Exprés. Viajamos día y noche, llegando aquí a eso de las cinco. Lord Godalming fue al consulado a ver si había llegado algún telegrama para él, mientras los demás nos dirigimos a este hotel… el Odessus. Es posible que durante el viaje ocurriera algún incidente; pero yo estaba demasiado ansioso por llegar como para preocuparme de ellos. Hasta que el *Zarina Catalina* no entre en el puerto, no hay nada en el vasto mundo que pueda interesarme. Gracias a Dios, Mina está bien y parece incluso más fuerte; le está volviendo el color. Duerme mucho; durante el viaje ha venido durmiendo casi todo el tiempo. Sin embargo, antes de la salida y la puesta del sol, está muy despabilada y activa; y en tales momentos Van Helsing ha adquirido la costumbre de hipnotizarla. Al principio necesitó esforzarse y tuvo que hacerle muchos pases; pero ahora parece que Mina se rinde enseguida, como si se hubiera convertido en una costumbre, y apenas tiene que actuar sobre ella. Parece que, en esos momentos concretos, el Profesor tiene poder sobre ella, y sus pensamientos le obedecen. Siempre le pregunta qué es lo que puede ver y oír. A lo primero contesta:

—Nada; todo está oscuro.

Y a lo segundo:

—Oigo chocar las olas suavemente contra el barco, y el flujo impetuoso del agua. El velamen y las jarcias se tensan, y los mástiles y las vergas crujen. El viento sopla con fuerza… lo oigo gemir en los obenques, y la proa hiende las aguas arrojando espuma a los costados.

Es evidente que el *Zarina Catalina* se encuentra todavía en alta mar, navegando a toda máquina rumbo a Varna. Lord Godalming acaba de regresar. Había cuatro telegramas para él, uno por cada día de viaje, y todos del mismo tenor: que en Lloyd's no tenían ninguna noticia de la travesía del *Zarina Catalina*. Antes de marcharse de Londres, Lord Godalming había dispuesto que su consignatario le enviara todos los días un telegrama comunicándole si el barco había dado señales de vida. El mensaje tenía que ser enviado aunque no hubiera noticias del barco, para así asegurarse de que al otro lado del telégrafo se mantenían en estado de alerta.

Cenamos y nos acostamos temprano. Mañana vamos a ver al vicecónsul, para tratar de conseguir, si es posible, que nos dejen subir a bordo del barco, tan pronto como llegue. Van Helsing dice que nuestra única esperanza estriba en que eso ocurra entre la salida y la puesta del sol. Aunque tome la forma de un

murciélago, el Conde no puede cruzar el agua por su propia voluntad, de modo que no podrá abandonar el barco. Como no puede adoptar forma humana sin despertar sospechas —cosa que evidentemente desea evitar—, tendrá que quedarse en el cajón. Por tanto, si pudiésemos subir a bordo después de la salida del sol, estaría a nuestra merced; porque podríamos abrir el cajón y apoderamos de él, como hicimos con la pobre Lucy, antes de que se despertara. Que no piense que vamos a compadecernos de él. Supongo que no tendremos demasiados problemas con los oficiales de la aduana ni con los marineros. Gracias a Dios este es un país en el que mediante el soborno se puede conseguir cualquier cosa, y nosotros estamos bien provistos de dinero. Únicamente tenemos que aseguramos de que el barco no entre en el puerto entre el ocaso y la salida del sol sin que nos lo adviertan; entonces, estaremos a salvo. ¡Me figuro que este caso lo resolverá Don Dinero!

16 DE OCTUBRE

Mina sigue contando lo mismo en sus trances hipnóticos: olas que chocan suavemente contra el barco, flujo impetuoso del agua, oscuridad y vientos favorables. Evidentemente, hemos llegado a tiempo, y cuando tengamos noticias del *Zarina Catalina* estaremos preparados. Como debe cruzar los Dardanelos, estamos seguros de recibir noticias suyas.

17 DE OCTUBRE

Todo está dispuesto, supongo, para recibir al Conde en su viaje de regreso. Godalming le dijo a los fletadores que suponía que el cajón embarcado podía contener algunos objetos robados a un amigo suyo, y obtuvo una autorización oficiosa para abrirlo por su cuenta y riesgo. El armador le dio un papel en el que ordena al capitán que le proporcione toda clase de facilidades para hacer lo que quiera a bordo del barco, y una autorización análoga para su consignatario en Varna. Hemos ido a ver a ese consignatario, que quedó muy impresionado por las atenciones que le prodigó Godalming; estamos absolutamente convencidos de que hará todo lo que pueda para ayudarnos. Ya hemos decidido lo que haremos si logramos abrir el cajón. Si el Conde está dentro, Van Helsing y Seward le cortarán la cabeza inmediatamente y le atravesarán el corazón con una estaca. Morris, Godalming y yo impediremos cualquier injerencia, aunque tengamos que utilizar las armas que llevamos en previsión. El Profesor dice que si podemos hacerle eso al conde, su cuerpo quedará reducido a polvo enseguida. En tal caso, no habría pruebas en contra nuestra, si surgiese alguna sospecha de

asesinato. Pero aunque no fuese así, tendríamos que responder de nuestro acto y quizás algún día este mismo manuscrito pueda servir de prueba para librar de la horca a alguno de nosotros. Por lo que a mí respecta, yo al menos correría el riesgo con sumo gusto, si se presenta la ocasión. Tenemos la intención de no dejar piedra por remover, para llevar a cabo nuestro propósito. Hemos acordado con los oficiales de aduana que tan pronto como sea avistado el *Zarina Catalina*, seremos informados de inmediato por un mensajero.

24 DE OCTUBRE

Una semana entera de espera. Todos los días llega un telegrama para Godalming, pero siempre con el mismo texto: "Sin noticias todavía". Las respuestas de Mina en sus trances hipnóticos, tanto los de la mañana como los de la tarde, no varían: olas que chocan suavemente contra el barco, flujo impetuoso del agua y crujir de mástiles.

TELEGRAMA DE RUFUS SMITH, DE LLOYD'S (LONDRES) A LORD GODALMING A LA ATENCIÓN DEL VICECÓNSUL DE SU MAJESTAD BRITÁNICA (VARNA)

24 DE OCTUBRE

Zarina Catalina avistado esta mañana desde Dardanelos.[35]

DIARIO DEL DR. SEWARD

25 DE OCTUBRE

¡Cómo echo de menos mi fonógrafo! Escribir el diario a pluma me resulta molesto; pero Van Helsing opina que debo hacerlo. Estamos terriblemente alborotados desde que Godalming recibió ayer su telegrama de Lloyd's. Ahora sé lo que deben sentir los soldados en el campo de batalla cuando oyen la orden de entrar en combate. Mrs. Harker fue el único miembro de nuestro grupo que no mostró ningún indicio de emoción. Después de todo, no es extraño que no lo

mostrara; ya que tuvimos especial cuidado en no decirle nada, y cuando está ella presente tratamos a toda costa de que no advierta nuestra agitación. Estoy seguro de que en otros tiempos lo habría notado, por mucho que hubiésemos tratado de ocultarlo; pero en ese sentido, ha cambiado bastante durante las tres últimas semanas. Cada vez está más aletargada, y aunque parece fuerte y de buena salud, y ha recobrado en parte su color. Van Helsing y yo no estamos satisfechos. Hablamos de ella a menudo; no obstante, no hemos dicho nada a los demás. Si el pobre Harker supiera que albergamos la menor sospecha al respecto, se le partiría el corazón… y los nervios desde luego. Van Helsing me ha contado que examina sus dientes con mucho cuidado mientras se encuentra en estado hipnótico, ya que dice que hasta que no empiecen a afilársele, no hay peligro real de que se produzca un cambio en ella. Si se presentara ese cambio, ¡sería preciso tomar medidas!… Ambos sabemos cuáles tendrían que ser esas medidas, aunque no mencionemos lo que pensamos. Ninguno de nosotros debemos echarnos atrás ante esta tarea… por muy atroz que sea pensar en ella. ¡"Eutanasia" es una palabra excelente y reconfortante! Estoy muy agradecido a quienquiera que la inventase.

Solo hay unas veinticuatro horas de navegación desde los Dardanelos hasta aquí, a la velocidad que el *Zarina Catalina* ha venido desde Londres. Por tanto, debería llegar por la mañana; y como es imposible que llegue antes, nos vamos a retirar todos temprano. Nos levantaremos a la una, para estar preparados.



25 DE OCTUBRE, MEDIODÍA

Sin noticias todavía de la llegada del barco. La información que nos ha proporcionado esta mañana Mrs. Harker durante su trance hipnótico ha sido la misma de costumbre, de modo que es posible que tengamos noticias en cualquier momento. Estamos todos muy excitados y alborotados, excepto Harker, que está tranquilo; tiene las manos frías como el hielo, y hace una hora le encontré afilando su largo machete *gurka* que ahora lleva siempre consigo. ¡Mal asunto para el Conde si el filo de este *kukri* llega a rozarle la garganta, empuñado por esa mano tan firme y fría como el hielo!

Van Helsing y yo nos asustamos hoy un poco a causa de Mrs. Harker. Hacia mediodía cayó en una especie de letargo que no nos gustó nada; aunque no le dijimos nada a los demás, a ninguno de los dos nos hizo la menor gracia. Ha estado tan inquieta toda la mañana, que al principio nos alegró saber que dormía. No obstante, cuando su esposo mencionó casualmente que estaba tan profundamente dormida que no pudo despertarla, fuimos a su habitación para comprobarlo personalmente. Respiraba con normalidad y tenía un aspecto tan saludable y pacífico, que decidimos que lo que más le convenía era dormir.

Pobrecita, tiene tanto que olvidar que no es extraño que le siente bien dormir, si eso hace que se olvide de todo.

MÁS TARDE

Nuestra opinión estaba justificada, ya que cuando se despertó, después de un sueño reparador de varias horas, parecía más radiante y con mejor aspecto que en estos últimos días. Al ponerse el sol nos proporcionó, bajo hipnosis, la información habitual. Dondequiera que se encuentre, en alguna parte del mar Negro, el Conde corre hacia su destino. ¡Hacia su perdición, confío!

26 DE OCTUBRE

Otro día sin noticias del *Zarina Catalina*. Ya debería estar aquí. Es evidente que sigue navegando *en alguna parte*, ya que la información de Mrs. Harker durante su trance hipnótico sigue siendo la misma. Es posible que el navío haya tenido que detenerse a veces a causa de la niebla; algunos de los vapores que llegaron ayer noche informaron de la presencia de bancos de niebla tanto al norte como al sur del puerto. Debemos seguir vigilando, ya que el barco puede ser avistado en cualquier momento.

27 DE OCTUBRE, MEDIODÍA

Qué raro; todavía no hay noticias del barco que esperamos. Ayer noche y esta mañana Mrs. Harker nos ha dicho lo acostumbrado: "Olas que chocan suavemente contra el barco y flujo impetuoso del agua", aunque añadió que "el oleaje es muy débil". Los telegramas de Londres dicen lo mismo: "Nada que señalar". Van Helsing está terriblemente inquieto, y me acaba de confesar que teme que el Conde se nos escape. Y añadió significativamente:

—No me gusta nada ese letargo de Madam Mina. Durante el trance hipnótico las almas y los recuerdos pueden hacer las cosas más extrañas.

Iba a preguntarle más cosas, pero en ese preciso momento entró Harker, y el Profesor me hizo una seña con la mano. Esta tarde, cuando se ponga el sol, intentaremos que sea más explícita durante su estado hipnótico.

TELEGRAMA DE RUFUS SMITH, DE LLOYD'S (LONDRES) A LORD GODALMING

A LA ATENCIÓN DEL VICECÓNSUL DE SU MAJESTAD BRITÁNICA (VARNA)

28 DE OCTUBRE

Zarina Catalina avistado hoy, a la una, entrando en Galaţi.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

28 DE OCTUBRE

La llegada del telegrama anunciando la entrada del barco en Galaţi no nos produjo a ninguno la impresión que hubiera sido de esperar. Cierto que no sabíamos dónde, cuando ni como empezaría todo; pero creo que todos esperábamos que ocurriera algo inesperado. La demora en llegar a Varna nos convenció a todos de que las cosas no iban a suceder como hubiésemos querido; solo nos quedaba por saber dónde se produciría el cambio. A pesar de todo, fue una sorpresa. Supongo que la naturaleza es tan optimista que nos hace creer, a pesar nuestro, que las cosas son como debieran ser, y no como sabemos que son. El trascendentalismo es un faro para los ángeles, aunque para el hombre no sea más que una quimera. Fue una experiencia extraña, que cada uno tomó de manera diferente. Van Helsing alzó momentáneamente las manos por encima de su cabeza, como si protestase al Todopoderoso; pero no dijo ni palabra, y unos segundos después se levantó con el rostro completamente rígido. Lord Godalming se puso muy pálido y se sentó, respirando con dificultad. Yo mismo me quedé medio aturdido, y no dejé de mirar con sorpresa a unos y a otros. Quincey Morris se apretó el cinturón con ese movimiento rápido que tan bien conozco; en nuestra época aventurera eso significaba "acción". Mrs. Harker se puso pálida como un muerto, y la cicatriz de su frente parecía arderle; pero cruzó las manos dócilmente y miró para arriba, como si rezara. Harker sonrió —realmente sonrió—, con esa clase de sonrisa sombría y amarga del que ya no espera nada; pero al mismo tiempo su actitud contradijo sus palabras, ya que sus manos buscaron instintivamente la empuñadura de su imponente machete *kukri* y allí se quedaron.

—¿Cuándo sale el próximo tren para Galaţi? —preguntó Van Helsing a todos en general.

—¡Mañana, a las seis y media de la mañana!

Todos abrimos los ojos desmesuradamente, ya que la respuesta venía de Mrs. Harker.

—¿Cómo demonios lo sabe? —dijo Art.

—Olvida usted (o quizás no lo sabe, aunque Jonathan y el doctor Van Helsing sí lo saben) que soy una fanática de los trenes. En mi casa de Exeter solía elaborar horarios de trenes para ayudar a mi esposo. A veces me resultó tan útil, que ahora siempre los estudio antes de cualquier viaje. Sabía que si tuviésemos que ir al castillo de Drácula, debíamos pasar por Galaţi, o en todo caso por Bucarest; de modo que estudié cuidadosamente los horarios. Desgraciadamente no hay mucho que recordar, ya que el único tren sale mañana, como les he dicho.

—¡Qué maravilla de mujer! —murmuró el Profesor.

—¿No es posible tomar un tren especial? —preguntó Lord Godalming.

Van Helsing negó con la cabeza.

—Me temo que no —dijo—. Este país es muy distinto del suyo o del mío; aunque tomásemos un tren especial, probablemente no llegaría tan pronto como el tren normal. Además, tenemos que hacer algunos preparativos. Debemos reflexionar y organizarnos. Usted, amigo Arthur, vaya a la estación a sacar los billetes y prepárelo todo para salir mañana por la mañana. Usted, amigo Jonathan, vaya a ver al consignatario y consiga que le dé una carta de presentación para el consignatario de Galaţi, por la que nos autorice a registrar el barco, como hubiésemos hecho aquí. Morris Quincey, usted vaya a ver al vicecónsul y pídale su ayuda ante su colega en Galaţi y todo cuanto pueda hacer para allanarnos el camino, de modo que no perdamos tiempo cuando crucemos el Danubio. John se quedará con Madam Mina y conmigo, para deliberar. Porque es posible que se retrasen; y en ese caso no importará que se ponga el sol, puesto que yo estaré aquí con la señora para que me dé su información.

—Y yo —dijo Mrs. Harker animadamente, y más recuperada de lo que había estado desde hacía mucho tiempo—, intentaré serle útil en todo lo que pueda: pensaré y escribiré para usted como solía hacer. Algo está cambiando dentro de mí de una manera extraña; ¡me siento más libre de lo que he estado últimamente!

Los tres hombres más jóvenes parecieron alegrarse cuando comprendieron el significado de sus palabras; pero Van Helsing y yo nos miramos inquietos y preocupados. No obstante, en aquel momento no dijimos nada.

Cuando los tres se fueron a realizar su cometido, Van Helsing pidió a Mrs.

Harker que echara un vistazo a la copia de los diarios y le buscara el pasaje del diario de Harker en que cuenta su estancia en el Castillo de Drácula. Ella se fue a traerlo, y en cuanto hubo cerrado la puerta, el Profesor me dijo:

—¡Pensamos lo mismo! ¡Hable claro!

—Algo ha cambiado. Es una esperanza que me asusta, porque puede defraudarnos.

—Así es. ¿Sabe usted por qué le he pedido que traiga el manuscrito?

—¡No! —dije yo—, a menos que fuera para poder quedarse a solas conmigo.

—En parte lleva razón, amigo John, pero solo en parte. Quiero decirle algo. Y al hacerlo, ¡ay!, amigo mío, estoy corriendo un gran… un terrible riesgo; pero creo que debo hacerlo. Cuando Madam Mina dijo aquellas palabras que nos paralizaron el juicio, tuve una inspiración. En el trance de hace tres días, el Conde le envió su espíritu para que le leyera el pensamiento; o mejor todavía, mientras el barco navegaba en alta mar, hizo que ella fuera a verle al cajón de tierra, cuando su espíritu queda liberado a la salida y la puesta del sol. Así fue como se enteró de que estamos aquí; porque ella, que puede ir y venir, y tiene ojos para ver y oídos para escuchar, puede contar más cosas que él, metido en un cajón-ataúd. Su única preocupación ahora es escapar de nosotros. De momento no quiere nada de ella. Está plenamente convencido de que acudirá a su llamada; pero ha interrumpido su comunicación con ella… la ha liberado de su poderoso influjo, para que no acuda a él. ¡Ay!, tengo la esperanza de que nuestros cerebros adultos, que lo han sido desde hace tanto tiempo y no han perdido todavía la gracia de Dios, acabarán imponiéndose a su cerebro infantil, que yace en su tumba desde hace siglos, que todavía no ha alcanzado el nivel de los nuestros, y que únicamente actúa por móviles egoístas y por tanto mezquinos. Aquí viene Madam Mina; ¡ni una palabra sobre su trance! Ella no sabe nada de todo esto; y podría abrumarla y sumirla en la desesperación, precisamente cuando más necesitamos toda su esperanza y todo su coraje; cuando más necesitamos su gran cerebro, semejante al de un hombre, aunque ella sea una encantadora mujer y tenga un poder especial que le dio el Conde, y que no puede arrebatarle por completo… aunque él no lo crea así. ¡Cállese! Déjeme hablar y lo sabrá. ¡Ay!, John, amigo mío, estamos en un aprieto espantoso. Tengo miedo, como nunca lo he tenido antes. Solo nos queda confiar en Dios. ¡Silencio! ¡Aquí viene!

Creí que el Profesor iba a derrumbarse presa de un ataque de nervios, como el que tuvo cuando murió Lucy; pero, haciendo un gran esfuerzo, logró controlarse y estaba perfectamente sereno cuando entró en la habitación Mrs. Harker, contenta y feliz por haber realizado un trabajo que aparentemente le

había hecho olvidar su aflicción. Nada más entrar, le entregó a Van Helsing unas cuantas hojas mecanografiadas. El Profesor les echó una ojeada y su rostro se iluminó mientras leía. Luego, sosteniendo las hojas entre el pulgar y el índice, dijo:

—Amigo John, voy a darle un consejo, aunque tenga ya mucha experiencia, y a usted también Madam Mina, que es joven. No tengan miedo a pensar. A menudo me ha estado rondando por la cabeza un atisbo de pensamiento, pero me da miedo que eche a volar. Y ahora que estoy mejor informado, regreso al punto de partida de ese atisbo y descubro que no era tal, sino un pensamiento cabal, aunque tan nuevo que no tiene todavía fuerza suficiente para alzar el vuelo. Pero, al igual que el "patito feo" de mi amigo Hans Andersen, no se trata en absoluto de un pensamiento de pato, sino de un pensamiento de cisne que volará majestuosamente con sus enormes alas desplegadas, cuando llegue el momento de ponerlas a prueba. Escuchen, voy a leerles lo que escribió Jonathan: "… legó su ardor patriótico a otro de sus descendientes, el cual, en época posterior, cruzó repetidamente el Gran Río con sus tropas para invadir Turquía, volviendo una y otra vez pese a ser rechazado, porque sabía que, aunque regresara solo del ensangrentado campo de batalla donde habían sucumbido los suyos, al fin triunfaría".

"¿Qué nos dice todo esto? ¿Poca cosa? ¡No! La mente infantil del Conde no comprende nada, y por eso habla tan libremente. El pensamiento de adulto de usted tampoco comprende nada, ni el mío, por lo menos hasta ahora. Pero ahí tienen otras palabras de alguien que habla sin pensar porque tampoco sabe lo que significan… lo que *podrían* significar. Lo mismo que hay elementos en reposo, que según las leyes de la naturaleza se ponen en movimiento y entran en contacto… y entonces, ¡paf!, se produce un destello de luz, de gran alcance, que ciega, mata y destruye, pero que muestra toda la tierra que hay aquí abajo en muchas leguas a la redonda. ¿No es así? Bueno, me explicaré. Para empezar, ¿han estudiado ustedes la filosofía del crimen? Sí y no. Usted, John, sí; porque forma parte del estudio de la locura. Usted no, Madam Mina; ya que el crimen no le ha afectado… más que una vez. No obstante, su mente funciona bien, y no razona *a particulari ad universale*. Existe esa peculiaridad en los criminales. Y es tan constante, en todos los países y todas las épocas, que incluso la policía, que no sabe gran cosa de filosofía, ha llegado a conocerla empíricamente, sabe que *existe*. Que es algo empírico. El criminal siempre ejecuta el mismo tipo de crimen… es decir, el verdadero criminal que parece predestinado al crimen, y que no se interesa por ninguna otra cosa. Ese criminal no tiene un cerebro

enteramente adulto. Es inteligente, astuto e ingenioso; pero su cerebro no alcanza el nivel de un adulto. En muchos aspectos es un cerebro infantil. Ahora bien, nuestro criminal está predestinado también al crimen; tiene también un cerebro infantil, y es propio de un niño hacer lo que ha hecho. Los pajaritos, los pececitos, el animal pequeño no aprende a base de principios, sino empíricamente; y cuando aprende algo, lo utiliza como plataforma para aprender más. Como dijo Arquímedes: "*Dos pou sto*", "¡Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo!". Lo que se ha hecho una vez es el punto de apoyo por medio del cual el cerebro infantil se convierte en cerebro adulto; y hasta que no se proponga hacer otra cosa, continúa haciendo lo mismo una y otra vez, ¡exactamente igual a como lo hizo antes!

Y viendo que Mrs. Harker había empezado a batir palmas y le centelleaban los ojos, añadió:

—¡Ah!, querida, veo que abre usted los ojos, y que el relámpago le ha revelado todas las leguas. Ahora hable usted. Cuente a estos dos agudos hombres de ciencia lo que ve con esos ojos tan brillantes.

Le cogió una mano y se la retuvo mientras ella hablaba. El pulgar y el índice del Profesor buscaban su pulso, creo yo que instintiva e inconscientemente.

—El Conde es un criminal, del tipo criminal —dijo ella—. Nordau y Lombroso así lo clasificarían; y *qua* criminal posee una mente imperfecta. Por tanto, ante una dificultad tiene que recurrir al hábito. La clave está en su pasado, y la única página de él que conocemos (y de sus propios labios), cuenta que en una ocasión anterior, cuando se vio metido en lo que Mr. Morris llamaría un "aprieto", abandonó la tierra que había intentado invadir y regresó a su propio país, y desde allí, sin renunciar a su propósito, se preparó para un nuevo intento. Volvió otra vez, mejor equipado, y venció. Ahora ha venido a Londres a invadir un nuevo país. Y al ser vencido, y haber perdido todas sus esperanzas de éxito, poniendo en peligro su propia existencia, ha huido por mar para regresar a su patria; exactamente igual que en tiempos pasados había huido cruzando el Danubio para regresar de Turquía.

—¡Magnífico! ¡Qué mujer tan inteligente! —dijo Van Helsing, entusiasmado, inclinándose para besarle la mano.

Inmediatamente después me dijo, tan tranquilo como si estuviésemos de consulta en la habitación de un paciente:

—Solo tiene setenta y dos pulsaciones; y con toda esta excitación. Tengo esperanzas.

Y volviéndose hacia ella de nuevo, dijo con viva expectación:

—Continúe. Adelante. Tiene más cosas que decirnos, si lo desea. No tema; John y yo lo sabemos. En cualquier caso, yo sí lo sé, y le diré si tiene usted razón. ¡Hable sin miedo!

—Lo intentaré; pero tendrán que perdonarme si parezco egoísta.

—¡No!, no tema, tiene que ser egoísta, ya que es en usted en quien pensamos.

—Pues bien, como buen criminal es egoísta; y como su inteligencia es escasa y sus actos se basan en el egoísmo, se limita a un solo propósito. Ese propósito es inexorable. Lo mismo que huyó cruzando el Danubio, dejando que despedazaran a sus fuerzas, ahora intenta ponerse a salvo, sin que le importe lo demás. De modo que su propio egoísmo ha liberado de alguna manera mi alma del terrible poder que ejercía sobre mí desde aquella noche espantosa. Me he dado cuenta, sí. ¡Gracias a Dios, por Su gran misericordia! Mi alma está ahora más libre de lo que ha estado a partir de aquella noche atroz; y lo único que me atormenta es el temor de que en algún trance o sueño mío haya podido utilizar lo que yo sé para lograr su propósito.

El Profesor se levantó.

—Así que ha utilizado su mente; por eso nos ha dejado aquí en Varna, mientras el barco que le transportaba huía a toda prisa, envuelto en la niebla, hacia Galaţi, donde, sin duda, tenía todo dispuesto para escapar de nosotros. Pero su cerebro infantil solo asimiló hasta ahí; y es posible que, como siempre sucede cuando interviene la Divina Providencia, aquello mismo con lo que el malhechor contaba para su provecho egoísta, se convierta en su principal perjuicio. El cazador cae en su propia trampa, como dice el gran salmista. Porque ahora que piensa que se ha librado de nosotros, y que en su huida nos lleva tantas horas de ventaja, su egoísta cerebro infantil le sugerirá que debe dormir. También cree que, puesto que ha cortado la comunicación con su mente, usted no puede saber nada de él; ¡ahí es donde se equivoca! Ese terrible bautismo de sangre que le administró, le ha dejado a usted libre para acudir a él en espíritu, como hizo hasta ahora en sus momentos de libertad, cuando el sol sale y se pone. En tales ocasiones, usted acude por voluntad mía, no de él; y esa facultad, que le beneficia a usted y a los demás, se la ha ganado padeciendo por su causa. Esta facultad es ahora tanto más inapreciable cuanto que él no sabe que usted la tiene, y para protegerse ha cortado incluso toda comunicación mental con usted, renunciando a saber dónde nos encontramos. Nosotros, en cambio, no somos egoístas, y creemos que en medio de toda esta oscuridad, y en estas horas

sombrías, Dios está con nosotros. Le seguiremos; y no retrocederemos, aunque corramos el peligro de volvernos como él. Amigo John, estos momentos han sido de una gran importancia, y nos han hecho avanzar mucho en nuestro asunto. Ahora debe hacer usted de escribiente y tomar puntual nota de todo esto, para que los demás puedan leerlo cuando regresen de sus respectivas misiones; entonces sabrán tanto como nosotros.

Así que he estado escribiendo esto mientras esperamos su regreso, y Mrs. Harker lo ha mecanografiado todo, a partir del momento en que nos trajo el manuscrito.

Capítulo XXVI



DIARIO DEL DR. SEWARD

29 DE OCTUBRE

Escribo esto en el tren que nos lleva de Varna a Galaţi. Ayer tarde nos reunimos un poco antes de la puesta del sol. Cada uno de nosotros había cumplido su tarea lo mejor que pudo; en cuanto a intención, empeño y oportunidad, estamos preparados para nuestro viaje y para cumplir la tarea que nos aguarda nada más llegar a Galaţi. A la hora de costumbre, Mrs. Harker se preparó para su trance hipnótico; en esta ocasión Van Hesling tuvo que hacer un

esfuerzo más arduo y prolongado de lo que normalmente había sido necesario, para lograr que ella entrara en trance. Normalmente hablaba a la primera indicación; pero esta vez el Profesor tuvo que interrogarla resueltamente para lograr enterarnos de algo. Por fin llegó su respuesta:

—No veo nada; estamos quietos; no oigo ninguna ola chocando contra el casco, sino únicamente un torbellino continuo de agua que golpea la estacha. Oigo por todas partes voces de hombres que se gritan, y el balanceo y crujido de unos remos en los escálamos. En alguna parte suena un disparo; el eco parece lejano. Oigo pasos sobre mi cabeza, y el arrastre de cabos y cadenas. ¿Qué es esto? Veo un destello de luz; siento soplar la brisa en mi rostro.

De pronto se calló. Se había incorporado impulsivamente del sofá donde estaba echada, y había levantado ambas manos, con las palmas hacia arriba, como si sostuviese un peso. Van Helsing y yo nos dirigimos una mirada de comprensión mutua. Quincey alzó ligeramente las cejas y la miró con atención, mientras la mano de Harker apretaba instintivamente la empuñadura de su *kukri*. Hubo una larga pausa. Todos sabíamos que se estaba acabando el tiempo en que ella podía hablar; pero nos dábamos cuenta de que era inútil decir nada. De repente se incorporó y, abriendo los ojos, dijo suavemente:

—¿Alguno de ustedes quiere una taza de té? ¡Deben de estar muy cansados!

Como no podíamos hacer otra cosa que complacerla, aceptamos. Se fue apresuradamente a traer el té y, cuando salió de la habitación, dijo Van Helsing:

—Ya lo ven, amigos. Está muy cerca de la costa: ya ha abandonado su cajón de tierra. Pero todavía no ha llegado a la orilla. Durante la noche puede esconderse en cualquier parte; pero si no es transportado a la orilla, o el barco no atraca, no podrá tocar tierra. En tal caso, podría cambiar de forma, si es de noche, y saltar o volar hasta la orilla, como hizo en Whitby. Pero si se hace de día antes de alcanzar la orilla, entonces no podrá escapar, a menos que sea transportado. Y si fuera transportado, los aduaneros podrían descubrir el contenido del cajón. En resumidas cuentas, si no escapa esta noche, o antes del amanecer, habrá perdido todo un día. De modo que es posible que lleguemos a tiempo; porque si no escapa durante la noche daremos con él a pleno día, encerrado en su cajón, y a nuestra merced; ya que no se atreve a mostrar su verdadera personalidad, despierto y visible, por miedo a ser descubierto.

Como no había más que hablar, esperamos pacientemente hasta el amanecer, momento en el que podíamos enterarnos de más cosas a través de Mrs. Harker.

De madrugada estuvimos atentos, con el aliento contenido, a lo que ella

pudiera decirnos durante su trance. El estado hipnótico tardó en llegar aún más que la vez anterior: y cuando se produjo, era tan poco el tiempo que quedaba para la salida del sol, que empezamos a desesperar. Parecía que Van Helsing ponía el alma entera en el intento, y ella, obedeciendo a su voluntad, contestó por fin:

—Está todo oscuro. Oigo el chapoteo del agua, a mi altura, y crujidos de madera sobre madera.

Se calló, y en ese momento apareció en el horizonte el disco rojo del sol. Tendremos que esperar hasta la noche.

Y así es como vamos camino de Galaţi, angustiados por la expectación. Deberíamos llegar entre las dos y las tres de la mañana; pero en Bucarest llevábamos ya tres horas de retraso, de modo que posiblemente no llegaremos hasta bastante después de la salida del sol. Por tanto, podremos recibir dos mensajes hipnóticos más de Mrs. Harker; puede que uno de ellos, o tal vez los dos, arrojen algo más de luz sobre lo que está sucediendo.

MÁS TARDE

Otra puesta de sol que ha pasado. Por suerte llegó en un momento en que nada podía distraernos; pues si hubiera ocurrido mientras estábamos en la estación, no hubiésemos podido disponer de la tranquilidad y el aislamiento necesarios. Mrs. Harker se resistió a la influencia hipnótica todavía más que esta mañana. Temo que desaparezca su facultad de descifrar las sensaciones del Conde, precisamente cuando más la necesitamos. Me parece que su imaginación empieza a funcionar. Hasta ahora, mientras estaba en trance, se limitaba a los hechos más simples. Si eso continúa igual, puede acabar por despistarnos. Sería muy agradable poder pensar que el poder que el Conde tiene sobre ella se está extinguiendo al mismo tiempo que la facultad de ella para localizarle; pero me temo que no sea así. Cuando finalmente habló, sus palabras fueron enigmáticas:

—Alguien sale; lo siento pasar a mi lado como un viento helado. Oigo unos ruidos confusos a lo lejos… como de hombres hablando en lenguas extrañas, agua que cae impetuosamente, y aullidos de lobo.

Se calló, estremecida toda ella por un escalofrío, que fue intensificándose por momentos, hasta que al final se puso a temblar como si estuviera paralizada. No dijo nada más, a pesar de las imperiosas preguntas del Profesor. Cuando se despertó del trance estaba helada, exhausta y lánguida; pero su mente estaba completamente activa. No podía recordar nada, y quiso saber lo que había dicho;

cuando se lo contamos, meditó a fondo sobre ello durante un buen rato, en silencio.

30 DE OCTUBRE, 7 DE LA MAÑANA

Nos acercamos a Galaţi, y más tarde tal vez no tenga tiempo de escribir. Esta mañana esperábamos todos con ansiedad la salida del sol. Sabiendo que Mina tiene cada vez más dificultades para lograr el trance hipnótico, Van Helsing comenzó sus pases más pronto que otras veces. No obstante, no consiguió ningún resultado hasta la hora acostumbrada, en que ella cedió con mayores dificultades todavía, solo un minuto antes de que el sol saliera. El Profesor se puso a interrogarla sin perder más tiempo, y ella contestó a sus preguntas con igual prontitud.

—Está todo oscuro. Oigo torbellinos de agua a la altura de mis oídos y el crujido de madera sobre madera. Más abajo, a lo lejos, oigo al ganado. Hay otro ruido, muy extraño, como si…

Se interrumpió y palideció, cada vez más.

—¡Siga! ¡Siga! ¡Hable! ¡Se lo ordeno! —dijo Van Helsing con voz angustiada. Al mismo tiempo había desesperación en sus ojos, ya que el sol naciente enrojecía incluso el pálido rostro de Mrs. Harker.

Finalmente abrió ella los ojos, y todos nos sobresaltamos cuando dijo, dulcemente, y al parecer con la mayor indiferencia:

—Profesor, ¿por qué me pide que haga lo que sabe que no puedo hacer? No recuerdo nada.

Luego, viendo la expresión de asombro de nuestros rostros, dijo, mirándonos de uno en uno muy preocupada:

—¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho? No sé nada; solo que estaba ahí tendida, medio dormida, y oí que el Profesor me decía: "¡Siga! ¡Hable, se lo ordeno!". ¡Qué raro me resultó oírle darme órdenes, como si fuese una niña traviesa!

—¡Ay!, Madam Mina —dijo el Profesor con tristeza—, que unas palabras dichas más en serio que nunca, y por su propio bien, puedan resultarle tan raras a usted, a la que me siento orgulloso de obedecer, porque parecen una orden, es una prueba, si es que hace falta alguna, de lo mucho que la quiero y la respeto.

Suenan unos pitidos; nos acercamos a Galaţi. Ardemos de ansiedad e impaciencia.

DIARIO DE MINA HARKER

30 DE OCTUBRE

Mr. Morris me llevó al hotel en el que habíamos reservado habitaciones por telégrafo, pues de entre todos nosotros era el más prescindible ya que no habla ningún idioma extranjero. Las fuerzas se distribuyeron como en Varna, excepto que fue Lord Godalming el que visitó al vicecónsul, ya que su rango podía proporcionarnos una garantía inmediata ante el funcionario, y tenemos una prisa extrema. Jonathan y los dos doctores fueron a ver al consignatario para enterarse de los detalles de la llegada del *Zarina Catalina*.

MÁS TARDE

Ha vuelto Lord Godalming. El cónsul está ausente, y el vicecónsul enfermo; de modo que el trabajo de rutina lo ha llevado a cabo un empleado, que se mostró muy servicial y se ofreció a hacer cuanto estuviera en su mano.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

30 DE OCTUBRE

A las nueve de la mañana fui, en compañía de los doctores Van Helsing y Seward, a ver a los Messrs. Mackenzie & Steinkoff, consignatarios de la firma londinense Hapgood. En respuesta al telegrama de Lord Godalming, habían recibido a su vez un telegrama de Londres, en el que les pedían que tuvieran con nosotros la mayor deferencia posible. Fueron extremadamente amables y corteses, y nos llevaron enseguida a bordo del *Zarina Catalina*, que estaba fondeado en el puerto fluvial. Allí vimos al capitán, un tal Donelson, que nos relató su viaje. Dijo que no había tenido en toda su vida una travesía tan favorable.

—¡Hombre! —dijo—, incluso nos dio miedo, porque suponíamos que tendríamos que pagarlo con alguna racha inesperada de mala suerte, para que todo quedara en un justo término medio. No es prudente navegar desde Londres al mar Negro con viento de popa, como si el mismísimo Diablo soplara a propósito en las velas. Y al mismo tiempo no podíamos ver nada. Cada vez que nos acercábamos a un barco, o a un puerto, o a algún promontorio, nos caía

encima una densa niebla que nos acompañaba durante un buen rato; y cuando se levantaba y mirábamos en torno, ¡maldita sea si podíamos ver algo! Pasamos corriendo por delante de Gibraltar, sin poder hacer señal alguna; y si no fuera porque al llegar a los Dardanelos tuvimos que esperar a que nos autorizaran seguir adelante, no hubiéramos visto a nadie. Al principio, me incliné por amainar las velas y barloventear hasta que la niebla se levantase; pero luego pensé que si el Diablo estaba dispuesto a meternos en el mar Negro a toda velocidad, era muy capaz de hacerlo, lo quisiéramos o no. Una travesía rápida no nos desacreditaría ante los armadores, ni perjudicaría nuestro comercio; y el Viejo, viendo cumplido su propósito, nos estaría visiblemente agradecido por no haberle puesto trabas.

Esta mezcla de ingenuidad y astucia, de superstición y cálculo comercial, incitó a Van Helsing, que dijo:

—Amigo mío, ese Diablo suyo es más listo de lo que algunos se piensan. ¡Y sabe cuándo encuentra la horma de su zapato!

El capitán no se molestó por el cumplido, y prosiguió:

—Cuando llegamos al Bósforo, los hombres empezaron a refunfuñar; algunos de ellos, los rumanos, vinieron a pedirme que tirase por la borda un cajón muy grande que había embarcado un viejo de lo más raro, en el preciso momento en que nos disponíamos a zarpar de Londres. Vi la forma en que miraban a ese sujeto, y cómo cruzaban dos dedos cada vez que le veían, para protegerse del mal de ojo. ¡Hombre!, ¡hay que ver lo ridículas que son las supersticiones de estos extranjeros! Rápidamente los mandé a paseo; pero poco después se nos echó encima un banco de niebla, y me sentí un poco como ellos, aunque no sabría decir si por culpa del cajón grande. Bueno, el caso es que continuamos nuestra travesía, y como la niebla no despejó hasta pasados cinco días, simplemente dejé que el viento nos llevara; ya que si el Diablo quería llegar a alguna parte… ¡pues bien!, iríamos irremediablemente. Y si no, estaríamos alerta de todos modos. Efectivamente tuvimos una travesía favorable y aguas profundas todo el tiempo; y hace dos días, cuando el sol matutino logró atravesar la niebla, descubrimos que nos encontrábamos en pleno río, delante de Galaţi. Los rumanos estaban frenéticos, y querían, por las buenas o por las malas, que arrojase el cajón al río. Tuve que persuadirlos a golpe de espeque; y cuando el último abandonó la cubierta, llevándose las manos a la cabeza, les había convencido de que, con mal de ojo o sin él, la propiedad y la confianza de mis armadores estaban mejor en mis manos que en el Danubio. La verdad es que ya habían subido el cajón a cubierta, dispuestos a arrojarlo al río, y como iba

consignado a Galaţi *vía* Varna, pensé en dejarlo allí hasta poder descargarlo en el puerto y librarme definitivamente de él. Aquel día no pudimos hacer casi nada, y tuvimos que permanecer fondeados toda la noche. Pero por la mañana temprano, una hora antes de la salida del sol, un hombre subió a bordo con una orden por escrito, enviada desde Inglaterra, para recoger un cajón dirigido a un tal Conde Drácula. Efectivamente aquel asunto era de su incumbencia. Tenía los papeles en regla, y poco contento que me puse de poder librarme de aquel maldito chisme, porque yo también estaba empezando a inquietarme. ¡Si el Diablo llevaba algún equipaje a bordo, me imagino que no podía ser otro que ese!

—¿Cómo se llamaba el hombre que lo recogió? —preguntó el doctor Van Helsing, conteniendo su impaciencia.

—¡Enseguida se lo digo! —contestó él y, bajando a su camarote, nos presentó un recibo firmado "Immanuel Hildesheim". Su dirección era Burgen-strasse, número 16. Cuando comprobamos que aquello era lo único que sabía el capitán, le dimos las gracias y nos marchamos.

Encontramos a Hildesheim en su despacho; era un judío, o más bien una caricatura de judío como esos que aparecen en el teatro Adelphi con nariz ovejuna y fez. Su declaración estuvo puntuada con dinero en metálico —nosotros pusimos la puntuación— y tras un pequeño regateo nos contó lo que sabía. Aunque era poca cosa, resultó ser importante. Había recibido una carta de Mr. de Ville de Londres, pidiéndole que recogiera, a ser posible antes del amanecer para evitar la aduana, un cajón que llegaría a Galaţi en el *Zarina Catalina*. Debía entregarlo a un tal Petrof Skinsky, que trataba con los eslovacos que bajaban por el río a comerciar en el puerto. Le había pagado su trabajo con un billete de banco inglés, que él había canjeado a su debido tiempo por oro en el Banco Internacional del Danubio. Cuando llegó Skinsky, lo llevó al barco y le entregó el cajón para ahorrarse el porte. Eso era lo único que sabía.

Buscamos a Skinsky, pero nos fue imposible encontrarlo. Uno de sus vecinos, que no parecía tenerle ninguna simpatía, dijo que se había marchado dos días antes, nadie sabía adonde. Tal información fue confirmada por su casero, que había recibido la llave de la casa con un mensajero, junto con el pago en moneda inglesa del alquiler correspondiente. Eso ocurrió anoche entre las diez y las once. Estábamos otra vez estancados.

Mientras estábamos hablando llegó un vecino corriendo, que dijo con voz entrecortada, casi sin aliento, que habían encontrado el cuerpo de Skinsky detrás de la tapia del cementerio de San Pedro, con la garganta desgarrada, como si hubiera sido atacado por algún animal salvaje. Los que habían estado hablando

con nosotros se fueron corriendo a contemplar aquel horror, y las mujeres gritaban: "¡Eso lo ha hecho un eslovaco!". Nos marchamos de allí apresuradamente, para no vernos involucrados de alguna manera en el asunto y así retrasarnos.

De regreso al hotel no pudimos llegar a ninguna conclusión. Estábamos convencidos de que el cajón se dirigía, por el río, hacia alguna parte; pero teníamos que descubrir todavía hacia dónde exactamente. Con el corazón apesadumbrado fuimos a reunimos con Mina en el hotel.

Lo primero que hicimos al llegar fue discutir si debíamos poner al corriente a Mina de lo que habíamos descubierto. La situación empieza a ser desesperante, y aunque sea arriesgado, es nuestra única oportunidad. Como primera medida, fui dispensado de la promesa que le hice.

DIARIO DE MINA HARKER

30 DE OCTUBRE, POR LA TARDE

Estaban tan fatigados y desanimados que nada podía hacerse hasta que hubieran descansado un poco. De modo que les pedí que fueran a echarse durante media hora mientras yo anotaba en mi diario todo cuanto ha ocurrido hasta ahora. Estoy muy agradecida al hombre que inventó la máquina de escribir portátil, y a Mr. Morris por proporcionarme una. Me hubiera sentido perdida si hubiese tenido que utilizar una pluma…

Ya he terminado; pobrecito Jonathan, ¡cómo debe de haber sufrido!, y ¡cuánto debe de estar sufriendo ahora! Está echado en el sofá, y parece que apenas respira, como si todo su cuerpo se hubiese venido abajo. Tiene el ceño fruncido y la cara contraída por la pena. Pobrecillo, quizás esté pensando, y esas arrugas que veo en su rostro se deban al esfuerzo de concentración que está realizando. ¡Ay!, ojalá pudiera ayudarle… Haré lo que pueda…

Le he pedido al doctor Van Helsing que me consiga todos los documentos que no he visto todavía… Mientras ellos descansan, los examinaré cuidadosamente, y puede que saque alguna conclusión. Trataré de seguir el ejemplo del Profesor, reflexionando sin prejuicios sobre los hechos que tengo ante mí…

Creo que, con la ayuda de Dios, he hecho un descubrimiento. Voy a coger los

mapas para echarles un vistazo…

Estoy más convencida que nunca de que tengo razón. Tengo lista una nueva conclusión. De modo que los reuniré a todos y se la leeré. Ellos juzgarán; hay que ser meticulosos, cada minuto es precioso.

MEMORÁNDUM DE MINA HARKER
(Incluido en su diario)

BASE PARA LA INVESTIGACIÓN

El problema del Conde Drácula consiste en cómo regresar a su propia casa.

a) Alguien tiene que *llevarle*. Eso es evidente; ya que si pudiese desplazarse por sí mismo, como él quisiera, tendría que hacerlo bien como hombre, o bien bajo la forma de lobo, murciélago, o cualquier otro animal. Y evidentemente teme ser descubierto o estorbado, en el estado de impotencia en que debe encontrarse… encerrado en su cajón de madera entre el amanecer y el crepúsculo.

b) *¿Cómo van a llevarlo?* En este punto puede facilitarnos las cosas que procedamos por eliminaciones sucesivas. ¿Por carretera, por ferrocarril, o por vía fluvial?

1. Por carretera

Existen innumerables dificultades, sobre todo para salir de una ciudad.

X) Hay gente; y la gente es curiosa y hace preguntas. Cualquier insinuación, cualquier suposición, cualquier duda sobre lo que puede haber en el cajón, supondría su destrucción.

y) Hay, o puede haber, controles de aduanas y de arbitrios municipales.

z) Sus perseguidores pueden seguirle la pista. Este es su mayor temor; y para evitar ser traicionado ha apartado lo más posible incluso a su víctima… ¡yo!

2. Por ferrocarril

No hay nadie que se ocupe del cajón, que estaría expuesto a sufrir cualquier demora; y una demora sería fatal en estos momentos, con los enemigos pisándole los talones. Es cierto que podría escapar de noche; pero ¿qué sería de

él en un lugar desconocido, sin un refugio donde esconderse? No es esa su intención; no quiere arriesgarse.

3. Por vía fluvial

Este es el medio más seguro, en cierto modo, pero el más peligroso en otro. En el agua carece de poder, excepto de noche; pero incluso entonces, solo puede invocar a la niebla, la tormenta, la nieve y sus lobos. Y si naufragase, en el estado de indefensión en que se encuentra, el agua se lo tragaría, y estaría realmente perdido. Podría dirigir el barco hacia la costa; pero si fuese una tierra hostil, donde no tuviera libertad de movimientos, su situación seguiría siendo desesperada.

Sabemos por mi último informe bajo hipnosis que estaba embarcado; por tanto lo que tenemos que hacer es averiguar por *qué* aguas navega.

Lo primero que hay que hacer es precisar con exactitud qué es lo que ha hecho hasta ahora, porque tal vez arroje alguna luz sobre lo que piensa hacer después.

En primer lugar, debemos distinguir entre su actuación en Londres, como parte de su plan general de acción, y lo que hizo cuando, obligado por las circunstancias, tuvo que arreglárselas como mejor pudo.

En segundo lugar, debemos averiguar, en la medida que nos sea posible deducirlo a partir de los hechos que conocemos, lo que ha hecho aquí.

En cuanto a lo primero, evidentemente intentaba llegar a Galaţi, y mandó una factura a Varna para despistarnos, por si averiguábamos qué medio iba a utilizar para salir de Inglaterra; su inmediato y único propósito entonces era escapar. Prueba de ello es la carta que envió a Immanuel Hildesheim, con instrucciones para descargar y llevarse el cajón *antes de la salida del sol*. También está la orden dada a Petrof Skinsky. Esto solo podemos intentar adivinarlo; pero debe haber existido alguna carta o mensaje, ya que Skinsky fue a ver a Hildesheim.

Sabemos que, hasta ahora, sus planes han tenido éxito. El *Zarina Catalina* realizó una travesía anormalmente rápida… tanto que despertó las sospechas del capitán Donelson; pero su superstición, unida a su artería, hicieron el juego al Conde, y navegó con viento favorable y envuelto en la niebla hasta llegar a Galaţi completamente a ciegas. Que los planes del Conde estaban bien pensados es algo que ha quedado suficientemente demostrado. Hildesheim se hizo cargo del cajón, lo desembarcó, y se lo entregó a Skinsky. Skinsky se lo llevó… y aquí

perdemos la pista. Lo único que sabemos es que el cajón está embarcado en alguna parte. Si había alguna aduana o control de arbitrios, los ha eludido.

Pasemos ahora a lo que debe de haber hecho el Conde desde su llegada… *a tierra*, en Galaţi.

El cajón fue entregado a Skinsky antes del amanecer. Al salir el sol, el Conde pudo aparecer bajo su propia forma. Y cabe preguntarse, ¿por qué eligió a Skinsky para que le ayudase? En el diario de mi esposo se menciona que Skinsky tenía tratos con los eslovacos que bajaban por el río a comerciar en el puerto; y el comentario que hizo el hombre de que su muerte fue obra de un eslovaco, demuestra el sentir general en contra de ellos. El Conde pretendía estar solo.

Mi hipótesis es la siguiente: que en Londres, el Conde decidió regresar a su castillo por mar, por considerarlo el medio más seguro y secreto. Los cíngaros lo habían sacado del castillo, y probablemente debieron de entregar el cargamento a los eslovacos, los cuales transportaron los cajones hasta Varna, ya que allí fueron embarcados para Londres. Así debió de ser cómo tuvo el Conde conocimiento de las personas que podían llevar a cabo este servicio. En cuanto el cajón fue bajado a tierra, antes del amanecer o después del crepúsculo, el Conde salió del mismo, se reunió con Skinsky y le dio instrucciones para que dispusiera su transporte a través de algún río. Una vez hecho eso, y sabiendo que el plan estaba ya en marcha, borró sus huellas, eso creyó, asesinando a su ayudante.

He estado examinando el mapa y he comprobado que los ríos más adecuados para que los eslovacos los remonten son el Prut o el Seret. He leído en el texto mecanografiado que durante mi trance oí mugidos de vaca, aguas revueltas a la altura de mis oídos y crujir de madera. Por tanto, el Conde, metido en su cajón, va por un río en una barcaza… probablemente impulsada a remo o con pértigas, ya que las orillas quedan cerca, y avanza contra corriente. Si navegase a favor de la corriente, no se producirían esos ruidos.

Desde luego, es posible que no sea ni el Seret ni el Prut, pero tal vez podamos hacer más averiguaciones. Si se tratara de uno de estos dos, el más navegable es el Prut; sin embargo, el Seret recibe, a la altura de Fundu, al Bistriţa que asciende hasta el Collado Borgo. La curva que describe pasa tan cerca del Castillo de Drácula que se puede llegar hasta allí por vía fluvial.

DIARIO DE MINA HARKER (Continuación)

CUANDO HUBE TERMINADO DE LEER, Jonathan me cogió en brazos y me besó. Los demás me estrecharon repetidamente ambas manos.

—Nuestra querida Madam Mina —dijo Van Helsing— una vez más nos da otra lección. Sus ojos han visto allí donde los nuestros han estado cegados. Ahora estamos de nuevo sobre la pista, y esta vez puede que tengamos éxito. Nuestro enemigo está más indefenso que nunca; y si podemos llegar hasta él de día, en el agua, nuestra tarea habrá terminado. Ahora nos lleva cierta ventaja, pero le es imposible apresurarse, ya que no puede abandonar su cajón porque entonces los que le transportan podrían sospechar algo; y esas sospechas les incitarían a arrojarlo al río, donde perecería. Él lo sabe y por tanto no se atreverá. Ahora, señores, formemos nuestro consejo de guerra; tenemos que planear ahora mismo lo que debe hacer cada uno de nosotros.

—Yo alquilaré una lancha a vapor y le perseguiré —dijo Lord Godalming.

—Y yo, caballos, para perseguirle por la orilla, y así no tendrá posibilidad de desembarcar —dijo Mr. Morris.

—¡Estupendo! —dijo el Profesor—. Ambas cosas me parecen acertadas. Pero ninguno de ustedes debe ir solo. Para vencer a la fuerza se necesita fuerza; los eslovacos son fuertes y brutales, y llevan armas bárbaras.

Los hombres sonrieron, pues entre todos llevaban un pequeño arsenal.

—He traído algunos Winchester —dijo Mr. Morris—; son muy útiles para enfrentarse a una multitud, y además quizás haya lobos. Recuerden que el Conde ha tomado ciertas precauciones: solicitó a otras personas algo que Mrs. Harker no pudo oír ni entender del todo. Debemos estar preparados en todos los sentidos.

—Creo —dijo el doctor Seward— que es mejor que yo vaya con Quincey. Estamos acostumbrados a cazar juntos y, como ambos estamos bien armados, podemos enfrentarnos a cualquier cosa que se presente. Tú tampoco debes ir solo, Art. Puede que te veas obligado a luchar con los eslovacos, y una cuchillada fortuita (porque no creo que esos tipos lleven armas de fuego) echaría a perder todos nuestros planes. Esta vez no debemos correr ningún riesgo; no descansaremos hasta que la cabeza del Conde haya sido separada del cuerpo y podamos estar seguros de que no podrá reencarnarse.

Mientras hablaba miró a Jonathan, y este me miró a mí. Me di cuenta enseguida de que el pobrecito se atormentaba pensando. Quería quedarse

conmigo, por supuesto; pero lo más probable era que los tripulantes de la embarcación fuesen quienes destruyesen al… vampiro. (¿Por qué he vacilado en escribir esa palabra?) Se quedó callado un rato, y el doctor Van Helsing aprovechó su silencio para hablar:

—Amigo Jonathan, esta misión le corresponde a usted por dos razones. En primer lugar, porque es joven y valiente, y puede luchar; y es posible que al final hagan falta todas las energías. Además, usted tiene todo el derecho a destruirle… pues él fue quien le causó tantos infortunios a usted y a los suyos. Mas no tema por Madam Mina; si me lo permite, yo cuidaré de ella. Soy viejo. Mis piernas ya no son tan veloces como antes, y no estoy acostumbrado a cabalgar tanto, ni a seguir una pista como es debido, ni a luchar con armas mortíferas. Sin embargo puedo ser útil en otros cometidos: puedo luchar de otra forma. Y puedo morir, si es preciso, como los más jóvenes. Ahora déjenme decirle lo que yo haría: mientras ustedes, Milord Godalming y amigo Jonathan, remontan el río en esa pequeña pero rápida embarcación a vapor, y John y Quincey vigilan la orilla, donde tal vez desembarque el Conde, yo llevaré a Madam Mina al corazón mismo del país de nuestro enemigo. Mientras el viejo zorro está atrapado en su cajón, flotando en la corriente, sin poder escapar a tierra (y sin atreverse a levantar la tapa de su cajón-ataúd por miedo a que los transportistas eslovacos, espantados al verlo, le dejen perecer), nosotros seguiremos el mismo itinerario que tomó Jonathan de Bistriţa al Collado Borgo, y conseguiremos llegar al Castillo de Drácula. Seguramente, durante el primer amanecer que nos sorprenda cerca de aquel lugar fatídico, el poder hipnótico de Madam Mina nos servirá de ayuda para encontrar el camino hasta él, que de lo contrario seguiría siendo para nosotros enigmático y desconocido. Hay mucho que hacer todavía, y otros lugares que santificar, para destruir ese nido de víboras.

—¿Pretende decir profesor Van Helsing —le interrumpió Jonathan acaloradamente—, que va a llevar a Mina, en la triste situación en la que se encuentra y contaminada por esa diabólica enfermedad, directamente a la boca del lobo? ¡Por nada en el mundo! ¡Ni por todo el Cielo y el Infierno juntos!

Durante unos momentos casi se quedó sin habla, pero luego prosiguió:

—¿Sabe usted lo que es ese lugar? ¿Ha visto ese espantoso antro de infamias diabólicas… poblado de formas horrorosas que cobran vida a la luz de la luna, y en la que cada mota de polvo que el viento arremolina es embrión de un monstruo devorador? ¿Ha sentido los labios del vampiro en su garganta?

Se volvió hacia mí y posando sus ojos en mi frente, levantó los brazos y gritó:

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué hemos hecho para que nos haya caído encima semejante horror?

Y se derrumbó en el sofá, traspasado de dolor. La voz del Profesor, tan clara y melodiosa que parecía vibrar en el aire, nos tranquilizó a todos.

—¡Ay, amigo mío! Si voy a ese espantoso lugar es precisamente para proteger a Madam Mina. Dios me libre de llevarla a semejante lugar. Allí dentro hay que hacer un trabajo insensato, que sus ojos no deben ver. Todos los hombres que estamos aquí, excepto Jonathan, hemos visto con nuestros propios ojos lo que hay que hacer para que ese lugar quede purificado. Recuerden que estamos en un aprieto terrible. Si el Conde se nos escapa otra vez (y no hay que olvidar que es fuerte, ingenioso y artero), podría decidir quedarse dormido durante un siglo; y entonces, con el tiempo, nuestra querida amiga —me cogió la mano— acudiría a él a hacerle compañía y sería como aquellas otras que usted vio, Jonathan. Usted nos ha descrito cómo se relamían los labios; y oyó sus risas obscenas al apoderarse del saco que el Conde les arrojó, en cuyo interior se movía algo. Se estremece usted, y con razón. Perdone la pena que le causo, pero es necesario. Amigo mío, ¿acaso no daría yo mi vida, si fuera preciso, por esa horrible necesidad? Si alguien tiene que ir a ese lugar para quedarse en él y hacerles compañía, tendría que ser yo.

—Haga lo que quiera —dijo Jonathan, con un sollozo que sacudió todo su ser—. ¡Estamos en manos de Dios!

MÁS TARDE

¡Oh, qué bien me ha sentado ver cómo trabajaban esos valientes! ¿Cómo sería posible que una mujer no amase a unos hombres tan aplicados, tan sinceros y tan valientes? ¡Y también me ha hecho pensar en el asombroso poder del dinero! ¡Cuánto puede conseguirse con él cuando se utiliza como es debido, y cuánto daño puede causar cuando se emplea de manera indigna! Me alegra mucho que Lord Godalming sea rico, y que tanto él como Mr. Morris, que también tiene bastante dinero, estén dispuestos a gastarlo con tanta liberalidad. Si no fuera por ellos, nuestra reducida expedición no podría ponerse en marcha tan pronto, ni tan bien equipada, como lo hará dentro de una hora. Todavía no hace ni tres horas que decidimos lo que haríamos cada uno de nosotros, y Lord Godalming y Jonathan ya se han conseguido una preciosa lancha a vapor, con la caldera preparada para ponerse en marcha inmediatamente. El doctor Seward y Mr. Morris tienen media docena de magníficos caballos, bien aparejados. Disponemos de todos los mapas y de toda clase de instrumentos que hemos

podido reunir. El profesor Van Helsing y yo vamos a irnos esta noche a Bereşţi en el tren de las 11.40, donde conseguiremos un carruaje que nos conduzca hasta el Collado Borgo. Llevamos una buena cantidad de dinero, ya que pensamos comprar un carruaje y unos caballos. Conduciremos nosotros mismos, porque en este asunto no tenemos a nadie en quien poder confiar. Dado que el Profesor tiene nociones de gran cantidad de lenguas, nos las arreglaremos bien. Vamos todos armados, incluso yo, que llevo un revólver de gran calibre; pues Jonathan no estaría conforme si no fuese armada como los demás. Desgraciadamente no puedo llevar un arma de la que los demás sí disponen; la cicatriz de mi frente me lo impide. El querido doctor Van Helsing me consuela, diciendo que el arma que llevo es suficiente en el caso de que hubiera lobos. A cada hora que pasa, el tiempo se va poniendo más frío, y las ráfagas de nieve van y vienen a modo de advertencia.

MÁS TARDE

Tuve que hacer acopio de valor para despedirme de mi amado. Puede que no volvamos a vernos nunca. ¡Ánimo, Mina!, el Profesor te está mirando fijamente; su mirada es una advertencia. Ahora no es momento para lágrimas… a menos que Dios quiera que sean de alegría.

DIARIO DE JONATHAN HARKER

30 DE OCTUBRE, POR LA NOCHE

Escribo esto a la luz que despide la caldera de la lancha a vapor; Lord Godalming la está cargando. Es un experto manejándola, ya que durante años ha tenido una lancha propia en el Támesis y otra en Norfolk Broads. Respecto a nuestros planes, hemos decidido finalmente que la suposición de Mina era correcta, y que si el Conde había elegido alguna vía fluvial en su huida hacia el castillo, solo puede haber sido el Seret, y luego el Bistriţa a partir de su confluencia con aquel. Creemos que el lugar elegido por el Conde para atravesar el país entre el río y los Cárpatos debe encontrarse a unos 47 grados de latitud Norte. No tenemos miedo de navegar a toda máquina río arriba y de noche; el agua es profunda y las riberas están lo suficientemente apartadas para que la navegación resulte bastante fácil, incluso en la oscuridad. Lord Godalming me ha dicho que duerma un rato, ya que, de momento, es suficiente con que uno de

los dos vigile. Pero no puedo dormir… ¿Cómo podría, con el terrible peligro que se cierne sobre mi amada, que ahora debe estar dirigiéndose hacia aquel espantoso lugar?… Mi único consuelo es que estamos en las manos de Dios. Solo por esa confianza, sería más fácil morir que vivir, y librarse así de tantas tribulaciones. Mr. Morris y el doctor Seward salieron para su larga cabalgada antes de que nos pusiéramos en marcha; seguirán la margen derecha, aunque lo suficientemente apartados de ella para poder alcanzar las zonas más elevadas, desde las cuales se puede divisar un buen trecho de río y así evitar sus sinuosidades. Para no llamar la atención, en las primeras etapas les acompañarán dos hombres a caballo que conducirán los caballos de refresco… cuatro en total. Cuando los despidan, que será muy pronto, ellos mismos se ocuparán de los caballos. Puede que sea necesario que juntemos nuestras fuerzas; si así ocurre, todos dispondremos de monturas. Una de las sillas tiene el borrén delantero desmontable, y puede adaptarse fácilmente para Mina, si fuera preciso.

Estamos metidos en una aventura insensata. Todo se agolpa en mi mente, mientras nos apresuramos en medio de la oscuridad, y el frío parece subir del río y abatirse sobre nosotros, al tiempo que oímos en torno nuestro las misteriosas voces de la noche. Parece como si fuéramos arrastrados hacia lugares desconocidos por caminos inexplorados; hacia un mundo tenebroso poblado de seres espantosos. Godalming está cerrando la portezuela del fogón…

31 DE OCTUBRE

Seguimos navegando muy deprisa. Ha amanecido y Godalming duerme. Yo estoy de guardia. Esta mañana hace un frío glacial; aunque llevamos gruesos abrigos de pieles, se agradece el calor del fogón. Hasta ahora solo nos hemos cruzado con algunas barcazas, pero ninguna de ellas llevaba a bordo ningún cajón o bulto de tamaño similar al que buscamos. Cada vez que les enfocábamos con nuestra lámpara eléctrica, los tripulantes se asustaban y, cayendo de rodillas, se ponían a rezar.

1 DE NOVIEMBRE, POR LA TARDE

Hoy tampoco hubo novedades; seguimos sin encontrar lo que andamos buscando. Hemos pasado ya al Bistriţa; y si nuestra suposición es errónea, habremos perdido nuestra oportunidad. Hemos revisado todas las embarcaciones, grandes y pequeñas. A primeras horas de esta mañana, una tripulación nos ha tomado por un barco del gobierno, y nos trató como

corresponde. Como vimos que el malentendido podía facilitarnos las cosas, al llegar a Fundu, donde el Bistriţa confluye con el Seret, nos procuramos una bandera rumana que ahora ondea en lugar visible. El truco ha dado resultado con todos los barcos que hemos registrado a partir de entonces; han tenido con nosotros todo tipo de deferencias, y ni una sola vez nos pusieron objeciones a nada de lo que les hemos preguntado o hecho. Unos eslovacos nos han dicho que se cruzaron con una embarcación grande, que iba a una velocidad superior a la normal, y llevaba a bordo una tripulación doble. Como eso ocurrió antes de que llegaran a Fundu, no pudieron decirnos si la barca se desvió por el Bistriţa, o siguió por el Seret. En Fundu nadie supo darnos noticias de tal embarcación, de modo que debió pasar por allí durante la noche. Tengo mucho sueño y empiezo a notar el frío; sin duda, la naturaleza necesita un descanso de vez en cuando. Godalming insiste en hacer la primera guardia. Dios le bendiga por su bondad para con la pobrecita Mina y para conmigo mismo.

2 DE NOVIEMBRE, POR LA MAÑANA

Ya es pleno día. Mi buen camarada no me ha despertado. Dice que hubiera sido un crimen hacerlo, ya que mientras dormía tan apaciblemente me olvidaba de mis tribulaciones. Me parece despiadadamente egoísta por mi parte haber dormido tanto, dejando que él vigilara toda la noche; pero tenía razón. Esta mañana me siento otro hombre; y mientras estoy aquí sentado velando su sueño, puedo hacer de todo: ocuparme de la caldera, gobernar el timón y vigilar el río. Noto que estoy recuperando mis fuerzas y mi energía. Me pregunto dónde estarán ahora Mina y Van Helsing. Debieron de llegar a Bereşţi hacia el mediodía del miércoles. Como les llevaría algún tiempo hacerse con el carruaje y los caballos, si ya se han puesto en marcha y van deprisa, deberían estar llegando al Collado Borgo. ¡Que Dios les guíe y les ayude! Me da miedo pensar en lo que pueda ocurrirles. ¡Ojalá pudiéramos ir más rápidos! Pero no podemos; las máquinas vibran y dan de sí todo lo que pueden. Me pregunto qué tal les irá al doctor Seward y a Mr. Morris. Parece que bajan de las montañas innumerables arroyos a desembocar en este río, pero como ninguno es caudaloso —de momento al menos, aunque en invierno, cuando la nieve se derrite, sin duda deben de ser tremendos— es posible que los caballistas no hayan encontrado demasiados obstáculos. Espero poder verles antes de llegar a Strasba; porque si para entonces no hemos alcanzado al Conde, puede que tengamos que reunirnos para decidir qué debemos hacer.

DIARIO DEL DR. SEWARD

2 DE NOVIEMBRE

Llevamos ya tres días de marcha, y seguimos sin novedades; pero aunque las hubiera habido, no habría tenido tiempo para anotarlas, ya que cada minuto que pasa es precioso. Únicamente nos hemos detenido para que los caballos tuvieran el descanso que necesitan; sin embargo, lo estamos soportando admirablemente. Nuestras aventuras pasadas nos están resultando muy útiles. Debemos seguir adelante; no estaremos contentos hasta que avistemos de nuevo la lancha.

3 DE NOVIEMBRE

En Fundu nos enteramos de que la lancha ha remontado el Bistriţa. Ojalá no hiciese tanto frío. Hay indicios de que se aproxima una nevada; si cayera con fuerza tendríamos que detenernos. En tal caso, deberíamos procurarnos un trineo para seguir adelante a la manera rusa.

4 DE NOVIEMBRE

Hoy nos hemos enterado de que la lancha de nuestros amigos ha tenido que detenerse por una avería, al tratar de remontar unos rápidos. Las barcas de los eslovacos los remontan fácilmente con ayuda de una cuerda y su pericia en el timón. Algunas los habían remontado tan solo unas horas antes. Godalming es un mecánico aficionado, y fue él naturalmente el que la puso otra vez en condiciones. Finalmente remontaron los rápidos, ayudados por gente de las cercanías, y de nuevo emprendieron la persecución. Me temo que la barca no haya quedado demasiado bien después del accidente; los campesinos nos han dicho que al llegar otra vez a aguas tranquilas se estuvo parando de vez en cuando mientras estuvo al alcance de su vista. Debemos apresurarnos más que nunca; es posible que necesiten nuestra ayuda muy pronto.

DIARIO DE MINA HARKER

31 DE OCTUBRE

Llegamos a Bereşti a mediodía. El Profesor me ha dicho que esta mañana, al amanecer, tuvo mucha dificultad para hipnotizarme, y que lo único que pude decirle fue: "Oscuridad y silencio". Ahora se ha marchado para comprar un carruaje y caballos. Dice que más adelante intentará comprar más caballos, para que así podamos cambiarlos en ruta. Nos quedan por recorrer algo más de setenta millas. El país es precioso y de lo más interesante; si nos encontrásemos en otras circunstancias, estaríamos encantados de admirar todo esto. ¡Cómo disfrutaríamos si Jonathan y yo lo estuviésemos atravesando solos! Nos pararíamos a hablar con la gente, nos enteraríamos de su forma de vida, y llenaríamos nuestra mente y nuestra memoria con todo el colorido y el pintoresquismo de este país agreste y hermoso y de esta gente tan singular. Pero por desgracia…

MÁS TARDE

El doctor Van Helsing ha regresado. Ha comprado el carruaje y los caballos. Vamos a comer algo, y dentro de una hora nos pondremos en marcha. La patrona nos está preparando una enorme cesta de provisiones; parece suficiente para toda una compañía de soldados. El Profesor la anima a hacerlo, mientras me susurra al oído que puede pasar una semana antes de que podamos conseguir comida de nuevo. También ha estado de compras, y ha enviado a la posada un estupendo lote de abrigos de pieles y mantas, y toda clase de prendas de abrigo. No corremos ningún riesgo de pasar frío.

Pronto nos iremos. Me da miedo pensar en lo que pueda sucedernos. Verdaderamente estamos en manos de Dios. Solo Él sabe lo que puede pasar; Le rezo con toda la firmeza de mi alma triste y humilde, para que vele por mi amado esposo; que, pase lo que pase, Jonathan sepa que le he amado y respetado más de lo que soy capaz de expresar, y que mi último y más sincero pensamiento será siempre para él.

Capítulo XXVII



DIARIO DE MINA HARKER

1 DE NOVIEMBRE

Hemos viajado todo el día, y a buena marcha. Parece como si los caballos notaran que son bien tratados, ya que de buena gana realizan su jornada completa lo más aprisa posible. Los hemos cambiado tantas veces, encontrando siempre la misma buena disposición, que eso nos anima a pensar que el viaje va a ser cómodo. El doctor Van Helsing es lacónico: dice a los campesinos que tiene prisa por llegar a Bistriţa, y les paga bien por cambiarle los caballos. Antes de irnos, nos dan sopa caliente, café o té. Es un país precioso, lleno de bellezas de todas clases; la gente es valiente, robusta y sencilla, y al parecer repleta de buenas cualidades. Son *muy, muy* supersticiosos. En la primera casa en la que nos detuvimos, cuando la mujer que nos servía vio la cicatriz de mi frente, se santiguó y extendió dos dedos hacia mí, para protegerse del mal de ojo. Creo que se tomaron la molestia de poner una cantidad adicional de ajo en nuestra comida; y eso que yo no puedo soportarlo. Desde entonces, he tomado la precaución de no quitarme el sombrero o el velo, para así evitar sus sospechas. Viajamos deprisa, y como no llevamos cochero que pueda contar chismes, nos

adelantamos al escándalo; pero me imagino que ese miedo al mal de ojo nos va a seguir durante todo el camino. El Profesor parece incansable; no ha descansado nada en todo el día, aunque a mí me hizo dormir un buen rato. Al ponerse el sol me hipnotizó, y dice que contesté como de costumbre "oscuridad, chapoteo de agua y crujidos de madera"; de modo que nuestro enemigo sigue todavía en el río. Me da miedo pensar en Jonathan, aunque por alguna razón no temo por él ni por mí. Escribo esto en una granja mientras esperamos que estén listos los caballos de repuesto. El doctor Van Helsing está durmiendo. Pobrecito, parece muy cansado, envejecido y encanecido, pero su boca sigue tan firme como la de un conquistador; incluso dormido parece lleno de determinación. Cuando nos pongamos de nuevo en camino, le haré descansar mientras yo conduzco. Le diré que todavía nos quedan varios días de viaje, y que hay que evitar que se derrumbe cuando más necesitamos su fuerza… Todo está a punto; nos vamos dentro de poco.

2 DE NOVIEMBRE, POR LA MAÑANA

Conseguí que me hiciera caso, y nos turnamos toda la noche para conducir; ahora tenemos todo el día por delante, claro pero frío. Hay una extraña pesadez en el aire… digo pesadez a falta de otra palabra mejor; quiero decir que ambos nos sentimos oprimidos. Hace mucho frío, y si lo podemos soportar se debe únicamente a que llevamos abrigos de pieles. Al amanecer Van Helsing me hipnotizó; según dice contesté "oscuridad, crujido de madera y bramido de las aguas", por lo que el río debe de estar cambiando a medida que lo remontan. Espero que mi amado no corra ningún riesgo… más de lo necesario; pero estamos en las manos de Dios.

2 DE NOVIEMBRE, POR LA NOCHE

Hemos conducido todo el día. A medida que avanzamos el paisaje se hace cada vez más agreste, y las estribaciones de los Cárpatos, que en Bereşţi parecían tan lejanas y tan bajas sobre el horizonte, se elevan ahora frente a nosotros pareciendo rodearnos. Estamos los dos de buen humor; creo que ambos nos esforzamos por animarnos el uno al otro, y al hacerlo nos animamos nosotros mismos. El doctor Van Helsing dice que llegaremos al Collado Borgo por la mañana. Hay muy pocas casas por aquí, y el Profesor dice que tendremos que seguir con los últimos caballos que hemos comprado, ya que quizás no podamos cambiarlos. Además de los de refresco, compró otros dos más, de modo que ahora hemos improvisado un tosco tiro de cuatro. Los pobres son tan

pacientes y dóciles, que no nos causan ningún problema. Como no hay otros viajeros que interfieran, incluso yo puedo llevar las riendas. Llegaremos al Collado de día; no queremos llegar antes. Así que iremos despacio, y descansaremos por turnos. Dios mío, ¿qué nos traerá el día de mañana? Vamos en busca del lugar donde mi pobre amado padeció tanto. Dios quiera que estemos correctamente orientados, y ojalá se digne velar por mi esposo y por aquellos que nos son queridos, y se encuentran en semejante peligro mortal. En cuanto a mí, no soy digna de que me mire siquiera. ¡Ay de mí!, soy impura a Sus ojos, y lo seré hasta que Él se digne permitir que comparezca ante Su presencia como cualquier otro que no haya incurrido en Su ira.

MEMORÁNDUM DE ABRAHAM VAN HELSING

4 DE NOVIEMBRE

A mi viejo y fiel amigo John Seward, doctor en medicina de Purfleet (Londres), por si no volviera a verlo. Quizás sirva de explicación. Es por la mañana, y escribo junto a una hoguera que he mantenido encendida toda la noche… con la ayuda de Madam Mina. Hace frío, mucho frío; tanto que el encapotado cielo gris está cargado de nieve, que cuando caiga durará todo el invierno, ya que el suelo se está endureciendo para recibirla. Parece que eso ha afectado a Madam Mina; ha estado todo el día con la cabeza tan embotada que no parecía la misma. No hace más que dormir, solo dormir. Ella, normalmente tan activa, no ha hecho literalmente nada en todo el día; incluso ha perdido el apetito. No ha anotado nada en su pequeño diario, cuando antes no dejaba de hacerlo cada vez que nos deteníamos. Algo me dice que no todo marcha bien. No obstante, esta noche está más *vif*. El haber dormido todo el día la ha descansado y restablecido, pues ahora está tan amable y despierta como siempre. Al ponerse el sol traté de hipnotizarla, pero desgraciadamente sin resultado; mis poderes sobre ella han ido disminuyendo día a día, y esta noche me fallaron completamente. Bueno, ¡hágase la voluntad de Dios!… sea cual sea y nos lleve donde nos lleve.

Ahora volvamos a los hechos, ya que, como Madam Mina ha abandonado su taquigrafía, debo ser yo quien escriba, a mi manera pesada y anticuada, para que ninguna de nuestras jornadas quede sin consignar.

Llegamos al Collado Borgo ayer por la mañana, nada más salir el sol. En

cuanto vi que despuntaba el día, me preparé para la sesión de hipnotismo. Detuvimos el carruaje y nos apeamos, para que nada nos molestase. Hice un lecho con las pieles, y Madam Mina se tendió en él, y más despacio que de costumbre, se sumió en un trance hipnótico que le duró menos que otras veces. Como siempre, la respuesta fue: "Oscuridad y aguas turbulentas". Luego se despertó, alegre y resplandeciente; y proseguimos nuestro viaje y pronto llegamos al Collado. En aquel momento y lugar empezó a dar muestras de un ardor y un celo desconocidos; se manifestó en ella un nuevo poder que la guiaba, ya que, señalando un camino, dijo:

—Es por ahí.

—¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—Por supuesto que lo sé —respondió ella, añadiendo tras una pausa—: ¿Acaso no pasó por aquí mi Jonathan y lo describió en su diario?

Al principio me pareció extraño, pero pronto me di cuenta de que era el único camino de atajo que había. Parecía poco utilizado, y era muy diferente del camino carretero de Bucovina a Bistriţa, que es más ancho y firme, y más frecuentado.

De modo que tomamos ese camino; y cuando nos encontrábamos con otros caminos —no siempre teníamos la seguridad de que lo fueran, ya que estaban descuidados y cubiertos por una ligera capa de nieve— solo los caballos sabían cuál tomar. Les aflojaba entonces las riendas y ellos seguían su marcha pacientemente. Más tarde fuimos encontrando todo lo que Jonathan describió en su asombroso diario. Seguimos adelante durante largas, interminables horas. Al principio, tuve que decirle a Madam Mina que durmiera; y tras intentarlo, logró quedarse dormida. Durmió tanto que al final empecé a albergar sospechas y quise despertarla. Pero seguía durmiendo, y no había forma de despertarla por mucho que lo intentara. No quiero insistir demasiado por miedo a causarle algún daño; pues sé que ha sufrido mucho y dormir le hará bien. Creo que me quedé adormilado, pues de repente me sentí culpable, como si hubiera hecho algo que no debía; me encontré erguido en el pescante, con las riendas en la mano, mientras los buenos caballos seguían avanzando a paso lento como siempre. Bajé la mirada y comprobé que Madam Mina seguía durmiendo. Faltaba poco para el ocaso, y el sol derramaba a raudales su luz amarillenta sobre la nieve, de forma que proyectábamos una larga sombra que llegaba al pie de la escarpada montaña. Porque seguíamos subiendo; y todo es tan salvaje y rocoso, como si fuera el confín del mundo.

Entonces desperté a Madam Mina, esta vez sin mucha dificultad; y luego

intenté sumirla en un sueño hipnótico. Pero no se durmió, como si yo no existiera. Lo volví a intentar varias veces, hasta que de pronto me di cuenta de que estábamos a oscuras; miré en torno y comprobé que el sol se había puesto. Madam Mina se echó a reír, y yo me volví para mirarla. Estaba completamente despierta, y con tan buen aspecto como no la había vuelto a ver desde aquella noche en Carfax, cuando entramos por vez primera en la casa del Conde. Me quedé asombrado y algo incómodo; pero ella parecía tan alegre y cariñosa, y tan atenta conmigo, que olvidé mis temores. Encendí una hoguera, ya que hemos traído una provisión de leña, y ella preparó algo de cenar mientras yo desenganché los caballos y los puse al resguardo, dándoles de comer. Cuando regresé junto a la hoguera, estaba la cena preparada. Fui a servirle a ella, pero sonrió diciendo que ya había comido… que estaba tan hambrienta que no había podido esperar. Aquello no me gustó y me hizo concebir serias dudas; pero temiendo asustarla no dije nada. Me sirvió y comí solo; luego, nos envolvimos en las pieles y nos tendimos junto al fuego, y le dije que durmiera mientras yo vigilaba. Pero al poco rato me olvidé de mi vigilancia; y cuando de pronto recordé que estaba de guardia, comprobé que seguía echada y en silencio, pero despierta, mirándome con esos ojos tan brillantes. Una o dos veces más me ocurrió lo mismo, de modo que dormí bastante hasta poco antes del amanecer. Al despertarme probé a hipnotizarla; pero, desgraciadamente, aunque cerró los ojos obediente, no pudo dormirse. El sol estaba cada vez más alto cuando finalmente se durmió, pero era demasiado tarde, y su sueño era tan pesado que no había forma de despertarla. Cuando hube enganchado los caballos y todo estaba dispuesto para la marcha, tuve que cogerla en brazos y llevarla dormida al carruaje. La señora siguió durmiendo sin parar; y dormida parecía más saludable y con mejor color que antes. Aquello tampoco me gustó. Tenía miedo, muchísimo miedo… miedo de todo… incluso de pensar; pero debo seguir adelante. Lo que está en juego es cuestión de vida o muerte, o incluso peor que eso; de modo que no debemos echarnos atrás.

5 DE NOVIEMBRE, POR LA MAÑANA

Permítame que se lo cuente todo con la mayor exactitud, pues aunque tanto usted como yo hayamos visto juntos muchas cosas extrañas, podría usted pensar en un primer momento que yo, Van Helsing, me he vuelto loco… que los múltiples horrores y la tensión nerviosa tan prolongada han acabado por trastornarme el juicio.

Ayer viajamos todo el día, acercándonos más y más a las montañas, y

adentrándonos en una región cada vez más agreste y desierta. Abundaban los precipicios, enormes y amenazadores, y las cascadas; parecía como si la naturaleza celebrara allí su carnaval. Como me sentía hambriento, aplaqué mi hambre; en cuanto a Madam Mina, seguía durmiendo y no pude despertarla… ni siquiera para comer. Empecé a temer que el fatal maleficio de aquel lugar le estuviera afectando, contaminada como estaba por el bautismo del vampiro. Bien —me dije—, si ella duerme de día, tendré yo que dejar de hacerlo por la noche. Como el camino era pedregoso, ya que era antiguo y defectuoso, incliné la cabeza hacia adelante y me dormí. Cuando de nuevo me desperté, con una sensación de culpa y del paso del tiempo, comprobé que Madam Mina seguía dormida y que el sol estaba muy bajo. Pero realmente todo había cambiado; las amenazadoras montañas parecían lejanas, y nos aproximábamos a la cima de una empinada colina, coronada por un castillo como el que Jonathan describe en su diario. Me regocijé y al mismo tiempo tuve miedo; pues ahora, para bien o para mal, el desenlace estaba más cerca que nunca. Desperté a Madam Mina, y probé de nuevo a hipnotizarla; pero infructuosamente, por desgracia, hasta que fue demasiado tarde. Entonces, antes de que nos cayese encima la oscuridad total —pues incluso después de ponerse el sol, el cielo reflejaba sobre la nieve sus postreros rayos mortecinos, y durante algún tiempo todo quedó iluminado por el majestuoso crepúsculo—, llevé los caballos a un abrigo que pude encontrar y les di de comer. Luego encendí una hoguera, y a su lado senté confortablemente entre mantas a Madam Mina, que ya estaba despierta y parecía más encantadora que nunca. Preparé comida, pero ella no quiso comer, diciendo simplemente que no tenía hambre. No insistí, porque sabía que era inútil. Pero yo sí comí, ya que ahora debo estar fuerte para lo que se avecina. Después, con un poco de miedo por lo que pudiera ocurrir, tracé un círculo alrededor de Madam Mina, lo suficientemente grande para que pudiera sentarse cómodamente; y pasé por encima del anillo una hostia, que partí en trozos pequeños para proteger todo el contorno. Durante todo el tiempo permaneció sentada… tan inmóvil como una muerta; y se fue poniendo cada vez más blanca hasta igualar la blancura de la nieve; aunque no dijo nada. Pero cuando me acerqué, se agarró a mí y noté que la pobre criaturita se estremecía de pies a cabeza con un temblor que daba pena ver. Al poco rato, cuando se tranquilizó algo más, le dije:

—¿No quiere venir junto al fuego?

Quería probar lo que era capaz de hacer. Ella se levantó obediente, pero después de dar el primer paso se detuvo, y se quedó como paralizada.

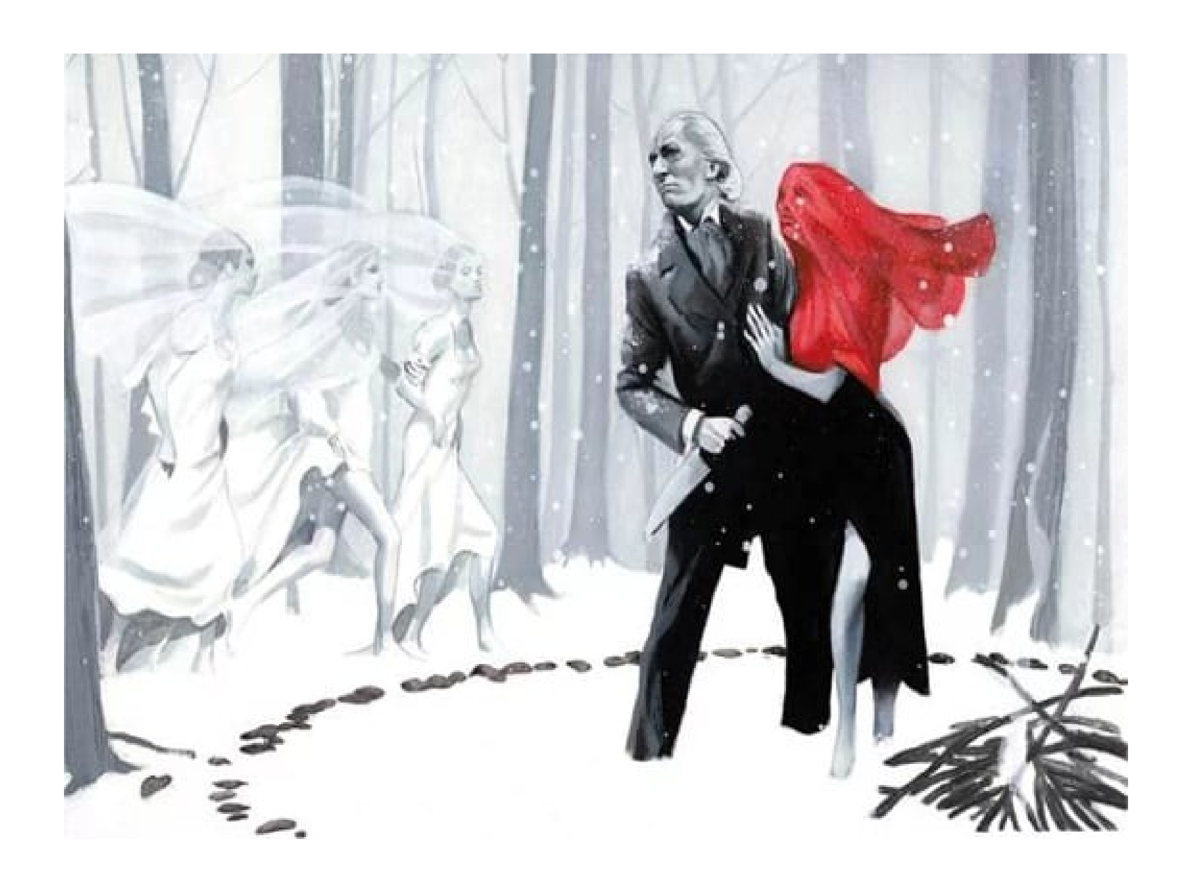
—¿Por qué no sigue? —le pregunté.

Meneó la cabeza, volvió a su sitio y se sentó. Luego, mirándome con los ojos muy abiertos, como si acabara de despertarse, me dijo simplemente:

—¡No puedo!

Y se quedó callada. Me alegré, porque sabía que lo que ella no pudiera hacer, tampoco podrían hacerlo ninguno de aquellos a quienes tanto temíamos. ¡Por mucho peligro que corriera su cuerpo, su alma estaba a salvo!

En aquel momento, los caballos empezaron a respingar y a tirar de sus ronzales, y acudí a tranquilizarlos. Cuando sintieron el contacto de mis manos, relincharon de alegría, me las lamieron y durante algún tiempo se quedaron tranquilos. Tuve que ir varias veces a calmarlos en el curso de la noche, hasta que llegó esa hora gélida en que la naturaleza está en su punto más bajo; y cada vez que fui se calmaron. Cuando hizo más frío, el fuego comenzó a apagarse y me levanté para reavivarlo, ya que nevaba a ráfagas en medio de una neblina helada. A pesar de la oscuridad había una cierta claridad, como suele ocurrir cada vez que nieva; y las ráfagas de nieve y los flecos de niebla parecían adoptar las formas de mujeres que arrastraban largas túnicas. Todo estaba envuelto en un silencio lúgubre y total; pero los caballos estaban atemorizados y relinchaban, como si temieran lo peor. Empecé a tener miedo… un miedo horrible; pero enseguida comprendí que dentro de aquel círculo me encontraba a salvo. También empecé a pensar que mis figuraciones eran debidas a la noche, aquella penumbra, las tensiones a que me había visto sometido, y toda esta terrible ansiedad. Era como si mis recuerdos de la espantosa experiencia de Jonathan me estuviesen ofuscando; ya que los copos de nieve y los flecos de niebla empezaron a arremolinarse, hasta que me pareció entrever vagamente a las mujeres que le besaron. Los caballos estaban cada vez más acobardados, y gemían aterrados, como hacen los hombres cuando sufren. Ni siquiera la locura del miedo logró hacerles escapar. Cuando aquellas misteriosas figuras se acercaron a Madam Mina y empezaron a dar vueltas a su alrededor, temí por ella. La miré, pero estaba sentada tranquilamente y me sonreía. Cuando quise acercarme al fuego para reavivarlo, me contuvo sujetándome, y me susurró, tan bajo como esas voces que se oyen en sueños:



—¡No! ¡No! Déjelo. ¡Aquí está seguro!

Me volví hacia ella, y mirándola a los ojos, le dije:

—Pero ¿y usted? ¡Es por usted por quien temo!

A lo cual se echó a reír, con una risa débil e irreal, diciendo:

—¡Que teme por *mí*! ¿Por qué teme por mí? Nadie en el mundo está más a salvo de ellas que yo.

Mientras me preguntaba qué querrían decir sus palabras, una ráfaga de viento elevó las llamas, permitiéndome ver la cicatriz roja de su frente. Entonces, ¡ay de mí!, lo comprendí todo. Pero de no haber sido así, pronto lo hubiera comprendido, ya que las cambiantes figuras que formaban la niebla y la nieve se acercaron, aunque manteniéndose en todo momento fuera del círculo sagrado. Entonces empezaron a materializarse, hasta que pude ver con mis propios ojos —si es que Dios no me ha privado de la razón— que estaban ante mí en carne y hueso las mismas tres mujeres que Jonathan viera en la habitación del castillo, cuando le quisieron besar en la garganta. Reconocí sus formas redondeadas y ondulantes, sus ojos brillantes y duros, sus dientes blancos, su tez rubicunda, sus labios voluptuosos. No dejaban de sonreír a la pobre Madam Mina; y mientras sus risas resonaban en el silencio de la noche, la rodearon con sus brazos, y

señalándola, dijeron con aquellas voces suaves y sugerentes que Jonathan comparó con el intolerable y dulce tintineo de unas copas de cristal:

—Ven, hermana. Ven con nosotras. ¡Ven! ¡Ven!

Me volví atemorizado hacia la pobre Madam Mina, y mi corazón saltó de alegría como una llama; ya que el terror de sus preciosos ojos, su repulsión y su horror, habían devuelto la esperanza a mi corazón. Gracias a Dios, todavía no era una de ellas. Cogí algo de leña que tenía a mano y un trozo de hostia, y avancé en dirección al fuego. Al verme retrocedieron, riendo con esa risa débil y horrenda. Alimenté el fuego sin miedo, ya que sabía que estábamos seguros dentro de nuestro círculo protector. Ellas no podían acercarse a mí, mientras estuviese así armado, ni a Madam Mina mientras permaneciera dentro del círculo, que no podía abandonar, de la misma manera que ellas no podían entrar. Los caballos habían dejado de gemir y estaban tendidos en el suelo inmóviles; la nieve caía sobre ellos suavemente y fueron poniéndose blancos. Comprendí que para aquellas pobres bestias se habían acabado los terrores.

Y así permanecimos hasta que el rojo del amanecer empezó a esparcirse disipando la tristeza de la nieve. Estaba afligido y asustado, víctima del infortunio y del terror. Pero cuando aquel sol magnífico empezó a elevarse en el horizonte, me sentí revivir. Con las primeras claridades del alba las horrorosas figuras se disolvieron entre torbellinos de niebla y nieve, y los flecos de bruma transparente se alejaron en dirección al castillo hasta perderse en la lejanía.

Al ver que despuntaba el día, me volví instintivamente hacia Madam Mina, con intención de hipnotizarla; pero estaba sumida en un sueño profundo y repentino, del que no pude despertarla. Probé a hipnotizarla mientras dormía, pero no logré sacarle ninguna respuesta; y mientras tanto apuntó el día. Me daba miedo moverme. Volví a encender la hoguera y fui a ver a los caballos; estaban muertos. Hoy tengo mucho que hacer aquí; pero esperaré a que el sol esté alto, ya que quizás tenga que ir a algún lugar en el que la luz del sol, aunque oscurecida por la nieve y la niebla, pueda proporcionarme seguridad.

Recobraré fuerzas con un buen desayuno, y luego emprenderé mi terrible misión. Madam Mina sigue durmiendo; y gracias a Dios, su sueño es tranquilo…

DIARIO DE JONATHAN HARKER

4 DE NOVIEMBRE, POR LA TARDE

El accidente de la lancha nos ha supuesto un terrible contratiempo. Si no fuera por eso, hace ya tiempo que habríamos alcanzado a la embarcación del Conde; y mi querida Mina estaría ya libre. Me da miedo pensar en ella, atravesando bosques para dirigirse a aquel espantoso lugar. Hemos conseguido unos caballos, y nos disponemos a seguir la pista del Conde. Escribo esto mientras Godalming se prepara. Vamos armados. Tendrán que andarse con mucho cuidado los cíngaros, si intentan hacernos frente. ¡Ay!, si al menos Morris y Seward estuvieran con nosotros. ¡Solo nos queda esperar! Si no escribo más, ¡adiós, Mina! Que Dios te bendiga y te guarde.

DIARIO DEL DR. SEWARD

5 DE NOVIEMBRE

Al amanecer divisamos al grupo de cíngaros, que se alejaban rápidamente del río en su *leiter-wagen*. Iban apiñados a su alrededor, y se apresuraban como si alguien les persiguiese. Cae una ligera nevada y notamos en el aire una extraña agitación. Puede que sean nuestros propios nervios, pero la sensación es extraña. Oigo aullar a los lobos en la lejanía; la nieve los hace bajar de las montañas; pueden ser un peligro para todos nosotros, y desde cualquier flanco. Los caballos están ya casi listos, y pronto nos iremos. Cabalgamos al encuentro de la muerte. Pero solo Dios sabe de quién, y dónde, cómo, o cuándo ocurrirá…

MEMORÁNDUM DEL DR. VAN HELSING

5 DE NOVIEMBRE, POR LA TARDE

Al menos estoy cuerdo. En todo caso, gracias a Dios por su clemencia, aunque la prueba ha sido horrible. Dejé a Madam Mina durmiendo en el interior del círculo sagrado, y me dirigí al castillo. El martillo de herrero que traje en el carruaje desde Beresţi me resultó muy útil. Todas las puertas estaban abiertas, pero las arranqué de sus goznes herrumbrosos, por temor a que, fuera por mala intención de alguien o por mala suerte, se cerrasen y no pudiera salir una vez

dentro. Me sirvió la amarga experiencia de Jonathan. Por lo que recordaba de su diario, encontré el camino a la vieja capilla, pues sabía que allí era donde tenía que intervenir. El ambiente era opresivo; parecía como si hubiese algún vapor sulfuroso, que en ocasiones me producía mareos. No sabía a ciencia cierta si me zumbaban los oídos, o es que oía aullar a los lobos en la lejanía. Entonces me acordé de la querida Madam Mina, y me entró un apuro terrible. Estaba entre la espada y la pared. No me había atrevido a traerla conmigo al castillo, sino que la había dejado a salvo del vampiro en aquel círculo sagrado; pero ¡los lobos sí podían invadirlo! Decidí que mi deber estaba aquí, y que en cuanto a los lobos, debíamos resignarnos, si era esa la voluntad de Dios. De todas formas, solo se trataba de la muerte, y después la libertad. De modo que decidí por ella. En mi caso la elección hubiera sido fácil: ¡era mejor descansar en las fauces de un lobo que en la tumba de un vampiro! De modo que decidí proseguir mi tarea.

Sabía que tenía que localizar al menos tres tumbas… tumbas habitadas. Busqué y busqué, y encontré una. En ella yacía una de las mujeres durmiendo su sueño de vampiro, tan llena de vida y de voluptuosa belleza, que me estremecí como si hubiese ido allí a cometer un asesinato. ¡Ah!, estoy seguro que antaño, cuando tales cosas existían, a más de un hombre dispuesto a acometer una tarea como la mía, acabaría por fallarle el valor, y después los nervios. Sin duda, iría retrasándola y retrasándola, hasta que la mera belleza y la fascinación de la sensual no-muerta le hipnotizaría; y se quedaría allí obnubilado hasta la llegada del crepúsculo, y la vampira se despertaría. Entonces la hermosa mujer abriría sus preciosos ojos y le miraría amorosamente, ofreciendo su voluptuosa boca para que la besase… Y como el hombre es débil, se convertía en una nueva víctima para la grey del vampiro; ¡una más para engrosar las filas macabras y espantosas de los no-muertos!…

Sin duda debe existir una cierta fascinación, ya que la sola presencia de semejante ser me conmovió, incluso tendida como estaba en una tumba desgastada por el tiempo y cubierta por el polvo de siglos, y a pesar del terrible hedor que allí reinaba, como el de las otras madrigueras del Conde. Sí, me sentí conmovido —yo, Van Helsing, a pesar de mi firme propósito y de todos mis motivos para odiarla—, tan conmovido que me vino un deseo irresistible de demorar mi plan, que parecía paralizar mis facultades y entorpecer mi alma. Puede que fuera la natural necesidad de dormir, y la extraña opresión de la atmósfera que empezaba a vencerme. Lo cierto es que me estaba invadiendo el sueño, esa especie de duermevela con los ojos abiertos en la que uno se entrega a un delicioso hechizo, cuando oí, a través del aire en calma después de la nevada,

un prolongado y débil gemido, tan lleno de aflicción y pena, que me despertó como si fuese un toque de clarín. Era la voz de mi querida Madam Mina.

Eso me estimuló a proseguir con mi horrenda tarea y, tras arrancar las tapas de varios sepulcros, encontré a otra de las hermanas, la otra morena. No me atreví a detenerme a mirarla, como hice con su hermana, temiendo ser cautivado una vez más; sino que seguí buscando hasta que al poco rato encontré en un magnífico sepulcro, que parecía hecho para algún ser muy querido, a la hermana rubia, a la que, al igual que Jonathan, había visto materializarse a partir de los átomos de niebla. Era tan rubia, tan radiantemente hermosa, tan exquisitamente voluptuosa, que el mismo instinto masculino que hay en mí, y que reclama a los de mi sexo a amar y a proteger a una de las del suyo, hizo que la cabeza me diera vueltas por una nueva emoción. Pero gracias a Dios, todavía no se había apagado en mis oídos el hondo gemido de mi querida Madam Mina; y antes de que el hechizo pudiera actuar más sobre mí, me di ánimos para llevar a cabo mi insensata misión. Había examinado todos los sepulcros de la capilla, y como esta noche solo habíamos visto esos tres fantasmas de no-muertas, supuse que no habría más no-muertos en activo. Había un sepulcro más grande y señorial que los demás; aunque enorme, estaba muy bien proporcionado. En él solo había una palabra:

DRÁCULA

Así que ese era el lugar donde reposaba como no-muerto el rey de los vampiros, responsable de tantos otros. El hecho de estar vacío confirmaba elocuentemente lo que yo ya sabía. Antes de empezar mi espantoso trabajo de devolver a aquellas mujeres su personalidad de muertas, deposité un trozo de hostia en la tumba de Drácula, desterrándolo así de ella para siempre, como no-muerto.

Entonces comencé mi terrible tarea, que tanto temía. De no haber sido más que una, hubiese sido relativamente fácil. ¡Pero tres! Tener que repetir dos veces más aquella acción horrorosa que acababa de realizar. Pues si fue terrible con la encantadora Miss Lucy, qué no sería con aquellas desconocidas que han sobrevivido a través de los siglos, y que se han fortalecido con el paso de los años; las cuales lucharían todo lo posible por salvar sus asquerosas vidas…

¡Ay!, amigo John, aquello fue una carnicería. De no haberme animado el pensar en otros muertos, y en los vivos sobre los que pendía semejante espanto,

no hubiera podido seguir adelante. Todavía tiemblo; aunque, gracias a Dios, mis nervios se mantuvieron firmes hasta que todo acabó. De no haber visto en el primer rostro el sosiego, y la alegría que fugazmente lo cruzó momentos antes de la disolución final, al comprender que había ganado su alma, no hubiese podido seguir adelante con mi carnicería. No hubiera sido capaz de soportar su horroroso chillido, al atravesarla con la estaca, ni el retorcimiento seguido de inmovilización de todos sus miembros, ni la espuma sanguinolenta de sus labios. Hubiese huido aterrorizado, dejando mi trabajo sin terminar. ¡Pero ya ha acabado todo! Ahora ya puedo compadecerme de estas pobres criaturas y llorar al recordar su placidez en pleno sueño de la muerte, un poco antes de desaparecer. Porque, amigo John, apenas mi cuchillo cortó las cabezas de cada una de ellas, el cuerpo entero comenzó a deshacerse hasta quedar convertido en su polvo original, como si la muerte, aplazada durante siglos, hubiese hecho valer al fin sus derechos, diciendo de una vez por todas y en voz alta: "¡Aquí estoy!".

Antes de abandonar el castillo, aseguré todas las entradas para que el Conde no pudiera entrar nunca más como no-muerto.

Cuando puse el pie en el círculo donde dormía Madam Mina, esta se despertó y, al verme, exclamó apesadumbrada que yo había tenido que sufrir demasiado.

—¡Venga! —dijo ella—. ¡Vámonos de este espantoso lugar! Vayamos al encuentro de mi esposo, que sé que viene hacia nosotros.

Parecía más delgada, pálida y débil; pero sus ojos eran puros y rebosaban de fervor. Me alegró ver su palidez y su desmejoramiento, pues mi mente todavía recordaba la reciente visión horrorosa de aquellas rubicundas mujeres que dormían el sueño del vampiro.

De modo que nos dirigimos, confiados y esperanzados, aunque llenos de miedo, hacia el Este, para salir al encuentro de nuestros amigos… y de *él*… pues me dice Madam Mina que *sabe* que viene hacia aquí.

DIARIO DE MINA HARKER

6 DE NOVIEMBRE

La tarde estaba ya muy avanzada cuando el Profesor y yo nos dirigimos al Este, por donde yo sabía que venía Jonathan. Aunque el camino descendía en

pendiente, no fuimos deprisa, ya que llevábamos gruesas pieles y mantas; pues no nos atrevíamos a enfrentarnos con la posibilidad de quedar sin protección frente al frío y la nieve. También tuvimos que llevar una parte de las provisiones, pues nos encontrábamos en medio de la más completa desolación, y por lo que podía verse a través de la nevada, no había el menor signo de que viviera nadie por allí. Cuando habíamos recorrido como una milla, me sentí cansada por la pesada marcha, y me senté a descansar. Entonces miramos hacia atrás y vimos la clara silueta del Castillo de Drácula, recortándose contra el cielo; ya que habíamos descendido tanto desde el lugar donde estaba emplazado, que desde nuestra perspectiva parecía que los montes Cárpatos se encontraban mucho más abajo. Pudimos verlo en toda su grandiosidad, encaramado a unos mil pies en la cima de un escarpado precipicio, aparentemente separado de las laderas de las montañas adyacentes por un enorme abismo a uno y otro lado. Había algo extraño y misterioso en aquel lugar. Podíamos oír el lejano aullido de los lobos. Estaban muy distantes, pero su sonido, aunque amortiguado por la nevada, nos llenó de terror. Por la forma en que el doctor Van Helsing examinaba el terreno, comprendí que estaba buscando algún lugar estratégico, donde estuviésemos menos expuestos en caso de ataque. El accidentado camino seguía descendiendo; podíamos distinguirlo a pesar de la nieve amontonada.

Al cabo de un rato el Profesor me indicó por señas que me levantara y me reuniera con él. Había encontrado un lugar estupendo, una especie de cueva natural en la roca, con una entrada como un portal entre dos peñas. Me cogió de la mano y me hizo entrar.

—¡Mire! —dijo—, aquí estará a cubierto; y si vienen los lobos podré enfrentarme a ellos uno a uno.

Trajo las pieles, y me arregló un confortable refugio; luego sacó algunas provisiones y me obligó a tomarlas. Pero yo no podía comer; solo el intentarlo me causaba repugnancia y, a pesar de lo mucho que me hubiera gustado complacerle, no pude hacerlo. Pareció entristecerse mucho, pero no me lo reprochó. Sacando los gemelos de campaña, se subió a lo alto de una roca y empezó a escrutar el horizonte. De repente exclamó:

—¡Mire, Madam Mina! ¡Mire!

Me levanté de un salto y me puse a su lado en la roca; me alargó los gemelos y me señaló en una dirección. La nieve caía ahora más espesa, y se arremolinaba furiosamente, pues había empezado a soplar un fuerte viento. Sin embargo, de vez en cuando había pausas entre una ráfaga y otra, que me permitían ver una amplia zona a la redonda. Desde la altura en que nos encontrábamos se podía

divisar hasta una distancia considerable; y a lo lejos, más allá de la blanca extensión de nieve, divisé el río, que parecía una cinta negra, tortuosa y serpenteante. En frente de nosotros y no demasiado lejos —en realidad tan cerca que me extrañó no haberme dado cuenta antes—, se dirigía hacia nosotros a toda prisa un grupo de hombres a caballo. En medio de ellos iba un carro, un largo *leiter-wagen* que se bamboleaba de un lado a otro con cada irregularidad del camino, como un perro meneando el rabo. Destacaban sobre la nieve con tanta nitidez, que por sus ropas deduje que eran campesinos o gitanos.

Sobre el carro iba un gran cofre cuadrado. Al verlo, el corazón me dio un vuelco, porque tuve el presentimiento de que el fin estaba cerca. La tarde estaba declinando, y yo sabía muy bien que, nada más ponerse el sol, aquel ser que estaba encerrado allí dentro, recobraría su libertad y podría eludir nuestra persecución, adaptando cualquiera de sus numerosas formas. Me volví hacia el Profesor, muy asustada; sin embargo, para mi consternación, no estaba allí. Un instante después lo vi, debajo de la roca en donde yo me encontraba. Estaba trazando un círculo a su alrededor, como el que nos había proporcionado protección la noche anterior. Una vez terminado, volvió junto a mí, diciendo:

—¡Al menos aquí estará usted a salvo de *él*!

Me cogió los gemelos y, cuando la nieve amainó de nuevo, recorrió con ellos todo el espacio que se extendía a nuestros pies.

—¡Mire! —dijo—, van muy rápidos; fustigan a los caballos y galopan lo más veloz que pueden.

Hizo una pausa y prosiguió con voz cavernosa:

—Es una carrera contra el sol. Puede que hayamos llegado demasiado tarde. ¡Que sea lo que Dios quiera!

La nieve volvió a caer de forma cegadora y torrencial, ocultando todo el paisaje. Sin embargo pasó pronto, y el Profesor enfocó una vez más sus gemelos hacia la llanura.

—¡Mire! ¡Mire! —gritó de pronto—. ¿No ve que dos hombres los siguen al galope, viniendo del Sur? Deben de ser Quincey y John. Tome los gemelos. Mire, ¡antes de que la nieve lo oculte todo!

Los cogí y miré. Aquellos dos hombres podían ser el doctor Seward y Mr. Morris. En todo caso, vi que ninguno de ellos era Jonathan. Aunque *sabía* al mismo tiempo que Jonathan no andaba lejos. Miré en todas direcciones y divisé, al norte del grupo que se nos acercaba, otros dos jinetes que cabalgaban a mata caballo. Reconocí que uno de ellos era Jonathan, y supuse que el otro sería,

naturalmente, Lord Godalming. Ellos también perseguían al grupo del carro. Cuando se lo dije al Profesor, saltó de júbilo como un colegial y, después de mirar atentamente hasta que la nevada hizo imposible ver nada, apoyó su rifle Winchester contra una roca a la entrada del refugio, listo para utilizarlo.

—Todos convergen —dijo—. Cuando llegue el momento, rodearemos a los gitanos.

Saqué mi revólver y lo dejé a mano, ya que mientras hablábamos, el aullido de los lobos era cada vez más fuerte y más próximo. Cuando la tormenta de nieve cedió un poco volvimos a mirar. Era extraño ver caer tan cerca los gruesos copos de nieve, mientras, a lo lejos, el sol brillaba cada vez más a medida que descendía hacia las cumbres lejanas. Al recorrer con los gemelos todo el panorama que nos circundaba, pude distinguir unos puntos diseminados que se movían en grupos de dos, tres o más: eran los lobos que se agrupaban en busca de su presa.

Mientras esperábamos, cada instante nos parecía un siglo. El viento soplaba ahora a ráfagas fortísimas, y la nieve nos azotaba con furia al arremolinarse en torno nuestro. A veces no podíamos ver ni a una braza de distancia; pero otras, cuando el viento bramaba y barría a nuestro alrededor, el aire parecía despejarse hasta el punto de que podíamos ver hasta bastante lejos. Estábamos tan acostumbrados últimamente a observar la salida y la puesta del sol, que sabíamos con bastante precisión cuándo se produciría; por eso comprendimos que dentro de poco se pondría el sol.

Era difícil creer que, de acuerdo con nuestros relojes, hacía menos de una hora que esperábamos en aquel refugio rocoso a que los distintos grupos convergieran frente a nosotros. El viento soplaba ahora del norte con más fuerza y encono, y sin parar. Aparentemente alejaba de nosotros las nubes cargadas de nieve, ya que, salvo alguna ráfaga ocasional, había dejado de nevar. Ahora podíamos distinguir claramente a los integrantes de cada grupo, los perseguidos y los perseguidores. Aunque parezca extraño, los perseguidos parecían no darse cuenta, o no les importaba, que les estuvieran persiguiendo; no obstante, parecían darse prisa y redoblar su velocidad, a medida que el sol se iba ocultando por detrás de las cumbres de las montañas.

Cada vez estaban más cerca. El Profesor y yo nos agachamos detrás de nuestra roca, con las armas a punto; comprendí que estaba decidido a no dejarlos pasar. Unos y otros ignoraban nuestra presencia.

De repente dos voces gritaron al mismo tiempo: "¡Alto!". Una era la de mi Jonathan, en un tono más alto del habitual debido a su cólera; la otra, potente y

resuelta, correspondía a Mr. Morris, mostrando su discreta autoridad. Puede que los gitanos no conocieran aquel idioma, pero fueran cual fuesen las palabras empleadas, su tono era inconfundible. Instintivamente se detuvieron, e inmediatamente Lord Godalming y Jonathan llegaron corriendo por un lado, y el doctor Seward y Mr. Morris por el otro. El jefe de los gitanos, un tipo de aspecto magnífico que cabalgaba como un centauro, les hizo señas para que retrocedieran, y con voz acalorada dio orden a sus compañeros de seguir adelante. Fustigaron a sus caballos, y estos saltaron hacia adelante; pero los cuatro hombres alzaron sus rifles Winchester, y de forma inequívoca les ordenaron que se detuvieran. En aquel mismo momento el doctor Van Helsing y yo aparecimos por detrás de la roca y les apuntamos con nuestras armas. Viéndose rodeados, los gitanos tiraron de las riendas y se detuvieron. El jefe se volvió hacia ellos y les dijo algo, y todos los componentes del grupo sacaron el arma que llevaran, cuchillo o pistola, listos para atacar. En pocos instantes todo se precipitaría.

Con un rápido movimiento de riendas, el jefe se adelantó a sus hombres y, señalando primero al sol —a punto de ocultarse tras las cumbres de las montañas — y luego al castillo, dijo algo que yo no entendí. Por toda respuesta, los cuatro hombres de nuestro grupo desmontaron y se lanzaron contra el carro. Debería haber sentido un miedo terrible al ver a Jonathan en semejante peligro, pero al igual que los demás, me embargaba el ardor de la batalla; no tenía miedo, solo un impetuoso y frenético deseo de hacer algo. Al ver la rápida maniobra de nuestros dos grupos, el jefe de los gitanos dio una orden; sus hombres se agruparon inmediatamente alrededor del carro, con una especie de empeño indisciplinado, empujándose unos a otros en sus ansias por cumplir la orden.

A todo eso, observé que Jonathan por un lado, y Quincey por el otro, trataban de forzar el cerco de gitanos, abriéndose paso hacia el carro; era evidente que estaban decididos a terminar su tarea antes de que el sol se pusiera. Nada parecía detenerlos, ni tan siquiera obstaculizarlos. Ni las armas que les apuntaban o los cuchillos que esgrimían los gitanos que tenían delante, ni siquiera el aullido de los lobos detrás, parecían atraer su atención. El ímpetu de Jonathan, y su manifiesta determinación, parecieron intimidar a sus oponentes; se hicieron a un lado instintivamente y le dejaron pasar. Inmediatamente saltó al carro y, con una fuerza que parecía increíble, levantó el enorme cajón y lo arrojó al suelo por encima de una de las ruedas. Mientras tanto, Mr. Morris había tenido que utilizar la fuerza para abrirse paso por su lado en el cerco de gitanos. Sin dejar de observar a Jonathan, con el aliento contenido, por el rabillo del ojo veía avanzar

a Morris desesperadamente, y a los gitanos esgrimir sus cuchillos y asestarle golpes. Él los paraba con su cuchillo *bowie*[36], y al principio creí que también había logrado pasar sano y salvo; pero al acudir al lado de Jonathan, que ya había saltado del carro, pude observar que se llevaba la mano izquierda al costado, y que la sangre le chorreaba entre los dedos. A pesar de eso no se demoró, y cuando Jonathan acometió, con desesperada energía, un extremo del cofre, tratando de arrancar la tapa con su enorme cuchillo *kukri*, él acometió frenéticamente el otro con su *bowie*. Los esfuerzos conjuntos de ambos hombres dieron resultado y la tapa empezó a ceder; los clavos saltaron con un chirrido, y la tapa del cajón cayó hacia atrás.

Entretanto, los gitanos, viéndose apuntados por los Winchester, y a merced de Lord Godalming y del doctor Seward, se rindieron sin ofrecer resistencia. El sol casi quedaba oculto por las cumbres de las montañas, y las sombras que proyectaba todo el grupo sobre la nieve eran bastante alargadas. El Conde yacía en el interior del cajón sobre un montón de tierra, parte de la cual se había esparcido sobre su cuerpo por la brusca caída desde el carro. Estaba mortalmente pálido, como una figura de cera, y en sus ojos rojizos brillaba esa horrible mirada vindicativa que yo conocía tan bien.

Mientras le observaba, sus ojos divisaron el sol declinante, y la expresión de odio que había en ellos se tornó en triunfo. Pero inmediatamente Jonathan descargó el machete que esgrimía. Grité al ver cómo le seccionaba el cuello, al mismo tiempo que Mr. Morris le hundía en el corazón su cuchillo *bowie*.

Fue como un milagro: ante nuestros ojos, y en menos de lo que se tarda en exhalar un suspiro, el cuerpo entero se pulverizó y desapareció de nuestra vista.

Una cosa me consolará mientras viva: en el momento mismo de la disolución final, apareció en su rostro una expresión de paz como nunca hubiera imaginado que pudiera ocurrir.

El Castillo de Drácula se recortaba ahora sobre el cielo rojizo, y la luz del sol poniente destacaba cada piedra de sus derruidas almenas.

Considerando que éramos en cierta medida los causantes de la extraordinaria desaparición del muerto, los gitanos dieron media vuelta sin decir palabra, y huyeron a caballo como si les fuera en ello la vida. Los que iban a pie saltaron al *leiter-wagen*, gritando a sus compañeros montados que no les abandonasen. Los lobos, que se habían retirado a una distancia prudente, siguieron tras ellos, dejándonos solos.

Mr. Morris, que había caído al suelo, se apoyaba en un codo, apretándose el

costado con la mano; la sangre seguía brotando a borbotones entre sus dedos. Fui corriendo hasta él, pues el círculo sagrado ya no me impedía salir; lo mismo hicieron los dos doctores. Jonathan se arrodilló detrás de él, y el herido apoyó la cabeza en su hombro. Haciendo un pequeño esfuerzo, tomó mi mano en la suya que no estaba manchada de sangre y suspiró. Debió ver en mi rostro la angustia que me embargaba, ya que me sonrió y dijo:

—¡Me siento muy feliz de haber sido de alguna utilidad! ¡Oh, Dios! —gritó de repente, tratando de sentarse y señalando hacia mí—. ¡Valía la pena morir por eso! ¡Miren! ¡Miren!

El sol empezaba a ocultarse tras la cumbre de la montaña, y sus rayos rojizos caían sobre mi rostro, bañándolo en una luz rosada. Movidos por un mismo impulso, los hombres cayeron de rodillas y un profundo y sincero "Amén" brotó de todos ellos, mientras seguían con la mirada la dirección que señalaba el dedo del moribundo.

—Ahora —dijo este—, ¡demos gracias a Dios de que no haya sido todo en vano! ¡Miren! ¡Su frente está tan inmaculada como la nieve! ¡La maldición ha desaparecido!

Y, con amargo pesar nuestro, el valiente caballero murió con una sonrisa y en silencio.

NOTA

Hace siete años que pasamos la prueba de fuego; y la felicidad que desde entonces disfrutamos algunos de nosotros bien vale, creemos, el dolor que tuvimos que soportar. Tanto para Mina como para mí es una alegría añadida que el cumpleaños de nuestro hijo coincida con el aniversario de la muerte de Quincey Morris. Sé que su madre está íntimamente convencida de que algo del espíritu de nuestro bravo amigo ha pasado a él. La retahíla de nombres que le pusimos contiene los de todos los componentes de nuestro pequeño grupo; aunque le llamamos Quincey.

El verano pasado hicimos un viaje a Transilvania, y recorrimos el viejo territorio que para nosotros estuvo, y está, tan lleno de imborrables y terribles recuerdos. Era casi imposible creer que las cosas que habíamos visto con nuestros propios ojos, y escuchado con nuestros propios oídos, fuesen verdad.

Cualquier rastro de lo sucedido había sido borrado. El castillo sigue en pie, erguido sobre un yermo de desolación.

Cuando regresamos a casa nos pusimos a hablar de los viejos tiempos… que ahora podemos recordar sin desesperación, pues tanto Lord Godalming como Seward están felizmente casados. Saqué los documentos de la caja fuerte, donde han estado desde nuestro regreso, hace ya tanto tiempo. Nos sorprendió el hecho de que, en toda la enorme cantidad de material que compone esta relación, apenas haya un solo documento auténtico; únicamente un montón de hojas mecanografiadas, salvo los últimos cuadernos de Mina, Seward y yo mismo, y la nota de Van Helsing. Aunque quisiéramos, difícilmente podríamos pedirle a nadie que aceptase estos documentos como pruebas de una historia tan descabellada. Van Helsing lo resumió todo, teniendo a nuestro hijo sentado en sus rodillas:

—No necesitamos pruebas; ¡no pedimos a nadie que nos crea! Este niño sabrá algún día lo valerosa y galante que es su madre. Ya conoce su dulzura y sus cariñosos cuidados; más tarde comprenderá que unos hombres la amaron tanto, que se atrevieron a todo por ella.

JOHNATHAN HARKER

NOTAS

[1] Se refiere al escritor sir Thomas Henry Hall Caine (1853-1931), el único amigo que ayudó económicamente a Bram Stoker al final de su vida y uno de los autores más leídos de su tiempo.

[2] Capital del distrito de Cluj, en el centro de Transilvania, conocida modernamente como Cluj-Napoca. (Todas las notas son del traductor.)

[3] Capital del distrito de Bistriţa-Năsăud. Stoker utiliza el nombre alemán Bistritz. En lo sucesivo utilizaré nombres rumanos.

[4] "Tierra Media", en alemán.

[5] Título ostentado por los príncipes de Valaquia y Moldavia a partir del siglo XV hasta 1866.

[6] Originalmente, miembro de la antigua nobleza rusa. En Rumanía significaba simplemente una persona de fortuna y posición, un señor ilustre.

[7] Uno de los cuatro grupos étnicos principales de que se componía la población de Transilvania en el siglo XV y posteriores. Aunque se ignora su lugar de procedencia, se considera que llegaron de Asia Central (según la leyenda descendían de los hunos) y se establecieron al Sudeste.

[8] "Conquista de la tierra natal". En el año 895 los magiares, acaudillados por Arpád, atravesaron los Cárpatos por el Paso Verecski y entraron en lo que más tarde sería Hungría, asegurándose el dominio sobre el bajo Danubio. Llamado *el Conquistador* por sus éxitos guerreros, Arpád fundó la dinastía húngara de los Arpades que gobernó hasta 1301.

[9] Alemanes (sajones), húngaros (magiares), *szekler* y rumanos (valacos y moravos).

[10] Se refiere a la batalla de Kosovo (1448) con la que los turcos

consolidaron su presencia en Europa.

[11] Se trata de Vlad Tepes, que gobernaba entonces en Valaquia. A finales de 1461, en previsión de un nuevo ataque turco, Vlad Tepes pasó a la ofensiva y, atravesando la orilla sur del Danubio y atacando las posiciones otomanas en un amplio frente, llegó hasta Giurgiu en el Mar Negro. Esa campaña fue la que estableció su reputación de paladín de la cristiandad.

[12] Radu Serban, hermano de Vlad Tepes, le sucedió como vaivoda de Valaquia en 1462. Llamado *el Hermoso* por su apostura, que incluso —se cuenta — hizo mella en el sultán otomano. Radu propició que Valaquia se integrara al área de poder turco de un modo jamás conocido hasta entonces. En 1473 Esteban *el Grande* de Moravia invadió su país y le expulsó del trono por su traición a la causa cristiana, aunque dos años después recuperaría el poder con ayuda de sus aliados turcos.

[13] Mijail Viteazul (Miguel *el Bravo*), *ban* [gobernador] de Craiova, invadió territorio turco en 1594 y se apoderó de varias plazas en la orilla derecha del Danubio.

[14] En este puerto fluvial sobre el Danubio el ejército de Solimán *el Magnífico* derrotó en 1526 a las tropas húngaras mandadas por el rey Luis II, el cual pereció junto a la mayoría de sus nobles. Tras esa batalla, Hungría perdió definitivamente su independencia, que no recuperaría hasta 1918.

[15] Jefe militar o capitán, en polaco (del alemán *hauptmann*).

[16] "Todo está en venta en Roma". La cita exacta es: "Roma […] ¡Oh, ciudad venal!, ¡qué pronto iría a la ruina si encontrara un comprador!" [Salustio, *Guerra de Yugurta*, 35:10].

[17] *Verbum sapienti [sat est]*: "para el sabio una palabra [es suficiente]", adaptación del proverbio latino *Dictum sapienti sat est*.

[18] En el original el anciano habla un inglés arcaico, mezclado con expresiones y giros escoceses, al que, salvo excepcionalmente y por razones obvias, no he tratado de buscar equivalencias.

[19] Royal Academy y Royal Institute, respectivamente.

[20] Locución latina que significa "cosa digna de decir".

[21] En realidad, R.S.P.C.A., abreviatura de Royal Society for the Prevention of Cruelty to Animals, equivalente a nuestra Sociedad Protectora de Animales.

[22] *Cum grano [salis]*: locución latina que significa "con reservas".

[23] Ladrón y salteador de caminos inglés que fue ahorcado a los 22 años en Tyburn (1724), después de escaparse varias veces de la prisión.

[24] Doctor en Medicina, Filosofía, Literatura, etc.

[25] Como en el caso de Swales, el guarda habla en argot (en este caso *cockney* londinense), que tampoco he tratado de reproducir. El nombre correcto del lobo sería Berserker.

[26] M.H.C.S. = Member of the Royal College of Surgeon. L.K.Q.C.P.I. = Licentiate of the King's and Queen's College of Physicians, Ireland.

[27] Exclamación de sorpresa (o juramento) de origen americano, rápidamente incorporada a Gran Bretaña, donde la popularizó Dickens. Es un eufemismo por "¡gran Dios!", derivado del general Winfield Scott (1786-1866), candidato a la Casa Blanca famoso por lo remilgado que era.

[28] "Honest Indian!", expresión americana que Mark Twain popularizó en sus libros a partir de 1884. Equivale a nuestro "a fe mía".

[29] Actualmente Sibiu, al sur de Transilvania y próximo a la antigua frontera con Valaquia.

[30] Antiguos corrales donde los halcones empleados en las cacerías mudaban sus plumas, convertidos posteriormente en establos con dependencias para carruajes y caballos.

[31] "Apresúrate despacio", palabras atribuidas a Octavio Augusto, que son en realidad un antiguo adagio griego que el emperador romano tuvo por norma a lo largo de su vida y utilizó frecuentemente para apoyar su opinión de que nada conviene menos a un gran capitán que la precipitación y la temeridad.

[32] Espada corta, curvada, de un solo filo, arma favorita de los *gurkas* de Nepal.

[33] "Todo lo que no se conoce se considera prodigioso", cita de Cayo Cornelio Tácito (*Agrícola*, 30, 4).

[34] En este párrafo, y sobre todo en los dos siguientes, se repite un divertido juego de palabras intraducible que despista completamente a Van Helsing. Los marinos utilizan a modo de imprecación los términos "bloody" o "blooming" en su acepción de "maldito", "condenado" "pajolero", y el profesor piensa que hablan de "sangre" y "lozanía".

[35] Este párrafo, y el encabezado que le sigue, aparece omitido en la edición impresa. (Nota del Editor Digital)

[36] Especie de cuchillo de monte que popularizó el legendario pionero tejano Jim Bowie (1799-1836), fallecido en el sitio de El Álamo.